Bryana Reina lo tiene todo: una vida perfecta como inspectora de Homicidios, una familia que la apoya y unos compañeros que la idolatran. Hasta que un nuevo asesino en serie se asienta en la capital.

Esparciendo cadáveres por lo que parece su nuevo territorio de caza, consigue llamar la atención de la galardonada inspectora que, convencida de poder encerrarlo, comete el fatídico error de subestimar a su objetivo y cae en una intrincada trampa: pierde su trabajo, la confianza de los suyos y acaba entre rejas.

Dóminic Dwayne es un fraude. Desde los dieciocho años, su vida es una mentira. Siempre soñó con ser policía, pero siente que ha conseguido llegar a ser el mejor inspector de la UDYCO traicionando a los suyos.

El famoso asesino en serie al que todos daban por muerto ha regresado, y parece haber despertado de su letargo con un hambre voraz. Él puede llevarlo ante la justicia. Una última oportunidad para demostrarse que su vida no es una quimera.

Bryana es inocente.

Dóminic podría salvarla.

Ella quiere huir.

Él no puede dejarla marchar.

Destinados a encontrarse. Destinados a amarse. Destinados a remover tu conciencia.

Bryana Reina lo tiene todo: una vida perfecta como inspectora de Homicidios, una familia que la apoya y unos compañeros que la idolatran. Hasta que un nuevo asesino en serie se asienta en la capital.

Esparciendo cadáveres por lo que parece su nuevo territorio de caza, consigue llamar la atención de la galardonada inspectora que, convencida de poder encerrarlo, comete el fatídico error de subestimar a su objetivo y cae en una intrincada trampa: pierde su trabajo, la confianza de los suyos y acaba entre rejas.

Dóminic Dwayne es un fraude. Desde los dieciocho años, su vida es una mentira. Siempre soñó con ser policía, pero siente que ha conseguido llegar a ser el mejor inspector de la UDYCO traicionando a los suyos.

El famoso asesino en serie al que todos daban por muerto ha regresado, y parece haber despertado de su letargo con un hambre voraz. Él puede llevarlo ante la justicia. Una última oportunidad para demostrarse que su vida no es una quimera.

Bryana es inocente.

Dóminic podría salvarla.

Ella quiere huir.

Él no puede dejarla marchar.

Destinados a encontrarse. Destinados a amarse. Destinados a remover tu conciencia.

Bryana Reina lo tiene todo: una vida perfecta como inspectora de Homicidios, una familia que la apoya y unos compañeros que la idolatran. Hasta que un nuevo asesino en serie se asienta en la capital.

Esparciendo cadáveres por lo que parece su nuevo territorio de caza, consigue llamar la atención de la galardonada inspectora que, convencida de poder encerrarlo, comete el fatídico error de subestimar a su objetivo y cae en una intrincada trampa: pierde su trabajo, la confianza de los suyos y acaba entre rejas.

Dóminic Dwayne es un fraude. Desde los dieciocho años, su vida es una mentira. Siempre soñó con ser policía, pero siente que ha conseguido llegar a ser el mejor inspector de la UDYCO traicionando a los suyos.

El famoso asesino en serie al que todos daban por muerto ha regresado, y parece haber despertado de su letargo con un hambre voraz. Él puede llevarlo ante la justicia. Una última oportunidad para demostrarse que su vida no es una quimera.

Bryana es inocente.

Dóminic podría salvarla.

Ella quiere huir.

Él no puede dejarla marchar.

Destinados a encontrarse. Destinados a amarse. Destinados a remover tu conciencia.

Steffany Kennels

El secreto de Anubis

Joyas del Nilo - 1



A Ana, a Irene, a Raquel y a Anabel.

Sin vosotras esta novela no habría sido igual.

Habría salido adelante, pero no sería la misma.

Capítulo 1

Alina Petrova. Cabecilla de una curiosa organización criminal integrada en exclusiva por mujeres. Las Amazonas de la Droga, así era conocido ese peligroso grupo capaz de doblegar a cualquier hombre que se creyese en la cúspide del narcotráfico. En prisión desde hacía ocho años, desde que la UDYCO la envió a ese infecto agujero que ahora compartía con ella, así como con el resto de escoria humana con la que convivía tratando de sobrevivir un día más, con todas sus esperanzas puestas en regresar a su antigua vida. Una vida que todas ellas habían perdido.

Ninguna volvería a ser la misma. Daba igual el delito que hubiesen cometido: drogas, extorsión, narcotráfico, menudeo, delitos de sangre, homicidio involuntario, alzamiento de bienes, un error… Todas llevarían la misma marca hasta el día de su muerte.

Todas habían pasado por prisión.

Todas serían tratadas como la última mierda de esta sociedad.

Bryana se apoyó sobre la fría pared de hormigón del patio de reclusas. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón negro, cubierto por lamparones de lejía, y dejó escapar un profundo suspiro entre sus labios, sumida en sus pensamientos.

Un día más, trató de sentirse mal por no ser capaz de dar gracias a la vida, la suerte o el destino por seguir respirando, por haber sobrevivido entre aquella morralla.

Había infinitas maneras de morir, pero para una antigua inspectora de Homicidios encerrada en una prisión de mala muerte como aquella, salir con los pies por delante no era propio de la vejez.

Por lo general, la que salía con vida, abandonando su diminuta suite compartida entre barrotes y sus habituales responsabilidades carcelarias, lo hacía con la cabeza bien alta, sabiéndose superviviente de un cruento campo de batalla; más, cuando eras una antigua agente de la ley.

«La cárcel te cambia», pensó.

Había escuchado aquella misma frase durante los interrogatorios infinidad de veces. Creía comprenderla. Siempre imaginó que un lugar así podría cambiar a cualquiera, pero hasta que no la encerraron como

a una burda asesina de tres al cuarto, no supo cuán ciertas eran aquellas afirmaciones. Sonrió negando con la cabeza. En realidad, no había tenido ni pajolera idea de lo que aquello significaba hasta que las perras guardianas de Alina le dieron su primera paliza de bienvenida.

Alzó la vista y se fijó de nuevo en la cabecilla de las Amazonas, sentada al otro lado del patio, sobre las gradas de piedra que recorrían la cancha de baloncesto. Custodiada por dos de las tres lugartenientes con las que aquella mujer compartía celda, sus miradas se cruzaron. Se acarició el antebrazo.

Habían pasado cinco años y todavía podía sentir cómo aquellas desgraciadas le partían el cúbito y el radio. ¿Con qué fin? Dejar claro quién mandaba en aquella prisión.

Se agarró el antebrazo, tensando la piel de sus nudillos hasta que perdieron cualquier ápice de color, con la vista fija en aquellas tres. Todavía le quedaban otros quince años de condena por delante. Suspiró. Quince años en los que, si quería sobrevivir, debía andarse con mucho cuidado.

Pese a no quedarle nada fuera por lo que luchar, tenía claro que no moriría a manos de Petrova, de su panda de grupis ni de ninguna de las centenares de asesinas con las que ahora compartía alojamiento y que, durante sus años como inspectora, había enviado a aquella misma prisión.

La sirena que ponía fin al último tiempo de recreo del día la sacó de su ensimismamiento. Se incorporó sin perder de vista a Petrova y a sus secuaces. Sabía que se la tenían jurada desde el mismo día en el que puso un pie en aquella prisión, al igual que el resto de las reclusas.

Podía sentir las recelosas miradas de las presas recorriendo cada centímetro de su cuerpo durante todos los segundos que permanecía con vida. Los susurros, las amenazas, las garras de la muerte acechando tras cada esquina. Como si una sombra la persiguiera todo el día, zambulléndose en sus pesadillas durante la noche hasta que llegase el preciso momento de reclamar su alma.

Un poli en prisión no duraba mucho. Ella llevaba con vida cinco largos años, pero por cómo la observaba Petrova la infinidad de veces en las que sin pudor sus miradas se habían cruzado, sabía que seguiría respirando hasta que la cabecilla de las Amazonas no diese la orden de

ejecución. Sonrió de medio lado negando con la cabeza mientras atravesaba el patio con las manos aún en los bolsillos y la vista fija en la espalda de las últimas reclusas en dirigirse al interior.

Quién iba a decirle que su vida dependía de aquella mujer. Jamás, ni en sus peores pesadillas, se habría imaginado tal barbarie.

Alina Petrova lo controlaba todo en aquel infecto agujero. Contaba con el respaldo de más de la mitad de su organización que, junto a ella, cumplía condena. Disponía de fondos suficientes como para comprar, hacer y deshacer cuanto quisiera gracias a los ingentes ingresos que le proporcionaban sus negocios en aquel estercolero y que, además, se sumaban al basto capital que las mujeres que mantenían a flote su organización seguían engrosando desde el exterior.

Petrova controlaba la droga que se movía en la prisión. Tenía prostitutas trabajando para ella, y el favor de más de un funcionario, incluido el director de aquel tugurio. Todo el mundo lo sabía, pero nadie hacía nada al respecto. Era una deidad en aquel agujero, y como tal, la agasajaban tanto las reclusas como los trabajadores. Y ella era su presa.

Nadie la tocaría sin el consentimiento de aquella mujer que creía tener la vida de Bryana en sus manos, y cualquiera podía pensarlo. Ella misma llegó a creerlo, hasta que comprendió que, en realidad, ya estaba muerta. No se podía matar a una persona que vagaba sin vida desde hacía cinco años. Puede que incluso la propia Alina se hubiese dado cuenta, y por eso no había ordenado su ejecución todavía. O quizá su castigo fuera seguir con vida. Tal vez, pretendía que viviera atemorizada hasta que le llegase la hora. Puso los ojos en blanco, sonrió y negó con la cabeza.

Fuera como fuese, habían pasado cinco años desde que ingresó en prisión. Sobreviviendo día a día en aquel agujero. Cambiando, moldeando su cuerpo, su carácter, su alma y sus principios, para encajar en aquella inmunda sociedad de la que ahora ella también formaba parte. Olvidando su pasado y sin esperanzas puestas en un futuro.

Caminó tras las últimas reclusas en acceder al gallinero; un patio interior con mesas rectangulares y bancos de acero anclados al suelo que se repartían de manera uniforme por la estancia como champiñones. Rodeado por galerías que lamían el perímetro como balcones continuos, y hacían, a su vez, de antesala a las celdas

ocupadas por las reclusas. Vigiladas desde aquella corrala de rejillas metálicas entramadas durante las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año, por funcionarios de prisiones armados con una defensa, grilletes y la buena voluntad de querer hacer su trabajo como era debido sin tener que llegar al uso de la fuerza.

Las reclusas comenzaron a vitorear cuando la puerta corredera de gruesos barrotes de acero que separaba el pasillo de las celdas de aislamiento del gallinero comenzó a abrirse para que Helena Perkins, la mano derecha de Alina, se rencontrara con su querida jefa tras dos largos meses recluida por organizar en la lavandería del sótano peleas de presas desesperadas por un pico de heroína.

El emotivo reencuentro se celebró entre abrazos y aplausos de bienvenida.

Bryana puso los ojos en blanco ante aquel alarde de victoriosa efusividad mientras subía la escalerilla metálica que había junto a la puerta de acero reforzado que conducía al patio exterior.

—Deberías tratar de pasar desapercibida —le advirtió el joven funcionario que, apoyado en la barandilla de la galería, contemplaba el recibimiento de Helena.

Bryana alzó la vista por encima de la espalda del joven y comprobó que su desplante no parecía haber sentado demasiado bien entre algunas de las más fieles seguidoras de Petrova, pues las miradas sibilinas de aquellas, perdonándole la vida, así se lo hicieron saber. Pasó tras el funcionario regalándole a todas ellas una media sonrisa de suficiencia. Puede que aquella fuera su última noche. Tal vez, su insolencia la privara de un nuevo amanecer. Pero vivir con miedo no era una opción, si podía llamársele vida al simple hecho de respirar.

—Conseguirás que te maten —le dijo alzando la vista sobre su hombro para encontrarse con los perlados ojos de Bryana—. Aunque yo no lo permitiría.

Se detuvo en mitad de la galería, casi a las puertas de su celda. Se giró para observar con detenimiento a aquel joven y chasqueó la lengua.

—No te ofendas —sonrió ladina—, pero te haría falta algo más que buenas intenciones y palabras bonitas para evitar una cosa así. —Dirigió la vista, de manera consciente, hacia la defensa que portaba en el cinturón del uniforme. Su única arma.

Al percatarse hacia dónde dirigía su atención, el joven frunció el ceño y apretó los labios.

Puede que solo algunos funcionarios de aquella prisión hubiesen sido comprados, pero todos estaban vendidos.

Las asociaciones de derechos humanos, por la que se prohibía el uso de armas de fuego, entre otras estupideces que ponían en peligro la vida de los funcionarios de manera continua, no tenían ni la menor idea del caldo de cultivo que, a fuego lento, se cocía en lugares como aquel.

Así pasaba que, a la mínima revuelta, tenían que solicitar apoyo externo y esconderse donde pudieran mantenerse a salvo, incapaces de hacerles frente a la violenta reacción de las reclusas durante los amotinamientos que, sin ser diarios, eran más frecuentes de lo que deberían. Momento que, además, estas aprovechaban para cobrarse algunas vidas; motivo por el cual solían producirse dichos amotinamientos. Era como la pescadilla que se muerde la cola. Y la excusa perfecta para llevarse por delante a algunas enemigas evitando una extensión de la condena.

Dirigió una última mirada condescendiente al joven antes de entrar en la celda.

Hasta la fecha, no compartía con nadie su pequeña suite, único privilegio del que aún gozaba en aquel agujero de mala muerte.

Se subió a la litera de arriba y se tumbó en el flácido camastro dándole la espalda a la entrada, pese a que su estúpido instinto de supervivencia le gritaba que debía darse la vuelta y mirar hacia la puerta.

Estaba cansada de lidiar con la incertidumbre, agotada mental y físicamente. Desde que entró en prisión, apenas había dormido. Su estúpido instinto, al que le había declarado la guerra en aras de mantener la cordura, la acompañaba durante casi toda la noche. Y cuando conseguía acallarlo, las pesadillas usurpaban su lugar para atormentarla durante las dos o tres horas diarias que solía descansar.

Cerró los ojos con la esperanza de poder relajarse antes de la cena. Arrugó la almohada y se abrazó a ella. Su cuerpo comenzó a desprenderse de la tensión acumulada durante todo el día, aunque sus agarrotados músculos nunca llegaban a relajarse por completo. Tal vez, nunca volverían a hacerlo.

Pese a la algarabía y el jolgorio de las reclusas en el gallinero, su mente languidecía con agradable parsimonia hasta que unos golpes secos en los barrotes de su celda la devolvieron a su habitual estado de alerta.

Abrió los ojos, se giró sobre el viejo camastro, se incorporó y a través de dos finas líneas grises que auguraban tormenta miró de mala gana a la funcionaria que se asomaba a su celda entre los barrotes.

—Reina, tienes visita.

Un escalofrío recorrió su cuerpo ante aquel apelativo que, antes de ser encarcelada, tan solo utilizaban los agentes que ella había tenido bajo su mando.

Frunció el ceño. «¿Visita? ¿Yo? ¿A estas horas?». Enarcó una ceja, contrariada.

Sus padres habían fallecido al poco tiempo de entrar ella en prisión. No había cumplido ni un año de condena cuando a su padre le falló el corazón. Dos años después, falleció su madre.

No quería culparse por ello. Su padre llevaba sufriendo achaques coronarios casi la mitad de su vida, pero no podía evitar pensar que el disgusto de saber a su única hija con vida en prisión había acentuado su enfermedad.

Y su madre… Su madre era fuerza, arrojo, vitalidad y desparpajo. Verse impedida, sin que nada pudiese hacer por salvar a su hija de un encierro injusto… Porque ambos la creyeron en todo momento inocente. Y con aquella convicción abandonaron este mundo. De eso a Bryana no le cabía la menor duda. Como también sabía que, a su madre, una mujer capaz de enfrentar a la propia muerte por defender a los suyos, le había afectado más de lo que quería hacer creer su entrada en prisión. El juicio y la condena habían mellado su salud hasta el punto de no poder seguir luchando. Suspiró. El incómodo carraspeo de la funcionaria la escupió de vuelta a la aberrante realidad de su día a día.

Se desperezó recreándose en cada estiramiento, solo por sacar de quicio a la mujer, que enseguida resopló mirando su reloj con apremio.

—¿Quieres mover el culo de la cama? No tengo todo el día. —Golpeó los barrotes de la celda con la defensa—. ¡Vamos!

Advirtió, por su ceño fruncido y el deje apresurado, que el cambio de turno estaría a punto de dar comienzo. Por lo que aquella visita, fuera del horario estipulado, no era tan solo una visita. Una encerrona, un interrogatorio, que sus antiguos compañeros necesitasen un favor… Desechó aquella idea casi de inmediato. En cinco años, sus antiguos compañeros de brigada, por los que había llegado incluso a jugarse el pellejo, no se habían dignado a ir a visitarla, optando por el olvido, alejándose de la apestada.

A excepción de Cábanno. La única que, a pesar de las pruebas y de haberse cerrado el caso, seguía buscando al miserable por el que ella cumplía condena. La única, además de sus padres, que siempre creyó en su inocencia. La misma a la que siempre se había negado a ver en sus visitas mensuales. Puntual como un reloj, a las once y media, el día cinco de cada mes. Salvo los tres últimos meses en los que Cábanno no apareció, quizá asumiendo que jamás volverían a verse.

Alzó los brazos cuando llegó hasta la funcionaria, y esperó a que le pusiera los grilletes.

Con los brazos cruzados sobre su pecho, apoyado con aire despreocupado en la pared junto a la puerta, oculto bajo las sombras en una esquina de aquella sala de interrogatorios, puerilmente alumbrada con una bombilla desnuda que colgaba del cable del falso techo de escayola blanco, Dóminic observaba con divertida curiosidad a Scott, su compañero. Un hombre entrado en años, de estatura media, con sobrada experiencia. Condecorado en tres ocasiones. De carácter jovial y nervios de acero que parecían flaquear, haciéndolo trastabillar una y otra vez contra las patas de la única silla de plástico blanco que había metida contra la mesa de metal cuadrada en mitad de la sala.

—¿Te encuentras bien? —Sonrió de medio lado—. Cualquiera diría que estás nervioso. Tú, el hombre sin pulso. —Enarcó una ceja.

Scott dejó de dar vueltas alrededor de la mesa. Tiró la carpeta de solapas color cartón con el logotipo de la policía que lo había ayudado a mantener las manos a la espalda, sobre la superficie. Arrastró la silla, se sentó y escondió la cabeza en el hueco entre sus brazos para poder acariciarse la calva.

—Fallamos —balbuceó. Alzó la vista y la fijó más allá del metal de la puerta de aquella sala—. Le dimos la espalda. Creímos que había

enloquecido. Su obsesión por el caso, las pruebas, las víctimas… —Suspiró—. Todo apuntaba a que había perdido la cabeza. Ya sabes, como esos polis que terminan convirtiéndose en el monstruo de sus propias pesadillas.

Dóminic se acercó a la mesa y apoyó las palmas de las manos sobre el frío metal.

—He revisado el caso varias veces. Me lo sé al dedillo. Las pruebas eran irrefutables. Cualquiera en vuestro lugar habría hecho lo mismo.

Scott alzó la vista y enfrentó con angustia los perspicaces ojos dorados de Dóminic.

—Ella no. Ella habría visto lo que a nosotros se nos escapó. Conoce a ese cabrón mejor que su propia madre. —Se levantó de la silla. Dio una vuelta sobre sí mismo con los brazos en jarras, echó la cabeza hacia atrás, se acarició la calva con una mano y miró con pesar al que ahora era su superior—. No debí venir.

—Ella confía en ti. Tú la conoces mejor que nadie.

—Si eso fuera cierto, no habría dudado de ella —le respondió, negando con la cabeza y con un deje de tristeza en sus diminutos ojos pardos—. Cábanno era quien mejor la conocía, por eso no dejó de investigar para sacarla de aquí. —Con un golpe de vista, barrió la sala.

Ambos dirigieron su atención hacia la puerta cuando tres golpes secos los advirtió de la inminente llegada de la reclusa más famosa de aquel estercolero.

—Pasa. —La funcionaria sujetó el pomo de la puerta sin llegar a entrar en la sala—. Mi compañero esperará aquí fuera. —Le dedicó una velada sonrisa a Dóminic antes de cerrar la puerta, que él agradeció guiñándole un ojo.

Junto a la entrada, con las manos esposadas al frente, alzó la cabeza y repasó de arriba abajo al corpulento hombre de tez aceitunada, con símbolos y dibujos egipcios tatuados en su brazo izquierdo, que acariciaba la piel de su cuerpo con unos penetrantes ojos oro líquido.

Enfundado en una camiseta de manga corta blanca, que no solo resaltaba el color de su piel sino que, además, se ajustaba como un guante a su perfecto y perfilado torso, vaqueros azules, cuyo bajo

sobresalía desenfadado por encima de las botas militares negras, y el pelo negro azabache en corte mohawk, parecía un dios del pecado envuelto en un hipnótico aura que auguraba un sinfín de promesas a las que su cuerpo parecía no tener intención de oponer ningún tipo de resistencia.

Una descarga eléctrica la recorrió de pies a cabeza cuando aquel atractivo individuo posó su incandescente mirada sobre sus peculiares ojos grises, con un delgado anillo limbal azul índigo, visible tan solo a muy corta distancia, y enmarcados en una tupida capa de largas y gruesas pestañas negras que le conferían una frialdad que su estancia en prisión había acentuado con el paso de los años, pero que aquellos resplandecientes ojos dorados parecían querer fundir.

—¿Jefa?

Reparó con sorpresivo disgusto en el hombre que acompañaba al interesante desconocido. Su semblante pasó de la curiosa atracción al dolor de recuerdos que creía enterrados y el regusto amargo de las pesadillas que atormentaban su ya de por si nimio sueño.

—Vaya, vaya, vaya. Mira quién se ha arrastrado hasta esta pocilga. Ten cuidado, Parker, podrías manchar tus carísimos mocasines italianos.

Scott la miraba como si apenas fuera capaz de reconocer a la mujer que tenía frente a sí.

El pelo corto y negro de Bryana, oscuro como una noche cerrada, ahora era una larga y frondosa melena que caía en cascada hasta el comienzo de sus caderas como las alas de un cuervo. Su delicada y atlética figura se había convertido en una curtida, contorneada y marcada silueta de presidiaria. Su camiseta de gruesos tirantes, amarilleada por los lavados, dejaba a la vista una punción y un corte reciente sobre el hueso de su cadera derecha. A lo que se sumaban varias cicatrices en el brazo a diferentes alturas: una, en el hombro, y la que a punto estuvo de acabar con su vida e iba desde el comienzo de su clavícula hasta el lóbulo de su oreja.

Su refrescante mirada, lugar donde uno podía admirar el tesón y la determinación, esa en la que su equipo había encontrado refugio en tantas ocasiones, ahora eran dos pétreos bloques de hielo sin vida. Atormentados. Huecos. Una mirada fría y calculadora, casi animal, capaz de poner los pelos de punta incluso al mismísimo demonio.

—Cambia esta cara de cordero degollado. —Puso los ojos en

blanco—. No tengo intención de pedirte explicaciones. Tampoco es que me interesen. A estas alturas de la película llegarían un poco tarde, ¿no crees?

Scott carraspeó. De manera inconsciente se cuadró frente a ella.

—Inspectora Reina, le presento al inspector Dwayne.

Dóminic dio un paso al frente y le tendió la mano en un saludo protocolario que ella rechazó, dirigiéndose a la silla que antes había ocupado Scott.

—Mi nombre es Dóminic. Aunque todo el mundo me conoce como Dom.

—Bryana Reina. —Colocó los codos sobre la mesa. El tintineo metálico de los grilletes repiqueteó chirriante en la sala al arrastrar las manos sobre el tablero—. Aunque todo el mundo me conoce como reclusa 9655. —Dirigió de nuevo su mirada hacia Scott, tratando de obviar la presencia de Dóminic, en un vano intento por controlar el algarabío de todas las células de su cuerpo, que parecían haberse vuelto locas.

Con su hipnótica mirada, sentía cómo acariciaba su curtida piel de presidiaria. El inerte frío que desprendía el metal del tablero de la mesa mantenía su cuerpo anclado en el plano de la cordura que, durante un segundo, creyó perder cuando, tras cinco años recluida, se enfrentaba por primera vez cara a cara con el pasado.

—Ha debido ocurrir algo muy gordo para que te hayas dignado a honrarme con tu presencia.

Cábanno había intentado visitarla, cierto era que Bryana siempre rechazó verla. Y aunque Scott habría corrido la misma suerte, en el fondo le dolía que ni tan siquiera hubiese intentado ponerse en contacto con ella durante todo ese tiempo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó en apenas un susurro.

—Ya sabes lo que dicen. —Se encogió de hombros—. La cárcel te cambia. —Se acomodó en el respaldo de la silla con aire despreocupado, arrastrando la cadena de los grilletes sobre la superficie—. No tengo toda la noche. Se acerca el turno de cenas y hoy tenemos pizza. —Enarcó ambas cejas y comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa—. ¿Y bien?

Bajo el penetrante influjo de la presencia de Dóminic, Bryana siguió sus pasos con la mirada cuando, en silencio y cauto, optó por mantenerse en un discreto segundo plano apoyándose en la pared junto a la puerta, con las manos en los bolsillos, oculto bajo las sombras de la sala, acechándola como un depredador dispuesto a saltar sobre ella en cualquier momento.

El vello de todo su cuerpo se erizó ante la simple idea de rozar su aceitunada piel cuando los ojos de aquel portentoso hombre se posaron sobre sus voluptuosos labios. De manera inconsciente, Bryana lamió con sutileza su labio inferior antes de morderlo. Sonrió. Enarcó una ceja y ladeó la cabeza al contemplar un ligero destello en la intensa mirada del inspector Dwayne. Un escalofrío recorrió su cuerpo como el delicado cuero de un látigo acariciando su piel.

Llevaba cinco años encerrada. Cinco años rodeada de mujeres. Cinco malditos años sin sentir una caricia ni su cuerpo arder bajo el influjo de una mirada. Percatarse de que no le era indiferente a un hombre como aquel, que parecía haber sido esculpido por los dioses para su uso y disfrute, no hacía más que alimentar el hambre de su maltrecho y abandonado deseo.

—Ha vuelto —susurró Scott en apenas un hilo de voz.

Aún sintiendo los hechizantes ojos de Dóminic recorriendo su cuerpo, centró de nuevo toda su atención en su antiguo subordinado con aire interrogante.

—El Cremador. Ha vuelto.

—Pero eso no puede ser. —Sonrió incrédula, negando con la cabeza—. Las pruebas que recabasteis fueron mi pasaporte a este infecto agujero. Vuestra incompetencia y la sentencia no daban lugar a dudas: yo lo maté. Yo maté al Cremador, ¿recuerdas? A él y a todas sus víctimas. Por eso estoy aquí. Me condenaron por acabar con su vida, y me colgaron el resto de los muertos para callar a la opinión pública.

—Lo siento.

—Que lo sientes. —Dejó escapar un suspiró ahogado entre los labios—. Vienes aquí, después de cinco años, para decirme que lo sientes. ¡Oh, por favor! —Puso los ojos en blanco entre risas, negando con la cabeza.

—Lo arreglaremos. Te sacaremos de aquí. Hace dos semanas se

abrieron diligencias para revisar tu caso. Lo cogeremos y le haremos pagar por todo lo que te ha hecho.

—No fue ese hijo de puta el que me mandó a este agujero, fuisteis vosotros —le siseó entre dientes—. Vosotros me juzgasteis. Me apartasteis del caso. Me condenasteis mucho antes de que lo hiciese un juez.

Los grilletes que rodeaban sus muñecas repiquetearon contra el acero de la mesa cuando apoyó las palmas de sus manos sobre el frío metal con intención de abandonar la sala.

Scott alzó la vista por encima de su hombro y miró suplicante a Dóminic.

—Te quiero en mi equipo. —Salió de entre las sombras aún con las manos en los bolsillos—. Tú conoces mejor que nadie a ese cabrón y me ayudarás a atraparlo.

De pie, con ambas manos apoyadas sobre la mesa, Bryana comenzó a reírse.

Los nervios, la ira contenida, la rabia acumulada, la privación de sueño, de libertad, las vejaciones sufridas durante los últimos cinco años, las palizas recibidas, el escarnio público, la aterciopelada voz de Dóminic, la seguridad en sus palabras, su autoridad y su hipnótica e intensa mirada hicieron que estallara en convulsas carcajadas ante la incapacidad de gestionar aquel cúmulo de emociones.

—Tienes que estar de broma —alcanzó a decirle entre los rescoldos animados de las últimas risotadas.

—¿Ves que me ría?

—No sé qué te habrán contado —enarcó una ceja con una divertida sonrisa en los labios—, pero puedo asegurarte que esa mujer de la que te hayan hablado ya no existe. —Arrimó la silla a la mesa—. Si no tenéis ningún otro chiste más con el que amenizar la velada, me voy a cenar.

—Jefa, ha matado a Cábanno —le dijo Scott cuando pasó por su lado.

Se detuvo junto a Parker. Los músculos de todo su cuerpo se tensaron hasta un límite doloroso en el que podía sentir millones de microscópicos alfileres atravesándole la piel. Apretó los puños a

ambos lados del cuerpo hasta que sus nudillos palidecieron; la mandíbula, hasta chasquear sus huesos maxilares. «Y una mierda. Cábanno está viva».

Dejó escapar el aire contenido en sus pulmones por la nariz de manera abrupta, incapaz de creer que el asesino que se suponía que ella había matado, y que tantas vidas había sesgado, se hubiese atrevido a acabar con la vida de uno de los suyos. Y no la de cualquiera de ellos.

Alessia. Su Cábanno. La única que nunca había dejado de creer en ella. Su compañera. Su subordinada. Su amiga.

—No vuelvas a llamarme jefa —le siseó entre dientes.

Prosiguió su camino hacia la puerta, perseguida por los recuerdos. Acompañada por el tintineo de los grilletes. Huyendo de la posibilidad de que aquel malnacido estuviese vivo. Disfrutando de una libertad que no le correspondía. Respirando un aire que debió serle privado en lugar de estar pudriéndose bajo tierra.

No podía ser cierto. Se negaba en rotundo a creer aquello. Tenía que ser una maldita broma. Pero en el fondo sabía que podría ser tan cierto como lo era su propia inocencia; esa en la que nadie creía cuando la condenaron.

Dóminic detuvo su avance hacia la puerta sujetándola del brazo por encima del codo. De manera casi instintiva, Bryana sacó el pincho que guardaba en la doblez de la cintura de su chándal. Un arma de fabricación casera, hecho con los restos de una cuchilla para depilarse y el mango previamente afilado de un cepillo de dientes. Con un rápido movimiento, colocó el filo de la rudimentaria arma sobre el cuello del agente tras empujarlo contra la pared para bloquear, con su diminuto cuerpo, cualquier movimiento que aquel colosal hombre tratase de hacer.

—¡Bryana! —Scott se llevó la mano al arma que colgaba de la funda de su cinturón.

Con una tranquilidad pasmosa, Dóminic dio orden a Scott de no desenfundar con su mano, a pesar de que la incrédula mirada de su compañero auguraba un bloqueo emocional que, con seguridad, le impediría sacar el arma para dispararle a Bryana.

—Ellos no te encerraron en este agujero —le susurró taimado, con la mirada fija en el maremágnum de emociones que desprendían los

grisáceos ojos de Bryana—. Cábanno no se merece que la abandones de esta manera.

El calor que desprendía el majestuoso y férreo pecho de aquel hombre era inhumano. El dulce aroma a almendras tostadas de su fragancia golpeó sus sentidos. La corta distancia que los separaba terminó por desbocar los latidos de su corazón.

Dos funcionarios de prisiones entraron sin previo aviso. La golpearon en las costillas y el interior de las rodillas con las defensas hasta hacerla caer al suelo. La desarmaron y, a empujones, la llevaron hasta la mesa en la que estamparon su cara contra el metal.

Pese a la brusquedad, agradeció el frío contacto con el acero, pues, aún en la distancia, sentía el abrasador calor de Dóminic acariciando su cuerpo. El dulce aroma de su perfume embriagando sus sentidos. Su hechizante e hipnótica mirada recorriendo cada centímetro de su piel.

En ningún momento perdieron el contacto visual.

Los cálidos y dorados ojos de aquel hombre parecían querer fundir las grises placas de hielo, contenidas tan solo por un delgado mar índigo, que coronaban los ojos de Bryana.

Tras un minucioso cacheo, los funcionarios la incorporaron agarrándola cada uno por uno de los brazos. Al levantar el torso de la superficie, alcanzó a ver la fotografía de una joven sobre una mesa de autopsias con el cuerpo calcinado y el rostro paralizado en una mueca de dolor que ni la muerte había sido capaz de borrar, y que el forcejeo había dejado al descubierto, sobresaliendo de una carpeta de solapas de cartón con el logotipo de la policía que, hasta el momento, había pasado desapercibida para Bryana.

Una bofetada de realidad empujó la poca humanidad que albergaba en su interior hacia un oscuro abismo de culpa y tortura.

La carne ennegrecida de aquel rostro no fue suficiente para ocultar su identidad. «Cábanno».

A empellones, los funcionarios arrastraron a Bryana hasta la puerta.

—Puede que ellos no me encerrasen en este agujero —gruñó al llegar a la altura de Dóminic, haciendo acopio de toda su fuerza para frenar las envestidas de los funcionarios—, pero han permitido que mi

alma se pudriese en él.

La sacaron con brusquedad de la sala. Abandonó aquella reducida estancia sin oponer demasiada resistencia, no sin antes dedicarle a Scott una última mirada de profundo rencor enquistado.

—No sé quién demonios es esa mujer —dijo con la mirada perdida en la puerta abierta por la que se habían llevado a quien había sido una de las mejores agentes de Homicidios.

—¿Estás bien?

Scott negó con la cabeza antes de recoger la carpeta.

—No la conozco. —Miró la fotografía del cuerpo de su compañera unos segundos antes de cogerla y meterla en la carpeta junto con varios informes.

—La inspectora Reina que conociste sigue ahí dentro, en algún lugar. Tan solo tenemos que encontrar la manera de hacerla volver. —Apoyó una mano sobre el hombro de Scott—. La recuperaremos —concluyó sin demasiada convicción.

—¿Cómo?

Capítulo 2

Bajo la atenta mirada del resto de reclusas, los funcionarios de prisiones condujeron a Bryana hasta su celda. Al llegar allí le quitaron los grilletes que rodeaban sus doloridas muñecas. Acarició las marcas que el acero había impreso sobre su piel con la mirada perdida y sus atormentados pensamientos a caballo entre el angelical y pícaro rostro de Cábanno y el calcinado cadáver que yacía en la morgue. La carne quemada de su rostro, su cuerpo carbonizado y la mueca de dolor estremeció su oxidada alma. Los herrumbrosos engranajes que habían contenido durante los últimos cinco años sus lágrimas cayeron a plomo incapaces de refrenar tanto dolor.

El inspector Dwayne, más parecido a un atractivo delincuente que a un policía, había hecho un buen trabajo apelando a la estrecha relación de amistad que siempre unió a Cábanno y a Reina. A su lealtad.

Ese maldito adonis era inteligente. Sabía cómo tratar a la chusma. Sabía cómo tratar a Bryana. O eso creía, porque la inspectora Bryana Reina ya no existía. Falleció el día que puso un pie en aquel estercolero.

Gritó. Un desgarrador alarido fulminó la máscara de indiferencia tras la que se había escondido para sobrevivir de aquella inmunda sociedad de la que ahora formaba parte.

Se acercó a la litera fuera de sí. Tiró el flácido colchón al suelo y arrancó las desgastadas sábanas que comenzó a hacer jirones con sus propias manos ante el estupor del resto de reclusas, que, curiosas, se asomaban a la celda atónitas por cómo, poco a poco, la locura de Bryana iba en aumento mientras destrozaba la celda entre lágrimas y agónicos gritos de frustración.

Desde que ingresó en prisión siempre había tratado pasar desapercibida; apenas mantenía relación con nadie. Evitaba los conflictos y se mantenía al margen de todo y de todas, no para sobrevivir, sino porque en el fondo sabía que no merecía estar ahí dentro. Siempre albergó la esperanza de salir para darle caza al despiadado asesino que la metió entre rejas. Por quien perdió su trabajo, su vida y su identidad. Pero jamás imaginó que sería a costa de la vida de uno de los suyos. De… Cábanno.

Su preciada Alessia había sido brutalmente asesinada y no pudo hacer nada para salvarla. Cábanno, su pelirroja y alocada amiga de

ojos verdes. Su compañera de oposición, de academia y brigada. Su amiga. Su mejor subordinada yacía ahora sin vida en una sala de autopsias.

Cábanno, su hermana de otra madre. La mujer que trató de visitarla en tantas ocasiones que llegó a perder la cuenta, aun sabiendo que no accedería a verse con ella. A la que jamás le permitió contemplar en qué se había convertido.

Tan solo en una única ocasión, Bryana acudió a la visita. Por aquel entonces ya había perdido casi cualquier esperanza de salir de allí.

Tras dos meses en prisión, habiendo pasado más tiempo en la enfermería que en su celda, le pidió a su amiga que lo dejara. Le ordenó a quien había sido su subordinada que cesara en su empeño por recurrir una sentencia firme, basada en pruebas contundentes. Unas pruebas que la señalaban a ella como única culpable del asesinato de un depredador y su reguero de víctimas. Trató de explicarle a su compañera que solo habían pasado dos meses pero que la Bryana a la que pretendía poner en libertad ya no existía.

Transcurridas un par de horas, en las que solo una hiriente sequedad que le oprimía y rasgaba la garganta la hizo ser consciente de que no había dejado de gritar ni de llorar, se dejó caer sobre los jirones amontonados en el suelo de la celda.

Alzó la vista con la esperanza de encontrarse al médico de la prisión esperando la oportunidad para inyectarle algún tipo de sedante que la indujera a una calma en la que no volviese a sentir dolor, pero le sorprendió no ver a nadie frente a la entrada de su celda. También que los funcionarios no hubiesen puesto en marcha el protocolo para reducir a una reclusa en su estado. Hasta que sus ojos se toparon con la fría y hueca mirada de Perkins. La mano derecha de Alina, quien desde la galería que quedaba frente a la suya, apoyada sobre la barandilla metálica, la observaba divertida mientras disfrutaba del espectáculo.

Bryana apartó la mirada y contuvo las irrefrenables ganas de acabar con la vida de esa hija de perra.

Sentada en una esquina de la celda, sobre los jirones de sábanas amontonados, se llevó las piernas al pecho. Se abrazó a sí misma convirtiéndose en una pétrea y rígida bola de rabia con la vista fija en la base metálica de la litera superior, ahora vacía.

Uno de los complicados engranajes de su cabeza saltó ante las repetidas ausencias de Cábanno los últimos meses.

Entre el desorden buscó con la mirada, nublada por las lágrimas, las cartas que Cábanno, ante su negativa a recibirla, le había escrito durante aquellos años y que ella había guardado con recelo y la pobre esperanza de no olvidar a la mujer que un día fue.

Se levantó para inspeccionar la base metálica que había soportado el flácido colchón ahora en mitad de la celda. No estaban.

Dio media vuelta sobre sus talones para rebuscar entre los trozos de tela que había a su alrededor. Llegó hasta el colchón, lo levantó, sin demasiado esfuerzo, y lo tiró contra la pared trasera de la celda.

Alzó la vista en dirección a la puerta. Junto a los barrotes, desperdigadas, estaban todas las cartas de la única persona para la que había existido durante esos últimos cinco años. Se arrastró por el suelo entre lo poco que quedaba de las sábanas.

De rodillas, acarició los sobres con la mirada perdida en la dolorosa mueca de horror calcinada en el rostro de Cábanno.

Buscó la última carta que su amiga le envió. En todas ellas trataba asuntos banales. Nada que la hiciera sospechar que seguía investigando a un asesino al que todo el mundo daba por muerto. Miró la fecha de la última carta que había recibido y echó cuentas. Cábanno le había escrito todos los meses desde que ingresó en prisión. Hacía al menos tres que no había recibido una carta suya. Puede que, por aquel entonces, ya estuviese muerta.

Con las cartas en la mano se arrastró hasta el urinario que había en el interior de su celda. El dolor, la angustia, la impotencia reprimida durante años implosionaron en su interior abrasando sus entrañas. Entre lágrimas comenzó a romperlas, liberando de algún modo su rabia contra el inocente papel.

—¡Estúpida! Te dije que lo dejaras. Era una maldita orden, ¡joder! ¡¿Tan difícil era seguirla?! —Sí. Porque Cábanno no atendía a razones cuando de una injusticia se trataba.

Tiró los restos de papel con tesón, arrugados en una mano con los nudillos pálidos y despellejados. Apoyó el codo en el váter, llevó las rodillas a su pecho y escondió el rostro desencajado por el dolor entre sus brazos.

—¿Por qué? ¿Por qué no te mantuviste al margen? —susurró entre lágrimas desgarradas.

Como un claro amanecer, los dorados ojos de Dóminic acudieron a su mente. «No puedo ayudarte. ¿Para qué? Cábanno ya está muerta. Yo no quiero encerrar a ese cabrón, quiero matarlo». Alzó la vista y la clavó sobre Perkins que, comiéndose unas pipas junto con una parte de reclusas pertenecientes a las Amazonas, seguía disfrutando de aquel desolador espectáculo desde la barandilla al otro lado de la galería.

«No merezco salir de aquí. No puedo salir de aquí. No debo. Y tú vas a ayudarme».

Por primera vez, la crueldad asomó en el rostro de Bryana en forma de sonrisa. Perkins se incorporó incómoda. Escupió una cáscara de pipa al gallinero y enarcó una ceja. Fue entonces cuando Bryana ladeó la cabeza, entretejiendo su plan sin perder de vista a su objetivo.

La prisión en la que habían recluido a la inspectora Reina estaba a más de dos horas de distancia del madrileño distrito de Ciudad Lineal, lugar en el que se encontraba la brigada de homicidios que ahora lideraba Dóminic y, de nuevo, territorio de caza de un indeseable que se suponía que estaba muerto.

Después de dejar a un conmocionado Scott en su casa y tras un incómodo trayecto durante el cual ninguno de los dos había dicho nada, Dóminic se dirigió a su despacho en la primera planta de un edificio de hormigón rectangular situado en mitad del distrito.

La única luz que permanecía encendida a aquellas horas en la primera planta de la comisaría era la de su despacho.

Se llevó la mano al pecho. La opresión le impedía volver a casa. Se apoyó con el trasero en el borde de la mesa observando la pared acristalada, que le separaba del resto de agentes de la Brigada, donde había dibujado un esquema con fotos, nombres y localizaciones a modo de resumen de los casos: el Cremador de Ciudad Lineal y la inspectora Reina.

Se acarició la barbilla con la mirada puesta en los gélidos ojos grises, contenidos por una delgada línea índigo inapreciable en esa fotografía, de la que fue una de las mejores inspectoras de Homicidios de Madrid.

La fotografía de archivo de la prisión que había solicitado semanas atrás y que había colocado en la pizarra de cristal improvisada no le hacía justicia a su belleza. Había oído hablar muchas veces de ella. Su profesionalidad, su juventud y el número de casos resueltos que todos los años sobrepasaba con creces cualquier expectativa, junto con su atractivo, habían hecho de aquella mujer la inspectora más deseada y cotizada a todos los niveles. Se acarició el cuello allí donde Bryana había apoyado el filo de su pincho.

—Por la expresión de su rostro, deduzco que la visita a la prisión no ha ido como esperaba.

Dóminic deambulaba tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera advirtió la presencia de Montalvo, su comisario.

—¿Ha mirado alguna vez a un lobo a los ojos?

El comisario entró en el despacho. Siguió la línea de visión de Dóminic hasta la fotografía de quien había sido su mejor inspectora. La cogió y la observó con cariñoso anhelo.

—No he tenido el gusto.

—Hasta hace unas horas yo tampoco —le respondió perdido en sus propios recuerdos—. De pequeño, mi abuelo siempre me contaba historias sobre lobos. Vivía en un pueblecito al pie de una colina, rodeado por un frondoso bosque. Decía que cuando te topabas con un lobo en tu camino su salvaje belleza te paralizaba. Durante un instante el miedo quedaba relegado a un segundo plano.

»Hipnotizado, no podías dar ni un solo paso ni dejar de admirar al magnífico ejemplar que se había cruzado en tu camino. Pero en el preciso instante en el que tu mirada conectaba con la del depredador sabías que estabas perdido. Era entonces cuando el miedo se apoderaba de tu cuerpo, porque, por muy rápido que fueras, nunca podrías escapar de aquella hermosa bestia. "Caerás en su trampa. Entrarás en su juego. Te cazará si sucumbes tan solo un segundo a su extraordinaria belleza".

Dio un paso hacia el comisario con la mirada perdida en los profundos y gélidos ojos de Bryana. Recogió la fotografía de la inspectora que le tendía y volvió a colocarla en la pared acristalada.

—Mi abuelo siempre decía que cuando eso ocurría tenías dos opciones: ser más rápido que la muerte o desafiar a la bestia.

El comisario miró la hora en su Rolex de planito.

—Tengo algo de tiempo. —Metió la mano en el bolsillo de su delicado pantalón de traje de corte italiano tres piezas—. Acompáñeme.

Dóminic reparó en el elegante porte de su superior, quien volvió a mirar la hora en su reloj antes de abrir la puerta de su despacho, situado junto al de Dóminic.

Encendió la luz. Atravesó la pequeña sala en dirección al carrito de licores, whisky, ron y ginebra. Era de madera y aguardaba en una esquina, junto a la pared, tras una enorme mesa de madera de haya tratada y una televisión sujeta sobre un pie metálico negro, con ruedas alrededor, de las cuales descansaba una maraña de cables. Cogió dos vasos y sirvió un par de dedos de Eva Willians, un tradicional whisky importado de Kentucky, con un envolvente y aterciopelado sabor a chocolate negro, ron, pasas, caramelo y vainilla.

—Pase, Dwayne. No se quede usted en la puerta, haga el favor. —Le tendió uno de los vasos—. Siéntese.

El comisario se acomodó en su sillón de piel tras un gustoso suspiro. Movió el vaso de whisky en cuidadosos círculos, dejando un velo de lágrimas ambarinas contorneándose por el fino y delicado cristal.

—Bryana Reina. Una de las mejores inspectoras de Homicidios de todo Madrid. Y podría asegurar que, si comparamos estadísticas, probablemente Reina era la mejor inspectora de Homicidios del país. —Mojó los labios en el whisky antes de mirar a través de sus pobres pestañas a Dóminic—. El lobo al que usted hace referencia en su historia me recuerda mucho a ella. —Sonrió suspicaz—. La mujer más joven en llegar a inspectora jefa. Cuando la vi entrar por aquella puerta el primer día, con su inexperiencia y su carita de ángel…

«¿Carita de ángel? Lo dudo mucho», pensó Dóminic.

No había conseguido fotografías de archivo de Bryana que, por norma, sí tenían de todos los agentes del cuerpo. Lo cual no le sorprendió. La inspectora Reina había sido juzgada y condenada por varios asesinatos y la institución se había encargado de borrar cualquier atisbo de rastro de aquel error. Un procedimiento habitual ante ese tipo de circunstancias.

No dudaba que Bryana pareciera joven e inexperta cuando se

incorporó a su puesto, sin embargo, el aura que exudaban los poros de su precioso y moldeado cuerpo carcelario no era el de una niña buena con carita de ángel.

El comisario señaló con el dedo índice de la mano con la que sujetaba el vaso la puerta de acceso a la Brigada.

—Pensé que no sería capaz de hacerse con el equipo que ahora se encuentra bajo su mando. —Rio—. ¿Sabía usted que en su primer día a Parker se le ocurrió llamarla monada? —Le dio un trago al whisky negando aquellos recuerdos con una amplia sonrisa en los labios—. En toda mi carrera jamás había visto a uno de mis hombres tan avergonzado. Reina lo bajó al gimnasio y le propinó tal paliza que Parker estuvo sentándose sobre un flotador dos semanas. —Rio. Bebió parte del delicioso líquido ambarino de su vaso y miró a Dóminic—. Reina es como ese lobo del que le hablaba su abuelo: cuando la ves por primera vez quedas prendado de su espectacular belleza, pero cuando la miras a los ojos sabes que esa mujer va a hacerte perder el juicio. —Terminó el whisky que le quedaba en el vaso antes de comprobar la hora en su Rolex de platino—. Siempre fue una cazadora. Una cruel y despiadada depredadora camuflada bajo una apariencia casi divina. Si estabas entre sus objetivos, el último de tus suspiros le pertenecería a ella. Tu único consuelo era que te devorase rápido. —Fijó su mirada en las lágrimas de whisky que resbalaban hasta el fondo del vaso para perderse en el vacío—. Un temperamento como el suyo, encerrado tantos años sabiéndose inocente…

—Sé que la necesitamos. —Dejó el vaso de whisky, que ni siquiera había probado, sobre la mesa—. Estoy convencido de que maneja datos de ese cabrón que no aparecen en los informes. Detalles que para nosotros pasarían inadvertidos, seguro que tienen algún particular significado para ella.

El comisario volvió en sí. Alzó la vista y miró a Dóminic como si sopesara la idea de confiarle algún tipo de secreto antes de volver a comprobar la hora en su reloj y levantarse. Dóminic frunció el ceño y se incorporó casi al unísono.

—He quedado con mi señora para ir a la ópera. No me gustaría llegar tarde. —Tamborileó con los dedos sobre el pulido tablero de la mesa—. Reina tenía un carácter complicado. Un temperamento fuerte, indomable y difícil de doblegar. Nunca lo edulcoró. —Sacó un grueso manojo de llaves de su fino pantalón de corte italiano e introdujo la más pequeña en el primer cajón de la mesa—. Vivía de alquiler en una buhardilla en el centro. —De un doble fondo sacó la llave de un

candado—. Esta es la llave del trastero donde ordené guardar todas sus pertenencias cuando ingresó en prisión. —Se la entregó—. Siempre supe que era inocente. De la misma manera que sabía que usted le permitía a Cábanno investigar por su cuenta y que Alessia no cesaría hasta dar con las pruebas que exonerasen a Reina. Lo que nunca imaginé fue que perdería la vida en ello.

»Desconozco qué descubrió, pero si Cábanno llegó hasta el Cremador, Reina es la única que puede interpretar cualquier pista que haya podido dejarnos. El asesinato de Cábanno no fue fortuito, estaba muy bien planificado. No era fácil pillar a Alessia desprevenida.

—No encontramos nada en el registro de la vivienda de la inspectora Cábanno. Tampoco en su mesa de trabajo. Todo parece indicar que no seguía una línea de investigación concreta.

—No la encontrarían aunque levantasen cada moldura de ese piso y cada piedra de esta comisaría, pero ambos sabemos que Cábanno seguía una línea de investigación. Tal vez, varias. Solo Reina podrá decirnos cuál o cuáles.

—Señor, esa mujer se ha convertido en una presa. Apenas queda nada de la inspectora que un día fue.

—¿Y cuál es el problema? ¿No se cree capaz de lidiar con una mujer así? —Enarcó una ceja, sonriendo de medio lado.

—No. No es eso. Pero podría ser peligroso.

—Reina ha sido una de las mejores agentes que ha tenido esta institución. Además, usted mejor que nadie sabe que solo un gran depredador es capaz de darle caza a otro.

—No está por la labor de cooperar. Lo más probable es que en cuanto quede en libertad desaparezca. Y no la culpo. Yo haría lo mismo.

—Reconozco que no será fácil, pero me consta que usted no es de los que se rinden. Reina tratará de escapar, de eso no me cabe la menor duda, y si lo consigue jamás la encontraremos. Buscará a ese cabrón y lo matará. —Cogió un pósit de la mesa—. Debemos evitar que cometa una locura. Quizá, entre sus pertenencias, encuentre una razón para que vuelva a ser la que era. Aunque su alma se haya quebrado entre la oscuridad, sigue siendo Reina, nuestra inspectora —le dijo sin mirarlo, escribiendo en el pequeño papel amarillo la dirección de los trasteros—. Tenga cuidado, Dwayne. —Le entregó el

papel con la dirección—. No sé cómo serían de fieros los lobos con los que se cruzó su abuelo a lo largo de su vida, pero la mujer a la que va a enfrentarse le morderá. Luchará contra usted y contra sí misma. Es su naturaleza. Lo era antes de entrar en prisión.

»Y para nuestra desgracia, no creo que su estancia haya suavizado su carácter. Pero es precisamente esa ferocidad lo que le otorga su espectacular belleza. Lo dejo en sus manos, Dwayne. ¿Qué decide?, ¿ser más rápido que la muerte o desafiar a la bestia?

Dóminic miró la llave del trastero que Montalvo le había entregado.

—Quiero a ese malnacido entre rejas y quiero a esa loba en mi equipo —le dijo con determinación, cual juramento, cerrando en un puño la llave de los trasteros.

—Buena suerte. Va a necesitarla. —Miró la hora en su reloj—. Siento tener que dejarle, pero no quiero hacer esperar a mi mujer.

—Necesitaré un par de días para organizarme y revisar las pertenencias de la inspectora.

—Que sea mejor una semana. Tómeselo con calma; va de cacería, no de acampada. —Rodeó la mesa hasta llegar a la altura de Dóminic —. Dígale a Parker que le eche una mano. Y bébase eso. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección al vaso que Dóminic había dejado sobre la mesa—. Es un delito tirar un whisky así. —Le apretó el hombro antes de comenzar a recorrer el despacho en dirección a la puerta—. Tiene carta blanca, Dwayne, pero preferiría no saber cómo pretende domar a esa fiera.

El comisario abandonó el despacho apresurado y mirando por enésima vez la hora en su reloj. Dóminic sonrió divertido.

Se apoyó con el trasero sobre el borde de la mesa. Miró la llave y el pequeño trozo de papel en el que Montalvo había apuntado la dirección. Cogió el vaso. Bebió un largo trago deleitándose con el regusto a chocolate negro, ron, pasas, caramelo y vainilla. Alzó la copa y miró el líquido ambarino con un ligero cariz de asentimiento en su rostro. Volvió a dejar el vaso sobre la mesa y sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

De manera casi automática la vista se le fue hacia la hora que el dispositivo marcaba en la parte superior derecha de la pantalla. Era pronto. Las diez de la noche. Buscó en el teléfono la dirección. Se

incorporó cuando la encontró. Bebió el resto de whisky que había dejado en el vaso, se guardó la llave de los trasteros en el bolsillo delantero del pantalón junto con el pósit, apagó las luces de ambos despachos y llamó a Parker mientras atravesaba la sala que ocupaba el resto de los agentes de la Brigada.

—En media hora paso a recogerte.

—¿Ha ocurrido algo?

—Te lo cuento de camino. Trae un par de cervezas.

Iluminado por la tenue luz de la luna que se colaba a través de los ventanucos superiores de la pared, atravesó el vestíbulo, que conducía a las escaleras por las que se accedía a la primera planta, con paso firme y la determinación de un cazador dispuesto a seguir la estela del mayor trofeo jamás abatido: una mujer recluida en sí misma que, sin saber cómo, debía obligar a regresar para, juntos, acabar con un enemigo mayor.

Cuarenta y cinco minutos más tarde salió del Audi R8 negro que adquirió en una subasta hacía un par de años y que había pertenecido al lugarteniente de una organización criminal dedicada al tráfico de drogas.

—Puntualidad inglesa se le llama a lo tuyo.

Desde la puerta del portal del edificio de seis plantas, ladrillo visto y ventanas enmarcadas en aluminio blanco en el que Parker vivía desde su divorcio hacía cuatro años, lanzó una Coronita que Dóminic atrapó al vuelo y abrió de camino al maletero con la cruz ansada que colgaba del mando del coche. Le dio un gran sorbo a la cerveza antes de abrirlo y coger su chaqueta de cuero negro.

—¿Vas a ir así? —Le devolvió la cerveza a Parker, repasando el traje de chaqueta tres piezas de color gris de su compañero, antes de ponerse la cazadora.

—No me has dicho adónde vamos. —Le dio un sorbo a su Coronita, tendiéndole a Dóminic la cerveza que estaba sujetándole—. Además, uno no sabe dónde podría encontrar al amor de su vida. —Sonrió.

—Di que sí. —Le dio a Parker un cariñoso golpe seco en la

espalda—. Tú no pierdas la esperanza. —Rio antes de beber—. Espero que al menos no hayas dejado ningún asunto importante a medias. —Se acercó a la papelera que había en la acera, frente al portal, y tiró la botella vacía.

—Un filete de pollo empanado en la nevera y una ensalada de tomate a medio hacer. —Apuró la cerveza. Siguió los pasos de su compañero y la tiró a la papelera—. ¿Dónde nos vamos de marcha esta vez?

Dóminic sacó del bolsillo, en el que se había metido las llaves del trastero, el pósit en el que el comisario había apuntado la dirección del lugar en el que había guardado durante los últimos cinco años las pertenencias de Bryana. Le entregó el pequeño papel amarillo a Parker y se dirigió hacia la puerta del piloto del R8.

—¿Qué es esto? —Rodeó el capó del Audi inspeccionando el papel.

—La dirección de unos trasteros. —Abrió la puerta y se metió en el coche.

—¿Una pista? —Frunció el ceño antes de subirse.

—Montalvo ha guardado durante todos estos años las pertenencias de la inspectora Reina en uno de esos trasteros. —Parker se envaró, incómodo, en el asiento de cuero—. Vamos a trasladar sus cosas a mi casa y, una vez allí, registraremos las cajas una a una.

—No puedo hacer eso. —Agarró la maneta interior cromada en plata de la puerta con intención de salir—. No puedes pedirme que vuelva a violar su intimidad.

—Ahora mismo no existe otra alternativa. La investigación está muerta. Todas las pruebas conducen a un callejón sin salida o apuntan directamente a Reina como culpable. Es lo único que tenemos.

—Lo sé, pero es que… —La angustia era palpable no solo en su rostro, también en su renqueante tono de voz—. Tú no lo entiendes. Fue un calvario registrar su vivienda y encontrar allí pruebas incriminatorias. Muchos de nosotros habíamos estado en su casa infinidad de veces. Habíamos compartido con ella copas de vino, risas e interminables noches estudiando el perfil de ese cabrón. Sus pasos, su rastro… Fue un golpe muy duro para la institución, pero la peor parte, sin duda, nos la llevamos nosotros, su brigada. Los mismos que tuvimos que llevarla ante la justicia.

—Scott —agarró su brazo antes de que saliera—, Bryana es inocente. Estoy convencido de que le tendieron una trampa. Es la única explicación. El asesinato de Cábanno no es obra de un imitador. El sujeto sabía a la perfección lo que hacía y cómo lo hacía. —Lo soltó cuando apreció un ápice de serenidad en sus ojos—. Necesito que me ayudes a sacar a Bryana de ese agujero cuanto antes. No tengo ni idea de cómo era, pero sí conozco al tipo de mujer en la que está convirtiéndose porque yo mismo he llevado a muchas así ante la justicia.

»Bryana fue la más reputada inspectora de Homicidios del cuerpo. ¿Cuánto crees que debería haber durado en una prisión como esa? Cualquiera de nosotros habríamos muerto en menos de una semana, pero estoy casi seguro de que Bryana sigue con vida por un único motivo: están domándola.

—No te sigo.

—Imagínate por un momento que eres uno de los grandes narcos de este país y que llega a tus manos un arma indetectable para la policía; peligrosa pero capaz de abrirte cualquier frontera. ¿Te desharías de ella? —Parker negó con la cabeza—. En esa prisión se encuentra encerrada Alina Petrova.

—Lo sé. Tú mismo la encerraste allí. —Esta vez fue Dóminic quien se envaró incómodo en su asiento—. Pero no entiendo qué tiene que ver Petrova en todo esto.

—No sé si sabes que Petrova es la mujer del Egipcio.

—No tenía ni idea. ¿Tú cómo sabes eso?

—Eso ahora es irrelevante. La cuestión es que, pese a ser marido y mujer, nunca se han llevado demasiado bien. Petrova solo se quiere a sí misma. Lo único que le importa es su imperio, el poder y el dinero. Una mujer como Bryana en sus filas es un bocado muy apetecible, tanto como para olvidar quién fue Reina en otro tiempo.

—Bryana jamás accedería a trabajar para Petrova.

—¿Estás seguro? Tú mismo te has sorprendido al verla esta tarde. Puede que ya la tenga en nómina. —Ante la sombra de la duda en los ojos de Parker y la ausencia de respuesta, prosiguió con su argumentación—: Conozco a Alina. Como bien has dicho, yo mismo la metí en aquel agujero. —Lo cual, pese a ser uno de los mayores logros de su carrera, no lo enorgullecía—. Esa mujer es… de la peor calaña

con la que me he cruzado jamás en la UDYCO. Antes de ir a prisión estuve repasando los informes penitenciarios de la inspectora Reina. —Se estiró para alcanzar, entre el hueco de los asientos, una carpeta de solapas acartonadas con el logotipo de la policía que descansaba sobre el asiento trasero del copiloto—. Durante los últimos cinco años Bryana ha recibido varias palizas de manera indiscriminada —le tendió la carpeta a Parker—, todas ellas propinadas por mujeres pertenecientes a la organización de Petrova, salvo una. Esa única paliza llevó a Bryana a la enfermería en estado crítico. Estuvo a punto de perder la vida.

—Este informe es…

—Extraño, ¿verdad?

—O la investigación del incidente fue una chapuza…

—O alguien ha falsificado el informe.

—Pero ¿por qué no se defendió? —le preguntó mientras revisaba por encima los informes—. Sabe luchar mejor que ninguno de nosotros. Yo mismo la he visto reducir en cuatro movimientos a hombres que le sacaban dos cuerpos.

—No lo sé. —Suspiró y negó con la cabeza—. Pero mira este informe —señaló uno con la fecha remarcada en amarillo. Parker lo leyó con atención—. Ahora mira este. —Rebuscó en la carpeta y sacó un acta de defunción penitenciaria—. La reclusa que casi mata a Bryana apareció colgada en la lavandería tres días después. Teniendo en cuenta que Reina aún se debatía entre la vida y la muerte por aquel entonces, ¿quién crees que se encargó de la ejecución de esta tiparraca?

—Puede que Petrova no tenga nada que ver con esta muerte.

—Allí donde esté Petrova, nadie mueve un solo dedo sin que ella dé su consentimiento. La conozco. Y esto lleva su firma por todas partes.

—A ver si lo he entendido. Entonces, ¿Petrova está protegiendo a Bryana?

—No. —Negó con la cabeza—. Petrova está buscando el límite de Bryana. Está estudiando a la fiera antes de domarla. ¿Cuánto crees que aguantará Bryana antes de acabar con la vida de alguna reclusa?

—Lo que me extraña es que no lo haya hecho ya. —Removió los informes que recogían los atentados que, durante años, había sufrido quien fue su superior directo en la Brigada—. Desde luego la mujer que he visto esta tarde… Te aseguro que esa no era Reina.

—Por eso necesito que me ayudes a recuperar a la inspectora que un día fue.

Parker suspiró pensativo, cerró la carpeta que colocó sobre sus piernas y se abrochó el cinturón.

No salió de su celda en todo el día. Había pasado toda la noche y gran parte de la mañana maldiciendo junto al inodoro, sufriendo la horrible muerte de quien había sido su subordinada. Su compañera. Su amiga. Su hermana.

A primera hora de la tarde, al desgarrador duelo de la pérdida se unieron la impotencia, la ira, la frustración, la culpa y la rabia contenida durante los últimos cinco años.

Hasta aquel día nunca se había compadecido de sí misma. Jamás había pensado en una venganza. Aceptó la sentencia sin cuestionarla. Era inocente, pero, pese al dolor que le producía reconocerlo, sus compañeros, quienes fueron sus subordinados, habían realizado un trabajo de investigación sublime.

Sentada en el suelo de su celda entre incesantes lágrimas, sobre los jirones de las sábanas abandonadas, se había dado cuenta de que había vivido en un estado de shock emocional. Un letargo en el que apenas sentía para no padecer. Pero el asesinato de Cábanno había arrastrado a Bryana a una cruel realidad en la que su corazón, yermo de sentimientos, había despertado lleno de cólera y sed de venganza.

Apoyada con la espalda sobre la pared de la celda, con una pierna estirada y la otra flexionada soportando el peso del brazo, que alzó para retirar las últimas lágrimas con un brusco ademán, miró a la joven castaña que trapicheaba en la galería de enfrente. Menuda, de angelical rostro, apenas parecía superar los veinte años y se movía en aquella ilegalidad como pez en el agua.

Ladeó la cabeza. Sonrió de medio lado y enarcó una ceja cuando sus miradas se cruzaron. Altiva, la joven alzó el rostro en un claro gesto provocador, hasta que Perkins se acercó a ella. Una mirada de Helena bastó para que la desafiante muchacha se desinflara como un

globo. Con la cabeza gacha, asentía sumisa a la mano derecha de Alina. Ni tan siquiera se atrevió a echar la vista hacia atrás cuando abandonó la galería acompañada de las dos guardaespaldas de Helena.

El tráfico de drogas en aquel estercolero le pertenecía a las Amazonas, como cualquier otra actividad ilegal. La venta de cualquier tipo de sustancia sin pertenecer a la organización se pagaba muy caro. Si aquella joven no lo sabía, lo había olvidado o trataba de ir por libre saltándose el orden natural de aquel agujero, las dos gorilas con las que había abandonado la galería iban a encargarse de que jamás osara volver a violar las normas no escritas de la prisión.

Helena se apoyó en la barandilla de la galería. Desde la seguridad que le otorgaba la distancia le lanzó un beso a Bryana antes de esbozar una sonrisa que no llegó a pincelar su rostro por completo porque, henchida de cordura y consciente de sus actos, Bryana alzó la mano que descansaba en su pierna flexionada, levantó el dedo pulgar y se recorrió el cuello como si se rebanase el gaznate.

En cinco años jamás había desafiado a ninguna reclusa. Nunca pensó en matar a nadie. Ella era de los buenos. Habían galardonado su trabajo en varias ocasiones, pero un oscuro ser había despertado en su interior hambriento. Un ser famélico de venganza, tan atroz, que la misma cordura que durante los últimos cinco años la había mantenido con vida, carecía ahora del poder suficiente como para enfrentarse a él sin poner en riesgo su propia vida.

Necesitaba desfogarse. Le urgía liberar, en un ambiente controlado, al monstruo que consumía la ilusoria paz interior en la que se había refugiado durante los últimos años. Y en aquel estercolero solo había una persona que podía ofrecerle la muerte en bandeja o, en su defecto, si era capaz de salir con vida de aquella locura, alargar su condena hasta que le llegase la hora.

Sonrió ante el desconcierto de Helena. Se levantó del suelo y salió de su celda bajo la atenta mirada de Perkins que, sin mover un solo músculo de su cuerpo, la observaba desde la galería de enfrente.

Olía a estofado rancio. Era la hora de comer.

«¿Se mata con la tripa llena o vacía?».

Capítulo 3

A lo largo de su vida podía enorgullecerse de haber quebrantado tan solo uno de los siete pecados capitales de la cristiandad: la lujuria.

De manera recurrente y cada vez que tenía la oportunidad, se saciaba de mujeres bellas, accesibles y que evitasen el compromiso.

Su trabajo apenas le dejaba tiempo para la tediosa labor de mantener viva la llama de una relación estable. Lo intentó al poco de ingresar en el cuerpo. Conoció a una mujer en la Academia que perfectamente podía haber sido la madre de sus hijos: inteligente, preciosa, divertida… Su relación fue viento en popa y a toda vela hasta que solicitó plaza en la UDYCO. Fue entonces cuando comenzaron los problemas. Discusiones diarias, algunas de ellas sin sentido y por tonterías, comenzaron a quebrar la relación. Los turnos de trabajo —que en ocasiones se alargaban horas e incluso días— tampoco es que ayudasen. Alzó el brazo y acarició el lomo negro de su rottweiler.

Fracasó. Aquella idílica relación acabó tan mal que juró que jamás volvería a comprometerse, y mucho menos con alguien del trabajo.

Había programado la alarma del reloj de su mesilla de noche para que sonara a las nueve de la mañana, pero eran cerca de las doce y seguía remoloneando en la cama junto a Nugget, su gigantesco perro. El único ser vivo con el que no había podido evitar mantener una relación estable. Palmeó el cuarto trasero del perro sin que el animal se inmutara.

No era un hombre perezoso. Se había pasado casi toda la noche trasladando junto a Parker las pertenencias de Bryana a su loft en las afueras de la capital, así que podía decirse que tenía una excusa para zanganear un rato en la cama.

—Das un calor de mil demonios. —Empujó a Nugget en un intento por apartar el lomo de su cuerpo.

En unos días la primavera daría paso al verano. Algunas noches frescas, como la pasada, ponían de manifiesto que el cambio de estación no se había producido pero los días comenzaban a ser criminales. El calor a partir de media mañana hasta que se ocultaba el sol parecía haberse adelantado en un pulso estacional que la primavera perdería, como cabía esperar.

Estaba sudando. La bola de pelo y músculo, de más de cuarenta kilos, que plácidamente se estiraba usurpando su espacio en la cama, acrecentaba la sensación de calor y la necesidad de una ducha de agua fría que llevaba toda la noche deseando darse; desde que la gélida y sensual mirada de Bryana le arrebató su profundo y placentero sueño, colándose donde ninguna otra mujer con la que había mantenido una relación, ya fuera esporádica o estable, había logrado. La inspectora Reina había despertado en él sentimientos confusos, contradictorios, desconocidos y primitivos.

Colocó el brazo sobre el lomo de Nugget, que dormitaba a su lado. Acarició con suavidad al perro al compás de su relajada respiración. Giró la cara en dirección al salón y observó en la distancia las cajas amontonadas con las pertenencias de la inspectora. Se encontraban junto al sofá, alrededor de la mesa del comedor que había pegada a la pared de la puerta de su casa, y también sobre la mesa de centro situada frente a la televisión, entre el sofá y el mueble principal.

La perspectiva en altura de la única habitación de aquel loft le otorgaba unas vistas privilegiadas de toda la vivienda a través de la barandilla de cristal, así como de la ardua y compleja tarea que le aguardaba.

Se incorporó desnudo, ataviado tan solo por un bóxer negro, y se sentó en la cama mirando las cajas. Apoyó los codos en las rodillas y la barbilla sobre sus manos cerradas en un único puño.

Bip, bip, bip, bip.

Su móvil vibró sobre la mesilla. Se estiró para contestar la llamada sin comprobar en la pantalla de quién se trataba. Puso el manos libres. Se levantó y se acarició el abultado miembro.

—¡Buenos días, Dom!

Miró con pereza la pantalla del teléfono.

—Buenos días, Selena.

—Perdona, ¿te he despertado?

—No. Apenas he pegado ojo en toda la noche. —Se acercó a la cómoda blanca que había frente a la cama y del primer cajón sacó unos calzoncillos y un par de calcetines.

—¿Problemas con algún caso? ¿Necesitas que te eche una mano? —Dóminic se acercó a los pies de la cama y dejó la ropa interior sobre las sábanas negras—. Nosotros acabamos de cerrar el caso Mediterráneo y…, bueno, te llamaba por si… te apetecía celebrarlo. Comenzarías el día más relajado y despejarías tu mente.

—Vas hasta arriba de cafeína, ¿verdad? —Rio.

—Sí, bueno, ya me conoces. Ha sido una noche complicada. ¿Qué me dices? Prometo que esta vez te pagaré una lámpara de noche nueva si nos cargamos esa cosa horrorosa que has puesto junto a la cama.

—No puedo. —Sonrió de medio lado, negando con la cabeza al recordar la última vez que habían celebrado algún logro laboral.

Fue épico y un error que terminó con la lámpara de noche en forma de luna llena hecha añicos en el suelo. Al día siguiente se acercó a la primera tienda de lámparas que encontró de camino al trabajo y compró la típica de escritorio en forma de brazo metálico: cromada y fea. Selena tenía razón: era horrorosa.

Selena Martín era una antigua compañera de brigada. Una preciosa rubia de ojos verdes e infinitas y torneadas piernas. Delicada como una exótica flor. Inteligente, desinhibida y siempre dispuesta a pasar un buen rato. Accesible y a su alcance, Dóminic cometió el gravísimo error de compartir con ella oficina y cama en más de una ocasión. Lo que comenzó siendo un error esporádico, que puso el broche de oro a un caso complejo y el duro trabajo de meses de investigación, terminó convirtiéndose en una extraña relación en la que cualquier excusa era buena para echar un polvo.

No buscaba compromisos de ningún tipo y mucho menos con una compañera. Tenía la lección bien aprendida. Abandonar la UDYCO y solicitar el traslado a Homicidios creyó que solucionaría el excesivo interés que la subinspectora Martín mostraba hacia él, pero tan solo sirvió como huida de su propio pasado, porque Selena parecía no darse por vencida.

Dejó escapar el aire retenido en sus pulmones en un abrupto suspiro contenido.

—Selena, tengo que dejarte —le dijo en un tono más seco de lo que pretendía.

—¡Ah! Sí. Sí, claro, ¿hablamos luego?

—Ya te llamaré.

—Vale. Sí. Perfecto. Ciao —le respondió apesadumbrada.

Se acercó a la mesilla y esquivó a Nugget, que se había bajado de la cama y se desperezaba como un enorme gato negro en mitad de la habitación, de camino a las escaleras de peldaños de madera volados que llevaban a la planta baja. Cogió el móvil y colgó sin despedirse. Desbloqueó la pantalla y abrió la aplicación de mensajería. Buscó el contacto de Parker.

Dom:

Te espero en mi casa en una hora.

El emoticono de una mano con el pulgar hacia arriba le llegó de manera inmediata, como si Scott tuviese el móvil en la mano y estuviera esperando su mensaje.

Subió el volumen del teléfono antes de dejarlo sobre la mesilla. Atravesó de nuevo la habitación hacia la única puerta de la planta superior, integrada en la pared con el mismo color gris que decoraba por completo el loft de dos plantas y que llamaba la atención tan solo por el pomo negro y redondo que sobresalía con elegancia.

Entró en el baño y se deshizo de los bóxer. Los desechó en el cesto de la ropa sucia que tenía bajo la ventana de cristal traslúcido y marco de aluminio blanco, ubicada junto a la puerta, a juego con el inodoro y el lavabo que, como centinelas, se situaban uno a cada lado del baño. Abrió el grifo de la ducha que había junto al cesto, frente al espejo que cubría el lateral izquierdo del baño donde estaba el lavabo.

El agua comenzó a caer en cascada por la alcachofa de diseño cromado. Se metió en la ducha. Apoyó las palmas de las manos sobre la pared alicatada con diminutos azulejos que, como perlas de ónix, brillaban al contacto con el agua que salpicaba la intromisión de su escultural e imponente cuerpo en aquella cascada artificial.

Agachó la cabeza entre sus brazos y cerró los ojos, permitiendo que el agua recorriera cada músculo de su cuerpo y atemperara su piel. Sumido en el silencio, meció su mente al compás del agua que recorría cada uno de los tatuajes egipcios que decoraban su torso, hasta el comienzo de sus férreos glúteos.

Los músculos de todo su cuerpo se tensaron cuando los grisáceos ojos de Bryana allanaron sin previo aviso el vacío de sus

pensamientos.

Se acarició el miembro evocando el recuerdo de la inspectora. Su denso y largo cabello negro, su hierático y suave rostro, sus carnosos labios, diseñados para provocar el más puro placer, su nívea piel…

Abrió los ojos de manera abrupta, sorprendido por su propio cuerpo al ser incapaz de contenerse ante la imaginaria estimulación carnal de aquella mujer. Sobre la palma de su mano vertió el denso y ardiente anhelo de unas caricias que jamás había recibido, de unos labios que no había probado y de una mirada tan salvaje que palpitaba todavía en su erecto miembro.

Apenas probó bocado, y no por falta de apetito; más bien porque el estofado rancio de patatas con carne apelmazado en la bandeja metálica del comedor, más parecido a un vómito sin digerir que a una ración de comida, no se le antojaría ni a las ratas.

Intentó comerse la ensalada, pero la lechuga estaba aguada, oxidada y teñida por el jugo de la remolacha albina que había perdido su color violáceo. La zanahoria cortada en tiras, de lo seca que estaba, podría haberle servido para sacarle los ojos a sus compañeras de mesa. Si las hubiese tenido.

Bryana siempre comía sola. Cuando comía.

Los primeros días cuando llegaba al comedor todas las reclusas alzaban la vista de los platos. Dejaban conversaciones a medias, incluso se giraban para observarla. Seguían sus pasos con la mirada en silencio hasta el punto que Bryana en alguna ocasión creyó escuchar como disfrutaban torturándola en sus pensamientos.

No la perdían de vista desde que entraba por la puerta hasta que tomaba asiento en una mesa haciendo esquina. Sola, junto al cubo de basura con los restos de comida que debían depositar, antes de colocar la bandeja en el portabandejas con ruedas de aluminio que había frente a la puerta, al otro lado de la sala.

Durante semanas fue el blanco de todas las miradas cada vez que entraba en el comedor, que pisaba el gimnasio, el patio, la lavandería, los vestuarios, los baños, las duchas… Observada durante las veinticuatro horas del día por todas las reclusas a cuyas miradas se sumaban las de los funcionarios de prisiones. Era la prisionera más famosa de aquel estercolero. Salvo para Alina, que apenas parecía

prestarle la más mínima atención.

Con el paso de los meses las reclusas comenzaron a ignorarla, o puede que siguieran observándola de igual manera y fuera la propia Bryana quien no reparaba en ellas. Fue entonces cuando la líder de las Amazonas comenzó a seguir sus pasos; de manera sutil pero intensa, pues Bryana siempre sabía cuándo Alina posaba sus ojos sobre ella.

Dio un mordisco a la manzana, lo único decente para llevarse a la boca en aquella comida, sumida por completo en los recuerdos de sus primeros días en prisión, hasta que vio entrar a la joven castaña que había estado trapicheando en la galería hacía menos de una hora.

Habían dejado a aquella pobre diabla hecha un cromo. Tenía el labio partido y el pómulo hinchado. Por cómo se abrazaba a sí misma el vientre, debía tener alguna costilla rota. Con ojos vidriosos, restos de sangre reseca en la nariz y cojeando se acercó con torpeza a la pila de bandejas que había junto a la entrada, cogió una, que apenas podía sujetar con una mano, mientras con el otro brazo seguía rodeando el contorno de su diminuto cuerpo.

Bryana hizo girar la manzana entre sus dedos antes de darle un bocado, mientras observaba cómo aquella joven arrastraba cojeando la bandeja por la barra de acero sin dejar de abrazarse a sí misma, gemía cada vez que se estiraba para alcanzar un plato y pasaba tras los dos funcionarios que se apartaron para no estorbar. Sabían que había recibido una paliza y no tenían la más mínima intención de mover un solo dedo para ayudarla. Eran conscientes de quién había sido y quién había dado la orden. Pero ¿quién despreciaría tanto su vida como para enfrentarse a Petrova? «Yo».

Cuando llegó al final del bufé, a la altura de las mesas que rodeaban el lugar que Bryana siempre ocupaba, buscó un hueco libre que no encontró. Sus compañeras, un grupo de cinco reclusas con las que siempre comía y jugaba al baloncesto, se habían encargado de ocupar toda la mesa dejando claro que ya no era bienvenida. No querían problemas con Alina. Nadie quería problemas con Petrova. ¿Quién querría terminar como ella? «Yo».

Incapaz de sujetar durante más tiempo la bandeja en el aire con un solo brazo, que sin parar de temblar Bryana creyó que en cualquier momento se tiraría encima, la joven se acercó arrastrando una de las piernas a la pared y entre gruñidos se sentó en el suelo, junto a la papelera.

Suspiró cuando parecía que había encontrado una postura cómoda, con la bandeja entre sus piernas estiradas en el suelo y la espalda apoyada en la pared. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se concedió unos segundos de descanso para recuperar fuerzas, sin dejar de acariciarse las costillas con una mano mientras con la yema de los dedos de la otra masajeaba con suavidad su pómulo hinchado.

Dio un mordisco a su manzana observando a la joven como tantas veces habían hecho con ella.

La muchacha abrió los ojos, miró el estofado y lo removió con el tenedor de plástico como aquel que levanta la carne putrefacta de un cadáver con un palo. Una mueca de asco se dibujó en su rostro provocando la sonrisa de Bryana. «Esa bazofia hace daño incluso a la vista». Mordió por última vez la manzana. Al dejar el corazón mordisqueado de la fruta sobre la bandeja, por el rabillo del ojo percibió el movimiento de las que habían sido compañeras y amigas de aquella joven apaleada. Con una mesa de por medio entre el grupo de desgraciadas y Bryana, alzó la vista y las miró a través de sus tupidas pestañas negras.

Dos de ellas, las que quedaban frente a la línea de visión de la repudiada, cuchicheaban sonriendo sibilinas, mirando de soslayo a quien hasta hacía menos de una hora había sido parte de aquel quinteto de cobardes. «¿En serio?». No era necesario ser policía para saber lo que tramaban.

Todo el grupito se levantó entre risas y se acercaron en manada al cubo junto al que se había sentado la joven. En parejas desecharon los restos de comida en el interior de la bolsa de basura, excepto la última, que se situó a los pies de la muchacha. Bryana se levantó y se acercó al cubo con la bandeja. Esquivó a un par abriéndose paso entre ellas y tiró la comida al interior. «Ten un poco de dignidad, por Dios», pensó al ver de soslayo cómo la joven miraba desde el suelo a la reclusa que estaba de pie frente a ella, buscando su perdón, o quizá, la clemencia de un ser miserable.

—Eres una jodida inútil —alcanzó a escuchar antes de que le tirase los restos de comida a la muchacha.

Las cuatro mujeres, que ya habían dejado las bandejas vacías en el porta bandejas, se hicieron a un lado entre risas para que Bryana dejase la suya. «Recuerda, Bryana, tú tienes otros planes. Apuntas más alto. No pierdas el tiempo con estupideces…».

Escuchó cómo la reclusa le escupía a la joven, lo que provocó que el resto de las mujeres que había en el comedor se unieran a la humillación entre carcajadas, improperios y amenazas con la pasividad de los funcionarios como estandarte.

Bryana apoyó el borde de la bandeja en la primera balda vacía que encontró cuando sintió la cruel mirada de Alina sobre su nuca. «Dicen que todos los caminos conducen a Roma». Agarró con fuerza la bandeja, se giró y se la estampó en la cara al artífice de aquella humillación.

—Perdona, no te había visto. —Sonrió divertida al ver cómo, entre gruñidos y tratando de taponar la sangre que a borbotones le salía por la nariz, aquella vil reclusa gimoteaba mirándola a caballo entre la sorpresa y el odio.

Un silencio sepulcral se hizo en el comedor. La inusual reacción de Bryana paralizó a los funcionarios que, perplejos, no parecían tener claro cómo actuar. Y como era de esperar, las cuatro compañeras de la reclusa que sangraba como una cerda salieron en su defensa.

La primera en acercarse a Bryana salió volando por los aires con las manos en el esternón al recibir una patada en el pecho. Dos intentaron sujetarla por los brazos; la que fue por la espalda lo consiguió, la otra se llevó un cabezazo en la nariz, tropezó y cayó inconsciente al suelo al golpearse la cabeza con la esquina de la mesa. La que aún no se había movido la empujó agachándose y apoyando los hombros en el vientre de Bryana mientras su compañera trataba de hacerle una llave a la espalda, de la que se deshizo propinándole un fuerte cabezazo con la nuca, seguido de un codazo en las costillas en cuanto le fallaron las fuerzas por el golpe que había recibido en la nariz, movimiento que facilitó que Bryana anclara los pies al suelo para evitar ser arrastrada contra la pared. Sujetó a aquella jugadora de fútbol americano por la cintura y remató a la última de sus atacantes con un firme rodillazo en la sien que la desestabilizó al momento.

En aquel instante, al menos diez funcionarios irrumpieron en el comedor para controlar a las reclusas que, animadas, habían empezado a vitorear la pelea en un corrillo a su alrededor en cuanto comenzaron los primeros golpes.

Dispersaron a la multitud a golpe de defensa antes de llegar hasta ellas y poner fin a la trifulca.

Las cinco terminaron en el suelo. Todas forcejearon con los

funcionarios. Todas, excepto la mujer que estaba abandonada en el suelo junto a una de las mesas y que trasladaron de inmediato a la enfermería.

Alzó los brazos al aire y se arrodilló en el suelo asumiendo su destino. Sonrió triunfal. Había conseguido lo que se proponía. Su futuro a partir de ese momento ya no dependía de Petrova. Sería libre en aquel agujero mientras fuera capaz de mantenerse con vida.

La tumbaron en el suelo. Reducida bocabajo sobre restos de estofado, ensalada y sangre, Bryana miró a la joven que, echa un ovillo, seguía junto a la papelera tan cerca de Bryana que casi podía pisarle la cabeza.

—No pretendas que te dé las gracias —dijo levantándose con dolorosa dificultad para marcharse arrastrando los pies entre la multitud.

Rio. La levantaron entre dos funcionarios. No le hizo falta buscar a Alina. Sus miradas se cruzaron. Podía sentirla incluso en la distancia. Junto a Petrova se encontraba su inseparable lugarteniente Helena, a quien Bryana le guiñó un ojo antes de que la arrastraran fuera del comedor y la llevaran a una celda de aislamiento en la que al menos pasaría tres días.

Con impecable puntualidad, pasada una hora, llamaron al telefonillo. Dóminic dejó la caja de libros que acababa de abrir encima de la mesa del comedor blanca que tenía cerca de la entrada, junto al resto de cajas que la noche anterior Parker y él habían trasladado desde el trastero a su loft.

Se acercó a la puerta seguido por Nugget. Abrió al comprobar en la pantalla del telefonillo cómo Scott saludaba a la cámara con un paquete de media docena de Coronitas en la mano y la caja de una pizza familiar en la otra.

—Espera un momento. —Sujetó a Nugget por el collar de piel roja para evitar que se abalanzara sobre Parker.

Por lo general no era un perro demasiado sociable. Era independiente. De cariño selectivo. No le gustaban los arrumacos. Mantenía las distancias con los extraños y siempre se marchaba a la habitación de la planta superior, o se hacía una enorme bola de pelo negro en la gran colchoneta para perros que había en el suelo junto a

la isla central de la cocina que la separaba del salón comedor. Salvo cuando había comida de por medio. Entonces, el muy interesado, rondaba a todos los invitados hasta que le caía algo.

—Joder, nunca me acuerdo del chihuahua. —Atravesó la puerta entreabierta alzando la caja de pizza y las cervezas en el aire—. Podrías ponerle un cascabel.

Dóminic sonrió ante la insólita imagen de un rottweiler con cascabel.

—Nugget, a tu sitio. —Cerró la puerta y señaló la colchoneta que había en el suelo junto a la isla.

El perro olisqueó el aroma de la pizza que Parker, apoyado en la pared, sujetaba fuera de su alcance.

—Nugget…

Se marchó a su colchoneta cabizbajo, echando la vista hacia atrás a cada paso, por si aquella orden fuese un error. Dóminic le cogió las cervezas a Scott y las metió en la nevera que tenía a pocos metros de la puerta, junto a la vinoteca en torre color negro que la separaba de la encimera blanca sobre la que se encontraba el fregadero de aluminio.

Sacó un par de Coronitas frías de su propia cosecha. Se acercó al primer cajón que había en el mueble blanco situado junto al lavavajillas, pasado el fregadero. Cogió el abrebotellas que tenía guardado entre la cubertería y le tendió la cerveza abierta a Parker, que esperaba junto a la isla central sobre la que había dejado la pizza, sin perder de vista los movimientos de Nugget, que se había levantado para olfatear el pantalón de su traje.

—Tranquilo, ya ha desayunado. —Le dio un sorbo a la cerveza, abrió la caja de pizza y cogió una porción.

—Tranquilo, dice. —Miró al perro de soslayo en aparente estado de calma—. Como si se pudiera comer tranquilo con Cerbero olisqueándote la entrepierna. —Bebió—. Estás llenándome de babas, pulgoso. —Nugget lo miró. Ladró y volvió a olfatearle la entrepierna.

El móvil de Dóminic comenzó a sonar. Lo sacó entre risas del bolsillo trasero de su pantalón.

—Jefe. —Las facciones de su rostro se endurecieron. Su

mandíbula se tensó—. ¿Qué ha ocurrido? —Su semblante se oscureció —. Hay que preparar un escrito para sacarla de allí cuanto antes. —Caminó hacia la puerta y cogió las llaves del coche que colgaban de un pergamino egipcio de barro envejecido bajo el desasosiego en la mirada de Parker—. Yo me haré cargo. Sí. Estoy seguro. Le mantendré informado. —Colgó.

—¿Qué ocurre?

—La inspectora Reina está en aislamiento. —Se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo trasero del pantalón—. Al parecer, ha comenzado una pelea en el comedor. —Se acercó al mueble del salón y cogió el arma que tenía junto a la televisión—. Ha mandado a tres reclusas a la enfermería. Una de ellas con una fuerte conmoción cerebral. —Volvió sobre sus pasos recogiendo la funda para el muslo de su arma, que había dejado sobre una de las cajas de la mesa de centro junto a una pequeña cartera de piel con su identificación policial, antes de volver junto a la entrada—. Voy a prisión a ver cómo están los ánimos y mantener una charla con nuestra querida inspectora. —Abrió la puerta con la intención de marcharse.

—Espera. Voy contigo.

—No. Tú te quedas. Empieza a abrir cajas y dame algo con lo que pueda traerla de vuelta.

—¿Que me quede aquí con este? —Señaló a Nugget—. Espera, Dom. Dom. ¡Dóminic!

Dwayne le dio con la puerta en las narices.

Giró sobre sí mismo y miró a Nugget, que observaba la escena sentado en su colchoneta con la cabeza ladeada.

—Quieres pizza, ¿verdad?

Nugget ladró.

Capítulo 4

Una hora y media más tarde estaba identificándose en el control de accesos. Enseñó su carné profesional a la funcionaria que, al otro lado de la mampara de seguridad, se mordía el labio inferior recorriendo el cuerpo de Dóminic de arriba abajo con total descaro.

Tras realizar las pertinentes comprobaciones y verificar su identidad en la base de datos, aquella acalorada mujer castaña, de ojos saltones y mirada lasciva, apuntó lo que parecía su número de teléfono en un pequeño papel blanco que le entregó junto con la acreditación para visitantes.

—Adelante, inspector —ronroneó.

Dóminic recogió la acreditación y el pequeño trozo de papel, que inspeccionó un segundo antes de guardarlo en el bolsillo delantero de su pantalón, y se colgó el pase para las visitas al cuello sonriéndole a la funcionaria.

—Gracias.

Accedió a un pasillo, iluminado por amplios ventanales, en el que un funcionario lo esperaba junto a la entrada para dirigirlo hacia el despacho del director.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, tras recorrer la amplia e impoluta zona de oficinas y aguardar en una acogedora sala de espera —digna del mandatario de una institución financiada en un ochenta por ciento por capital privado—, entró al despacho del máximo responsable de aquel agujero. Una auténtica oda al lujo y la ostentación, con espectaculares vistas a la pradera de un valle, pastado por toros de lidia, con las montañas de la sierra nevadas como marco de fondo.

—Buenos días, inspector Dwayne.

Un hombre de porte regio, entrado en años, con el pelo canoso engominado y peinado hacia atrás, mirada turbia, fingida sonrisa y traje hecho a medida salió con aire de monarca tras la majestuosa mesa de madera de su despacho, situada delante del gran ventanal.

—Mi nombre es Leopoldo Rivas. —Le tendió una mano que Dóminic estrechó con firmeza—. Me han dicho que quería hablar conmigo. —Alzó el brazo en dirección a una de las dos sillas situadas

frente a la gran mesa. De buena calidad, pero de tamaño y altura inferior al sillón que ocupó cuando Dóminic tomó asiento.

Una decoración intimidatoria, diseñada para amedrentar a quien ocupara las sillas frente a su mesa, pero que debido a la envergadura de Dóminic, en aquella ocasión, no iba a servirle de mucho.

—Vengo a que me explique qué demonios ha pasado esta mañana en el comedor de su centro penitenciario.

—Supongo que se refiere al pequeño incidente provocado por la reclusa 9655.

—¿Pequeño incidente? —Enarcó ambas cejas—. Curioso término para referirse a una pelea entre seis reclusas, de las cuales, una de ellas, por lo que tengo entendido, permanece en la enfermería a la espera del traslado hospitalario.

—Nuestro pan de cada día. —Se encogió de hombros. Apoyó los codos en la mesa, alzó los dedos índices y se los llevó a los labios—. En este penal convive escoria de todo tipo, inspector. Usted mejor que nadie debería saberlo. Durante años nos ha surtido de joyas preciosas que dan fe de ello. —Señaló a Dóminic con las manos cruzadas y sus rechonchos dedos índices extendidos—. Es normal que surjan diferencias entre las reclusas. Pequeñas desavenencias que la gente civilizada, como usted y como yo, arreglaría sin necesidad de llegar a las manos, pero que ellas arreglan como lo que son: animales.

—Tenga cuidado con sus palabras y los términos en los que se refiere a esas mujeres. Le recuerdo que, entre esas reclusas, tiene usted a una de las mejores inspectoras de Homicidios del país.

—La típica representante de la ley que de tanto caminar sobre la fina línea que separa la legalidad de lo ilícito, terminó por difuminarla.

—La inspectora Reina es inocente —gruñó entre dientes.

—Como todas las que están aquí. —Sonrió lobuno.

—¿Dónde está? —Apretó la mandíbula, contenido.

—En aislamiento. Por supuesto.

—Quiero hablar con ella. —Hizo amago de levantarse de la silla dando por concluida la conversación.

—Me temo que eso no va a poder ser. —Dóminic volvió a

acomodarse—. Que estas mujeres se comporten como animales no implica que en nuestras instalaciones se permitan este tipo de conductas. La reclusa 9655 permanecerá en aislamiento al menos tres días. Le han sido revocados, además, los permisos para salir al patio y recibir visitas.

—¿Está prohibiéndome ver a una reclusa cuya sentencia se encuentra pendiente de revisión, clave, además, en una investigación abierta?

—Entienda que por muy bien considerada que sea la reclusa 9655, tanto por el juzgado como por la institución que un día representó, para nosotros no es más que una presa con…, digamos…, ciertos privilegios y recursos que garantizan su seguridad en nuestras instalaciones.

—¡Y una mierda! —Le dio un puñetazo a la mesa.

El director de la prisión frunció el ceño, malhumorado.

—Siento que nuestra política no sea de su agrado, inspector. Pero Bryana Reina fue condenada por varios delitos de sangre, llevados a término con una escrupulosa violencia y un ensañamiento sin precedentes. Salvo que llegue una orden del juzgado, que la exonere de los cargos por los que fue condenada, recibirá el mismo trato que el resto de las alimañas que custodiamos en este centro en colaboración con las fuerzas y cuerpos de seguridad de los que usted forma parte, inspector Dwayne.

Se acomodó en el respaldo de su sillón de piel.

—No se lo tome como algo personal. Yo no soy su enemigo. Simplemente me limito a hacer mi trabajo. —Cruzó con aire relajado las piernas, apoyó los codos en los reposabrazos de la silla y entrelazó los gruesos dedos de sus manos a la altura de la barbilla—. Entiendo que la reputación que precede a la reclusa 9655, junto con esa belleza salvaje que caracterizan a las mujeres como ella, hayan podido turbar su juicio, pero una mujer inocente no da pie a enfrentamientos ni hiere de gravedad a otra.

—Le aseguro que la inspectora Reina saldrá antes de que usted llegue a cobrar su jugoso sobresueldo este mes. Yo mismo la recogeré a las puertas de este estercolero —gruñó entre dientes.

El director de la prisión palideció, pero no mostró ni un ápice de sorpresa ni de indignación en su rostro. Dóminic, por el contrario,

bullía de frustrante rabia.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. Se levantó de la silla amenazante y acercó su rostro al del director de la prisión salvando parte de la distancia de la majestuosa mesa de ébano que los separaba.

—Hasta que llegue ese día, le hago a usted responsable de la seguridad de la inspectora Reina, por lo que si detecto el más mínimo rasguño en su cuerpo le aseguro que ni todos los recursos ni toda la fortuna de Petrova serán suficientes para esconderlo de mí. —Se incorporó con intención de marcharse—. Puede pedirle consejo a su amiguita. Dígale que ha hablado conmigo y llámeme si cambia de opinión. —Sacó la cartera de piel del bolsillo trasero de su pantalón y le tiró una tarjeta de visita sobre la mesa—. Que tenga usted un buen día, señor Rivas.

Tres días en aislamiento podían parecer tres siglos. Sin talleres, sin acceso al aire libre del patio, sin biblioteca, sin ruido, sin apenas luz, sin contacto con otro ser humano salvo con el funcionario de turno que abría la puerta de la celda tres veces al día para dejar la bandeja de comida en el suelo. Para la reclusa a la que le importase su supervivencia, tres días en aislamiento era como tener tres días de descanso consecutivos después de doblar turnos de ocho horas durante todo un mes.

Siempre que no se tuviera una cuenta pendiente con Alina, esos tres días aseguraban un descanso reparador tanto físico como mental. Todo lo contrario para aquellas reclusas cuyo traslado a una celda de aislamiento hubiera sido promovido por un conflicto con las Amazonas.

Petrova era la dueña y señora de aquel agujero; la noche, su acérrima aliada. Con tan solo un funcionario custodiando el pasillo y más de la mitad de ellos a sueldo en su organización, no era de extrañar que el lugar que debería ser la zona más segura de la prisión, fuese en realidad la antesala de la muerte. Un agujero al que muchas reclusas entraban por su propio pie y abandonaban en una bolsa de cadáveres sin llegar a cumplir los días de castigo establecidos por la penitenciaría.

Se tumbó en el húmedo y flácido colchón tirado en el suelo en la esquina de la celda. Cruzó los brazos bajo su cabeza, pensativa,

mirando la bombilla que colgaba de un minúsculo cable en el techo de hormigón. El candente brillo dorado evocó a su mente los cálidos ojos del inspector Dwayne.

Tenía que reconocer que Dóminic era muy atractivo. Su suave piel aceitunada, esa hipnótica y penetrante mirada envuelta en un fino pero salvaje halo de misterio. Su perfilado rostro. Su rictus serio. Imperturbable. Su cresta y los tatuajes que cubrían la totalidad de su brazo izquierdo le conferían un endiablado aire oscuro difícil de obviar. Su voz, aterciopelada, acariciaba las notas de la libido de cualquier mujer al compás de la canción que se le antojara. El calor que desprendía su titánico cuerpo… Se sorprendió a sí misma cuando un anhelante gemido escapó de entre sus labios.

Puede que lo único que echase en falta antes de partir fuesen las caricias y los besos de un hombre como él. Sentir unos férreos brazos como los de Dóminic rodeando su cuerpo, amasando sus turgentes pechos, apagando el fuego de su bajo vientre.

Se incorporó en el colchón inquieta, acalorada, sudorosa. Lidiando contra sus cinco sentidos, el deseo, la razón y la consciencia. Negó con la cabeza para liberar a su mente de la tentación en cuerpo de hombre que el maldito universo había querido poner en su camino en aquel preciso momento. Era una lástima que nunca más volviese a verlo. En otro momento, en otras circunstancias, en otra vida…

Había conseguido llamar la atención de Petrova, tal y como ella pretendía. Solo tenía que ser paciente y esperar su respuesta. Solo podía haber una abeja reina en aquella colmena y Petrova no tenía pinta de querer ceder el trono. Sin fecha prevista de abdicación y convencida de que aquel estercolero era el lugar al que pertenecía, solo podía luchar por hacerse un hueco en aquella infecta sociedad o morir en el intento.

Apoyó la espalda sobre la fría pared de hormigón mirando hacia la puerta para controlar la escasa luz que se colaba bajo el acero procedente del pasillo. Cerró los ojos y se concentró en el ruido sordo que podía escuchar más allá de la puerta, en el pasillo que conducía al gallinero. Podían pasar horas, que parecerían días, hasta que Alina se pronunciase. Pero estaría esperándola dispuesta a defenderse. Porque si una cosa tenía clara, era que aparecería tarde o temprano.

Llegó al loft hecho un basilisco, pensativo y desbordado por la

situación. Durante el trayecto de vuelta a casa desde la prisión en la que se encontraba Bryana había recibido una llamada de su comisario. Un nuevo cadáver había aparecido en las canchas de baloncesto de un parque. Todo indicaba que el Cremador había vuelto a actuar, con más violencia y mayor ensañamiento, contra un alma inocente. Un menor. Y él no tenía ni un rastro, ni una maldita pista. Nada.

Volvió a casa a recoger a Parker y acudir al escenario del crimen con la esperanza de que fuese obra de un imitador. Aquel depredador nunca había atentado contra un menor. Como cualquier asesino en serie tenía sus normas, su firma, sus reglas, sus rituales y patrones, y hasta la fecha, los niños no parecían cumplir sus perturbados requisitos. Por lo general, sus víctimas eran adultos, sin pareja, sin menores a su cargo, sin ataduras ni cargas familiares. Con un buen trabajo. Individuos sanos, con agendas sociales repletas de actos, reuniones, fiestas y las típicas revisiones médicas. Altos, bajos, rubios, morenos… Personas normales con vidas cotidianas sin conexión entre ellos, pero con un denominador común: todas esas víctimas vivían en el mismo distrito.

Tener todos aquellos datos, pese a aportar mucha información, hacía que se moviesen en terreno desconocido. Cualquier persona podía convertirse en una víctima potencial.

Tenía la esperanza de que fuese un imitador, aunque sabía que la inspectora Reina era inocente. Creía en la inocencia de Bryana. Al menos, tenía la fuerte intención de creer en ella, o quizá, se había repetido tantas veces que Bryana Reina era inocente que había terminado por creerlo.

Cuando abrió la puerta del loft, Scott estaba sentado en el sofá, entre cajas que sobrepasaban la altura de su cabeza, mirando lo que parecían unas fotografías.

Acarició la cabeza de Nugget, que bajó las escaleras de la primera planta como un auto loco sin frenos, para ir a saludarlo.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido? —Se giró en el sofá para mirar a Dóminic, sujetando una de las cajas para que no se le cayera en la cabeza, con varias fotos aún en las manos.

—Nos vamos. Ha aparecido otra víctima.

Parker lo miró con desagrado antes de levantarse y dejar las fotografías sobre la mesa de centro.

—Sé que los cadáveres son parte esencial de nuestro trabajo, pero lo odio. —Caminó hacia Dóminic—. Dime que al menos no es uno de los nuestros.

Negó con la cabeza. Conectó la alarma y cerró la puerta.

—Es aún peor.

Parker escudriñó su rostro preocupado. Lo siguió hasta el Audi R8 aparcado frente a la entrada y rodeó el capó en dirección a la puerta del copiloto.

—Ha cruzado la línea. —Se metió en el coche, seguido de Scott, con el horror dibujado en el rostro—. Ese cabrón ha matado a un menor.

Cuando llegaron a las canchas de baloncesto, la dantesca representación que se encontraron superaba con creces cualquier cruel y sádica e imagen que pudiesen haber imaginado.

Ambos cruzaron el cordón policial mientras cinco compañeros de brigada montaban una carpa de tela blanca alrededor del perímetro para preservar el cuerpo sin vida del muchacho de los cotillas, los voyeurs y de la prensa, quienes ya se agolpaban alrededor de la cinta blanca con letras de policía y el logotipo de la institución que los compañeros de Científica habían colocado para delimitar el perímetro de investigación de la escena del crimen.

Con paso firme y la elegancia de un gran felino, evitando entorpecer al máximo las labores de los agentes que alrededor del cuerpo recogían pruebas y asegurándose de que no contaminaba el escenario, Dóminic llegó hasta Ricardo, el médico forense que, situado al lado, miraba el cadáver del chico sin aparente forma de saber cómo manipular su cuerpo sin faltarle el respeto a la víctima.

Scott, por el contrario, se quedó merodeando el perímetro interior del cordón policial, hablando con los agentes que colocaban la carpa, echándoles una mano e inspeccionando la recogida de muestras de la media docena de compañeros de la Científica mientras tomaba notas en una pequeña libreta de papel que siempre llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—En mis más de quince años de carrera, jamás había visto nada parecido. Espero que atrapéis a ese cabrón pronto.

Dóminic tampoco había visto nunca un cadáver tan maltratado ni abandonado con tal falta de respeto en la vía pública. El joven estaba desnudo y clavado a un tronco de madera con una estaca metálica hundida en su cuerpo.

—Parece que la estaca tiene una muesca en la cabeza —dijo acercándose al cuerpo—. ¿Lo ve? Aquí. —Señaló la zona sin llegar a rozar el metal.

Ricardo se acercó con una pequeña linterna que guardaba en el bolsillo de su pantalón para inspeccionar la zona que Dóminic señalaba.

—Está demasiado sucio. —Movió la linterna en diferentes ángulos —. Parece un círculo. Tal vez un cero. Se lo haré llegar al laboratorio para que lo analicen.

Asintió. Se fijó entonces en la cuerda de acero que rodeaba la frente del muchacho manteniendo la posición erguida de su cuello al pasar tras el tronco. A los pies descalzos, colocados como si diera un paso en dirección a la canasta, le faltaban todos los dedos. El rigor mortis había favorecido que el asesino pudiera manipular el cuerpo calcinado para simular con los brazos de la víctima el lanzamiento de una pelota que aguardaba abandonada frente al chico, a escasos metros de donde había dejado su cuerpo. A sus manos, ennegrecidas, también le faltaban todas las falanges.

Ese malnacido había colocado al chaval como si estuviera jugando un macabro partido de baloncesto. Ni tan siquiera en sus años en la UDYCO había visto tal desprecio por la vida humana. Había conocido a asesinos a sueldo en organizaciones criminales con imaginación ilimitada para provocar dolor que, además, disfrutaban en el arte de matar. Pero incluso ellos mostraban más respeto hacia la muerte.

—¿A qué huele? —Olfateó el ambiente como podría haberlo hecho Nugget.

Olía a carne quemada humeante mezclada con un toque a ácido ferroso, a herida supurante y a ¿caramelo?

—¿Se refiere a ese matiz dulce? —Dóminic asintió sin dejar de olfatear buscando el origen de aquel peculiar aroma—. No lo sabemos, pero es común en todos los escenarios de este asesino. No hemos podido identificarlo todavía. Los muchachos del laboratorio están con ello. Han recuperado muestras de crímenes anteriores en vista de que

el asesino parece que está… vivo.

Miró de soslayo al forense. Ricardo también parecía pensar que Bryana era inocente y la macabra escena que tenían delante no era la obra de un imitador.

Siguió olfateando el ambiente como un sabueso. La casa de Cábanno, donde encontraron su cuerpo, también olía así. Había un matiz dulce, como bien había apuntado el médico forense, que Dóminic achacó al propio olor de la vivienda.

—¿Me confirma entonces que es una víctima del Cremador? ¿Está seguro?

—Podría asegurarlo al ochenta por ciento. El cadáver está calcinado. Los compañeros de Científica tendrán que analizar el acelerante para saber si coincide con el utilizado habitualmente por el asesino, pero por las marcas que ha dejado en el cuerpo —señaló unas pequeñas escamas blanquecinas pegadas a la carne quemada del brazo —, yo diría que es el mismo. Característico matiz dulce. Falanges de manos y pies amputadas. Debo examinar los cortes y el resto del cuerpo. A simple vista parece obra suya, pero ya sabe que hasta que no realice la autopsia no podré asegurárselo al cien por cien.

Respiró aliviado. Miró en rededor.

—¿Edad?

—Yo diría que entre catorce y dieciséis años.

—Lo que está claro es que ni lo mataron ni lo calcinaron aquí. No solo han manipulado el cuerpo, también lo han movido. ¿Tiene unos guantes?

—Sí, claro. En el maletín. —Se agachó y sacó un termómetro de mercurio y cuatro pares de guantes.

—Gracias. —Dóminic se los puso observando la arena que cubría la superficie de la cancha de baloncesto que había alrededor y a los pies del chico. Se acuclilló y removió con sutileza la tierra—. ¿Hora de la muerte? —Alzó la vista y miró al forense que medía la temperatura del hígado del cuerpo con el termómetro de mercurio con el que había atravesado la carne quemada del abdomen.

—Calculo… —Tiró con sumo cuidado del termómetro y miró la temperatura buscando los apagados rayos de sol que se colaban a

través de la tela de la carpa antes de comprobar la hora en su reloj Casio— que entre las ocho y las diez de la noche —dijo después de meditar unos segundos la respuesta.

Se agachó junto a Dóminic, abrió su maletín, sacó una carpeta tamaño folio y comenzó a tomar notas. Dóminic se incorporó. Buscó a Parker entre la multitud de agentes. Lo vio a lo lejos hablando con una joven compañera que acababa de incorporarse a la Brigada hacía menos de quince días.

—Hay que registrar los vehículos estacionados —susurró para sí.

—¿Cómo dice? —preguntó el forense alzando la vista del folio de la carpeta en el que había comenzado a tomar sus apuntes.

—Disculpe. Hablaba solo.

Ricardo arrugó sus finos labios en un mohín de asentimiento antes de volver a concentrarse en sus notas.

—Avíseme en cuanto haya concluido la autopsia. —Se dirigió hacia Scott, que caminaba hacia él con cara de pocos amigos—. Por la expresión de tu rostro deduzco que no vas a darme ninguna alegría.

—No. Nada. Como siempre nadie ha visto nada. ¡¿Cómo es posible que nadie haya visto nada?! ¡Por el amor de Dios! Vivimos en un país donde el cotilleo es, por número de adeptos, deporte nacional. ¡No puede ser que nadie haya visto nada! Es surrealista. A ese chaval lo han clavado a un maldito tronco con una estaca. Un tronco que, por cierto, no pinta nada en mitad de una cancha de baloncesto. ¡Alguien ha tenido que ponerlo ahí! —Levantó ambos brazos, exasperado—. ¿Tú qué tienes? —preguntó resignado.

—Nada que no sepamos. Es otra víctima del Cremador —concluyó al ver a Parker buscar en sus palabras una esperanzadora pista.

—Estamos exactamente igual que hace cinco años. Y con esta ya son trece víctimas. No tenemos nada. Y la única persona que podría arrojar algo de luz en este caso está encerrada por los crímenes de un cabrón al que dejamos escapar por ser unos malditos inútiles.

—Te olvidas de un pequeño detalle. —Scott lo miró confuso—. Es un menor de edad. Hasta ahora no había aparecido ninguna víctima menor de edad. ¿Por qué ha cambiado su patrón? Quizá deberíamos centrarnos en las víctimas y no en el asesino. No sé por qué pero creo que esta víctima es importante. Es diferente. Especial. —La joven que


acababa de incorporarse a la Brigada pasó por su lado en dirección al forense—. Torres.

—Dígame, inspector Dwayne.

—Por favor, llámame Dom. —Torres se sonrojó—. Quiero que registréis todos los vehículos estacionados alrededor de la cancha de baloncesto. Revisad también las cámaras de grabación de los cajeros, los bancos y las tiendas.

—Necesitaremos una orden.

—¿Y a qué estás esperando?

—Sí, señor. —Rectificó su dirección. Volvió sobre sus pasos y acudió a buscar la ayuda de un compañero de brigada más experimentado.

—De alguna manera tuvo que trasladar el tronco y el cuerpo hasta aquí.

Parker suspiró mirando cómo Ricardo, ayudado por tres agentes de Científica, separaba el cuerpo calcinado del tronco al que había sido clavado.

—Necesitamos a la inspectora Reina. —Dóminic alzó la vista por encima de su hombro y miró el cadáver.

—¡Eso es! —La incomprensible alegría en el tono de Scott llamó su atención—. ¿Cómo no se me ha ocurrido? —Se dio un golpe seco en la frente con la mano abierta—. Sé cómo vamos a conseguir que Bryana colabore. Tenemos que volver a tu casa. —Comenzó a caminar con avidez en dirección a la lona negra que había a unos pasos tras él y con la que los agentes habían cubierto la entrada a la carpa—. ¡Dom, vamos! —apremió entusiasmado.

Miró por última vez el cuerpo del muchacho y se frotó la nariz. El dulce aroma que envolvía el ambiente, el olor a carne quemada, el toque ácido ferroso… Todos ellos entremezclados, concentrados en el interior de la carpa bajo el sol, lo perseguirían varias semanas.

Capítulo 5

El pasillo que llevaba a las celdas de aislamiento comenzó a oler a comida de rancho. Una mezcla aromática de pimientos asados, cebolla frita, aceite, judías y carne se colaba por el hueco entre la puerta y el suelo de la celda.

Desde el colchón tirado en el suelo, tumbada con un brazo descansando sobre la frente, los ojos cerrados y una pierna flexionada, escuchó los pasos del funcionario arrastrando las chirriantes ruedas del carro metálico en el que tintineaban las bandejas con la comida para las reclusas en régimen de aislamiento.

El cerrojo de la puerta de acero cedió quejumbroso a la insensible manipulación. Sin mediar palabra el funcionario dejó la bandeja con la comida en el suelo frente a la puerta y volvió a cerrar. De nuevo, pasos, el chirrido de las ruedas del carro, el quejido de otra puerta, y así, otras dos veces más hasta que se hizo el silencio.

Bryana se incorporó. El ligero aroma que se había colado por el hueco, entre la puerta y el suelo, ahora inundaba toda la celda. Desde el flácido colchón miró la bandeja. Una mezcla de pimiento rojo, verde, amarillo, cebolla, carne y judías pintas sobresalía como una grasienta duna de hormigón armado de la bandeja, junto a una ensalada con los tallos de la lechuga oxidados que ni tan siquiera la distancia era capaz de difuminar.

Asqueada, se levantó a por el postre. Una tarrina de flan de huevo… caliente. Al menos, no llevaba caducado un mes y medio como el yogur de macedonia de frutas de la cena del día anterior.

Cogió la cucharilla de plástico. Regresó a la cochambrosa goma espuma que hacía de colchón y se sentó con las piernas cruzadas y la espalda pegada a la pared.

Llevaban varias semanas, quizá meses, ofreciéndoles de comer restos que no querrían ni los cerdos. Como la dirección no tomase medidas al respecto, las reclusas se amotinarían, aunque tampoco es que necesitaran una razón para hacerlo.

Un motín en sus circunstancias actuales no la beneficiaba en absoluto. Corría más peligro que nunca, aunque también propiciaba un momento idóneo para acercarse a las lugartenientes de Alina. Puede que incluso a la propia Alina.

Podría intentar ganarse el favor de alguna organización rival. No era lo que buscaba, pero si tenía que pasar allí dentro el resto de sus días, qué menos que dejar de hacerlo sola.

Miró a través de sus pestañas hacia la puerta mientras se comía el flan sintético con sabor a plástico valorando las alternativas de su nueva situación carcelaria.

Escuchó pasos tras la puerta que no eran del funcionario de aquel turno. Sonaban decididos, seguros en lugar de atrapados por un trabajo monótono al servicio de terceros velando por la seguridad de la escoria de la sociedad. El cerrojo de la puerta se quejó.

—Hola, Bryana.

Cinco años habían pasado desde que ingresó en prisión y, al fin, como una diosa iluminada por la luz del pasillo de la galería de aislamiento, envuelta en un velo de maldad, escoltada por Helena y Anna, sus lugartenientes de mayor rango en aquel estercolero, que además gozaban de su completa confianza, Alina sonrió. Pérfida. Con aire monárquico. Conocedora del poder que ostentaba y el miedo que infundía tan solo la mención de su nombre.

Ni tan siquiera su rostro ovalado de líneas suaves, su media melena rubia, sedosa, sus ojos azules, brillantes, y las diminutas pecas que coronaban sus pómulos, junto con un lunar en la parte superior derecha de sus labios, que como pálidos rubíes destacaban sobremanera en su nívea piel, eran capaces de disimular la maldad de su alma. Aquella mujer estaba tan podrida por dentro que su innegable belleza era incapaz de camuflar el hedor que desprendía.

Volvió a concentrarse en el flan haciendo caso omiso a la intromisión por parte de aquellas tres, acallando los gritos de la sensatez y de su estúpido y ancestral sentido de supervivencia, que abotargaban su mente de la infinidad de maneras en las que podía morir si continuaba desafiando a la reina del enjambre. Pero Bryana era así: temeraria. Siempre lo había sido. Nunca se había escondido de nada ni de nadie.

Había tomado una decisión y llegaría hasta el final, aunque eso supusiera arriesgar su propia vida. Siempre se había enfrentado a las adversidades. Unas veces había ganado y otras había perdido, pero siempre había asumido la derrota. Había aprendido de sus errores y nunca se había dado por vencida o, al menos, hasta la fecha en la que fue acusada de los asesinatos cometidos por el Cremador nunca lo

había hecho. Pero la jugada maestra de aquel miserable no la vio venir.

Tenía que reconocer que aquel tipo era muy inteligente. Decidió apostar. Jugó y perdió. Asumió su derrota. Aprendió de su error, pero no se levantó; se rindió.

Toda acción conlleva una reacción. Así lo demuestran las leyes de la física. Y las consecuencias de la dejadez más absoluta en la que se sumió le había costado la vida a su mejor amiga.

Remontar ahora no tenía sentido. Nadie le devolvería a Cábanno, y si salía de allí, lo haría convertida en aquello contra lo que siempre había luchado: una asesina.

Cogió una cucharada de flan y se la llevó a la boca. Perkins esquivó a Alina, pasó por encima de la bandeja de comida que el funcionario había dejado en el suelo, se detuvo delante de Bryana y le propinó una fuerte patada en la rodilla.

—Te están hablando.

Alzó la vista con un pedazo de flan intentando mantenerse con su bailoteo gelatinoso en la cucharilla y se lo llevó a la boca mirando a Helena. La textura plástica del postre adquirió un matiz metálico, a sangre. Se había mordido el labio interior al contener cualquier muestra de dolor. Sonrió de medio lado.

—Disculpad. —Dirigió su atención a Alina—. ¿Gustáis? —Le ofreció lo que quedaba de flan.

Alina enarcó ambas cejas con divertida sorpresa.

—Parece que tenemos otra zorra en el gallinero. —Perkins sonrió.

—Tenía entendido que tu madre había fallecido. No sabía que había ingresado en prisión.

La sonrisa de Helena se desdibujó en una desagradable mueca de odio. Agarró a Bryana por los tirantes de la camiseta, la levantó en volandas, la empujó contra la pared y apoyó el antebrazo en su barbilla, asfixiándola.

—Helena, suéltala —le ordenó Alina desde la puerta.

Bryana no se resistió. No peleó. Se limitó a sonreír burlona aun

cuando comenzaba a faltarle el aire. Perkins alzó la vista por encima de su hombro con inquina en dirección a Petrova.

—Helena, ya lo hemos hablado. Suéltala.

A Bryana empezaba a costarle respirar. De manera instintiva se aferró al brazo de Helena tratando de coger aire sin perder la sonrisa. La rabia contenida en la cara de Perkins bien valía aquel pequeño contratiempo, pero si tardaba mucho en soltarla, perdería el conocimiento. Puede que incluso la vida.

—¿Estás sorda?

A Helena le costó acatar la orden. Soltó a Bryana a las puertas de la pérdida del conocimiento. Cayó redonda sobre el colchón. Cogió una gran bocanada de aire de rodillas sobre la flácida goma espuma que apenas había sido capaz de amortiguar el golpe de su peso muerto. Se acarició el cuello, alzó la vista y volvió a mirar a Helena sin perder la sonrisa.

—Dejadnos a solas.

Anna, que situada un paso por detrás de Alina ni se había movido ni había mediado palabra limitándose a observar la escena desde el pasillo, se retiró de inmediato. Perkins, por el contrario, con la vista clavada en Bryana clamando venganza desde lo más profundo de su ser, tardó un par de segundos en reaccionar. Volvió a pasar por encima de la bandeja de comida, esquivó a Petrova sin dirigirle la mirada y se marchó tras Anna.

Alina se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados bajo su pecho y las piernas por sus tobillos.

—Disculpa a mi amiga, no le caes demasiado bien. No se fía de ti.

—¿Y eso debería importarme porque…? —Dejó la frase a medias invitando a Petrova a concluirla.

—Porque supongo que eres consciente de que, por mucho menos, otras han tardado semanas en cicatrizar sus heridas.

—Agradezco que hayas venido a recordármelo. —Se puso en pie sin dejar de acariciar su cuello—. Es todo un honor que la propia Alina Petrova se tome la molestia de ponerme en mi lugar.

La dulce risa fingida que salió de los labios de Alina acarició la

espalda de Bryana en un pérfido escalofrío que erizó el vello de todo su cuerpo en señal de alarma.

—Hace años que no me ensucio las manos con la plebe. Tardas días en deshacerte de la mugre y, además, tengo amigas que se encargan de ese tipo de menesteres. —Alzó uno de sus brazos para admirar su perfecta manicura francesa antes de volver a cruzarlos—. En realidad, tengo amigos en todas partes, y uno de ellos me ha dicho que estás de enhorabuena.

»Al parecer, en unos días, saldrás en libertad bajo custodia. Toda una suerte que sea Dóminic quien haya reclamado tu protección. Supongo que estarás entusiasmada, aunque, si yo fuese tú, me replantearía mis nuevas amistades. No creo que sean una buena influencia para ti. Mírate. —Alzó ambos brazos al aire señalando la celda de aislamiento—. Acabas de conocer a Dom y, a las puertas de tu merecida libertad, terminas en aislamiento. —Volvió a cruzar los brazos bajo su pecho—. Si creyera en las casualidades diría que no tiene nada que ver una cosa con la otra, pero conociéndolo…

—Quería probar todos los servicios de este agujero para poder ponerles una buena crítica en internet.

«¿De qué conoce esta al inspector Dwayne?».

Alina inspiró con solemnidad. Retuvo el aire un par de segundos y lo soltó con fingida calma.

—¿Por qué crees que sigues viva?, ¿por capricho? —Bryana se encogió de hombros con una mueca de desdén en el rostro—. Sigues viva porque me gustas, Bryana. Porque yo así lo deseo. He sido paciente contigo y la vida ha sabido recompensarme con una oportunidad única que llevaba años esperando. Reconozco que tenía otros planes para ti, pero no puedo permitirme el lujo de desaprovechar una ocasión como esta. Aunque todo tiene un precio, por supuesto.

Chasqueó la lengua recorriendo el cuerpo de Alina de arriba abajo.

—Lo siento. No eres mi tipo.

—No es precisamente lo que requiero de ti. Por el momento. —Sonrió libidinosa—. Pero no lo descarto en un futuro. —Se humedeció el labio inferior antes de morderlo.

—Pierdes tu tiempo. No puedes ofrecerme nada que me interese. No pienso trabajar para ti.

—¿Estás segura? Soy muy agradecida, y como te he dicho, tengo amigos en todas partes. ¿Cuál es tu precio?

—Lo siento, no estoy en venta.

—Vamos, Bryana, todo el mundo tiene un precio. ¿Conocer la identidad del Cremador, tal vez? ¿Del hombre que te robó la vida? ¿Deshacerte de él? Yo podría ayudarte con eso. —Sonrió sagaz ante la sombra de duda en el rostro de Bryana—. ¿Me voy acercando al precio justo?

—¿Sabes quién es?

—Tengo ojos y oídos en todas partes. Y un asesino en serie no es bueno para el negocio. Si no afectara a mis ventas, por mí, podría seguir matando a quien le plazca. Puedo ayudarte a hacerle pagar por lo que te ha hecho. Por lo que le ha hecho a tu amiga. Piénsalo bien. Sales ganando. —Enarcó ambas cejas con una sonrisa diabólica—. Te salvas el pellejo, te sirvo en bandeja al hombre que te arruinó la vida y te ofrezco incluso la posibilidad de acabar con él sin ensuciarte las manos. No es fácil matar a uno de los tuyos, créeme, lo sé por propia experiencia. Pero podría encargarme de ese trabajito si tú quisieras, por un módico precio, claro está, un… pequeño favor.

—¿Qué tendría que hacer?

—Algo sencillo para alguien como tú. —Se incorporó y agarró el pomo de la puerta—. Te dejaré que lo pienses. Mientras, ordenaré que te traigan algo decente para comer —dijo mirando el flan tirado en una esquina de la celda, junto al inodoro y la bandeja de la comida que el funcionario había dejado en el suelo, delante de la puerta.

—No necesito pensar nada.

—Que descanses. —Sonrió—. Y dale recuerdos a Dom de mi parte cuando lo veas. —Cerró la puerta y corrió el enorme pestillo de acero que, con un seco quejido, dio por finalizado el encuentro.

Se quedó de nuevo a oscuras. Pensativa. Se apoyó en la pared y se dejó caer resbalando la espalda por el frío hormigón. Se sentó sobre la mugrienta colchoneta y se hizo un ovillo abrazando sus rodillas. «¿Qué he hecho?». Comenzó a darle vueltas a la conversación que acababa de mantener con Alina, recapitulando cada frase.

Dóminic y Petrova se conocían. Era lógico pensar que, si el inspector Dwayne había llevado a Petrova ante la justicia, se conocieran. Puede que las únicas palabras que hubiesen cruzado se limitaran a los interrogatorios, pero el tono de voz que utilizó Alina le decía que había algo más.

Parecía dolida, resentida, engañada. Como si hubiesen mantenido algún tipo de relación más profunda. Pero ¿de qué tipo? Y lo que era más importante, ¿seguían manteniéndola? ¿Era Dóminic un policía corrupto? Desde luego parecía de todo menos policía. Podía ser un agente a sueldo de Petrova. Puede que incluso el propio asesino que, al ser descubierto por Alina, le diera caza hasta enviarla a prisión. Negó con la cabeza para deshacerse de aquella absurda idea. Si Dóminic fuera el asesino, ¿por qué no había matado a Petrova?

El Cremador siempre había ido un paso por delante. Todos habían sido crímenes limpios, sin huellas, sin rastro, sin testigos. Llegaron a pensar en cierto momento de la investigación que podrían ser obra de uno de los suyos. Una persona que conociera los escenarios, la recogida de muestras, los procedimientos, cómo manipular una escena y un cadáver sin dejar huellas… Tanta perfección…

Investigaron a varios agentes, pero aquel hilo de investigación no fue más que otro callejón sin salida. Por eso su detención, tiempo después, no suscitó demasiada sorpresa. Que alguien de dentro cometiera los crímenes había sido una posibilidad que habían barajado. Que fuera ella la culpable cayó como un cubo de agua helada en pleno mes de agosto a cuarenta grados a la sombra, pero era una vía de investigación que, en su momento, les pareció plausible.

Incluso la propia Petrova había hecho referencia a la posibilidad de que el asesino fuera policía. Si eso era cierto… Apretó la mandíbula haciendo chasquear los dientes. Si había algo que odiaba más que a un asesino era a un monstruo oculto tras una placa. Uno de los suyos. Volvió a negar con la cabeza. Alina tan solo quería confundirla para que entrase a formar parte de su organización. Había salido de pesca y acababa de echar el anzuelo para ver si ella picaba, pero no era tan estúpida. ¿O sí?

Habían llegado a su casa en tiempo récord. Scott no quiso adelantarle nada durante el corto trayecto que, en condiciones normales, Dóminic habría tardado en recorrer treinta minutos, pero el ansia y la expectación que lo invadieron, como un reflejo de la

premura con la que Parker le alentaba a saltarse los límites de velocidad, hizo que peregrinara en menos de quince minutos.

Scott quería asegurarse de que aquello que se le había ocurrido para despertar a la excepcional inspectora que Bryana llevaba dentro era real y no un mero producto de su desesperada imaginación antes de contarle sus planes.

En cuanto abrió la puerta de su loft, Parker prácticamente se abalanzó en plancha sobre la caja de las pertenencias de Bryana que había estado revisando antes de acudir al escenario del crimen.

Cogió las fotografías que había dejado sobre la mesa de centro en un perfecto montón, no más alto que el grueso de la tapa de una caja de zapatos. Se sentó entre las torres de cajas, que se alzaban a ambos lados de su cuerpo, ajeno al sinuoso y amenazante bamboleo que su abrupta presencia desató al acomodarse en el sofá. Comenzó a pasar las fotografías entre sus manos con apremiante esperanza sin apenas fijarse en ellas. Parecía buscar una en concreto. Al no encontrarla en la primera pasada volvió a mirarlas con sosegada desesperación prestándoles un par de segundos de atención a cada una de ellas con el ceño fruncido.

Se quedó a pasar la noche junto a Dóminic que, sin saber muy bien qué buscaba, ayudaba a Scott a abrir una caja tras otra. Solo sabía que debía encontrar una fotografía antigua de Bryana, o al menos, eso fue lo que entendió entre gruñidos de Parker, cuando revisaba el contenido de una de las cajas.

Una fotografía que la inspectora Reina guardaba en el primer cajón de la mesa del despacho que ahora él ocupaba en la Brigada. Una foto que Bryana siempre miraba cuando terminaban un caso o cuando una investigación se complicaba, para recordarse por qué había entrado en el cuerpo. Por qué, del amplio abanico de especialidades, brigadas y grupos que ofrecía la institución, había elegido Homicidios obligándose a ser la mejor. Convirtiéndose en una eminencia en su campo. Perseverando día tras día como un perro de presa hasta dar con los asesinos.

—Dónde estás… ¡Maldita sea!

Parker se levantó del suelo rodeado de cajas abiertas. Con los brazos en jarra miró en rededor con la camisa arrugada y un lamparón de aceite de los tallarines tres delicias que había cenado la noche anterior, los dos primeros botones abiertos y el nudo de la corbata

caído sin la elegancia habitual con la que engalanaba su cuello.

Habían pasado la noche y parte de la mañana revisando el contenido de todas y cada una de las cajas. Habían rebuscado entre la ropa interior de Bryana, el maquillaje, la ropa de cama, la cubertería, los DVD, los libros…, y no habían encontrado la dichosa fotografía que Parker, en ese momento, imploraba desesperado que apareciese como única tabla de salvación a la que aferrarse.

—Si me dijeras qué estamos buscando exactamente… —Dóminic se frotó el rostro.

A mitad de aquella interminable noche preparó café intuyendo que iba a ser muy larga. Se levantó del sofá directo hacia la cafetera que tenía sobre la vitrocerámica, junto a las cajas vacías de comida del restaurante chino de la esquina. Sirvió las dos últimas tazas bien cargadas. Se acercó a Scott, que seguía con los brazos en jarras oteando el horizonte de cajas abiertas y enseres personales de Bryana desperdigados por todo el salón, y le ofreció una.

—Ya te lo he dicho: una foto de Bryana, antigua, que guardaba en el primer cajón de su despacho. —Dio un gran sorbo y se estiró con la taza de café en la mano.

—Para ser un experto investigador, te explicas como un libro cerrado rebosante de detalles. —Saludó a Nugget cuando bajó de la habitación en la que había disfrutado de un placentero sueño con el privilegio de tener toda la cama para él solo—. ¿Quién se encargó de recoger las pertenencias de la inspectora Reina en la comisaría? —Dio un sorbo a su taza de café buscando las cajas que debían guardar los enseres personales que Bryana tenía en el despacho que ahora él ocupaba en la Brigada.

—Cábanno.

—Puede que se llevara aquella foto a su casa. Si era tan importante para Bryana, puede que también lo fuera para ella.

Parker negó con la cabeza.

—Si Cábanno hubiera cogido esa foto, se la habría hecho llegar a la cárcel. Esa fotografía era muy importante para ella… Bryana… —Dudó. Durante un instante, pareció que iba a confesar qué imagen había inmortalizada en aquella fotografía. Negó con la cabeza como queriendo deshacerse de sus pensamientos—. Sé… sé que Cábanno le enviaba cartas todos los meses, aunque nunca obtuvo una respuesta. A

lo mejor se la envió a prisión —añadió pasados unos segundos—. Yo quise escribirle, pero no sabía qué decir. Fui quien la envió al matadero. ¿Qué se le dice a un inocente al que has mandado a la cárcel? Bryana no solo era mi jefa, era mi amiga. Y le fallé en un momento crucial en su vida —confesó con amargura—. Cábanno estaba convencida de que ni tan siquiera abría sus cartas. Puede que las mías las hubiera usado para limpiarse el trasero.

—No seas tan duro contigo mismo. Cometiste un error, eso es todo. Estoy seguro de que Bryana sabrá perdonarte. —Apretó su hombro con la esperanza tiñendo su rostro.

—Mientes fatal —suspiró derrotado.

Se acercó al sofá y se sentó. Dejó la taza de café sobre la mesa de centro. Cogió todas las fotografías que habían encontrado en las cajas y volvió a mirarlas una por una con pesarosa sonrisa.

—Será mejor que descanses un rato. —Apuró su café de camino a la cocina y dejó la taza en el fregadero—. Te ayudará a despejar la mente. Yo me acercaré a comisaría. —Se quitó la camiseta en dirección a las escaleras—. Quiero comprobar si hay avances en la investigación. Aprovecharé para revisar las cajoneras de la mesa de mi despacho —informó subiendo las escaleras—. Montalvo tiene un doble fondo en el primer cajón. Puede que Bryana también tuviera uno en alguna otra parte —dijo, ya arriba, apoyado en la barandilla.

—¿Te importa acercarme a casa de camino a la Brigada?

—Puedes dormir aquí. Estaré fuera casi toda la mañana.

—Preferiría volver a casa. Me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa. Además, no tengo claro que este —hizo un movimiento seco con la cabeza por encima del sofá en dirección a Nugget, que dormitaba en su colchoneta junto a la isla de la cocina—, vaya a dejarme dormir con sus ronquidos. ¿Cómo puedes conciliar el sueño con semejante bestia bufándote en la oreja?

Se encogió de hombros, entre risas, de camino al baño. Pasados veinte minutos bajó de la habitación recién duchado. Aprovechó también para afeitarse descubriendo las duras facciones de su rostro, y para arreglarse la cresta, que junto a sus tatuajes y las botas militares negras que siempre llevaba, formaban parte de su seña de identidad. Se había cambiado los vaqueros por unos de color gris desgastado rotos a la altura de los bolsillos delanteros y a un palmo de su rodilla, que combinaban a la perfección con la camiseta de manga corta

blanca e impoluta que había cogido del segundo cajón de su cómoda.

Pasó tras el sofá, sorteando las cajas abiertas desperdigadas por el suelo del salón, en dirección a la isla central de la cocina donde la noche anterior había dejado el arnés para el pecho en el que llevaba su arma y la pequeña cartera de piel negra con su identificación policial. Sonrió mirando la cabeza desvencijada hacia atrás de Scott, apoyado en el respaldo del sofá, mientras se abrochaba el arnés alrededor del torso y guardaba la cartera con su identificación en uno de los bolsillos traseros del pantalón.

Agotado, Parker se había quedado dormido con algunas fotografías aún en la mano y varias diseminadas por el suelo alrededor de sus pies, compitiendo contra Nugget para ver quién roncaba más alto.

Se acercó a los pies de Scott y comenzó a recoger las fotografías esparcidas hasta que llegó a una en particular en la que Bryana, más joven, posaba espléndida, sonriente y feliz junto a un hombre mayor que ella, más alto, moreno, vigoroso y que compartía el mismo hielo candente en la mirada. «Su padre», pensó al ver al hombre que aferraba con orgullo la cintura de una Bryana recién graduada en la Academia de Policía, con el impoluto uniforme azul relegado a celebraciones y actos públicos institucionales, de pantalón recto, que envolvía a la perfección la curvatura de sus caderas y acentuaba el contorno de su cuerpo, y la chaqueta, que se adaptaba como un guante a sus exquisitos y exuberantes pechos. Se fijó en las hombreras de esta. Con una línea oceánica bordada en oro junto a tres coronas de laurel colocadas en racimo y una monárquica presidiendo la divisa en su parte más alta. «Bryana se graduó como inspectora. Admirable».

Ya era difícil acceder a una plaza en el cuerpo en la escala básica, como para hacerlo en la escala ejecutiva. Un privilegio al alcance de muy pocos. Por lo general, los agentes iban ascendiendo de una escala a otra pasando por todos los mandos de la estructura organizativa, como había hecho él.

—Preciosa, ¿verdad?

Dóminic alzó la vista y miró a Parker con un deje avergonzado al ser sorprendido admirando la belleza que irradiaba la fotografía.

Se había quedado tan embelesado por la alegría, la ternura, la sensualidad y la inocencia que Bryana desprendía en aquella instantánea que no se dio cuenta de cómo Scott lo observaba en

silencio con una pícara sonrisa en los labios.

—Estaba… —Recogió el resto de las fotografías con avidez.

—Embobado. Como nos quedamos todos cuando la vimos entrar por la puerta de la Brigada el primer día. ¡Qué! ¡No me mires así! —Alzó los brazos en señal de rendición encogiéndose de hombros aún con una sonrisa tiñendo sus labios cuando Dóminic lo miró de soslayo como si le hubieran salido cuernos—. No te culpo. Es espectacular. —Se estiró en el sofá—. Demasiada mujer, incluso para ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se irguió y colocó las fotos sobre la mesa.

—He visto cómo mirabas sus fotos. No estaba dormido.

—Roncabas como una motosierra vieja.

—También me he fijado en cómo la mirabas en prisión. —Enarcó ambas cejas.

—Es guapa, no voy a negártelo. —Hizo un mohín con los labios, restándole importancia a sus palabras.

Scott se levantó del sofá y recogió la taza de café vacía que había dejado sobre la mesa de centro.

—Ya, pero es que tú no la miras como si solo fuera una mujer guapa —dijo de camino al fregadero.

—¿Y cómo la miro exactamente, inspector? —Cruzó sus imponentes brazos sobre su pecho.

—Como si fuera tuya. Tu posesión. De tu propiedad. O al menos, como si lo desearas. —Dejó la taza en el fregadero y se dio la vuelta para enfrentar a un Dóminic imperturbable—. Los pequeños detalles son lo mío, jefe. Es en aquello que pasa desapercibido para el ojo inexperto en lo que radica la importancia de todo lo que nos rodea y está a nuestro alcance. —Apoyó los codos sobre la isla de la cocina y la cabeza sobre sus manos—. Y siento comunicarte que Bryana está fuera de tu alcance. Y del alcance de cualquier hombre.

—¿Le gustan las mujeres? —preguntó con más curiosidad de la que quería dejar entrever.

—En absoluto. Y tampoco tiene pareja. —Sonrió—. Solo lo he

dicho para ver qué cara ponías. Tengo razón, ¿verdad? Te vuelve loco. —Le guiñó un ojo.

Se dirigió hacia la puerta seguido por las risas de Scott.

Salieron de su casa y se montaron en el Audi rumbo a casa de Parker. El denso silencio, que equidistaba mucho del ambiente distendido con el que había abandonado el loft, se adueñó del interior del vehículo. Pasados veinte minutos, tras dejar la carretera de Valencia, Scott terminó por confesarle que debía buscar una fotografía de la adolescencia de Bryana. De cuando tenía unos dieciséis o diecisiete años, en la que salía con sus padres y con su hermano en una barca en el lago del parque de El Retiro.

—¿Bryana tiene un hermano?

—Tenía. —Se removió incómodo en el asiento.

—No se menciona en ningún expediente. Y tampoco había oído hablar de él.

—Bryana apenas hablaba de su hermano —dijo mirando la carretera a través de la ventanilla—. Solo unos pocos sabíamos de su existencia. Lo asesinaron a sangre fría por veinte míseros euros, un reloj de imitación y una medalla que Bryana le regaló al cumplir los dieciséis años, un par de meses antes de que le arrebatasen la vida. —Por cómo movía las manos en su regazo, sin saber muy bien qué hacer con ellas, se apreciaba con claridad que aquel tema lo incomodaba—. Los agentes lo encontraron sin vida a la mañana siguiente, en un callejón cerca de la Academia Águilas.

Dóminic conocía la reputación de aquella academia. Él mismo acudió para preparar sus oposiciones. Era una de las mejores de Madrid.

—¿Quería ser policía?

—Concretamente, GEO. Junto a su cuerpo encontraron varios apuntes y los libros. Según su profesor, tenía muchas posibilidades de aprobar las oposiciones. Estaba convencido de que podría haber llegado a ser muy buen agente. —Miró a Dóminic cuando llegaron al primer semáforo que delimitaba el extrarradio con la urbe—. Uno de los mejores. —Suspiró—. Algunos policías nacen para ello, otros aprendemos la profesión en el camino. Bryana y su hermano nacieron con un don para este trabajo. Ella disfrutaba con lo que hacía, aunque en realidad su sueño era ser bióloga marina.

—No ingresó por vocación. Lo hizo por su hermano. —Detuvo el R8 delante del portal del edificio en el que vivía Scott.

—Decía que así, de alguna manera, atrapando asesinos ayudaba a mitigar el dolor de las familias. Aunque yo creo que lo que buscaba era su propia paz.

Dóminic suspiró. Se recostó en el asiento con la mirada perdida en la joven que al final de la calle cruzaba el paso de cebra con su perro.

—¿Atraparon al asesino?

—Sí. Los compañeros de distrito se volcaron con la familia. Era uno de los nuestros. Sé que utilizar la memoria de su hermano para traerla de vuelta es rastrero —reconoció como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Trataré de encontrar esa foto, aunque puede que no la necesitemos. El simple hecho de que la víctima sea menor de edad podría ser suficiente.

—¿Y si no lo es?

—Tengo un plan B. —Apretó el cuero del volante entre sus manos tensando los músculos de sus brazos—. Aunque no estoy seguro de que funcione.

Parker se desabrochó el cinturón.

—¿Y piensas compartirlo?

—Espero no tener que hacerlo.

Ambos se quedaron en silencio un par de minutos, mirando a través del cristal, sumidos en sus propios pensamientos.

—Dom, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Depende. Si es sobre la presunta manera en la que miro a la inspectora Reina, entonces no. Ahí no hay nada que rascar. Te lo aseguro.

Parker esbozó una media sonrisa que diluyó, en parte, la tensión en su rostro.

—No. No es eso. La presunta manera —repitió haciendo hincapié

en aquellas dos palabras que, por el tono y la sonrisa, parecían hacerle gracia— en la que miras a Bryana tiene un nombre y se llama estar encoñado, por mucho que lo niegues. Pero tranquilo, si tienes suerte, pronto te bajará la fiebre. No te preocupes. —Dóminic torció el gesto de manera casi inapreciable en un ligero desacuerdo—. Tú crees en la inocencia de Bryana, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Cuando hemos acudido al escenario del crimen esta mañana, no parecías estar del todo seguro. Después de hablar con Ricardo te has relajado. Estabas…, cómo decirlo…, aliviado.

Miró a Parker con un velo de culpabilidad cubriendo el cálido resplandor de sus brillantes ojos. Tenía que reconocer que era muy buen observador.

—Tenía la esperanza de que no fuese una víctima del Cremador. Esperaba que fuese un imitador.

—Bryana es inocente. El asesinato de Cábanno no ha sido fortuito; fue premeditado. Es obra del Cremador. Del auténtico asesino. Como el de ese chico. Conozco su firma. Por desgracia la he visto demasiadas veces.

—Lo sé, pero por un momento pensé que quizá… Con un imitador todo sería más fácil.

—Te entiendo. Conmigo no tienes por qué disculparte. —Alzó ambos brazos al aire en señal de rendición—. Te recuerdo que yo fui el investigador jefe que llevó a Bryana ante la justicia, que no supo ver más allá y que no solo cuestionó su inocencia, llegando a pensar incluso que había perdido el juicio, sino que, además, durante años, traté de convencerme de que había hecho lo correcto. Quería pensar que Bryana era culpable, una asesina. Pero algo en mi interior siempre me dijo que estaba equivocado.

»No tienes que darme explicaciones. —Apretó su hombro antes de salir del coche—. En su momento yo también pensé que era mucho más fácil así. Ese cabrón nos traía de cabeza. Los jefes nos presionaban. La sociedad quería un culpable; la opinión pública, un titular. Todos queríamos que aquello terminase. Acabar con esa maldita pesadilla. —Agachado fuera del coche se llevó la mano a la calva y acarició la piel desnuda de su cuero cabelludo—. Y cinco años después vuelve a repetirse. Es como un maldito déjà vu. —Suspiró—. ¿Me llamas si hay alguna novedad?

Asintió y arrancó el motor cuando Parker cerró la puerta, pero no llego a meter la marcha porque su móvil comenzó a vibrar. Miró la pantalla central del salpicadero. Número desconocido. Descolgó el manos libres presionando la pantalla.

—¿Hola?

—Buenos días, inspector Dwayne.

—Buenos días, señor Rivas —lo saludó en un fingido tono de sorpresa que no se molestó en ocultar—. ¿En qué puedo ayudarle? —Sonrió mordaz mirando hacia un punto fijo, más allá del horizonte, hacia una octogenaria que cruzaba un paso de cebra situado al final de la calle arrastrando el carrito de la compra.

—He estado valorando su oferta y creo que podemos llegar a un acuerdo que satisfará a ambas partes.

—Veo que ha hecho los deberes. Muy inteligente por su parte. Soy todo oídos. —Se acomodó en el asiento de cuero con las manos puestas sobre la parte baja del volante.

Por los altavoces del R8 se escuchó una profunda y pausada respiración contenida. Dóminic esbozó una media sonrisa, disfrutando del momento.

—Como ya le comenté, una reclusa en aislamiento tiene el permiso de visitas revocado, pero existe una posibilidad que le permitiría mantener una reunión privada con la reclusa 9655 en un ambiente tranquilo. Manteniendo las normas del centro intactas.

—¿Y esa posibilidad es…?

—Un vis a vis. Un privilegio del que no podemos privar a estas… mujeres. —Su tono de voz evidenciaba la molestia de verse obligado a mantener las formas al referirse a las presas como personas en lugar de referirse a ellas como escoria humana.

—Deduzco que muy a su pesar. —Se regodeó en su asiento.

Leopoldo Rivas continuó tras un breve silencio que rompió con un abrupto suspiro:

—Muchas de esas… mujeres tienen parejas estables. Los encuentros sexuales son un bálsamo que calma su… compleja personalidad. —De nuevo, aquel maldito tono.

—Perfecto. ¿Y cuándo podría producirse ese encuentro?

—Ese es el inconveniente. —El timbre de su voz se volvió risueño, como si estuviera sonriendo en su despacho—. La jornada de vis a vis de este mes está programada para hoy, y debido a la alta demanda tan solo hay un hueco disponible en una hora. La próxima no se producirá hasta dentro de un mes, así que en deferencia usted, le he concertado una cita con la reclusa Bryana Reina.

»Espero que esté disponible y pueda llegar a nuestras instalaciones a tiempo. De lo contrario, me temo que deberá esperar a que la reclusa 9655 abandone el régimen de aislamiento disciplinario que le ha sido interpuesto por el desafortunado altercado que provocó en el comedor.

Miró el reloj de la consola del salpicadero. Tendría que volar si quería llegar a la prisión, identificarse y reunirse con la inspectora Reina en una hora. No le daba tiempo a ir a comisaría para buscar esa fotografía que, con tanto celo, ella había guardado y que hasta el momento no habían encontrado entre sus pertenencias. Tampoco tenía los informes del médico forense en relación con la última víctima, pero si Ricardo había finalizado la autopsia preliminar del muchacho, podría acceder a ellos.

—Muy amable por su parte. Aunque un tanto osado, ¿no le parece?

—Durante nuestra reunión me pareció entender que le urgía verla.

—No me refiero a eso. —El director de la prisión carraspeó—. Podría haberme dicho esto mismo ayer en su despacho, incluso esta mañana a primera hora, pero ha preferido esperar a llamarme en el último momento con la esperanza, tal vez, de que no pudiese acudir a la cita. Una acción estúpida si creía que no iba a darme cuenta de sus intenciones o si piensa que pasaré por alto su pequeño desliz. —Escuchó crujir el cuero del sillón del despacho sobre el que el director de la prisión estaría removiéndose incómodo—. ¿De cuánto tiempo dispondríamos?

—De dos horas de completa intimidad. Sin cámaras ni micros.

—Perfecto. Allí estaré. Y recuerde, Rivas, que si encuentro el más mínimo rasguño en su precioso cuerpo, usted pagará las consecuencias. Y teniendo en cuenta su jugada, no le conviene comprar más papeletas. —Colgó dejando al director del centro


penitenciario con la palabra en la boca.

Capítulo 6

Se identificó en la entrada principal, pasó por el control de accesos y, transcurridos quince minutos, lo condujeron a un cubículo metálico, de escasos doce metros cuadrados, más parecido a un contenedor de transporte de mercancías portuarias.

Sin ventana y sin ventilación, la desagradable mezcla a sudor, sexo y marihuana le golpeó al abrir la puerta. Arrugando la nariz miró las sábanas revueltas sobre la cama que había en mitad de aquella habitación rectangular frente a la puerta, sin cabecero, y con el colchón pegado al fondo de la pared cubierto por lamparones de una amplia gama de colores que iban desde el negro, pasando por el amarillo, hasta llegar al color tierra. Las sábanas tenían un aspecto áspero. Sin duda, no habían sido cambiadas en días, semanas, meses o incluso años. Y una decadente bombilla con el cable pelado, apenas capaz de iluminar aquel mugriento zulo, le confería a la habitación un deprimente toque de calidez.

Cerró la puerta y se acercó al escritorio que había situado a la derecha, junto a la pared, a un par de pasos de la entrada. Pasó la yema de los dedos por el tablero recogiendo parte del polvo y los restos de cocaína de la raya que se habrían metido los últimos ocupantes. Ese escritorio no tenía ningún sentido en un lugar como aquel, pero allí estaba.

Tiró la carpeta con las fotos y el informe preliminar de la autopsia que la funcionaria de ojos saltones que custodiaba el control de accesos había tenido la amabilidad de imprimir y guardar en una carpeta de solapas azules que le entregó sin prestarle la más mínima atención a lo que le estaba dando, hipnotizada por sus encantos, y que el forense había tenido a bien adjuntar a la carpeta del servidor de la Brigada a la que tenía acceso desde su teléfono móvil.

Sonriendo seductora, la funcionaria de prisiones aprovechó la ocasión para entablar una breve conversación con él, a la que Dom le prestó la misma atención que ella a la documentación que salía por la impresora. Podría haberle pedido que imprimiera los planos y los códigos de seguridad del centro penitenciario y aquella mujer no se habría ni percatado de la valiosa información que estaba facilitándole. Por suerte para ella, Dóminic era de los buenos. Tal vez, sus métodos en campo no fueran del todo ortodoxos, pero conocía los límites. A menudo caminaba entre la fina línea que, con arrogancia, el director de aquel centro atribuía a la inspectora Reina haber sobrepasado, pero

estaba tan seguro de que jamás cruzaría aquella frontera, como lo estaba de la inocencia de Bryana.

De camino a la prisión, había movido algunos hilos. Se había saltado varios procedimientos y había cabreado a muchos altos cargos por el itinerario, pero estaba decidido a sacar a la inspectora Reina de aquel agujero.

Su comisario lo apoyaría, y quienes fueron los subordinados de la mejor inspectora de Homicidios del país esperaban su regreso desde que fueron conscientes del gran error que habían cometido. Temerosos pero decididos a parchear los errores del pasado. Un pasado del que Dóminic bien sabía que no se podía huir, pero con el que uno podría acostumbrarse a convivir si era capaz de ignorarlo.

Puede que, si convencía a Bryana para colaborar con ellos, tuviera que volver a encontrarse con aquella mujer de ojos saltones hasta que llegase la orden del juzgado para poder sacar a la inspectora Reina de allí. «¿Cómo se llamaba?». En realidad, no le interesaba lo más mínimo, pero era más fácil ganarse su favor sirviéndose de su galantería.

Se apoyó en la pared junto al escritorio al lado de la puerta y esperó la llegada de Bryana. Miró de nuevo la cama.

Hubo una época en la que viajaba mucho. Casi todas las semanas se encontraba uno o dos días fuera del país y no siempre dormía solo. Había compartido habitación en moteles con menos clase que aquel lugar, pero con mayores garantías higiénicas. «Menuda pocilga».

Tumbada en la goma espuma de la celda de aislamiento, Bryana contaba los pegotes de comida resecos del techo con una pierna flexionada y los brazos cruzados bajo la cabeza. Escuchó tras la puerta los pasos, asqueados por la rutina, del funcionario que les servía la comida. Giró el rostro y vio la sombra del hombre situada frente a la entrada a su celda. Frunció el ceño.

Por el habitual olor a rancio que se colaba bajo el hueco de la puerta le resultó extraño no escuchar, además, el tintineo de las bandejas y el estridente chirrido de las ruedas del carro en el que transportaba eso a lo que llamaban comida. Cuando el funcionario abrió la puerta Bryana lo miró con curiosidad. No llevaba consigo la bandeja de la comida y al menos le quedaban veinticuatro horas de aislamiento.

—Pensábamos que eras asexual. —Bryana enarcó una ceja. «Y yo que no existían los seres mononeuronales», pensó—. Levántate. Tu cita está esperándote.

«¿Mi qué?». Se incorporó. Sabía que las visitas a las reclusas en aislamiento estaban prohibidas. Uno de los escasos derechos que tenían en aquel agujero de mala muerte, pero que les era revocado a modo de castigo, al igual que el aseo diario, los talleres y las salidas al patio.

Se levantó y fue hacia el funcionario. Alzó los brazos hasta la cintura y esperó a que le pusiera los grilletes antes de salir de la celda.

Sin saber adónde se dirigía recorrió el pasillo de las celdas de aislamiento junto al hombre, que le cedió el testigo a un compañero más joven situado al otro lado de la puerta de acceso a esa galería. El joven funcionario, de apenas veinticinco años, rubio y de mirada traviesa, recorrió el cuerpo de Bryana de arriba abajo regodeándose en el contorno de sus pechos y sus caderas con oscuros y sucios pensamientos reflejados en sus pequeños ojos negros.

—Menudo homenaje va a darse el colega. —Le sonrió lujurioso al compañero que le devolvió una mueca inapetente.

«El colega. ¿Qué colega?», pensó, evitando preguntar en voz alta para no dar pie a comentarios jocosos salidos de tono que pudieran empeorar su ya de por sí poco favorable situación.

—Toda tuya. —Cerró la puerta dejando a Bryana sola con el joven funcionario.

Este la agarró del brazo por encima del codo mientras introducía la llave de seguridad que abría la primera de las dos puertas correderas de barrotes de acero que conducían al gallinero, vacío en las horas previas a la comida, en las que las reclusas disfrutaban de un sinfín de talleres que les daba la oportunidad de aprender diferentes oficios de cara a una reinserción, como talleres de cocina, reparación de vehículos, horticultura, cuidado de enfermos, informática…

Atravesaron el gallinero hasta la doble puerta de seguridad, también de barrotes de acero, que conducía al control de seguridad interior principal de aquella planta. El joven funcionario cogió una carpeta de plástico tamaño folio de la que colgaba una hoja de registro de peticiones. Tras comprobarlo, condujo a Bryana hasta la puerta metálica situada junto al control. La compañera que vigilaba las cámaras del interior de la prisión, sentada tras el mostrador, accionó

la apertura automática llevándose un sándwich a la boca sin apartar la vista de los monitores. La puerta de seguridad, que hasta la fecha Bryana no había cruzado nunca pero que sabía a la perfección hacia dónde conducía, se abrió con un chasquido metálico.

Los placenteros gemidos desacompasados de varias parejas invadían el pasillo, allanando parte del vestíbulo del control de seguridad.

—Pásalo bien, encanto. —El joven funcionario le guiñó un ojo antes de dejarla en manos de un compañero que sobrepasaba la treintena y poseía una mirada turbia del color del agua estancada—. Habitación tres. —Cerró la puerta.

—Tienes muy mal gusto para los tíos. —Agarró las muñecas de Bryana con brusquedad y las alzó para quitarle los grilletes—. Seguro que conmigo lo pasarías mejor.

Bryana se acarició las muñecas haciendo caso omiso a sus impertinencias.

De la pequeña mesa que había junto a la puerta, en el pasillo, el funcionario cogió una toalla y un pequeño neceser transparente con lubricante, preservativos, pañuelos y toallitas que le entregó a Bryana. Ella lo miró a través de sus generosas pestañas negras. El funcionario deseaba ponerle las manos encima; se lo decía su voz ronca, la viciosa mirada con la que recreaba su imaginación mientras recorría las curvas de su cuerpo y la erección que acarició cuando pasó por su lado.

—Última puerta. No está permitida la entrada de objetos, así que cuidadito con lo que hacéis ahí dentro. ¡Ah!, y una cosa más. —Se detuvo con la toalla y el neceser en la mano. Se dio la vuelta y observó al funcionario ladeando la cabeza—. Como no hemos podido cachear a tu amigo, tendremos que comprobar que no introduces nada a tu vuelta. —Sonrió mientras se recreaba con su regreso—. Así que no gastes todo el lubricante, puede que necesitemos un poco.

Los ojos de Bryana se convirtieron en dos finas líneas grises. Contuvo las ganas de estrangularlo, giró sobre sus talones y llegó hasta la última puerta del pasillo, la que tenía un número tres roído y pegado a la altura de la vista, seguida por las roncas carcajadas del funcionario y los gemidos de placer de las reclusas que disfrutaban de la compañía en las otras dos habitaciones adyacentes. «A ver si te hace tanta gracia cuando te pegue una patada en los huevos».

La posibilidad de que aquel hombre manoseara su cuerpo a su antojo le revolvía el estómago, pero en ese momento le preocupaba más quién pudiese estar tras aquella puerta.

Solo se le ocurrían dos posibles candidatos y no le apetecía enfrentarse a solas a ninguno de ellos.

Podría ser Montalvo, su antiguo comisario. Al que respetaba y odiaba a partes iguales. Un hombre que la trató con un cariño paternal y con respeto desde el primer día que pisó la Brigada de Homicidios. Que se enfrentó a sus superiores para defender los métodos poco habituales, pero efectivos, que en ocasiones se veía obligada a utilizar cuando un asesino se les escurría entre los dedos. Que siempre había confiado en ella, hasta que la abandonó a su suerte el día que la acusaron de los crímenes del Cremador.

Todavía recordaba la mirada de Montalvo a través de las cortinas metálicas de su despacho cuando Scott la detuvo en la sala de trabajo que compartían todos los agentes de la Brigada de Homicidios que estaban bajo su mando. Una mezcla entre la dolorosa pena y la súplica de un perdón velado brilló en los ojos de quien fuera su comisario antes de cerrar las cortinas. Un perdón que, hoy en día, no estaba preparada para ofrecer.

La otra posibilidad no era mucho más alentadora si se trataba del inspector Dwayne. El único descerebrado que podía atreverse a pedir un vis a vis con ella después de lo sucedido en su primer cara a cara. Un seductor dios del pecado al que su cuerpo reconocía y aceptaba, desobedeciendo cualquier orden racional de distanciamiento que ella se imponía.

Se sorprendió deseando encontrarse con Scott.

Tenía muy claros cuáles eran sus sentimientos hacia Parker: dolor, traición, abandono, pero también lo admiraba por ser capaz de hacer, con la mayor entereza posible, lo que ella habría sido incapaz: detener a su amiga, recabar todas las pruebas que había contra ella, cuestionar la aparente verdad que mostraban y entregarla a la justicia ante la imposibilidad de demostrar su inocencia.

Conocía a Parker, sabía que él no albergaría mejores sentimientos hacia ella. Tampoco hacia sí mismo. Aun así, olvidar lo ocurrido se le atragantaba como una bola de pelo, pero si fuera Scott quien hubiera cometido la locura, más propia de Cábanno, de concertar un vis a vis para reunirse con ella, al menos sabría cómo actuar, cómo

reaccionaría, lo cual no podía decir del inspector Dwayne.

No manejar la situación la ponía nerviosa. Dóminic la alteraba en lo más profundo de su ser. Su rostro, la sensualidad de su piel aceitunada, sus aires de macho alfa, su seguridad, sus hipnóticos ojos dorados, ardientes, tan brillantes como el oro fundido que habían recorrido cada centímetro de su piel sin ningún tipo de pudor.

—¿Te lo has pensado mejor?

Bryana dio un ligero respingo. Se había quedado petrificada frente a la puerta, sumida en sus pensamientos. Absorta y ajena a todo cuanto la rodeaba, no se había percatado de que tenía al funcionario de prisiones tras ella, tan cerca, que podía oler el chicle de menta que enmascaraba el tabaco de su aliento mezclado con una desagradable fragancia a loción de afeitar.

—Puedo darle boleto, si tú quieres —susurró en su oído rodeando su cintura con ambas manos y acercando la erección que contenía el uniforme—. Puedo decirle que te encuentras indispuesta. —Comenzó a moverse tras ella y restregó el abultado miembro contra el firme trasero de Bryana—. Sería rápido, no puedo escaquearme mucho tiempo, pero te prometo que te haré gozar como una perra en celo.

—No vuelvas a ponerme tus asquerosas manos encima. —Se revolvió entre sus brazos.

Dejó caer al suelo la toalla y el neceser. Dio un paso al frente, con intención de darse la vuelta y saltarle todos los dientes, pero chocó con el vigoroso cuerpo de Dóminic, que como si hubiese estado esperando el momento oportuno abrió la puerta, amenazador.

El rictus de Dóminic se relajó al ver a Bryana, hasta que advirtió la toalla y el neceser tirados en el suelo junto a la puerta. La atrajo hacia su cuerpo protegiéndola de la sucia mirada del funcionario. Entre sus brazos, Bryana pudo sentir cómo los enormes músculos que rodeaban su cuerpo se endurecían al comprender los oscuros deseos del hombre que custodiaba aquella galería.

—Lárgate de aquí ahora mismo si quieres seguir manteniendo la cabeza sobre los hombros —gruñó entre dientes.

Apoyada contra su férreo pecho, la aterciopelada voz de Dóminic sonó gutural. Los latidos de su corazón, vigorosos, retumbaban entonando una antigua canción de guerra indígena acelerando el ritmo cada segundo que el inconsciente funcionario se mantenía altivo

en su posición.

Intentó zafarse de su protección. Nunca había sido una damisela en apuros y no quería más problemas en aquel agujero de los que ella misma se había buscado. Además, no iba a ser una pelea justa. En ese estado de posesiva agresividad, incomprensible para ella después de su último y único encuentro, Bryana estaba segura de que Dóminic podía despedazar al funcionario sin tan siquiera despeinarse.

—Parecía indecisa. Solo me aseguraba de que elegía el polvo adecuado —le respondió envalentonado.

Ancló los pies al suelo cuando Dóminic la soltó, colocó los puños a ambos lados de su escultural cuerpo tensionando los brazos hasta convertirlos en dos gruesas y tirantes cuerdas de acero y dio un paso al frente.

—Inspector Dwayne. —Apoyó las palmas de las manos sobre el pecho de Dóminic—. Dwayne. —De nada le sirvió, Dóminic dio otro paso al frente arrastrándola con él y haciendo retroceder al funcionario, tal vez, al percatarse de su error—. Dóminic. ¡Dom!

Por fin, pareció darse cuenta de que Bryana no solo se interponía entre ambos sino que no mostraba intenciones de retirarse. Cuando Dóminic la miró, un intenso escalofrío acarició su espalda. «Pero ¿qué?». Aquella mirada asesina, casi animal, estaba segura de haberla visto antes.

La respiración de Dóminic era pausada, abrupta y continua, todo lo contrario a los latidos de su corazón, que sentía tronar desbocados en la palma de la mano que tenía colocada sobre su pecho. Destellos de una fragua ardiente brillaban en sus ojos. La tensión de su rostro remarcaba su mandíbula apretada, contenida.

—Estoy bien —le susurró en apenas un hilo de voz.

En aquel estado de enajenación, Dóminic daba miedo. Un miedo que reconocía sin saber por qué.

Poco a poco, sintió cómo sus músculos se relajaban. Su estrecho contacto visual así se lo verificó cuando los últimos destellos del crepitar de sus ojos se retraían perezosos hasta volver a su hipnótico candor dorado.

—Llámame si cambias de opinión, morena.

Alzó la vista por encima de su hombro. Miró al funcionario a caballo entre el desprecio y la ausencia de cordura, lo que le hizo alzar los brazos en señal de rendición y caminar hacia atrás hasta volver a su puesto sin perderlos de vista.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, empujó a Dóminic, que no perdía de vista al funcionario, como si todavía estuviera debatiéndose entre arrancarle solo la cabeza o también las extremidades. Consiguió meterlo en la habitación, más por la cabal retirada del hombre, que por la fuerza que ella estaba empleando.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —Cerró la puerta y se apoyó sobre el frío metal.

Observó cómo Dóminic comenzaba a deambular como un león enjaulado de un lado a otro de la habitación un par de veces mientras la miraba con el fuego del infierno impreso en sus ojos.

El pánico se apoderó de ella. El inspector soltó un bufido, se acarició la cresta, le dio la espalda y caminó hacia el escritorio que había en la habitación.

Estaba convencida de que había visto aquella mirada antes. No recordaba dónde, pero ahora que estaban a solas podía permitirse grabar cada palmo de su cuerpo a fuego en su memoria e intentar recordarlo.

A su mente acudió la conversación que había mantenido con Petrova en la celda de aislamiento. Puede que lo hubiese visto en una ficha de reseñas policiales. Desde luego, daba el perfil de matón de una organización criminal. Negó con la cabeza para deshacerse de aquella idea.

No podía estar fichado. Era policía. Así se identificó y así se lo presentó Parker. Con antecedentes no podría haber ingresado en el cuerpo.

—¿Por qué no me has pedido ayuda? —Apretó los puños a ambos lados del cuerpo—. Estaba al otro lado de la puerta. —Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa—. Ese maldito enfermo quería… —Ni tan siquiera se atrevió a terminar la frase.

La ira volvía a apoderarse de él. Bajo la tela de la camiseta de manga corta, Bryana vio cómo se tensaban los músculos de su espalda. Los tatuajes egipcios, que adornaban la piel de su brazo, cobraron vida durante el breve instante en el que se contrajeron. Admiró

impresionada cómo sus costillas se ensanchaban al respirar profundamente al igual que las alas de un águila antes de alzar el vuelo. Del miedo pasó a la duda.

Todas las células de su cuerpo clamaban que diera un paso hacia él, rodeara su cintura y lo abrazara. Quería embriagarse de su aroma, apoyar la mejilla en su colosal espalda y repetirle una y mil veces que se encontraba bien. Que no era ninguna delicada princesita a la que tuviera que salvar, aunque, en el fondo, tenía que reconocer que aquel alarde de supremacía masculina, si bien resultaba primitivo, posesivo e innecesario, también le producía un sensual cosquilleo en el bajo vientre difícil de obviar.

—Puedo arreglármelas sola. —Cruzó los brazos bajo su pecho.

Se arrepintió de sus palabras en cuanto se dio la vuelta y recorrió su cuerpo con aquellos brillantes y abrasadores ojos que penetraron hasta su alma.

Era hermoso. Y enorme. Le sacaba dos cuerpos de puro músculo y al menos una cabeza.

Su voz interior le decía que no tenía nada que temer, que no le haría daño, al menos físico, porque con aquel cuerpo cincelado por los dioses estaba segura de que habría roto más de un corazón. Su inconsciente deseo le sugería que aquel hombre la deseaba con arrolladora indulgencia; los recuerdos de la conversación que mantuvo con Petrova, que se mantuviera alerta; su instinto, que Dóminic guardaba para sí y puede que para sus enemigos una cara oculta, sombría y peligrosa, y todo su cuerpo clamaba porque apagase el fuego que encendía al recorrer su piel con una sola mirada.

Era intenso, pasional. Se movía con la elegancia de un gran felino a pesar de su tamaño. Rezumaba poder, lujuria y pecado por todos sus poros. Era perfecto. «Y tiene que ser mío». Su inconsciente franqueza la pilló por sorpresa. «¡Mierda! Estás jodida. ¡Céntrate, maldita sea!». Como si Dóminic le hubiera leído el pensamiento, ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—Después del numerito que montaste ayer en el comedor, de eso no me cabe la menor duda. ¿Se puede saber en qué estás pensando? Y no me refiero ahora. —Sonrió de medio lado. «Mierda, se ha dado cuenta»—. Estás jugándote la libertad, o lo que es peor, conseguirás que te maten.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una vena paternal muy

sexi? —ronroneó. «Pero ¡¿qué haces, pedazo de loca?!». Se asustó. ¿Desde cuándo ronroneaba como una gata en celo?

Dóminic inspiró con solemnidad y expiró con abrupta contención.

—¿Quieres jugar a eso? —Recorrió el cuerpo de Bryana de arriba abajo, sonriendo perspicaz de medio lado—. ¿Estás segura? Porque, por lo general, trato de evitar cualquier tipo de relación carnal con mis compañeras de trabajo. Con el tiempo terminan convirtiéndose en un problema que sobrepasa los límites de lo personal. Pero tú no eres una compañera, eres una reclusa.

—Fuera de tu alcance. —«No entres en su juego»…

—Eso me ha dicho Parker. —Se encogió de hombros—. Pero… me van los retos.

«¿Scott?». Frunció el ceño. Dóminic sonrió divertido. «Eres imbécil. Acabas de sentenciar tu corazón», pensó cuando los ojos de Dóminic refulgieron aceptando encantado aquel reto que, sin premeditación, Bryana acababa de proponerle.

—No has respondido a mi pregunta, a la del comedor. La otra cuestión ya se ha encargado tu cuerpo de responderla. —Hizo un ligero movimiento de cabeza en dirección a sus turgentes pechos.

Bajo la fina y desgastada tela de la camiseta de tirantes amarilleada por los lavados, se erigían endurecidos sus diminutos pezones. «¡Maldita sea!».

Cualquier parte del cuerpo en la que Dóminic posaba sus candentes ojos, reaccionaba con vida propia en contra de las órdenes racionales de distanciamiento que, tras la máscara de frialdad bajo la que se había protegido durante los últimos cinco años, su cerebro trataba de imponer con el único fin de proteger su corazón, o lo poco que quedaba de él tras su larga estancia en prisión.

—No te lo tomes como algo personal. Llevo cinco años sin echar un polvo —le aclaró, queriendo restarle importancia a la reacción que la simple presencia de aquel hombre provocaba en cada centímetro de su traicionero cuerpo. El rictus de Dóminic se ensombreció, provocándole una sonrisa triunfal—. En cuanto al tema que nos concierne, y por el que sin duda te has visto obligado a volver a este agujero, no es asunto tuyo. Lo que yo haga con mi vida es mi problema. —Alzó la cabeza, desafiante, sabedora de haber recuperado parte del control de la situación.

—Lo que tú haces con tu vida repercute en la de muchos otros. —El tono de su voz había cambiado. Parecía dolido, preocupado, enfadado—. ¡Está muriendo gente! —Señaló la carpeta que había dejado sobre el escritorio.

—Entonces, deberías ir pensando en ponerte las pilas en lugar de estar aquí perdiendo el tiempo.

Capítulo 7

Tras un breve pero intenso duelo de miradas, Bryana se dio la vuelta con intención de marcharse de allí.

Como antigua inspectora de Homicidios no podía caer más bajo. Estaba muriendo gente de manera cruel a manos del asesino que le había arruinado la vida. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Ya no era policía, ni tan siquiera era la misma mujer a la que condenaron cinco años atrás. La muerte de aquellos inocentes no era su responsabilidad, tal y como el inspector Dwayne quería hacerle creer. ¿Qué garantías podía ofrecer ella de que atraparían al Cremador? Ninguna. No lo consiguió antes de su encarcelamiento, ¿por qué ahora iba a ser diferente? Además, no quería arrestarlo. Quería matarlo con sus propias manos, y lo peor de todo era que se veía disfrutando de aquella imagen. «¿En qué te has convertido?».

Necesitaba salir de allí. No le gustaban los derroteros por los que se estaba encauzando la conversación y se olía que Dóminic no iba a dejarla escapar.

El inspector Dwayne parecía haberse fijado un objetivo: ella. Convencerla para que se uniera a la investigación, y si para ello tenía que embaucarla utilizando una sensualidad, que a leguas se veía que sabía manejar a su antojo, estaba segura de que no lo dudaría. Lo que Dóminic no sabía era que había topado con un hueso duro de roer.

Bryana conocía bien esos métodos de persuasión porque también los había utilizado en su propio beneficio, siendo ella la embaucadora, y sin ningún tipo de sentimiento hacia su víctima. Sin embargo, en aquella ocasión, ella era la víctima de aquellas artimañas, y la inmunda habitación, preparada para el vis a vis de las reclusas, no era lo suficientemente mugrienta como para aplacar los sentimientos que ese hombre despertaba en su interior. Incluso la densa mezcla de sudor, sexo y marihuana carecía de la repugnancia necesaria para impedirle sucumbir a la tentación teniendo ambos pensado un desenlace bien distinto para aquel asesino en serie.

Con un magnetismo que lo atraía todo a su alrededor, Dóminic era capaz de obtener de ella cualquier cosa que se propusiese. Su mente luchaba, sí, pero su cuerpo tenía otros planes.

No ingresó en el cuerpo para convertirse en una asesina. No la adiestraron para eso. Se formó para atrapar asesinos, no para

convertirse en uno de ellos. Ella… tenía que salir de allí antes de que Dóminic derribara por completo sus defensas.

Giró el pomo de la puerta, pero Dóminic había apoyado todo el peso de su cuerpo sobre el acero, colocando una mano unos centímetros por encima de la cabeza de Bryana para impedirle salir.

Acorralada, inspiró profundamente en busca de la serenidad requerida para un nuevo ataque. Craso error. El vello de su cuerpo se erizó ante la oleada de suaves y picantes sensaciones que embriagaron sus sentidos hasta casi hacerla perder el control.

Le pareció escuchar un leve gruñido a su espalda, que sintió nacer en el vientre de Dóminic y recorrer su férreo pecho antes de que le agarrase el brazo para girarla con brusquedad.

Apoyó la espalda sobre el frío metal, buscando alejarse todo lo que el escaso espacio que les separaba le permitía.

Acarició sus labios entreabiertos con una mirada anhelante antes de alzar la vista hacia sus cálidos y sensuales ojos. La apabullante necesidad de besarlo se extendió por todo su cuerpo como un poderoso veneno. «Salvaje». Así era el inspector Dwayne, como salvajes eran los sentimientos que despertaba en ella. Y tenía que reconocer que le encantaba esa faceta dominante, pero nunca había sido una presa fácil.

Dóminic apoyó la otra mano sobre el acero de la puerta para deshacerse del limitado espacio que los separaba y se agachó para que sus miradas quedaran a la misma altura.

—¿Adónde te crees que vas? —susurró sobre sus labios.

Bryana se mordió el labio inferior con inconsciente sensualidad.

Su cuerpo no obedecía a ningún tipo de orden racional. Su mente luchaba por ganar aquella batalla que sabía perdida.

Embelesada por el hipnótico brillo de sus ojos, calculó sus opciones: claudicar o contratacar. Tomó la decisión cuando una ligera sonrisa triunfal se perfiló en los labios de aquel intenso dios del pecado.

—A buscar a nuestro amigo. Puede que él sepa aprovechar mejor esta habitación —dijo mirándolo a través de sus tupidas pestañas negras.

Dóminic sabía que la tenía a su merced. Versado en aquel tipo de artimañas conocía el efecto que causaba en el sexo opuesto. Sabía utilizar su atractivo, pero, aunque estuviese utilizando aquella táctica solo para obtener lo que había ido a buscar, la abultada erección que sin pudor acariciaba su suave y firme vientre, contenida tras la gruesa tela de los vaqueros, indicaba que tampoco él era inmune a sus encantos, y ella también conocía las reglas de aquel peligroso juego al que su traicionero cuerpo lo hacía incorporarse con desventaja. «¿Quieres jugar? Juguemos».

Dóminic tensó la mandíbula en un fugaz movimiento que duró lo que una fracción de segundo. Sin duda acababa de recibir un golpe que no esperaba, pero no tenía intención de jugar limpio.

—Me temo que eso no va a poder ser. Dudo que vuelvas a ver a ese cerdo. —Bryana escudriñó su rostro. No parecía una advertencia velada—. Nadie se atreverá a ponerte un solo dedo encima en este agujero. Vas a tener que apañártelas sola hasta que decidas entregarme lo que, por derecho, me pertenece.

—No soy de tu propiedad. —Chasqueó la lengua, ladeó la cabeza y se acercó a su oído—. Lo que tu influencia pueda evitar que ocurra en esta prisión, no podrás detenerlo en cuanto ponga un pie en la calle, donde, por cierto, no volverás a verme el pelo. —Se separó de él lo suficiente como para desafiarlo con la mirada.

—Te equivocas, mi Alniyl Kuynu[1]. —Bryana frunció el ceño—. Saldrás de este agujero bajo mi custodia. Vendrás conmigo a mi casa y pasaremos juntos las veinticuatro horas del día. —Se tomó la libertad de acariciar un mechón de pelo que ocultaba parte del rostro de Bryana antes de colocárselo detrás de la oreja—. No entraba en mis planes toparme contigo y reconozco que me molesta que Scott tenga razón. —Se acercó hasta casi rozar sus labios—. Pero me perteneces, por mucho que lo niegues. Y, aunque estoy deseando que llegue el día en el que dejes de luchar contra tu propio deseo, me temo que hoy no estoy aquí para complacerte como te mereces. —La miró seguro de sí mismo, convencido de cada una de sus palabras—. Una mujer como tú se merece un lugar más digno para entregar su corazón.

—¿Entregar mi qué? —Rio—. No sé qué película es la que te has montado en la cabeza, pero no confundas lo que podría ser un buen polvo con un sentimiento mucho más profundo.

—Ambos sabemos que no sería un simple polvo —siseó entre dientes.

Bryana sonrió de medio lado. En un alarde por demostrar que tenía la situación bajo control, más a sí misma que al sensual hombre que acariciaba su piel con su aterciopelada voz, su embriagadora fragancia y sus hechizantes ojos, se concedió la licencia de acariciar la comisura de los labios de Dóminic con los suyos en un nimio roce de camino a su mejilla que sacudió con virulencia su maltrecha fuerza de voluntad.

—No puede entregarse lo que la vida te ha arrancado —le susurró en un hilo de voz, apenas audible por la intensidad con la que aquella descarga de sensaciones, hasta ahora desconocidas para ella, recorrían su cuerpo de pies a cabeza.

No tenía ningún tipo de control sobre sí misma ni sobre la situación. Lo que debió ser un insignificante contacto se había vuelto en su contra. Y por su sonrisa triunfal y el eufórico brillo libidinoso en sus ojos, él lo sabía.

—Bryana… Ayúdame, por favor.

Aquella súplica acarició el alma de Bryana, escondida en alguna parte durante los últimos cinco años de su vida. Respiraba agitada. Su sentido del deber, nublado por la venganza, luchaba contra su corazón, que se defendía armado por la voluntad de aquel hombre esculpido por los dioses para derribar todas sus barreras con encarnizada beligerancia.

—No… No puedo.

Tenía miedo. Miedo de volver a errar. Miedo a manchar de nuevo la memoria de los suyos. No estaba preparada para perdonar y tampoco sabía si sería capaz de controlar las irrefrenables ganas de matar al Cremador si llegaba a enfrentarse a él. No quería convertirse en una asesina. No podía.

—Bryana. —De nuevo, aquel tono de voz acariciando su alma como las cuerdas de un arpa—. Por favor. Te necesito.

—Yo…

Sus defensas se vieron comprometidas. Había perdido aquella batalla. Un fugaz brillo iluminó los ojos dorados del inspector. «¡No!», aulló en su mente. Lo empujó. Sin oponer resistencia, Dóminic dio un paso hacia atrás dejando espacio para que ella le diera la espalda y agarrase el pomo de la puerta.

—Ha matado a un menor.

Bryana se quedó paralizada. Aquello sonaba a grito desesperado.

—Entonces, os habéis equivocado de sujeto. —Cerró los ojos y apretó la mandíbula.

La rabia, la ira y la impotencia volvieron a ocupar el lugar que les correspondía en su corazón.

El Cremador no atacaba a los menores. Le habían arrancado la suave manta del letargo para nada. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora con aquel maremágnum de sentimientos? ¿Y Cábanno? ¿Quién había matado a su amiga?

Dóminic se acercó a la mesa del escritorio, cogió la carpeta con la autopsia preliminar del muchacho que la funcionaria del control de accesos tuvo a bien imprimirle y la tendió en el aire.

—Es una víctima del Cremador. Compruébalo tú misma. —Bryana alzó la vista por encima de su hombro—. Ese hijo de puta ha matado a un chaval de quince años. La autopsia preliminar confirma que es una víctima más del asesino que orquestó tu detención. —Movió la carpeta en el aire con la esperanza tiñendo sus ojos—. Bryana, por favor…

No debía… No podía… «Alarick».

A su mente acudió el último recuerdo que guardaba de su hermano.

Se despidió de ella con una sonrisa antes de salir de casa, camino a la Academia Águilas. Habían pasado la mañana en el parque El Retiro con sus padres. Un divertido día en familia en el que habían disfrutado de los jardines, habían montado en barca y habían escuchado con curiosa atención la infinidad de anécdotas que su padre, un apasionado de la historia y el folclore, les había contado sobre cada rincón de aquel lugar. Como la verdadera historia del monumento al Ángel Caído. Una escultura de Ricardo Bellver que representaba al Ángel Caído en el momento en el que fue expulsado del paraíso y que no era un homenaje a Satanás, como la gente creía, sino que se inspiraba en unos versos del poema El paraíso perdido del gran poeta John Milton.

La última vez que Bryana vio a Alarick, se aseguraba de tener todos sus apuntes preparados en la entrada antes de salir de casa. Como cada tarde, a última hora, se dirigía a la academia para preparar

las oposiciones para entrar en el cuerpo.

Alarick soñaba con ser policía. Una idea que no le hacía mucha ilusión a su madre, que prefería que terminase sus estudios superiores para acceder a la universidad, pero su hermano siempre decía que primero ingresaría la policía y luego estudiaría una carrera que le sirviera en su profesión.

Desde pequeño, tuvo claro lo que quería ser. Era inteligente y constante. A Bryana no le cabía la menor duda de que habría conseguido su objetivo, como también sabía que no habría faltado a la promesa que le hizo a su madre. Pero el destino decidió que aquella misma tarde un desgraciado le arrebatara la vida en un callejón cuando volvía de la academia, truncando sus sueños para siempre.

Ella, sin embargo, se preparó las oposiciones de la policía. Estudió y se graduó en la Academia de Ávila, convirtiéndose en la inspectora jefe más joven del cuerpo por un único motivo: que su hermano, a quien arrebataron la vida con dieciséis años, se sintiera orgulloso de ella allá donde estuviera.

«A ti te arrebataron la oportunidad de hacer del mundo un lugar mejor, pero yo haré realidad tu sueño. Te lo prometo», se repetía siempre que cerraba un caso y llevaba a un nuevo asesino ante la justicia.

No ingresó en el cuerpo por venganza, lo hizo porque creía en la justicia. Para devolverle la paz a las familias que un día le arrebataron a la suya. Para que la memoria de aquellos a los que la muerte les llegó antes de la fecha que la parca tenía prevista, no fuese olvidada. Para darles esperanza a los que habían perdido a un ser querido por estar en el lugar equivocado, cerca de la persona equivocada.

«Bien jugado, inspector». Acariciando el pomo de la puerta soltó el aire que, sin ser consciente, había estado reteniendo en sus pulmones hasta casi ahogarla. Volvió sobre sus pasos y cogió la carpeta. Al abrirla, no pudo evitar mirar la imagen en papel sujeta con un clip en el lado izquierdo de la primera página con el cadáver del muchacho sobre la mesa de autopsias.

Se le revolvió el estómago al recordar el olor a carne quemada que desprendían las víctimas, junto con aquel aroma dulzón que nunca supieron averiguar de dónde provenía y que, por lo que pudo leer por encima en el informe preliminar, al parecer seguían sin descubrir de qué se trataba. Un asqueroso olor a caramelo que se te metía por la nariz y del que no podías librarte ni metiendo la cabeza en un cubo de tripas de pescado. Para cuando conseguías deshacerte de él, el Cremador había vuelto a actuar. De nuevo otro cadáver, el olor a carne quemada, el dichoso matiz dulce, y así, una y otra vez.

Leyó con atención el informe. No había lugar a dudas: era una víctima del Cremador. Ella, mejor que nadie, conocía su firma.

La sociedad pensaba que aquel demente únicamente calcinaba los cuerpos aún con vida de sus víctimas, pero todo aquel que trabajaba en el caso sabía que la verdadera firma de aquel psicópata no se quedaba ahí. Los cadáveres no solo aparecían calcinados, un dato que nunca pudieron ocultar a la opinión pública porque la mayoría de los cuerpos aparecían en lugares públicos y eran los propios ciudadanos los que denunciaban el trágico descubrimiento. Sin embargo, había una característica distintiva en todos los asesinatos cometidos por el Cremador que lo diferenciaba de otro tipo de perturbados: a todas sus víctimas les había amputado diferentes partes del cuerpo no vitales que, con posterioridad, aparecían a medio digerir en el propio estómago de los difuntos.

Con el paso del tiempo y la aparición de nuevas víctimas, llegaron a la conclusión de que aquel bastardo les hacía comer las partes del cuerpo antes de calcinarlos, aunque no estaban seguros porque nunca encontraron el lugar donde daba rienda suelta a su sádica imaginación. No sabían si, además, guardaba alguna parte de sus víctimas como trofeo; una práctica muy habitual entre los asesinos en serie. Una posibilidad que barajaban entonces y que, por lo que ponía en el informe, seguía en el aire.

Estudió con detenimiento el cadáver del muchacho sobre la mesa de autopsias. Le faltaban los dedos de ambos pies, también los de la mano y, según la autopsia preliminar, ambas orejas. Sintió la acidez biliar escalando desde su estómago. Tragó para reprimir el vómito. Apartó la imagen y se concentró en el informe.

«Amputación de falanges de ambas extremidades inferiores y superiores. Realizadas en diferentes periodos a tenor del tejido cicatricial que puede apreciarse en cada una de ellas. Amputación de ambos pabellones auditivos. El pabellón derecho ha completado el proceso de cicatrización. El izquierdo, por el contrario, muestra tejido tierno alrededor de la incisión. Los cortes se realizaron de manera precisa y limpia con un objeto de corte tipo bisturí. Laceraciones en pecho, plantas de los pies, cuello y ambas extremidades inferiores, todas ellas ante mortem y en diferentes periodos de tiempo según el tejido cicatricial que cubre las incisiones. Las laceraciones fueron realizadas con un objeto filoso, de hoja continua y plana…».

Los complicados engranajes del cerebro de Bryana comenzaron a moverse renqueantes. A su mente acudieron los informes forenses de las víctimas del Cremador por las que ella fue condenada. Aún los recordaba, incluso algunos de ellos se los sabía de memoria, como el de Sarah Jessica Lark, una joven estudiante desaparecida en verano

durante un intercambio. El primer cuerpo que encontraron en otoño tras un largo periodo de inactividad del asesino.

El Cremador actuaba una vez al mes, siempre sobre las mismas fechas, pero cuando llegó el buen tiempo tardó algo más de cuatro meses en abandonar el cadáver de su víctima.

Las heridas y las cicatrices del muchacho eran muy parecidas a las que se encontraron en Sarah. A la joven también le faltaban varias partes del cuerpo, pero el médico forense solo encontró un dedo corazón en su estómago. «Hijo de puta. Los había retenido. Ese cabrón los había retenido para practicar con ellos. Para torturarlos». Casi clarividente fue la idea que abrasó sus entrañas. ¿Se habría dado cuenta de ese detalle el inspector Dwayne?

—¿De qué conoces a Petrova? —preguntó sin parafernalias.

Necesitaba confiar en él antes de contarle sus sospechas. Su instinto le decía que Dóminic no era un asesino ni un policía corrupto, pero teniendo en cuenta el influjo que ejercía sobre ella, no podía fiarse ni de su propia intuición.

—Aléjate de ella. —Su rictus se ensombreció.

Todas las alarmas de Bryana se dispararon. Cerró la carpeta con brusquedad y la tiró sobre el escritorio. Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—Lo siento. No puedo ayudarte.

Sintió la necesidad de salir de aquella habitación, abrumada por la infinidad de posibilidades que rondaban su cabeza y que reconoció en cuanto salieron de las sombras de su subconsciente, donde habían permanecido ocultas durante todo ese tiempo.

El cúmulo de nefastas conclusiones de la inquisitiva orden de Dóminic, reacio a hablar sobre Petrova, no hizo más que acrecentar su sensación de falta de aire. Se llevó la mano al puente de la nariz y cerró los ojos. Necesitaba salir de allí. Pensar. Respirar. Meditar.

Había personas malas en el mundo, pero también había demonios. Y pese a parecer una locura, si su deducción era acertada, habían tratado de dar caza a un abominable ser del infierno.

Aquel sujeto sabía lo que se hacía. Sin dejar rastros, sin dejar huellas y siendo Cábanno una de sus víctimas cada vez tenía más claro

que el Cremador era uno de los suyos.

Sus elucubraciones solo podía ponerlas en manos de alguien de su total confianza, y Dóminic, ante su negativa a hablar de la relación que tenía o dejaba de tener con Petrova, confirmaba lo que había estado barruntando en la celda de aislamiento: el inspector Dwayne conocía a Alina más allá de lo que un agente podía conocer al sujeto de una investigación.

Volvió sobre sus pasos decidida a salir de aquella habitación bajo la atenta mirada de Dóminic, cuyos ojos sentía acariciar su piel con enérgicas descargas eléctricas.

—¿No puedes o no quieres? —Una zancada le bastó para alcanzar a Bryana y detenerla a escasos centímetros de la puerta, agarrándola por la muñeca.

Su aterciopelada voz arrullaba su corazón. «¡Maldita sea!». Aquel hombre parecía haber sido creado por un belicoso dios dispuesto a recuperar a una de sus más valerosas guerreras a cualquier precio.

Agachó la cabeza para evitar el contacto visual. No quería que Dóminic viera reflejado en sus ojos los oscuros pensamientos que, sin sentido, la hacían desconfiar de él cuando incluso su instinto se desgañitaba asegurándole que solo junto a un hombre como él podría acabar con un asesino como el Cremador.

Apenas se reconocía. Se avergonzaba de la mujer en la que se había convertido, de la persona que aquel infecto agujero había moldeado, porque Bryana Reina había cambiado y nunca volvería a ser la misma.

—Bryana…

Alzó la vista, obligándose a enfrentar aquellos ojos, capaces de eclipsar la luz del sol, cubriendo con su grueso manto de escarcha cualquier sentimiento que Dóminic pudiera resucitar en su alma. «Lo siento».

—No quiero. —Alzó la barbilla para reforzar la cruda máscara de indiferencia con la que había aprendido a ocultarse durante los últimos cinco años.

Dóminic la soltó con cautela. Indeciso. Escudriñando su rostro como si quisiera grabar a fuego en su mente cada centímetro de su piel. Dejó que se marchara. Cuando salió de la habitación dio un

fuerte puñetazo en la pared que hizo crujir el marco de madera que rodeaba la puerta de acero.

Al otro lado, en el pasillo, apoyada sobre el frío metal que los separaba, Bryana se encogió de hombros sobresaltada al escuchar lo que, con claridad, sabía que era un puñetazo amparado por la frustración y protegido por la ira.

Miró al funcionario que la observaba en el pasillo. No era el mismo que la había recibido al llegar allí. Aquel hombre debía estar a las puertas de la jubilación.

Caminó hacia él, agradecida por el cambio. No se encontraba en disposición de lidiar con las impertinencias de un baboso. Apenas guardaba un mínimo de paciencia, tenía los nervios a flor de piel y cada paso en dirección a su habitual vida de presidiaria acrecentaba la desazón que le presionaba el pecho.

Alzó los brazos cuando llegó a su altura permitiendo que el funcionario le colocara los grilletes.

—¿No va a cachearme? —le preguntó extrañada al ver que la conducía en dirección a la salida.

—Aprecio mi vida. Tengo mujer e hijos. Ni loco te pongo yo un dedo encima.

La franqueza de aquel hombre la pilló por sorpresa. La amenaza del inspector Dwayne se había materializado en cuestión de una hora. Alzó la vista por encima de su hombro una última vez antes de abandonar el tórrido pasillo con los jadeos de las presas como hilo de fondo. Dóminic aún seguía en la última de las habitaciones. La número tres.

«¿Quién demonios eres, inspector Dwayne? ¿Qué eres?».

Capítulo 8

A la mañana siguiente, después de ducharse, hacer unas llamadas que justificaran su ausencia en la Brigada y atender a Nugget como se merecía, Dóminic se montó en el coche aparcado frente a la puerta de su casa.

Se dejó caer en el asiento del piloto como un peso muerto. Apoyó la cabeza en la suave piel negra del reposacabezas y cerró los ojos dándose un respiro, preparándose para la compleja y dolorosa jornada que se le venía encima.

Habría preferido no tener que recurrir a su plan B, pero después de hablar con la inspectora Reina se dio cuenta de que no tenía alternativa más rápida y efectiva que una terapia de choque.

Solo había una persona en todo el mundo en la que Dóminic confiara lo suficiente como para pedirle un favor de semejante envergadura y, aun así, no las tenía todas consigo.

El día anterior había sido, con diferencia, uno de los peores desde que ingresó en el cuerpo. La mañana comenzó mal, con un nuevo cadáver que se sumaba a los otros doce asesinatos sin resolver, y cuyos archivos, tras ser recuperados, desempolvados y revisados uno a uno cuando Cábanno apareció calcinada en su piso del centro de la capital con la firma de una asesina que creían entre rejas, se amontonaban sobre la mesa de su despacho.

Según fueron transcurriendo las horas, el día fue decayendo hasta rozar límites catastróficos.

Torres, la novata, había conseguido hacerse con una orden judicial para registrar todos los vehículos estacionados en un radio de un kilómetro desde donde apareció el cuerpo de la última víctima, pero por el momento no habían encontrado nada sospechoso. Las cámaras de seguridad de los cajeros y algunos establecimientos, que amablemente habían facilitado las grabaciones a la Brigada, tampoco les habían dado información relevante. Y el análisis de las pruebas que los agentes de Científica recogieron en la escena del crimen, así como la autopsia final del cuerpo, aún tardarían días en llegar, puede que incluso semanas.

Abrió los ojos con la mirada perdida en ninguna parte. Su precipitada visita a prisión le había dejado un sabor agridulce del que no fue capaz de deshacerse en toda la tarde.

Bryana había estado muy cerca de caer en sus redes. Por un momento, tan fugaz como el de una estrella, había visto a la antigua inspectora Reina. Y si su afilada lengua de reclusa se le antojaba seductora, la profesionalidad y ese temperamento que vio brillar durante milésimas de segundo en sus fríos ojos grises le resultaron irresistibles.

—Eres patético —susurró para sí.

Agarró el cuero del volante que crujió ante su manera de retorcer la suave piel negra que lo envolvía.

Bryana lo había hecho perder el control. Suplicar sin saber muy bien el qué. ¿Un beso?, ¿una caricia?, ¿su ayuda?, ¿todo?

La inspectora Reina, con su belleza salvaje, resultaba ser la mujer que, sin buscarlo, siempre había soñado: preciosa, inteligente, indomable, con un carácter de mil demonios, y que, pese a estar casi convencido de que ella le correspondía, no iba a serle nada fácil embaucar.

No era muy habitual que una mujer se resistiese a sus encantos, y en las contadas ocasiones que aquella inusual circunstancia se producía, no tenía por costumbre hacer nada al respecto, sabedor de que, si una mujer no estaba dispuesta a entregarse al placer de una apasionada noche, cualquier otra ocuparía su lugar.

Hasta la fecha no había entrado en sus planes entregar su corazón. Su vida, en constante peligro, suponía un grave problema a la hora de mantener una relación. El pasado siempre volvía para cobrarse las deudas pendientes y Dóminic tenía muchas. Cuando su pasado volviese a reclamar su pago no mostraría ni un ápice de clemencia hacia él ni hacia los suyos, pero Bryana era distinta. Lo había hecho viajar a una época en la que, pese a todo, fue feliz. Recordándole, incluso, una lengua que creía olvidada, que se vio obligado a aprender cuando era solo un niño para poder ayudar a su padre. Un buen hombre que, decidido a colmarlos de una vida que de manera honrada era incapaz de ofrecerles, fue engullido por el atractivo y peligroso mundo del tráfico de estupefacientes. Un camino fácil para aquellos que no tienen grandes aspiraciones, pero no para quien ansiaba el poder absoluto. Sin apenas problemas cuando su actividad básica se centraba en el menudeo de droga; peligroso cuando se ascendía en la jerarquía de las organizaciones criminales, se cambiaba de material y comenzaba a introducirse drogas que otorgaban mayor beneficio y posicionamiento entre los grandes

narcotraficantes del país.

Un mundo al que Dóminic renunció al cumplir la mayoría de edad y por el que fue tachado de traidor, pero cuyo idioma —aquel que aprendió siendo un niño para introducir hachís desde Egipto—, de manera natural, bajo el influjo de aquellos ojos grises, había vuelto a él para recordarle quién fue, de dónde venía y por qué renunció a todo, incluso a su familia.

Suspiró. Aquellos amargos recuerdos habían baldado su cuerpo como si un convoy de tanques le hubiera pasado por encima.

Nunca olvidaría su pasado. Era un lastre que arrastraría consigo siempre y que le perseguiría hasta que un día se topara de bruces con él.

Había dejado muchos amigos atrás. Gente influyente que le debía demasiados favores, pero también peligrosos enemigos cuyo mayor deseo era verlo muerto.

No fue sencillo comenzar de cero. Apenas tenía unos pocos ahorros. Acarició con suavidad el volante antes de arrancar y poner rumbo a la carretera de Valencia.

Aún recordaba a su madre, escrutando su rostro desde el sofá, con las manos en el regazo y una mirada a caballo entre el asombro y la aceptación, y el duro semblante de su padre, que en cuanto escuchó a su hijo decir que quería trabajar para el enemigo abandonó el salón sin mediar palabra. Aquella fue la última vez que lo vio. La tensión en la mandíbula de su hermano Ramsés, de todos el más ofendido, cuando les comunicó que abandonaba el negocio para ingresar en la policía.

Ramsés lo insultó y lo amenazó. Fue su propio hermano quien lo tachó de traidor al verse abandonado por quien creía que compartiría el oro, la gloria y el resto de su vida. Le robó todo su dinero, lo dejó en la calle y nunca más volvió a verlo a él ni a sus padres.

Tomó la salida de Valdemingómez.

Vivía a escasos kilómetros de su familia y ellos ni tan siquiera lo sabían. O tal vez sí. Él siempre supo dónde estaban. Al fin y al cabo, era su familia, sangre de su sangre. Podría ser policía, pero por cualquiera de ellos daría la vida. Incluso por Ramsés.

Continuó hasta el acceso a la Cañada Real Galiana, donde paró

junto a una vivienda de dos plantas con la fachada color salmón y el cerco de las ventanas blanco.

A simple vista, una vivienda normal y corriente al pie de la carretera. Su primer hogar. La casa que ocuparon de manera ilegal cuando el narcotráfico todavía no había alcanzado con sus tentáculos a la humilde familia recién llegada de un pueblecito limítrofe con Galicia. El límite que separaba el extrarradio de la Cañada Real Galiana del resto de Madrid. Una frontera que nadie en su sano juicio se atrevía a cruzar.

Nada había cambiado desde que abandonó aquel suburbio situado a las afueras de la capital, cuyas calles carecían de alcantarillado y los caminos de tierra desconocían lo que era el asfalto, volviéndose fangosos terrenos en época de lluvia y polvorientos senderos en verano.

Arrancó el Audi y se adentró en aquella ciudad sin ley de la que tan buenos recuerdos guardaba en su memoria, consciente de que estaba violando el acuerdo al que años atrás llegó con su hermano, cuando abandonó a su familia, así como aquella vida. Un acuerdo no escrito del que ninguno de los dos había hablado pero que ambos respetaban. Al fin y al cabo, eran hermanos.

Conducía desarmado hacia el epicentro de la marginalidad, hacia el sector VI. Era el más mediático y peligroso de toda la Cañada Real, donde se asentaban los grandes clanes que controlaban el mayor mercado de la droga de la capital, y vigilado por los perros: drogadictos que como muertos vivientes se escondían entre los escombros de antiguas casas de venta de droga que la policía había derribado tras desmantelar alguno de los puntos de venta. Rodeados de basura, aquellas almas en pena controlaban los accesos al sector y avisaban a los clanes de la llegada de la policía por un pico de heroína adulterada que recibían a cambio del servicio prestado.

Como era de esperar, los grandes narcos pronto se hicieron eco de su llegada. Los perros habían hecho su trabajo, aunque el R8 no es que pasara desapercibido entre la aparente miseria de las calles de la Cañada y sus gentes, tampoco desentonaba demasiado entre los Mercedes, Porches y Maseratis que había a las puertas de muchas de las chabolas.

Dóminic circulaba a una velocidad de veinte kilómetros por hora, pero nadie se atrevió a acercarse al coche, tirarle una piedra, escupirle o increparlo. Se limitaban a observar cómo atravesaba las angostas

callejuelas de aquella ratonera, cuchicheando los unos con los otros, sin duda, porque lo habían reconocido. El traidor había regresado a casa.

De las setenta y dos horas que pasó encerrada en aislamiento, fueron las últimas veinticuatro las que se le hicieron más cuesta arriba. Las más lentas, como si el tiempo, mezquino, se hubiera congelado para darle la oportunidad de saborear la amargura de sus propios pensamientos.

Sentada sobre el mugriento colchón de la celda, hecha un ovillo, con la cabeza gacha entre sus rodillas y las piernas flexionadas en un abrazo, las imágenes de los cadáveres calcinados se entremezclaban difusos los unos con los otros.

Obligarse a pensar en otra cosa no le funcionó. Los cálidos ojos de Dóminic y el calor de su cuerpo, aún latente sobre su nívea piel, se habían apoderado de la poca fuerza de voluntad que le quedaba para olvidar su pasado. El muy cabrón había metido el dedo en la llaga e intuía que no había sido idea suya.

La ira y el tormento de saber que se había rendido, por lo que ella sentía como un bien mayor, la consumía.

—Alarick, ¿qué hago? —Suspiró agarrotada.

Había pasado tantas horas en la misma posición que, cuando quiso alzar la cabeza para apoyarla en la pared, la musculatura de su cuerpo, tensa y dura como una piedra, era acribillada sin compasión por diminutas agujas que recorrían cada una de sus extremidades en forma de calambres.

Miró las estalactitas resecas de comida pegadas al techo que la rodeaban. El dolor físico apenas era un calmante para la virulenta amalgama de sentimientos que se agolpaban en su pecho. Pensó en lo que habría hecho su hermano si se hubiese visto involucrado en una situación como la suya. En lo que dirían sus padres al ver la mujer en la que se había convertido.

No consideraba la idea de volver a la Brigada de Homicidios. Tampoco creía que la restituyeran en su puesto como si no hubiese pasado nada. El Ministerio del Interior se limitaría a cerrar su expediente y ocultar el error garrafal que habían cometido al encarcelarla. Como si la inspectora jefe Bryana Reina jamás hubiese

existido.

No obstante, aunque se diese la idílica paradoja de que le ofreciesen volver a su puesto, no estaba preparada para hacerlo. Su estancia en aquel estercolero había cambiado su forma de ver la vida, pero, sobre todo, a las personas. El mal acechaba en cada rincón. Había crímenes para los que una vida de encierro no era suficiente. «Demasiado digna para los monstruos que acechan ahí fuera».

Escuchó unos ligeros pasos tras la puerta. El estridente sonido del cerrojo. «¡Por fin libre!». Sonrió ante la ironía.

—Reina, puedes salir —le dijo una joven funcionaria con rictus sombrío y un libro en la mano.

Se levantó con dificultad. Se estiró. Necesitaba despejarse, salir de allí y ver algo más que cuatro paredes roñosas. «Una ducha», fue lo primero que pensó.

Caminó agarrotada hacia el umbral de la puerta, donde el golpe que la funcionaria le arremetió al estamparle el libro que llevaba en la mano contra el pecho, la paró en seco.

—Tienes visita. —Soltó el libro que Bryana cogió en el aire antes de que resbalara por su cuerpo y se dirigió a la celda de al lado.

—¿Qué es esto?

—Es para ti. —Tiró del cerrojo de la celda contigua—. Lo ha traído la mujer que está esperándote. —Abrió la celda—. Ya le hemos dicho que no recibes a nadie, pero ha insistido en esperar el tiempo que haga falta y en que te hiciéramos llegar ese libro. Dice que es una cuestión de vida o muerte. —Se encogió de hombros.

Bryana observó el ejemplar de aquella novela con el ceño fruncido. Por la imagen de la portada, parecía una novela de temática egipcia.

Los intensos ojos de Dóminic se materializaron sin previo aviso en su mente, pues el color predominante en la portada se asemejaba bastante al dorado hipnótico de su mirada. El cosquilleo que nació en su vientre pronto se extendió por todo su cuerpo erizando el vello de su piel en una delicada caricia.

Abrió la cubierta de la novela, ajena a las recelosas miradas de las reclusas junto con las que había sido enviada a aislamiento tras la

pelea del comedor hacía tres días y que, como ella, habían sido liberadas y atravesaban como reses el pasillo de las celdas de aislamiento en dirección al gallinero.

Se llevó una mano a los labios conteniendo las lágrimas que comenzaban a nublarle la vista. Acarició las letras de la dedicatoria de la primera página de aquella novela.

Disfruta de las maravillas de los dioses egipcios.

Confía en Anubis. No tienes nada que temer.

Él me recibirá, me protegerá, y juntos alcanzaréis una justa venganza.

Que mi oscuridad sea vuestra luz.

Te quiere.

Alessia C.

Alessia. Su querida Cábanno. Su amiga se las había ingeniado para hacerle llegar aquel libro tras su muerte. Unas palabras que llegaban en un momento crucial en su vida, como si desde el más allá estuviera indicándole qué camino tomar.

—¿Le decimos que se marche? —le preguntó la funcionaria volviendo junto a ella tras revisar las celdas.

—¿A quién? —Abrazó el ejemplar de aquella novela contra su pecho.

—A tu visita. La que ha traído el libro. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección al ejemplar que Bryana aferraba como si la vida le fuera en ello.

Dóminic paró el R8 frente a lo que años atrás había sido una pequeña chabola de chatarra cubierta por lonas publicitarias y cartón, que ahora se alzaba como un lujoso chalé de tres plantas rodeado por un extenso terreno verde, árboles y un muro de al menos cuatro metros de alto, con miradores cada dos metros, donde se apostaban corpulentos hombres vestidos de negro con gafas de sol y letales Barret M82: fusiles de gran alcance cuya munición era capaz de atravesar cualquier tipo de blindaje, llegando incluso a derribar

aeronaves.

En la puerta de aquel bastión, frente a él, dos hombres también vestidos de negro con gafas de sol hablaban con un tercero uniformado de la misma manera, salvo por la chaqueta que llevaba colgada al hombro. De espaldas como estaba aquel tercer hombre, Dóminic no podía verle la cara, pero por los tatuajes egipcios que la camisa negra remangada hasta los codos dejaba al descubierto, sabía de quién se trataba. Jackson Bastilla. La mano derecha del Egipcio.

Los dos hombres apostados frente a la puerta alzaron la vista hacia el coche. Jackson se dio la vuelta junto a ellos. Su pétreo semblante fue transformándose de la consternación a la felicidad en cuanto Dóminic puso un pie fuera del coche.

—¿Anubis? —Caminó hacia él con paso decidido y una sonrisa en los labios—. ¡Joder, Dom! —Le tendió la mano y lo atrajo hacia sí para darle un caluroso abrazo que lo sorprendió, pero que devolvió con cariñoso anhelo.

—¿Qué tal, Jackson? —Sonrió.

Había echado de menos a ese cabrón. Apenas había cambiado. Sus pizpiretos ojos verdes seguían irradiando la rebeldía de un risueño niño travieso, pese a sus más de noventa kilos de músculo y su metro noventa de estatura.

—Te veo bien.

—Envejezco con dignidad —le dijo acariciando las puntas despeinadas de su pelo negro, salpicado con alguna que otra cana—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, ¿diez años?

—Trece.

—¡Madre mía! —Pasó un brazo por encima del hombro de Dóminic y lo arrastró hacia la entrada—. El jefe no está. Ha tenido que salir, pero no tardará en volver. —Comprobó la hora en su Rolex Daytona de acero—. Me imagino que vendrás a hablar con él.

—Por lo que veo, el negocio va bien —apuntó al ver el reloj del lugarteniente del Egipcio.

—No podemos quejarnos. —Se encogió de hombros—. Aunque nos iría mucho mejor si la reina de las Amazonas dejase que el jefe se encargara de su parte del negocio hasta que saliera de la prisión en la

que tú la metiste. —Se detuvo frente a la entrada y enarcó una ceja.

—¿No estarás esperando una disculpa?

—Nunca fue santo de tu devoción. —Rio, negando con la cabeza, y recolocó la chaqueta sobre su hombro—. Si te digo la verdad, creo que nos hiciste un gran favor a todos. Por mí, puede pudrirse ahí dentro. Aunque al jefe no le hizo mucha gracia. Ya sabes, los asuntos de familia se arreglan en familia.

—Petrova no es de la familia.

—Ya, bueno… Te guste o no, es tu cuñada. —Dóminic contrajo el gesto en una mueca de doloroso pesar—. Y dime, ¿es cierto que ahora estás en Homicidios?

Dóminic asintió.

Jackson hizo un leve gesto con la mano al hombre de seguridad apostado a su izquierda para que abriera las puertas metálicas de la entrada al jardín que rodeaba la casa.

La gravilla blanca crujió bajo sus pies dándole la bienvenida. Contempló con asombro el magnífico jardín que, como un oasis, confería una frescura sin igual a aquel suburbio.

Unos jadeos llamaron su atención. Miró en rededor buscando la procedencia de los gruñidos y los golpes de la lucha que los precedían. A su derecha había un perfecto campo de adiestramiento con todo tipo de armas para la defensa personal, colocadas a plena vista sobre un lienzo de madera que las exhibía sin ningún tipo de protección. En él, cuatro grupos de dos individuos cada uno se entrenaban cuerpo a cuerpo junto a un campo de tiro situado a su lado.

—¿Y ese cambio? Yo te hacía de jefazo en la UDYCO. —Dóminic no respondió, absorto en el magnífico exterior de la casa—. Tu madre se niega abandonar la Cañada. —Jackson se detuvo en mitad del camino de gravilla blanca que conducía a la puerta principal de la vivienda y miró a dos hombres que entrenaban de manera salvaje bajo el implacable sol de aquella mañana—. Si por ella fuera seguiría en la vieja casa de la entrada. Al jefe le habría gustado asentarse en un lugar más acorde a su actual posición, pero no encontraría jamás un lugar donde poder levantar una mansión que cubriera por completo las necesidades logísticas, de seguridad y armamento que requiere un negocio como este —le explicó con la vista fija en la encarnizada pelea que mantenían dos de sus hombres—. Discúlpame un momento.

—Abandonó el camino de gravilla blanca y atravesó el césped para acercarse hasta ellos.

En cuanto los ocho individuos vieron a Jackson dirigirse hacia allí dejaron de pelear para prestarle atención, rodeándolo en un semicírculo perfecto, hasta que alzaron la vista hacia Dóminic.

—¡Acércate! —Alzó una mano invitándolo a reunirse con ellos antes de sacar el móvil del bolsillo de su pantalón de traje negro y responder una llamada—. Las nuevas generaciones no son lo que éramos antes —le dijo guardándose de nuevo el móvil en el bolsillo cuando Dóminic llegó hasta ellos—. Señores, muchos de ustedes se han preguntado qué hay de cierto en la leyenda de Anubis. Algunos creen que existe; otros, que existió, y los más escépticos que solo es una leyenda. —Miró a todos sus hombres uno por uno—. Bien, pues tienen ante ustedes al hombre que le dio vida a esa leyenda.

Los jóvenes, todos ellos con pantalón de traje y camisa negra que en su mayoría rondaban la treintena, miraron con asombro a Dóminic, salvo uno, en apariencia el más joven, que lo hacía con recelo.

—El traidor.

Escudriñó al joven que, altivo, acababa de referirse a él con el apelativo con el que su propio hermano lo rebautizó, pero con el que nadie hasta la fecha, salvo Ramsés, se había atrevido a dirigirse abiertamente.

—¿Cómo has dicho? —Jackson dio un paso hacia el joven, dejó caer la americana del traje al suelo y lo agarró del cuello con una mano.

El resto de los hombres, que los rodeaban en un semicírculo perfecto, no rompieron la formación. Se cuadraron alzando la cabeza, aún jadeantes, con la mirada puesta al frente.

—Jackson, suéltalo.

Firme y resentida fue la orden que emergió del hombre que, a espaldas de Dóminic, se dirigió a Jackson. El lugarteniente alzó la vista por encima de su hombro. A Dóminic no le hizo falta darse la vuelta para saber de quién se trataba. La autoridad y el odio impreso en aquel bronco timbre de voz fue suficiente para saber que el Egipcio había vuelto.

—Retiraos —le ordenó Jackson a los jóvenes que no habían roto

la formación—. Tú, espérame en el salón. —Soltó al muchacho al que estaba estrangulando con una mano y lo dejó marchar junto a sus compañeros—. Mi señor. —Hizo una reverencia con la cabeza mostrándole respeto al actual líder de la organización. El mismo que siempre ponía de manifiesto cuando sus hombres o el servicio estaban presentes, pese a ser considerado uno más de la familia o hasta que le era imposible mantener las formas.

—¿Qué haces tú aquí? —se dirigió a Dóminic, que seguía dándole la espalda—. ¿Quién lo ha dejado entrar? —le preguntó a Jackson.

—Mi señor, yo…

—Yo le he ordenado a Jackson que lo dejara pasar.

Dóminic había decidido darse la vuelta para enfrentar a su hermano y defender a Jackson, pero se quedó petrificado ante la gloriosa presencia de su madre que, un paso por detrás de Ramsés, había acudido al jardín del brazo de una mujer de mediana edad, morena, con el pelo recogido en un tirante moño bajo, de ojos castaños y piel aceitunada, cuyo uniforme, compuesto por un ajustado vestido de corte ejecutivo color blanco y manoletinas negras, revelaba que era su servicio personal.

—Es tu hermano. —Ramsés se dio la vuelta para mirar a su madre —. Y esta también es su casa.

Ramsés apretó la mandíbula, expiró con brusquedad por la nariz, miró a Dóminic por encima del hombro con el rencor y la venganza crepitando en sus ojos e hizo de sus manos dos puños contenidos antes de abandonar el jardín en dirección a la vivienda.

—¡Jackson! —le gritó cuando llegó al camino de gravilla blanca.

—Mi señora. —Hizo una reverencia, bajó las mangas de su camisa cubriendo los tatuajes, recogió la chaqueta del césped, la sacudió, se la puso y le guiñó un ojo mientras se abotonaba la americana—. Si me disculpa. —Sonrió y caminó a paso ligero tras el Egipcio, que subía los tres escalones que daban al pórtico principal de la casa.

Dóminic miró a su madre, visiblemente emocionado.

—Has tardado demasiado tiempo en volver.

—No he venido para quedarme.

—¿Y cuál es el motivo por el que Anubis ha decidido honrarnos con su presencia?

Capítulo 9

Tras acompañarla a su celda para dejar el libro que Cábanno le había hecho llegar, la funcionaria condujo a Bryana hasta la sala en la que las reclusas recibían las visitas. Una habitación aséptica con mesas cuadradas de acero ancladas al suelo, distribuidas de manera uniforme y rodeada en hileras de tres separadas por cuatro sillas de plástico trasparente, paredes de hormigón con la cara lisa al descubierto, tres ventanas abiertas en la parte más alta de la pared exterior de la habitación, con doble acristalamiento y marcos de aluminio lacado en blanco que dejaban pasar ligeros golpes de brisa veraniega. Una puerta de entrada para las visitas, vigilada por dos funcionarios relajados, y una entrada para las reclusas que comunicaba directamente con un control de seguridad donde se grababan las imágenes de las seis cámaras que colgaban del techo, junto a los halógenos de luz fría que iluminaban la habitación, eran los únicos dos accesos a aquella ratonera.

—No se permite el contacto entre reclusa y visita —le advirtió la funcionaria antes de volver a su puesto.

Desde la puerta, Bryana observó las tres mesas ocupadas, buscando entre ellas una cara familiar que no encontró.

En la mesa situada en la esquina derecha de la sala, junto al acceso para las visitas, un hombre de avanzada edad mantenía ambas manos sobre la mesa, a escasos centímetros de las contenidas manos de una mujer que parecía su hija, mientras hablaban entre cómplices susurros. En la esquina opuesta, junto a ella, una joven muy parecida a la reclusa que visitaba mantenían una animada conversación la una junto a la otra. Y en una de las mesas laterales, cerca de la pared bajo las ventanas, una joven más o menos de su misma edad, morena, con ojos verde esmeralda, mirada de cervatillo asustado, con el pelo largo y rizado recogido en una coleta alta, de piel tostada bajo el sol, con gafas de pasta cuadradas de color negro y un peto vaquero color crema —que resaltaba el moreno de su inmaculada piel— sobre una camiseta de manga corta negra, esperaba sentada observando a Bryana con asombro.

Caminó hacia la joven, que se levantó en cuanto Bryana llego a la altura de la silla que quedaba frente a ella.

—¿Es usted la inspectora Bryana Reina? —le preguntó con voz dulce y aniñada.

Sonrió de medio lado recorriendo el cuerpo de la joven de arriba abajo. «¿Me envías a una de tus conquistas, querida Cábanno? Interesante».

Dulce, delicada como una flor y preciosa. El prototipo de mujer por el que perdía la cabeza y hasta las formas su querida amiga.

«Eres una delicia para la vista, pero ¡qué Dios se apiade del hombre que reclame tu corazón! Tienes demasiado carácter, Bry. A mí me sería imposible mantener una relación contigo. Me gusta llevar la batuta, y a ti no te han enseñado a compartir», le había recriminado Cábanno en alguna que otra ocasión.

Desde luego, aunque bajo aquellas gafas de pasta cuadrada se entreveía una personalidad arrolladora, a aquella pobre criatura le faltaba el carácter que Cábanno decía que le sobraba a Bryana.

—Bryana. Ya no soy la inspectora Reina.

—Ya. Sí, claro. Disculpe. —Se subió las gafas con el dedo índice.

—¿Y tú eres…?

—Verónica. Verónica de Guzmán. —Le tendió una mano que Bryana rechazó sentándose en la silla.

—No está permitido el contacto.

—Disculpe. —Carraspeó—. Lo había olvidado. —Volvió a subirse las gafas con el dedo índice en lo que parecía un tic nervioso antes de tomar asiento frente a Bryana.

—Puedes tutearme.

La joven se quedó mirándola largo y tendido, como si estuviera dibujando sobre el lienzo de sus recuerdos algún tipo de retrato.

—Por si también lo has olvidado, las visitas son de media hora. Y no creo que hayas venido aquí solo para observarme en silencio. —Cruzó las manos sobre la mesa.

—Perdona. —Hizo un mohín de disculpa con los labios—. Es que pensaba… Bueno, yo… te imaginaba más… Menos… Pareces una delincuente.

Sonrió cuando la joven fue capaz de terminar la frase. Se acercó a su rostro, salvando parte de la distancia que las separaba.

—Por si no te has dado cuenta, estamos en una prisión. —Miró de soslayo a su alrededor como si acabara de contarle un secreto inconfesable.

—Ya. Disculpa. Es que… Alessia no para de hablar de ti. —«Oh, oh. Para. Presente. Me da que el cervatillo no lo sabe»—. Y supongo que te imaginaba menos… agresiva. Das un poco de miedo. —Sin tener muy claro si podía tomarse aquello como un cumplido, Bryana sonrió con pesarosa dulzura—. ¿Te han hecho llegar la novela?

—Sí. La tengo en mi celda. Gracias.

—Cuando Alessia me entregó el libro me dijo que era muy importante que te dijera que leyeras con atención la dedicatoria. Yo no la he leído —añadió de manera atropellada con cara de culpabilidad.

—Lo haré. —Su sonrisa se amplió.

Ya lo había hecho, pero no le había prestado demasiada atención al mensaje que su amiga, entre líneas, podría haber ocultado a simple vista.

—También me pidió que te entregara esto si no daba señales de vida o no aparecía por la biblioteca en unos días y…, bueno, han pasado ya casi dos meses desde la última vez que la vi. —Abrió el bolsillo central de su peto, situado a la altura de su pecho, y sacó un folio doblado en cuatro partes que le entregó a Bryana—. En el control me han dicho que podía entregártelo yo misma. Es importante, creo. Y no he querido que te lo hicieran llegar con el libro por si se perdía por el camino.

—¿Dices que Cábanno te pidió que me entregaras esto? —Cogió el papel y comenzó a abrirlo con suma delicadeza.

—¿Quién?

—Alessia.

—¡Ah, sí! Es que yo nunca la llamo por su apellido. Para mí solo es Alessia. —Sonrió.

«¿Y qué demonios hacías en una biblioteca si te daban urticaria los libros?».

—Conozco su apellido por las fichas de consulta. Trabajo en una

modesta biblioteca en un pequeño pueblecito a las afueras de Madrid, en la sierra. No tenemos una gran afluencia de público, pero sí ejemplares únicos sobre ADN y alteraciones genéticas, además de numerosos estudios sobre mutaciones. Uno de nuestros vecinos, el doctor Saavedra, era un erudito en ese campo y, al fallecer, sus herederos decidieron donar sus trabajos y sus libros. No tienen mucha salida —se encogió de hombros—, pero me siento en la obligación de custodiar su legado. Era un buen hombre.

Parecía que, más cómoda ante su presencia, se le había soltado la lengua, pero dejó de escucharla a mitad de la conversación cuando vio el dibujo que había en el papel.

—Un caballo de Troya —susurró y se llevó la mano a los labios.

—Sí. Bueno, más bien, una interpretación. En mis ratos libres, que son bastantes, dibujo. Un día Alessia me pilló dibujando un retrato suyo. —Carraspeó y se movió incómoda en la silla—. Cuando entró preguntando por aquellos libros… Bueno, ella es… —Se sonrojó—. Yo… No es habitual que pregunten por esos ejemplares.

«Es. Presente. No lo sabe. ¿Por qué siempre me toca dar a mí las buenas noticias?».

Alzó la vista. Miró a la joven con dulce comprensión y sonrió. La pelirroja siempre había levantado pasiones. Alessia era una belleza exótica incapaz de pasar desapercibida por su físico y ese atractivo halo de arrolladora sensualidad que la rodeaba.

—Me pidió que le dibujase un caballo de Troya en llamas. Dijo que era para una amiga y que debía guardárselo y entregárselo si desaparecía sin dejar rastro. Me… contó quién es y a qué se dedica. —En aquella ocasión, fue ella quien utilizó el tono de un secreto inconfesable.

Cábanno debía confiar mucho en aquella joven porque nunca le hablaba de su trabajo a uno de sus ligues. «No quiero espantarlas», decía.

—También me habló de ti. De… lo que te sucedió. Me dijo que si no volvía a saber nada de ella era porque algo grave le había sucedido y que solo tú podrías ayudarla.

Miró a aquella joven con pesar antes de volver a fijarse en la preciosa interpretación de un caballo de Troya de madera rodeado de unas llamas que poco a poco iban devorándolo.

—Bryana… ¿Alessia…? ¿Alessia está bien? —le preguntó preocupada—. Han pasado más de dos meses y no he vuelto a saber nada de ella desde la última vez que nos vimos. No me coge el teléfono y no contesta mis wasaps, ni tal siquiera los lee. Es como si se hubiera desvanecido.

Odiaba esa parte. Comunicarle a un familiar o a un allegado la muerte de un ser querido siempre fue lo peor de su trabajo. Y si bien era cierto que las circunstancias habían cambiado, la noticia y el mensajero eran los mismos.

Se levantó de la silla. Tenía que hablar con Dóminic. Volvería a leer la dedicatoria, pero estaba segura de que Cábanno se refería a Dóminic cuando la escribió, porque ella misma sabía que solo un hombre como el inspector Dwayne podía ayudarla a atrapar a ese hijo de puta.

Cábanno había dado con él o, al menos, se había acercado lo suficiente como para que la matara. Había dejado unas pistas como miguitas de pan que solo ella podía seguir para atraparlo, porque el Cremador era uno de los suyos.

Aquel dibujo… Era su dialecto. Un idioma que solo ellas conocían, con el que comenzaron a interactuar en la Academia de policía y que habían mantenido hasta el día de su arresto.

—Bryana. —La joven la agarró por la muñeca—. Alessia. ¿Dónde está? —preguntó visiblemente alterada por el rictus sombrío y la determinación con la que Bryana se había levantado.

—Alessia está muerta.

La joven soltó a Bryana y se dejó caer en la silla con la mirada perdida en algún recuerdo.

Caminó hacia la puerta de acceso para reclusas. Antes de salir echó un último vistazo a Verónica, cuyas lágrimas empapaban su rostro desolado. «Lo siento». No tenía tiempo para pararse a consolar a aquella joven. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

Siguió a su madre hasta la parte trasera de la casa donde la mujer del servicio que había acompañado a Aurora hasta la puerta les había preparado una degustación de diferentes tipos de hummus: el típico de garbanzos, de lentejas, de garbanzos con pimentón, de garbanzos con

aceitunas negras, y cuya nota de color la ponían una pequeña ladera de guacamole junto a unos picatostes en forma de bastoncillo, palitos de zanahoria y apio.

Bajo un majestuoso roble blanco, la misma mujer del servicio le sirvió a su madre un té verde helado mientras que a Dóminic le sirvió una sudorosa Coronita.

Todavía no se había atrevido a abrir la boca desde que Aurora había aparecido en la parte delantera del jardín, y no por falta de anécdotas que contarle o preguntas que solo ella podía contestar con la dulce franqueza que siempre la había caracterizado, más bien porque a tropel, todas las palabras trataban de salir de golpe, atropellándose las unas con las otras e impidiéndole formular una frase coherente.

—Después de tantos años apartado de la familia, ¿no tienes nada que decirle a tu vieja madre? —Movió el té con la cuchara y le dio un sorbo.

—Madre, yo… —Se removió incómodo en el asiento, como cuando de niño lo descubría cometiendo una trastada y no se lo decía hasta la hora de la cena. Con la diferencia de que ahora superaba el metro noventa de estatura y pesaba cerca de los cien kilos de puro músculo—. Lo siento.

—¿Qué sientes, Dóminic?, ¿haber luchado por una vida digna?, ¿haber conseguido salir de esta miserable y lujosa vida de sangre y muerte? ¿Sabes cuántos jóvenes, como los que has visto entrenando, he visto pasar por estos jardines? Algunos ni tan siquiera habían cumplido la mayoría de edad. ¿Sabes cuántas noches me acuesto arropada por el miedo, con la incertidumbre rondando mis sueños, cada vez que tu hermano sale a cerrar un nuevo trato? Al menos sé que si tú mueres, no acabarás en una zanja Dios sabe dónde. Al menos a ti sí sabría dónde ir a llorarte.

—Nunca permitiría que le ocurriese nada a Ramsés.

—Lo sé. Como también sé que vengarías su muerte. Pero estoy cansada, Dóminic. Cansada de luchas de poder, de territorios. Cansada de dormir con el temor a los pies de la cama velando mis sueños. Cansada de esta prisión de oro y joyas. ¡Yo no pedí esto!

—Ramsés no abandonará el negocio.

—No ha querido conocer otra vida. Pero el tiempo corre en mi

contra y no me gustaría morir sabiendo que mis hijos están separados. Tranquilo —se adelantó a decir antes de que Dóminic abriera la boca—, no estoy pidiéndote que dejes tu vida ni tu trabajo. Solo que me prometas que harás todo lo posible por proteger a tu hermano, aunque para ello tengas que encerrarlo.

—Madre, yo… no puedo. No podría arrestar a Ramsés. Por eso abandoné la UDYCO.

—Sé que tenéis un acuerdo que habéis respetado por vuestros lazos de sangre. Sé que has estado velando por él de igual forma que él ha estado velando por ti todos estos años. —Dóminic frunció el ceño—. ¿No creerás que tu hermano desea tu muerte? —A Dóminic no le hizo falta pensar la respuesta demasiado antes de negar con la cabeza—. Tu leyenda sigue viva porque él ha querido mantenerla, y no solo para proteger el negocio… Tu hermano te quiere. Te echa de menos. ¿No podéis firmar una tregua, aunque solo sea por vuestra vieja madre?

—Usted no es vieja. —Sonrió con dulzura.

A pesar de llevar el pelo cano con elegancia recogido en una preciosa cola ladeada y haberle ganado la batalla a las primeras arrugas y las patas de gallo, el brillo dorado de los ojos de su madre cargaba con el peso de unos años imposibles de maquillar.

—Lo intentaré. Pero no parece dispuesto a olvidar el pasado.

—Pamplinas. —Hizo un delicado ademán con la mano, restándole importancia a la observación de su hijo—. Solo nos tiene a nosotros dos.

—Y a Jackson.

—Jackson no eres tú.

—Solo puedo prometerle que, pase lo que pase, Ramsés no acabará en una zanja sin nombre. —Acarició el cuello de la botella de Coronita que sudaba entre sus manos—. En cuanto a padre…

—A tu padre lo asesinaron —lo cortó con rictus sufrido.

—Lo sé. Fui al entierro, pero no podía estar a vuestro lado.

—Fue Alina, ¿verdad? Por eso la encerraste. —Dóminic asintió con pesar—. Siempre lo supe. Esa mujer…

—Debí matarla. Es de las pocas cosas de las que me arrepiento —le reconoció—. ¿Ramsés lo sabe?

—¿Que su mujer ha matado a tu padre? Lo intuye —le respondió tras un breve silencio—. Pero carece de pruebas para declararle la guerra a las Amazonas. Al fin y al cabo, es su familia política y parte del negocio.

—Se cubrió muy bien las espaldas. No dejó ningún cabo suelto.

—Pero al dios de los muertos no se le puede engañar. —Sonrió suspicaz—. ¿Vas a beberte esa cerveza? —Dóminic negó con una sonrisa y le dio la Coronita a su madre—. No se lo digas a tu hermano. —Le guiñó un ojo—. Anda obsesionado con mi salud. Últimamente me aquejan unos dolores de estómago infernales, pero yo creo que es de esta comida. —Lanzó una declaración de guerra con la mirada a la degustación de hummus, guacamole y palitos—. No sé qué tiene de sano todo este revuelto. Un buen jamón con un buen chato de vino es mucho más sano que esta porquería.

—¿Ha ido al médico?

—Esos matasanos dicen que estoy como un roble.

—¿Y Pierre?, ¿sigue trabajando para Ramsés?

—Pierre solo sabe remendar carne abierta y extraer balas. —Hizo un mohín de desagrado con los labios antes de llevarse la cerveza a la boca.

Le quitó la Coronita antes de que el dorado líquido rozara sus arrugados labios.

—Pues en esto estoy de acuerdo con Ramsés. —Sonrió con un halo infantil travieso en el rostro que relajó sus facciones, antes de darle un sorbo—. Tiene que cuidarse.

—¡Cría hijos para esto! —refunfuñó arrellanándose con fingida indignación en la silla de jardín.

—Madre —Dóminic volvió a su talante preocupado—, ¿cree que podría hablar con él? Necesito que me haga un favor.

—Así que ese… es el motivo de tu visita. —Enarcó una ceja antes de alzar la vista hacia uno de los grandes ventanales de la casa—. ¿Estás en problemas? Tu hermano no me ha comentado nada.

—No, tranquila. Solo necesito que me ayude con una reclusa.

—¿Una reclusa? —Sonrió suspicaz. Dóminic miró a su madre con cara de póker mientras le daba un sorbo a la cerveza—. Tiene que ser una mujer muy especial para que el temido Anubis haya decidido enfrentarse a la ira de Osiris.

—No van por ahí los tiros, así que cambie esa cara de alcahueta.

—Ya… ¿Y desde cuándo necesitas tú ayuda para hacer con una mujer lo que te plazca? —Escrutó con sabia atención el rostro de Dóminic que, pese a su gran envergadura, parecía haber encogido en la diminuta silla de jardín—. Es guapa.

—Supongo.

—No era una pregunta. —Sonrió de medio lado—. Es guapa. Es morena. Su mirada, fría como un témpano de hielo, te corta la respiración. Pero tú también has visto la ardiente pasión salvaje que guarda en su interior.

—¿Cómo…?

—Es ella, Dóminic. —Cogió una campanilla que había sobre la mesa, junto a su taza de té, y la hizo sonar—. Tu hermano estará en su despacho. Rosita te acompañará.

Al cabo de unos segundos, como si hubiera estado esperando tras el gran roble, la mujer del servicio que atendía a Aurora apareció junto a ellos. Dóminic se levantó de la silla, no sin antes escudriñar el perspicaz rostro de su madre, y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—No te vayas sin despedirte. Y saluda a Lupe cuando pases por la puerta de su casa antes de marcharte. Esa zagala siempre ha estado enamorada de ti.

—Fue ella quien avisó de mi llegada. —Puso una mano sobre el hombro de su madre cuando se incorporó.

—Tiene perros eficientes. —Acarició la mano de su hijo con la vista fija en el té—. Rosita, por favor, acompaña a mi hijo al despacho del señor.

Capítulo 10

Bryana dobló con meticuloso cuidado y cariño el trozo de papel con el dibujo que le había hecho llegar Cábanno a través de Verónica. Se lo guardó en la cintura del chándal negro donde solía esconder el pincho que se había fabricado con cuchillas de afeitar y el mango de un cepillo de dientes, y que le habían incautado después de atacar a Dóminic. Lo que además le recordó que debía fabricarse uno nuevo.

Caminó por el pasillo que comunicaba la sala de visitas con el gallinero donde algunas reclusas, la mitad de una cuarta parte de las más de cien huéspedes de aquel agujero, se reunían para jugar a las cartas sobre las mesas ancladas al suelo, en las escaleras de acceso a las galerías, que con sus lenguas de acero enrejado lamían el perímetro de la primera planta o simplemente charlaban de pie en corrillos diseminados sin ningún tipo de orden salvo el de los clanes.

Vio cuchicheando a un grupo de cuatro inofensivas heroinómanas que, por lo general, no solían buscar problemas pero que siempre estaban metidas en asuntos turbios debido a su adicción y a lo sencillo que era manipularlas. Cinco japonesas jugaban al mahjong en las escaleras por las que ella solía subir a su celda; un juego de cartas de origen chino en el que las jugadoras obtenían puntos al crear combinaciones apropiadas de cartas. Tríos, escaleras o pares que a menudo provocaban numerosos altercados entre las jugadoras.

«Esa partida no va a terminar bien». Tres latinas hablaban entre ellas sentadas sobre una de las mesas centrales. Vio a dos novatas, de aparente clase social muy distinta, que se cubrían la espalda una a la otra vigilando apoyadas sobre la pared al resto de reclusas del gallinero. «La cárcel y sus extraños compañeros de cama».

Recorrió aquel patio interior con la mirada en busca de Petrova, pero ni Alina ni sus lugartenientes estaban en el gallinero. Alzó la vista hacia la galería de las celdas que había frente a la suya. Allí, en una de las esquinas, vio a Anna, la lugarteniente rusa de Petrova, apoyada sobre la barandilla de espaldas al gallinero, frente a la celda de su jefa.

Subió las escaleras de dos en dos. Atravesó la galería y se metió en la celda de Petrova, donde Helena la frenó en seco apoyando la palma de la mano abierta sobre su pecho.

—¿Adónde te crees que vas?

Anna entró en la celda y junto con Helena sujetaron a Bryana por los brazos y comenzaron a arrastrarla fuera de la celda.

—¿Qué sabes del Cremador? —le preguntó a Petrova que, tumbada en la cama y relajada, leía una revista de prensa rosa.

Comenzó a revolverse provocando que Helena le soltara el brazo para propinarle un puñetazo en las costillas. Se dobló de dolor. Contuvo la respiración un par de segundos. Alzó la cabeza para mirar a Helena con ganas de partirle el cuello antes de que volviera a sujetarle el brazo para arrastrarla con la ayuda de una divertida Anna hacia el exterior de la celda.

—Soltadla. —Alina alzó la cabeza de la revista, la dejó sobre el colchón de la litera superior y se sentó al borde de la cama con las piernas colgando—. Dejadnos a solas.

En esta ocasión a Helena le costó menos acatar la orden, no obstante, por cómo la miró antes de abandonar la celda, Bryana sabía que tenían una cuenta pendiente que, de una u otra manera, la lugarteniente de Petrova se cobraría tarde o temprano.

—Buenos días a ti también. Por lo que veo el aislamiento te ha sentado de maravilla. —Subió las piernas al colchón para cruzarlas como un indio fumando en pipa—. Tus preciosos ojos grises lucen un brillo arrollador. Diría que asesino. —Sonrió—. Muy sexi. —Ronroneó.

—¿Tienes alguna tontería más que añadir?

—Huum… cuánta hostilidad… ¡Me encanta! —Se golpeó con sonora palmada en ambos muslos al unísono—. Está bien. Vayamos directas al grano. ¿Has tenido tiempo de pensar en mi oferta?

—He tenido tiempo de pensar en muchas cosas, y si quieres que te ayude, antes deberás contestar unas cuantas preguntas.

—¿Y desde cuándo crees que pones tú las reglas? —Ladeó la cabeza ligeramente—. Te recuerdo que tu vida pende de un hilo y mi benevolencia. —«Dudo que conozcas el significado de esa palabra», pensó Bryana—. Con tan solo una orden estarás muerta antes de poner un pie fuera de esta celda.

—No lo creo. —Sonrió de medio lado con sorna—. No sé qué es eso tan importante que quieres que haga por ti ahí fuera, pero tiene que ser algo crucial. Algo que ni esas perras que se pasan el día lamiéndote el trasero ni tus contactos pueden hacer. Te has tomado

muchas molestias para mantenerme con vida durante todos estos años, y no ha debido de salirte barato… Un poli en un estercolero como este no dura mucho. Horas. Con suerte, puede que un día. ¿Cuánto te he costado?, ¿un par de miles?, ¿de cientos? —Los rosados labios de Petrova se contrajeron de manera casi inapreciable en un infructuoso intento por contener la rabia—. Han sido cinco largos años, así que…, sí, supongo que… un par de cientos. —Una media sonrisa triunfal asomó en los voluptuosos labios de Bryana—. Sabías que era inocente. Que este día llegaría. Y has estado esperando el momento adecuado para acercarte a mí. En unas horas, unos días, puede que como mucho una semana, me pondrán en libertad. —Hizo una pausa para paladear con orgullo cómo Petrova trataba de mantener la ira bajo control—. Me necesitas. De lo contrario, ya estaría muerta. ¿Me equivoco?

Petrova la miró impasible antes de cubrir su rostro con una cínica y afable sonrisa.

—Tengo que reconocer que eres mucho mejor de lo que me había imaginado. Guapa, inteligente y temeraria. Eres casi perfecta. Será, cuanto menos, divertido. —Volvió a dejar las piernas colgando sobre la cama y apoyó las manos sobre el colchón—. Pero deberías tener cuidado. No se muerde la mano que te da de comer.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres saber?

—El Cremador. ¿Quién es? —Cruzó los brazos bajo su pecho y se apoyó en la pared de la celda, junto a la puerta enrejada, frente a Petrova.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Solo sé que es un hombre de entre cuarenta y cincuenta años. Sé que es de los tuyos, aunque no de tu brigada. Bueno, de la brigada de Dom, porque tú ya no eres poli. —Ladeó la cabeza—. Eres consciente de ello, ¿verdad? Aunque revoquen tu sentencia no podrás volver a ejercer como inspectora de Homicidios. ¿Cómo te sientes al saber que todos tus logros, todo tu esfuerzo, solo servirán para recordarte como la inspectora que acabó entre rejas?

—¿Quién te dio esa información? —Decidió pasar por alto las provocaciones de Petrova, así como la bilis recorriéndole la garganta al confirmar lo que Cábanno le advertía con el dibujo.

Evitar arrancarle la cabeza no fue demasiado difícil. Puede que no volviera a ejercer, pero podía seguir centrándose en interrogar a un

sujeto como cuando era considerada una de las mejores inspectoras de Madrid.

No era la primera vez que un sospechoso trataba de sabotear un interrogatorio instigándola. Contaba con tablas suficientes como para enfrentarse a Petrova en un terreno que dominaba. Pero saber que uno de los suyos estaba cometiendo con total impunidad brutales asesinatos al amparo de una institución que debía proteger a la ciudadanía de sujetos como él, saber que uno de los suyos había matado a Cábanno, le abrasaba las entrañas. Contra la rabia y la impotencia de imaginárselo rondando a su alrededor en los escenarios de aquellos macabros crímenes, recreándose en su obra, burlándose de ella, regodeándose frente a los cuerpos calcinados de sus víctimas. No podía hacer nada por el momento salvo ser paciente y atesorar toda esa ira para cuando se plantara frente a ese engendro de la naturaleza.

—Uno de tus antiguos compañeros, por supuesto.

—¿De Homicidios?

Petrova negó con la cabeza.

—De la UDYCO.

—¿El inspector Dwayne?

—¿Dóminic? —preguntó sorprendida. Rio—. No, querida. Por desgracia, Dom… hace tiempo que se reformó.

Aquella afirmación fue todo un alivio. Y aunque le caló hasta los huesos y quería saber más sobre el posible pasado de Dóminic, le urgía obtener información sobre el Cremador. Debía aprovechar la perturbadora colaboración de Petrova.

Era consciente de que no podía fiarse por completo de la información que estaba proporcionándole, pero no ser policía parecía tener sus ventajas. Que un delincuente la viera como a una igual, en parte, le beneficiaba. Su pasado, desde luego, le pasaría factura en aquel nuevo mundo inexplorado hasta entonces por ella, pero entre alimañas siempre había códigos de honor que si se respetaban podían ser de gran utilidad para el negocio que se traía entre manos.

—Quiero el nombre de ese poli.

—De poco va a servirte. —Alzó la mano para contemplar su perfecta manicura francesa—. Falleció en un fuego cruzado hace tres

meses. Una lástima —miró a Bryana con fingido pesar—, era muy buen activo.

Activos. Así llamaban a los policías que colaboraban con gentuza como ella, porque tan solo eran eso: peones imprescindibles.

Se tomó un par de segundos para observar a Petrova. Quería saber si mentía, pero era imposible descifrarlo en su rostro. Era muy buena camuflando sus sentimientos, si es que semejante ser albergaba algún tipo de disposición emocional de esas características.

—Conoces al inspector Dwayne. ¿De qué?

—Él fue quien me metió aquí. —Se encogió de hombros.

«Te pillé». Bryana sonrió de medio lado. Petrova había desviado la mirada una fracción de segundo antes de tratar de aparentar que, el inspector Dóminic Dwayne, había sido solo el policía que la metió entre rejas.

—Estoy segura de que vuestra relación era mucho más… íntima.

—¿Y eso te molesta?

—En absoluto.

De los profundos ojos azules de Alina emergió un potente haz de luz en forma de destello al que se sumó una escalofriante sonrisa que la hizo dudar sobre si le convenía saber la respuesta.

—El inspector Dwayne es mi cuñado —respondió tras unos segundos que a Bryana se le hicieron eternos.

Su rostro se desencajó sorpresivo. Con los ojos como platos y el rictus de quien recibe un disparo a quemarropa, enmudeció. De todas las razones, de todas las respuestas posibles, esa no se la habría imaginado en la vida.

—No me mires así. —Hizo un ademán con la mano, restándole importancia ante la cara de estupor de Bryana—. Si lo piensas bien tiene su lógica. ¿Por qué crees que era el mejor de la UDYCO? Jugaba con ventaja. Sabe cómo nos movemos. Conoce nuestros puntos calientes. Sabe cómo actuamos. Sabe dónde encontrarnos. Conoce prácticamente a todos nuestros contactos. Este negocio, aunque parezca un universo paralelo, en realidad es muy pequeño. Rivales o no, somos una gran familia. Cuando Dóminic ingresó en el cuerpo

utilizó esos conocimientos para darnos caza. Nos traicionó. Nuestro mejor hombre. El más temido. Ese al que vosotros llamáis… Anubis.

Bryana sintió cómo la celda comenzaba a girar sobre sí misma. Parpadeó negando con la cabeza. «¿Dóminic Dwayne? ¿El inspector Dóminic Dwayne, Anubis? ¿Uno de los narcos españoles más buscados? ¿Uno de los más peligrosos? ¿El más sanguinario? Imposible. No puede ser».

El halo de autoridad que emanaba cada poro del cuerpo de aquel hombre, su seguridad y su físico se encontraban más cerca de un delincuente que de un policía. Pero de ahí a que fuera el coco de los narcos…

—Anubis no es más que una leyenda. El hombre del saco. No existe.

La dulzura con la que Petrova rio provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Bryana.

—Anubis existe, querida. Su nombre es Dóminic Dwayne. Y sus hazañas serán recordadas para siempre. Tanto que, incluso la institución que ahora representa, la misma que te metió entre rejas, sigue manteniendo al dios de los muertos egipcios entre los criminales más buscados del país sin saber que es un soldado entre sus propias filas.

—Si eso fuera verdad, no podría haber ingresado en el cuerpo.

—Solo unos pocos privilegiados conocemos su verdadera identidad. Aquellos que nos criamos junto a él: su familia, sus hombres… Para el resto, como tú bien has dicho, no es más que una leyenda. Nadie le ha visto nunca el rostro y ha vivido para contarlo. Y aquellos que han sobrevivido lo suficiente antes de abandonar este mundo, apenas han podido esbozar una descripción que, más que ayudar, tiene completamente despistada a la policía. Cuando conozcas a mi marido, entenderás por qué.

—No entra dentro de mis planes quedar para tomar el té con el Egipcio. Gracias.

—Una no queda con el Egipcio, es el Egipcio quien va a buscarte. Y te aseguro que serás una de sus prioridades cuando salgas de aquí. —Sonrió regodeándose en su suerte—. La traición de Dóminic hizo que mi marido y mi suegro cortaran cualquier lazo familiar con él. Y mi suegra siempre se había mantenido al margen, hasta ahora. Mi

marido se niega a dejar a su hermano a su merced. En ocasiones, los lazos familiares son un lastre del que uno no puede deshacerse fácilmente.

—No lo dirás por ti. Tengo entendido que mataste a tus propios padres y a tu hermano.

—Iba a heredarlo todo y mis padres no atendían a razones. —Se encogió de hombros.

«Pero por el amor de Dios, ¿tú tienes corazón?».

—¿Por qué no hiciste lo mismo con el inspector Dwayne? Os traicionó. Te metió en prisión. ¿Por qué no lo mataste?

—Porque ese, querida, será tu cometido.

Capítulo 11

Bryana empalideció. «Tú estás chalada», pensó. Por suerte, su cerebro fue más cauto y evitó enviar una orden para que sus labios amplificaran sus pensamientos.

Petrova no solo estaba podrida por dentro, además, había perdido el juicio por completo si creía que podía existir la más remota posibilidad de que matara Dóminic. Que quisiera matar al Cremador con sus propias manos no la convertía en una asesina de tres al cuarto. ¿O sí?

—Dóminic y Ramsés eran unos críos cuando llegaron a la Cañada. Su familia se trasladó a la capital en busca de un futuro mejor. Pero su padre no tardó demasiado en darse cuenta de que quien nace siendo pobre, no muere siendo rico honradamente.

»Los acogimos en el seno de nuestra familia y les enseñamos el negocio. Cómo duplicar, cómo triplicar sus beneficios. Compartimos con ellos nuestros contactos. En cuestión de meses, ambos hermanos mostraron grandes dotes. Cuando su padre cayó en manos del Checo, entró en cólera. Una cruel fiera se apoderó de él. Nunca habíamos visto nada igual. Fue… impresionante.

«Una carnicería, querrás decir…». Bryana conocía el caso. Lo estudió en la Academia cuando se especializó en Homicidios. El sujeto, al que habían identificado como Anubis, el lugarteniente del Egipcio, había decapitado y desmembrado a toda la familia del Checo: padre, madre, hijos. Ninguno inocente. Sobre la familia recaía la sospecha de que se dedicaban a la trata de blancas, pero la imagen de aquellos cuerpos esparcidos por el salón con los platos de la cena aún humeantes sobre la mesa fue difícil de olvidar para muchos y la comidilla entre los estudiantes durante generaciones.

—Ese día nació la leyenda de Anubis, el dios egipcio que te recibía a las puertas de la muerte. La deidad de quien dependía tu futuro. —Alina se recreaba en el recuerdo más hostil del inspector Dwayne con la felicidad iluminando su rostro—. Dóminic tan solo se involucró en el negocio por su familia. Ese es el eslabón débil de Dom, su maldita familia. Una característica que, por desgracia, parece ser hereditaria —escupió entre dientes—. Cuando sus padres y su hermano estuvieron a salvo, con la leyenda de un demonio a quien nadie podía poner cara velando por ellos, se desentendió del negocio. Él debía ser mi marido. —Bryana notó un ligero tono ácido en sus

palabras. Como si las vomitara y la bilis le quemara el esófago—. Él era el elegido. Pero nos traicionó. Decidió meterse a poli. ¿Puedes creértelo? ¡Dóminic, policía! Y no cualquier tipo de poli, tuvo que especializarse en Crimen Organizado.

—Una historia preciosa, pero sigo sin comprender por qué no lo mataste en su momento. Por qué ahora, y por qué yo.

—Los hermanos Dwayne tienen un acuerdo no escrito. Dóminic respeta el territorio de Ramsés, y el Egipcio no mata a su propio hermano, llegando incluso a perder su tiempo, nuestros recursos y nuestro patrimonio en protegerlo. Ese estúpido nunca matará a Dom —divagó en voz alta—. Y la mujer del César, no solo debe serlo, también debe parecerlo. Ahora mismo no puedo encargarme de él por razones obvias. —Alzó los brazos abarcando el espacio de la celda—. Tampoco puedo ponerle precio a su cabeza. Ramsés me descubriría, y aunque no es el mejor de los maridos, me es muy útil por el momento. No puedo permitirme el lujo de prescindir de ese imbécil.

—No quieres que se te involucre con su asesinato.

—Chica lista. —Asintió sonriente.

—¿Y por qué no un clan rival? Podrías deshacerte de toda la cúpula del Egipcio, no solo de Dóminic.

—Me gusta como piensas, pero aunque mi marido y yo no estamos pasando por nuestro mejor momento desde que me encargué de su padre, si es que lo hemos tenido alguna vez —dijo casi como un pensamiento para sí misma—, no sabe que fui yo quien orquestó su ejecución. Tiene sus sospechas, por supuesto, pero nada sólido contra mí. En cambio, Dóminic… Supongo que engañar al dios de los muertos es más complicado. Por eso me envió a prisión, porque me descubrió. —Se encogió de hombros—. Aún no sé cómo, pero si tratase de eliminar a Dóminic, Ramsés terminaría atando cabos y confirmaría lo que ahora es tan solo una sospecha. Me declararía la guerra, y desde prisión no puedo gestionar mis recursos como me gustaría. Acabaría muerta. Ahora mismo mi marido tiene más poder del que sabe gestionar y la muerte no es un color que me favorezca.

—¿Mataste a su padre y solo te encerró? —preguntó sorprendida. «Puede que no sea tan malo. Puede que las leyendas sobre Anubis solo sean eso, leyendas. Además, Cábanno confiaba en él».

—¿Tú me habrías matado? —Sonrió y enarcó una ceja con divertida curiosidad. «Hace cinco años puede que no, ahora…»—. A

mí me sorprendió tanto como a ti. Un error de poli novato, supongo. Dóminic y Ramsés son como animales, y no se puede cambiar el instinto de presa de un animal. —Ladeó la cabeza y esperó unos segundos antes de proseguir para ver si Bryana verbalizaba lo que cualquiera podía leer en sus fríos ojos grises—: Dóminic es un problema para mis planes de futuro. A la vieja le quedan dos telediarios, camina hacia el cadalso sin saber que su vida se apaga lentamente, pero Dom…

—No pienso matarlo. Esa no es mi guerra.

—Tenemos un trato, Bryana. —Bajó de la litera de un salto y caminó hacia ella.

Como si hubiera enviado una orden telequinética a Helena y a Anna, sus dos lugartenientes aparecieron de la nada en la puerta de la celda.

Daba igual la decisión que tomara, moriría de todas formas: si no aceptaba el trato no saldría con vida de esa celda; aceptarlo, al menos, le daría tiempo para encontrar una vía de escape que le permitiera seguir respirando.

—Si mato a Dóminic, el Egipcio le pondrá precio a mi cabeza.

—Si no lo haces, nunca saldrás con vida de este agujero.

Hacía tan solo un par de horas aquella idea no le habría disgustado, pero la muerte de Cábanno lo había cambiado todo. Alessia se las había ingeniado para darle por completo la vuelta a sus planes. Necesitaba salir de allí y, a poder ser, de una sola pieza.

—¿Cómo sabes que no le iré con el cuento al Egipcio en cuanto ponga un pie en la calle? Puedo contarle todo lo que me has dicho. Seguro que sabrá agradecer un servicio de información crucial para su vida.

—Mi querida Helena se encargará de eso en cuanto el Egipcio pague su cuantiosa fianza. —Bryana miró a Perkins por el rabillo del ojo—. Al fin y al cabo, es quien calienta su cama en mi ausencia. —Helena dio un ligero e inapreciable respingo—. Y Anna sale dentro de unos días. Ellas te proporcionarán todo lo que necesites: armas, dinero, telefonía… Todo. Incluso ayuda para matar al Cremador si la necesitaras.

—Y supongo que también vigilarán todos mis movimientos.

—Supones bien. —Sonrió—. ¿Qué me dices? —Le tendió la mano—. ¿Tenemos trato?

—No tengo muchas más alternativas. —Estrechó la mano que Petrova le ofrecía.

—Siempre puedes negarte y morir con dignidad. Puedo organizar una ejecución que honre todos esos galardones con los que te han agasajado durante años pero que, desde que pusiste un pie en este agujero, no te han servido de nada.

—La muerte no es un color que me favorezca. —Le dedicó una sonrisa cargada de cinismo—. Necesitaré tiempo, primero debo encargarme del Cremador. Y, además, no creo que matar a Dóminic sea sencillo.

—No. No lo es, puedo asegurártelo. Pero tú tienes algo con lo que otras tan solo podemos soñar. —Bryana frunció el ceño, confusa—. ¡Oh, vamos! No me dirás que no te has dado cuenta. —Bryana hizo un mohín con los labios, contrariada—. Dóminic te desea. Solo hay que ver cómo te arranca la ropa con la mirada. Nunca lo había visto desnudar de esa manera a una mujer. Y no lo culpo, irradias una salvaje sensualidad difícil de ignorar. —Dio media vuelta en dirección al escritorio que tenía bajo la ventana de la celda, donde guardaba una cafetera Nesspreso—. Eres lista. Estoy segura de que sabrás cómo sacarle partido a eso. —Cogió la taza, se dio la vuelta, apoyó el trasero en el borde del escritorio y le dio un sorbo al café mirando a Bryana con perversa diversión a través de sus generosas pestañas.

Ella también se había dado cuenta de ese pequeño detalle. Y sin querer aceptarlo todavía, en algún momento tendría que reconocer que aquella indómita atracción no era unidireccional. Pero, aunque así fuera, jamás utilizaría un sentimiento como aquel para matar a nadie. Era vil. Rastrero. Puede que muy del gusto de Petrova, pero no del de ella.

—Si me permites un consejo —saboreó el café lamiendo con sensualidad sus carnosos labios—, aprovéchate. Date un homenaje antes de acabar con él. Es muy bueno en la cama. —Le dio otro pequeño y refinado sorbo al café.

Por alguna extraña razón, que se negaba a comprender y que decidió pasar por alto, deducir por sus palabras que formaba parte de lo que suponía una larga lista de escarceos amorosos en la vida de Dóminic fue como recibir un puñetazo. Aguantó estoica la necesidad

de frotarse el pecho a la altura del corazón, allí donde la ponzoñosa flecha de Petrova se le había clavado.

—Será mejor que me vaya —siseó entre dientes.

Al girar sobre sí misma hacia el acceso a la celda, se topó de bruces con Helena, que apretaba la mandíbula desafiándola con la mirada.

—Recuerda nuestro trato. Lo quiero muerto.

«¡Cómo olvidarlo!», pensó alzando la cabeza, aceptando el desafío con el que Helena la provocaba. Pasados unos segundos, en los que le pareció advertir un deje de preocupación en los imperturbables ojos pardos de Helena, esta se hizo a un lado y la dejó pasar.

Salió de la celda de camino hacia la suya. Cuando llegó, cogió el libro que Cábanno le había hecho llegar a través de la joven bibliotecaria. Se sentó sobre la plataforma metálica de la litera de abajo, lo abrió con sumo cuidado y volvió a leer la dedicatoria acariciando cada una de las letras.

Disfruta de las maravillas de los dioses egipcios.

Confía en Anubis. No tienes nada que temer.

Él me recibirá, me protegerá, y juntos alcanzaréis una justa venganza.

Que mi oscuridad sea vuestra luz.

Te quiere.

Alessia C.

«¡Madre de Dios…! ¡Petrova me ha dicho la verdad! Cábanno sabía que Dóminic y Anubis eran la misma persona». Por eso le había hecho llegar un libro de temática egipcia. Ahora, aquellas últimas palabras de su amiga cobraban sentido.

Puede que Cábanno lo descubriera o, tal vez, Dóminic le confió su secreto. Negó con la cabeza para desterrar su última idea. Seguro que Cábanno lo descubrió. ¿Por qué no lo denunció?

Decían que Anubis era un sanguinario a las órdenes del Egipcio, que disfrutaba con el dolor, las súplicas y el sufrimiento de aquellos que osaban atentar contra su clan o que trataban de hacer negocios en

uno de sus territorios. Y Cábanno le pedía que confiara en él. Un resignado suspiro se escapó de entre sus labios. ¿Sabría Dóminic que su amiga lo había desenmascarado? Si fuese así, no la habría matado. ¿O sí? Tal vez Dóminic matase a Cábanno y lo hiciese pasar por uno de los crímenes del Cremador. Volvió a negar con la cabeza. Era una estupidez. Podría haberla matado sin más. Nadie sabía que Dóminic era en realidad Anubis. Y Parker, ¿lo sabría?

Se llevó una mano a la sien. Un gesto de dolor contrajo su rostro. Le dolía la cabeza. Llevaba años sin descansar como era debido. Estaba agotada física y mentalmente.

Acarició de nuevo la dedicatoria. «Venganza». Su amiga sabía que junto al inspector Dwayne atraparía a ese cabrón. Sonrió con pesar. Puede que aquel estercolero hubiera engullido parte de su esencia, pero su intuición parecía haberse mantenido intacta.

Se levantó. Tenía que llamar al inspector Dwayne. Necesitaba hablar con él. No podía consentir que el asesino que le había arruinado la vida siguiese matando. En cuanto a su acuerdo con Petrova, ya se le ocurriría algo.

«Los problemas de uno en uno, Bryana».

Dóminic estaba parado frente a la puerta del despacho de su hermano, situado en la primera planta de aquella lujosa mansión en la que Ramsés no había escatimado en recursos de vigilancia y seguridad.

Antes de llamar a la puerta, miró por tercera vez al agente con el pelo rapado y trajeado de negro que, sentado en una silla, leía un periódico deportivo.

El interior de la vivienda permanecía en silencio salvo por el crujido de las hojas del agente de seguridad cuando las pasaba después de lamerse el dedo corazón.

Escuchó unos pasos firmes al otro lado de la puerta. Jackson lo recibió con una agradable sonrisa.

—Pasa. —Se hizo a un lado y cerró la puerta del despacho.

Tras una majestuosa mesa de roble, Ramsés miraba a Dóminic con la mandíbula tensa, acomodado en una enorme silla de piel color

hueso capaz de abrazar su gigantesca envergadura. En apariencia despreocupado, con un brazo extendido sobre la pulida madera en la que tamborileaba los dedos.

—Teníamos un acuerdo, así que más te vale que tengas un buen motivo para impedir que te corte la cabeza y la deje secar empalada en el jardín.

Dóminic enarcó una ceja y sonrió de medio lado.

—No vengo en calidad de poli, sino de hermano. —Dio un paso por delante de Jackson, que se mantenía en un segundo plano, junto a la puerta.

—¿Hermano? Solo me queda un hermano —respondió entre dientes—. El de mi propia sangre murió hace trece años.

—Ram… Necesito tu ayuda. Sabes que jamás me habría atrevido a venir hasta aquí si no fuese importante.

Ramsés se echó a reír. Se levantó de la silla y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa, apuntalando el peso de su cuerpo sobre la madera.

—Trece años, Dóminic. Trece malditos años han pasado desde que te marchaste sin mirar hacia atrás. Trece años sin saber de ti. Sin preocuparte de madre, de padre, ¡de mí! Aliado con el enemigo. Y, ahora, después de trece años, ¿tienes la poca vergüenza de venir a pedirme ayuda?

—Solo confío en ti.

Ramsés chasqueó la lengua.

—Lástima que yo no pueda decir lo mismo. —Volvió a sentarse—. Si no te he echado a patadas de mi casa es porque madre no me lo perdonaría.

—Jefe, quizá debería escucharlo. —Dio un paso al frente quedando a la altura de Dóminic.

—Cierra la maldita boca. —Dirigió toda su ira hacia Jackson—. Nadie te ha preguntado.

Dóminic atravesó el despacho. Retiró el pesado escritorio arrastrándolo hacia un lado con la misma agilidad con la que se

mueve un patinador por una pista de hielo. Cogió a su hermano por la pechera de la impoluta camisa negra que cubría su torso, la arrugó en un puño y lo alzó hasta ponerlo de pie, quedando ambos a la misma altura.

—¡¿Crees que para mí ha sido fácil?! —gruñó entre dientes a un palmo de su cara.

Ramsés golpeó a Dóminic en el antebrazo, obligándolo a soltarlo. Retrocedió un ligero paso, sacó la pistola del arnés que rodeaba su amplio torso, oculta bajo la chaqueta de la americana gris del traje dos piezas, y le apuntó a la cabeza.

—¿Quién te has creído que eres?

—¡Jefe! Baje el arma. —Jackson dio un paso hacia ambos con el brazo y la palma de la mano reclamando la SIG Sauer con la que Ramsés apuntaba a la cabeza de Dóminic—. ¡Ram, maldita sea! ¡¿Qué crees que estás haciendo?! ¡Es Dom! ¡Baja la puta pistola!

—Jackson, vete —le ordenó Dóminic con apabullante tranquilidad. Dio un paso hacia Ramsés y apoyó la frente sobre el cañón del arma—. Aprieta el gatillo.

Jackson retrocedió un par de pasos hacia la puerta, sin dejar de observarlos.

Ramsés miraba a su hermano con la furia del infierno crepitando en sus dorados ojos, mientras Dóminic, taimado, parecía dispuesto a todo lo necesario para terminar con aquella rencilla familiar que tanto daño les había causado a ambos.

—¡¿Acaso eres sordo?! ¡He dicho que te vayas! —Miró de soslayo a Jackson por encima de su hombro y volvió a apoyar la frente sobre el cañón del arma con el que le apuntaba Ramsés.

Jackson salió del despacho como alma que lleva el diablo y el rostro contraído por la preocupación.

—¿A qué estás esperando? Dispara. —Se incrustó el cañón en la piel—. ¡He dicho que dispares!

Pasados unos segundos, retiró el arma de su frente con un manotazo. Una bala salió disparada para acabar impactando sobre la delicada escultura de Nefertiti que había en uno de los laterales del despacho antes de caer al suelo y hacerse mil pedazos, esparciéndose

por la madera y la alfombra como las diminutas piedras del jardín.

Ramsés miró a su hermano engullido por la ira. Se abalanzó sobre él y le propinó un fuerte derechazo en el pómulo. Le rompió el labio sin que Dóminic pareciera dispuesto a defenderse, lo cual parecía enfurecer más a su hermano que gruñía, gritaba y le propinaba golpes por todo el cuerpo con desesperada rabia. Pero Ramsés no era el único con cuentas pendientes en aquella pelea.

Durante años se sintió culpable por abandonar a su familia para perseguir un sueño, pero también se sintió abandonado por aquellos que lo vieron nacer. Los mismos que trataron de imponerle un estilo de vida que iba en contra de sus principios. Así que, cuando Ramsés le golpeó en el ojo y la sangre nubló su visión, comenzó a defenderse.

Durante algo más de cuarenta minutos ambos se pelearon como dos bestias enjauladas. Destrozaron el despacho, cuyas esculturas, cuadros y muebles dieron cuenta de la virulencia de los enérgicos y despiadados golpes, descontrolados por años de sentimientos reprimidos, que se propinaban el uno al otro en la cara, el pecho, el costado y las piernas.

Dóminic, tumbado en el suelo bocarriba sobre una fina alfombra de color crudo salpicada por la sangre de ambos como si de un mapa de constelaciones ensangrentadas se tratara, le hizo una llave a Ramsés, que había caído de espaldas debajo de él. Rodeó el cuello del Egipcio con un brazo mientras con el otro le inmovilizaba una de las muñecas y con las piernas abrazadas a las de su hermano a la altura de las rodillas, evitaba que se diera la vuelta y comenzara a golpearlo de nuevo.

—¡No tienes ni la más remota idea de lo que fue no poder despedirme de padre! ¡No poder hacer nada para salvarle la vida! ¡No poder consolar a madre durante el funeral! ¡No poder abrazarte a ti! —Dejó de apretar el cuello de Ramsés cuando su hermano paró de forcejear—. ¡Eres mi hermano, maldita sea! —Lo soltó y se tumbó en el suelo bocarriba.

Ramsés se arrastró de rodillas por el suelo hasta el escritorio, que había quedado relegado a una esquina del despacho, pero que, al menos, se sostenía en pie y entero. Descansó la espalda sobre una de las patas de la mesa, flexionó las piernas, apoyó los brazos sobre sus rodillas y agachó la cabeza con la respiración agitada. Dóminic, por el contrario, se mantuvo tumbado en el suelo. Cerró los ojos y apoyó uno de los brazos sobre ellos, tratando de recobrar el aliento.

—¿Viniste al funeral? —le preguntó entre bocanadas de aire sin alzar la cabeza de entre las piernas.

—Tú qué crees —le espetó entre dientes. Retiró el brazo con el que tapaba sus ojos, llevándose consigo parte de la sangre que recorría su rostro.

—No te vi. —De un brusco ademán, se retiró la sangre que le corría por la mejilla del corte en el pómulo que Dóminic le había provocado con uno de sus puñetazos.

—Ni tú ni nadie —le dijo con la vista fija en el ribeteado blanco de la escayola del techo que rodeaba uno de los apliques centrales que iluminaban el despacho—. No podía permitir que me vieran junto a vosotros. Me ha costado mucho llegar a ser quien soy. Había agentes de la UDYCO infiltrados en el funeral como trabajadores del cementerio. Pero era mi padre. Además, no esperaba que me recibieras con los brazos abiertos.

Ramsés hizo un mohín de disgusto con los labios. Dóminic se incorporó entre gruñidos y quedó sentado abrazando sus piernas con la vista fija en la refinada escultura de mármol de Nefertiti que, hecha añicos, se esparcía frente a él.

—¿Qué necesitas? —le preguntó al cabo de un minuto que ambos pasaron en silencio con la mirada perdida.

Ramsés se levantó, abrazándose a sí mismo el costado. Caminó hacia Dóminic y le tendió una mano.

Con un movimiento brusco, Dóminic se retiró con el dorso de la mano el reguero de sangre que le caía por la parte de la sien más cercana a su ojo. Alzó la vista hacia Ramsés y dejó que lo ayudara a levantarse entre gruñidos.

—Hay un asesino en serie suelto en uno de tus territorios. El sector C.

—¿Ahora te dedicas a perseguir asesinos?

—He dejado la UDYCO, aunque un pajarito me ha dicho que ya estabas al tanto.

—Un pajarito con el pico muy largo. —Sonrió suspicaz.

—Puede. —Se encogió de hombros—. Ahora dirijo la Brigada de

Homicidios en ese distrito.

—Y quieres que te ayude a atraparlo.

Dóminic negó con la cabeza.

—Lo que necesito es que me eches una mano con una nueva adquisición. Esto. —Le enseñó la pulsera que rodeaba su muñeca—. Es el receptor de un dispositivo de rastreo —añadió al ver cómo su hermano inspeccionaba lo que aparentaba ser una joya—. Seguro que Jackson puede hacer su magia para modificar la señal. Crear un espejo, ya sabes. Aunque, si sabes algo de ese tipo…

—No mucho. Mis chicos han intentado seguirle la pista. Las ventas de ese sector han caído en picado. Pero el cabrón es listo. Es… como si trabajara desde dentro. —Enarcó la ceja que Dóminic le había partido. Contrajo el rostro en un mohín de dolor y se llevó la mano a la herida—. Sigues teniendo puños de acero.

Dóminic sonrió ladino. Al hacerlo, se llevó la mano al labio partido con un desagradable siseo de dolor.

—Tú también sigues en forma.

Ramsés sonrió de medio lado.

—Y poco te he hecho para lo que merecías. —De nuevo, le tendió la mano que Dóminic aceptó. Lo atrajo hacia él y le dio un caluroso abrazo—. Vuelve con nosotros. —Agarró por los hombros a su hermano para poder mirarlo a los ojos—. Vuelve a casa.

—No puedo. Sabes que este no es mi mundo.

Ramsés soltó un bufido, exasperado.

—Está bien. Al menos prométeme que no volverás a desaparecer.

—Siempre has sabido dónde estaba. Me tenías vigilado.

—Eres mi hermano. Un imbécil, pero mi hermano.

—¿Y vas a ayudar al imbécil de tu hermano? ¿O voy a tener que suplicártelo?

—Me gustaría ver cómo te arrastras pidiéndome ayuda, no voy a negártelo. —Sonrió de medio lado, mordaz—. Pero lo haré sin que tengas la necesidad de caer tan bajo.

—¿A qué precio?

—A ninguno.

—¿Desde cuando eres tan complaciente?

—Eres mi hermano. Además, me interesa ayudarte. Ya sabes, negocios.

—Sabía yo que había algo detrás de tu buena voluntad.

—Los dos salimos ganando, ¿no? —Se encogió de hombros—. Y bien, ¿qué necesitas?

—¿Conoces a la inspectora jefe Bryana Reina?

—Depende. ¿Qué interés tienes en ella? —Miró en rededor buscando el sillón de su despacho.

—Profesional, por supuesto.

Antes de dirigirse hacia la silla, que esperaba volcada junto a la puerta, miró a su hermano de arriba abajo con una traviesa sonrisa en el rostro.

—Profesional, ¿eh? —Caminó hacia la silla.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Que sí, hombre, que sí. —Arrastró la silla hasta donde había estado colocada antes de comenzar a pelearse con Dóminic, al otro extremo del despacho, frente a la puerta—. Sé que era una de las mejores inspectoras del país. —Se apoyó con los codos, con aire despreocupado y las manos entrelazadas sobre el respaldo de la silla —. Una cazadora. Un perro de presa que cuando fijaba objetivo, no había quien le hiciera cesar hasta que lo atrapara. Sé que comparte prisión con Alina.

Dóminic dio un inapreciable respingo cuando Ramsés nombró a la que oficialmente era su mujer y que él había enviado a prisión, pese a que no se apreciaba resquemor en las palabras de su hermano.

—Y que la rubia tiene un especial interés en ella. Pero ya sabes cómo es Alina con los negocios… No los compartiría ni con los de su propia sangre, si quedara alguno con vida. —Caminó hacia el escritorio que Dóminic había arrastrado hasta uno de los laterales del despacho—. Y sé que es inocente —gruñó arrastrando el escritorio frente al sillón—. También dicen que su belleza es comparable tan solo con la de una diosa. Y, aunque mis fuentes son fiables —apoyó las manos sobre el borde lateral del escritorio—, es un dato que con mucho gusto confirmaría por mí mismo. Solo por hacerte el favor,

claro.

—No será necesario. —Apretó los dientes, tensando la mandíbula. Ramsés sonrió con traviesa maldad.

—Tranquilo, shaquiq[2]. —Alzó ambos brazos al aire en señal de divertida rendición antes de buscar el arma entre el huracanado desastre que había azotado el despacho—. Yo ya tengo quien caliente mi cama.

—Deberías deshacerte de Petrova. No es trigo limpio. Y no te merece.

—¿Quién dice que es ella? —Sonrió de medio lado.

—¿Tienes una amante? —preguntó sorprendido.

Ambos miraron hacia la puerta, alertados por los gritos de su madre que, al otro lado, le exigía a Jackson que la dejara pasar.

—¿Cuándo te has vuelto tan remilgado? Hasta donde yo recuerdo, tenías una amante en cada sector, y antes de tu marcha ya contábamos con unos treinta. —Enarcó una ceja.

—Eran amigas.

—¡Sí, claro! —le respondió entre risas—. Y la rubia va a recibir el galardón a la esposa del año.

—Solo era sexo.

—Lo sé. —Se dirigió hacia la puerta con una media sonrisa salpicada de lujuria—. Durante algún tiempo me encargué también de esa parte del negocio. Era agotador. ¿Cómo lo hacías?

—Estás como una cabra. —Le devolvió la sonrisa. Siseó y se llevó la mano al labio partido—. Me preocupa que metas en la cama a una desequilibrada. Sabiendo quién eres, y quién es tu mujer, no sé cómo no ha huido.

—Sabe lo que se hace. —Un travieso brillo dorado tintineó en sus ojos.

Abrió la puerta antes de que su madre la hiciese tirar abajo.

—¡Santa Catalina!

—Estamos bien, madre. —Dóminic acudió junto a su hermano.

—Ya veo que estáis bien. —Hizo un ademán con la mano, restándole importancia a las brechas en el rostro que mostraban sus hijos, así como a los restos de sangre que salpicaban sus ropas—. ¿Os parece bonito cómo habéis dejado este despacho? ¡Será que no tenéis jardín para hacer el bestia! ¡Jackson! —El aludido se asomó tras el hombro de Aurora.

—¿Sí, mi señora? —preguntó aguantándose la risa.

—Trae ahora mismo unas bolsas de basura del jardín, de las grandes, un par de escobas y un recogedor.

—No se preocupe por el desorden, ordenaré que lo recojan de inmediato. —Ramsés apoyó la mano en el marco de la puerta con la clara intención de asomar la cabeza al pasillo para llamar al servicio.

—De eso nada. Vosotros lo habéis dejado así —apartó a Dóminic de un empujón y atravesó el despacho en dirección a la silla tras el escritorio—, vosotros lo recogéis. —Se sentó—. ¡Jackson! ¿A qué estás esperando?

Jackson hizo una reverencia y se marchó entre risas. Dóminic sonrió. Su nueva vida le había proporcionado momentos maravillosos, pero nada podía compararse con el ceño arrugado y las riñas de su madre. Ramsés, por el contrario, soltó un bufido antes de comenzar a recoger los jarrones que habían sobrevivido a la tormenta de los hermanos Dwayne.

Capítulo 12

Plantada frente a la hilera de cabinas telefónicas que colgaban de la pared, con el auricular en la mano, se quedó mirando el teclado metálico sin saber qué números pulsar. El problema no era que no tuviese el teléfono de Dóminic; la congoja que alimentaba su frustración paralizándola frente a las cabinas provenía de un sentimiento más profundo. Cuando se dio cuenta de que no tenía forma directa de contactar con el inspector Dwayne, se percató, además, de que no tenía a nadie a quien llamar. Una apabullante realidad de la que era consciente pero que en aquel instante la golpeó de manera abrumadora.

No tenía a nadie a quien acudir. En los últimos cinco años no se había puesto en contacto con nadie del exterior. Sus padres habían fallecido, su amiga, su hermano… Con la mirada perdida en el brillo metálico de los números del teclado, colgó el auricular. Estaba sola. Volvió sobre sus pasos sumida en su deprimente futuro. ¿Qué iba a hacer cuando saliera de allí? ¿Adónde iría?

Volver a casa de sus padres, a un hogar que había heredado tras su muerte como único familiar directo con vida, suponía un tormento con el que no sabía si estaba preparada para lidiar. «¡Parker!». Se sabía su número, si no lo había cambiado, y seguro que él podía pasarle con Dóminic o darle el recado.

Parker seguro que estaría dispuesto a ayudarla. En realidad, Scott siempre estuvo ahí cuando lo necesitó. Confiaba en él y, aunque seguía sintiéndose traicionada por quien había sido uno de sus grandes apoyos en la Brigada, junto con Cábanno, se limitó a cumplir con su deber. A decir verdad, desde la perspectiva que le otorgó el tiempo y la distancia, Parker no había hecho nada que pudiera reprochársele.

Dio media vuelta con un ligero brillo de ilusión, que hacía años que no tenía, emergiendo en sus perlados ojos. Descolgó el auricular. Marcó el número de su antiguo compañero de Brigada. Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—Vamos… —Se cambió el auricular de oreja—. Vamos… —Alzó la vista por encima de su hombro para vigilar los movimientos de la reclusa que pasaba tras ella, en dirección a la cabina del final del pasillo.

Cuando ya se disponía a colgar, escuchó un carraspeo familiar.

Sonrió con estúpida nostalgia presa de los recuerdos. «Seguro que estaba durmiendo». Puso los ojos en blanco al recordar cuántas veces, en mitad de la noche, lo había despertado para sacarlo de la cama e investigar una corazonada, un rastro o una nueva pista, y cómo Parker se había puesto manos a la obra sin rechistar, después de una buena taza de café, por supuesto.

—¿Sí?

La voz ronca al otro lado de la línea amplió su sonrisa.

—¿Una noche movidita?

—¿Bryana? —El viejo sofá, aquel del que se negaba a deshacerse por tener el honor de contar con un tatuaje de, según él, su fabuloso contorno corporal grabado en cada pliegue de la curtida tela, crujió cuando se incorporó—. ¿Eres tú?

Bryana dejó escapar un suspiro entre sus voluptuosos labios. «Esto va a ser más complicado de lo que creía». Se llevó la mano al pecho en un puño, acorralada por los recuerdos.

—Sí, Parker. Soy yo. —La línea se quedó en completo silencio. El ruido de fondo desapareció. La respiración de Scott se esfumó—. ¿Parker? —Se retiró el auricular del oído y lo miró confusa antes de volver a colocárselo.

—Estoy aquí. Siempre he estado aquí. —Bryana giró sobre sí misma y se apoyó sobre la pared de hormigón, entre el teléfono que estaba utilizando y la cabina contigua. «Lo sé»—. Jefa, yo…

—Te dije que no volvieras a llamarme jefa.

—Lo siento. —Otro silencio, más corto, pero igual de profundo, inundó la línea—. Bryana, lo siento. Soy un cazurro. Un imbécil que no merece la placa. Un incompetente. Un tarugo. Un miserable.

—Parker…

—Por favor, grítame. Machácame el trasero como el día que nos conocimos. —Bryana sonrió con la vista fija en el velcro de sus deportivas blancas y la mente anclada en el recuerdo de la soberana paliza que le dio en el gimnasio el primer día—. Prefiero vivir el resto de mi miserable vida teniendo que sentarme en un flotador con cabeza de unicornio que vivir sin tu perdón. —Ahogó una ligera risotada al recordar el colorido flotador con cabeza de unicornio que Cábanno le

regaló al día siguiente de que Bryana le demostrara que su fama, el puesto y el cargo se los había ganado a pulso—. Sé que no lo merezco, que lo que te hice fue imperdonable, pero déjame por lo menos arrastrarme para…

—No es necesario —lo cortó—. Hiciste lo que tenías que hacer —le reconoció—. No eres ningún incompetente. Te engañaron, como a todos. Tú me llevaste al estrado, pero tú no me condenaste. Además, no fuiste el único que llevó la investigación. —«Pero sí el único que se ha disculpado»—. Todos somos culpables. Incluida yo.

De nuevo, un silencio sepulcral se apoderó de la línea hasta que un remilgado y lejano sollozo rompió el mutismo.

—Entonces, ¿eso significa que tengo una oportunidad para enmendar mi error? —preguntó con la voz entrecortada.

El corazón de Bryana se encogió hasta casi desaparecer de su pecho.

Parker no era como ese tipo de hombres que pensaban que las lágrimas estaban reservadas solo para las mujeres y que los sentimientos eran una mariconada. Evitaba llorar en público, pero era un hombre muy sentido, cariñoso y empático. Era muy fácil emocionarlo, aunque Bryana solo lo había visto llorar en contadas ocasiones. Una de ellas, cuando su mujer lo abandonó por un monitor de gimnasio sin advertir ninguna señal de divorcio. Él era investigador. Tenía que haberse dado cuenta, o al menos, eso se repetía cuando hablaban sobre su divorcio. Pero Bryana siempre le decía que aquello que tenemos más cerca es precisamente en lo que menos nos fijamos.

—No lo sé. Yo…

Parker estaba pidiendo una segunda oportunidad. La vida le daba a ella una segunda oportunidad. ¿Acaso su antiguo compañero y amigo no la merecía?

Soltó el aire de manera abrupta, acongojada por unos sentimientos que creía haber repudiado de su corazón hacía ya cinco años, pero que, al parecer, guardaba latentes bajo una coraza que estaba al límite de su capacidad.

—Me basta. La semilla de la duda, con el tiempo, puede ofrecer unos preciosos frutos que inviten al perdón.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan profundo?

—Con Dóminic al mando alguien tiene que encargarse de la parte poética de la relación.

Rio, segura de que ambos harían un buen y pintoresco binomio. Se sorprendió. ¿Cuánto tiempo hacía que no reía?, ¿que no sonreía? ¿Meses? No. Años.

—Solo espero que sigas confiando en mí. Sé que, para ti, la confianza es la base de todas tus relaciones.

Bryana sonrió con dulce agradecimiento. Por primera vez en cinco años, después de luchar en una guerra contra sí misma que parecía no tener fin, en el oscuro horizonte de su existencia, un poderoso haz de luz se abría paso entre sentimientos desangrados, indicándole el camino de vuelta a casa.

Dóminic volvía a la prisión tras recibir la esperanzadora llamada de Parker que, eufórico, le contó que Bryana se había puesto en contacto con él desde el centro penitenciario y le había dicho que necesitaba verlo.

Arreglada su nefasta relación familiar, habiéndose puesto los vaqueros y la camiseta negra, que Jackson había tenido a bien prestarle, y entusiasmado por el incipiente buen camino que había tomado la relación con su hermano, conducía a la prisión en el mismo estado de calma que el ojo de un huracán.

Con movimientos repetitivos, cortos y continuos, apretaba las manos sobre el cuero del volante para después volver a relajar los brazos.

Se había asegurado de preguntar qué palabras había utilizado exactamente la inspectora Reina para requerir su presencia en prisión y, al parecer, Bryana había dicho que necesitaba verlo; no había dicho que quisiera verlo. Había una gran diferencia entre ambos conceptos. Y tras las reveladoras palabras de Ramsés, que también desconfiaba del repentino interés que Petrova mostraba hacia Bryana, Dóminic estaba preocupado. Necesitaba sacarla de allí cuanto antes.

Que una mujer como Petrova, sin escrúpulos, sin moral, sin remordimientos ni conciencia, estuviera interesada en una mujer como la inspectora Reina para otro cometido que no fuera matarla, no

auguraba nada bueno.

Necesitaba verla. Saber que estaba bien. Le urgía sacarla de aquel agujero cuanto antes por su propio bien, por el de la investigación y por el de la propia inspectora. Así que, haciendo caso omiso a la escala de mandos y los tiempos de espera habituales, antes de salir de la Cañada llamó directamente al juez para proponerle un trato al que el magistrado no pudo resistirse.

Había vuelto a cargar con una piedra, más la pesada mochila de su pasado, pero Alina quería a Bryana y él no iba a consentirlo.

Comprobó la hora en la consola central. Aceleró. El motor del Audi rugió. En menos de veinte minutos estaría de nuevo cara a cara con la única mujer que había conseguido robarle el sueño y, esta vez, no pensaba marcharse de allí sin ella.

Bryana esperaba sentada con aire desenfadado en la silla tras la mesa que había frente a la puerta de la sala de interrogatorios del centro penitenciario.

Habían transcurrido más de dos horas desde que había hablado con Parker hasta que un funcionario, con una amabilidad inaudita hasta la fecha, fue a buscarla a su celda y le comunicó que el inspector Dwayne se dirigía hacia allí.

El tiempo en prisión pasaba de manera relativa. Resopló. Todo era mucho más lento. Los días eran más largos. Las horas se hacían interminables. Tamborileó con los dedos sobre la pulida mesa de acero mirando hacia la puerta con el otro brazo apoyado sobre el respaldo de la silla.

Justo en el momento en el que había decidido levantarse, cansada de esperar, Dóminic abrió la puerta de la sala de interrogatorios con una bolsa de basura en la mano mientras se masajeaba el costado con la otra mano en un abrazo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, más preocupada de lo que pretendía, al ver la sangre reseca del labio y la ceja que le habían partido.

Se asombró de su propia inquietud. Siendo Dóminic quien se suponía que era realmente, su seguridad no debía importarle lo más mínimo. Pero la realidad era bien distinta, pues no solo le preocupaba,

además, le enfurecía sobremanera que le hicieran daño sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Era lógico y surrealista teniendo en cuenta que ella misma podía correr peligro si el inspector Dwayne se enteraba de que estaba al tanto de su verdadera identidad.

Dóminic inspiró con solemne calma cuando sus miradas se cruzaron. «La mato», pensó al sospechar que Petrova podría estar detrás de los cortes y el ligero dolor que, pese al incomprensible alivio que mostró al verla, desfiguraban su precioso rostro.

—Vístete. —Tiró la bolsa de plástico sobre la mesa desde la puerta—. Nos vamos.

Frunció el ceño. Se incorporó como un resorte cuando Dóminic se disponía a abandonar la sala de interrogatorios.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde vamos? No pienso ir contigo a ningún sitio hasta que no me digas qué demonios te ha pasado o me cuentes en qué lío te has metido.

Dóminic sonrió de medio lado acariciando con la mirada su cuerpo.

—Date prisa. No me gusta este lugar.

—Quítate la camiseta —le ordenó cuando Dóminic estaba ya saliendo por la puerta. Se dio media vuelta y la miró confuso. Bryana rodeó la mesa y caminó hacia él dispuesta a quitarle la camiseta ella misma si era necesario—. Quítatela. —Agarró la parte baja de la tela negra que cubría el hercúleo torso del inspector.

«Dios santo…». La tez aceitunada de Dóminic disimulaba a la perfección las marcas de unos nudillos que, como un collar de perlas surcaban su rostro y que la corta distancia que ahora los separaba hacía visibles.

Era un hombre con la envergadura de un titán. Quien le hubiera hecho aquellas marcas en el rostro, que Bryana estaba segura que también recorrerían su cuerpo por cómo se acariciaba el costado, debía ser un auténtico animal. «Tú no has tenido un mal interrogatorio, cariño».

Dóminic sujetó la muñeca de Bryana con una mano mientras con la otra volvía a acariciarse el costado.

—Estoy bien.

Un lujurioso y esperanzador velo envolvió los hipnóticos ojos de Dóminic cuando las yemas de sus dedos acariciaron su firme y cincelado vientre.

—Estás herido —le susurró anhelante.

Soltó la camiseta y recorrió la sangre reseca del labio con los dedos. Tenía unos labios suaves, esponjosos.

Dóminic los entreabrió para dejar escapar un gruñido. Bryana se estremeció. Durante un instante ambos quedaron absortos, perdidos en la apabullante necesidad, en la mirada del otro, en un ardiente deseo insatisfecho.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó en un hilo de voz apenas audible.

«Porque pienso despellejarla viva». Dóminic cerró los ojos acunando el rostro de Bryana entre sus manos.

—¿Alniyl Kuynu? —se preguntó en un suspiro.

Apoyó la frente sobre la de ella e inspiró con tranquilidad. Tal vez cansado, puede que agradecido; Bryana no estaba segura, pero la paz y la serenidad que irradiaba era envolvente y muy frustrante.

Era muy difícil descifrar las inquietudes de un hombre que apenas conocía cuando cada célula de su cuerpo ardía en deseos de acariciar aquellas heridas con un consuelo apasionado.

—Estoy bien.

Hizo un mohín de disgusto con los labios y frunció el ceño. Molesta, dio media vuelta y se alejó de él en dirección a la mesa, convencida de que Petrova o su oscuro pasado habían tenido algo que ver con el incidente que había provocado las marcas que comenzaban a dibujarse en su perfecto rostro, la brecha de la ceja, el corte del labio y el dolor del costado.

¿Por qué se lo ocultaba? ¿Cómo iba a desvelarle sus verdaderas intenciones? No podía confesarle que ella no quería entregar al Cremador a la justicia, que lo que quería era matarlo. ¿Cómo contarle lo que Petrova le pedía que hiciera? ¿Cómo alertarlo del peligro? No podría protegerlo si él no se dejaba ayudar. ¿Y si se veían envueltos en un tiroteo? No se atrevía a poner su vida en manos de un hombre en el que no sabía si podía confiar.

Cogió la bolsa enérgicamente y caminó de nuevo hacia la puerta en la que Dóminic, desconcertado, le impedía el paso, interponiendo su colosal cuerpo bajo el umbral.

—¿Adónde vas?

—Contigo ni a la vuelta de la esquina.

—O sales de este agujero conmigo o no sales, ese es el trato. Y no me ha sido fácil convencer al juez dado tu historial.

—Lo que me extraña es que te haya recibido de esa guisa. —Trató de esquivarlo, pero Dóminic apoyó la mano en el marco de la puerta —. No pretenderás que ponga mi vida en tus manos, cuando está claro que apenas eres capaz de cuidarte a ti mismo.

—Cámbiate de ropa de una maldita vez. —Tensó la mandíbula y salió con un portazo que se la habría llevado por delante de no haber dado un paso hacia atrás.

Se quedó mirando la puerta a través de dos finas líneas grises. «Imbécil». Al otro lado, en el pasillo, Dóminic recogió otra bolsa de basura que un funcionario le entregó con las pertenencias que Bryana tenía en la celda. La abrió y echó un vistazo a su interior.

—¿Esto es todo?

—El otro día destrozó su celda —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo?

—Hará… una semana más o menos. El día que vino a verla con su compañero.

Dóminic miró con preocupación por encima de su hombro hacia la puerta de la sala de interrogatorios en la que se encontraba Bryana.

—Gracias.

Volvió a abrir la bolsa cuando el funcionario dio media vuelta para dejarlo a solas en el pasillo. Sacó el libro y ojeó la portada. Sonrió irónico al comprobar que se trataba de una novela de temática egipcia. Volvió a comprobar el interior de la bolsa. Nada. Se apoyó en la pared blanca del pasillo, junto a la puerta de la sala de interrogatorios, y le echó un vistazo por encima a la sinopsis. Se

acarició el costado. Introdujo el libro en la bolsa. Se levantó la camiseta y observó las verdosas marcas, teñidas de una sombra amarillo parduzco que recorría la cara externa de sus costillas a media altura. Acarició con la yema de los dedos la zona más oscurecida y sonrió melancólico. Ramsés seguía siendo de los pocos contrincantes con los que no necesitaba medir su fuerza.

—¡Madre del amor hermoso! —Dóminic alzó la vista y miró a la sigilosa funcionaria con ojos saltones que, por lo general, solía atenderlo en el control de accesos de la entrada—. ¿Qué te ha ocurrido? Estás hecho un cristo. —Se acercó e inspeccionó con total confianza el morado.

Justo en el instante en el que la funcionaria, con total libertad, acariciaba el costado de Dóminic, Bryana salió de la sala de interrogatorios con la ropa con la que había ingresado en prisión cinco años atrás: unos vaqueros negros ajustados, unas botas de media caña marrones sin tacón, una camiseta de tirantes amarilla, una cazadora de piel negra en la mano y su larga mata de pelo negro cubriéndole la espalda como las alas de un precioso cuervo.

Capítulo 13

Cerró la puerta de la sala de interrogatorios con un sonoro portazo. Dóminic se bajó la camiseta con rápidos y torpes movimientos, atrapando la mano de la funcionaria bajo la tela, a la altura del comienzo de sus vaqueros que, obnubilada por el espécimen que alegremente estaba manoseando, tardó unos segundos en dejar de acariciar.

—¿Interrumpo? —les preguntó entre dientes.

La funcionaria escrutó el llameante rostro de Bryana con un deje de autoridad cubierto por un pesado velo de superioridad.

—Toma. Ya están activadas. —Le tendió a Dóminic un par de pulseras de acero, una negra y una plateada, mostrando total indiferencia hacia Bryana—. Espero volver a verte pronto. —Sonrió, mordiéndose el labio inferior.

Miró a Bryana de arriba abajo como el que mira a una cucaracha recién aplastada y se marchó contoneando su enorme trasero por el pasillo.

—Dame tu mano. —Cogió el brazo de Bryana por encima de la muñeca con suavidad y una petulante y divertida sonrisa en los labios.

—No sé qué te hace tanta gracia. —De un brusco ademán se soltó y cruzó los brazos bajo el pecho.

—Dímelo tú. —Ladeó la cabeza y sonrió de medio lado, socarrón.

—¿Nunca te han dicho que tienes un tortazo en la cara con toda la mano abierta?

Dóminic se llevó la mano al pecho con una fingida indignación antes de inundar el pasillo con la alegre y dulce melodía de su risa.

El ceño fruncido de Bryana se relajó en una inusual y bobalicona mueca.

—Supongo que me lo han dicho las mismas veces que a ti lo bien que te sientan los celos.

«¿Perdón?». Dóminic se puso la pulsera metálica de color negro guiñándole un ojo. Bryana soltó un bufido exasperado. Negó con la cabeza y pasó por su lado en dirección a la salida. «¿Celos? ¿Yo? Por

querer arrancarle la cabeza a… ¡Mierda! Estoy celosa».

—Tengo que ponerte esto. —Con suavidad, sujetó a Bryana por el codo enseñándole la pulsera de acero que tenía en la mano junto a la bolsa.

—¿Qué es esto?

Dóminic colocó la pulsera alrededor de su muñeca.

—Un dispositivo de rastreo y localización. —El alegre tono de su voz se apagó en consonancia con la tensión que reflejaba su rostro—. Inmoviliza al sujeto que lo porta si se aleja más de un kilómetro del receptor. —Alzó la muñeca en la que se había colocado la pulsera negra—. Si intentas escapar, recibirás una descarga eléctrica como para paralizar a un elefante.

«No puedes estar hablando en serio. Dejas que esa… chihuahua te manosee a su gusto y a mí me pones una pulsera eléctrica».

No conocía aquel tipo de dispositivos y, en el fondo, intuía que formaría parte del procedimiento habitual. Salía bajo custodia, no en libertad. Pero no pudo evitar sentirse dolida, como tampoco pudo evitar que Dóminic viera el dolor surcando su rostro.

—También… me han entregado esto. —Le tendió la bolsa con el libro—. Son tus enseres personales. Los que tenías en la celda.

—Gracias —le susurró.

Cogió la bolsa. No necesitaba abrirla, ya que los últimos cinco años de su vida se resumían en un libro y el dibujo de un caballo de Troya que atesoraba en el bolsillo trasero de su pantalón y del que no se había desprendido desde que Verónica se lo entregó.

—Te… apetece… —Se acarició la cresta. Bryana ladeó la cabeza y miró a Dóminic a través de sus tupidas pestañas negras. «¿Qué te pasa, inspector Dwayne?». Sonrió. «¿Estás nervioso?»—. ¿Quieres…? ¿Necesitas ir a algún sitio concreto? —«A casa. Si tuviera una en la que los recuerdos no doliesen», pensó con la tristeza amenazando con precipitarse en forma de lágrimas en sus ojos—. Visitar a alguien…

—No puedo alejarme de ti demasiado. —Alzó la muñeca y la movió dejando que el acero plateado se escurriera sobre su piel como un hula hoop.

—Puedo acompañarte adonde quieras y mantener cierta distancia si necesitas privacidad. —Se encogió de hombros, movimiento que aprovechó para guardar las manos en los bolsillos.

—Mis padres fallecieron poco después de que ingresara en prisión, mi amiga ha sido asesinada, mi hermano está muerto, y el resto de mis compañeros, mis amigos y los que fueron mis subordinados piensan que soy una asesina en serie. —Comenzó a caminar hacia la salida—. Creo que lo mejor será que acabemos con esto cuanto antes para que cada cual pueda seguir con su vida.

—Es una lástima que eso no vaya a poder ser. —Alcanzó su paso en un par de zancadas. Caminó junto a ella por el pasillo, acariciándose el costado—. No puedo dejarte marchar ahora que te he encontrado. —Se adelantó un par de pasos y abrió la puerta que conducía al vestíbulo donde estaba el control de vigilancia principal que separaba la zona de accesos del gallinero.

Bryana recorrió el cuerpo de Dóminic de pies a cabeza. Cuando llegó a sus dorados ojos una sensual descarga eléctrica erizó su piel enmarcando sus diminutos pezones bajo la camiseta de tirantes.

Iba a ser complicado alejarse de él teniendo en cuenta lo que era capaz de hacerle sentir sin tan siquiera rozarla, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Hasta que no encontrara una solución a su pequeño problema con Petrova, debería permanecer lejos de Dóminic. Chasqueó la lengua.

—No estás acostumbrado a que te digan que no, ¿verdad?

—No es lo habitual. —Se encogió de hombros antes de acercar sus labios a escasos centímetros de los de Bryana—. Y tú no vas a ser la primera. Me perteneces —le susurró. Miró con anhelo el labio inferior que Bryana se mordía con sensual contención—. Tu cuerpo no miente. Será divertido ver cuánto tardas en sucumbir a mis encantos. —Sonrió con petulancia. Se alejó e hizo un ademán con el brazo, instándola a cruzar el umbral de la puerta.

Bryana apretó la mandíbula. Pasó por su lado en dirección al control, desafiándolo con sus preciosos y vibrantes ojos grises.

Iba a ser todo un reto mantenerse alejada de aquella tentación, más cuando su custodia pertenecía al inspector. Y, en vista de las condiciones en las cuales saldría de aquel agujero, no podía permitirse el lujo de poner tierra de por medio hasta que no resolvieran los crímenes del Cremador. Un kilómetro de distancia podía parecer

mucho, pero temía que no fuera suficiente para mantener a raya el irrefrenable y ardiente deseo que aquel hombre despertaba en cada célula de su cuerpo.

Dóminic era consciente del influjo que ejercía sobre ella y, por el momento, tan solo su orgullo mantenía sus manos y sus labios alejados de ese cuerpo creado para deleitar los más oscuros y deliciosos placeres. Porque esa primigenia reacción de su cuerpo tan solo podía deberse a la nefasta combinación de la abstinencia y la necesidad. Solo era sexo. Nada más. «Puede que si solucionamos esa parte… ¡No!», pensó consciente de que ese cuerpo debía ser como una droga para la que no había centros de desintoxicación.

Caminó tras él hasta el control principal, al otro lado del vestíbulo. Dóminic se apoyó sobre el mostrador con aire desenfadado antes de hacer alarde de todos sus encantos frente a la pechugona funcionaria que, hasta que Dóminic apareció en su concentrado campo de visión, vigilaba las cámaras que daban a las celdas y al gallinero, así como al patio exterior.

Embaucó por completo a la mujer con sus aires de galán y el meloso tono de su voz. Un timbre de voz firme, autoritario y muy sensual. Bryana puso los ojos en blanco al ver el bochornoso comportamiento de la mujer a la que le entraron ganas de limpiarle la babilla. «Espero no parecer tan patética».

Alzó la vista por encima del mostrador, más allá de los barrotes que separaban el gallinero del vestíbulo buscando a Petrova, a Anna o a Helena.

No vio a Petrova. Tampoco Anna merodeaba entre las reclusas que jugaban a las cartas o que hablaban en corrillos, pero Helena, desde la pasarela central que unía las dos galerías que rodeaban el gallinero como una corrala, comía pipas escupiendo las cáscaras hacia el patio interior sin perderlos de vista con lo que a Bryana le pareció una brizna de temor en los ojos que, al saberse descubierta, pronto adquirió el oscuro tono de la venganza antes de erguirse y desaparecer de su vista.

Bryana frunció el ceño.

—Pues esto ya está. —Dóminic repasó los papeles que había firmado y se dio la vuelta hacia Bryana—. ¿Va todo bien? —le preguntó dirigiendo la mirada hacia donde lo hacía ella.

—Perfectamente —le respondió con fingida alegría.

—Será mejor que nos vayamos. —Rodeó su cintura con el brazo y se dirigió hacia la salida que había tras ella—. No soporto este sitio.

—No entiendo por qué. —Se alejó lo suficiente como para no sentir su contacto, pero sí el calor latente que acariciaba su cuerpo y que Dóminic desprendía—. La mitad del personal parece encantado con tu presencia.

Dóminic sonrió mordaz, pero no dijo nada. Se limitó a conducir a Bryana por el laberinto de pasillos blancos y puntuales macetas con señoriales ficus que ponían la nota de color a unos cuidados pasillos, por lo general, reservados para las visitas y los agentes que accedían al centro.

Recorrieron aquel impoluto laberinto en silencio, acompañados por el repiqueteo de los firmes y contenidos pasos de Bryana que, hasta ese momento, no había sido consciente de sus ansias por salir de allí.

Quería correr, gritar eufórica, pero no era una buena idea, así que mantuvo aquel arrollador cúmulo de sentimientos tras una huidiza sonrisa que, sin saberlo, se veía reflejada en el rostro de Dóminic quien, de soslayo, no había perdido detalle de sus movimientos.

A través de los cristales de la última puerta enmarcada en acero, Bryana contempló los campos de cultivo en barbecho que rodeaban la entrada aquel estercolero sin el impertinente muro de hormigón armado de más de diez metros de altura que, durante los últimos cinco años, le habían negado aquel yermo y maravilloso paraje.

Dóminic abrió la última puerta. La suave brisa veraniega acarició el rostro de Bryana. Cerró los ojos y salió, dejándose embriagar por el olor a polvo y el canto de las cigarras. Sonrió. Echó la cabeza hacia atrás con los ojos aún cerrados. Dejó caer la chaqueta de cuero al suelo. Extendió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma frente a la entrada principal del centro penitenciario. Hasta los rayos del sol se sentían diferentes. Más intensos. Más cálidos. Más… brillantes.

Dóminic se apoyó con el hombro sobre la puerta abierta. Cruzó los brazos sobre su hercúleo pecho y contempló absorto el brillo de la larga mata de pelo de Bryana que, como un diamante, reflejaba la luz del espléndido atardecer.

Las facciones de su rostro habían perdido parte de la dureza presidiaria. Su sonrisa era alegre. Juvenil. Irradiaba felicidad por todos los poros de su hermoso cuerpo.

Dóminic la observaba. Lo sabía. Podía sentirlo recorriendo cada centímetro de su piel. Abrió los ojos y contuvo la respiración. Bajo aquella luz, los dorados ojos del inspector nada tenían que envidiarle al sol. Su piel aceitunada brillaba como las dunas del Sahara. Cuando sus miradas se cruzaron, supo que estaba perdida. Dóminic sonrió de medio lado con una maldad traviesa. Lo sabía. El muy condenado lo sabía.

Llegaron hasta el coche que Dóminic tenía aparcado en una de las plazas reservadas para las visitas oficiales.

Se quedó mirando el R8 negro mate. Un inspector jefe no tenía un sueldo tan sustancioso como para permitirse comprar un coche de semejantes características, al alcance de economías más solventes, a no ser que el inspector Dwayne obtuviera algún tipo de ingreso extra que le permitiera vivir por encima del nivel económico de un funcionario de su categoría.

—Bonito coche —señaló, intuyendo que evitaría contestar una pregunta directa sobre sus ingresos—. Esta preciosidad debe costar una fortuna. —Se acercó a la puerta del copiloto y acarició la maneta.

—Nuevo, sí.

—¿Es de segunda mano?

—Más o menos. Lo compré en una subasta. —Acarició el techo del vehículo como si fuera un gato.

Bryana prestó especial atención al tono de su voz. O tenía la respuesta muy interiorizada o decía la verdad. También se fijó en su rostro, que ni se contrajo ni se sorprendió.

El cuerpo intervenía vehículos, joyas, embarcaciones, bienes e inmuebles de todo tipo casi a diario que, tras los juicios, salían a subasta. Eran muchos los policías que aprovechaban esas gangas para comprar aquello que su mediocre sueldo no les permitía adquirir de otra manera, por lo que la explicación de Dóminic era plausible.

Se metió en el coche y se giró para comprobar si podía dejar la chaqueta de cuero sobre los asientos traseros. Dos carpetas situadas tras el del piloto, de solapas blancas y el logotipo de la policía, llamaron su atención.

—Son los informes de los últimos casos.

—¿Los llevas en el coche? —Dejó la chaqueta doblada junto a las carpetas.

—No he pasado por la Brigada desde nuestro último encuentro. —Se encogió de hombros, excusándose.

—¿Puedo?

—Claro, inspectora. —Cogió las carpetas y se las entregó.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Ya no era inspectora. «¿Qué eres ahora, Bryana?».

—No vuelvas a llamarme así —le dijo en un tono de súplica que no pretendía, ojeando la primera—. ¿Tenéis algo nuevo? —le preguntó repasando el informe al comprobar que se trataba del expediente del muchacho.

—No. —Arrancó el motor. Colocó el brazo sobre el reposacabezas de Bryana, alzó la vista por encima de su hombro y dio marcha atrás —. Ricardo no ha finalizado la autopsia y Científica todavía está analizando las muestras recogidas en el escenario, aunque no había mucho donde rascar. Un trabajo limpio, como siempre.

Dóminic se detuvo junto a la caseta del perímetro exterior, enseñó su identificación y la carta firmada por el juez que acreditaba la libertad bajo custodia de Bryana y aceleró lentamente cuando la barrera se abrió. Un ligero cosquilleo se agolpó en la boca de su estómago. Estaba saliendo de aquel agujero. ¡Por fin!

No pudo evitar mirar por el retrovisor el edificio de hormigón rodeado por inmensos muros, verjas y alambradas que, a través del espejo retrovisor, veía empequeñecer según avanzaban por la carretera.

Atrás quedaban las noches en vela, dormir con la constante sensación de ser la última con vida. Las duchas rápidas de agua helada, vigilante, a la espera de un pincho que la arrastrara a un infierno más cálido y acogedor. La continua sensación de ser observada. No. Aquella sensación salía con ella de aquel agujero, pero era mucho más placentera.

Miró a Dóminic de soslayo. Por el rabillo del ojo la observaba con una dulce sonrisa. Podía sentirlo. Era extraña aquella conexión, y

adictiva.

—La investigación sigue donde tú lo dejaste. No tenemos nada nuevo desde entonces salvo que tengas algo que contarme. —Bryana volvió a sumergirse en el informe del muchacho—. La última vez que nos vimos me dio la impresión de que tenías una teoría.

—Es posible. —Cerró la carpeta del muchacho y abrió la de Cábanno.

—¿Y tienes pensado compartirla conmigo en algún momento?

—Depende de…

El rostro de Bryana se contrajo en una horrible mueca de dolor al ver la fotografía del cadáver calcinado de su amiga sobre la mesa de autopsias.

Un nudo en la garganta le impedía respirar. Abrió la ventanilla del coche. Necesitaba coger aire, estaba ahogándose. La bofetada de aire caliente del exterior junto con la imagen del cuerpo de Cábanno provocó que la bilis se le agolpara en la garganta. «Solo es una víctima más». Su rostro se convirtió en el vivo retrato de una escultura de mármol.

—¿Te encuentras bien? —Paró en el arcén.

Salió del coche con la agilidad de un puma. Todo lo contrario a Bryana, que a duras penas pudo desabrocharse el cinturón. Con torpeza, abrió la puerta y desmontó, tambaleándose. Sentía su cuerpo como gelatina. Incapaz de soportar su propio peso, Dóminic la sujetó antes de que se desplomara sobre las malas hierbas que bordeaban la carretera.

—Estoy bien. —Se incorporó renqueante y se deshizo del cálido abrazo de Dóminic con erráticos movimientos.

Tomó una gran bocanada de aire con los ojos cerrados. Su estómago rugió a los pies de aquel cambo yermo como el león que reclama su territorio en mitad de la sabana. Puso los brazos en jarras y agachó la cabeza con los ojos aún cerrados.

Respiró por la nariz y expulsó el aire entre sus voluptuosos labios en un intento por controlar los latidos de su corazón que reverberaban en su cabeza como los tambores de una marcha militar.

—¿Cuánto hace que no comes? —le preguntó visiblemente preocupado.

Bryana alzó la cabeza y lo miró a través de sus tupidas pestañas negras.

—Te he dicho que estoy bien.

—No, no lo estás. Estás pálida. —La sujetó por el antebrazo—. Y las ojeras te llegan hasta las suelas de los zapatos. ¿Cuánto hace que no duermes?

De un brusco ademán, que desestabilizó su cuerpo haciéndola tropezar con sus propios pies, se soltó de Dóminic, que volvió a sujetarla evitando que se cayera de bruces contra el suelo.

—Será mejor que vuelvas al coche. Iremos a comer algo, te llevaré a casa, descansarás y luego repasaremos los casos. Lo atraparemos.

—Pero ¡es que yo no quiero atraparlo! —De nuevo, otro ademán. Esta vez más controlado que el anterior, hizo que Dóminic la soltara sin llegar a perder el equilibrio—. ¡No quiero entregarlo! ¡Quiero matarlo!

Dóminic escudriñó su rostro con un pétreo semblante indescifrable. La agarró por la muñeca con firmeza, la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó.

Bryana se revolvió sin fuerzas. Incapaz de deshacerse de aquella prisión de firmes y cálidos músculos que la apretaban contra su pecho, lo odió por no gritarle como tan solo odiaba a una persona en el mundo. Por abrazarla con cariño, con desesperación. Por hacerla sentir de nuevo en un hogar que, sin buscarlo, se había dado cuenta de que no tenía la necesidad de encontrar porque estaba allí, frente a ella, protegiendo su cuerpo del dolor.

Paró de revolverse. Se dejó embriagar por el dulce aroma a almendras tostadas que desprendía su majestuoso cuerpo. La tensión acumulada durante años de vigilia e incertidumbre se desplomó como un edificio en ruinas. El miedo al rechazo se esfumó como si nunca hubiera existido. Su cuerpo languideció mientras Dóminic, con el mentón apoyado sobre su coronilla, acariciaba su larga mata de pelo.

—Te ayudaré. —Bryana alzó la vista, confusa. Necesitaba cerciorarse de que había escuchado bien—. Cábanno era… Ella…

—«Te descubrió. Sabía quién eras. Quién eres»—. Se lo debo. Te ayudaré. —La apartó de su cuerpo la distancia suficiente como para poder mirarla a los ojos—. Pero lo haremos a mi manera. —Bryana enarcó una ceja «¿La oficial o la extraoficial?»—. Vamos a comer algo. —La arrastró con su cuerpo hasta el coche, que después rodeó para volver a su asiento. Cogió las carpetas que Bryana había tirado sobre el salpicadero antes de que ella pudiera alcanzarlas—. Después. —Arrancó el motor y se reincorporó a la solitaria carretera.

Una hora más tarde, envueltos en el incómodo silencio de las palabras no dichas y las preguntas sin respuesta, llegaron a un restaurante de carretera a mitad de camino entre la capital y el centro penitenciario.

Entraron en el salón vacío y se sentaron en una de las solitarias sillas que rodeaban una de las más de cincuenta mesas que, como setas, enfundadas en mantelería de papel blanco con pequeños cuadrados rojos, el restaurante tenía distribuidas en escrupuloso orden por aquel amplio comedor.

Bryana miraba por la pared acristalada las malas hierbas que la suave brisa de aquel maravilloso atardecer mecía en dirección a los campos de cultivo en barbecho que servirían de cobijo al sol cuando la noche reclamara su trono en el horizonte, mientras, Dóminic se acercaba a la barra del restaurante que quedaba al otro lado del salón y hablaba con uno de los camareros ataviados con el habitual uniforme de pantalón negro, camisa blanca y chaleco borgoña.

—Puedes pedir cualquier cosa de la carta menos el menú —le dijo al volver con un par de tercios en la mano—. La cocina está cerrada, pero pueden prepararnos algo a la plancha. —Le dio un sorbo a la cerveza antes de sentarse frente a Bryana y coger la carta que, de pie, se alzaba como un diminuto separador entre ellos.

Se levantó de la silla haciendo que Dóminic alzara la vista de la carta.

—Necesito ir al baño.

Volvió a sumergirse entre las raciones, las tapas y las tostadas que ofrecía el restaurante. Bryana frunció el ceño.

—¿No me acompañas? Dóminic levantó el brazo en el que se había puesto la pulsera que lo unía a ella sin alzar la vista de la carta.

Bryana se miró la muñeca. Se había olvidado por completo de aquel sofisticado dispositivo de rastreo y localización que la inmovilizaría si intentaba escapar. Hizo un mohín de disgusto con los labios y se marchó a los aseos públicos que había visto junto a la entrada.

El dulce y conocido cosquilleo que erizaba la piel de todo su cuerpo le advirtió que Dóminic la observaba. Se dio la vuelta, a medio camino entre el salón y los aseos, y lo retó con la mirada.

Dóminic dio un gracioso respingo al saberse descubierto. Bryana sonrió con traviesa malicia a la par que alzaba una mano y le hacía una peineta. Jocosa, ante la cara de estupor de Dóminic, dio media vuelta sobre sus talones y recorrió los escasos cien metros que le quedaban para acceder a los aseos públicos junto a la bandada de mariposas que revoloteaban en su estómago.

Acarició y miró la pulsera de acero plateado que rodeaba su muñeca frente a la puerta de los aseos. Necesitaba comprobar si Dóminic había activado aquel sofisticado dispositivo, y… solo se le ocurría una manera de hacerlo. Además, ¿qué tipo de delincuente sería si no intentaba escapar?

Capítulo 14

El inútil ambientador de limón, que trataba de camuflar el fuerte olor a alcantarillado, le golpeó cuando abrió la puerta. Arrugó la nariz. Cerró tras de sí y echó un vistazo por encima al aseo de aquel restaurante de carretera que se iluminó en cuanto ella puso un pie en su interior. A simple vista, parecía limpio, aunque su olfato no estuviera de acuerdo.

No había ventanas, tan solo una hilera de lavabos volados de mármol blanco frente a ella, bajo un espejo que cubría toda la pared. Entró en uno de los cubículos que otorgaban una intimidad necesaria en cualquier aseo público. Sonrió. Sobre el inodoro había una ventana cuadrada. Ella era delgada y atlética, podría escapar por ahí.

Bajó la tapa del inodoro, se subió y, de puntillas, alcanzó la maneta que abría la ventana. Sonrió cuando una ligera brisa peinó su coronilla. Se sujetó al marco de aluminio blanco que rodeaba el agujero y se impulsó hacia arriba como quien trata de salir de una piscina.

Introdujo primero la cabeza. Contorsionando el cuerpo en movimientos serpenteantes, consiguió sacar los hombros. Fue entonces cuando las punteras de unas botas militares negras aparecieron en su campo de visión sobre la estrecha acera de baldosas blancas y rosáceas que rodeaban el cuadrado edificio.

—¿Necesitas ayuda?

Alzó la vista hasta toparse con el semblante serio de Dóminic, apostado frente a ella con los brazos cruzados sobre su pecho, sujetando una bolsa de plástico blanca.

—Yo… solo… —Se desinfló como un globo. «¡Mierda!».

—¿Necesitabas tomar el aire?

—¿Tú qué crees?

—Creo que eres estúpida, y yo, un imbécil por creer que… ¿Sabes qué? Da igual.

Se removió incómoda sobre el marco de la ventana. Colgada por la cintura, con medio cuerpo en suspensión dentro de los aseos y la otra mitad fuera, alzó una mano esperando que la ayudara a salir.

—¿No piensas echarme una mano?

Dóminic dio media vuelta sobre sus talones y caminó en dirección a un sauce que, con su triste envergadura, custodiaba la frontera entre los campos en barbecho y el comienzo de la calzada que rodeaba el restaurante.

Se sentó en el suelo bajo la atónita mirada de Bryana. Abrió la bolsa y cogió un bocadillo y una lata de cerveza.

—No puedo creérmelo —bufó entre dientes tratando de salir por el hueco de la ventana.

Sin la ayuda que proporcionaba la adrenalina, no era tan sencillo escapar.

Dóminic la miraba impasible, sin ningún tipo de intención de ayudarla.

—Eres todo un espectáculo para la vista. Pero todo lo que te sobra de belleza te falta en inteligencia.

Bryana dejó de forcejear con el marco de la ventana. Alzó la vista y lo miró a través de dos finas líneas grises.

—¿Cómo dices?

—Quiero ayudarte. Solo hay algo que deseo, tanto o más, como matar al cabrón que te tendió aquella trampa. —Abrió la lata de cerveza—. Y es a ti. —Dio un sorbo—. Pero si te empeñas en seguir comportándote como una delincuente…

—¡Soy una delincuente!

Dóminic negó con la cabeza.

—No. No lo eres. Pero vas camino de convertirte en una.

—Quiero matar —gruñó revolviéndose en el hueco de la ventana — a ese hijo de puta. —Cuando consiguió apoyar las caderas sobre el marco, soltó el aire de manera abrupta—. Acabaré con su miserable vida. Eso me convierte en una maldita asesina.

Dóminic arrancó un pedazo de bocadillo. Masticó como si en lugar de pan y tortilla, tratase de machacar un puñado de piedras con los dientes.

—En ocasiones, situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Bryana alzó de nuevo la cabeza y lo miró. Parecía ausente. Con la vista fija en su cuerpo, pero perdido en un universo paralelo. No estaba hablando de ella y en aquel preciso instante comprendió por qué Cábanno no denunció la verdadera identidad de Dóminic. Se arrepentía. Lo que había hecho, lo que hizo en nombre de Anubis, pesaba sobre su conciencia. Podía verlo reflejado en el apagado brillo de sus ojos. Su verdadera identidad, su pasado, era un lastre que lo ahogaba.

—Que las circunstancias te empujen a tomar decisiones que van contra tus propios principios, no implica que tengas que faltarte el respeto a ti misma.

El tono de su voz sonaba distante, como un eco apagado al otro lado de un profundo abismo.

—Será mejor que… —Incapaz de terminar la frase, comenzó a escurrirse al interior del aseo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se abrazó para darse calor. Era tan extraño verse reflejada en el rostro de otro.

Durante años, tras el asesinato de su hermano, a menudo se perdía en sus propios recuerdos. Regresó una y otra vez a aquella tarde en la que Alarick se preparaba para acudir como cada día a su clase en la Academia. Se imaginó infinidad de situaciones que podrían haber evitado aquel fatal desenlace, como haber ido a buscarlo al finalizar las clases para ir a tomar algo o haberse apuntado con él para prepararse las oposiciones. Al final, terminó ingresando en el cuerpo y se habrían graduado juntos. Habrían competido por ver quién sacaba mejores notas, esa tarde habrían salido juntos, y si el destino era que se cruzaran con aquel malnacido, lo habrían enfrentado juntos. Siempre habían hecho un buen equipo.

Sabía que no era culpa suya pero no podía evitar sentir el peso de aquella muerte que podría haber evitado de infinidad de maneras. Se sentó sobre la tapa del inodoro y escondió la cabeza entre sus manos.

—¿Qué estás haciendo, Bryana? —Alzó la vista y se perdió en los grabados del interior de la puerta.

Koko y Cris. Cádiz 2019.

Supuso que serían un par de amigas que, en aquel año, hicieron un viaje. O tal vez un amigo y una amiga porque ¿Koko? ¿En serio? «¿Quién en su sano juicio se llamaría Koko?». Sonrió. Seguro que esa tal o ese tal Koko le caería bien. Y, por ende, su amiga Cris. Seguro que eran divertidas o divertidos.

—Koko —pronunció para sí—. Suena bien. —Sonrió.

Laura y Rubén. Nos fuimos dos y volvimos tres.

Aquella pareja iba a tener un bebé. Quizá ya lo habían tenido. Siempre que ninguno de ellos se hubiera cruzado en su camino con un monstruo como el Cremador.

La sonrisa de Bryana se desfiguró. Negó con la cabeza para deshacerse de las terribles imágenes de la última víctima del Cremador. Un niño. Un muchacho al que le quedaba toda una vida por delante. Cerró los ojos y volvió a negar con la cabeza. Imaginó a dos personas con un bebé en brazos. Un bebé sano y salvo junto a sus padres, que andarían como locos tratando de adaptarse a la nueva situación. Sus labios volvieron a curvarse en una dulce sonrisa. Un gran cambio en sus vidas al que seguro que aquellos dos desconocidos irían adaptándose. Suspiró.

Abrió los ojos. Los cambios no tenían por qué ser malos. La vida daba muchas vueltas. Los errores provocaban que los individuos tomaran caminos diferentes a los previstos y durante ese trayecto hacia su destino final aprendían a sortear las dificultades. Se… adaptaban.

Su vida había cambiado por completo, pero sabía el camino que debía seguir.

Había aprendido de sus errores y, aunque no volviera a ser la misma, podía salvar muchas vidas intentándolo. Tan solo debía aceptar su nueva situación. Solo tenía que… adaptarse. Inspiró profundamente. Soltó el aire entre sus labios con calma, tomándose su tiempo para tomar consciencia de cómo sus pulmones se desinflaban y preparándose para enfrentar ese ceño fruncido del inspector que tan bien le sentaba. «Seguro que es una delicia incluso recién levantado».

Se mordió el labio inferior cuando la imagen de Dóminic, desnudo, acariciando su cuerpo al compás de los primeros rayos de sol, nubló sus pensamientos.

Abrió la puerta. El baño estaba vacío. No se escuchaba nada, ni

tan siquiera el ruido exterior que podía colarse por la ventana que había dejado abierta.

Le pareció extraño que Dóminic no hubiera ido a buscarla. ¿La había abandonado? Se miró la pulsera de acero que resaltaba sobre su nívea piel. Imposible. Respiraba consciente, así que eso solo podía significar que andaba cerca, pero ¿dónde?

Caminó hacia los lavabos. Se miró en el espejo que cubría la pared. Abrió uno de los grifos y se mojó la cara. La imagen reflejada no distaba mucho de la que había visto los últimos cinco años en los baños de la prisión, pero sí de la inspectora que un día fue. Aunque apenas podía esbozar el recuerdo de aquella mujer.

Se acarició la cicatriz que iba desde su clavícula hasta el lóbulo de la oreja. Antes de entrar en aquel agujero su cuerpo era virgen; ni una mancha ni una cicatriz…, tan solo algunas estrías en la unión entre sus piernas y el trasero.

Había sobrevivido. Había salido de allí con vida. Ella no era como la jauría de chacales con la que había convivido los últimos cinco años. Tan solo era una joven a la que la vida había soltado un sopapo de realidad. Una mujer a la que las cosas le iban demasiado bien y, ante el primer revés, se había derrumbado.

Se acercó al dispensador de papel que había junto a la puerta y cogió un par de servilletas individuales. Se secó las manos y la cara y salió del baño.

El salón comedor también estaba vacío. En la barra, un camarero, con semblante adusto y buen ritmo, secaba una docena de jarras. Dóminic tampoco estaba allí.

—¡Hasta luego! —le gritó al camarero desde la puerta de los aseos alzando la mano.

El hombre hizo un movimiento de cabeza sin dejar sus quehaceres.

Caminó hacia la entrada principal echa un amasijo de nervios. Salió. La luz la hizo achinar los ojos y llevarse una mano a la frente a modo de visera mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor. Dejó escapar un exasperado suspiro entre sus labios. «Tampoco ha sido para tanto…». Puso los ojos en blanco.

Rodeó el restaurante. Volvió sobre sus pasos cuando llegó a la

esquina de la fachada desde la que podía espiar a Dóminic sin que advirtiese su presencia.

Parecía relajado. Sentado en el suelo, apoyaba su inmensa espalda sobre el tronco del sauce con las piernas flexionadas, los brazos descansando sobre las rodillas, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Bryana ladeó la cabeza. Recorrió con famélica necesidad el contorno de su cuerpo, desde las botas militares negras hasta su perfecto y cincelado rostro.

El vello de su cuerpo se erizó cuando Dóminic miró hacia donde ella disfrutaba de unas vistas espectaculares como una voyeur. Antes de que sus miradas tuvieran la ocasión de cruzarse, se escondió tras la esquina del restaurante con el corazón desbocado.

Se llevó la mano al pecho, asustada. Un tercer latido parecía haberse colado entre sus habituales bombeos. No sucumbir a la tentación de un tórrido y salvaje encuentro sería toda una hazaña si no fuese porque, lo más probable, era que ahora la viera como a una vulgar delincuente.

Se apoyó sobre la fachada de ladrillo del restaurante. Miró al cielo protegida por la sombra del tejadillo que asomaba y soltó el aire de manera abrupta que, sin ser consciente, había estado reteniendo en sus pulmones mientras espiaba aquel pecado en forma de hombre que hacía vibrar cada centímetro de su piel.

Trató de serenarse convenciéndose a sí misma de que todos aquellos intensos sentimientos no eran más que una reacción normal a su impuesta abstinencia carcelaria.

Dóminic era un hombre extremadamente atractivo, y ella llevaba cinco años sin catar un espécimen como él. Pero los latidos de su corazón no parecían estar de acuerdo. ¿Qué demonios estaba pasándole? ¿Qué le había hecho aquel hombre?

Nunca había sentido nada parecido. Apenas lo conocía y se ahogaba solo de pensar que pudiese ocurrirle algo malo. Que Petrova consiguiera su propósito y acabase con su vida laceraba su pecho desangrando su corazón.

Incluso se veía capaz de justificar su pasado, pese a que las leyendas sobre Anubis eran macabras, atroces e inhumanas. Pero probablemente tenían una explicación. Casi todo en esta vida lo tenía.

Seguro que la realidad no era tan cruenta como la pintaban. Tan solo eran leyendas. Historias adornadas que distorsionaban por completo la realidad de unos hechos que no tendrían nada que ver con lo ocurrido.

A Dóminic le sobraba seguridad. Un aura de salvaje peligro rodeaba su cuerpo, pero no lo creía capaz de cometer las atrocidades que se le atribuían a Anubis.

Hizo de sus manos dos puños y se clavó las uñas en la piel. Estar cerca de él y no poder acariciarlo le quemaba las palmas. Sentir eléctricas caricias recorriendo todo su cuerpo cada vez que posaba su intensa e hipnótica mirada sobre ella se había convertido en una adicción. Deseaba probar sus carnosos labios. Quería sentir el peso de su cuerpo sobre ella. Lo quería a él. Todo lo que él estuviese dispuesto a entregarle. ¿Era eso un flechazo?

Había escuchado a mucha gente a lo largo de su vida hablar sobre ellos. Por supuesto, Bryana no creía en ese tipo de banalidades amorosas, aunque hacía una semana tampoco creía que fuese a salir con vida de aquel estercolero, y allí estaba, en un restaurante de carretera gracias a ¿su media naranja? ¿Eso existía?

Cábanno siempre hablaba de almas y de compañeros eternos. Creía que existía un amor espiritual que ligaba a dos seres hasta el punto de que ni el tiempo, ni el espacio, ni la muerte eran capaces de separarlos.

Bryana tampoco creía en ello, pero le gustaba escuchar hablar a su amiga sobre su forma de ver la vida, el amor y las relaciones. Era divertido y un bálsamo para su atormentada alma. ¿Sería Dóminic ese compañero eterno que su amiga siempre le había dicho que algún día se cruzaría en su camino?

Volvió a asomarse para observarlo, oculta tras la esquina de la fachada del restaurante. Había vuelto a su relajada posición.

Se atrevió a salir de su escondite. Antes de que pusiera un pie en su campo de visión, ya estaba recorriendo su cuerpo con la característica e hipnótica intensidad de sus ojos dorados.

Sonrió de medio lado. Adoraba el histérico revoloteo de las mariposas acariciándole la piel por todo el cuerpo. ¿Por qué seguir negándolo?

«Mío».

Capítulo 15

Volvió a recostar la cabeza sobre el tronco del sauce con los ojos cerrados cuando llegó junto a él.

Sin decir nada, se sentó a su lado. Arrastró la bolsa que tenía junto a su gemelo y sacó una lata de cerveza. La abrió y le dio un largo trago que le supo a gloria. Había olvidado lo refrescante y bien que sabía aquel ambarino mejunje en calurosas tardes como aquella. Dejó la lata a un lado y sacó el bocadillo. Desenvolvió el papel de aluminio que aún lo mantenía caliente. Sus tripas rugieron cuando el aroma a tortilla de patata le acarició la nariz. Apretó el pan entre sus dedos. ¡El pan crujía! Sonrió emocionada. Dóminic la miró de soslayo. Al verla sonreír, no pudo evitar contagiarse de la inocente alegría que tintineaba en sus ojos grises.

Cerró los ojos de nuevo cuando ella se giró para observarlo. Aquellos candentes ojos habían vuelto a rozar su curtida piel de presidiaria. Miró la pulsera de acero que rodeaba su muñeca. O expresidiaria. No tenía muy claro qué era en aquel momento.

Dio un mordisco al bocadillo. Sus pupilas gustativas ovacionaron el exquisito sabor de una comida decente. ¡Iban a saltársele las lágrimas!

En silencio, saboreó cada bocado como si fuera el último de su vida. Estaba delicioso y hacía tanto tiempo que no comía algo que no supiera a vómito que casi había olvidado lo que siempre había disfrutado comiendo. Le dio un trago a la cerveza sin soltar el bocadillo.

—Pensé que te habías marchado —le dijo para romper el tenso silencio que había entre ambos, y también, por qué no reconocerlo, para dar pie a una conversación que le permitiera disculparse por la estupidez que había estado a punto de cometer.

Dóminic alzó la muñeca rodeada por la pulsera de acero negro con la cabeza apoyada en el sauce y los ojos cerrados.

—No puedo alejarme más de un kilómetro de ti. —«Pero ¿quieres hacerlo?», se preguntó Bryana dejando de nuevo la lata de cerveza en el suelo. Dóminic abrió los ojos y la miró—. Y el bocadillo no estaba tan mal como para que se merezcan encontrar a una mujer convulsionando en su local. ¿No crees? —Volvió a apoyar la cabeza sobre el tronco colocando los brazos tras la nuca—. Además, quiero

que seas capaz de recordar todo lo que sientes cuando te lleve entre mis brazos. —Sonrió de medio lado con picardía y los ojos cerrados.

Dejó en el aire el último bocado con el que culminaría el manjar más delicioso que había comido en los últimos cinco años. Miró a Dóminic con una ceja enarcada y ahí estaba aquella petulante sonrisa que la volvía loca y, a su vez, deseaba arrancarle de un puñetazo. «¿Quiere jugar, inspector?… Perfecto, veamos dónde está tu límite».

Envolvió el último trozo de bocadillo en el papel de aluminio, lo metió en la bolsa junto a la lata medio vacía, lo dejó todo a un lado y, sin preámbulos de ningún tipo, se sentó a horcajadas sobre él.

Dóminic abrió los ojos, sorprendido. Bryana sonrió con excitada diversión. Lo había pillado desprevenido y su cara de desconcierto era lo más bonito que había visto en la vida.

—¿Qué te parece si me disculpo y volvemos a empezar? —Sin poder ni querer evitarlo, alzó la mano y acarició el corte que lucía en el labio—. Lo siento —le susurró con un hilo de voz ahogado en la imperiosa necesidad de besar aquella carnosa boca.

Se sintió poderosa al comprobar cómo la piel de Dóminic respondía a su contacto. Cautivada, observó con detenimiento la manga tatuada que lucía en el brazo izquierdo. Una mano de Fátima, un jeroglífico escrito en el antiguo idioma egipcio con caracteres indescifrables para ella, que se preguntó si Dóminic sabría qué significaban, y el torso de un hombre con cabeza de perro y el brazo izquierdo decorado con las mismas imágenes que él llevaba sobre su aceitunada piel. «Anubis…».

—¿Te disculpas igual con todo el mundo?

Evitó el cautiverio de sus vibrantes ojos dorados para terminar atrapada bajo el influjo de sus esponjosos labios.

—No tengo por costumbre meter tanto la pata. —Se encogió de hombros—. Pero quiero hacer las cosas bien. —Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que fue capaz de aunar, volvió a cruzar una mirada ahogada en deseo.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —Rodeó su cintura, aferrándose a ella con posesión.

«Tú». Una deliciosa descarga eléctrica recorrió el cuerpo de Bryana.

Era un hombre colosal que superaba con creces el metro noventa de estatura, con férreos músculos tallados en un cuerpo que nada tenía que envidiar al dios que lo hubiese creado.

Ella no es que fuera una mujer pequeña, pues medía más de un metro setenta, era muy fuerte y sabía defenderse, pero entre los brazos de aquel hombre cincelado por los dioses se sentía diminuta, a salvo y… poderosa.

—Bésame —le ordenó en un susurro teñido de súplica.

Lo miró a través de sus tupidas pestañas negras. Ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior en un intento por desobedecer aquella orden que todo su ser necesitaba acatar con gusto.

—Estás deseándolo. —Rodeó el lateral del cuello de Bryana con la palma de la mano. Con el pulgar, acarició parte de la cicatriz que le recorría el cuello hasta desaparecer tras el lóbulo de su oreja.

He ahí esa encantadora soberbia. Esa chulería innata por la que se volvía loca y le hacía sentirse con la fuerza suficiente como para poder doblegar a aquel hombre que la doblaba en peso y en tamaño.

—¿Qué soy para ti, Dom? —susurró sobre sus labios, acomodándose sobre el incipiente deseo que palpitaba entre sus piernas, prisionero en su celda de tela vaquera.

Ni se sorprendió ni luchó contra la precipitada idea de no ser un capricho pasajero.

Apenas lo conocía, pero desde la primera vez que lo vio en la sala de interrogatorios de la prisión hacía una semana, supo que jamás podría olvidar aquellos ojos dorados que recorrían su cuerpo con descaro y propiedad y que habían iluminado su alma antes de que se perdiera por completo en las tinieblas de un pasado que había estado a punto de acabar con ella. Pero para poder entregarse por completo a él, necesitaba que Dóminic confiara en ella. Necesitaba que se sincerase y le contara su mayor y más peligroso secreto.

No lo traicionaría. No lo entregaría ni al cuerpo ni a Petrova. Lo que fuera que lo hizo convertirse en la temida leyenda del narcotráfico no parecía dirigir su vida en aquel momento. Había cambiado. Ahora era policía y su instinto le decía que no solo no era un agente corrupto sino que, además, odiaba a aquellos que sí vendían su alma por un puñado de euros.

Quería protegerlo, pero para ello necesitaba saber ante a qué se enfrentaba porque algo le decía que Petrova tan solo era la punta del iceberg.

Si querían trabajar juntos para atrapar al Cremador tenían que confiar el uno en el otro. Para ella la confianza era la base de cualquier tipo de relación.

Era consciente de que, para recibir, había que dar. Quería colarse en su corazón. No quería engrosar lo que suponía una larga lista de conquistas femeninas. Había decidido que, tal y como le recomendaba su amiga en sus últimas palabras, quería disfrutar de los placeres que pudiera ofrecerle aquel dios egipcio. El problema era que una única noche con Dóminic le parecía poco. Sabía que querría más. Lo querría todo. Sonrió.

Si Cábanno supiera lo que le rondaba por la cabeza y el corazón, la tendría como una mosca cojonera revoloteando todo el día con una sonrisa de suficiencia en los labios y un cartel de «Te lo dije» escrito en la frente.

Puede que su amiga tuviese razón. Puede que Dóminic y ella fueran dos almas descarriadas que por fin habían encontrado el camino a casa.

—¿Qué soy para ti? —volvió a preguntarle acariciando la nariz de Dóminic con la punta de la suya. Un gruñido bajo reverberó sobre las palmas que Bryana apoyaba sobre el firme torso—. Porque yo no beso a mis compañeros ni me acuesto con ellos. Y no, no hago excepciones —le aclaró antes de que Dóminic pudiera articular palabra—. Puedes preguntárselo a Parker.

Dóminic clavó las yemas de los dedos sobre las caderas de Bryana y se separó lo suficiente como para poder mirarla a los ojos.

—¿Parker ha intentado acostarse contigo?

Bryana enarcó una ceja. Sonrió de medio lado, divertida, al ver la tensión remarcando el cincelado y perfecto rostro de Dóminic.

Sí. Parker intentó acostarse con ella cuando, roto de dolor, su mujer lo abandonó y él confundió el cariño que Bryana trató de ofrecerle, los meses posteriores a su traumática ruptura, con el deseo.

Nunca más volvió a intentarlo. Lo hablaron y lo aclararon. Ambos se apreciaban y se querían. No evitaban el tema. No era un tabú.

Incluso lo recordaban como un gracioso pasaje de sus vidas, pero Dóminic no tenía por qué saberlo.

—¿Te molesta?

La fuerza con la que apretó la mandíbula y esa manera de soltar el aire, más parecida al bufido de un toro de lidia que al de un hombre, respondió por él alimentando a la niña traviesa que habitaba en su interior y que él había tenido a bien despertar.

Comenzó a sentir la vibración del teléfono de Dóminic en la cara interna del muslo. Se revolvió entre sus brazos con la intención de levantarse, pero la aferró por las caderas con determinación, permitiéndole moverse lo justo para sacar el móvil del bolsillo.

—¿Qué pasa, Jackson? —gruñó con tosquedad sin apartar los ojos de Bryana, que aprovechó la cercanía para grabar en su mente cada una de sus espléndidas facciones.

Salvo por el corte del labio y el del pómulo, no tenía cicatrices en el rostro. Sus pestañas eran largas, pobladas, y conferían el marco perfecto para dotar de profundidad al oro líquido que parecía fundirse en su iris.

Alzó una mano y le acarició el corte del pómulo. Su piel, alrededor de la herida, era suave. Bajo la palma de la mano que tenía apoyada sobre su torso sintió como unos poderosos músculos se contraían. Alzó la vista. Su rostro, ahora desencajado, la hizo olvidarse por completo de la primigenia necesidad de poseerlo y prestar toda su atención a la conversación que mantenía con su interlocutor.

—¿Está bien? —Se levantó sin que Dóminic se lo impidiera esta vez—. Me da igual lo que haya dicho o lo que crea que necesita. ¿Pierre está con ella? Sí. Sí. Vale. —Le tendió una mano y lo ayudó a levantarse antes de recoger la bolsa con los restos de la comida y las latas vacías—. No. No es necesario. —Miró de soslayo a Bryana que, para dejarle intimidad, se acercaba a la papelera que había al comienzo de la fachada de los aseos por los que había intentado escapar—. En una hora estoy allí. No, no estoy en Madrid. Estoy de camino. Volviendo de prisión. —Comenzó a caminar hacia la papelera —. Sí. Está conmigo. Cuando llegue lo concretamos.

Bryana esperó junto a la papelera.

—¿Va todo bien?

—Necesito que te quedes con Parker. —Pasó junto a ella, guardándose de nuevo el teléfono de camino hacia el coche—. Tengo que atender un asunto personal.

—Creía que no podíamos separarnos más de un kilómetro.

Su intuición le decía que aquel asunto personal tenía que ver con su pasado.

Quería y necesitaba saber qué clase de asunto lo hacía desacatar una orden del juzgado dejándola a cargo de otra persona cuando era él quien se había comprometido con el juez.

—Y yo que estabas deseando deshacerte de mí.

Se paró en seco a escasos metros del Audi. «Ya. Bueno. La gente cambia de opinión constantemente». Al comprobar que no lo seguía, Dóminic se paró a escasos metros del maletero.

—¿Qué haces?

—Si necesitas intimidad puedo darte un kilómetro. No entiendo por qué tengo que quedarme bajo la custodia de otro agente.

—Otro agente, no; Parker.

—Me da igual quien sea. Soy tu responsabilidad, no la suya.

No tenía intención de quedarse al margen y mucho menos de dejar escapar la oportunidad de abordar un tema tan importante como su verdadera identidad. Cuanto antes solucionasen ese asunto, antes podrían comenzar a confiar el uno en el otro.

—¿Crees que a mí me hace especial ilusión dejarte bajo su custodia? —Caminó hacia ella, la agarró del brazo y la arrastró hacia el R8 un par de pasos antes de que comenzara a revolverse.

—No soy una maleta que puedes dejar en la consigna cuando te venga en gana. —Se soltó de un abrupto ademán—. No es justo para Scott que le hagas cargar con tus problemas.

—Teniendo en cuenta cómo lo defiendes, a pesar de ser él quien te metió en el agujero del que yo te he sacado, seguro que ambos estáis encantados con el cambio —murmuró sardónico.

Bryana soltó un bufido exasperado. Cruzó los brazos bajo su pecho para contener la súbita necesidad de agarrarlo por el pescuezo y

estrangularlo. Había sido un golpe muy bajo. Su cavernícola posesividad le parecía muy sexi, pero, como todo, en su justa medida.

—¿Y qué pasa conmigo? Podrían revocar mi libertad.

—Hasta hace un par de días tu libertad parecía importarte bien poco. —Intentó agarrarla de nuevo por el brazo, pero Bryana esquivó su movimiento y dio un paso hacia atrás—. No tengo tiempo para esto —le gruñó—. Métete en el puto coche. —Bryana no se movió. No estaba dispuesta a dar su brazo a torcer—. ¿Vas a entrar en el maldito coche por las buenas o por las malas? —«Por las malas, por supuesto». Alzó la cabeza con brío y volvió a cruzar los brazos bajo su pecho, enfatizando su terquedad y la respuesta a su pregunta—. Está bien. Como quieras. —Dio media vuelta en dirección al coche.

«No serás capaz». Bryana se miró la pulsera plateada al ver cómo el R8 daba marcha atrás para salir de la sombra en la que Dóminic lo había estacionado.

Cuando la pulsera de acero que rodeaba su muñeca comenzó a vibrar, temió que se alejara lo suficiente como para recibir una descarga que la hiciera perder el conocimiento.

La vibración aumentaba de intensidad según se alejaba para salir del aparcamiento. «Serás…».

Gritó, frustrada, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo. No quería recibir una descarga. No se merecía una descarga eléctrica. Salió a la carrera tras el Audi. Dóminic frenó antes de llegar a la vía de servicio y accionó el botón que abría el cierre centralizado.

—Buena chica. —Sonrió triunfal. Se puso unas gafas de sol estilo aviador que tenía sobre el salpicadero y reanudó la marcha.

—Vete a la mierda.

Se abrochó el cinturón antes de apoyar el codo en el marco de la ventanilla, para sujetar su rostro con la vista fija en los campos en barbecho y las malas hierbas que los protegían del asfalto.

Mantuvieron un incómodo y tenso silencio durante todo el trayecto que Bryana aprovechó para aparentar que repasaba los informes de las dos últimas víctimas del Cremador, cuando, en realidad, utilizaba aquellos informes para contener la rabia por saberse a merced de un hombre que no solo tenía potestad para doblegar su cuerpo sino también para controlar su voluntad de

manera miserable.

Suponía que no iba a ser fácil que Dóminic le revelase su verdadera identidad, pero aquella artimaña… «Anubis». Puede que de cara a la galería fuera un inspector jefe ejemplar, pero en el fondo seguía siendo el dios de los muertos. No debía olvidarlo.

«¿Y Jackson? ¿Quién demonios será Jackson aparte del imbécil que ha arruinado mis planes?». Sin querer, comenzó a arrugar uno de los folios del informe de la autopsia preliminar del muchacho.

—Vas a estropear el expediente, y hasta mi vuelta no podré sacar una copia.

Bryana miró el folio. Lo estiró y pasó a la página siguiente haciendo caso omiso al intenso escrutinio de Dóminic, que parecía querer aportar algo más a una conversación que Bryana no estaba dispuesta a dar pie.

«¿Y Pierre? Ha mencionado a un tal Pierre. Y estaba con alguien. Con una mujer. ¿Su hermana? No. Petrova no mencionó a ninguna hermana. ¿Su madre? ¿Y si su madre había sufrido un accidente?». Se removió incómoda en el asiento. «Petrova quiere quitársela de en medio». Se llevó la mano al puente de la nariz.

El suave ronroneo del motor, la comida más copiosa que había ingerido en los últimos cinco años, la tensión acumulada de los últimos días, la frustración y la falta de sueño comenzaban a mellar su perspicacia y su habitual nivel de concentración. Se frotó los ojos.

El comienzo de un dolor sordo en las sienes le advirtió de la ingente necesidad de un periodo de hibernación que debería llevar a cabo más pronto que tarde si no quería perder la poca cordura que le quedaba.

Alzó la vista hacia la luneta delantera. A lo lejos, las torres de Plaza de Castilla se veían tras la boina de contaminación que acompañaba a la capital durante casi todo el año. «¿Su novia? A lo mejor tiene pareja. Tal vez se refería a ella». El estómago se le hizo un nudo. Miró a Dóminic por el rabillo del ojo.

Al rompecabezas de su pasado le faltaban muchas piezas. Cualquier conclusión que pudiese sacar de lo poco que había alcanzado a escuchar sería precipitada. Apretó la mandíbula, frustrada. Nunca se imaginó que fuese tan hermético.

Utilizar el dispositivo de rastreo y localización contra ella decía mucho sobre el tipo de hombre al que se veía atada hasta que no cerraran el caso del Cremador de Ciudad Lineal. Un hombre por el que sentía una agotadora e incesante atracción. «Eres imbécil, Bryana».

A través de sus gafas de sol, por el rabillo del ojo, Dóminic controlaba todos sus movimientos. Cada vez que sus ojos se posaban sobre ella un placentero escalofrío recorría su espalda y la enervaba más, si podía. Y el dulce aroma que desprendía su cuerpo e impregnaba cada centímetro cúbico del coche, tampoco ayudaba a su insatisfecha necesidad.

—¿Has encontrado algo inusual?, ¿algo que quieras compartir conmigo? —Apretó el cuero del volante ante la ausencia de respuesta —. ¿No piensas volver a dirigirme la palabra? —Se detuvo en el primer semáforo que anunciaba el comienzo de la urbe—. Bryana… —Alzó la mano para acariciar el bello contorno de su rostro.

—Ponme tan solo un dedo encima y será lo último que hagas con dientes.

—No habrás creído que iba a dejarte allí, ¿verdad? No tenía intención de alejarme mucho más. —Se bajó las gafas hasta la mitad del puente de la nariz y la miró por encima de los cristales—. ¿Qué clase de tipo te piensas que soy? —le preguntó, llevándose la mano al pecho con fingido dolor.

—No lo sé, dímelo tú. Porque hasta el momento lo único que tengo claro es que eres uno de los muchos que quiere meterse entre mis piernas.

—Eso es cierto. —Se encogió de hombros. «¡Dios, con qué gusto te rompía los dientes!»—. Pero más vale que vayas haciéndote a la idea de que, a partir de ahora, seré el único con ese privilegio.

—Pues va a hacerte falta algo más que una pulserita para impedírmelo.

No tenía intención de seguirle el juego, pero sobrepasada por la situación, su pésimo estado de ánimo, la falta de sueño y el dolor de cabeza que amenazaba con freírle la sesera se vio incapaz de controlar sus propios pensamientos. Por suerte para ambos, el conductor que había parado tras ellos comenzó a pitar colérico cuando el semáforo se puso en verde. Dóminic alzó la mano y se disculpó con él a través del retrovisor interior del coche antes de reanudar la marcha al tiempo que se colocaba las gafas ocultando el crepitar de sus dorados ojos.

Bryana apoyó el codo sobre el marco de la ventanilla. Descansó la cabeza sobre la cara externa de la mano con la vista fija en los escaparates de las tiendas y los transeúntes que, sumidos en sus quehaceres particulares, iban y venían por las atestadas calles.

—Mañana a primera hora iré al juzgado —murmuró contemplando aquel barrio que conocía, pero que apenas era capaz de recordar tal y como era hacía cinco años.

Dóminic se incorporó a la M30, dirección Valencia.

—¿Para qué? Si puede saberse.

Bryana lo miró de soslayo. Su mandíbula estaba tensa, sus brazos rígidos y con las manos parecía como si quisiera estrangular el volante.

—Quiero renegociar las condiciones de mi custodia. —«Y acabar con esta tortura antes de que sea demasiado tarde».

—¡Oh, maldita sea! —Golpeó el volante haciendo que Bryana diese un respingo sobre el asiento—. Es por mí, ¿verdad? ¿Puedo saber, al menos, por qué quieres alejarte de mí? Y no me digas que es por el bien del caso porque no hay quien se lo crea. Me deseas, tanto o más como yo te deseo a ti. Y no lo niegues porque tu cuerpo habla por sí solo cuando estoy cerca. Al igual que el mío. Se reconocen. Se necesitan. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Por qué te empeñas en distanciarnos? ¿Qué te he hecho?

«Directo y acertado. Ojalá fueras así de transparente para todo».

—No soy yo quien ha decidido pasar la tarde resolviendo asuntos personales, en lugar de estar con esa persona que reclama como suya, trabajando para poder atrapar a un asesino y limpiar su nombre.

—Al lugar al que voy no puedes venir.

—¿Por qué?

—Es… complicado.

—No, Dom, no es complicado. Es una mera cuestión de confianza. Tú no confías en mí, y la última vez que yo confié en alguien, terminé en prisión.

—Después del numerito del baño, si no confiase en ti no te dejaría

bajo la custodia de Parker.

—No deberías hablar así de Scott. —Se giró en el asiento para enfrentarlo. Puede que su relación con Parker no estuviese en su mejor momento, pero no iba a consentir que lo menospreciara de esa manera —. Es un buen investigador, un buen tío y…

—Un hombre al que no te costaría nada embaucar con tu cara bonita y esas grandes dotes comunicativas que me has enseñado en el restaurante.

—Para el coche.

—¿Cómo dices?

—¡Que pares el coche!

—Creo que olvidas un pequeño detalle. —Alzó la pulsera de acero negro que rodeaba su muñeca.

Bryana hizo un mohín de contención con los labios. Respiró con solemnidad buscando la calma necesaria para moderar sus palabras y las manos que, como las garras de un halcón, sujetaban el salpicadero y el respaldo del asiento clavando las uñas en el plástico y el cuero. Se acercó a Dóminic hasta quedar a escasos centímetros del perfil de su rostro.

—No olvides llamar a la puerta antes de entrar cuando llegues, podrías pillarnos en plena reconciliación.

—No serías capaz —siseó.

Sonrió de medio lado, mordaz, al comprobar cómo los músculos del torso y el rostro de Dóminic se tensionaban hasta rozar el umbral del dolor.

Capítulo 16

Aparcó el coche frente a la puerta de su casa. Sacó el teléfono del bolsillo. Por un momento dudó, pero, al final, después de asegurarse de desconectar el manos libres, llamó a Parker.

Bryana, con el rostro apoyado sobre la mano que descansaba en el marco de la ventanilla, se mantenía con la vista fija más allá de las jardineras que decoraban el aparcamiento para residentes de aquel complejo de lofts.

Había conseguido contener la rabia a cambio de una neblina acuosa de soledad y abandono que le distorsionaba la visión, sin que fuese consciente del momento en el que se produjo el intercambio.

—¿Por dónde andas? —Miró a Bryana. Un amargo gesto de culpable resignación cruzó su rostro—. ¿Cuánto tardarías en venir a mi casa? Vale. Es posible que no esté cuando llegues, pero necesito que te quedes aquí hasta que vuelva. Tengo que atender un asunto personal. Sí. No te preocupes. No. No hace falta. Cuando llegues lo sabrás. —Colgó y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo—. Parker tardará unos veinte minutos. Algo menos si tenemos en cuenta cómo conduce.

En otras circunstancias habría sonreído ante el sagaz comentario que describía a la perfección la temeraria forma de conducir de Parker.

—El dispositivo de rastreo está integrado en el sistema de seguridad de la casa. —«¡Perfecto! Me sacas de una prisión para meterme en otra»—. Bryana… —Alzó la mano con intención de acariciar la larga mata de pelo negro que caía sobre su espalda. La cerró en un puño a escasos centímetros de su suave cabello—. Si pudiera, te llevaría conmigo.

Podía sentir el delicioso calor que desprendía su cuerpo. Las delicadas caricias que, con sensual posesividad, recorrían cada centímetro de su piel.

—Llévame.

Dóminic apretó la mandíbula meditando la opción de no abandonarla. Se debatió entre el querer… y la desconfianza.

Los ojos de Bryana brillaron anhelantes con la esperanza de poder

disipar cualquier sombra de duda.

—No puedo.

—Y yo no necesito una niñera. Estaré haciendo lo que deberías hacer tú: trabajar en el caso para dar con el paradero del Cremador.

Como una improvisada tormenta de verano, sus ojos grises chispearon de odio y frustración, asqueada, enfadada consigo misma y con la maldita respuesta biológica que dominaba su cuerpo y ponía en evidencia sus sentimientos.

—Puedes bajar del coche. Hemos llegado.

«Como usted ordene, mi señor». Inspiró y soltó el aire de manera abrupta por la nariz.

No necesitó pensar demasiado para saber el momento exacto en el que había perdido las riendas de su vida. Todo cambió el día en el que apareció aquel malnacido sembrando el pánico y dejando tras su paso una estela de cadáveres apenas irreconocibles. Tenía que acabar con él. Y cuanto antes lo hiciera, antes terminaría aquella pesadilla.

Cogió la chaqueta y las carpetas con los expedientes de las dos últimas víctimas y se bajó del coche.

Mientras admiraba el complejo residencial en el que vivía Dóminic, él rodeó el Audi y del maletero sacó el libro que Bryana tenía en prisión.

Parecía un lugar tranquilo. Exclusivo sin llegar a la ostentación. Con vehículos de gama media y alta aparcados a las puertas de un enjambre cuadrado de viviendas idénticas, de blancas fachadas y ventanas de aluminio gris petróleo con cristales de espejo. Solo los felpudos de la entrada de las casas ponían la nota discordante de color a una estampa de anuncio inmobiliario.

Casi podía imaginar a una rubia despampanante ataviada con un impoluto traje ejecutivo y una perfecta sonrisa embaucando a sus víctimas.

—¿Vamos? —Alzó un brazo en dirección a la entrada de la casa. Bryana rodeó el coche y siguió sus pasos—. Antes de entrar, deberías saber que no vivo solo. ¡Qué pasa, campeón! —Bryana dio un paso hacia atrás cuando un gigantesco rottweiler se abalanzó sobre él—. ¿Me has echado de menos? —Acarició la enorme cabeza del perro con

enérgicos movimientos antes de alzar la vista sobre sus hombros buscando a Bryana—. Tranquila, es inofensivo. Casi siempre. —Palmeó el cuarto trasero del animal que no paraba de menear con graciosos y espasmódicos movimientos.

Las facciones de Bryana se relajaron. La firme determinación de cerrar el caso y olvidarse de aquel hombre se vieron seriamente comprometidas al ver cómo se deshacía en halagos y carantoñas hacia aquel precioso animal, en cuya mirada podía palparse la devoción que sentían el uno por el otro.

—Montalvo ordenó guardar todas tus cosas en un trastero. —Se hizo a un lado arrastrando al perro con él para dejarla pasar—. Parker y yo fuimos a buscarlas hace unos días. Supongo que…, bueno, quizá… —Se acarició la cresta—. Puedes ducharte y cambiarte de ropa. Si quieres. Ya sabes, ponerte cómoda. —Soltó al perro y se dirigió a una consola alfanumérica que había junto a la puerta—. Arriba tienes el baño.

Bryana entró al salón sobrecogida. No esperaba toparse con su pasado tan pronto.

Se quedó mirando las cajas amontonadas y esparcidas por el suelo, sobre la mesa del comedor que había junto a Dóminic, sobre la mesa de centro frente al mueble del salón, sobre el sofá y alrededor de este.

El perro se acercó a ella. Comenzó a olisquearla desde los pies, con fuertes inhalaciones y exhalaciones, que recordaban a la respiración de los velociraptores de Jurassic Park, hasta llegar a la altura de su mano. Dio un ligero respingo al sentir la húmeda trufa del animal en la yema de los dedos.

—Hola, pequeñín —le dijo en un hilo de voz acongojado, acariciando la enorme cabeza del perro.

—Creo que le caes bien. —Bryana alzó la vista. Su mirada se cruzó con la de un hombre absorto. Dóminic carraspeó—. Como te decía, tienes un baño completo arriba. —Jugueteó con las llaves de su casa entre los dedos—. En la nevera hay comida. Y te he dejado hueco en el armario para que puedas colocar tu ropa. —Hizo un ademán con la cabeza hacia el piso superior.

Bryana miró hacia dónde Dóminic le indicaba. Desde su posición, alcanzó a ver una mesilla, una cama y una cómoda.

—Solo hay una habitación.

—Yo dormiré en el sofá. Aunque preferiría no tener que hacerlo. Me gustaría que pudiéramos hablar a mi vuelta, tal vez lleguemos a un acuerdo. —Un lujurioso brillo tintineó en sus ojos—. Pero no puedo decir lo mismo de él. —Señaló al perro con un movimiento de cabeza —. Es posible que se cuele entre tus sábanas si decides que no merece la pena esperar a que regrese.

—También puedes dormir en un motel. —Acarició la cabeza del perro. El lujurioso brillo de la mirada de Dóminic se tornó reprobatorio—. No puedo alejarme de la casa más de un kilómetro, ¿no es así? —Se encogió de hombros y miró al perro para ocultar la falsa satisfacción por saber que su propuesta lo había incomodado tanto como pretendía—. ¿Cómo se llama mi compañero de celda? —Acarició el lomo del animal ocultando una incipiente y traviesa sonrisa.

—Esto no es ninguna celda —gruñó.

—¿Puedo salir? —Ladeó la cabeza—. Supongo que eso es un no —se respondió al ver que él no lo hacía.

—Nugget. Se llama Nugget —le dijo antes de apretar la mandíbula.

Bryana reprimió una sonrisa afable mordiéndose el interior del carrillo. Le pareció un nombre gracioso para un animal de aquella envergadura y la mala fama que predecía a una raza como la suya.

Se cuidó de no mostrar el más mínimo gesto de simpatía en un rostro que pertrechó bajo la fría máscara de indiferencia que la había acompañado durante los últimos cinco años.

—Será mejor que me vaya. —Comprobó la hora en su reloj—.

Parker debería estar al caer.

Pese a su vasta experiencia no pudo hacer nada por ocultar la decepción. Caminó hacia la isla central de la cocina y dejó los expedientes y la chaqueta sobre la encimera. Acarició la cabeza de Nugget, que la siguió con ojitos de famélico cordero degollado. «Al menos tengo un buen compañero de celda».

Sintió los inquisitivos ojos de Dóminic recorriendo su espalda. «Lárgate de una vez», pensó con un nudo en la garganta y un torrente de lágrimas al borde del colapso.

Dóminic observó a Bryana acariciando el pomo de la puerta como si sopesara la idea de añadir una última palabra o, quizá, esperando a que se diese la vuelta para despedirse de él.

—Volveré lo más rápido que pueda —le dijo al fin.

«¡Piérdete y no vuelvas nunca!». Se llevó una mano al pecho al sentir un latigazo a la altura del corazón.

Quería odiarlo con todas sus fuerzas, pero un sentimiento que no deseaba reconocer, por suicida e inconfesable, se lo impedía. Ahogó un sollozo. La puerta se cerró. Nugget se tumbó a sus pies. El chirriante pitido de la consola del sistema de seguridad fue la gota que colmó el vaso para que, sabiéndose a solas con el perro, comenzase a llorar descargando parte de la rabia, la impotencia, la frustración, el cansancio y la soledad que se agolpaba como una soga alrededor del cuello.

Salió maldiciendo de su propia casa. Llegó entre improperios a la exclusiva mansión de su familia que deslumbraba en el epicentro del sector VI de la Cañada Real Galiana como lo harían los primeros rayos de luz de la mañana.

La jornada había comenzado medianamente bien. Sin resultados nuevos en las investigaciones del caso del Cremador de Ciudad Lineal, pero con el beneplácito del juzgado para sacar a Bryana de aquel estercolero. Lo cual, en sí mismo, podía considerarse un gran avance para el caso, sin embargo, aunque el juez había autorizado la salida de la antigua inspectora Reina de prisión, no había permitido que se hiciese bajo su completa custodia. Y desde luego, no habría permitido conectar aquel sofisticado dispositivo de rastreo al sistema de seguridad de su vivienda si hubiese sabido que al primer contratiempo

iba a dejarla sin supervisión.

Las rejas de seguridad de la entrada principal de la mansión de su familia se abrieron. Acercó el Audi hasta la puerta y corrió en estampida hasta la entrada donde Jackson lo esperaba con rictus sombrío.

—¿Cómo está?

—Consciente. Estable. Ha preguntado por ti. —Un amago de afable sonrisa asomó en sus labios.

—¿Y Ram?

—Preocupado. Como todos. —Abrió la puerta principal—. Vamos. Está en su habitación. —Dóminic entró a la carrera—. ¡Tercera puerta a la izquierda! —le gritó desde el vestíbulo cerrando la puerta—. ¡Frente al despacho! —Atravesó el vestíbulo tras la estela de Dóminic, que ya se encontraba en el piso de arriba.

Frente a la puerta de lo que se suponía la habitación de su madre, cuatro hombres de gran envergadura, trajeados de negro y de pétreo semblante custodiaban el acceso.

Ni se paró a saludar ni pidió permiso. Se limitó a llamar a la puerta avisando de su llegada y entró antes de que le dieran paso.

La preocupación de su rostro se tornó en desolación al ver a su madre postrada en la cama, pálida como un manto de nieve y con un ligero brillo perlando las incipientes arrugas que la edad comenzaba a tornear en su suave rostro que, hasta hacía tan solo unas horas, parecía haber resistido al paso de los años con la ayuda de una genética que siempre la hizo parecer más joven de lo que en realidad era.

Los dorados ojos de Aurora se cruzaron con los suyos. La fuerza y firme determinación de no dejarse doblegar por aquello que la hacía recibir a su hijo postrada templaron sus nervios.

—Dóminic —susurró sin aliento. Se llevó la mano al vientre y contrajo el rostro en una desagradable mueca de dolor.

Ramsés y Pierre —el médico que su familia tenía en plantilla desde que se introdujeron en el mundo de la droga al más alto nivel— alzaron la vista y lo observaron atravesar el dormitorio para sentarse sobre la cama junto a su madre.

El sutil movimiento del colchón al amortiguar su peso hizo que Aurora contrajera de nuevo el rostro en un inapreciable movimiento que intentó disimular con una sonrisa.

—Has venido. —Trató de acomodar la espalda entre las almohadas del cabecero.

—No te muevas. —Acunó la mano de su madre y le acarició el dorso con el pulgar—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco indispuesta, pero feliz por ver a mis dos hijos de nuevo juntos.

—Creo que la próxima vez sería mejor que hicieras una barbacoa.

Su madre rio. Se llevó la mano al vientre, contrajo el rostro y ahogó un doloroso suspiro. Dóminic alzó la vista por encima de su hombro y miró a su hermano que, a los pies de la cama, los observaba visiblemente preocupado, al igual que Pierre.

—Deberías descansar. —Llevó la mano de su madre hasta sus labios y la besó en los nudillos—. Voy a hablar con Ram y con el matasanos. —Le guiñó un ojo. Su madre sonrió y asintió con la cabeza.

Volvió sobre sus pasos y con un movimiento de cabeza instó a Ramsés y a Pierre a que lo acompañasen fuera de la habitación.

—¿Qué le ocurre? —les preguntó una vez fuera.

—Se asemeja bastante a los cólicos que viene sufriendo desde hace algunos meses, pero hasta la fecha no había presentado fiebre. —Se acarició la media melena plateada—. Me gustaría hacerle algunas pruebas. Una analítica completa y una gastroscopia. Tal vez deberían valorar trasladarla a un hospital.

—¿Y a qué estás esperando?

Pierre miró de soslayo a Ramsés y carraspeó incómodo.

—En un hospital no puedo garantizar su seguridad —intervino Ramsés.

—Pero ¡yo sí!

—¿Y cómo pretendes hacerlo? ¿Cómo vas a explicarle a tus jefes que has decidido custodiar a la madre del Egipcio? ¿Tienes pensado

volver?, ¿o acaso vas a confesar quién eres en realidad?, ¿vas a decirles que es tu madre?, ¿que eres Anubis? Te recuerdo que estás en busca y captura. —Dóminic apretó la mandíbula, impotente—. Tú tampoco puedes garantizar su seguridad. Asúmelo, no puedes vivir entre dos mundos.

—Si me disculpan, me gustaría tomarle unas muestras de sangre. —Miró alternativamente a ambos hermanos.

—Ve. —Ramsés hizo un movimiento de cabeza en dirección a la puerta de la habitación.

—¿Y dónde se supone que va a analizar la muestra? —Pierre desapareció dejando a los hermanos Dwayne a solas en mitad del pasillo. Los guardias de seguridad también habían desaparecido—. ¿En uno de los laboratorios en los que cortáis la droga?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—¡Por el amor de Dios! ¿Te has vuelto loco? —Alzó ambos brazos al aire, desesperado—. ¡Necesita atención médica especializada!

—¡Y la tendrá! Traeré a los mejores médicos del mundo si hace falta, pero madre no saldrá de esta casa.

Miró a su hermano a caballo entre el enfado y la preocupación. Por mucho que se negara a reconocerlo, Ramsés tenía razón: en un hospital ninguno de ellos podía garantizar la seguridad de Aurora y ambos tenían peligrosos enemigos que no desaprovecharían la oportunidad de acabar con la vida de su madre.

Soltó a Nugget y se levantó como si el suelo fuese a desplomarse cuando escuchó el roce metálico de unas llaves arañando la puerta de la entrada.

Caminó hacia el fregadero secándose las lágrimas con avidez. Las uñas de Nugget repiquetearon sobre la tarima como los zapatos de un desacompasado bailarín de claqué.

—¡Qué pasa, demonio! —Parker acarició al perro antes de desconectar la alarma—. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? Puede que nos encontremos con esa pastora alemana que tanto te gusta.

Una cálida y extraña sensación de paz abrazó su corazón al escuchar la voz de Parker. Abrió el grifo de la cocina embriagada de una emoción que amenazaba con volver a descargar un inconsolable torrente de lágrimas. Para serenarse, bebió un poco de agua con la mano llamando la atención de quien había sido uno de sus mejores amigos, compañero y subornidado.

—Perdona. Dóminic no me avisó de que tenía invitados.

Bryana se dio la vuelta limpiándose los restos de agua que humedecían sus voluptuosos labios.

—No sabía que tenías las llaves de casa del inspector Dwayne.

Era extraño que un hombre, en apariencia tan receloso con su vida privada, le dejase las llaves de su casa a cualquiera. Quizá Parker conocía el pasado de Dóminic y, al igual que Cábanno, lo respetaba salvaguardando su secreto.

Cruzó los brazos bajo su pecho y apoyó el trasero sobre la encimera. Parker la observó boqueando como un pececillo fuera del agua buscando una brizna de oxígeno. Carraspeó.

—¿Jefa?

—Te dije que no volvieras a llamarme así.

—Perdona. Es la costumbre. —Descendió la mirada y se concentró en acariciar la cabeza de Nugget.

Bryana dejó escapar un cansado suspiro cargado de culpabilidad al ver las angustiadas facciones que trataba de disimular apartando la vista.

Seguía respetándola. Por como la miraba, sabía que seguía queriéndola. Probablemente si ella hubiese aceptado visitas en prisión, lo habría tenido allí todos los días.

—Ya no soy tu jefa. En realidad, ya no sé quién soy.

Esta vez fue ella quien apartó la vista avergonzada cuando Parker se atrevió a mirarla de nuevo.

—¿Por eso has estado llorando? —Dejó de acariciar a Nugget para acercarse a ella.

—Estoy bien —murmuró.

—No. No lo estás. Solo te he visto llorar una vez. —Recorrió con el dorso de la mano el suave pómulo de Bryana antes de alzarle la barbilla para obligarla a que lo mirase—. Durante el juicio. Y eran lágrimas de impotencia. Aquel brillo que dejaron las lágrimas en tus ojos lo comprendía, pero este no lo entiendo. —Recogió un mechón de pelo que se le había quedado pegado al rostro y se lo colocó tras la oreja—. No sabía que habías salido de prisión. Dóminic no me ha comentado nada. Y Montalvo tampoco le ha comunicado tu puesta en libertad a la Brigada. Eres libre. Eres inocente. No deberías estar llorando.

—En realidad, no soy libre. He salido bajo custodia. Por eso estás tú aquí. —Alzó la muñeca en la que portaba la pulsera de acero que la encadenaba a aquella casa—. El inspector Dwayne es ahora mi carcelero, y esta, mi nueva celda —le dijo alzando las manos al aire y abarcando la estancia.

Parker acarició la muñeca de Bryana.

—¿Desde cuándo tenemos dispositivos tan sofisticados? —Bryana se encogió de hombros—. Los presentaron hace seis meses en una conferencia sobre métodos de reinserción y dispositivos para el rastreo y la localización de expresidiarios, pero no dijeron que estuviesen disponibles. Hablaron de ellos como futuros prototipos. —«¡Genial! Ahora soy una maldita cobaya»—. No lo entiendo. ¿Por qué te lo ha puesto?

«No hay que ser un lumbreras para saberlo»…

—Es el procedimiento habitual. —Volvió a encogerse de hombros. «Pero ¿por qué lo defiendes?», se recriminó al darse cuenta de que estaba justificándolo.

—Con un delincuente, pero no contigo. Tú eres inocente.

—Puede que el inspector Dwayne no opine lo mismo.

—Imposible. —Negó con la cabeza—. Dóminic fue el primero en poner en duda tu sentencia abiertamente. Fue casi lo primero que hizo cuando llegó a la Brigada. Le solicitó a Montalvo la reapertura de tu expediente antes de que Cábanno… —Se atragantó con la realidad de unos hechos que al igual que Bryana, parecía negarse a aceptar. Tragó y carraspeó—. Cábanno y él… Cábanno siguió investigando. Ella siempre creyó en tu inocencia. Dóminic la dejaba hacer. Tenía total libertad para investigar tu caso, y su aprobación. Tenían un rollo un poco raro. Cualquiera que no conociese las preferencias de Alessia

habría pensado que entre ellos había algo más.

—¿Dóminic lo sabía?

—Todos los sabíamos. Tampoco es que ella lo ocultase. Yo… creía en tu inocencia incluso cuando estaba presentando las pruebas en la fiscalía, pero…

—¡¿Y la dejaste investigar sola?!

—¿Qué querías que hiciera? —Alzó ambas manos al aire en un claro gesto defensivo.

—¡Detenerla! Acabar con aquella locura. Ayudarla. Cualquier cosa, excepto dejarla investigar por su cuenta.

—¿Crees que no lo intenté? Después del juicio estuvo meses sin dirigirme la palabra. No me escuchaba.

Bryana suspiró llevándose la mano al puente de la nariz y negando con la cabeza. Cábanno y su estúpido orgullo. Alzó la vista y miró a Parker. Derrotado, desolado, hundido, con los ojos vidriosos y los hombros caídos.

Scott habría ayudado a su estúpida amiga si ella lo hubiese dejado. «Y ahora, por tu irracional cabezonería, estás muerta. Imbécil».

—¿Tienes idea de lo que estaba investigando? ¿O a quién?

Parker negó con la cabeza.

—No tenemos nada nuevo. Estamos atascados donde tú lo dejaste.

«Tal vez, yo si tenga algo nuevo, pero no sé por dónde empezar ni en quién confiar».

—¿Y si te dijera que es uno de los nuestros?

Su intuición le decía que Parker no era el asesino, pero tenía que empezar a descartar sospechosos y no podía fiarse solo de una corazonada. Necesitaba un equipo en el que poder apoyarse a ciegas.

El Cremador no solo era peligroso; era muy inteligente y, además, disponía de la inmunidad y el conocimiento de años de servicio.

—¿Sabes quién es?

Los castaños ojos de Parker brillaron de excitación. Tintinearon con la alegría y la esperanza de un depredador que, tras un periodo de larga hambruna, contemplaba desde lo alto de un risco a las manadas de presas regresando a su territorio. Parker no era el asesino.

—No. —Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Sacó el dibujo que le había entregado Verónica. Desdobló con cariño el papel y lo colocó sobre la isla de la cocina, junto a los expedientes de las dos últimas víctimas del Cremador—. Pero Cábanno lo descubrió.

—¿Qué es eso? —Cogió el dibujo y se lo acercó para inspeccionarlo.

—Cábanno le pidió a una civil que me lo entregara si le ocurría algo.

—¿A una civil? —Alzó la vista del papel frunciendo el ceño.

—A una civil… especial.

—¿Estaba con alguien?

—Más o menos. Eso creo.

—Sabía que tenía un nuevo objetivo, pero no pensé que fueran en serio. —Escudriñó de nuevo el dibujo—. Nunca comprendí vuestro puñetero lenguaje. —Dejó el dibujo sobre la isla de la cocina—. ¿Qué se supone que significa?

—Es una interpretación artística, pero ¿tú qué ves?

—¿Un caballo? Un… un caballo en llamas.

—¿Y qué caballo se hizo famoso por provocar la caída de un imperio?

—El de Troya. El caballo de Troya. —Su rostro se iluminó—. ¡Joder! ¡El Cremador es de los nuestros!

—¿Ves como no era tan difícil? —Sonrió.

Parker se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó el teléfono.

—¿Qué haces?

—¿Se lo has dicho a Dom? —Desbloqueó la pantalla.

—No, espera. —Le quitó el móvil en el momento justo en el que iba a pulsar la tecla de llamada.

—Tenemos que decírselo.

—Pero no sabemos quién es.

—Dóminic no es el asesino. —Le quitó el teléfono.

—Lo sé, pero…

—Bryana, sé que pedirte que confíes en mí es como intentar hacerle una trenza a un calvo, pero te aseguro que Dóminic no es el asesino. —Pulsó la tecla de llamada.

—No estoy pidiéndote que se lo ocultemos, pero no creo que sea una información que deba darse por teléfono —le justificó atropelladamente. Suspiró aliviada cuando Parker se retiró el móvil y colgó.

—Tienes razón. —Volvió a guardarse el teléfono en la americana.

—No sabemos quién es el asesino. Debemos ir con cuidado, porque si es uno de los nuestros conoce los procedimientos, sabe cómo nos movemos y lo más probable es que esté al corriente de todos los detalles de la investigación.

—¿Y cómo vamos a dar con él?

—No lo sé. —Acarició el dibujo con la vista fija en el trazado de las llamas—. Estoy convencida de que Cábanno me dejó algún otro mensaje. Si llegó hasta él, si descubrió su identidad o se acercó de demasiado, ella…

—Entre sus pertenencias no encontramos nada relevante. —Miró el caballo dibujado que Bryana acariciaba—. Pero ahora jugamos con ventaja. Seguro que el Cremador no sabe que has salido de ese agujero. Yo no tenía de idea, así que es de esperar que él tampoco.

—A estas horas, el juez podría habérselo contado a Montalvo. Puede que lo sepa toda la unidad y ya sabes cómo son esa panda de marujas.

—Crees que Montalvo…

—No lo sé. —Suspiró—. En prisión solo me dijeron que se trata de un hombre de entre cuarenta y cincuenta años. Y que no pertenece

a la Brigada ni a la UDYCO.

—¿Has seguido investigando por tu cuenta en prisión?

—No. —Negó con la cabeza—. Me había rendido. Pero llegasteis vosotros… La muerte de Cábanno… —Acarició el dibujo.

Parker la atrajo hacia su cuerpo. La abrazó y la besó en la coronilla.

—Luchó. Se defendió. A ese cabrón no le fue fácil matarla.

Lo sabía. La autopsia revelaba infinidad de heridas defensivas. Cábanno no se lo puso nada fácil. Sonrió con pesaroso orgullo.

—Hay algo más. —Salió de los protectores brazos de su compañero. Cogió los expedientes de los últimos casos y los abrió sobre la isla de la cocina por el informe del forense—. A este niño lo torturaron durante días, puede que semanas, o, incluso, años. Creo… creo que experimentaba con él.

—¿Estás segura? —Frunció el ceño—. No hay indicios de que retenga a sus víctimas durante largos periodos de tiempo.

—Lo sé, pero fíjate en los dientes. —Señaló la fotografía del cadáver del muchacho—. Los incisivos están mellados. Demasiado deteriorados para un joven de su edad.

—¿Descalcificación?

—No —le respondió negando con la cabeza—. Y tampoco son producto del fuego. Lo obligaba a comer, lo alimentaba. Y estas incisiones —señaló con el dedo allí donde el forense había detallado con precisión las heridas ya cicatrizadas del muchacho—, son las mismas que encontramos en las últimas víctimas: mismo tamaño, grosor y localización. De igual forma que las que encontramos en la joven de intercambio se correspondían con las de las víctimas que la sucedieron. Se pasó todo el verano torturándola. Estoy segura.

—Dios… Lleva sin actuar cinco años…

—Estas incisiones no son recientes, muestran que se produjeron hace más tiempo.

—Hijo de puta. —Golpeó la encimera arrugando el informe preliminar del muchacho.

—Estábamos equivocados. No escoge a sus víctimas al azar. Sería peligroso. Las estudia. Y necesita un lugar para retenerlas durante largos periodos de tiempo. Un lugar alejado, seguro —caviló en voz alta—. ¿Habéis buscado al muchacho entre los menores desaparecidos?

—Sí, pero no hemos encontrado nada —le respondió conmocionado, cogiendo la foto del niño calcinado sobre la mesa de autopsias.

—¿Qué padres no denuncian la desaparición de su hijo?

—Los que están muertos. —Se acarició la calva.

—Hay que comparar el ADN del crío con el de las otras víctimas del Cremador.

—¿Crees que sus padres podrían haber corrido la misma suerte?

—Al menos uno de ellos, sí.

—Pero las víctimas no tenían parejas ni hijos…

—Podría ser adoptado, un hijastro o un hermanastro.

—En ese caso, el ADN no va a decirnos mucho. —Volvió a dejar la fotografía junto al expediente—. ¿Crees que fue un error?

—No. No lo creo. Creo que Cábanno fue su error. Estaba investigando alteraciones genéticas y del ADN cuando la asesinó. —Miró la fotografía del cadáver calcinado de su amiga sobre la mesa de autopsias—. No entraba en sus planes matar a uno de los nuestros. No se arriesgaría tanto. Es inteligente, concienzudo y metódico. Elige a sus víctimas siguiendo un patrón. —Acarició la fotografía de su amiga—. Me habría gustado despedirme de ella. —Alzó la vista. Parker la observaba con una sonrisa en los labios—. ¿He dicho algo gracioso?

—No. Es solo que, cuando he llegado, te preguntabas quién eras sin darte cuenta de que siempre te refieres a nosotros como compañeros. Estás metida en el caso por completo. No has olvidado a ese cabrón ni a sus víctimas.

—No es fácil olvidar a quien te ha arruinado la vida. —Comenzó a recoger los expedientes evitando el alegre y esperanzador escrutinio de Parker.

—Bryana —acarició el dorso de la mano con la que cerraba el expediente de Cábanno—, eres la mejor inspectora de Homicidios del país.

Y ahí estaba la dichosa afirmación que tanto pesaba sobre ella, que nunca había creído y que, además, sentía como la mayor falacia del mundo.

—Si hubiese sido la mejor inspectora del país no habría caído en su trampa. No habría pasado cinco años de mi vida en prisión y este tío estaría cumpliendo condena o, mejor aún, muerto. Así que nunca fui, ni soy, la mejor inspectora de Homicidios del país. —Rodeó la isla de la cocina y se acercó a las cajas que había amontonadas sobre el sofá—. Voy a darme una ducha.

Echó un vistazo por encima a los montones de cajas que había desperdigados por el salón. Toda su vida, quién había sido, estaba en el interior de aquellos contenedores de cartón que bien podía tirar a la basura, pues de aquella mujer no quedaba nada salvo el recuerdo. Suspiró. Abrió la caja que sobresalía del respaldo del sofá.

—¿Me ayudas a buscar ropa limpia y un par de toallas?

—Las toallas creo que estaban por aquí. —Se acercó a una de las cajas que había sobre la mesa del comedor, junto a la puerta—. Ropa creo que tienes en esas cajas de allí —señaló desde la mesa del comedor las cajas que había en el suelo, junto al brazo del sofá, cerca de las escaleras que subían a la planta superior.

—Es curioso que, con lo desordenado que tú eres, fueras capaz de recoger las cosas de mi apartamento con un orden lógico.

Caminó hacia las cajas que Parker le había indicado sin advertir la incomodidad en su rostro.

—Yo… Yo no me encargué de recoger tu apartamento. No fui capaz de volver después del juicio. —Bryana se giró para mirarlo—. Solo he ayudado a Dom a trasladarlas del trastero en el que Montalvo las había guardado hasta aquí. Nosotros… Yo… Hemos revisado tus pertenencias.

—¿Cómo dices?

No le importaba que Parker hubiese curioseado entre sus cosas, pero Dóminic…

—Pensábamos que quizá en estas cajas encontraríamos algo que te hiciera volver a ser la misma de siempre.

—No teníais ningún derecho —le siseó.

—Pero, Bryana…

—¡Me he pasado los últimos cinco años en prisión, no de vacaciones en Bora Bora! ¡Nunca volveré a ser la misma! ¡Nadie volvería a ser el mismo después de una experiencia así!

—Lo sé, pero…

—No tienes ni idea. ¿Sabes lo que es no pegar ojo en cinco años?, ¿tener la sensación constante de que en cualquier momento van a matarte? —Se le saltaron las lágrimas. Un nudo en la garganta le impedía deshacerse de la frustración y de la impotencia acumulada durante los últimos cinco años. Carraspeó—. No tienes la más remota idea de lo que significa sobrevivir en un lugar como ese. ¡Sola! —Alzó la palma de la mano cuando Parker dio un paso hacia ella, en un claro intento por consolarla—. No te acerques. Vete.

—Pero, Bryana… —Se detuvo a escasos centímetros del sofá.

—He dicho que te vayas.

—No puedo dejarte así. —Miró fugazmente la pulsera de acero que rodeaba la muñeca de Bryana—. No puedes pedirme eso.

—No voy a ir a ningún sitio. —Se secó las lágrimas que recorrían sus mejillas con el dorso de la mano de dos bruscos movimientos—. No puedo alejarme de esta encantadora prisión más de un kilómetro, así que vete. —Parker se quedó inmóvil como una estatua—. ¡Que te largues!

Dio un respingo. Dudó. Tardó un par de segundos en reaccionar hasta que, finalmente, con el rostro carcomido por la culpa y un mar de dudas anegando sus castaños ojos, dio media vuelta en dirección hacia la puerta.

El sol teñía con sus últimos rayos el horizonte de aquella tarde de finales de primavera cuando Parker salió de la casa. Se sentó en el suelo junto a la puerta. Con la espalda apoyada en la impoluta fachada blanca, con las piernas flexionadas y la cabeza gacha, descansó los brazos en las rodillas y se acarició la calva con movimientos pausados. Suspiró. Alzó la vista hacia los últimos rayos

de sol con lágrimas en sus diminutos ojos.

—Lo siento —se escapó de entre sus labios en un susurro apagado.

Capítulo 17

Dóminic recorría la Cañada de vuelta hacia su casa pasada la medianoche.

Durante el día, aquel suburbio marginado imponía su respeto a través de las leyendas. Habladurías que perdían por completo el cariz ficticio cuando se alzaba el velo nocturno.

Recorrió al menos diez kilómetros con angustiosa lentitud bajo el manto de estrellas y la densa negrura que engullía la luz de los faros del coche, incapaces de iluminar con decencia los angostos caminos de tierra, delimitados por las hogueras en bidones a las puertas de las chabolas en las que se traficaba, señalando los accesos como auténticos mausoleos a los que peregrinaba gente de todas clases, pero de la misma calaña.

Le devolvió la llamada perdida a Parker cuando las primeras farolas de aquel suburbio advertían el final del polvoriento camino.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Dónde estás?

—Volviendo a casa. ¿Y Bryana? —Se detuvo en la señal de stop que limitaba la Cañada con el mundo sujeto a las leyes.

—Dentro.

—¿Cómo que dentro? —Miró la pantalla del salpicadero con temor—. ¿Qué quieres decir con dentro? ¿Tú dónde estás?

—Fuera.

—Perfecto. Ya me ha quedado claro que ese capítulo de Barrio Sésamo no te lo perdiste. Ahora, ¿tendrías la amabilidad de ser un poco más preciso?

—En el coche. Aparcado frente a la entrada.

—¡Mierda! ¡¿Está sola?!

—Me ha echado. —Un corto pero tenso silencio inundó la línea—. Hemos discutido. Se ha enfadado y me ha echado.

—Maldita sea —farfulló—. Está bien. Quiero que rodees el

edificio y compruebes si la ventana del cuarto de baño del dormitorio está cerrada. Llegaré en diez minutos como mucho.

—No ha salido. Ya me ha dicho que no puede alejarse de la casa. ¿En qué narices estabas pensando cuando le pusiste ese dispositivo? Bryana no es ninguna asesina.

—Parker, ahora no. Haz lo que te digo y espérame en la puerta. —Colgó.

Las ruedas traseras del Audi derraparon sobre el final del camino de tierra antes de levantar una nube de espeso polvo.

Se había dado una larga ducha de agua caliente que, con mucho gusto, habría disfrutado si las lágrimas no hubiesen empañado el mundano placer de poder asearse sin el constante temor de perder la vida.

Envuelta en una mullida toalla con olor a pasado, había bajado al salón. Había rebuscado entre sus pertenencias guardadas en cajas y repartidas por toda la planta baja. Las mismas que Dóminic, sin su consentimiento, había vulnerado.

Antes de perder el control y dejarse llevar por la impotencia, destrozando lo poco que quedaba del pasado de una mujer que apenas recordaba, se había puesto una enorme camiseta de los Chicago Bulls. La preferida de su hermano.

Por lo general, para dormir, utilizaba una antigua camiseta roída y desgastada de la Academia de Policía, pero sabiéndose de prestado y recluida, pensó que no era un atuendo para pasar la noche y, además, necesitaba sentir la compañía de los suyos, aunque ya no le quedara nadie.

Arrastrando los pies, con la cabeza gacha, subió a la habitación seguida por Nugget. Se dejó caer de bruces sobre el colchón e inspiró.

Dio media vuelta sobre sí con la mirada perdida en el impoluto techo de escayola blanca. Acarició las sábanas. La suavidad de la tela, junto con el dulce aroma que desprendía, la irritó. Su congoja se apaciguaba, pero su ira iba en aumento.

Estaba agotada y, aun así, no podía dormir. Necesitaba descansar, pero le era imposible. Estuvo dando vueltas sobre la cama hasta que

Nugget se subió y se tumbó junto a ella, limitando de manera considerable su espacio y llenando un vacío del que desesperadamente necesitaba deshacerse.

Abrazó al enorme rottweiler. El calor que desprendía aquel saco peludo, junto con su lenta y profunda respiración, fue como un bálsamo para el hervidero de emociones que bullían en su interior hasta que aquel gigantesco oso negro comenzó a roncar.

—¡La Virgen! —Sonrió acariciando el lomo del animal—. Un martillo neumático hace menos ruido que tú.

Aparcó junto al coche de su compañero, frente a la entrada de su casa, donde Parker esperaba apoyado en la pared con las manos en los bolsillos de su inmaculado traje dos piezas, pisando la fachada como el modelo de un catálogo para hombres que habían rebasado la juventud pero que mantenían un poderoso atractivo.

—¿Sigue dentro?

—¿Qué coño te ha pasado en la cara?

—Parker. Bryana, ¿dónde está?

—Fui a comprobar la ventana del baño, como me pediste. Estaba entreabierta.

—Pero ¿sigue dentro? —Sacó las llaves del bolsillo del pantalón con ansiosos movimientos.

—No he vuelto a entrar desde que me invitó a marcharme.

—¡¿Por qué no lo has comprobado?!

—Porque la conozco, y cuando se cabrea de esa manera, si quieres conservar la cabeza sobre los hombros, es mejor darle tiempo y espacio para que se calme. Además, ¿no se supone que el dispositivo de rastreo está conectado a tu casa? No ha salido. Te habrías enterado, ¿no?

—Sí. No. —Acercó las llaves al bombín—. Luego te lo explico.

—Tienes que explicarme muchas cosas, me parece a mí.

Si Dóminic llegó a escucharlo, hizo caso omiso porque abrió la

puerta y entró como un vendaval.

—¡Bryana! —Desesperado, buscó por el salón.

—Estará arriba. Descansando. No tenía buena cara. Lleva años sin dormir. —Accedió tras él con las manos en los bolsillos y la vista fija en la cama de la planta superior en la que no se veía a Bryana, pero sí cómo un misil de pelo negro bajaba las escaleras como un camicace.

Dóminic saludó a Nugget con una rápida caricia en el lomo antes de comenzar a subir las escaleras de dos en dos. Llegó a los pies de la cama y suspiró aliviado cuando vio a Bryana tumbada hacia la pared del baño con los ojos cerrados.

Estaba despierta. Supo que Dóminic había llegado incluso antes de que entrase por la puerta porque el ronroneo del motor de su coche era inconfundible y, además, detuvo el estruendoso festival de ronquidos de su peludo compañero.

Cerró los ojos cuando escuchó que abrían la puerta. El corazón se le aceleró, pero trató de controlar la respiración inspirando y expirando con profundidad y lentitud.

No le apetecía enfrentarse a Dóminic en aquel preciso momento. No quería verlo y rezó todas las plegarias que se sabía, que no eran muchas, para que su traicionero cuerpo no la delatase cuando la intensa y cálida mirada del inspector comenzó a recorrer su cuerpo. «Tenías que haber ido más a misa».

—Te dije que estaba descansando —escuchó decir a Parker entre susurros.

Su corazón se desbocó cuando una ráfaga de dulce calor acarició su cuerpo. Dóminic debía de estar frente a ella. De cuclillas o agachado; no estaba segura. Pero lo que sí sabía era que estaba cerca, demasiado cerca. «Relájate. Respira. Concéntrate en respirar».

—Si se marchase, ¿tú serías capaz de encontrarla? —le preguntó en un susurro.

—Antes, probablemente; ahora, no lo creo.

—No deberías haberla dejado sola.

—Le has puesto un dispositivo de rastreo. Una cagada por tu parte, por cierto. ¿Cómo se te ocurre?

Parker también debía estar cerca. Puede que a los pies de la cama.

Obnubilado, Dóminic le colocó un mechón de pelo tras la oreja. «Respira, Bryana… Piensa en… sotanas».

—Shhh. —Fulminó con la mirada a su compañero—. ¿Crees que no lo sé? Yo no controlo esta mierda. —Aclaró al cabo de unos segundos—. Lo controlan desde prisión, tanto el emisor como el receptor. El juez llamó al director del centro. No me habrían permitido sacarla de allí sin este chisme.

La calidez que desprendía el cuerpo de Dóminic comenzó a difuminarse. Estaba alejándose, gracias a Dios. Necesitaba todos sus sentidos para atender la conversación que él y Parker mantenían entre susurros.

—Le he pedido a un amigo que modifique la señal. Ha creado un espejo.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea. La informática no es lo mío, pero no quiero que ese cabrón sepa dónde está Bryana. Leopoldo no es trigo limpio. Vayamos donde vayamos la señal siempre emitirá desde aquí o desde la comisaría de manera aleatoria.

—Deberías decírselo.

—Si quieres le doy también las llaves del coche y un mapa con las rutas turísticas más importantes de camino al exilio.

—¡Por el amor de Dios, no va…!

—Shhh.

—No va a fugarse —volvió a susurrar.

—Ya lo ha intentado.

—¿Cuándo?

—Cuando volvíamos de prisión. Vamos a sacar a la fiera, necesito hablar contigo. Hay algo que tienes que saber. —Le echó un último vistazo a Bryana antes de dirigirse con pasmoso sigilo hacia las

escaleras.

Una placentera descarga eléctrica erizó el vello de su piel. Contuvo la respiración. Iban a pillarla. Dóminic se daría cuenta de que estaba fingiendo un profundo sueño.

Escuchó el lejano claqueteo de las pisadas de Nugget sobre la tarima, cómo Dóminic le chistaba al perro y la puerta al cerrarse. Esperó un par de minutos antes de abrir los ojos. Se incorporó y cogió aire como si acabase de bucear quinientos metros a pulmón.

Miró la pulsera de acero que como un grillete rodeaba su muñeca. Alzó la vista hacia la puerta. ¡Era libre!

En un descampado a escasos metros frente a la urbanización de lofts en la que vivía, Dóminic tiraba un palo que Nugget iba a buscar a la carrera y le entregaba volviendo al trote y alzando la cabeza con orgullo mientras masticaba su improvisado juguete de madera.

—¿Vas a entregarme? —le preguntó a Parker, que andaba de un lado para otro junto a él, se paraba, se acariciaba la calva y lo miraba asombrado antes de negar con la cabeza, girar sobre sí, volver a caminar y repetir todo el proceso.

—Necesito asimilarlo.

—Pensé que Cábanno te lo habría contado. —Volvió a tirarle el palo a Nugget con la vista fija en algún punto en la oscuridad.

—¿Cábanno lo sabía? —Puso los brazos en jarras.

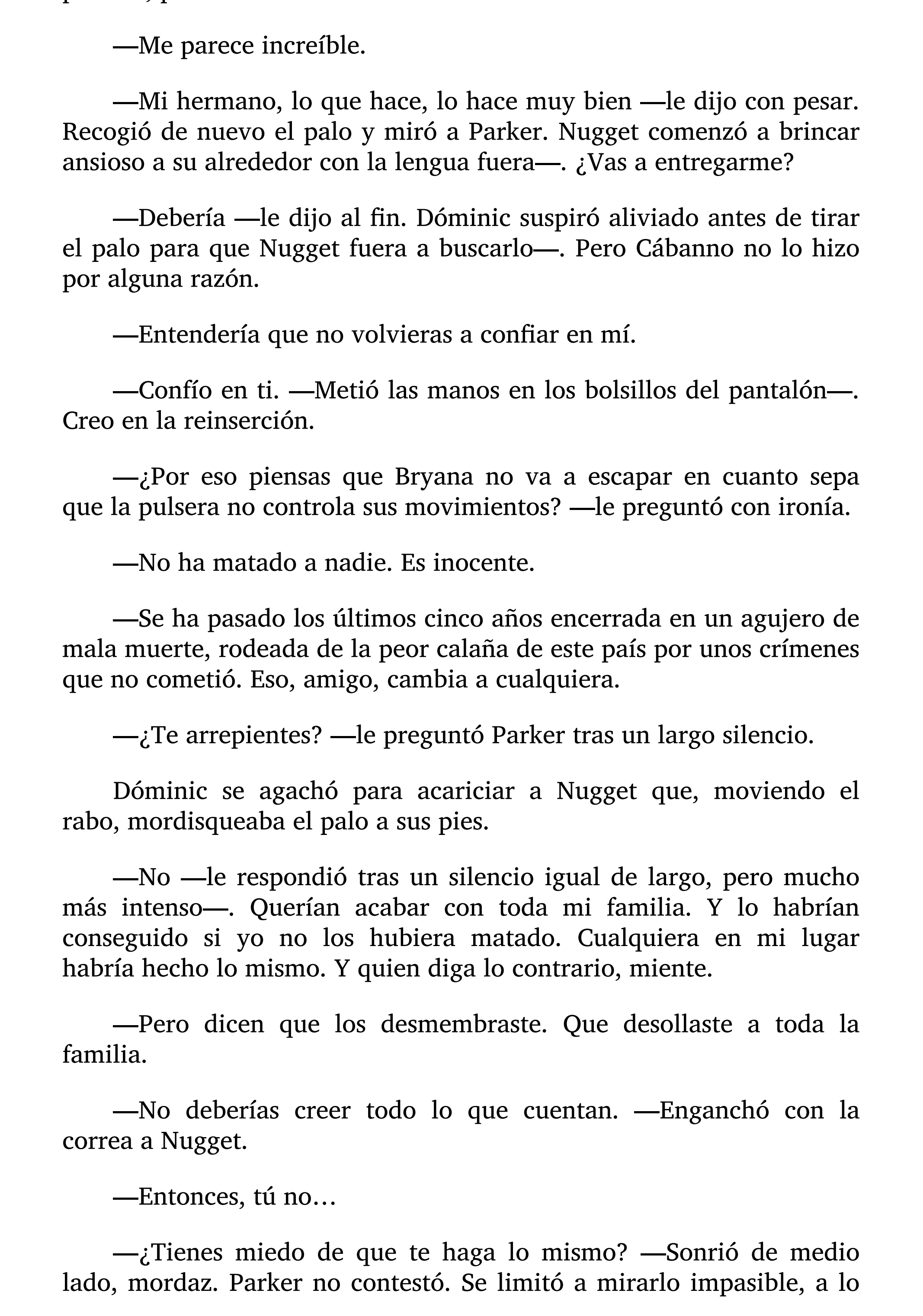
—Creí que me había descubierto al poco de llegar a la unidad. —Recogió el palo que Nugget le entregaba y volvió a tirarlo.

—No me comentó nada. —Se acarició la calva—. ¿Y en la UDYCO no se dieron cuenta?

Dóminic negó con la cabeza. Se agachó, acarició los maseteros de Nugget con enérgicos movimientos, recogió el palo y volvió a tirarlo al vacío.

—¡Increíble!

—No se tienen registros de ADN de mi hermano, por lo que a la UDYCO respecta, el Egipcio está limpio. Es el típico cabrón que sabes



que es culpable y debería pasar el resto de su vida en una celda de dos por dos, pero no tienes forma de demostrarlo.

—Me parece increíble.

—Mi hermano, lo que hace, lo hace muy bien —le dijo con pesar. Recogió de nuevo el palo y miró a Parker. Nugget comenzó a brincar ansioso a su alrededor con la lengua fuera—. ¿Vas a entregarme?

—Debería —le dijo al fin. Dóminic suspiró aliviado antes de tirar el palo para que Nugget fuera a buscarlo—. Pero Cábanno no lo hizo por alguna razón.

—Entendería que no volvieras a confiar en mí.

—Confío en ti. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Creo en la reinserción.

—¿Por eso piensas que Bryana no va a escapar en cuanto sepa que la pulsera no controla sus movimientos? —le preguntó con ironía.

—No ha matado a nadie. Es inocente.

—Se ha pasado los últimos cinco años encerrada en un agujero de mala muerte, rodeada de la peor calaña de este país por unos crímenes que no cometió. Eso, amigo, cambia a cualquiera.

—¿Te arrepientes? —le preguntó Parker tras un largo silencio.

Dóminic se agachó para acariciar a Nugget que, moviendo el rabo, mordisqueaba el palo a sus pies.

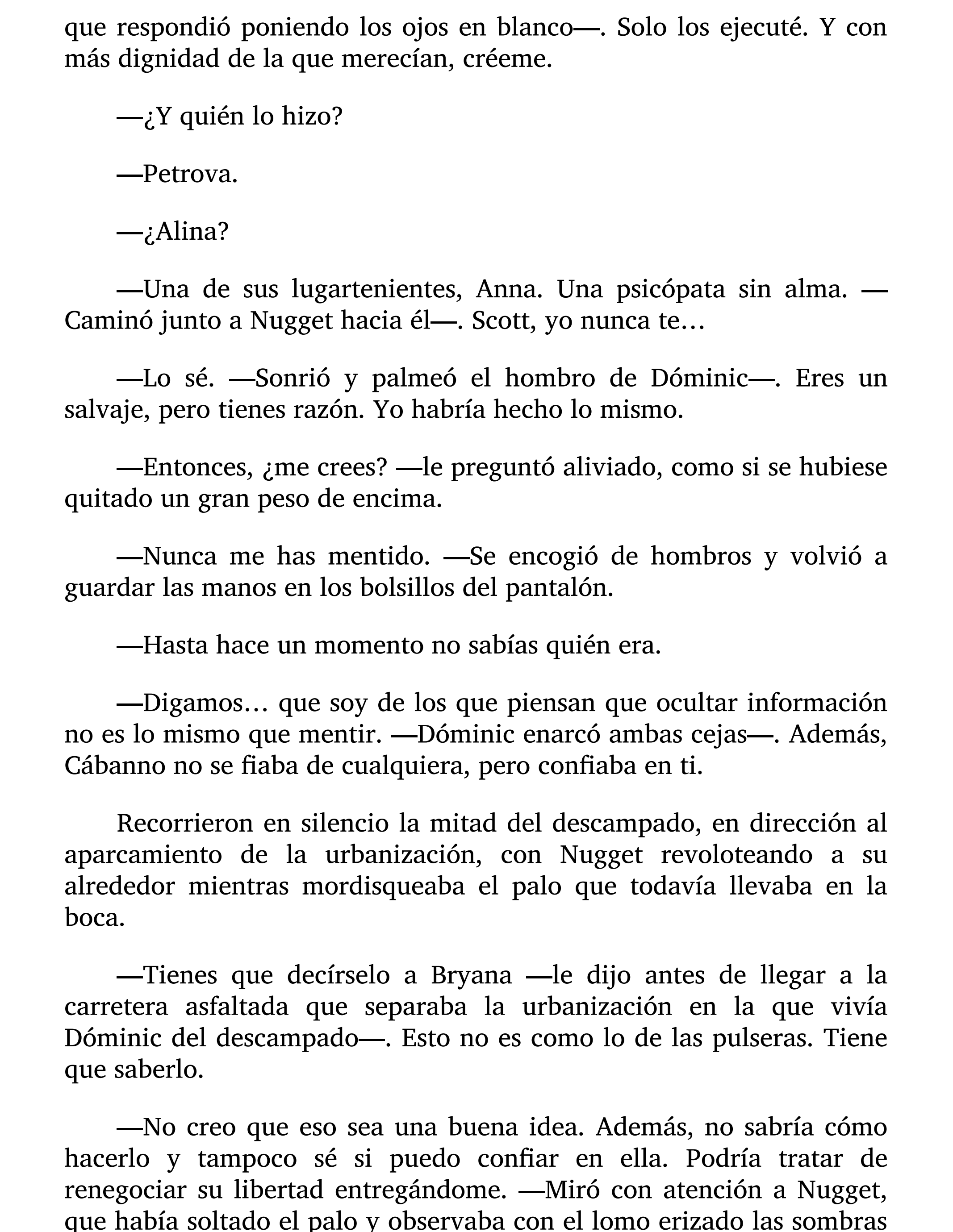
—No —le respondió tras un silencio igual de largo, pero mucho más intenso—. Querían acabar con toda mi familia. Y lo habrían conseguido si yo no los hubiera matado. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. Y quien diga lo contrario, miente.

—Pero dicen que los desmembraste. Que desollaste a toda la familia.

—No deberías creer todo lo que cuentan. —Enganchó con la correa a Nugget.

—Entonces, tú no…

—¿Tienes miedo de que te haga lo mismo? —Sonrió de medio lado, mordaz. Parker no contestó. Se limitó a mirarlo impasible, a lo



que respondió poniendo los ojos en blanco—. Solo los ejecuté. Y con más dignidad de la que merecían, créeme.

—¿Y quién lo hizo?

—Petrova.

—¿Alina?

—Una de sus lugartenientes, Anna. Una psicópata sin alma. —Caminó junto a Nugget hacia él—. Scott, yo nunca te…

—Lo sé. —Sonrió y palmeó el hombro de Dóminic—. Eres un salvaje, pero tienes razón. Yo habría hecho lo mismo.

—Entonces, ¿me crees? —le preguntó aliviado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—Nunca me has mentido. —Se encogió de hombros y volvió a guardar las manos en los bolsillos del pantalón.

—Hasta hace un momento no sabías quién era.

—Digamos… que soy de los que piensan que ocultar información no es lo mismo que mentir. —Dóminic enarcó ambas cejas—. Además, Cábanno no se fiaba de cualquiera, pero confiaba en ti.

Recorrieron en silencio la mitad del descampado, en dirección al aparcamiento de la urbanización, con Nugget revoloteando a su alrededor mientras mordisqueaba el palo que todavía llevaba en la boca.

—Tienes que decírselo a Bryana —le dijo antes de llegar a la carretera asfaltada que separaba la urbanización en la que vivía Dóminic del descampado—. Esto no es como lo de las pulseras. Tiene que saberlo.

—No creo que eso sea una buena idea. Además, no sabría cómo hacerlo y tampoco sé si puedo confiar en ella. Podría tratar de renegociar su libertad entregándome. —Miró con atención a Nugget, que había soltado el palo y observaba con el lomo erizado las sombras que caían sobre los coches aparcados.

—Si quieres que confíe en ti, debes darle algo a cambio. Para Bryana es tanto o más importante la confianza como la lealtad, y si se entera…

—Shhh. —Se paró mirando hacia donde lo hacía Nugget. Soltó al perro de la correa y, por instinto, se llevó la mano al costado, allí donde debería tener la funda que rodeaba su torso junto con el arma que había dejado en casa antes de salir a ver a su hermano.

—¿Qué ocurre?

—Dime que vas armado.

—Siempre.

—¡Al suelo! —Placó a Parker con su propio cuerpo.

Capítulo 18

Preparó una pequeña mochila con un par de fotografías: una en la que se la veía a ella con sus padres el día que juró el cargo, cuando se graduó en la Academia, y otra tomando una cerveza en un bar junto a Scott y Cábanno. Buscó la fotografía que tenía en su despacho, la de la última tarde que pasó junto a su hermano y sus padres en las barcas del parque de El Retiro, pero no la encontró, así que se limitó a meter algo de ropa: unos pantalones vaqueros, una camiseta negra y un par de mudas de ropa interior. El tiempo corría en su contra. Dóminic y Parker podían volver en cualquier momento.

Necesitaba dinero en metálico. Así que, como una vulgar ladronzuela, registró a toda prisa los muebles del salón. No encontró nada.

Se dirigía a la habitación para registrar las mesillas, la cómoda y el armario cuando reconoció el sonido seco que rompió el silencio exterior.

En su antigua unidad, pocas eran las ocasiones que tenía la oportunidad de desenfundar su antigua USP. Disparar a un blanco la relajaba y, aunque no lo necesitara, pues tenía la mejor puntuación de tiro a nivel nacional, pasaba muchas horas en la galería de tiro. Allí podía pensar con claridad.

Había pasado mucho tiempo desde que desenfundó un arma por última vez, sin embargo, jamás olvidaría el olor a pólvora ni el atronador sonido de un disparo que, como un eco en el exterior atenuado por las paredes del loft, había roto el silencio sepulcral de su inocente y justificada actividad delictiva.

Dóminic y Scott no habían vuelto todavía. Otro disparo. «Un arma. Necesito un arma». Miró en rededor. Había visto la funda de lo que supuso el arma de Dóminic por algún sitio. Otro disparo. Echó un vistazo por encima del mueble del salón. Junto a la tele estaba el arnés con la funda de la USP de Dom.

Saltó por encima de las cajas que rodeaban uno de los brazos del sofá y se abalanzó sobre el mueble. Desenfundó la USP, comprobó que estaba cargada y con mariposas revoloteándole en el estómago, de un golpe seco en la culata, rearmó la pistola y corrió hacia la puerta.

Salió. Entre los vehículos estacionados, al otro lado del aparcamiento, Dóminic ayudaba a Scott, que se aferraba con un brazo

al hombro del inspector y con la otra mano taponaba lo que parecía una herida de bala en la pierna.

Dóminic arrastraba a su compañero hacia la seguridad que otorgaba la improvisada barrera de vehículos aparcados mientras se cubría con lo que supuso la USP de Parker, que no estaba en condiciones de disparar. ¡Bendito Scott, que siempre iba armado!

El corazón le dio un vuelco al ver a Parker herido y a Dóminic en peligro. Su mirada se transformó. El brillo en los ojos grises de Bryana adquirió la intensidad del peligro y la advertencia de un depredador. Escuchó unos gruñidos procedentes del lateral derecho del aparcamiento, entre los coches, pero el claroscuro de las farolas no le permitía ver con exactitud de dónde provino el grito que precedió a los gruñidos.

«Nugget».

Saltó sobre el capó del R8. Se subió al techo del Audi y vio a una joven revolviéndose entre las fauces del rottweiler de Dóminic. Apuntó a la mujer y disparó cuando un quejido lastimero del perro fue solapado por el sonido seco de un cuarto disparo.

Un todoterreno oscuro le cortó el paso a Dóminic. Dos hombres trajeados de negro se bajaron de la parte delantera y se colocaron en posición de defensa tras cada una de las puertas, apuntando al tirador entre los coches y aprovechando el SUV como escudo.

Jackson se bajó de la parte trasera del todoterreno y acudió a ayudar a Dóminic.

Entre ambos, alzaron a Scott, que se dejó arrastrar hasta el lateral del vehículo.

—Increíble —dijo absorto en la imagen de Bryana—. ¿Qué hacemos con la pantera que hay sobre tu coche?

—Es Bryana. Que no disparen a Bryana. —Ayudó a Parker a recostarse sobre el lateral del todoterreno.

—¿Estás seguro? —Dóminic lo fulminó con la mirada—. Como ordenes —le dijo alzando ambas manos al aire.

Jackson silbó a sus hombres que, si bien habían desenfundado y

se encontraban preparados para abatir cualquier blanco, esperaban sus órdenes para abrir fuego.

Con un par de movimientos y señales con la mano, les ordenó que no cargaran contra Bryana que, bajo la luz de la farola, subida al techo del Audi de Dóminic, con la brisa meciendo su melena, apuntaba hacia el blanco que acababa de abatir.

—¿Cómo estás? —preguntó de cuclillas junto a Parker.

—Como si me hubieran pegado un tiro —gruñó taponándose la herida del muslo. Empalideció—. Tío, debo estar muy jodido porque estoy viéndote doble.

Dóminic alzó la vista por encima de su hombro. Del todoterreno había bajado un cuarto hombre. Ramsés.

—Tranquilo, estás bien. Es mi hermano. Se me olvidó comentarte que somos gemelos. —Contrajo el rostro en una mueca que justificaba no haberle comentado que eran gemelos idénticos.

—Habría sido todo un detalle por tu parte. —Hizo un mohín de dolor con los labios.

Dóminic volvió a alzar la vista por encima de su hombro, esta vez para mirar a Jackson.

—Quédate con él —le ordenó—. Parker, tengo que ir junto a Bryana.

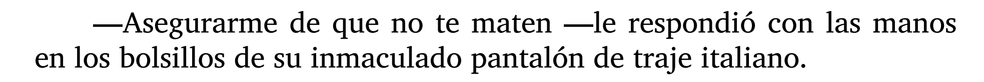
Scott miró con cautela a Jackson que, de pie junto a Dóminic, lo observaba con una traviesa sonrisa y un divertido brillo en sus ojos verdes mientras se sacaba un arma del costado interior de la americana.

—Estarás bien. Confía en mí. —Agarró el antebrazo de su amigo para insuflarle valor y seguridad.

—No te olvides del chihuahua —gruñó. Su rostro se contrajo de dolor, pero alcanzó a mostrar una fingida y serena sonrisa.

Dóminic le dio un apretón en el antebrazo antes de levantarse.

—Protégelo con tu vida si es necesario —le ordenó a Jackson, quien asintió acercándose a su amigo—. ¿Qué hacías por aquí? —le preguntó a su hermano, cargando el arma.



—Asegurarme de que no te maten —le respondió con las manos en los bolsillos de su inmaculado pantalón de traje italiano.

—¿Lo sabías?

—Digamos que me han avisado con tiempo. —Se encogió de hombros.

—¿Quién?

—Eso ahora es irrelevante. —Sacó el arma—. Te acompaño. —Ramsés Movió el cañón para cargarla.

—No creo que sea una buena idea.

—No era una pregunta.

Bryana esquivó los coches estacionados en el aparcamiento de la urbanización hasta llegar al lugar en el que Nugget, herido, aferraba con agónicos gruñidos la pierna desgarrada de la joven en un intento por detener su huida. La había herido en el hombro haciéndola soltar el arma que, a escasos centímetros de su cuerpo, intentaba alcanzar entre enrabietados y dolorosos bufidos.

—Maldito chucho —gruñó.

Le arreó una patada con la pierna libre al perro. En su lamentable estado, Nugget terminó por soltarla.

—Solo por eso, debería pegarte un tiro en la cabeza. —Apuntó a la joven entre ceja y ceja—. ¡¿Tú?! —exclamó sorprendida cuando la muchacha alzó la vista hacia ella.

Por el contorno de su cuerpo sabía que la persona que le disparaba a Dóminic era una mujer. Por su conversación con Petrova, dedujo que podría tratarse de una de sus Amazonas. Pero jamás habría imaginado que aquella joven era la muchacha que había defendido en el comedor de sus compañeras de prisión.

—Alina te manda recuerdos.

—Te equivocaste de bando, niñata. —Con un golpe de culata en la sien dejó a la joven inconsciente en el suelo desmadejada sobre su propia sangre. Se agachó junto a Nugget—. Shhh. —Con cuidado, acarició el costado del perro buscando un orificio de bala y rezando

porque no estuviera cerca de ningún órgano vital—. Buen chico. Te pondrás bien. Tienes que ponerte bien. Tienes que ayudarme a mantener a Dóminic alejado de la cama. Shhh. —Nugget lloriqueó tumbado, sin fuerzas para mover más que la cola.

—¡Nugget! —Bryana se apartó para dejarle espacio a Dóminic, que cayó de rodillas junto al perro—. Shhh. Está bien. Vas a ponerte bien. —Alzó la cabeza del perro y lo abrazó—. ¿Está muerta? —le preguntó mientras mecía a Nugget entre sus brazos.

Bryana negó con la cabeza.

—Inconsciente. ¿Y Parker?

—Con mi gente —le respondió una voz gutural a su espalda que le puso los vellos de punta.

Se quedó paralizada, muda, cuando sintió el cañón de un arma contra la parte posterior de la cabeza. De manera instintiva, soltó la USP de Dom y alzó ambas manos al aire. Miró a Dóminic con estupor, que aferrado a Nugget de rodillas en el suelo, desafiaba con crepitante odio dorado en sus ojos a quien fuera que le estuviera apuntando con un arma.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¡Baja el arma! ¡Ya!

—Esta mujer ha venido a matarte. Trabaja para Alina.

—¡¿Qué?! Yo no trabajo para Alina.

—Eres una Amazona. —La levantó del suelo agarrándola por el pelo. La pegó contra su pecho y colocó el cañón del arma sobre su sien mientras, con el otro brazo, rodeaba su cuello—. Te ordenó matar a mi hermano —le susurró en su oído lo bastante alto como para que Dóminic lo escuchara.

«¿Su hermano? ¿El Egipcio?». Estaba en serios problemas porque, aunque ella no trabajaba para Petrova, Alina sí que le ordenó matar a Dóminic. Un pequeño detalle que no le había comentado al susodicho y del que, por supuesto, el Egipcio sí estaba al tanto.

—No soy una Amazona. —Forcejeó—. No trabajo para Petrova.

—¡Ramsés, suéltala! —Sin llegar a soltar a Nugget, apuntó a su hermano con el arma—. ¡Es mi Alniyl Kuynu! ¡Suéltala!

Como si aquellas palabras hubieran caído sobre el Egipcio como un cubo de agua helada, relajó parte de la fuerza con la que sujetaba a Bryana.

Aprovechó para soltarse y tratar de darle un puñetazo en la cara, que Ramsés evitó agarrándola por la muñeca. «Pero ¿qué coño…?».

Dio un traspié intentando alejarse con la boca entreabierta y los ojos como platos ante lo que parecía un imposible cuando, a través de las sombras, se topó cara a cara con el Egipcio.

¡Eran dos malditas gotas de agua! ¡Dóminic y el Egipcio eran idénticos!

Misma tez aceitunada, idéntico oro líquido bañando el iris de sus ojos, el mismo pelo negro. Solo el corte, que Dóminic llevaba en una cresta y el Egipcio lucía lacio y recogido en un moño desenfadado, los diferenciaba. ¡Hasta los golpes que marcaban sus rostros eran similares! «No. Puede. Ser».

Como si el Egipcio le hubiese leído el pensamiento, sonrió de medio lado, divertido ante su desconcierto.

—¿Bryana? —Trató de llamar su atención. Se guardó el arma de su compañero en las lumbares cuando Ramsés la soltó—. Parker necesita ser trasladado a un hospital y Nugget necesita atención veterinaria. —Cogió al perro en brazos y se incorporó—. ¿Bryana?

Los miró a ambos, alternativamente, anclada con los pies al suelo; capaz solo de pestañear tratando de asimilar la imagen de ambos.

—El poli no será trasladado a ningún sitio hasta que ella no aclare de qué lado está.

—Es mi compañero —gruñó entre dientes.

—Como si es el Papa. No irá a un hospital.

«¡Parker!». Parker estaba herido y necesitaba atención médica.

—Uno de mis hombres está desangrándose, y Nugget, que merece más respeto que tú, está herido —le dijo mirándolo de arriba abajo—. Si pretendes impedir que reciban asistencia sanitaria apúntame de nuevo en la cabeza y, esta vez, no te olvides de apretar el gatillo.

Ramsés enarcó una ceja. De nuevo, sonrió de medio lado

recorriendo su cuerpo con exquisito deleite. A Bryana se le erizó el vello. Apretó la mandíbula y alzó la cabeza, desafiante.

—Tu hombre y Nugget serán atendidos por mi médico personal mientras tú me explicas ese trato al que has llegado con Alina.

—No te debo ninguna explicación. —Cruzó los brazos bajo su pecho—. En cualquier caso, tendría que dárselas a él. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección adonde se encontraba Dóminic, que esperaba junto a ella con Nugget.

—Monta al perro en el coche —ordenó con la vista puesta sobre Bryana.

Como si fuera un saco de patatas, Ramsés se cargó al hombro a la joven que había disparado a Dóminic, agarró a Bryana del brazo por encima del codo y se dirigió al maletero del R8 donde arrojó el cuerpo inconsciente de la muchacha.

No se resistió. No pensaba dejar a Parker solo cerca del Egipcio, por muy hermano de Dóminic que fuera. ¿Cómo era posible que en la UDYCO no se hubiesen dado cuenta de que aquellos dos parecían la misma persona?

—Sube al coche. —Ramsés le abrió la puerta con la galantería de un auténtico caballero y acercó el rostro al de Bryana—. O mejor, intenta escapar para que pueda meterte en el maletero con tu amiga —le susurró con una divertida y lujuriosa sonrisa en los labios.

Un escalofrío le recorrió la espalda. «Tienen, incluso, el mismo tono de voz». Buscó a Dóminic. Alcanzó a vislumbrar su silueta acomodándose con Nugget en los asientos traseros. Una cálida caricia recorrió su cuerpo cuando sus dorados ojos se posaron sobre ella.

A simple vista, entre Dóminic y Ramsés apenas había sutiles diferencias. Pero cuando Dóminic posaba sus ojos sobre ella, el corazón se le encogía en el pecho, las mariposas que anidaban en su estómago revoloteaban fervientes y la piel se le erizaba gloriosa y expectante de caricias. Cuando era Ramsés quien lo hacía, la aridez de sus ojos le erizaba el vello a modo de advertencia. Tenía que haberse marchado cuando tuvo oportunidad.

Capítulo 19

Pasaron quince minutos de tensión en los que Bryana apenas pestañeó y, durante los cuales, en completo silencio salvo por los doloridos jadeos de Nugget, recorrieron el tramo de la carretera de Valencia que los dirigía a la Cañada Real Galiana.

—Sujétalo. Esta parte del camino es complicada —le dijo Ramsés entrando en el suburbio.

A la luz de las últimas farolas, Bryana vio por el retrovisor interior cómo Dóminic abrazaba a Nugget con fuerza, le acariciaba el hocico con la nariz y le susurraba cariñosas palabras de ánimo.

Tras diez minutos de lentos vaivenes entre angostas y oscuras callejuelas empedradas, llegaron a la entrada de una majestuosa mansión fuertemente custodiada por hombres armados en la entrada y en las torres de vigilancia del perímetro del grueso muro de piedra. Un bastión inexpugnable al que era casi tan complicado entrar como salir sin ser visto por alguno de los gorilas trajeados de negro, o las cámaras de seguridad.

El tiempo, de naturaleza caprichosa, pasó de saborear cada milésima de segundo durante el trayecto a rozar efímero cada minuto. O, al menos, así le pareció a Bryana porque, sin saber cómo, llevaba al menos media hora, o puede que incluso un par de horas, dando vueltas como un gran felino enjaulado en una amplia y preciosa habitación en la primera planta de aquella lujosa vivienda a la que Ramsés la había arrastrado cuando se bajaron del coche.

Todo lo que ocurrió entonces era una mancha borrosa de imágenes enmarañadas que pululaban por su cabeza sin sentido. Un hombre de gran envergadura, cabeza rapada y rictus sombrío sacó a la joven inconsciente del maletero. En aquel momento, apenas tuvo tiempo de pensar en la frialdad con la que el Egipcio los había llevado hasta su guarida con una joven inconsciente y herida de bala en el maletero.

Fue merodeando en la soledad de aquella lujosa habitación cuando se dio cuenta de que esa seguridad le ponía los pelos de punta. El Egipcio era poderoso. Mucho más de lo que ella imaginaba.

Otros dos gigantes, también trajeados de negro y con cara de pocos amigos, ayudaron a Dóminic a trasladar a Nugget al interior de la casa.

Al que no había visto todavía era a Parker, ni el todoterreno negro que los había socorrido durante el tiroteo.

Dejó de dar vueltas en derredor de la habitación. Se sentó en la cama, apoyó los codos sobre las rodillas y se cubrió el rostro con las manos. «Esto tiene que ser una pesadilla». Pestañeó con fuerza, se frotó los ojos y volvió a abrirlo. «Mierda», pensó al ver que no era un sueño.

Estaba agotada. La cabeza iba a estallarle. Necesitaba dormir, perderse en un profundo sueño durante varios días, o incluso semanas, para poder pensar con claridad. Hizo todo lo posible por despejar su mente. Intentó dejarla en blanco con la vista fija en la oscuridad del cuarto de baño.

No podía permitirse el lujo de dormir en un momento como aquel, con tantos frentes abiertos y un bombardeo de preguntas sin respuesta que amenazaban con derretirle la sesera. Qué menos que concederle a su cerebro un par de minutos de descanso.

Alzó la vista por encima de su hombro y miró por el gran ventanal de la habitación. El jardín que rodeaba la casa se iluminaba como un oasis en las profundidades de la noche que, tras el perímetro de seguridad, engullía la Cañada. Estaba en la Cañada. ¡En la Cañada Real Galiana! ¡En el sector VI!

Conocía aquel sector. No había sido nunca su zona de trabajo cuando era inspectora de Homicidios, pero más de un asesino había buscado asilo en aquel lugar y, cual perro de presa, ella había seguido su rastro para meterlo entre rejas.

Era el sector más peligroso de toda la Cañada. ¡Estaba en casa del Egipcio! Tenía que encontrar a Parker. Si estaba en aquel lugar, tenía que sacarlo.

Parker solo era un policía. No era como ella, y mucho menos como Dóminic. Además, las personas que allí vivían eran conocidas por disparar antes de preguntar. Pero, aunque consiguiera sortear el sistema de seguridad y a los gorilas que custodiaban el perímetro, ¿cómo iban a salir con vida de aquel sector? De paisano o de uniforme, con refuerzos o sin ellos, era muy peligroso adentrarse en aquellas angostas callejuelas. ¿Qué oportunidades tendrían un agente herido y una antigua inspectora de Homicidios?

Caminó hasta la puerta de la habitación. Ya pensaría en algo. Ahora, lo que ocupaba su mente era encontrar a Parker.

Entornó la puerta lo suficiente como para echar un vistazo al pasillo. Todo parecía tranquilo. No había nadie, salvo una mujer de mediana edad, con el pelo recogido en un tirante moño y uniforme de servicio que, al otro lado del pasillo, sobre una pequeña mesa junto a la entrada a una habitación preparaba un vaso de agua con lo que parecía bicarbonato.

Bryana observó cómo se guardaba el pequeño frasco, no más grande que una muestra de perfume, en el interior del sujetador con un discreto movimiento a la par que echaba un vistazo a su alrededor. «Tienes miedo a que te pillen, ¿eh? Yo también lo tendría».

A través de la puerta entreabierta, observó cómo se sacudía el vestido y comprobaba que los vasos y la jarra del agua lucían perfectos sobre la bandeja de plata. Llamó a la puerta que había junto a la pequeña mesa con la bandeja en la mano y desapareció en su interior tras una reverencia.

Abrió un poco más y se asomó al pasillo. Estaba vacío. Alzó la vista por encima de su hombro y miró hacia la tenue luz que iluminaba el jardín.

El perímetro estaba vigilado así que, si conseguía salir de la casa, tendría que pensar en cómo burlar a los hombres que velaban el exterior. ¿Tendrían perros? El jardín parecía enorme. Dóminic tenía a Nugget. Y no había sido tan amable con la joven que le había disparado a su dueño como lo había sido con ella. «Los problemas, de uno en uno. Primero, encuentra a Parker».

Abrió completamente, dispuesta a salir, pero se topó de bruces contra el firme pecho de Dóminic. «Tiene que ser una broma». ¿De dónde había salido? ¿Cómo era posible que un hombre de semejante envergadura fuese tan sigiloso?

—Yo… Eh…

—Déjame adivinar. Buscabas el baño. —Enarcó una ceja.

Cualquiera podría pensar que, en sus palabras, había un mínimo de jocosidad, pero su rostro… Estaba enfadado. Muy enfadado. Ahora sí se parecía a su hermano.

Dio un paso al frente, arrastrándola con su colosal cuerpo al interior de la habitación.

—En realidad te buscaba a ti.

Su cuerpo, traicionero, reaccionó de inmediato al feroz crepitar de su dorado escrutinio. Una placentera descarga eléctrica acarició su espalda, erizándole la piel.

De manera inconsciente, recorrió el cuerpo de Dóminic en busca de algún tipo de herida que necesitase atención médica cuando un olor ferroso se coló entre el dulce aroma que desprendía el magnífico cuerpo de aquel hombre con la capacidad de alterar cada célula de su cuerpo.

Era ilógico y muy absurdo porque, de ser así, ya lo habrían atendido, pero no pudo evitar sentirse aliviada al comprobar que parecía estar en perfecto estado. Atractivo y endemoniadamente sexi. Como siempre.

La sangre, que el color negro de la camiseta que envolvía su torso como un guante disimulaba pero que salpicaba sus vaqueros desde la cintura hasta los bajos del pantalón, debía ser de Nugget e incluso de Parker.

—No sé si te lo habrán dicho alguna vez, pero mientes fatal.

—En vista de que tú pareces todo un experto, podrías darme unas clases. —Cruzó los brazos bajo su pecho—. ¿Crees que podrías sacar una horita entre tu trabajo como inspector de Homicidios y el de mano ejecutora del Egipcio? ¿O te viene muy mal? ¿Tal vez, media? ¿Tú qué opinas?, ¿será suficiente para llegar a tu nivel?

Dóminic apretó la mandíbula.

—No creo que te haga falta. Además, iba a contártelo.

—¿Cuándo?, ¿antes o después de que te pegasen un tiro? —le preguntó con más preocupación de la que pretendía mostrar—. Porque no habrá sido por falta de oportunidades.

—Necesitaba confiar en ti. Algo que, por cierto, no estás poniéndome nada fácil. No podía arriesgarme a que me denunciaras. No, al menos, hasta que acabemos con el Cremador.

Bryana relajó su rictus defensivo. Se llevó la mano al puente de la nariz y se masajeó el ceño para aliviar parte de la presión que estaba taladrándole la cabeza. «Así no vamos a llegar a ninguna parte». Aquel tira y afloja tenía que terminar.

—¿Tú eres consciente de que, durante todo este tiempo, has

estado poniendo en peligro la vida de mis hombres?

—¿Tus hombres? —Enarcó una ceja, divertido.

—Yo no he… —«Mierda. Sí. Lo he dicho»—. Ya sabes a lo que me refiero. Y no me cambies de tema.

Dóminic sonrió de medio lado.

—Mi círculo de relaciones es muy reducido, por no decir inexistente. Tan solo mantengo una relación estrecha con Parker y con… Cábanno —mencionó en un susurro a Alessia con pesar.

Bryana entrecerró los ojos. Miró a Dóminic a través de dos finas líneas grises antes de soltarle un bofetón en la mejilla que resonó en la habitación como una hueca y solitaria palmada.

—¡Podrían haberte matado!

—¿Desde cuándo te preocupa mi seguridad? —Sonrió divertido, acariciándose la mejilla.

Dio un paso hacia ella. «A mí no… ¡Arg!». Sí, le preocupaba. Y Dóminic lo sabía. ¿Por qué tenía que ser un maldito libro abierto para él?

—¡Han herido a Parker! —Trató de empujarlo sin éxito—. ¿Dónde está? —Dóminic la sujetó por las muñecas cuando intentó empujarlo de nuevo—. ¡Quiero verlo! ¡¿Dónde está?!

—Está descansando en la habitación de invitados. Está bien. Pierre le ha extraído la bala. Está consciente, por el momento. Seguramente le suministre algún tipo de calmante para que pueda descansar lo que queda de noche.

—Quiero verlo. —Se revolvió.

—No voy a dejarte salir en este estado. Estás demasiado alterada y Parker descansa en la habitación que hay junto a la de mi madre. Está enferma y lo que menos necesita es que montes un espectáculo en el pasillo.

—¿Enferma? —Dejó de intentar alejarse de él.

Uno de los complicados resortes de su cabeza chirrió al recordar cómo Petrova se regodeaba en el hecho de que la vieja, como se refería a la madre de Dom, caminaba hacia el cadalso sin saberlo.

Dóminic suavizó la sujeción con la que agarraba sus muñecas.

—Por eso he tenido que dejarte sola esta tarde.

Parecía triste. Cansado. Preocupado.

—¿Qué le ocurre?

—Al parecer, lleva meses aquejando extraños dolores de estómago. —Comenzó a acariciar con los pulgares las muñecas de Bryana—. Yo no he sabido nada hasta hace veinticuatro horas —añadió con la vista fija en algún punto de la tarima.

—Veneno —murmuró al recordar cómo la criada vertía a hurtadillas un polvo blanquecino en un vaso con agua que creyó que era bicarbonato.

—¿Cómo dices?

—¿En qué habitación está tu madre? —Se soltó.

—En la primera que encuentras a la derecha. Enfrente. —Bryana ya estaba esquivándolo para salir de la habitación—. ¿Por qué? —La sujetó por el brazo.

—Están envenenándola. —Se soltó de un ademán.

Abrió la puerta. Salió al pasillo y miró la mesita de madera que había a un par de pasos al otro lado. ¡Qué estúpida había sido! ¡Nadie en su sano juicio le robaría al Egipcio!

Corrió hasta la puerta de la habitación que había junto a la mesita de madera.

—¡Bryana!

Cuando abrió la puerta de la habitación de la madre de Dóminic, un olor acre la golpeó.

Miró a la criada. Estaba junto al cabecero de la cama en la que una mujer, postrada con una belleza consumida y una debilidad que sus dorados ojos se negaban a aceptar, mantenía entre sus manos con tembloroso esfuerzo un vaso de agua del que ya se había bebido, al menos, la mitad cuando sus miradas se cruzaron.

—Deje ahora mismo ese vaso de agua —le ordenó haciendo a un lado la extraña sensación de familiar apego hacia aquella mujer—. Y

tú, aléjate de la cama.

Dóminic apareció tras ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó entre dientes, sonriéndole a su madre, que los observaba con divertida perplejidad.

—Esa mujer está envenenando a tu madre. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección a la criada, que dio un inapreciable respingo. Palideció, pero no se separó de al lado de Aurora.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó bajo la atenta mirada de su madre, quien con lentos y erráticos movimientos, acercaba el vaso de agua a la mesilla.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis todos aquí?

Un escalofrío recorrió la espalda de Bryana cuando Ramsés, haciendo a un lado a su hermano, entró en la habitación visiblemente irritado, contenido, tan solo, quizá, por la presencia de su madre, y escoltado por un hombre tan grande como los hermanos, con cara de pocos amigos, perilla y mirada de asesino en serie. «Pues ya estamos todos».

La criada se alejó con sutileza de la cama. Agachó la cabeza y cruzó las manos sobre su bajo vientre en señal de respeto.

—Bryana cree que esta mujer está envenenando a madre.

Ramsés fusiló a Bryana con la mirada. Apretó la mandíbula y, cuando una vena del cuello comenzó a enraizarse bajo su aceitunada piel, Dóminic la sujetó con suavidad de la muñeca y con un delicado movimiento la instó a que se colocara a su lado interponiendo parte de su cuerpo entre ambos.

—No lo creo, lo sé. —Salió del amparo protector que le brindaba el cuerpo de Dóminic. Alzó la cabeza y enfrentó la amenazadora mirada del Egipcio—. He visto cómo echaba un polvo blanco en ese vaso de agua antes de entrar a la habitación.

Además, estaba el hecho de que Petrova quería deshacerse también de la mujer, pero eso no tenía por qué revelarlo en ese momento.

La criada alzó la cabeza y miró a Bryana con sus pequeños ojos

castaños desorbitados.

—Rosita, ¿es eso cierto? —La melodiosa voz de Aurora sonaba agotada.

—¡No!

Ramsés trató de dar un paso hacia Bryana, pero Dóminic agarró a su hermano por el cuello.

—Recuerda quién es —gruñó entre dientes.

—¡Dóminic! Por favor —le suplicó Aurora, horrorizada.

El espantoso dolor, reflejado en el rostro de la madre de aquellas dos bestias dispuestas a matarse entre ellas, apuñaló el corazón de Bryana en una parte que creía muerta hacía mucho tiempo.

Meterse en medio de una pelea entre dos fieras como aquellas cuando el gorila que acompañaba a Ramsés ni tan siquiera era una opción que parecía considerar, además de un acto suicida, era una auténtica estupidez. Ella no tenía fuerza para separar a dos moles de músculo y testosterona descontrolada, pero tenía la esperanza de albergar el poder para calmar, al menos, a una de ellas.

—Dóminic, suéltalo —le ordenó con dulce autoridad, apoyando la palma de la mano sobre el antebrazo con el que agarraba por el cuello a su hermano—. Dom, suelta a tu hermano. Ya —le repitió imprimiendo en sus palabras una seguridad de la que ella misma dudaba.

Dóminic soltó a Ramsés, que dio un paso hacia atrás y se crujió el cuello con un par de movimientos de cabeza. Bryana se puso delante del cuerpo de Dóminic, amedrentando en un recóndito lugar de su subconsciente el miedo que sentía al enfrentar al Egipcio. Porque Ramsés no solo infundía miedo con su presencia; todos los poros de su aceitunada piel supuraban sangre, dolor y muerte.

—Petrova quiere a tu familia muerta. A mí solo me encargó matar a Dóminic porque aseguró que ya estaban encargándose de tu madre. Y apuesto mi vida —señaló a Rosita con un movimiento de cabeza—, a que esa mujer trabaja para Petrova y es quien está haciéndole el encargo. Está envenenando a tu madre. Por eso está enferma.

—Rosita lleva con nosotros más de diez años —le dijo tras una pequeña pausa y tras haber escrutado a conciencia el rostro de Bryana

—. Acabas de reconocer que Alina te ordenó matar a mi hermano. ¿Por qué debería creerte?

Bryana dio un paso al frente, acortando la ya de por sí escasa distancia que los separaba, con sus brillantes ojos grises calvado en los dorados ojos del Egipcio.

Ramsés dudaba. Podía sentirlo. No sabía explicar por qué y era una auténtica locura que la aterraba, pero por alguna extraña razón, Bryana sentía que debía protegerlo. Tenía que protegerlos a ambos.

Petrova y el Cremador carecían de alma, pero aquellos hermanos estaban sufriendo. Bajo esa fachada de fría indiferencia, Ramsés sufría por su madre.

—Porque si no lo haces tu madre no morirá envenenada; morirá por tu estúpida arrogancia.

Le pareció vislumbrar el destello del asombro en los dorados ojos de Ramsés antes de que dirigiese la vista hacia su americana y sacara el teléfono del bolsillo interior.

—Sube a la habitación de la señora y dile a Pierre que venga. —Colgó sin esperar respuesta y se guardó de nuevo el teléfono—. ¿Sabes de qué veneno se trata, akhti[3]?

Bryana frunció el ceño ante aquel apelativo que no comprendió, pero que le sonó absurdamente cariñoso.

—Eh…, no. Pero… lo guarda en un pequeño frasco transparente en el interior del sujetador.

La criada se llevó las manos entrelazadas al pecho.

—Mi señor…

—¡Cállate!

Capítulo 20

Cuando Jackson entró en la habitación, Dóminic agarró por la cintura a Bryana.

—Será mejor que los dejemos a solas. —Extrañada, Bryana alzó la vista por encima de su hombro. Quería quedarse y saber si estaba en lo cierto—. No quiero que seas testigo de lo que pase aquí —le dijo como si le hubiera leído el pensamiento.

Daba por supuesto que no iba a ser un interrogatorio agradable, sin embargo, que Dóminic reconociese avergonzado que sabiendo lo que iba a suceder no parecía tener la más mínima intención de interceder como autoridad, era de una honestidad apabullante. Que tratase de protegerla de aquella situación tan habitual y necesaria en aquel mundo era conmovedor. Pero lo que más le impactó fue aceptar que aquella criada merecía cualquier tipo de castigo que pudieran infligirle. «¿En qué demonios me he convertido?».

Conmocionada por sus crueles convicciones se dejó arrastrar hasta el pasillo.

—Deberías descansar. —La condujo hasta la habitación de la que habían salido y que, a pesar de no haber utilizado nunca, siempre había estado reservada para él.

—Me… me gustaría tomar el aire. —Se separó con sutileza del enorme cuerpo que la cobijaba frente a la puerta de la habitación.

Necesitaba pensar, reorganizar el caos mental que aturullaba su mente. Asimilar el maremágnum de sentimientos encontrados que iba a explotarle en la cabeza.

—Podemos dar una vuelta por el jardín.

—A solas. Me gustaría tomar el aire a solas.

Cuando Dóminic recorrió su cuerpo con la mirada, un placentero y familiar cosquilleo le erizó la piel.

Tenía que alejarse de él si quería poner un poco de orden en su cabeza, más, cuando parecía rogarle que se quedara a su lado.

«Distancia». Le urgía poner distancia entre ambos para poder analizar la situación con perspectiva.

—Si decides marcharte no sé si podría protegerte al otro lado de estos muros. Este sector de la Cañada es peligroso y yo…

—No voy a escapar.

Era consciente del peligro al otro lado. No tenía intención de marcharse de allí sin Parker y, aunque se negara a reconocerlo, tampoco quería marcharse de allí sin Dóminic. «Amiga, estás jodida».

—Entonces, estás en tu casa, Alniyl Kuynu —le respondió con pesar abriendo la puerta de su habitación.

—Espera. —Alzó la vista hacia Bryana con un cegador brillo de esperanza—. ¿Quién eres realmente? ¿Qué eres?

Pisotear el frágil anhelo que había podido vislumbrar en sus ojos terminó por arrastrarla al camino de la perdición.

—Soy inspector jefe de la Brigada de Homicidios de la Comisaría de Distrito de Ciudad Lineal. Hermano del Egipcio y el sujeto conocido como Anubis. Me debo a aquellos a quienes juré proteger, pero esta es mi familia. Son… lo único que tengo. —Agachó la cabeza.

Dóminic suspiró cansado. Parecía avergonzado. Sus palabras sonaban a disculpa. Era tan tierno.

Un hombre con un pasado como el suyo, con su envergadura y su carácter parecía imposible que fuera capaz de generar cualquier otro tipo de sentimiento que no tuviese una connotación atroz, ya fuese en el plano sexual o en el violento.

Se acercó a él y acunó las mejillas de Dóminic entre sus manos. La incipiente barba que cosquilleaba la suave piel de sus palmas le provocó una explosión extrasensorial que revolucionó cada centímetro de su cuerpo.

Cuando alzó la vista hacia ella, su corazón se aceleró, galopando hacia una guerra que el sentido común había perdido hacía tanto tiempo, que no estaba segura si alguna vez en la vida lo tuvo. Se alzó de puntillas y apoyó la frente en la de él.

—Gracias. Eso era lo único que necesitaba saber —susurró sobre sus labios.

Sinceridad. Era lo único que pedía. Un bien tan escaso en la sociedad actual que era imposible mirar hacia otro lado sin pretender

atesorarlo.

Cerró los ojos e inspiró el dulce aroma ferroso que desprendía. Se dejó embriagar por aquel delicioso olor que la sangre enturbiaba sin llegar a hacerle perder el sutil toque adictivo que despertaba en ella.

Acarició la nariz de Dóminic con la punta de la suya y se mordió el labio inferior en un patético intento por contener la imperiosa necesidad de besarlo.

Si lo hacía no podría parar. Y necesitaba tomar distancia si quería aclarar, entre otras cosas, qué sentía en realidad hacia él.

Anticipándose a su huida, Dóminic rodeó su cintura con las manos.

—Sigo enfadada contigo. —Sin salir de entre sus brazos, se alejó todo lo que pudo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—La lista es bastante larga, pero digamos que lo principal es que no me contaras quién eras y que hayas puesto en peligro a mis hombres. —Dóminic sonrió—. A mí no me hace gracia. —Se revolvió entre sus brazos, pero él abrazó su cintura atrayéndola hacia su pecho en un cariñoso abrazo.

—A mí tampoco. —Bryana frunció el ceño—. Es la segunda vez que te refieres a la Brigada como tus hombres desde que saliste de prisión. —«En realidad, creo que ha sido alguna más», pensó derrotada, cansada de luchar contra sí misma—. Y la primera vez que veo a esa inspectora Reina de la que Cábanno podía pasarse horas y horas hablando.

El alarido de una mujer, atenuado por las paredes procedente de la habitación de Aurora, estalló la mágica y frágil burbuja en la que habían conectado por primera vez desde el día en que se conocieron.

Bryana se alejó de Dóminic un par de pasos. Preocupado, miró hacia la puerta de la habitación de su madre.

—Deberías entrar. —Se giró hacia ella, perplejo—. Es tu madre. —Se encogió de hombros—. Estaré fuera.

—Espera. —Se sacó un arma de la zona lumbar y la tendió en el aire esperando a que Bryana la cogiera.

—No voy a salir del jardín.

—Me sentiría más seguro si fueses armada.

—¿No te fías de tu gente? —Cogió el arma y se la guardó en la zona lumbar, bajo la camiseta.

—No es mi gente —le respondió ofendido—. Trabajan para mi hermano, no para mí. Los ánimos están un poco tensos y, hasta hace unas horas, para ellos, yo no era más que un traidor.

—¿Y Parker?

—La habitación de Parker está cerrada. Solo Jackson y yo tenemos la llave, y Jackson es de la familia.

—¿Mi señor?

Ambos miraron al hombre de cabello plomizo, engominado hacia atrás, trajeado y con un maletín de piel negra que caminaba hacia ellos.

—Están esperándote.

—He venido todo lo rápido que me ha sido posible. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se encuentra la señora?

—Estaba siendo envenenada.

Aquel hombre, que Bryana supuso que sería el tal Pierre al que Ramsés había ordenado llamar, frunció el ceño y se acarició la barbilla.

—Podría ser… ¿Saben qué clase de veneno han utilizado?

—Ramsés y Jackson están… hablando con la mujer que trataba de asesinarla. —Miró de soslayo a Bryana.

—Será mejor que me vaya. —Aprovechó para escabullirse por el pasillo mientras Dóminic se debatía entre el deber y el palpable sentimiento de culpa.

Bajó por las escaleras a toda prisa y abrió la puerta cogiendo una gran bocanada de aire fresco que le devolvió a la madrugada en un profundo suspiro mientras cerraba.

Se apoyó sobre la madera blanca. Se llevó la mano a la zona lumbar para comprobar que el arma que Dóminic le había entregado seguía en su lugar y que no la había perdido por el camino. Se aseguró de que quedara bien cubierta por la camiseta de tirantes amarilla con la que había entrado y salido de prisión, y permaneció allí apoyada, observando el jardín iluminado por la tenue luz de los farolillos solares ornamentales que se extendían por el vasto terreno como un manto de luciérnagas.

Se llevó la mano al pecho allí donde el corazón latía desbocado, más por la cercanía de Dóminic que por su estampida. Porque había huido alentada por el miedo al tropel de sentimientos que aquel dios de la muerte y el pecado habían despertado en ella.

Se abrazó a sí misma y se frotó los brazos para atemperar su cuerpo caminando hacia las escaleras de la entrada.

El calor que asediaba por las tardes anunciando la llegada del verano replegaba sus fuerzas frente a las frescas noches en la que los insurgentes primaverales presentaban batalla.

Destemplada y abrumada por la situación, se sentó en las escaleras. Perdida y asediada por un bombardeo de preguntas sin respuesta frente a un mar de dudas que golpeaban su cabeza con respuestas imposibles de aceptar.

Acababa de condenar a muerte a aquella mujer. ¿Se sentía culpable? En absoluto. ¿Por qué? Se llevó la mano a las sienes y se masajeó convencida de que un sueño reparador aclararía sus ideas y pondría fin al dolor de cabeza que arrastraba desde que había salido de prisión.

—¿Puedo?

Dio un respingo. De manera automática se llevó la mano a las lumbares para sacar el arma cuando alzó la vista.

Junto a ella un hombre risueño, con traviesos ojos verde jade y el pelo azabache despeinado en las puntas alzó ambas manos al aire.

—Me has asustado. —Volvió a colocar la camiseta sobre la empuñadura de la pistola.

—No era mi intención. —Se quitó la americana de su inmaculado traje negro antes de sentarse a su lado.

Alrededor del pecho, sobre la camisa negra, llevaba un arnés con la funda de un machete en el costado derecho y la de una pistola en el izquierdo. «En esta casa parece que todo el mundo va armado».

—Creo que no nos han presentado. —Rebuscó en el interior del bolsillo de la americana—. Soy Jackson. —Cuando encontró lo que fuera que estaba buscando, lo guardó en el interior de uno de sus puños antes de doblar la chaqueta y colocarla a su lado.

—Bryana.

—Lo sé. A estas alturas todo el mundo por aquí debería saber quién eres. Por la cuenta que les trae.

«Y según tú, ¿quién soy?», pensó con la esperanza de toparse con alguna de las respuestas del mar de dudas en el que navegaba a la deriva.

Jackson se remangó la camisa hasta los codos dejando al descubierto parte de los tatuajes que cubrían su brazo derecho.

La tenue luz del jardín no le permitía ver con claridad los dibujos más minimalistas que decoraban su piel. Sin lugar a duda, eran egipcios, pero allí donde Dóminic tenía grabados pequeñas imágenes, Jackson tenía inscripciones y pergaminos que a Bryana le parecían un galimatías indescifrable. Todos ellos alrededor de una gran figura con cuerpo de león alado y cola de serpiente.

—¿Quién es? —Hizo un movimiento de cabeza en dirección al tatuaje más grande. El que ocupaba todo su antebrazo.

Jackson extendió el brazo y miró la imagen por la que ella preguntaba.

—Tutu. —Abrió la palma de la mano en la que había protegido lo que había sacado del bolsillo interior de la americana y comenzó a desmenuzar un cogollo de hojas secas—. El dios encargado de proteger los sueños de los peligros y las pesadillas. Aunque, originalmente, en el antiguo Egipto era conocido como el dios que protegía las tumbas. —Se removió para sacar un papelillo y un mechero del bolsillo del pantalón—. Los egipcios creían que Tutu los guardaba de los demonios. Que prolongaba la vida y los protegía del inframundo. —Colocó el cogollo desmenuzado sobre el papel con movimientos precisos y delicados.

—Pensaba que de eso se encargaba Anubis.

Su conocimiento sobre el antiguo Egipto se basaba en taquilleras películas comerciales como La momia, El regreso de la momia y La tumba del emperador, así que no se ofendió cuando Jackson sonrió.

Dos diminutos hoyuelos enmarcaron su sonrisa. Era muy atractivo. Un hombre al que cualquier mujer tenía que mirar por simple placer. Siempre que tu cabeza no estuviese abotargada por unos estúpidos e hipnóticos ojos dorados.

Deshizo el camino andado por sus pensamientos y se concentró en Jackson. Si quería comprender la organización del Egipcio a la que Dóminic estaba ligado, tal vez debería buscar información sobre la época, sus dioses y su cultura. Pero ¿quería? ¿Debía?

Recordó el libro que Cábanno le había hecho llegar a través de Verónica. Como siempre, Alessia, que tan bien la conocía, le había dado la respuesta incluso antes de que ella llegara a formularse la pregunta.

Cuando Jackson terminó de colocar las hojas desmenuzadas en una perfecta línea sobre el papel de fumar, lo hizo un canelón entre los dedos negando con la cabeza.

—Anubis es uno de los dioses más antiguos e influyentes. —Humedeció el borde del papelillo para darle forma de cigarro—. Era el dios de la muerte y el antiguo dios del Duat antes de que Osiris tuviera el poder. —Encendió el mechero y pasó fugazmente la llama por la parte que había humedecido para secarla.

Atendiendo a la lógica, si cada imagen se identificaba con el individuo que la portaba… «Deberías dejar de preguntar», canturreó en su cabeza.

—Tutu parecía importante.

—Lo era. Aunque no tanto como Osiris.

—Ni como Anubis.

—Touché. —Le guiñó un ojo.

—Entonces tú eres importante para la organización.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—¿Lugarteniente?

—Chica lista. —Los diminutos hoyuelos marcaron sus pómulos cuando sonrió.

Dio una profunda calada y saboreó las hierbas antes de soltar el humo entre los labios en una densa nube de marihuana almizclada.

—Huele bien.

No olía como la típica marihuana de los maleantes con los que ella había estado acostumbrada a tratar, ni tampoco como la de las delincuentes con las que había tenido que lidiar en prisión.

Jackson le ofreció el porro.

—No. Gracias. Los probé una vez y casi echo la primera papilla.

—La mercancía sería mala. Yo solo fumo género de primera calidad. Cultivado por mí, sin químicos ni mierdas que adulteren.

«Todo muy fit», pensó Bryana ante su cuña publicitaria. Negó con la cabeza. Con la cantidad de problemas que tenía encima, solo le faltaba ponerse a ver dragones.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. No tengo por costumbre ofrecer mi mercancía. —Le dio una calada al porro, esta vez, más corta—. Pero pareces muy tensa.

—¿Y fumarme un porro me relajará?

—Está científicamente demostrado. —Dio otra calada.

Bryana rio negando con la cabeza. Alzó la vista y miró hacia la oscuridad que rodeaba el otro lado del muro de hormigón. Más allá de

las rejas de la puerta, donde las hogueras, contenidas en enormes bidones metálicos de gasolina vacíos, bailaban frente a las puertas de las casas abiertas al consumo y la venta de todo tipo de sustancias y armas.

—Esto es surrealista —murmuró para sí.

—¿El qué?

—Mi presente. Mi pasado. —Hablaba para ella con la mirada perdida en el sinuoso brillo del fuego—. Fui inspectora jefe de Homicidios —añadió tras una breve pausa—. Algunos decían que la mejor del país —escupió con saña—. Una inspectora que fue sentenciada por unos crímenes que no cometió y que ahora se encuentra en el epicentro del mercado de la droga madrileña. Con un compañero herido recuperándose en la casa del cabecilla de una de las organizaciones nacionales de la droga más peligrosas. Sentada en las escaleras de su lujosa mansión, hablando con un completo desconocido que es, nada más y nada menos, que la mano derecha de un narco intocable. Como si todo mi pasado no fuera más que una quimera.

—Puede que tu presente no sea más que la consecuencia de un pasado que no te correspondía —le dijo Jackson, al cabo de unos minutos en silencio, mirando hacia algún punto entre la oscuridad de la noche y la luz del campo de luciérnagas artificial.

—¿Perdón?

Jackson había tardado tanto en contestar y ella estaba tan concentrada en el sinuoso baile de las hogueras a las entradas de los puestos de narcotráfico que no había comprendido sus palabras.

—Sekhmet —le dijo tras otra larga pausa, que acompañó de una profunda calada. Bryana frunció el ceño—. La más poderosa. La invencible. La diosa de la guerra y la venganza, pero también de la curación. La protectora de los faraones. La diosa que los guiaba durante la guerra.

—Lo siento, estoy un poco espesa y no te sigo.

Jackson sonrió.

—Nuestro destino está marcado antes de nacer. Llegamos a este mundo con un propósito que desconocemos pero que marca nuestro futuro. Nuestra vida. —Fumó—. Cuando morimos, nuestro cuerpo se

descompone, pero nuestra alma busca un nuevo ser en el que seguir su destino.

—Ya… —Enarcó una ceja—. Y tú crees que me ha poseído el espíritu de una diosa. ¿Cuántos de esos te has fumado exactamente?

Jackson rio negando con la cabeza y soltando el humo de su última calada.

—No eres consciente del abanico de posibilidades que te brinda tu nueva posición. Sigues anclada al pasado, aferrada a una vida que no te correspondía, pero que, tal vez, se asemeje al propósito para el que fuiste concebida.

Bryana sonrió y clavó la vista en el fuego al otro lado del muro.

Se apoderó de ella la nostalgia de infinidad de noches tumbada sobre el capó de su coche, en mitad del aparcamiento de un restaurante de carretera o de un centro comercial, mirando las estrellas mientras conversaba junto a Cábanno. Un extraño y antiguo sentimiento de complicidad meció su corazón al escuchar a Jackson.

—Deberías saber que soy una escéptica con los conceptos existenciales del universo y su propósito para con las personas.

—Pues no parece que te haya hecho ningún bien. —Bryana volvió a mirarlo. Esta vez, era él quien mantenía la vista clavada más allá de las fronteras de aquel bastión inexpugnable—. Tal vez, deberías plantearte abrir tu mente y tu corazón. A fin de cuentas, es nuestro corazón quien manda y no los convencionalismos arraigados por una sociedad que se limita a seguir al grueso de la población castigando a todo aquel que infrinja lo políticamente correcto. —Fumó, y en esta ocasión, parecía saborear la marihuana antes de soltarla lentamente—. Lo primero que has hecho esta noche, ha sido proteger a los tuyos. —La miró—. No sabías quién disparaba ni cuántos eran y tampoco parecía importarte el por qué; te has limitado a enfrentarte al peligro para proteger sus vidas.

—Deformación profesional, supongo. —Se encogió de hombros.

Jackson rio.

—Yo diría más bien, por instinto. ¿No crees? —Alzó el dedo índice de la mano que tenía libre y señaló su pecho. Sobre su corazón—. Te nació aquí. —Ascendió con el dedo índice hasta colocarlo sobre su sien—. No aquí. —Dejó un tiempo prudencial para una respuesta

por parte de Bryana que nunca llegaría—. El instinto no se aprende, se nace con él. Como esa forma que tienes de encañonar y disparar. Es poco habitual. Como si hubieras nacido con un arma entre las manos. Tu impronta.

—Se llama buena puntería. Y solo es cuestión de práctica.

Jackson volvió a reír negando con la cabeza. Bryana sonrió contagiada por sus alegres carcajadas. Aquel tipo le caía bien. Se sentía cómoda junto a él. Era desconcertante y muy placentero.

—Preciosa, yo practico mucho y tengo muy buena puntería, pero con la poca luz que había estoy convencido de que habría apuntado a la joven y Nugget se habría llevado el balazo. Además, seguro que no eres letal solo con un arma de fuego.

«¡Madre de Dios, la muchacha!». Se había olvidado por completo de ella.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—La chica.

Jackson escudriñó el rostro de Bryana. Le dio una calada al porro y soltó el humo.

—Deberías pensar si quieres saber la respuesta antes de hacer preguntas como esa. No apruebas lo que la vida te tiene preparado. Sigues pensando como un poli, aunque me apostaría el brazo izquierdo a que, en el fondo, tu corazón está más que dispuesto a conocer otros mundos. Sin embargo, mientras sigas negándole la libertad, es posible que te topes con respuestas que no van a gustarte.

Desvió la mirada. Por extraño que pareciese no le importaba si la muchacha estaba muerta o malherida entre escombros, pero su conciencia no estaba tranquila por motivos muy diferentes a los que Jackson podía presuponer.

Petrova le había encargado a ella acabar con la vida de Dóminic. ¿Por qué habría enviado a aquella joven? Deberían haber sabido que terminaría muerta o de vuelta a prisión.

—Me habría gustado hablar con ella.

—Me temo que no va a poder ser. Ha intentado matar al hermano del jefe.

«Sabe que no voy a cumplir mi parte del trato». Estaba segura de que esa mala pécora lo tenía todo calculado y, ahora, no tenía manera de averiguar cuál sería su próximo movimiento. Tal vez iba siendo hora de poner a Dóminic al corriente.

—Le gustas —le dijo tras una larga pausa entre una densa nube de marihuana—. Le caes bien.

—¿A quién?

—Al jefe.

Bryana chasqueó la lengua.

—Lástima que yo no pueda decir lo mismo.

Jackson rio, negando con la cabeza.

—Eres genial, ¿lo sabías? —Bryana le devolvió la sonrisa—. Me alegra que Anubis por fin te haya encontrado. Ya era hora de que ese tarugo se topara con la mujer que lo protegerá y lo querrá más allá de la muerte.

—Yo no… —«Yo no lo quiero. ¿Lo quiero? ¡Ay, Dios! Si estoy preguntándomelo…». Carraspeó—. No lo llames así, por favor. Anubis… Anubis es… Es un asesino.

—Ha matado a gente para proteger a los suyos. Tú habrías hecho lo mismo en su situación. Habrías matado a esa joven si la vida de Dóminic o la de vuestro amigo hubiera corrido un peligro real.

—No es comparable.

—¿Cuál es la diferencia?

Bryana boqueó como un pez sin saber cómo rebatirle. ¿Habría matado a esa joven? Sí, quería matar al Cremador, y por supuesto también iba a encargarse de Petrova.

—Este lugar te da urticaria, preciosa. Sigues empeñada en aferrarte al pasado. Ya no eres poli. En realidad, nunca lo fuiste. —Le dio una calada al porro—. Eres una protectora. Una vengadora. Una cazadora. Tienes buen fondo y un corazón puro, pero la placa se te queda pequeña. Necesitas libertad para poder hacer justicia. Libérate

de una maldita vez y deja de preguntarte qué haces aquí, en la casa del Egipcio, hablando con su lugarteniente y enamorada de su hermano.

—Yo no estoy enamorada de Dóminic —se apresuró a aclarar.

—Solo hay dos tipos de personas que se enfrentarían al jefe como tú lo has hecho: los locos y los enamorados. Y a mí no me parece que estés loca. —«Lo que yo no tengo claro es si alguna vez he estado cuerda»—. Por descarte, yo apostaría por la segunda opción, pero si estás tan segura, márchate. —Dio una última calada antes de apagar el porro contra la suela de su zapato—. Vete. Tu compañero estará bien. No le ocurrirá nada. —Recogió la americana del suelo—. Esto no es ninguna cárcel y no tenemos nada en contra de tu amigo. No somos vulgares asesinos, preciosa. ¿Disparamos? Sí. ¿Matamos? Por supuesto. Pero solo para defender nuestro territorio y a nuestra gente. —Se levantó—. He clonado los dispositivos de rastreo. —«Así que tú eres el amiguito de Dom que le ha hecho el favor»—. Nadie sabrá adónde te diriges. Tu amigo estará a salvo. Dóminic lo defendería con su vida y eso es suficiente para nosotros. Nada te retiene aquí, ¿o sí? —Se puso la americana. Esperó a que Bryana respondiera a su pregunta, pero no lo hizo—. Dóminic no es un mal tío. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Solo es un hombre que acepta la dualidad de las personas. No voy a decirte que es un santo porque siempre será un cabrón. —Sonrió con picardía—. Pero él nunca perteneció a este mundo.

—¿Y tú?

Jackson pareció sorprendido cuando Bryana preguntó por él.

—Yo me conformo con no morir antes de los cuarenta. —Acarició la mejilla de Bryana antes de encaminarse hacia la puerta.

«Como Cábanno». Por desgracia, no pudo ser.

—¿Jackson? —Se dio la vuelta para mirarla antes de entrar en casa—. ¿Podría ver a Parker?

—Me he pasado por su habitación antes y estaba durmiendo como un bebé. Con la cantidad de calmantes que le ha suministrado Pierre no creo que sea persona hasta media mañana. —Se acercó de nuevo hasta ella. Del bolsillo interior de la americana sacó una pequeña llave —. Pero si vas a quedarte más tranquila puedes subir a echarle un vistazo. ¿Sabes cuál es su habitación?

—Sí. Gracias.

Jackson le hizo una reverencia con la cabeza y desapareció en el interior de la casa.

Bryana se recostó en el porche delantero, apoyó las palmas de las manos sobre la madera que recubría el suelo y dejó que su piel se embebiera de la presencia de la luna que iluminaba la noche.

Pensó en lo que Jackson le había dicho, en cómo había descrito su vida dándole forma con sus palabras a la angustia que la atormentaba sin apenas conocerla.

Llegó a la conclusión de que tenía gran parte de razón. Se había dejado llevar como una oveja más del rebaño que era la humanidad para enorgullecer a sus padres. Por, como bien había descrito aquel hombre de mirada traviesa y hoyuelos de pillo, no alterar el statu quo de una sociedad arraigada en los convencionalismos y lo políticamente correcto.

Con la mirada puesta en las constelaciones y la claridad con la que se veían las estrellas en el epicentro de aquel peligroso suburbio madrileño, reconoció que había vivido en el centro de la capital, en una buhardilla de alquiler, cuando en realidad siempre había querido vivir cerca del mar. En una cabaña en la playa, alejada del mundo.

Había ingresado en el cuerpo para vengar a su hermano porque de esa manera sentía que la muerte de Alarick tenía sentido para ella, para su familia.

Atrapada por la jurisprudencia y el deber, cuando, sin llegar a ser una fanática extremista del ojo por ojo y el diente por diente, siempre supo que había personas que nunca se reinsertaban en la sociedad, que no merecían ir a prisión, como el Cremador, Petrova e infinidad de asesinos que ella había enviado a la cárcel y que cargaban con innumerables muertes sobre su espalda en mochilas huecas, vacías de remordimientos.

Su escepticismo en relación con el universo, la vida, la muerte y la imposibilidad de dos almas unidas más allá del plano terrenal se tambaleaba.

Dóminic había despertado en ella sentimientos contenidos tan solo por el firme telón de acero de su propia cabezonería. Y la incesante necesidad de protegerlo, pese a no conocerlo, era desconcertante y muy irritante.

Le inquietaba esa imperiosa necesidad de justificar las muertes que, como Anubis, Dóminic hubiese provocado, pero lo que más le preocupaba era que comprendía por qué había matado a esas personas. Ella tenía intención de hacer lo mismo. ¿No era un poco hipócrita criminalizar a Dóminic?

Miró los vehículos aparcados junto a la entrada. Al final del camino de gravilla blanca. ¿Y si se olvidaba de todo? ¿Y si desaparecía? Una nueva vida, una nueva identidad. No le quedaba nadie a quien rendirle cuentas.

Capítulo 21

Dóminic salió del sótano sin apenas brillo en sus dorados ojos. Se frotaba la cara para descargar parte de la tensión acumulada cuando se topó con Jackson, que salía de la cocina con el pelo húmedo, una toalla alrededor de la cintura, descalzo y masticando la mitad de una magdalena de chocolate que llevaba en la mano.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno, ya sabes que nunca he sido partidario de la forma en la que Ram obtiene información.

—Te dije que no bajaras. Esto no es lo tuyo. Nunca lo fue.

—Es mi madre. Y necesitamos respuestas.

—¿Las habéis encontrado?

Dóminic negó con la cabeza.

—Esa mujer no va a hablar. Da igual lo que le hagamos.

—Voy a vestirme. Bajaré a echarle una mano al jefe. —Se recolocó la toalla alrededor de la cintura—. Tú ve a descansar. ¿Cuánto hace que no duermes?

—No lo sé. —Suspiró. Se llevó la mano a la nuca. Echó la cabeza hacia atrás y estiró el cuello—. Pero, aunque quisiera dormir, no podría. Mi madre, Petrova, Bryana, el Cremador… Son demasiados frentes abiertos. No puedo tenerlo todo, Jackson. Sois mi familia. Mi vida y mi trabajo son incompatibles con toda esta mierda. —Alzó los brazos al aire, abarcando con un movimiento el lujo que los rodeaban en el vestíbulo—. Terminarán descubriéndome. Tendré que huir o acabaré en prisión. Eso, si la loca de Petrova no acaba conmigo antes. Debí matarla cuando tuve oportunidad. No puedo seguir así.

Jackson frunció los labios en un mohín casi inapreciable.

—Espero que no estés pensando hacer lo que creo que se te ha pasado por la cabeza.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No puedes dejar el trabajo. Siempre has querido ser poli. —Lo miró angustiado. No solo parecía sobrepasado por la situación; estaba

desolado, desesperado—. ¿Por qué no descansas un par de horas? Tres. Cuatro. Deja que yo me encargue. Cuando despiertes, seguro que lo verás todo de otro color.

—Debería ver cómo está Nugget. —Alzó la vista hacia la puerta del salón que tenía enfrente—. Acercarme a ver cómo sigue Parker, y Bryana… ¿Sabes dónde está?

—Nugget está roncando en el salón. La puerta está cerrada para que no despierte a toda la casa con su festival. Tu amigo duerme plácidamente gracias a Pierre. Y tu preciosa pantera, la última vez que la vi, estaba sentada en las escaleras. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección a la entrada principal—. Tampoco tenía buena cara. Creo que ambos deberíais descansar, o descargar toda esa tensión que tenéis acumulada. —Enarcó una ceja.

—¿Sigue fuera? —le preguntó, sonriendo sin ganas.

—No lo sé.

—Si no fuera por estas pulseras… —Alzó la muñeca y movió la pulsera de acero negro que rodaba su muñeca—. La necesito. —Suspiró mirando hacia la puerta—. Me gustaría atrapar a ese cabrón antes de volver.

—No la necesitas solo por eso. —Sonrió de medio lado, divertido, con un travieso brillo en sus ojos verdes.

Dóminic le devolvió la sonrisa. Intentar engañar a Jackson era como tratar de peinar a un calvo.

—Aquí no pintas nada. —Se metió la mitad de la magdalena que le quedaba en la boca—. Entiéndeme, yo estoy encantado de tenerte por aquí —le aclaró cuando Dóminic enarcó una ceja—. Y el jefe te ha echado de menos, aunque no lo reconocerá nunca. —Masticó y tragó —. ¡Y qué decir de tu madre! No la había vuelto a ver sonreír de esa manera desde que éramos unos imberbes. En cuanto a Sekhmet…

—¿Quién?

—Bryana. Tu Alniyl Kuynu. —Dóminic frunció el ceño—. No me mires así. Tú has visto lo mismo que yo esta noche.

—No deberías encariñarte con ella. Nunca la arrastraría a este mundo. Además, ya se ha encargado de dejarme claro que en cuanto atrapemos al asesino se marchará.

—Pero tú no quieres que se vaya.

—Lo que yo quiera carece de relevancia.

—Esa mujer no se irá de tu lado a menos que tú la eches. Si quisiera ya se habría marchado. Puede encontrar y hacerse cargo ella solita del asesino. Sabe que las pulseras están desactivadas y no…

—¿Se lo has dicho?

Jackson se encogió de hombros.

Dóminic corrió hacia la puerta, la abrió y salió al porche antes de que el corazón se le saliese del pecho seguido por Jackson.

—No está. ¡Maldita sea, Jackson!

—Estará en tu habitación.

—¿La has visto subir?

—No. Pero no se ha marchado.

—Ahora, además de imbécil, eres adivino. ¡Qué suerte la mía! —Alzó ambos brazos al aire. Jackson enarcó una ceja, sonriente—. No tiene gracia. No tenías que haberle dicho que los dispositivos estaban desactivados. No la encontraré nunca. —Cerró de un sonoro portazo.

—¿Y cuál es el problema? —Se encogió de hombros—. No quieres arrastrarla a este mundo y hace un momento parecías dispuesto a dejarla marchar.

—¡Ella también está en peligro, ese es el problema! ¿En qué estabas pensando?

—En ti. Sube a la habitación, seguro que está allí.

—¿Cómo lo sabes? —Alzó la vista y miró las escaleras con temor.

—Esa mujer no va a abandonarte. No puede. Es tu Alniyl Kuynu. Tal vez no esté familiarizada con lo que eso significa, pero tú sí. Y sabes que esa unión es indestructible. Además, nunca dejaría solo a su amigo en esta casa.

—No la conoces. Como no esté en la habitación… —Caminó hacia las escaleras.

—Sí, sí, sí. —Hizo un ademán con la mano restándole importancia a la amenaza en ciernes—. Corre.

Subió las escaleras de dos en dos en lo que pareció un déjà vu. Se dirigió a su habitación, agarró el pomo de la puerta, cogió aire y lo soltó muy despacio mientras abría como si la puerta se fuese a venir abajo en cualquier momento.

La luz que se colaba desde el pasillo iluminando el interior dibujó una maravillosa silueta sobre la cama. Sonrió aliviado y alzó la vista por encima de su hombro al sentir la presencia de Jackson.

—Te lo dije —le susurró. Sonrió de medio lado y se dirigió a su habitación.

Dóminic entró y cerró la puerta tras de sí. Se quedó allí plantado sin moverse, obnubilado por la figura de la mujer bajo las sábanas, cuya larga mata de pelo negro descansaba sobre la mitad de la almohada, y que la luz de la luna, que entraba por el gran ventanal que había al otro lado de la cama, iluminaba con un sedoso brillo de advertencia.

Se acercó hasta ella. La respiración de Bryana era profunda. Pausada. Las relajadas facciones de su rostro le conferían un halo angelical irresistible.

Hipnotizado, alzó la mano para retirar un mechón de pelo que, como una vaporosa seda, le impedía disfrutar de los voluptuosos labios que frunció cuando advirtió su presencia.

Antes de que pudiera rozar su mejilla, Bryana lo agarró de la muñeca, abrió los ojos y sacó el arma que le había prestado y que había guardado bajo la almohada cuando se metió en la cama. Cargada y preparada para disparar, le apuntó entre ceja y ceja.

—Perdona. —Soltó la muñeca de Dóminic como si le quemara. Aseguró el arma y la dejó sobre la mesilla—. Es… la costumbre. En prisión…

—Tranquila. —Colocó tras la oreja el mechón de pelo por el que se había visto privado de disfrutar de su aparente inocencia un poco más, antes de que su lado salvaje la devolviese a su habitual estado de alerta—. Es normal. Tu vida dependía de ello. —Encendió la lámpara de la mesilla.

Aquel nimio roce erizó el vello de todo su cuerpo. La simple

presencia de Dóminic, el dulce aroma a almendras tostadas que desprendía su majestuoso cuerpo cincelado por los dioses y que tanto deseaba tener entre sus sábanas, alteró toda su piel en un lastimero anhelo.

Negar que sentía por aquel hombre algo más intenso que una mera atracción era la mayor falacia de la que había intentado convencerse desde que tenía uso de razón.

Cuando se metió en la cama se había quitado el vaquero, que había dejado doblado sobre la silla que tenía frente a ella, junto en la entrada del cuarto de baño, y al incorporarse, la sábana de seda borgoña con la que se había tapado se escurrió por su cuerpo acariciándole la piel y dejando al descubierto su torso, pero también la tela de encaje negro que cubría la unión entre sus piernas.

Dóminic recorrió con lánguida posesión su cuerpo. La placentera descarga eléctrica que acarició cada centímetro de su piel enarboló sus pezones que, como dos diminutas piedras preciosas, desviaron la atención del caudillo de turbados ojos dorados que había sometido su cuerpo.

Adoraba sentir la inexistente sutileza con la que Dóminic recorría su cuerpo. Deseaba que acariciase cada centímetro de su piel. Anhelaba un contacto que se había vetado por pura e irracional cabezonería. ¿Por qué negarse a la posibilidad de que aquel hombre fuera su compañero eterno? ¿Qué podía perder?, ¿su corazón? Más daño del que ya había sufrido en los últimos años no podían hacerle.

—¿Va todo bien?

—Sí. —Su tono de voz sonó casi como un gruñido—. Solo venía a darme una ducha. —Dio media vuelta y se quitó la camiseta de camino al baño.

Bryana observó con meticulosa atención la infinidad de tatuajes egipcios que cubrían su espalda y que se extendían hacia su brazo izquierdo como una segunda piel.

Mordiéndose el labio inferior de manera inconsciente, se preguntó si también llevaría tatuado aquel pecho, esculpido en un cuerpo para el pecado, que deseaba lamer en toda su vasta extensión.

Cuando la ceporra funcionaria de prisiones lo manoseó, toda su atención se concentró en no arrancarle las manos a esa lagarta. No se fijó si los tatuajes de Dóminic cubrían solo su espalda o iban más allá.

Bajo la cálida y tenue luz de la lámpara de la mesilla apreció cómo la piel de aquel semidiós se erizaba. Sonrió de medio lado sintiéndose estúpidamente poderosa al percatarse que él sentía lo mismo que ella cuando recorría su cuerpo con la mirada. ¿La desearía de igual forma?

Dóminic no se dio la vuelta. Se limitó a tensar los músculos. Dejó la camiseta sobre el respaldo de la silla en la que ella había depositado sus vaqueros y encendió la luz del baño.

—¿Conoces el término reciprocidad?

Dóminic la miró enarcando una ceja, con un brillo apagado en sus dorados ojos.

Su torso también estaba tatuado.

Haciendo acopio de toda su racional fuerza de voluntad, evitó fijarse en los oblicuos que incitaban a pasar sus perlados ojos sobre el abultado miembro que, sin pudor, se alzaba prisionero por un carcelero de tela vaquera.

Mantuvo estoica la ardiente mirada de Dóminic que, contenida, lucía sin el candente y habitual brillo que iluminaba su rostro.

—Esperas que te entregue algo que tú me niegas: confianza —le aclaró ante su cara de desconcierto—. Es muy difícil confiar en alguien que continuamente está ocultándote información.

—¿Y me lo dices tú? —Dóminic cruzó los brazos sobre su pecho.

—No sé a qué te refieres. —Sacó sus torneadas piernas de entre las sábanas.

El ambiente que los rodeaba estaba tenso por muchas razones. Olía a enfrentamiento y quería estar preparada.

—¿Y qué me dices de Petrova y su encargo especial?

—Ah, eso.

—Sí, eso. Te dije que no te acercases a ella.

—Creí que era una sugerencia. —Se encogió de hombros haciendo un mohín con los labios—. No sabía que era una orden.

—No juegues conmigo, Bryana. ¿En qué estabas pensando? —

Alzó los brazos al aire, exasperado—. Esa mujer está loca. La definición de maldad se le queda pequeña.

—¿Crees que tuve elección? —Se levantó, ofendida, con los brazos tensos y las manos cerradas en puños a ambos lados del cuerpo —. O aceptaba el trato o me mataban.

—¿Y qué tienes pensado hacer?, ¿matarme? —Se señaló a sí mismo dando un paso hacia ella—. Porque si no lo haces encontrará la forma de acabar contigo. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! Claro que no. —Recorrió su cuerpo de arriba abajo con estupor.

—¿Entonces? —Puso los brazos en jarras rodeando sus caderas con las manos—. Te has puesto una diana en la frente. A mí me querría muerto de todas formas, y ahora también te querrá a ti.

—En cualquier caso, ese es mi problema, no el tuyo. —La vista se le fue de nuevo hacia los oblicuos que Dóminic resaltaba con sus enormes manos apoyadas sobre las caderas.

«Maldita sea. Céntrate, degenerada —se recriminó lamiendo los marcados abdominales que recorrían su desnudo torso hasta el abultado miembro que pugnaba por ser liberado—. Al menos no soy la única que nada sin manguitos en una sopa de hormonas preadolescentes».

—En cuanto ponga un pie en la calle te buscará y te matará. Si es que las Amazonas no le mandan tu cabeza por correo postal a prisión.

—Eso no va a ocurrir. —Volvió a concentrarse, como pudo, en el irritado crepitar de sus ojos—. Puedo esconderme. Huir. Me las apañaré.

—Tú no vas a ir a ningún sitio. Y no, no es una sugerencia.

«Eso ya lo veremos». Enarcó una ceja cruzando los brazos bajo su pecho.

Toc, toc, toc.

—¡Qué! —gritaron al unísono.

Jackson entornó la puerta y asomó la cabeza.

Sus ojos recorrieron las piernas de Bryana desde los tobillos hasta

el culote negro que cubría el suave sexo que la tela de encaje dejaba entrever.

—Jackson —rumió como un animal sacando a Jackson de su ensimismado deleite.

Bryana puso los ojos en blanco. Ahí estaba ese cavernícola brillo dorado que advertía de un inminente peligro.

Tenía que reconocer que adoraba ese brillo, así como la sensación de propiedad que le recorría el cuerpo cuando él la miraba. Era extraño y muy reconfortante saber que había encontrado su hogar. O su caverna, si tenía en cuenta los estúpidos celos de troglodita con los que Dóminic agasajaba a todos los hombres que la miraban con cualquier tipo de insinuación en mente.

—Mi señor. —Hizo una reverencia con la cabeza—. Osiris requiere de su presencia en el sótano.

«¿Y quién demonios es Osiris?». Bryana miró alternativamente a uno y a otro, pasando de la incomodidad de uno a la inquietud del otro.

—¿Ha dicho ya qué veneno ha utilizado?

—No, mi señor. Por eso, Osiris requiere la presencia de —carraspeó— Anubis. —De soslayo, cruzó una fugaz mirada con Bryana, quien no pudo evitar dar un respingo al comprender lo que Jackson sugería.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le recriminó a Dóminic.

—Porque no te concierne.

—¿Cómo dices? —siseó entre dientes en un tono amenazante, apenas audible, que ambos, tanto Dóminic como Jackson, escucharon a la perfección.

Jackson dio un cauteloso paso hacia atrás cuando Dóminic miró a Bryana con todos los músculos de su torso marcados como si fuera una maciza escultura de piedra, los brazos extendidos, los puños apretados y la mandíbula en tensión.

La clarividencia iluminó sus ojos grises cuando se toparon con la furia dorada que ardía en los ojos de Dóminic.

Bajo aquella máscara de rabia, su rostro era el vivo reflejo de la ira resignada, la tristeza, la impotencia y la venganza.

Dóminic no quería hacer lo que fuese que Jackson le estaba pidiendo que hiciese, pero era la vida de su madre la que pendía de un hilo. Evitó llevarse las manos a los labios para ahogar un suspiro con el que necesitó coger aire cuando la evidencia golpeó su pecho.

Al igual que Dóminic, ocultó su rostro tras la fría máscara de indiferencia que llevaba utilizando los cinco últimos años de su vida.

A su mente acudieron infinidad de discusiones entre sus padres.

Ellos se querían. Se amaban y se idolatraban el uno al otro. Eran una pareja sólida, una unidad que enfrentaba los problemas de frente y juntos. Y como todas las parejas, discutían; en ocasiones de manera acalorada y desagradable, pero a Bryana no le cabía la menor duda de que sus padres habrían dado la vida el uno por el otro.

Siempre pensó que la raíz de todas esas discusiones tenía que ver con el amor tan puro que se profesaban. Cuando amas con intensidad, odias con el mismo fervor, y solo aquellos a los que se ama de manera incondicional pagan los platos rotos de la frustración cuando la vida les obsequia con una de sus terribles bofetadas.

Solo quien quiere desde lo más profundo de su alma conoce los demonios de un ser amado, porque cuando el amor es correspondido, no se huye, no se niega; se acepta y se enfrenta para proteger a quien amas, incluso de sí mismo.

No debería ser así. Era injusto para la persona amada, pero ¿quién era ella para cuestionar el extraño vínculo del amor cuando durante los últimos cinco años se lo había hecho a Cábanno, a Parker, a… sus padres?

Dóminic ya le había dejado claro lo que sentía por ella. «Cábanno tiene que estar pasándoselo en grande allí donde esté», pensó asumiendo que ella también lo amaba.

Con la imagen de su amiga, roja como un tomate, desternillándose de ella y un cartel luminoso en la frente de «Te lo dije», se acercó a la silla. Cogió sus pantalones y se los puso con bruscos ademanes.

—¿Adónde vas?

—Al sótano —le respondió calzándose las botas—. Está en el sótano, ¿no es así? —le preguntó a Jackson.

—Sí. —Abrió la puerta por completo con una traviesa y divertida sonrisa que acentuaba sus pícaros hoyuelos.

—Vamos.

—No. —La sujetó por la muñeca—. Tú no vas a bajar al sótano.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque tú no perteneces a este mundo.

—Tienes razón. —Se soltó con brusquedad—. Pero si no querías que metiera las narices en tus asuntos, haberme mantenido al margen.

—No es tu familia —gruñó entre dientes.

El latigazo que recibió su corazón pronto fue sustituido por la ira al descubrir la sombra del temor, oculta bajo el cejador brillo de la vergüenza en los ojos de Dóminic.

—Sekhmet… —escuchó susurrar a Jackson cuando dio un paso hacia Dóminic, acortando la escasa distancia que los separaba.

—Tienes razón, no es mi familia. Tengo la suerte de que estén muertos y no puedan ver lo bajo que he caído. —Dóminic volvió a sujetarla por la muñeca, esta vez con cautela, cuando iba a darle la espalda.

—No era eso lo que quería decir. —El inusual e inapreciable temblor en su aterciopelada voz conmovió a Bryana.

De nuevo, estaba protegiéndola de sí mismo, de lo que se esperaba de él en aquel mundo, de quien había sido, de lo que fuera que le hubiesen hecho a aquella mujer para que hablara sin esperar que ella estuviera dispuesta a mirar hacia otro lado.

—Es tu familia. —Acarició su rostro. Dóminic abrió los ojos sin mesura, como si en lugar de una caricia hubiese recibido un guantazo —. Y con eso me basta. —Se dirigió hacia la puerta desde donde Jackson la miraba con orgullo y una fanfarrona media sonrisa en los labios—. Vamos.

Siguió a Jackson por el pasillo hasta las escaleras. Dóminic, incapaz de moverse por la inesperada reacción de Bryana, tardó algo

más en salir de la habitación.

Se había quedado petrificado. Acarició su rostro allí donde ella había acunado su mejilla. Miró hacia la puerta y siguió la estela que había dejado en dirección a la escalera principal.

Bryana alzó la vista cuando escuchó que bajaba con erráticos y dubitativos movimientos. Parecía inseguro, asustado o, tal vez, tan solo seguía buscando una explicación al motivo por el cual ella había reaccionado con amor a un golpe tan bajo.

Decidió no seguir dándole vueltas al asunto. Solo quería acabar con su congoja y darle un poco de paz. Para variar, verlo sonreír no estaría mal. «Él habría hecho lo mismo por mí». Eso esperaba o eso quería creer, teniendo en cuenta la actitud tan agresiva que mostró frente al funcionario de prisiones que se propasó con ella cuando la acompañaba a la habitación del vis a vis.

Esperaron frente a la puerta hasta que Dóminic llegó a su lado.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Bryana pudo apreciar cómo se recomponía frente a ella. Cómo se alzaban los escudos de una máscara de crueldad que hasta ahora no había visto y que, si no fuera porque se sentía a salvo, habría sido suficiente para hacerla salir corriendo.

—Nadie me obliga nunca a hacer nada que yo no quiero. Recuérdalo.

Jackson abrió la puerta tras un movimiento de cabeza de Anubis; porque el que estaba junto a ella no era Dóminic, era el temido dios de los muertos egipcios.

Pasó delante de ella. Bryana lo siguió, por inercia, a través de un bloque de escaleras apenas iluminadas. Parapetada por Jackson, que cubría su retaguardia y la única salida de aquel callejón en el que se había metido. ¿Por qué?, ¿por amor? Negó con la cabeza para desechar aquella idea que latía en su cabeza como un corazón recién renacido.

Caminaron por un ancho pasillo, que se iluminó en cuanto Dóminic bajó el último escalón, envueltos en un tenso silencio al que solo se atrevía a contradecir el repiqueteo de la suela de sus botas sobre la pulida superficie de hormigón.

Se detuvieron frente a una puerta de madera envejecida, descuidada, que había al final del pasillo y que ponía la nota discordante por la dejadez de su mantenimiento.

—Me gustaría que tuvieras en cuenta que es mi madre. —El eco de su voz sonó apagado.

—Dudo que seáis tan imaginativos como mis antiguas compañeras de fraternidad.

Dóminic acarició el pomo de la puerta con una sonrisa lobuna en los labios que a Bryana le puso los pelos de punta.

Daba por hecho que no encontraría solo una mujer maniatada. Suponía que le habrían dado una paliza. Esperaba, incluso, encontrarla desfigurada. La tortura solía ser un método muy eficaz para obtener información de manera rápida. No esperaba encontrar nada muy diferente a lo que, en ocasiones, ocurría en prisión. Nada que no hubiese visto o vivido en sus propias carnes. Pero había olvidado un pequeño detalle: la crueldad por la que era conocido el Egipcio.

«Jo-der». El olor ferroso de la sangre concentrada, que salpicaba el plástico que cubría el suelo y servía de lienzo a la dantesca imagen de la criada, fue lo primero que la golpeó cuando Dóminic abrió la puerta.

Maniatada en una silla, en mitad de aquella oscura habitación, inconsciente, con el vestido rasgado allí donde había guardado el pequeño frasco con el veneno, se encontraba Rosita. Con la cabeza desvencijada hacia atrás en un ángulo imposible, la respiración profunda y burbujeante, cubierta de sangre de pies a cabeza y con el rostro hinchado.

Del labio inferior, que con los golpes le habían partido, le colgaba un pellejo ensangrentado. Los párpados, cerrados, tenían un color negruzco y tan hinchados que parecían las yemas de dos huevos fritos sangrientos a punto de reventar.

Evaluando los daños, tal y como había hecho durante casi toda su vida como inspectora de Homicidios, Bryana tenía serias dudas de que aquella mujer volviera a ver la luz del sol si le permitían seguir con vida. Dudaba incluso que fuese capaz de articular palabra.

—De acuerdo. Vuestra imaginación da asco. —No pudo evitar contraer el rostro con desagrado cuando pisó un charco de sangre al

cruzar la puerta.

Estaba acostumbrada al olor de la sangre coagulada, incluso podía sobrellevar la espantosa imagen de aquella mujer que, pese a la brutal paliza que había recibido, no había confesado cuál era el veneno que había utilizado para matar a la madre los hermanos Dwayne.

Durante su época como inspectora de Homicidios había visto cadáveres en peor estado. Al menos la criada no estaba cubierta de gusanos y larvas de mosca, ni desprendía el típico olor a carne putrefacta. Pero sentir cómo se le resbalaba el pie en un charco de sangre era una sensación que siempre le había dado repelús.

—¿Qué hace aquí? —Ramsés, limpiándose las manos en un trapo ensangrentado junto a la criada, miró a su hermano.

—Vengo a por esa información que, por si no te has dado cuenta, no vas a conseguir a base de golpes —le respondió a sabiendas de que el Egipcio había decidido ignorar su presencia.

Miró en rededor el suelo buscando una zona de plástico que no estuviese salpicada de sangre y que le permitiese acercarse sin sentir que estaba pisando un lodazal.

—¿Quieres que extendamos la alfombra roja? —Tiró el trapo junto a la silla sonriendo divertido al ver cómo Bryana trataba de acercarse a ellos haciendo equilibrios para no pisar los charcos de mayor tamaño.

—Puestos a elegir, preferiría que te pusieran una mordaza en la boca para que dejaras de decir sandeces —farfulló entre dientes.

Concentrada como estaba para no pisar las salpicaduras de sangre que iban aumentando su tamaño según se iba acercando a la mujer, no vio cómo Jackson, junto a la puerta, intentaba contener la risa en una divertida mueca. Tampoco vio cómo Dóminic sonreía negando con la cabeza. O cómo Ramsés enarcaba una ceja ante refrescante desfachatez a la que no estaba acostumbrado.

Se dio por vencida cuando llegó a un par de zancadas de donde estaba la mujer. Allí la sangre cubría por completo el plástico. Era imposible no pisar los charcos bermellón coagulados, así que, haciendo de tripas corazón se acercó imaginando que atravesaba un descampado tras un día de lluvia en lugar de un inmenso charco de sangre.

—Tienes una lengua muy afilada. —Sujetó a Bryana por la barbilla para obligarla a centrar su atención en él—. Deberías tener cuidado. Ser la Alniyl Kuynu de Anubis no te protegerá si me pillas con los cables cruzados. Y hoy no es el mejor día para poner a prueba mi paciencia, akhti.

«Nota mental: tengo que saber qué significan esas palabras».

—Ram. —Dóminic llamó la atención de su hermano con un tono que distaba mucho de la fraternidad.

Ramsés soltó a Bryana con una caricia.

No tenía ni idea de lo que significaban Alniyl Kuynu ni akhti, pero por cómo la miraba Ramsés, le dio la impresión de que le otorgaba ciertos privilegios de cara a su organización.

Ramsés Dwayne, más conocido como el Egipcio, era uno de los narcos nacionales más temidos y despiadados. Solo con su presencia paralizaba a cualquiera que se creyese en la cúspide del narcotráfico debido a su enorme envergadura y su porte de asesino a sueldo. Incluso algunos de sus antiguos compañeros del cuerpo lo temían por su beligerancia. Decían de él que era la personificación del mal. Un hombre con gusto por el sadismo y la muerte. Perverso y sin ningún tipo de aprecio por la vida humana.

Cualquiera podría sentirse intimidado ante un hombre semejante, sin embargo, no eran los antiguos chismorreos de viejas lo que paralizó a Bryana, sino su físico. Ramsés era idéntico a Dóminic. La similitud de sus facciones, la tonalidad dorada de sus ojos y el aterciopelado tono de su voz. Se tragó el nudo que la escasa distancia que los separaba había formado en su garganta. Sabía que eran gemelos, sabía que eran idénticos, pero el parecido era como un veneno paralizante.

Sintió miedo. ¿Y si buscando su nueva identidad, su corazón, al que había decidido conceder la libertad en aras de mantener la cordura, terminaba en manos de Ramsés?

Escudriñó el rostro del Egipcio atenta a la reacción de su propio cuerpo. Nada. Soltó el aire, que el impacto de aquel rostro idéntico al del hombre, al que no quería reconocer más que como un capricho pasajero, había retenido en sus pulmones.

«Esto es de locos». El Egipcio, que se había metido las manos en los bolsillos, la miraba con… ¿diversión?, ¿cariño?

—Si vuelves a ponerme un dedo encima, te los corto uno a uno y te los pongo de aperitivo para cenar.

Bryana no apartó la vista del fulgor dorado que desprendían sus ojos, ni tan siquiera cuando él recorrió su cuerpo de arriba abajo con una sonrisa lasciva.

Sintió un profundo alivio al comprobar que su cuerpo no reaccionaba ante el despliegue de solemne sensualidad que, tenía que reconocer, el Egipcio también desprendía.

—Tienes buen gusto, shaquiq. —Atravesó el sótano hasta llegar junto a Dóminic—. Por favor, ilumínanos. —Le dedicó a Bryana una teatral reverencia que pasó por alto al estar más concentrada en reconocer la figura del tatuaje que Ramsés llevaba en el antebrazo derecho.

Era un dios, de eso no tenía dudas. «Osiris». Lo había visto en las películas. El Egipcio era Osiris. El actual dueño y señor del Duat.

La historia que Jackson le había contado, poco a poco, cobraba sentido en su cabeza cuando recordó la conversación con Petrova en la cual ella aseguraba que Dóminic había sido el elegido.

Dóminic debía haberse hecho cargo del negocio. Al renunciar a aquella vida, Ramsés se hizo con las riendas de la organización, pero ¿por qué lo llamaban Egipcio? ¿Por qué no llamarle Osiris? ¿Dóminic había vuelto a engañarla? ¿Era él el auténtico cabecilla de la organización? ¿Estaba Petrova equivocada? «Seguro que tiene una explicación. Concéntrate».

—Jackson, ¿podrías traer un par de cubos de agua y una goma para el pelo? —Miró al lugarteniente después de inspeccionar de cerca los daños en el rostro de la criada.

Jackson solicitó permiso a Ramsés con un golpe de vista antes de volver sobre sus pasos a la planta superior.

—Te creía más imaginativa. —Se apoyó con el hombro en la puerta y cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿No te han enseñado nada en prisión?

—A tocarte los huevos. —Sonrió con cinismo.

Ramsés rio. Su sonrisa iluminó la habitación. «Tengo que hacer sonreír así a Dóminic. Necesito verlo sonreír así». Lo miró. Sus ojos

chispeaban divertidos pero sus labios mantenían la preocupación de su rostro.

—Ya hemos intentado ahogar sus penas. No hablará.

—¿Habéis probado con un barril de cerveza? —le preguntó estudiando el rostro de la criada.

—Alniyl Kuynu… —advirtió Dom.

—Perdona, ¿os he ofendido? —inquirió volviéndose hacia ellos. El rostro de Ramsés había demudado de la diversión al asesinato—. No me miréis así. Se supone que siendo quien es —señaló al Egipcio con la palma de la mano hacia arriba—, debería saber que esta mujer no iba a hablar por las buenas, ni por un kit completo de hostias a mitad de precio. Se ha metido en tu casa. Ha envenenado a tu madre. ¿En serio creías que iba a hablar? —Señaló el decadente estado de la criada.

—¡Bryana! —Con una voz de ultratumba, Dóminic la hizo callar.

Incluso a aquella distancia, Bryana pudo escuchar el crujido de los dientes de Ramsés al tensar la mandíbula. Se volvió para observar de nuevo a la criada. La sujetó por la barbilla e intentó colocarle la cabeza en una posición recta.

—Solo quiero que despierte. Las personas inconscientes tienen la misma mala costumbre que los muertos: que no hablan.

De espaldas a los hermanos, no pudo ver el sentido alivio que iluminó el rostro de Dóminic cuando vio a Ramsés soltando el aire con reticente autocontrol.

—¿Qué te hace pensar que te va a contar a ti lo que no nos ha dicho a nosotros? Está bien entrenada. Debe trabajar para la rubia desde hace al menos un par de años. Le teme más que a la muerte.

Bryana dedujo que la rubia a la que se refería Ramsés, debía ser Petrova. Le resultó curioso que un apelativo que siempre había escuchado en tono cariñoso, en boca del Egipcio adquiriese un matiz tan despectivo teniendo en cuenta que se refería a su propia mujer. Desde luego, Petrova no había mentido cuando dijo que no pasaban por su mejor momento.

—¿Sabes por qué ha conseguido llegar tan lejos? Porque no piensas antes de actuar. Eres… demasiado pasional. —Ramsés enarcó

una ceja. «No en ese sentido, lumbreras», pensó poniendo los ojos en blanco—. Deja de pensar con esto —se señaló el pecho a la altura del corazón con el dedo índice—, y piensa con esto —se señaló la sien—. No eres estúpido. Si lo fueras, llevarías en prisión media vida.

—¿Qué propones? —le preguntó Dóminic.

—Esta mujer no tiene nada que perder —se volvió de nuevo para mirar a la criada—, pero tal vez yo sí tenga algo que le interese.

—¿El qué? —le preguntó Ramsés.

—La libertad —susurró preguntándose si estaba preparada para cruzar aquella línea.

Capítulo 22

Jackson volvió al cabo de quince minutos con un par de cubos de agua, una goma para el pelo y malas noticias: Aurora había empeorado. La fiebre, que parecía haber remitido en las últimas horas, le había subido de nuevo. Deliraba y le costaba respirar.

De espaldas a los tres hombres que cuchicheaban entre sí con los nervios a flor de piel, colocó los cubos metálicos junto a la silla en la que Rosita seguía inconsciente.

Ajena a la bomba inestable que aquellos tres formaban alrededor de la puerta, parapetando con agónica tensión la única salida de aquella cámara de torturas, se recogió su larga y sedosa mata de pelo en una tirante cola de caballo.

Haciendo a un lado la pesada culpabilidad en la mirada de Dóminic y la rabiosa mirada de Ramsés, que se había quedado grabada en su memoria antes de darse la vuelta, ladeó la cabeza y escudriñó el rostro de la mujer o lo que quedaba de él después de haber pasado por las manos de aquellos bestias.

Había meditado lo que iba a hacer. Sentía que estaba preparada para cruzar una línea que como policía nunca se planteó. Otra cosa era que su conciencia, la cual no se había pronunciado hasta el momento, tuviese la misma opinión. «Vamos allá», se animó cogiendo uno de los cubos.

Había pasado los últimos cinco años de su vida observando a Petrova. Conocía sus métodos de coacción. Cómo, con una mirada, cualquiera de las mujeres que había encerradas junto a ellas se echaba a temblar. Podía imitarla. Sabía lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir, qué palabras utilizar, el tono de voz que debía usar, dónde y en qué momento debía situar los silencios. No era muy diferente a lo que hacía durante los interrogatorios cuando era policía. En ese aspecto, se parecían bastante. Petrova ya no se manchaba las manos de sangre; ella, hasta aquel día, las había tenido limpias.

El lamentable estado de Rosita limitaba mucho su radio de acción. No la vería. Y si habían llegado a partirle la mandíbula, como parecía por los morados que maquillaban sus mejillas, tenía serias dudas de que pudiese contestar a sus preguntas.

Arrojó el agua del primer cubo sobre la cara de la criada. Se quedó mirándola unos segundos hasta que toda el agua limpió

parcialmente la piel de sangre y comenzó a escurrirse por las marcas de lo que, suponía, había sido una cuerda atada alrededor de su cuello. No reaccionó.

Se disponía a dejar el cubo en el suelo cuando escuchó un ligero quejido.

Alzó la vista. El ritmo de la respiración de Rosita había cambiado. Estaba consciente. La criada había despertado, aunque no pudiese abrir los ojos.

—¿Puedes oírme? —Rezó porque no le hubieran roto los tímpanos.

Rosita alzó la cabeza en dirección al sonido de la voz de Bryana y emitió un lastimero gruñido con los ojos cerrados por la hinchazón.

—Lo tomaré como un sí.

Los murmullos a sus espaldas cesaron. Ramsés trató de dar un paso hacia ellas, pero Dóminic se lo impidió poniendo la palma de la mano sobre su pecho.

—¿Sabes quién soy? —Rosita volvió a gruñir—. ¿Sabes por qué estoy aquí? —De nuevo, un gruñido—. ¿Qué veneno has utilizado? —Silencio.

Bryana tomó la ausencia de respuesta como una negativa a contestar a su pregunta.

Olvidándose de la sangre que anegaba el plástico y cubría el suelo a su alrededor, dio media vuelta sobre sí, caminó hacia Ramsés y le tendió la mano.

—Tu arma.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos.

—Dásela —le ordenó Dóminic.

Receloso y sin apartar la vista de los perlados ojos de Bryana, se desabrochó la americana y de la funda del arnés que rodeaba su pecho sacó la SIG Sauer negra que siempre llevaba consigo.

—Preciosa. —Volvió junto a la criada—. Tengo un mensaje para Petrova y necesito que alguien se lo haga llegar. —Se agachó para poder susurrarle al oído—: Ambas sabemos que a tu jefa no le gustan

las malas noticias. Y si a eso le sumamos que has sido descubierta, que Dóminic y su madre siguen con vida y que Ramsés está al tanto de sus planes… —Chasqueó la lengua y se incorporó—. No pinta nada bien para la mensajera. ¿Tú qué opinas?

Rosita gruñó. Su rostro, desfigurado, se contrajo en lo que parecía una mueca de horror antes de comenzar a negar con sutiles y erráticos movimientos de cabeza, mientras balbuceaba palabras ininteligibles.

—Shhh, tranquila… —Acarició el abultado rostro de la mujer, que contrajo los hombros por instinto y trató de apartarse de la mano de Bryana—. Siempre podemos llegar a un acuerdo. Lo que yo puedo ofrecerte será mucho mejor que lo que te deparará ahí fuera, porque si no me dices el veneno que has utilizado, no vas a morir… —canturreó —. ¿Sabes lo que significa eso?

Rosita gruñó. El pellejo de carne que le colgaba del labio se movía vapuleado por el temblor de sus labios. Una lágrima se hizo paso entre la hinchazón de sus amoratados ojos y resbaló por su desfigurado rostro, limpiando a su paso parte de la sangre que el agua del cubo no había sido capaz de eliminar.

—Tú decides si prefieres tratar con tu jefa o con la única descerebrada que se atreve a desafiarla.

El ruido metálico del pistón al cargar el arma reverberó en la sala. Dóminic intentó dar un paso hacia ellas, pero tal y como él había interceptado antes a su hermano, Ramsés se lo impidió colocando la palma de la mano sobre su pecho desnudo.

—Dime qué veneno has utilizado y te mataré. Un tiro en la cabeza y serás libre. Rápido. Limpio. No sufrirás más. Petrova no podrá hacerte más daño. Osiris no volverá a tocarte. No será necesario que Anubis se encargue de ti. —Acercó el rostro al de Rosita—. Dime qué veneno has utilizado y te prometo una muerte sin dolor. De lo contrario, vivirás. Y cuando estés recuperada te cortaré la lengua y te entregaré a Anna con un mensaje grabado en la frente. Viva —susurró en su oído.

Rosita volvió a negar con la cabeza, con erráticos y sutiles movimientos enfatizados por gruñidos suplicantes.

—Libérate. —Colocó el cañón del arma bajo la barbilla de la criada—. De lo contrario te aseguro que el infierno será un paraíso comparado con lo que te espera si Anna te pone las manos encima.

Rosita, siguiendo el sonido de la voz de Bryana, se acercó a su rostro hasta que sus pómulos se acariciaron. Con un esfuerzo atroz, en un susurro desgarrado apenas audible, confesó qué veneno había estado suministrándole a Aurora antes de comenzar a gimotear.

Bryana acarició su coronilla.

—Ya pasó. Todo irá bien. —Retiró el arma de la barbilla de Rosita y alzó la vista por encima de su hombro en dirección a los tres hombres que custodiaban la única entrada—. Adelfa.

Ramsés hizo un movimiento de cabeza que Jackson entendió como el escopetazo de salida para correr en busca de Pierre.

Bryana volvió a mirar a la mujer que se removía en la silla, nerviosa, temblando como una guirnalda zarandeada por un huracán.

—Shhh, tranquila. —Acarició de nuevo su desfigurado rostro con las yemas de los dedos—. Todo acabará en cuanto nos confirmen que no me has engañado.

No era estúpida. No iba a matarla sin estar segura de que les había dicho la verdad, pero ¿estaba decidida a convertir a Rosita en su primera víctima? ¿Un primer asesinato por el que su conciencia seguía sin pronunciarse?

Esa ausencia de remordimientos era la que la tenía en vilo. Más, incluso, que sesgar la vida de una persona. «Estoy haciendo lo correcto. Es su única oportunidad de ser libre».

La vivaracha sintonía del móvil de Ramsés desentonó por completo entre tanta tensión y los gimoteos de la criada.

Bryana alzó la vista por encima de su hombro mientras acariciaba el pelo enmarañado de la joven con todos los sentidos puestos en un ápice de misericordia que, incapaz de hacerle frente a su firme determinación, se perdería aquella fiesta privada de iniciación.

Volvió la vista hacia la coronilla de Rosita cuando los dorados ojos de Ramsés la miraron aliviado. La pobre mujer se deshacía en espasmódicos temblores. Solo encontraría la paz en una muerte digna.

—Has sido una buena Amazona. —Frente a ella y de espaldas a Dóminic, que incrédulo la observaba desde la puerta, colocó el arma en la sien de la criada—. Has salvado la vida de una mujer y, por ello, te absuelvo de la dolorosa muerte que implica tu traición.

Ramsés le sujetó la mano antes de que Bryana pudiese apretar el gatillo.

—Yo me encargo.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando alzó la vista para mirarlo. «Dios mío». ¿Era admiración lo que veía en sus ojos? Negó con la cabeza para deshacerse de aquella perturbadora idea.

—Una reina no debería mancharse las manos de sangre.

A Ramsés no le fue difícil hacerse con el arma. Bryana, conmocionada por lo que veía en los dorados ojos del Egipcio, apenas estaba sujetándola.

Ramsés sujetó la cabeza de Rosita que, antes de morir, suspiró aliviada. Cuando apretó el gatillo, su cuerpo dejó de temblar.

—¿Estás bien?

«Sí. No. No lo sé».

—Voy a darme una ducha.

—Sekhmet… —fue lo último que escuchó al salir de la habitación del sótano.

Se abrazó consciente de la intranquila mirada de Dóminic y el cariñoso escrutinio de Ramsés al que fue sometida mientras abandonaba la estancia.

Recorrió el pasillo sin saber si aquellas últimas palabras habían salido de los carnosos labios de Anubis o de los de Osiris. En realidad, prefería no saberlo.

Caminó por el pasillo buscando la voz de su conciencia. Muda. Ausente, parecía haberse esfumado. ¿Se la habrían arrebatado los cinco últimos años de su vida como presidiaria? Había cambiado, de eso no le cabía la menor duda. ¿Era por eso? ¿Había perdido su… humanidad?

A los pies de la escalera se miró las manos, cubiertas por los restos de sangre de aquella mujer que escuchaba envolver en el mismo plástico con el que habían cubierto el suelo de la habitación. ¿Había hecho lo correcto?

Y allí, sosegada, estaba la voz de su conciencia. Por primera vez

en la vida, asintiendo al unísono junto con su corazón.

Comenzó a subir las escaleras como una autómata, sumida en sus pensamientos. Había presenciado la muerte de aquella mujer con total impunidad. Ella no había apretado el gatillo, pero sentía como si hubiese sido quien le había arrebatado la vida. «Tú no has matado a nadie. En cualquier caso, has liberado a esa mujer». Incluso, podría haber salvado la vida de otra persona si el antídoto se le suministraba a tiempo.

Rosita vivía esclavizada a las órdenes de una tarada sin escrúpulos que habría disfrutado durante días torturándola. Le había ahorrado un sinfín de horas de dolor cuyo desenlace habría sido el mismo, pero más cruento.

Salió del vestíbulo que atravesó absorta en sus propias cavilaciones y subió las escaleras hasta la primera planta. La ausencia de discordancia y el mutismo de su conciencia habían sumido a Bryana en un enervante estado de paz al que no estaba acostumbrada.

Nunca había aceptado tan alegremente una decisión que, a priori, había sido tomada con el corazón sin pensar en unas consecuencias que, en realidad, no le importaban lo más mínimo.

Entró en la habitación. Cerró la puerta y se dirigió al baño. Encendió la luz y se miró en el espejo. ¿Y si Jackson tenía razón? ¿Y si había estado viviendo una vida que no le correspondía?

Escudriñó a la mujer que le devolvía el reflejo antes de volver a mirarse las manos.

«Está muerta».

«Era culpable», añadió de inmediato la voz a la que pretendía provocar.

«Que habría acabado con la vida de la madre de Dom si no la hubieses descubierto», agregó de inmediato su corazón.

Volvió a mirarse en el espejo. ¿Y Dom?, ¿qué pensaría ahora de ella?

Sintió un profundo alivio al comprobar que sí le inquietaba lo que Dóminic pudiese pensar sobre ella. Suspiró y comenzó a desnudarse. Al menos, no estaba hueca por dentro.

Su paso por aquel estercolero de mala muerte había cambiado su percepción del mundo, pero no la había convertido en un monstruo vacío de sentimientos. Abrió el grifo de la ducha y se quedó mirando el agua correr hacia el sumidero mientras cogía temperatura.

Cuando una nube de vapor envolvió por completo su cuerpo, se recogió la larga mata de pelo negro en un moño desenfadado y se metió bajo el chorro.

Estaba viva. Cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y se la llenó dejando que se escurriera por las comisuras de sus labios. Había salvado una vida. Con los ojos aún cerrados, comenzó a frotarse las manos. Había liberado a una mujer. Agachó la cabeza y abrió los ojos. La sangre de Rosita, mezclada con el agua, recorría sus brazos hasta caer sobre las baldosas tiñéndolas de un rosa pálido que se diluía ávido de libertad.

Sin ser consciente, Bryana había sanado la relación entre dos hermanos y se había posicionado ante una inminente guerra entre las Amazonas y el Egipcio.

«Sekhmet». Cerró los ojos y hundió la cara bajo el agua. Tal vez, sí que fuera aquella diosa.

Capítulo 23

Entró a su habitación. Al no ver a Bryana se dirigió al baño y abrió la puerta. Su imagen desnuda lo recibió como una patada en el estómago.

Con el pelo recogido en un moño del que varios mechones habían conseguido escapar para pegarse a sus suaves facciones de expresidiaria y diminutas gotas de agua lamiendo la escultural piel de su cuerpo, marcado por las cicatrices de los horrores vividos en prisión y envuelta en una nube de vapor que huyó fantasmagórica hacia la puerta ante su irrupción, era una auténtica divinidad. «Y es toda mía».

—Ya que no has tenido la decencia de llamar a la puerta, al menos, podrías disimular un poco —le dijo alcanzando la toalla que había junto a la ducha—. O darte la vuelta.

Dóminic apoyó el hombro sobre el marco. Cruzó los brazos sobre su pecho con aire desenfadado mientras recorría cada centímetro de su cuerpo con famélica propiedad.

—¿Le darías tú la espalda a un Salvator Mundi? —le preguntó con voz ronca.

Dejó de secarse el cuello. Ladeó la cabeza y miró a Dóminic con una media sonrisa en sus voluptuosos labios.

Era un descarado, chulo, prepotente, culto y tan guapo que dolía hasta mirarlo.

Los tatuajes que cubrían por completo su torso y su brazo izquierdo, la cresta y las duras facciones de su rostro le conferían un aire salvaje y seductor. «Mío». Escondió una mueca de perplejidad ante sus pensamientos, secándose los brazos con la toalla.

—¿Estás comparándome con un cuadro?

Dóminic negó con la cabeza.

—Con un simple cuadro, no; con la pintura más cara del mundo vendida.

Bryana comenzó a secarse el hombro con pausada lentitud. Chasqueó la lengua.

—Una obra al alcance de muy pocos. —Le guiñó un ojo. Dóminic apretó la mandíbula—. Y dime, ¿tu madre está mejor? —Con premeditada insinuación, comenzó a recorrer su clavícula hasta llegar a sus turgentes pechos.

—Sí —le respondió en un gruñido casi animal.

Divertida, se mordió el labio inferior cuando el vello de todo su cuerpo reaccionó al delicioso brillo dorado que refulgía con prometedora lujuria en los ojos de Dóminic, mientras seguía el insinuante recorrido que ella hacía con la toalla alrededor de los rosados pezones que se erigían sin pudor.

Aquella peculiar manera que tenía de acariciar su piel sin tocarla era casi divina.

—¿Puedo ayudarte con algo más? —le preguntó con fingida inocencia.

Continuó secándose con calculada lentitud el vientre en dirección a su rasurado monte de Venus, donde el penetrante escrutinio de Dóminic prendió la pira de fuegos artificiales humedeciendo su necesitado sexo. «Vamos, Anubis, reclama tu trono».

Lo desafió a través de sus tupidas pestañas. No pensaba dar su brazo a torcer pese a que su cuerpo rabiaba de dolor por la soledad y el desamparado de las caricias de aquel hombre.

Ansiaba sentirse bajo aquel cuerpo cincelado por los dioses para disfrutar del mayor de los pecados. Quería lamer todos y cada uno de los tatuajes que recorrían su torso. Pero no claudicaría.

Toda la humedad de su cuerpo parecía haberse concentrado entre sus piernas. Tragó. Tenía la garganta como papel de lija cuando Dóminic acortó la distancia que los separaba caminando hacia ella con la elegancia de un gran felino frente a su presa.

La mirada famélica de Dóminic estremeció su piel en un recorrido descendente a su entrepierna donde explosionó, preparándola para recibir el abultado miembro que pugnaba por salir de la prisión en la que era retenido.

Se mordió el labio inferior, expectante frente al depredador que acababa de acercarse a ella.

Dóminic agarró la toalla que sujetaba sobre su vientre. Se la

arrancó de las manos y la tiró en mitad del cuarto de baño.

Alzó sus perlados ojos, desafiante, y enarcó una ceja ocultando con un deje de malvada travesura el ansia que le hacía arder desde dentro hacia fuera.

—Lo siento, Alniyl Kuynu. —Le retiró un mechón de pelo que se le había pegado al rostro y lo colocó tras la oreja—. La paciencia nunca ha sido mi fuerte —susurró sobre sus voluptuosos labios.

Asaltó su boca con un exigente y salvaje beso que la hizo estallar en un gemido ahogado. Dóminic sonrió sobre sus labios con triunfal depravación. La quería. La deseaba. La tenía.

Acarició su firme trasero antes de aferrarlo con posesiva necesidad y la izó, explorando el interior de su boca en una lucha por el control de la situación mientras se bebía cada uno de sus gemidos.

Rodeó la cintura de Dóminic con sus torneadas piernas. Le clavó las uñas en los hombros y se dejó llevar hasta la cama mientas él mordisqueaba sus labios.

—Pídemelo —le susurró acariciando la nariz de Bryana con la punta de la suya.

«Maldito bastardo». Sabía que lo deseaba. Tenía por completo el control de su cuerpo y, como bien había vaticinado, ahora que había probado sus exigentes besos quería más. Ansiaba más. Necesitaba más. Lo quería todo.

Sus ojos se convirtieron en dos finas líneas grises que auguraban una tormenta épica.

—No me mires así. —Acercó los labios a su cuello y mordisqueó con suavidad la piel alrededor de la cicatriz, desde la parte interior del lóbulo de su oreja hasta el comienzo de su clavícula, provocando que de entre sus labios se escapara un gemido. Ladeó el cuello para ofrecerle un mayor acceso a cada centímetro de su piel—. Vamos, Alniyl Kuynu.

No supo de dónde sacó un último cartucho de fuerza para retarlo con la mirada. Sabía que era una guerra perdida desde el momento en que sus hipnóticos ojos dorados se habían posado en ella en la sala de interrogatorios de la prisión el primer día.

—Solo tienes que pedírmelo —susurró besando su cuello.

Cegada por la necesidad, la abstinencia y la inusitada certeza de que aquel dios que aferraba su cuerpo con posesividad le pertenecía, se vio por primera vez dispuesta a suplicar si era necesario.

Acercó sus labios a los de Dóminic. Lo besó antes de morderle el inferior y tirar de él. «¡A la mierda!», pensó cuando un gutural gruñido emergió de su férreo pecho contrayendo los músculos de su desesperado sexo.

—Fóllame —le susurró.

Dóminic se hinchó triunfal. Sonrió de medio lado antes de besarla y dejarla caer sobre la cama.

—Deshazte ese moño y hazte una coleta alta —le ordenó desabrochándose el pantalón.

—¿Para qué?

Sentada al borde de la cama, con las piernas abiertas frente a él, acarició con el dedo índice la humedad entre sus piernas antes de llevarse el dedo a la boca para saborear el ardiente deseo que recorría su cuerpo cada vez que posaba su mirada en ella.

Un cegador brillo de lujuriosa venganza precedió al gruñido animal que inundó la habitación antes de que arrojara los pantalones y la ropa interior frente a la puerta. Sujetó a Bryana por la barbilla para obligarla a apartar la vista del endurecido mástil que se acariciaba con la otra mano.

—Me has pedido que te folle, Alniyl Kuynu. Cuando te haga el amor, preguntas. Cuando te folle, obedeces. —La sujetó del brazo y la invitó a ponerse de pie frente a él—. Hazte una coleta y date la vuelta. Ahora.

Lo miró a través de sus pestañas con falsa sumisión. A cualquier otro hombre, con el que hubiese tenido el control de su propio cuerpo, lo habría mandado al carajo, pero con Dóminic no podía.

Lo deseaba tal y como era. Con su rudeza, su chulería y la enfermiza propiedad con la que recorría su cuerpo.

Le dio la espalda deshaciéndose el moño y recogió su densa mata de pelo negro en una coleta alta. Dóminic aferró sus caderas y la atrajo hacia la vasta extensión de su endurecido cuerpo.

Una potente descarga eléctrica la recorrió de pies a cabeza cuando sintió entre sus nalgas el enorme falo que Dóminic tenía entre las piernas. En un abrazo, acarició sus pechos mientras la besaba.

—Buena chica —susurró sobre su oído, pellizcándole un pezón con exigencia.

Bryana ahogó un placentero jadeo mordiéndose el labio inferior, marcando con los dientes la carne de sus labios.

—Apoya las manos sobre la cama. —Acompañó a Bryana en el movimiento, jugueteando con sus pezones entre las yemas de sus dedos—. Sube las rodillas y ábrete para mí —le susurró. Acarició el contorno de su cuerpo mientras ella se colocaba de rodillas sobre el colchón—. Perfecta. —Se arrodilló—. Ábrete un poco más.

Acarició el interior de sus muslos, lo que provocó que un gemido escapara de entre sus labios. Alzó la vista por encima de su hombro para poder observarlo cuando lo escuchó suspirar. Parecía turbado. Estaba absorto contemplando su sexo, como si fuese un delicioso manjar, con un salvaje brillo animal en los ojos. Abrumada, trató de cerrar las piernas.

—Ni se te ocurra —bufó entre dientes, sujetándole la cara interna de los muslos para impedírselo.

Ansiaba todo lo que aquel dios egipcio estuviese dispuesto a darle. Nunca esperó delicadeza y tampoco la quería, pero Dóminic era demasiado intenso, intimidante, colosal.

—¿Nunca habías estado tan expuesta? —Recorrió el contorno de su cuerpo con las yemas de los dedos. Bryana negó con la cabeza—. Pues ve acostumbrándote porque te quiero así, húmeda y preparada solo para mí.

Acercó los labios a la cara interna de sus muslos y comenzó a besarla con una delicadeza que distaba mucho de la posesiva manera con la que aferraba y separaba sus nalgas para ofrecerse una mayor visión del espectáculo, y la ambrosía con la que deleitó sus sentidos cuando lamió el néctar que Bryana disponía para él.

—Dom… —gimió arrugando las suaves sábanas de seda en un puño.

El calor que abrasaba su bajo vientre clamaba con extenderse por todo su cuerpo.

Dóminic continuó aquella deliciosa tortura con exigente y delicada autoridad. Aferrándola por las caderas ancló su cuerpo a la cama, obligándola a no moverse y deteniendo las caricias que su lengua, como un látigo, propinaba a su clítoris cuando ella trataba de imponer su propio ritmo.

Descubrió que disfrutaba siendo sometida por Dóminic. Adoraba la forma que frustraba sus intentos por acariciar el cielo cada vez que parecía llegar a la cúspide de la montaña rusa de placer a la que sus exigentes labios la llevaban una y otra vez.

Le encantaba cada vez que gruñía como un animal sobre su sexo, cuando ella se revelaba e intentaba privarlo del néctar divino que la humedecía reclamando como una fiera salvaje lo que le ofrecía.

—Dom…, por favor… —gimió extasiada.

Necesitaba correrse. A esas alturas, estaba dispuesta a pedir, a rogar y a suplicar lo que hiciese falta. Necesitaba explotar. Su interior se quemaba por un fuego tan intenso que podía comenzar a arder por combustión espontánea en cualquier momento.

Dóminic sonrió entre los pliegues de su sexo. Jugueteaba con la lengua en su interior mordisqueándole el clítoris, succionándolo y disfrutando de su manjar con pasmosa lentitud.

Arqueó la espalda, alzó la cabeza y gimió como una loba aullando a la luna que se colaba por la ventana cuando Dóminic le introdujo un dedo mientras con el pulgar masajeaba su hinchada y sensible perla, haciéndola explotar en un orgasmo demoledor.

Apenas le dio tiempo a recuperarse cuando de una envestida se empaló por completo en ella.

—¡Joder! —Contuvo la respiración con la vista aún nublada por el deseo.

Dóminic le arreó un cachete en el trasero.

—Esa boquita —gruñó entre dientes.

Soltó el aire de manera abrupta. Después de ese primer orgasmo, que le había robado el aire y a punto había estado de hacerle perder el sentido, se sorprendió de estar tan receptiva. Seguía húmeda, hinchada y preparada para recibirlo.

—Eres… Ah, joder, eres enorme —jadeó colmada de un placer que debía estar prohibido. Alzó la cabeza por encima de su hombro para poder mirarlo.

Estaba imponente. Tenía la mandíbula apretada. Los músculos del torso tensos como esculturales piedras a punto de resquebrajarse. La cabeza echada ligeramente hacia atrás y una ligera sonrisa de alivio en el rostro, como si estuviese paladeando las mieles del mismísimo cielo.

Parecía un auténtico dios que, inmóvil de cintura para abajo, disfrutaba de aquella comunión entre ambos como si llevase toda su vida esperándola.

Le acarició la columna vertebral con la yema de los dedos, dejándole un tiempo para que ella se adaptara a la deliciosa intrusión con la que se sentía completa como nunca.

En aquel momento, Bryana fue consciente del lío en el que se había metido. Nunca, jamás, podría volver a vivir sin ese hombre.

Sus planes para desaparecer habían caído destrozados como un castillo de naipes. Al carajo con la estúpida idea de seguir un camino separados y alejarse de él. «Y el premio a la estupidez del año es para…». Dejó de pensar en el futuro próximo y lejano cuando Dóminic comenzó a moverse en su interior con tortuosa delicadeza y un ritmo pausado que fue incrementando poco a poco.

Con un brillo de lujuriosa reverencia en sus dorados ojos, se movió con inusitada rudeza perdiendo por completo el control que había mantenido hasta ese momento, y era maravilloso. Era lo que quería, lo que necesitaba.

Afianzó las manos sobre la cama, aferrándose a las sábanas de seda, para no terminar cayéndose por el lateral junto a la ventana.

Dóminic agarró su coleta con una mano mientras con la otra le acariciaba el clítoris entre envestidas. Bombeando en su interior con titánicos movimientos de cadera, tiró de su larga mata de pelo y la besó para adueñarse de todos y cada uno de los gemidos que escapaban de entre sus labios sin perder su frenético ritmo.

Comenzó a sentir un apabullante calor que arrasó sin clemencia con cualquier resquicio de duda que tuviese sobre sus sentimientos hacia él.

Lo deseaba. Quería al inspector Dwayne. Amaba al temido Anubis. Le importaba un comino a quién o a cuántos hubiese matado antes de ingresar en el cuerpo porque ella estaba dispuesta a acabar con la vida de todo aquel que tratase de interponerse en el camino a su corazón.

«Mío».

Se acopló a sus envestidas exigiéndole más fuerza, más rudeza en una salvaje y perfecta sincronía que los llevó al éxtasis.

Capítulo 24

Dóminic se desplomó exhausto sobre la espalda de Bryana. Con la respiración acelerada y sin apenas fuerzas, salió de su interior dejando tras su paso una agradable irritación en su sexo y un vacío que solo él podía llenar.

Rodó sobre sí mismo y se tumbó junto a ella bocarriba.

—Gracias. —Alcanzó a decir entre jadeos, tapándose los ojos con el antebrazo, tras unos minutos en los que sus acompasadas respiraciones se habían hecho con el silencio que inundó la habitación.

—Tampoco ha sido para tanto —le respondió tratando de recuperar el control de su respiración.

Dóminic rio. Contagiada por sus joviales carcajadas, no pudo evitar sonreír como una estúpida.

Cuando lo vio la primera vez, en la sala de interrogatorios de la prisión, junto a Parker, le pareció el hombre más atractivo de la faz de la Tierra, pero ahora brillaba con una iridiscencia embriagadora. Estaba perdida. Estaba… estaba enamorándose.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. —Retiró el brazo, abrió los ojos y giró la cabeza para poder mirarla—. Pero, por si quedase alguna duda, no me refería al sexo. Sabía que en la cama nos entenderíamos a la perfección, pero lo que has hecho por mí esta noche… Nunca nadie había hecho nada parecido por mí desinteresadamente. Has salvado la vida de mi madre. Me has devuelto a mi hermano, a mi familia. ¿Por qué?

«Porque te quiero», resonó tan alto y claro en su cabeza que no fue capaz de ignorarlo.

Se mordió el labio inferior para impedir que aquel sentimiento, que bien podía no ser recíproco, estropeara el momento.

Dóminic la miraba embelesado, embriagado por la admiración y la belleza del eléctrico brillo de sus ojos grises y el rubor que perlaba sus mejillas. Alzó la mano y acarició los labios que sus exigentes besos habían hinchado. Inspiró profundamente y suspiró. Desvió la mirada hacia el inmaculado techo, perdiéndose en la calidad de la luz que la lámpara de noche de la mesilla proyectaba sobre la escayola blanca,

tiñéndola del color de la arena del Sahara.

—Me marché de aquí con dieciocho años, sin dinero, solo y con el único propósito de prepararme las oposiciones para entrar en el cuerpo. Viví en la calle hasta que entré en la Academia. Nunca volví a saber nada de mi familia hasta hace un par de días. —Volvió la cabeza hacia Bryana, que lo observaba absorta en su belleza y su historia—. Después de gestionar tu salida de prisión, vine para pedirle a Ramsés que me ayudase a recuperar a la inspectora Reina de la que Cábanno siempre me había hablado. Nunca he podido confiar en nadie. —«Lógico», pensó Bryana—. Parker y Cábanno son lo más parecido a un par de amigos que he tenido desde que abandoné a mi familia hace trece años. Te necesitábamos para resolver el caso, pero cuando te vi en prisión, me di cuenta de que apenas quedaba nada de la inspectora por la que Cábanno había perdido la vida luchando por demostrar su inocencia. Estabas convirtiéndote en una reclusa muy peligrosa y no podía permitirlo.

Bryana tuvo que apoyar los codos sobre el colchón para poder alzar la mano y acariciar el angustiado rostro de Dóminic.

—Creo que mañana tendré agujetas hasta en los párpados.

Dóminic volvió a reír. Bryana se sonrojó al percatarse de que, lo que debía haber sido un pensamiento, lo había dicho en voz alta. Besó la palma de la mano de Bryana antes de que la retirase para apoyar de nuevo el codo en el colchón.

—Si sabías que en la cama nos entenderíamos, ¿por qué no empezaste por ahí? —Enarcó una ceja, divertida—. Nos habríamos ahorrado muchas discusiones.

—Porque aprecio lo que me cuelga entre las piernas. —Se llevó la mano al miembro que, con pereza, volvía a endurecerse.

—Imagino que ambos habréis vivido momentos inolvidables —dijo en un tono ácido que pudo paladear y que no pretendía dejar entrever.

—¿Te molesta? —Sonrió con picardía y un divertido brillo dorado en los ojos.

«¿Tú qué crees?».

Imaginar a Dóminic con otras mujeres le hacía hervir la sangre de manera irracional y peligrosa. Ese sentimiento de propiedad al que no estaba acostumbrada y que desconocía si era correspondido, despertaba en ella un lado oscuro al que nunca se había enfrentado.

—En absoluto. —Se encogió de hombros queriendo restarle importancia y haciendo a un lado las irrefrenables ganas que tenía de arrancarle la petulante sonrisa con la que lo observaba.

—Mientes fatal. —Le dio un cariñoso toque con el dedo índice en la punta de la nariz—. Te conozco más de lo que crees. Cábanno no paraba de hablarme sobre ti.

Bryana aceptó la oportunidad que se le brindaba el cambio de tema y dejó a un lado la vorágine de sentimientos que la embargaban hacia Dóminic.

—No deberías creer todo lo que dicen sobre mí —le dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Y tú?, ¿crees todo lo que se dice sobre mí? —Su relajada sonrisa fue sustituida por un rictus serio. Preocupado.

Escudriñó su rostro. Sus dorados ojos tintineaban inquietos. Temerosos. Se acercó a sus carnosos labios y lo besó. No debió hacerlo. No debía seguir alimentando aquello, pero no pudo evitarlo.

—No.

—He matado a todas las víctimas que se le atribuyen a Anubis.

Bryana le dedicó una dulce sonrisa. «Sinceridad». Era tan bonita cuando la tenías frente a ti.

—Pero no creo que te ensañaras con sus cuerpos. Ni tan siquiera creo que tu hermano fuera capaz de hacerlo.

Dóminic suspiró. Parecía aliviado, como si hubiesen descargado parte de esa pesada mochila de errores pasados que llevaba a la espalda.

—Me parece increíble que pienses así después de lo que has visto esta noche.

—Esta noche solo he visto a dos hermanos desesperados por salvar a su madre. —Acarició su mejilla, dejando que la incipiente barba cosquilleara la yema de sus dedos—. Y, créeme, he visto cosas peores.

—Petrova fue quien originó la leyenda —añadió tras un breve pero intenso silencio—. Ordenó a Anna que se encargase de los cuerpos. Cuando Ramsés y yo llegamos para deshacernos de ellos ya los había descuartizado. Estaba desollándolos. Esa mujer es una psicópata. Tenías que haber visto cómo sonreía mientras les arrancaba la piel.

—Puedo imaginármelo.

Nunca le gustó esa mujer de pocas palabras y mirada hueca, siempre en un segundo plano a la sombra de Petrova. Nunca le dio buena espina. No era necesario que Dóminic entrara en detalles. Después de haber convivido con ella en el estercolero donde estuvo encerrada, podía imaginárselo.

—Petrova quiere acabar con toda tu familia.

—Lo sabemos. —Se levantó de la cama y rebuscó entre los pantalones, arremolinados en el suelo frente a la puerta, los calzoncillos—. Helena ya ha informado a Ramsés de los planes de Petrova. La puso al corriente antes de salir de prisión. —Se acercó al armario que había junto a la puerta del baño, al lado de la silla, y sacó una camiseta negra antes de volver junto a ella.

—¿Helena? ¿Su lugarteniente? —le preguntó cogiendo la camiseta que Dóminic le tendía—. ¿Confiáis en ella?

—Tal vez sea su Alniyl Kuynu. Es difícil de encontrar y no

siempre se reconoce a simple vista. —Se encogió de hombros.

—¿Su informante? —Dóminic negó con la cabeza enarcando una ceja—. ¿Su amante? —le preguntó con el corazón en un puño.

¿Eso era ella para él?, ¿su amante? No quería ser su amante, quería ser su todo. Él le pertenecía. Lo sabía. Era lo único de lo que había estado segura en toda su vida aun sabiendo que era un error.

Dóminic frunció el ceño. Se arrodilló frente a ella y acunó las manos de Bryana entre las suyas.

—No. —Acarició con el pulgar sus labios.

—A mí también me llamas eso. ¿Qué significa?

—No estoy preparado para decírtelo. —Se levantó. La dejó ahí plantada, ceñuda y con la palabra en la boca. Rodeó la cama y se tumbó—. Deberíamos descansar.

—Estarás de broma. —Cruzó los brazos bajo su pecho.

—En absoluto. Amanecerá en un par de horas. —Palmeó el colchón invitándola a recostarse junto a él.

—Dom, dime qué significa —le exigió.

—No puedo. —Se incorporó incómodo—. Y tú no quieres escucharlo. —Se apoyó inquieto en el cabecero de la cama.

—Creo que eso debería decidirlo yo.

El precioso brillo dorado de sus ojos se ensombreció con pesar. Negó con la cabeza lo que parecía una lucha interna. Por primera vez desde que se habían conocido, Dóminic fue incapaz de sostenerle la mirada. «¿A qué tienes miedo, Anubis?».

—Por el amor de Dios, Dom. —Alzó los brazos al aire—. Es solo una palabra.

—Ese es el problema, que no es solo una palabra. —Volvió a recostarse—. Intenta no matarme si te despiertas desorientada. —Cerró los ojos y se los cubrió con el antebrazo dando por zanjada la conversación.

Bryana sopesó la idea de marcharse y dormir en cualquier otro lugar. Claudicó en un suspiro mientras volvía a recogerse el pelo en un

moño desenfadado.

Apagó la luz de la mesilla, gateó sobre el colchón y recostó la cabeza sobre el tenso pecho de Dóminic, que solo se relajó cuando sintió su contacto.

Besó a Bryana, descubriéndose los ojos, y atrajo su cuerpo todo lo que pudo.

—Estos tatuajes de alguna manera os representan. —Jugueteó con la yema del dedo índice sobre la aureola de su pezón—. ¿Todos los miembros de la organización están tatuados?

—No. —Acarició la cadera de Bryana con el pulgar—. Solo Ramsés, Jackson, mi madre y yo. Supongo que Helena, si en realidad es la Alniyl Kuynu de Ramsés, con el tiempo también se tatuará, pero de momento, al estar infiltrada en las Amazonas, es peligroso. Se delataría.

—¿Por ser la Alniyl Kuynu de tu hermano? ¿Lo he pronunciado bien? —Le pareció que asentía—. ¿Y cuál sería?

—No lo sé. No tengo claro que Ramsés vea en ella a su Alniyl Kuynu.

«Su Alniyl Kuynu». Aquellas palabras llenaron de esperanza a Bryana. No sabía lo que significaba, pero le pareció que era importante. Ella era importante para Dóminic. Sonrió como una colegiala emocionada.

—¿Y el mío? —Alzó la vista y lo observó a través de la luz de la luna que se colaba por el gran ventanal.

—Tú eres poli —le respondió con la vista fija en algún punto en la penumbra de la habitación.

—Tú también.

Dóminic suspiró.

—Sekhmet —le dijo tras un breve silencio.

Bryana volvió a recorrer su torso con el dedo índice dibujando un infinito sobre el corazón de Dóminic.

—¿Por qué llaman a tu hermano el Egipcio? Tú eres Anubis y llevas tatuado a ese dios en el brazo. Jackson me dijo que lleva a un

dios llamado Tutu, y tu hermano lleva tatuado a Osiris. ¿Por qué no lo llaman Osiris?

—A Ramsés siempre lo han llamado Egipcio. Aquí, en la Cañada, es como en los pueblos. Es muy habitual que la gente te ponga un mote. El corte de pelo, el color de nuestra piel y dado que nuestros primeros viajes fueron a Egipto… No estaba previsto que él se encargara del negocio. —Suspiró—. Su tatuaje… se lo hizo después de que yo me marchara. —Dejó de acariciarla y se removió incómodo.

—Ocupó el lugar que a ti te correspondía. El sucesor de Anubis en el Duat. El que ostenta el poder.

—Veo que Jackson te ha puesto al día. —Sonrió sin ganas.

—Más o menos.

Ambos se sumieron en sus propios pensamientos.

—Jackson me cae bien. Me recuerda un poco a Cábanno.

—Es un buen tío. Es como nuestro hermano mayor. —Acarició la columna vertebral de Bryana con las yemas de los dedos.

Una placentera descarga recorrió su cuerpo, humedeciendo su entrepierna. Haciendo acopio de una fuerza de voluntad descomunal, desechó el algarabío con el que todas las células de su cuerpo ovacionaron el contacto.

Hizo a un lado las irrefrenables ganas de perderse en los carnosos labios que la tímida luz de la luna, que se colaba por la ventana, dibujaba entre las sombras de la noche, y se concentró en su peculiar interrogatorio.

Quería conocerlo mejor. A él, a su familia, a la organización de la que de alguna manera formaba parte. Necesitaba comprenderlo.

—Me parece increíble que en la UDYCO no sospecharan que sois hermanos. —Como único consuelo, reanudó los dibujos que estaba haciendo sobre su pecho.

Se moría de ganas por que volviera a llenar el desangelado vacío que había dejado entre sus piernas y utilizara aquellos labios para catapultarla al séptimo cielo, pero su ingrata curiosidad también lloriqueaba lastimera y no podía desaprovechar la buena disposición de Dóminic.

—Somos gemelos, pero Ramsés nunca se ensucia las manos. Y cuando lo hace, no deja ningún cabo suelto. Se le atribuyen numerosos cargos y la mayoría son ciertos, pero nunca han podido probarlo. No se tienen muestras del ADN del Egipcio y tampoco de Anubis. En este mundo era normal que nos confundieran, sobre todo cuando éramos unos críos. Siempre actuábamos juntos y solo el peinado nos diferenciaba.

«Y los tatuajes». Decidió que no quería pararse a pensar en Ramsés cuando un escalofrío erizó su piel.

—Aprovechasteis que sois gemelos para jugar al despiste.

—En la UDYCO siempre han pensado que somos dos tipos que se parecían. Eso beneficiaba a la unidad y mis antecedentes penales están limpios, así que supongo que tampoco les interesaba profundizar en nuestro parecido. Los narcos confiaban en mí y los que no lo hacían siempre cometían algún error que los delataba.

Era lógico que la unidad hubiese aprovechado el parecido de uno de sus agentes con el Egipcio. Era una idea brillante para atrapar a los criminales, pero muy peligrosa para la integridad de Dóminic.

—Las organizaciones no sabían si estaban tratando con Anubis o con el Egipcio. —Los complicados engranajes de su cabeza comenzaron a moverse. Recordó a Verónica—. Así fue como te descubrió Cábanno. Ella no creía que fuese una coincidencia. Cábanno no creía en las casualidades.

Entre tanta luz, Bryana no pudo evitar preguntarse por qué siempre tenía que aparecer un nubarrón gris.

La visita de Verónica y el caballo de Troya pensó que estaba relacionado con el Cremador y, quizá, solo era una forma de hablarle sobre Dóminic.

—Yo pensé lo mismo cuando un día vi un libro sobre mitosis, genética y ADN sobre su mesa. Creía que había descubierto quién había sido. Quién soy. Estuve encerrado en mi despacho todo el día esperando a que vinieran a arrestarme, pero no lo hicieron. Así que al día siguiente decidí hablar con ella. Reconoció que había estado investigándome, pero no sabía quién era. Se disculpó por haberlo hecho. No había encontrado nada, pero decidí contárselo.

Bryana se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama y la esperanza iluminando su rostro.

—Si no sabía quién eras, ¿por qué se lo contaste? Podría haberte denunciado.

Imaginar a Dóminic encerrado en un agujero como en el que ella había pasado los últimos cinco años de su vida la sumió en una vorágine de terror y angustia con la que no estaba dispuesta a lidiar ni en su presente ni en un futuro.

—¿Qué querías que hiciera? —Se incorporó. Apoyó la espalda sobre el cabecero de la cama y encendió la luz de la mesilla—. Tarde o temprano lo habría descubierto. Era como tú: no sois capaces de estaros quietas cuando la sombra de la duda os susurra al oído. Ramsés tiene razón cuando dice que eres una predadora. Si hueles una presa, la persigues hasta las puertas del mismísimo infierno, y Cábanno era igual. También era muy directa. «Todos guardamos secretos, pero parece que el tuyo es de los gordos, Dwayne». —Imitó el rictus desconfiado de Alessia, lo que provocó una triste sonrisa en Bryana al imaginarse a su amiga mirando a Dóminic como si fuera un rompecabezas que debía resolver con su beneplácito o sin él—. Mis preguntas despertaron su interés. Sabía que escondía algo.

—Metiste la pata.

—Hasta el fondo. —Asintió riendo—. Pero no me arrepiento. Fue la única que lo supo durante mucho tiempo.

—¿Parker no sabía nada? —Dóminic negó con la cabeza—. ¿Llegaste a preguntarle por el libro? ¿Te dijo por qué lo tenía?

—Alucinó bastante cuando le dije quién era Anubis. —Se encogió de hombros a modo de disculpa.

—¿Y recuerdas qué libro era?

—No. ¿Por qué?

—¿Lo reconocerías si volvieras a verlo?

—Supongo, pero ¿vas a contarme de una puñetera vez qué pasa con el dichoso libro?

Bryana se mordió el labio inferior sonriendo como una niña traviesa a la que se le acababa de ocurrir una nueva trastada.

—Ese libro no tenía nada que ver contigo ni con tu pasado. Cábanno estaba investigando al Cremador y, si encontramos el libro,

tal vez podamos encontrar alguna pista.

Capítulo 25

Se levantó de la cama y corrió hasta el baño. A tientas en la oscuridad, con la ayuda de la poca luz de la lámpara de la mesilla de noche que se colaba a través de la puerta, llegó hasta el lavabo. Cogió sus pantalones y volvió a la habitación.

—¿Adónde vas? —Hizo el amago de levantarse hasta que la vio sacar un papel doblado del bolsillo trasero del pantalón—. ¿Qué es eso?

—Cábanno me lo hizo llegar a prisión a través de su pareja. —Dejó el vaquero sobre la silla y volvió a la cama—. Éramos de la misma promoción. —Volvió a sentarse con las piernas cruzadas junto a Dóminic y le entregó el papel—. Compartíamos habitación. Teníamos diferentes horarios y había semanas que apenas nos veíamos, así que nos dejábamos mensajes como este para poder comunicarnos.

—Montalvo y Parker ya me avisaron de que teníais vuestro propio dialecto, pero nunca imaginé que fuera algo parecido a esto. —Admiró el dibujo acariciando las líneas de fuego que rodeaban el caballo.

—La cerradura de nuestra habitación estaba rota y nuestras vecinas de cuarto eran unas cotillas odiosas.

—¿Y dices que lo hizo llegar Verónica? —Volvió a concentrarse en el dibujo.

—¿La conoces?

—Cábanno me habló de ella —farfulló.

Bryana no pudo evitar sentir una pequeña punzada de envidia. Si no hubiese sido tan estúpida y no se hubiese negado a ver a Cábanno en prisión, tal vez, ella también habría sabido de la identidad de Verónica. Podría incluso haber evitado su asesinato.

—¿Qué significa?

Dejó de flagelarse por lo que podría haber sido y no fue para volver a la realidad.

—Significa que el Cremador es uno de los nuestros.

—¿Un policía? —le preguntó frunciendo el ceño, preocupado.

—No. No lo creo. Verónica me dijo que Cábanno acudía a la biblioteca para consultar ejemplares y estudios sobre ADN y alteraciones genéticas. Es obvio que, de alguna manera, llegó a la conclusión de que el asesino sufre algún tipo de trastorno. En los escenarios de las primeras víctimas se encontraron muestra de epiteliales y pelo. E incluso en uno de ellos una muestra de sangre que no pertenecía ni a la víctima ni a su círculo cercano.

—¿Del asesino?

—Tal vez. La víctima se resistió y luchó. Es posible que durante el forcejeo golpeara al asesino. En cualquier caso, los resultados de los análisis fueron inconcluyentes.

—Los últimos escenarios estaban limpios.

—Ha ido adquiriendo seguridad. Cada vez es más meticuloso.

—Podríamos volver a comparar esas muestras con la base de datos. El cuerpo guarda muestras de ADN de todos los agentes.

—Si fuera policía habría saltado en la base de datos cuando se compararon las muestras la primera vez.

—Salvo que alguien, que sabía lo que buscabas, alterase las pruebas.

—Imposible. —Negó con la cabeza—. Yo misma verifique todas las cadenas de custodia. Y estuve presente en todos y cada uno de los análisis de pruebas. No hubo alteración. Al menos, no en mi presencia. No es policía. Pero podría ser un técnico de laboratorio, un operario de mantenimiento, de la limpieza. La lista es muy larga.

—De ellos no hay registros de ADN —dijo para sí, volviendo a perderse en los trazos del dibujo.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que hablaste con Cábanno hasta que la asesinaron?

—Seis o siete meses. No lo recuerdo.

Bryana frunció el ceño. Los complicados engranajes de su cabeza comenzaron a moverse a una velocidad vertiginosa. Su rostro se iluminó ante la evidencia.

«Te pillé».

—¿Qué ocurre?

—Sé cómo podemos dar con el asesino.

Dóminic se incorporó. Dejó el dibujo sobre la almohada y sujetó la barbilla de Bryana para obligarla a concentrar toda su atención en él.

—¿Cómo?

Bryana se arrastró por la cama, incómoda.

—Al principio creía que era un asesino más, pero según fueron apareciendo cadáveres me di cuenta de que era metódico, complejo y muy inteligente. Empecé a quedarme a dormir en comisaría, o más bien alargaba mi turno hasta la extenuación; hasta que terminaba babeando sobre la mesa. No fue todos los días. Eran días sueltos. Con la tercera víctima comenzaron las pesadillas. Sueños en los que yo intentaba socorrerlos. Alzaba mi mano e intentaba ayudarlos, pero nunca llegaba a tiempo. Se desvanecían en el aire y, entonces, un hombre sin rostro me decía «Llegas tarde a tu cita. Si vuelves a llegar tarde, morirá». Después de eso me despertaba y me iba a la galería de tiro para desfogarme. Supongo que por eso tengo tan buena puntería.

—No creo que sea solo por eso. Tu puntería es… —Resopló—. Todavía no se ha superado tu marca de la Academia.

—El día del examen tuve suerte. Aitana, una compañera que estaba preparándose para acceder al grupo operativo de los Ángeles Caídos, estaba con gripe. Si hubiese acudido al examen seguro que habría batido mi marca con un margen considerable.

—¿Te refieres a la Espartana?

—Sí. —Sonrió al recordarla—. Esa era increíble. Fue vergonzoso cómo desmantelaron su unidad. No se lo merecían.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos mirando el dibujo que reposaba sobre la almohada.

—¿Y cómo pretendes desenmascararlo?

—Con una rueda de reconocimiento, tal vez con unas grabaciones, pero necesito que la voz sea susurrada. Siempre pensé que era producto de mis pesadillas, pero ahora creo que era el asesino.

—Te culpaba de los crímenes.

—En parte tiene razón —reconoció con pesar.

Dóminic se levantó de la cama. Dio una vuelta sobre sí mismo con los brazos en jarras mirando a un punto fijo en la tarima que cubría el suelo de la habitación.

Bryana repasó su cuerpo de arriba abajo desando hincarle el diente de nuevo. Se mordió el labio inferior. «Concéntrate, salida». Dóminic alzó la vista y la miró enarcando una ceja con una divertida y sugerente media sonrisa en los labios. Se preguntó si se habría reprendido en voz alta, porque la miraba como si la hubiese escuchado. Carraspeó. Sintió cómo el rubor volvía a sus mejillas al saberse descubierta. «Deja de mirarlo, perturbada».

—No van a darnos una orden para hacer tal cosa. Lo sabes, ¿verdad? —Bryana asintió—. Está bien, mañana iremos a comisaría y daremos una vuelta por…

—Preferiría las grabaciones.

—Sin una orden, eso es ilegal. —Colocó las manos en sus caderas.

Bryana no pudo evitar fijarse en su entrepierna.

—Y me lo dice el que acaba de envolver el cadáver de una criada en una bolsa de plástico.

Dóminic apretó la mandíbula y soltó el aire por la nariz de manera abrupta.

—No podemos ir a por un tío solo porque su voz se parezca a la de tus pesadillas. Necesitamos pruebas.

¿Y si su ansia por atrapar a ese engendro de la naturaleza le jugaba una mala pasada?, ¿y si había interpretado mal el mensaje de Cábanno?, ¿y si veía pistas donde no las había?, ¿y si solo su afán por ver muerto a ese cabrón era capaz de atar los cabos sueltos que nadie más veía? Era muy posible que su intuición y la locura hubiesen tenido un affaire.

—No podemos matar a un inocente.

—Lo sé. Es solo que… no quiero volver a comisaría. Ese no… Ese ya no es mi sitio. —Llevó sus rodillas al pecho y se abrazó.

Dóminic torció el gesto en una mueca de preocupación.

—Tienes que volver. Eres la mejor inspectora de Homicidios del país.

Puso los ojos en blanco y suspiró, asqueada por la rotunda afirmación que todo el mundo daba por hecho.

Arrastró el trasero por las sábanas hasta el borde de la cama, llevándose consigo el dibujo que Dóminic había dejado sobre la almohada. Se levantó y caminó hasta la silla para volver a guardar en el pantalón uno de los últimos mensajes que Cábanno le había dejado en vida.

—Espero, por tu propio bien, que las decisiones que tomes de ahora en adelante en el caso no tengan nada que ver con esa afirmación.

Su proposición para descubrir la identidad del Cremador era descabellada, y un revolcón con Dóminic no podía haberle otorgado plenos poderes sobre su voluntad como para no rebatirla.

Una delicada caricia recorrió sus piernas como preludio del calor que la envolvió entre unos firmes brazos. Dóminic había rodeado la cama y se había colocado tras ella. Escondió el rostro en el esbelto y marcado cuello de Bryana e inspiró su aroma.

—Es la respuesta más racional que puedo darte.

Se dio la vuelta entre sus brazos, alzó la vista y ladeó la cabeza entornando la mirada.

—Preferiría otro tipo de respuesta, aunque fuese irracional. —Alzó los brazos, los apoyó sobre sus hombros y comenzó a acariciarle la nuca con las manos.

Iba a tener que tomar medidas contra la nueva adicción en la que se había convertido aquel hombre.

Dóminic aprovechó para quitarle la camiseta, dejándola de nuevo completamente desnuda y a su merced.

Con las yemas de los dedos acarició el contorno de su cuerpo en un movimiento ascendente hasta sus turgentes pechos. Jugueteó con los diminutos pezones entre sus dedos arrancándole un gemido que ahogó mordiéndose el labio inferior.

La guio hasta la cama, se deshizo de los calzoncillos, se sentó y abrazó su cintura. Apoyó la mejilla sobre su vientre y besó la cicatriz que tenía en la cadera mientras ella se deleitaba contemplándolo y acariciándole la cresta.

No podía seguir así o de su corazón no quedaría ni carroña para los buitres.

—Dom.

—Hum. —Siguió esparciendo un reguero de besos por su firme abdomen mientras acariciaba sus piernas.

—No… No me has contestado. —Alcanzó a decir cuando un placentero escalofrío se extendió por todo su cuerpo y erizó su piel.

—No quiero que pienses que estoy loco —susurró sobre su vientre entre besos en dirección a su monte de Venus.

—Dom…

Acunó las mejillas de Dóminic entre sus manos y le alzó la cabeza para que detuviera aquel delicioso martirio.

Su cuerpo se estremeció al verse privado de las exquisitas atenciones del dios de los muertos.

—Tengo la continua sensación de que vas a desaparecer en cualquier momento. Y no quiero darte más motivos para hacerlo como pensar que me falta un tornillo.

Hipnotizada por sus dorados ojos, que brillaban como rayos de sol en mitad del desierto, enmarcados por tupidas pestañas negras que le conferían un radiante aire seductor, fue consciente del momento exacto en el que condenó su alma y su corazón para toda la eternidad.

No lo culpó. Hasta hacía tan solo un par de horas había estado convencida de que después de resolver el caso se alejaría de aquel hombre con lo que sus ahorros le permitiesen, pero ahora quería saberlo todo sobre él. Quería conocerlo. Sentirse parte de él, de esa familia a la que renunció hacía trece años y que, al parecer, ella había vuelto a reunir sin tener todavía muy claro cómo ni por qué.

Quería ser la persona que calmara sus inquietudes. Quedarse a su lado. Sonrió con dulzura dejando que la barba incipiente de sus mejillas cosquilleara las yemas de sus dedos cuando le acarició el

rostro. «Y se supone que el loco eres tú».

—Si después de lo que he visto ahí abajo no he salido corriendo, ¿qué te hace pensar que voy a hacerlo ahora? —Dóminic hizo un mohín con los labios como si quisiera contener la respuesta. Bryana puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. Sabía que las pulseras estaban desactivadas antes de que Jackson me lo dijera. Escuché cómo se lo decías a Parker; no estaba dormida. —«Y tenía la intención de huir, pero comenzaron a dispararos y no podía permitir que te mataran».

Esperaba que su ofensiva de semisinceridad ayudase a derribar las barreras que lo contenían o le impedían abrirse por completo a ella.

—¿Sabes por qué Jackson te llama Sekhmet? —le preguntó tras un largo silencio.

—Porque piensa que soy una antigua curandera vengativa.

—Es una manera de resumirlo. —Rio. Acunó las manos de Bryana entre las suyas y las separó de sus mejillas—. Jackson no solo piensa que eres una curandera vengativa. —Enarcó una ceja y la instó a que se sentara a horcajadas sobre sus piernas—. Él cree que eres esa diosa. Jackson cree en la reencarnación. Lo encontramos vagando por el desierto cuando tan solo tenía diez años y había sido condenado a muerte por lapidación.

—¿Por qué?

—Nunca nos lo ha contado, y nosotros no necesitamos saberlo. Mi madre nos dijo que debíamos salvarlo. Solo era un niño, víctima de la pobreza, el hambre y el abandono. Mis padres lo adoptaron y se convirtió en nuestro hermano mayor.

—Le disteis una oportunidad.

—Le ofrecimos una nueva identidad. —Acarició su mejilla y aprovechó para colocarle un mechón de pelo tras la oreja—. Una nueva vida lejos de las calles y la indigencia. Una familia. Un motivo por el que seguir viviendo. Cuando lo encontramos, deliraba. Estaba deshidratado, febril y en los huesos. Era todo pellejo; prácticamente un cadáver al borde de la locura y la inanición. El desierto es un enemigo atroz.

El único desierto que Bryana había visto era el de Canarias, pero intuía que, en aquel momento, Dóminic no vagaba por aquellas dunas.

—Cuando llegamos a España mi madre lo recibió con los brazos abiertos. Ella nunca nos acompañó en nuestros viajes. —Sonrió al ver su ceño fruncido—. Había soñado con él. —Con el dedo pulgar, acarició las arrugas que se le habían formado sobre la frente—. Ella siempre ha sido muy espiritual.

»Provenimos de un pequeño pueblo cercano a Galicia en el que algunas mujeres eran tachadas de brujas en la antigüedad por sentirse atraídas por la madre tierra y sus elementos. Es una mujer fiel defensora de los sueños premonitorios y de la intuición. Y ahora que no nos escucha, tengo que reconocer que me asusta un poco que sea capaz de ver el futuro con tanta claridad. Piensas que estamos todos locos, ¿verdad? —le preguntó al ver su cara de desconcierto.

—No. —Negó con la cabeza y una sincera sonrisa iluminando su rostro—. No es que seáis una familia corriente, pero Cábanno también creía que había algo más. Algo sobrenatural fuera del alcance de todo aquel incapaz de abrir su mente. Es solo que no comprendo que tiene que ver conmigo.

—Cuando encontramos a Jackson, al parecer, él se debatía entre la vida y la muerte sobre las arenas de lo que, se suponía, sepultó en otra época el templo de Tutu. Caminó durante días por el desierto hasta allí porque dijo que algo, o alguien, lo guio hasta ese lugar. Cuando llegó, perdió el conocimiento, y lo único que recuerda es que antes de desplomarse sobre las dunas creyó ver la figura con cuerpo de león, cabeza humana y cuernos, acompañada por dos serpientes y una mujer de ojos dorados que le dijo que no se preocupara, pues tres poderosos dioses acudirían en su ayuda y salvarían su alma.

»Cuando llegamos a España, Ramsés y yo investigamos sobre sus orígenes y la figura que decía haber visto antes de perder el conocimiento. En su momento creímos que había confundido a Ramsés con una mujer y que eran alucinaciones. Estaba al borde de la muerte. Pero resultó que esa mujer existió en el antiguo Egipto y la figura masculina con cuerpo de león, también.

—Tutu. —Dóminic asintió—. Y la mujer era tu madre.

—Jackson la reconoció en cuanto se recuperó. Él lo negará siempre, pero Ramsés y yo estamos seguros de que se asustó. Se quedó pálido. —Rio recordando el reencuentro entre Aurora y Jackson—. El día que mi padre cayó en manos del Checo, antes de que fuéramos a rescatarlo, Jackson me sujetó por los hombros, me miró a los ojos y me llamó Anubis. Mi madre cree que Jackson es capaz de ver el alma

encerrada en el cuerpo de una persona, de conectar con nuestras identidades pasadas. Cuando Jackson te ha llamado Sekhmet, no es que crea que te pareces a ella, sino que piensa que el alma encerrada en tu cuerpo es el alma de esa diosa.

—Y tú lo crees.

No era una pregunta, pero sí esperaba una respuesta que tardó una eternidad en llegar.

—Sekhmet es una de las diosas más importantes de la mitología egipcia. Tenía una doble personalidad. Era temida y muy peligrosa, destructora y sedienta de sangre, pero, también, protectora y sanadora. Era la diosa del amor. La más hermosa. —Acarició la espalda de Bryana. Descendió hasta su trasero y la empujó contra su cuerpo, acomodando su miembro sobre su desnudo monte de Venus—. Y tú eres la mujer más bella que he visto en toda mi vida.

—E imagino que esa es la única razón por la que estás de acuerdo con Jackson. —Enarcó una ceja.

—Has curado a mi familia, Bryana. Has salvado a mi madre. Y ella soñó contigo. No sé cuándo ni por qué, pero cuando le hablé sobre ti, te describió a la perfección. Y créeme, yo no le di ningún tipo de detalle —le aclaró—. Te he visto empuñar un arma y esa manera de encañonar va más allá de la práctica. Y me has protegido, así que supongo que sí: creo que en tu interior albergas a la poderosa Sekhmet. Creo que Jackson tiene razón y que mi madre no se equivocaba cuando decía que es capaz de ver nuestra alma. Creo en los sueños de mi madre. Confío en su intuición y en la tuya, por eso sé que cuando señales al culpable de los asesinatos no te equivocarás.

Bryana apoyó la palma de la mano sobre el férreo pecho de Dóminic. Lo empujó hasta que se recostó por completo sobre la cama.

—Ya está amaneciendo, deberíamos descansar. Me gustaría volver a casa con Ramsés. Quiero comprobar la seguridad antes de trasladarnos de nuevo allí. No pienso consentir que Petrova…

—Shhh. —Se tumbó sobre su cuerpo—. Yo me encargo de Petrova —susurró sobre sus labios.

—Esa mujer está loca. Preferiría que te mantuvieras al margen.

—No, no está loca; está enamorada. —Regó con diminutos besos las comisuras de sus labios.

—¿Y tú?

Capítulo 26

Bryana se incorporó apoyando las palmas de las manos sobre los firmes pectorales de Dóminic. Ladeó la cabeza y escudriñó su rostro. Sus dorados ojos brillaban expectantes, nerviosos, con temor. «Supongo que también estoy como un cencerro».

Acarició los tatuajes de su pecho; símbolos e imágenes que no comprendía, pero que estaba segura de que contaban una historia tan fascinante como la del propio Jackson. Tal vez, la historia de aquel dios que, como el lugarteniente de su hermano creía, Dóminic guardaba en su interior y de la que ella quería formar parte.

—Por la tarde me gustaría acercarme a la biblioteca. Habría que investigar los libros que consultó Cábanno después de hablar contigo. Y necesitaremos un forense.

Si Dóminic pretendía ocultar la desilusión en su rostro fue incapaz de hacerlo a tiempo. Se le encogió el corazón de dicha al comprobar que esperaba otro tipo de respuesta, una que quizá reconociese lo que verdaderamente sentía.

—¿Para qué?

—Hay que exhumar el cadáver de Cábanno. En cuanto a tu… otra pregunta…

Acarició el duro miembro que reposaba palpitante sobre su monte de Venus. Alzó las caderas, lo colocó entre sus piernas y comenzó a descender con tortuosa lentitud.

Echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados recreándose en la sensación de plenitud que le brindaba haber encontrado a un hombre que la llenaba tanto a nivel terrenal como espiritual.

Dóminic era su fuerza, su hogar, su salvación, su protector, el aire que llenaba sus pulmones, la sangre que corría por sus venas y el propietario de la fuente inagotable de deseo que despertaba todos los sentidos que, durante tantos años, habían permanecido aletargados.

Abrió los ojos y lo miró a través de sus tupidas pestañas negras.

Maravillado, se dejó hacer aferrando su cintura con propiedad, contenido, tenso y, de nuevo, expectante.

—Eres mío, inspector Dwayne. —Comenzó a serpentear las caderas con sensualidad y delicadeza.

Intentó por todos los medios que acelerase el ritmo, pero cada vez que movía las caderas para imponer su propia marcha, ella se detenía, le ponía una mano sobre el pecho y negaba con el dedo índice de la otra mano chasqueando la lengua con un brillo de lujuriosa maldad en sus perlados ojos.

—Sekhmet —le susurró en un ronco gruñido dejándose llevar cuando pareció comprender lo que ella pretendía.

Bryana sonrió. Sí, estaba vengándose por haberla hecho suplicar.

Continuó cabalgando sobre Dóminic con un ritmo pausado, haciéndole el amor henchida de gratitud y cariño, colmada de alegría y poder, hasta que los primeros rayos de sol iluminaron la habitación reflejando las llanuras del Sáhara en los ojos de aquel dios egipcio por el que había perdido la cabeza.

Sus cuerpos se sacudieron con violencia cuando el éxtasis los abrasó.

Se recostó sobre su pecho con la respiración entrecortada. Alzó la vista y lo miró. Dóminic irradiaba una sensualidad y una paz cegadoras.

—Gracias. —Le mordisqueó la barbilla, disfrutando del cosquilleo de la incipiente barba sobre sus labios.

—Tampoco ha sido para tanto —le respondió entre jadeos.

Bryana rio.

—El sexo ha estado bien, pero no me refería a eso. —Alzó la vista, enarcando una ceja, y le acarició los labios con las yemas de los dedos —. Gracias por sacarme de aquel agujero.

Dóminic le sujetó la mano y le besó la palma antes de rodearla entre sus brazos.

—Descansa, Alniyl Kuynu. —Le deshizo el moño.

La densa mata de pelo negro cayó sobre la espalda de Bryana.

Los acompasados latidos de su corazón la mecían como a un bebé entre los protectores brazos de su madre. Inspiró el dulce aroma,

mezclado con el sexo, que desprendía su cuerpo.

—¿Algún día me dirás qué significa? —Bostezó.

Estaba muerta de sueño. Cerró los ojos con la seguridad de saberse a salvo de cualquier mal. Sintiéndose en casa por primera vez en su vida.

Dóminic inspiró con profunda parsimonia.

—Mi reina del Nilo. La dueña de mi corazón, de mi vida, mi alma y mi suerte. Mi todo —respondió, sabiendo que Bryana ya no lo escuchaba.

Se había quedado dormida por primera vez en los últimos cinco años. Profundamente dormida.

Se incorporó sobresaltada. Su corazón solo dejó de intentar escapar de su pecho cuando reconoció la habitación.

El sol se colaba a través de las cortinas iluminando la estancia con un brillo irritante. Entornó los ojos. La puerta del cuarto de baño estaba abierta. Olía a humedad con un sutil aroma a leche de almendras caramelizada, como si alguien se hubiese duchado.

Dóminic no estaba. Acarició las sábanas de seda que cubrían el colchón. Recordó que le había comentado que quería volver junto con Ramsés a su casa para comprobar la seguridad. Y por el dulce aroma que le llegaba desde el baño, no se había marchado hacía mucho.

Se levantó de la cama con intención de ir a comprobar cómo se encontraba Parker.

Fue directa hacia los vaqueros que había dejado en la silla, junto a la puerta del baño. Sobre ellos había una nota.

Tienes ropa limpia en el armario.

No tardaré.

Dom.

P. D. Roncas.

—Yo no ronco. —Sonrió.

«¿O sí? Espera. ¿Cuándo se ha ido? No me he enterado. ¡Me he quedado dormida!». Miró en rededor buscando un reloj.

En aquella habitación no había relojes. La gente normal solía tener un reloj en la mesilla de noche. En realidad, la gente normal solía tener una habitación más personal.

Se suponía que aquella era la habitación de Dóminic, o al menos, así se habían referido a ella todos los habitantes de la casa, pero parecía la de un hotel. Una preciosa suite de lujo con encanto.

Se acercó al armario que tenía al lado y abrió las enormes puertas. Estaba vacío salvo por un montón de ropa doblada sobre las cajoneras.

Dóminic le había dejado unos vaqueros azules sin estrenar, con su etiqueta, una camiseta de tirantes también nueva con la etiqueta colgando de la axila, ropa interior, que por el tacto y el libro que colgaba del hilo transparente también estaba sin usar, y un arnés para el pecho con un arma.

Sacó la pistola de la funda. Era una SIG Sauer. Acarició el cañón. Por el peso, sabía que estaba cargada. ¿Dóminic no se fiaba de su hermano? Negó con la cabeza. «Petrova».

Bryana no creía que a Petrova se le ocurriese atacar a su familia política en su propia casa, pero esa mujer estaba como una regadera. Podía esperar cualquier cosa de ella, así que, tal vez, el celo de Dóminic no era tan exagerado.

Comprobó la empuñadura. Habían lijado los números de serie. Puso los ojos en blanco. «¿Qué esperabas, el libro de instrucciones también?».

Toc, toc, toc.

—Un momento. —Cogió la camiseta que Dóminic le había dejado la noche anterior y que había en el suelo, junto a la silla—. Voy. —Se la puso de camino hacia la puerta.

Antes de que Bryana llegase a abrir, Scott asomó la cabeza con los ojos cerrados.

—¿Estás visible?

—¡Parker! —Saltó a sus brazos.

Scott le devolvió el abrazo con una mano mientras con la otra hacía equilibrios sobre una muleta.

—No quiero ser yo quien rompa este mágico momento, pero si no me sueltas rápido vamos a terminar los dos en el suelo.

—Perdona. ¿Qué tal estás?

—Mejor, sabiendo que te alegras tanto de verme.

—Eres mi mejor amigo. Has sido mi compañero durante años, eres…

—El palurdo que tiró de la cuerda cuando tenías la soga al cuello.

Bryana suspiró negando con la cabeza.

La cárcel cambiaba a las personas, pero al ver a su amigo herido en mitad de un tiroteo, hacía que los buenos momentos de aquella amistad brillasen más que las sombras de los malos recuerdos.

—Ven. Siéntate. —Lo ayudó a caminar hasta la cama.

—Veo que no habéis estado perdiendo el tiempo. —Enarcó una ceja cual maruja resabiada, sentándose sobre las sábanas de seda arrugadas a los pies de la cama.

—Ya, eh… Yo…

Sin venir a cuento, se vio como una niña a la que acababan de descubrir haciendo algo que no debía. Caminó sofocada por la vergüenza hacia la ventana y la abrió para ventilar una habitación que olía a sexo y a Dóminic, pero más a lo primero que a lo segundo.

—Te gusta. —Se dio la vuelta y lo miró con las mejillas perladas de rubor—. Tú a él también. Creo que incluso antes de conocerte ya se había enamorado de ti. Se pasaba horas embobado mirando la fotografía de archivo de tu caso. Pensé que se le pasaría. Ya sabes, todos en la unidad hemos caído rendidos a tus encantos en alguna ocasión. —Movió la mano restándole importancia a sus propias palabras—. Pero a Dom parece que le ha dado fuerte. Supongo que será amor.

—Yo no lo llamaría amor.

—¿Cómo lo llamarías?

—No lo sé. —Se encogió de hombros volviendo junto a él—. Sexo, tal vez. Una manera de liberar tensiones. —Se sentó a su lado—. ¿Qué tal te encuentras?

No quería ahondar más en el asunto. La divertida sonrisa en el rostro de Parker le hizo saber que era consciente de que estaba cambiando de tema y que la cosa no quedaría ahí.

—Bien. —Suspiró tranquila. Consciente de que Parker anotaría esa conversación en su libreta de tareas pendientes. En el fondo, era una vieja chismosa—. En cuanto llegamos, me atendió un tipo que hizo muy buen trabajo. Extrajo la bala y me cosió en un santiamén. Al parecer, es el médico. No sabía que el Egipcio tuviese un médico en plantilla.

—Eso explica por qué en la UDYCO solo encuentran a sus hombres en la morgue.

—Con la fortuna que ha debido de hacer, lo que no sé es cómo no tiene un hospital a las puertas de este sitio. ¿Has visto la casa?

—Es enorme. Y no ha escatimado en gastos.

—¿Cómo ha podido ocultarla? ¿Cómo es posible que la UDYCO no tenga constancia de semejante palacete?

—Porque ningún poli ha llegado hasta aquí con vida. —Ambos miraron a la mujer que se apoyaba sobre el marco de la puerta con los brazos cruzados bajo el pecho—. Y los drones que han enviado son interceptados antes de rebasar el perímetro de seguridad.

Bryana se estiró sobre la cama y alcanzó la pistola que había dejado sobre el colchón cuando Parker llamó a la puerta. Se colocó delante de Scott para protegerlo con su propio cuerpo y apuntó a la cabeza de Helena.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí.

Recordó que Dóminic le había mencionado que, tal vez, Helena podría ser la Alniyl Kuynu de su hermano. No podía tocarla, al igual que Ramsés parecía tener vetado tocarla a ella.

—Deberías estar en prisión.

Helena sonrió. Se colocó sobre el hombro la larga mata de pelo castaño que llevaba recogido en una cola de caballo y comenzó a juguetear con un mechón entre sus dedos.

—Tu repentina salida ha propiciado la mía. —Se encogió de hombros y ladeó la cabeza para poder mirar a Parker, que asomaba el rostro tras el cuerpo de Bryana—. Así que tú eres el poli, el amigo de Anubis al que no podemos tocar. —Chasqueó la lengua—. Lástima.

—Si te acercas al él…

—¿Me matarás? —le preguntó con una maliciosa y divertida sonrisa.

—Sigues respirando, ¿no es así?

Con gusto, Bryana estaría dispuesta a apretar el gatillo, lo cual podría suponer un problema más a su, ya de por sí, complicada situación.

—Ya me han advertido sobre tus habilidades. Al parecer, no es aconsejable estar en tu punto de mira cuando tienes un arma entre las manos. Me alegra saber que, al menos, sabes diferenciar quién es tu enemigo antes de apretar el gatillo. Lástima que la joven de anoche no lo tuviese tan claro, ¿no crees?

—¿La enviaste tú?

Helena sonrió divertida a modo de respuesta.

Saber que tal vez Petrova no tenía nada que ver con el altercado de la noche anterior debería haberla tranquilizado, pero no lo hizo. No se fiaba de Helena por mucho que Dóminic asegurase que se encontraba infiltrada en las Amazonas.

Helena disfrutaba infligiendo dolor, sobre todo a los polis. Lo sabía por propia experiencia.

—Escuché el trato que Alina había hecho contigo, así que llamé a Ramsés y consideramos que lo más sensato era ponerte a prueba y sacarme de prisión cuanto antes. Necesitábamos saber que jugamos en el mismo equipo.

—No te confundas, Helena. Tú y yo nunca jugaremos en el mismo

equipo.

—Por lo pronto protegiste a Dom. Era lo único que necesitaba saber. Y espero, por tu bien, que nada ni nadie te haga cambiar de opinión o, la próxima vez, me veré obligada a profundizar más con el cuchillo. —Con el dedo índice, se recorrió el cuello desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula, señalando el lugar exacto en el que Bryana tenía la cicatriz de la herida que casi la mata en prisión.

—Me alegra saber que la confianza es mutua. —Afianzó el arma en su mano—. No sé si eres una infiltrada, la amante o el capricho pasajero del Egipcio, pero si vuelves a poner a Dom, a cualquiera de mis hombres o de su familia en peligro, te daré un motivo real para arrepentirte de no haber terminado el trabajo.

—Vaya, al parecer sí eres la Alniyl Kuynu de Anubis —le dijo en tono ácido—. Bienvenida a la familia, Sekhmet. —Sonrió con cinismo saliendo de la habitación.

Bryana bajó el arma segundos después de que Helena desapareciese.

—¿Puedo saber quién es esa y a qué ha venido todo esto?

—Helena. —Se sentó junto a Parker—. Una de las lugartenientes de Petrova. —Le puso el seguro a la pistola—. Dóminic cree que podría ser la Alniyl Kuynu del Egipcio, que no trabaja para Petrova, sino para su hermano, y que está infiltrada en la organización de Alina.

—¿La qué?

—Alniyl Kuynu —le respondió tratando de imitar el acento que Dóminic utilizaba cuando se refería a ella.

No consiguió ese efecto moja bragas que sentía cuando él se lo decía a ella, más bien, parecía un borracho tratando de hacerse entender.

—No me preguntes qué significa porque no tengo ni idea. Dóminic no ha querido decírmelo, pero intuyo que podría ser importante para el Egipcio.

Esperaba que así fuese, por la cuenta que le traía a su corazón.

—¿Su amante? Porque el Egipcio está casado.

Bryana negó con la cabeza.

—No. No significa eso.

—No puede ser su mujer porque está casado con Petrova. Al menos, oficialmente. —Se sacó el móvil del bolsillo del pijama a rayas que le habían prestado—. ¿Sabes qué idioma es? —le preguntó mientras desbloqueaba la pantalla—. Creo que es árabe —barruntó en voz alta rebuscando entre la infinidad de aplicaciones que tenía descargadas—. ¡Aquí estás! Repítelo. —Apuntó con el teléfono a Bryana como un experimentado reportero.

—¿El qué? —Se alejó del móvil con cara de haber descubierto una bolsa de cucarachas.

—Esa palabra. El traductor nos dirá que significa.

—¿Tienes un traductor en el móvil? —Rio.

—Y de los buenos —le respondió sonriente volviendo a acercar el teléfono a su rostro—. El amor no entiende de idiomas.

Bryana puso los ojos en blanco. Parker seguía enamorado de su exmujer. ¿Por qué se negaba a aceptarlo y quería hacerle creer a todo el mundo que buscaba un verdadero amor que ya había encontrado?

Se quedó mirando la pantalla. Dóminic decía no estar preparado para rebelarle el significado de aquella palabra. ¿Estaba ella preparada para saberlo? Podía significar cualquier cosa… ¿Y si su significado la comprometía en una relación más seria? No había mantenido una pareja estable en su vida. ¿Una relación con Dóminic, con Anubis? Definitivamente, no, no estaba preparada para conocer el significado de aquella palabra.

—¿Qué más da? —Retiró el móvil de su cara con un manotazo—. No me fio de ella.

Parker salió de la aplicación, bloqueó el teléfono y volvió a guardárselo en el bolsillo con la vista fija en la cicatriz del cuello que Helena había señalado.

—En los informes penitenciarios pone que esa herida te la había causado otra reclusa a la que, casualmente, asesinaron poco tiempo después.

—Fue ella. Consiguió incriminar a otra reclusa. Se enteraría de

que Petrova tenía un interés especial en mí, pero fue ella. Odia a los polis.

Y eso era todo lo que Parker iba a saber sobre sus últimos cinco años en prisión. Se dio la vuelta en dirección al armario, dejando claro que la conversación había concluido. Cogió la ropa que Dóminic le había dejado y se dirigió al baño.

—Voy a darme una ducha —le dijo bajo el umbral de la puerta—. Cuando salga podemos dar una vuelta por el jardín hasta que Dóminic regrese. Ha ido a comprobar la seguridad de su casa y supongo que el alcance de lo ocurrido anoche.

—Me lo dijo antes de salir. Creo que Montalvo lo ha llamado esta mañana. No parecía muy contento.

«Mierda». Después de un altercado como el ocurrido la noche anterior, que un superior como Montalvo llamara solo podía significar problemas.

—Podríamos marcharnos, pero no sé si llegaríamos muy lejos tras esos muros.

—Mejor te espero fuera. —Se apoyó en la muleta para levantarse de la cama—. Jackson me ha dicho que va a entrenar con sus hombres y me gustaría ver cómo lo hace. La información es poder.

—¡¿Qué?! No. Ni hablar. No vas a andar solo por esta casa en esas condiciones. Y menos sabiendo que Helena anda pululando a sus anchas por ahí.

—Bry —se acercó a ella—, hace años que dejé de ser un crío.

—Esa mujer es muy peligrosa.

—Sé cuidarme solo. Y confío en Dóminic. No se habría marchado si pensara que corremos un peligro real.

—Parker, Dom… Él… Deberías saber que él…

—¿Que es Anubis? —Enarcó una ceja, divertido—. Una buena razón para no cabrearlo, ¿no crees? Sus hombres no nos harán ningún daño si quieren seguir respirando.

—¿No te importa?

—Me importa quién es ahora, no cómo llegó a serlo. Todos

tenemos un pasado.

—Pero el nuestro no está manchado de sangre.

—Si hubieras podido evitar el asesinato de Alarick, ¿no lo habrías hecho?

—Eso un golpe muy bajo. Además, no es lo mismo. Siempre hay otra opción.

—No en este mundo. —Le acarició la mejilla—. Tiene un expediente intachable y Cábanno confiaba en él.

Otro golpe bajo. Bryana frunció los labios en un claro gesto de desaprobación.

—Al menos, llévate la pistola. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección hacia el arma que había dejado sobre la cama.

—¿Cuándo fue la última vez que me viste desarmado? —Le guiñó un ojo y comenzó a caminar hacia la puerta.

Sonrió con dulzura al comprobar que, bajo la camiseta del pijama, se le dibujaba la silueta del arma en la zona lumbar.

Parker no salía de casa sin su pistola, daba igual que estuviese de servicio o no. Para él, la USP oficial que le entregaron cuando se graduó era como una prolongación de sus extremidades superiores.

—No tardaré. —Parker alzó la mano de camino hacia la puerta—. ¡Y no te separes de Jackson! —le gritó cuando comenzó a desaparecer por el pasillo.

No sabía si era por la extraña conexión que había sentido con Jackson la noche anterior, puede que solo fuese porque le recordaba de algún modo místico a Cábanno o, tal vez, porque había sido el único que no la había recibido con el ceño fruncido o amenazas, pero el lugarteniente del Egipcio le caía bien. Confiaba en su palabra y su sentido del deber.

Se quedó mirando la ropa que llevaba en la mano unos segundos antes de alzar la vista hacia la esquina del baño donde se encontraba la ducha. No solo la habitación olía a sexo y a Dóminic, ella también, pero no quería dejar a Parker solo demasiado tiempo.

Scott era un agente. Y aunque Dóminic también lo era de cara a la

galería, su amigo y antiguo compañero no tenía una relación familiar con los miembros que habitaban esa mansión. Negó con la cabeza. La ducha tendría que esperar.

Encontrar a Parker le llevó poco más de cinco minutos. Salió bajo el sol de media mañana vestida con la ropa que Dóminic había dejado para ella en el armario, el arnés rodeando su cuerpo y la SIG Sauer, cargada, en la funda.

No se había duchado, pero al menos su ropa no olía a la bolsa de basura en la que se la habían entregado en prisión.

Rodeó la casa siguiendo las voces de una discusión en la parte posterior del jardín, donde Parker compartía una pequeña mesa junto a la madre de Dóminic al amparo de la sombra de un frondoso roble blanco. A escasos metros de ambos, una docena de hombres vestidos por completo de negro aguantaban estoicos el calor rodeando con impaciencia en un semicírculo a Helena, que discutía airada con Jackson sobre un terreno yermo, que llamaba en exceso la atención por la ausencia del vigoroso césped y el perfecto cuadrado de arena que lo recubría.

Caminó hacia la mesa sin perder de vista a aquellos dos hasta que llegó junto a Parker.

—Buenos días. ¿Qué tal se encuentra?

—Viva. Gracias a ti. —Aurora sonrió afable—. Pero, por favor, no me llames de usted. Me hace sentir más vieja de lo que soy.

Bryana le devolvió la sonrisa.

—Solo estaba en el lugar adecuado, en el momento oportuno. ¿Puedo? —Colocó la mano sobre el canto de la silla de jardín que había junto a Parker y alzó la vista por encima de su hombro para comprobar cómo iba la discusión entre Helena y Jackson.

—Por supuesto.

—Ya me ha dicho que le has salvado la vida. —Parker enarcó ambas cejas mientras bebía un sorbo de su taza de café.

—Un golpe de suerte. —Se encogió de hombros antes de tomar asiento.

Volvió a alzar la vista por encima de su hombro. Jackson tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Negaba con la cabeza con rictus inquebrantable pese a que Helena lo increpaba a un palmo de su cara.

—Helena quiere entrenar junto a sus hombres —dijo Aurora, respondiendo a la pregunta que Bryana se hacía y que no se había atrevido a formular—. Acaba de salir de prisión y dice que necesita ponerse en forma. Aunque supongo que tú estarás mejor informada de su estado físico que yo. Al parecer, compartiste módulo penitenciario con ella.

—Sí. Bueno, más o menos. —Se removió incómoda en la silla—. ¿Y cuál es el problema? —le preguntó, desviando la conversación.

No es que le interesaran lo más mínimo los motivos, pero no quería ahondar en su paso por aquel estercolero, menos, con la madre de Dóminic.

Sentía compasión por aquellos pobres diablos. «¿En baja forma? ¡Y un cuerno!». Jackson hacía bien en no dejar que Helena se enfrentase a sus hombres.

No sabía de lo que eran capaces, pero sí que había visto pelear a esa mujer y era letal en el cuerpo a cuerpo.

—Ninguno de sus hombres se atreve a desafiar a Helena. —Alisó unas imaginarias arrugas en la bata de seda blanca con la que cubría sus piernas—. Si saliera herida, sus vidas podrían correr peligro. No sería un combate en igualdad de condiciones y se toman muy en serio estos entrenamientos. Su vida depende de ellos.

—No se atreven a desafiar al jefe —intervino Parker.

—Creen que podría ser la Alniyl Kuynu de mi hijo. Ramsés todavía no lo ha hecho oficial y, entre nosotros, yo no creo que lo haga nunca porque en el fondo debe saber que Helena no es para él. Es castaña, pero no es ella —dijo con la vista fija en Helena pero perdida en sus propios pensamientos—. En cualquier caso, hasta que Ramsés no se decida, no pueden ni deben ponerle una mano encima. Según nuestra tradición familiar solo una persona de su mismo rango podría enfrentarse a ella sin sufrir la ira de Ramsés. Así evitamos las sublevaciones. Si no están seguros de que pueden vencer a sus superiores, no lo intentan.

A Bryana le pareció detectar un mensaje entre líneas en los vivarachos ojos dorados de Aurora. Los mismos que hasta hacía tan

solo unas horas la habían mirado desde una cama con angustioso alivio.

—Quieres que yo la desafíe.

Aurora sonrió.

Capítulo 27

Parker casi se atraganta con el café. Comenzó a toser dándose golpes en el pecho después de dejar la taza sobre la mesa para no derramarse el resto sobre el pijama.

—Tú eres la Alniyl Kuynu de Dóminic.

—No tengo ni idea de lo que significa, así que no puedo asegurárselo, pero supongo que sí. Así me llama. —Se encogió de hombros queriendo restarle importancia al hecho de que sí comenzaba a molestarle desconocer qué implicaba—. Dóminic no ha querido decírmelo —le aclaró ante la cara de desconcierto de Aurora.

—Entiendo. —Cogió su taza de té y le dio un sorbo sin apartar su mirada.

—¿No estarás pensando en enfrentarte a Helena? —le preguntó Parker, limpiándose con una servilleta de cóctel unas gotas de café del pantalón.

—¿Por qué no? —Se levantó—. Ella quiere entrenar y yo estoy deseando partirle la cara. No encontraré una excusa mejor para hacerlo en un futuro. —Colocó la silla junto a la mesa con determinación.

—Pero ¿tú has escuchado lo que acaba de decir? Ramsés podría…

—No lo hará. Técnicamente, estamos en el mismo… rango familiar. ¿No es así? —Miró a Aurora buscando un poco de apoyo para ejecutar su descabellada idea.

—Si Helena es la Alniyl Kuynu de Ramsés, sí. —Sonrió de medio lado con astucia.

—¿Y si no lo es?

—Siempre puedes decir que desconocías su significado.

Necesitaba liberar tensiones y ¡qué demonios! Estaba deseando patearle el trasero a esa desgraciada.

Desenfundó el arma y se la tendió a Parker.

—¡No sabes qué significa! —Se llevó las manos a la cabeza con dramática desesperación.

Bryana volvió a mirar a Aurora. La madre de los hermanos Dwayne no parecía mostrar la más mínima intención de explicarle el significado de aquella palabra y, por lo que podía vislumbrar en su mirada, no estaba del todo segura de querer conocer la letra pequeña de la decisión que acababa de tomar.

Por alguna extraña razón, intuía que su futuro podía depender de lo que iba a hacer. Volvió a mirar por encima de su hombro. Helena cada vez estaba más cerca de Jackson, que aguantaba las represalias de la mujer, novia, amante o lo que fuera para el Egipcio con encomiable tranquilidad y los brazos cruzados sobre el pecho.

Al ver que Parker no accedía a coger su arma, la dejó sobre la mesa y dio media vuelta decidida a poner fin a una disputa que ella no había comenzado pero que estaba dispuesta a zanjar.

—Santo Dios, ¡Bryana! —Hizo amago de levantarse de la silla, pero Aurora colocó su cálida mano sobre la que apoyaba en la mesa para ayudarse a ir tras ella.

—Navega entre dos océanos que podrían ahogarla. Ya no es policía, tampoco es una criminal. Está perdida. Todo el mundo tiene derecho a encontrar su camino. Debes dejar que ella encuentre el suyo.

—Pero, el Egipcio…

—Mi hijo no le hará ningún daño. Es más, le agradará la decisión que ella ha tomado. Si quieres preocuparte por alguien, hazlo por Dóminic.

—Dóminic no le haría daño. —Volvió a sentarse lentamente en la silla sin perder de vista a Bryana, que caminaba decidida hacia la boca del lobo.

—Cierto. Pero Bryana tiene la capacidad de destruir al hombre que tú conoces como Dóminic y de liberar a la bestia que todos tememos.

Parker clavó sus ojos en Aurora.

—¿Qué quiere decir con eso?

Bryana caminó con paso decidido hacia el cuadrilátero de arena

marcado en el suelo.

De un puntapié, alzó un solitario palo de madera que se había caído de un montón que tenía a un par de pasos y se lo tiró a Helena, cuya visión periférica le permitió recogerlo al vuelo.

Sonrió desafiante cuando, la que se convertiría en su adversaria en aquel entrenamiento, frunció el ceño contrariada. Se agachó y cogió otro palo del montón. Ambos, dañados, golpeados y astillados, no más gruesos ni más largos que el palo de una fregona.

Supuso que aquello eran las armas con las que los hombres del Egipcio entrenaban. Más seguras que un arma blanca pero igual de letales si le rompías a tu contrincante uno en la cabeza. Y ella deseaba abrir la de Helena como un melón.

—¿Quieres bailar conmigo? —Hizo un estrafalario movimiento de majorette cruzando el palo alrededor de su escultural y adiestrado cuerpo de Amazona.

Jackson se hizo a un lado tras mirar a Aurora.

—Tú quieres entrenar y me parece que yo soy la única dispuesta a complacerte.

La docena de hombres que esperaban en el interior del cuadrilátero se colocaron alrededor de ellas, sobre el césped, bordeando la arena.

—¿Estás segura? Dóminic no está aquí para salvarte el pellejo. Y la última vez que nos enfrentamos no saliste muy bien parada.

Bryana afianzó el palo en el suelo, se impulsó y le dio una patada en el esternón.

—¿Responde eso a tu pregunta?

Los pies de Helena se arrastraron por el suelo. Se dobló para guardar el equilibrio acariciando la arena con la yema de los dedos de una de sus manos antes de llevársela al pecho. No cayó al suelo gracias al palo que había clavado como un bastón. Alzó la vista y miró a Bryana con una divertida sonrisa en los labios.

«Ven con mamá», pensó cuando la vio incorporarse con un brillo demente en sus ojos castaños.

Helena no había llegado a convertirse en una de las temidas lugartenientes de Petrova por ser una hermanita de la caridad. Movió el palo por encima de su cabeza y lanzó a Bryana un golpe diagonal que sorteó saltando con elegancia hacia atrás.

En aquel preciso instante comenzó el enfrentamiento. O, como Bryana no hacía más que repetirse, el entrenamiento. No debía olvidar que no podía matarla.

Se merecía una paliza por todos y cada uno de los golpes con los que había marcado su cuerpo en prisión. Por desgracia, aquella arpía podría ser importante para Ramsés y, por ende, para Dóminic.

No quería causar problemas entre los dos hermanos ni separar de nuevo a Dóminic de su familia. Ella conocía el dolor de saberse solo en este mundo y también el horror de tener una familia y no poder estar con ella. No quería eso para Dom. No se lo merecía.

Caminaron en círculos, sorteando con habilidad los golpes cruzados con los que se atacaban la una a la otra, directos al pecho, a la cabeza, al cuello y a las piernas. Ambas, con la intención de causar el mayor daño posible y acompañadas tan solo por la brisa primaveral, el golpe seco de las maderas al chocar, sus propios gruñidos y la respiración entrecortada de los hombres que las rodeaban, perplejos ante aquel despliegue de fuerza y habilidad.

Durante los primeros treinta minutos, el entrenamiento fue a la par. Helena parecía estar tanteando el terreno. Provocándola.

En prisión, nunca se defendió de las palizas a las que fue sometida, por lo que Helena no sabía cómo se movía ni cuales podían ser sus puntos débiles. Por desgracia para su contrincante, ella la había visto tantas veces pelear que conocía todos los flancos por los que podía atacarla.

En un movimiento cruzado, Bryana trató de alcanzar el palo de Helena. Esta se agachó esquivando el golpe. Esperando el contrataque de su contrincante, a Bryana le pareció ver por el rabillo del ojo que los hermanos Dwayne habían llegado. Una distracción que Helena no dudó en aprovechar para golpearla en el interior de la rodilla haciéndola caer al suelo.

Bryana no soltó el arma. Se quedó con la rodilla dolorida clavada. Gruñó, apoyada sobre el palo de madera, estiró la pierna en la que no había recibido el golpe y con un giro sobre sí misma barrió los tobillos de Helena haciéndola caer sobre el centro del cuadrilátero de arena.

Un fuerte calambre le recorrió la pierna cuando se acuclilló para coger impulso y saltar sobre ella como una pantera. Olvidando que era un entrenamiento, colocó el palo en su cuello y comenzó a presionar, cegada por el dolor de la pierna, soportable tan solo por la satisfacción de estrangular a aquella desgraciada.

Ante la presión con la que Bryana la tenía inmovilizada, a Helena no le quedó más remedio que soltar su palo para agarrar con el que ella parecía querer cercenarle la cabeza. Forcejeó bajo su peso, movimientos que ofrecían a sus pulmones pequeños coletazos de aire que le permitían seguir con vida. Pese a la desmesurada fuerza de Bryana y la inminente pérdida de conocimiento que precedía a la muerte, Helena mantuvo la vista fija en los ojos grises de su verdugo sin perder su divertida sonrisa. «Maldita perturbada»… No podía creer que Helena estuviera divirtiéndose, sin embargo, negar que ella estaba disfrutando de la venganza habría sido la madre de todas las mentiras.

—Suficiente.

Oía la aterciopelada voz de Ramsés, pero no la escuchaba. Pudo ver la punta de los zapatos del Egipcio junto a las briznas de pelo castaño que se le habían soltado de la coleta a Helena. Aun sintiendo el calor de su cuerpo cuando se arrodilló junto a ellas, no dejó de apretar el palo de madera contra su cuello, sometiéndola con una llave perfecta de la que intentaba zafarse sin éxito.

—Si la matas, no será divertido para ninguna de las dos, Sekhmet —le susurró.

«Sekhmet». El eco de la voz de Ramsés se hizo paso entre la espesa niebla que le había nublado la razón y había mantenido en vilo a todos los que las rodeaban.

Alzó la vista sin dejar de estrangular a Helena. Su mirada, emponzoñada por la determinación de matar a aquella mujer, que a punto estuvo de arrebatarle la vida en prisión y que había puesto en peligro a Dóminic y a Parker, se topó con el divertido brillo dorado en los ojos del Egipcio.

Miró por encima del hombro de Ramsés, hacia donde se encontraba Dóminic, quien la observaba con un deje de preocupación teñida de odio en el rostro, a los pies del cuadrilátero.

Levantó la madera del cuello de Helena. El tenso silencio fue aplacado por una enorme bocanada de aire, seguida de un ataque de tos seca mientras se llevaba la mano al cuello para acariciar la piel

enrojecida allí donde Bryana había apoyado el palo.

Tiró el arma con el que había estado a punto de matarla, abriendo un espacio entre los hombres del Egipcio que, atónitos, las habían cercado alrededor del cuadrilátero. Se levantó para ir tras el hombre hecho una furia que dio media vuelta para rodear la casa, desaparecer de su vista y puede que de su vida.

—Dom. —Siguió sus pasos sin obtener respuesta.

—No te lo aconsejo. —Jackson la sujetó por el brazo a los pies del cuadrilátero—. Ese Dóminic es complicado de tratar.

Se soltó, impaciente, con la sensación de haber cometido un gran error. Casi le pisaba los talones.

—Dóminic.

Intentó trotar para alcanzarlo, pero la pierna que Helena le había golpeado le falló. Un latigazo le recorrió el músculo desde el interior de la rodilla hasta la parte baja de la espalda.

—¡Ah! —Se llevó la mano a la parte trasera de la rodilla—. ¡Joder! —gruñó entre dientes acelerando el paso sin atreverse a correr —. Dóminic. —Apretó los dientes. Bufó e intentó caminar un poco más rápido—. ¡Maldita sea, Dom! —le gritó.

Dóminic se detuvo en seco poco antes de haber terminado de rodear la fachada de la casa. «Gracias a Dios». Suspiró. Se dio la vuelta cuando estaba a un par de pasos de alcanzarlo.

—¿Por qué? —Tenía la mandíbula tan apretada que la pregunta le llegó casi como un silbido.

Cuando lo miró a los ojos comprendió a Jackson. Solo había tratado con ese Dóminic una vez, en prisión, cuando el funcionario intentó propasarse con ella y él salió de la habitación del vis a vis en la que iban a reunirse.

Ese no era Dom, era una bestia. «Complicado de tratar» era una forma edulcorada de decir «Estás jodida, amiga». Pero no iba a amedrentarse. No lo hizo entonces y no lo iba a hacer ahora, a pesar de ser el motivo de su ira.

—¿Por qué, qué?

«Vale, tal vez no sea la mejor respuesta, pero ¡tampoco ha sido para tanto! ¿Me he pasado? Sí. ¿Se me ha ido un poco de las manos? También. Pero está viva, ¿no? Aunque casi la mato. Está bien, Bryana. La siguiente frase que salga de tu boca con dos cuartas partes menos de chulería».

—¿Por qué has hecho eso? —Dio un paso hacia ella.

Bryana cojeó un paso hacia atrás, aunque no le tenía miedo. Bueno, a lo mejor un poco de respeto sí. Marcar una distancia prudencial no es que fuese a salvarle la vida, pero teniendo en cuenta el efecto que ese hombre causaba en su cuerpo, le pareció que era lo más apropiado.

Dóminic sonrió con desagrado y una pizca de pesar al verla retroceder.

—Ella quería entrenar. —Retrocedió con torpeza otro paso cuando él avanzó hacia ella.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —le dijo entre dientes a un palmo de su cara.

—¿Cuál es el problema? Se supone que soy tu Alniyl Kuynu, ella quería entrenar y yo era la única que podía enfrentarme a ella.

—No deberías asumir responsabilidades que no te competen. Te saqué de prisión para atrapar a un asesino, no para eso. —Señaló el camino que dirigía hacia el cuadrilátero bordeando la casa—. No tienes ni idea de lo que implica ser una Alniyl Kuynu, y aunque conocieras su significado, yo nunca te tomaría como tal.

¿Por qué, si desconocía el significado de aquella palabra, de todos los golpes que había recibido en los últimos años, no ser lo que fuera que implicase eso fue el golpe que más le había dolido?

Le retiró la mirada y cerró los ojos.

«Sabías que solo eras un polvo, no sé de qué te sorprendes. No te pongas a llorar. ¡No llores!».

«He aquí un claro ejemplo de mata y remata».

Maldiciendo entre dientes en un idioma que Bryana no comprendía, se alejó de ella y caminó hacia el R8 aparcado cerca de la entrada principal.

Se quedó allí. Apoyó el hombro sobre la pared con los ojos aún cerrados y solo volvió a respirar cuando Jackson acarició su mejilla.

—Debiste hacerme caso.

Miró a Dóminic que, junto al coche, hablaba por teléfono con palabras cortantes y los músculos de la espalda tensos. Alzó la vista por encima de su hombro y miró a Helena, junto a Ramsés, con la vista fija en ella hasta que el Egipcio agachó la cabeza en una señal de ¿respeto?

—¿Estás bien? —Parker llegó hasta ellos con la ayuda de la muleta.

Volvió a mirar a Dóminic que recorría el lateral del coche como un león enjaulado, con el teléfono pegado a la oreja y pinta de querer estrangular a alguien o a sí mismo.

—¿Bryana? —Parker intentó, de nuevo, llamar su atención—. ¿Te encuentras bien? —Miró a Jackson, preocupado.

Se había quedado en estado de shock, flotando en un doloroso limbo catatónico.

—¡Parker! ¡Moved el culo! —les ladró Dóminic abriendo la puerta del piloto del coche—. ¡Nos vamos! —Se metió en el Audi y arrancó el motor.

Salir de allí parecía una buena idea. ¿Por qué los músculos de su cuerpo no se ponían en marcha?

—Vamos. —Parker la sujetó del brazo—. ¿Te duele? —le preguntó cuando comenzaron a caminar como un par de octogenarias reumáticas.

«¿El corazón? ¿Acaso no lo ves pisoteado, destrozado y hecho trizas?». Se llevó la mano al centro del pecho y se acarició.

La bofetada de realidad con la que Dóminic acababa de obsequiarla había sido tal, que la cojera a la que se refería Parker no era más que una ligera molestia, aunque apenas podía dar un paso sin sentir un millón de alfileres clavándose en la parte posterior de su rodilla.

Él, con un disparo en la pierna, en pijama y una muleta; ella, con una pierna ortopédica que apenas podía doblar sin que se le saltasen

las lágrimas. Ambos acompañados por el risueño lugarteniente de uno de los narcos más peligrosos de España al que parecía que se le había atragantado la sonrisa que siempre engalanaba su rostro y definía sus traviesos hoyuelos.

—Bryana. —Jackson la agarró por la muñeca cuando estaban a un par de pasos del coche en el que Dóminic esperaba, de nuevo, con el teléfono pegado a la oreja.

Parker continuó caminando para dejarles intimidad.

—Él te ama. —«Curiosa forma de demostrarlo», pensó—. No lo abandones.

Bryana suspiró. «No se puede abandonar a quien no te quiere a su lado».

—Adiós, Jackson. —Acarició la mejilla del lugarteniente—. Despídeme de Aurora. —Le dedicó un amago de sonrisa forzada.

Iba a echar de menos a ese hombre. Parecía… No. Bryana estaba convencida de que era buena persona. Daba igual cómo se ganase la vida. Tenía buen corazón.

Cerró los ojos antes de darle la espalda. Sonrió agradecida. Si podía elegir, prefería quedarse con la imagen de aquel hombre con traviesos ojos verdes y graciosos hoyuelos que divertido la observaba sentado junto a ella en la entrada principal de la casa bajo un manto de estrellas y una aplastante verdad espiritual.

Caminó con dificultad hasta el coche. Apoyándose en el marco de la puerta, ahogó un gruñido y, soltando todo el aire que retenían sus pulmones, se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Necesitas que te vea un médico? —le preguntó Parker asomando la cabeza entre los asientos delanteros.

—No. —De soslayo miró a Dóminic, envuelto en un tenso halo que podría cortarse con una motosierra. Callado, con la mandíbula apretada y estrangulando el pobre cuero del volante—. Estoy bien.

—El médico que me atendió anoche me dio esto. —Se removió en el asiento trasero. Del bolsillo del pantalón del pijama sacó un blíster con cinco pastillas rojas—. Son calmantes y antinflamatorios. Dice que son fuertes. Puedes quedártelos.

Dóminic metió primera y comenzó a salir de la mansión.

—Gracias. —Cogió el blíster, lo que pareció aliviar el semblante de Dom.

Estaba segura de haberlo escuchado suspirar. No obstante, se negó a mirarlo.

Sacó una pastilla, se la metió en la boca y se la tragó a palo seco. Sabía que el dolor de la pierna se le pasaría en unas horas. Puede que durante un par de días un dolor sordo le recordase el estúpido momento en el que tuvo la esperanza de ser parte de alguien, de pertenecer de nuevo a una familia. «Te ha echado un polvo y ya creías que ibas a conseguir el adosado, el marido y los niños», se reprendió.

Se llevó la mano al pecho y se acarició. Su corazón iba a tardar demasiado tiempo en cicatrizar. Si es que en algún momento dejaba de sangrar. La matanza de Texas, en comparación a cómo había quedado ese inútil músculo que solo servía para tomar absurdas decisiones, no era más que un cuento infantil.

Lo superaría. Al fin y al cabo, era una superviviente.

Se apoyó en el marco de la ventanilla y miró las chabolas que se amontonaban las unas sobre las otras.

Quince minutos más tarde, ya en la carretera de Valencia, con el sonido del motor del coche como telonero y un tenso silencio de artista principal, Parker se removió para colocarse en el hueco entre los asientos delanteros.

—¿Puedo preguntar adónde vamos?

Dóminic lo miró a través del retrovisor central. Bryana, por el contrario, se mantuvo al margen observando por la ventana el cielo infinito que se alzaba glorioso entre los descampados que asediaban la concurrida nacional.

—Montalvo ha vuelto a llamar.

Al escuchar el nombre del que había sido su comisario, prestó atención sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Otro cadáver?

Ese era el quid de la cuestión.

El Cremador era lo único en lo que debía concentrarse a partir de ese momento y cuyo norte nunca debió perder. Todo lo demás debía ser enterrado.

—Todavía no. Pero si no os ponéis las pilas es posible que aparezca uno antes de que acabe el día.

Miró a Dóminic con curiosidad, que mantenía la vista fija en la carretera.

Si no le contestó fue porque sus palabras no guardaban un tono ácido, sino, más bien, doloroso.

—Ha llegado a sus oídos cierto altercado a las puertas de mi casa.

«¡Ah! Es eso. Tu culo está en peligro». ¿Qué debía hacer?, ¿tenderle la mano o echarlo a los leones? Después de como la había ninguneado solo estaba dispuesta a echarle una mano al cuello.

—¿Asuntos internos? —Dóminic asintió—. ¡Malditos bastardos! —Golpeó el asiento de Bryana, que siseó por la vibración del golpe—. Lo siento, Bry. ¿Y qué vamos a decir?

«Interesante pregunta», pensó reacomodándose en el asiento.

—Por lo pronto, a ti te dejaré en casa. Nadie sabía que estabas allí, así que no veo por qué tienes que involucrarte. Con que den por el culo a uno es suficiente.

—No voy a dejaros solos frente a esa panda de hienas.

—¿Y cómo vamos a explicarles tu misteriosa atención médica? —Parker abrió la boca con la intención de replicar, pero volvió a cerrarla sin decir nada—. Es mejor que te quedes en casa.

Paró en el primer semáforo que se encontró al llegar a la capital.

El cuero del asiento crujió cuando se removió incómoda, con la vista fija en la manada de peatones que cruzaban la calle sin dirigirse la palabra. Estaba deseando llegar a casa de Parker y que la dejara allí.

Sintió la mirada de Dóminic recorriendo su cuerpo. Era la primera vez, desde que se había quedado dormida sobre su pecho, que recorría cada centímetro de su piel con anhelo.

Esperaba que lo que estuviese haciendo fuera valorando dejarla

con Parker, pero su intuición le decía que las malas noticias no habían hecho más que empezar.

—También ha sido informado de tu salida de prisión. Quiere verte.

Bryana se envaró en el asiento. «Lástima, porque yo a él no».

—¿No se lo habías comunicado? —Parker asomó por completo la cabeza entre los asientos.

—Estaba ocupado intentando que no nos mataran —le siseó entre dientes. Metió primera y aceleró cuando el semáforo se puso en verde.

Parker debió captar la indirecta, porque de manera inmediata, volvió a acomodarse en los asientos traseros y les ofreció una falsa intimidad.

Bryana prefirió hacer como si la conversación no fuese con ella. Se acomodó en el asiento mientras su cuerpo despertaba del letargo en el que la había sumido la dolorosa bofetada que Dóminic le había propinado con sus palabras.

La miró de soslayo. Por el rabillo del ojo recorría su cuerpo esperando una reacción que ella se aferraba en ocultar con uñas y dientes, regodeándose en el firme rechazo con el que había arponeado su corazón.

La tristeza le dio paso a un elaborado menú con el que su propio chef se vanagloriaba del exquisito entrante de ira, una deliciosa sopa de rabia como plato principal, despecho de segundo y un delicioso tiramisú de amor propio.

Por suerte, el edificio en el que vivía Parker no estaba muy lejos. Después de callejear envueltos en un cortante silencio, Dóminic aparcó en doble fila frente al portal.

Antes de que pudiera acariciarle la rodilla, saltó del coche todo lo rápido que el dolor le dejó y ayudó a Parker a salir de la parte trasera.

—Bryana.

Llegó a pensar que podría partirse la lengua en dos si seguía mordiéndosela cuando lo escuchó llamarla desde el interior con aquel todo meloso, entre el cariño y el cansancio. Casi paternalista.

Ayudó a Parker a esquivar el coche aparcado frente al portal del humilde edificio en el que vivía. Se concentró en mantener el equilibrio y apoyar la pierna herida lo menos posible.

Como dos octogenarias, caminaron apoyándose el uno en el otro hasta la puerta del portal.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo mientras Parker sacaba las llaves del bolsillo del pantalón del pijama.

—Bryana, tienes que venir conmigo a la Brigada —escuchó decir a Dóminic, apoyado en el marco de la puerta del piloto.

Parker la miró de soslayo, metiendo la llave en el bombín.

—Tienes que llamar a Elisabeth.

—Bryana. —Escuchó cómo cerraba la puerta del coche con un tono que rozaba la exasperación.

—No puedes estar hablando en serio. —Parker dejó la puerta del portal entornada y la miró como si tuviese tres cabezas.

—Necesitamos a Elisabeth. Es la mejor forense del país y hay que exhumar el cadáver de Cábanno.

—¿Estás escuchándome? —le preguntó Dóminic cuando llegó junto a ellos.

Pedirle a Parker que llamase a su exmujer, la misma que lo había abandonado y por la que había pasado los peores años de su vida después del divorcio, era un sacrilegio.

—Ya tenemos un forense. Ricardo puede encargarse de la autopsia.

—El asesino trabaja en comisaría. Es uno de los nuestros. —Ahora, además de tres cabezas, parecía que además le habían salido cuernos—. No te pediría algo así si no estuviese segura. Por favor.

—Pero…

—Bryana.

—Estoy escuchándote —siseó entre dientes sin mirar a Dom—. Te he oído la primera vez. Y no, no pienso ir a la Brigada. Parker, por favor —le suplicó a su amigo cambiando el tono con el que había contestado a Dóminic.

Parker los contempló a ambos antes de suspirar vencido.

Dóminic la agarró por el hombro y la giró para que lo mirase. Al ser obligada a darse la vuelta, apoyó todo el peso en la pierna herida. Ahogó un grito y lo fulminó a través de dos finas y heladas líneas grises.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Tú decides.

«¿Tú qué crees?». Movió el hombro con brusquedad. Cojeó un paso hasta rozar la pared y alzó la cabeza, desafiante. Las pulseras de rastreo estaban desactivadas. No podía obligarla.

—Como quieras. —Se encogió de hombros. Se llevó las manos a la zona lumbar y sacó los grilletes.

Perdió cualquier atisbo de salud en el rostro cuando el acero relució bajo el sol. Parker, que hasta el momento se había mantenido al margen sujetando la puerta entreabierta del portal, al percatarse de la catástrofe que se avecinaba, bufó llamando la atención de su compañero.

«No serás capaz». Lo vio sonreír de medio lado pese a la advertencia de Scott, que negaba sutilmente con la cabeza.

Sí que lo era. Parecía decidido a arrastrarla a la Brigada hasta el punto de denigrarla como a una vulgar delincuente frente a los que habían sido sus antiguos compañeros y subalternos. Ni tan siquiera con varios cargos por asesinato sobre la espalda, sus compañeros se habían atrevido a insinuar que debía ir esposada hasta el juzgado.

Cuando intentó alcanzar su mano, Parker interpuso la muleta entre ambos.

—Así no, Dom. —Cojeando, ocupó el puesto de la muleta entre ellos.

—Apártate.

—Estás pasándote. No pienso permitir que la humilles de esa manera después de cómo la has tratado en casa de tu hermano. No sé qué coño te ha ocurrido y me importa una mierda lo que haya sucedido entre vosotros, pero no vas a llevarla engrilletada.

Dóminic miró por encima del hombro de Parker a Bryana. Por segunda vez, no se creía lo que estaba sucediendo.

—Recapacita y vuelve al coche.

—Tiene que venir conmigo.

—Irá contigo —secundó Parker.

—No pienso ir con él —añadió Bryana.

—Tú, cierra el pico, y tú, vuelve al coche. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección al Audi.

Apoyado en la muleta, se cuadró de hombros frente a Dóminic, cubriéndola por completo con su cuerpo, pese a que le sacaba al menos una cabeza y parecía estar a punto de decapitarlo con sus propias manos.

No cedió el eterno par de minutos que trascurrieron hasta que volvió rumiando improperios al coche.

Suspiró, aliviado, y se dio la vuelta para mirarla.

—No voy a ir.

—Sí que vas a ir.

—No puedes obligarme. No tienes ningún derecho.

—Tú tampoco tienes derecho a pedirme que llame a Elisabeth. —Dejó la muleta apoyada en la puerta del portal—. Así que supongo que estamos en un impasse. —Cruzó los brazos sobre su pecho.

Bryana bufó exasperada poniendo los ojos en blanco. Había echado de menos la faceta negociadora de Parker. ¿Por qué demonios tenía que sacarla a relucir en aquel preciso momento? ¡Ah, claro! Porque sabía que ella no podría negarse.

—Está bien. Lo acompañaré a comisaría —farfulló entre dientes, conteniendo las ganas de patearle el trasero—. Y tú llamarás a Elisabeth.

Parker le tendió la mano con ánimo de cerrar el trato. Era un buen trato. El escrutinio de miradas recelosas y chismorreos de viejas al que iba a ser sometida no le pareció castigo suficiente, teniendo en cuenta lo que Cábanno había perdido sin que ella hiciese nada por evitarlo. Se lo debía.

Dóminic tamborileaba los dedos sobre el suave cuero del volante con la vista fija en Parker y en Bryana, quienes, frente al portal del edificio, parecían estar recriminándose todo lo que no habían podido echarse en cara los últimos cinco años. Aunque, por cómo se miraban

el uno al otro, parecía que estaban saldando las deudas de toda una vida.

Se restregó la cara con una mano apoyando la cabeza en el asiento. Miró la pantalla del salpicadero al escuchar el sonido del teléfono. Era Ramsés.

Colgó, sabiendo que su hermano no era de los que se daban por vencido. A los que redactaron el diccionario de Ramsés se les olvidó incluir la palabra rendición. En su lugar, se limitaron a incluir un manual de «Cómo tocarle los cojones al personal hasta conseguir tus objetivos», porque a lo de su hermano no podía llamársele simple perseverancia. «Y ahí está otra vez», canturreó en su cabeza cuando comenzó a parpadear de nuevo el nombre en la pantalla.

—¿Qué quieres?

—Para empezar, que tu mal humor te lo metas por donde te quepa.

—Podría empezar por tu trasero.

—No estaría mal. Una vez lo pruebas, repites —ronroneó—. Deberías plantearte darle una oportunidad a tu retaguardia. A lo mejor así se te quita esa cara de masticar alpargatas con la que hemos tenido que soportarte desde que naciste.

Miró la pantalla del salpicadero atónito.

—No estoy para bromas.

—¿Y quién está bromeando? A Helena le gusta explorar y a mí pasarlo bien.

Parpadeó perplejo mirando la pantalla mientras hacía un mohín de asco.

—Preferiría no saber lo que haces con Helena en tus ratos libres.

—¿Tienes algún problema con el sexo anal?

—En absoluto. Pero no necesito saber ni lo que te entra ni lo que te sale por el culo. Gracias. —Se relajó al escuchar la risa de Ramsés. Sonrió. Hacía tanto tiempo que no lo escuchaba reír… Lo había echado tanto de menos—. ¿Para qué me has llamado?

—¿Puedes hablar?

—Sí, tranquilo.

—¿Y mi cuñada?

—No está. Y no es tu cuñada —gruñó entre dientes—. Olvídate de ella.

—¿Estás seguro?

Con un deje desolado se perdió en el contorno del cuerpo de Bryana a través de la ventanilla del copiloto.

—Ya lo hemos hablado. Es lo mejor para ella. No puedo arrastrarla a nuestro mundo. Quería marcharse. Has visto la mochila que tenía preparada.

—Pero no lo hizo.

Ramsés enmudeció de repente. Dóminic miró la pantalla del salpicadero creyendo que quizá se había cortado la llamada hasta que lo escuchó suspirar.

—Ayer te acostaste con ella.

—No pienso contestarte a eso.

—Ya me has contestado, aunque no era una pregunta. Os escuchó toda la casa. Puede que incluso a cinco kilómetros en la redonda sepan que ayer Anubis reclamó a su Alniyl Kuynu. En la Cañada no se habla de otra cosa. Jackson ya tiene preparado su boceto para la iniciación.

—Olvídalo. No habrá iniciación. Y tal vez deberías hablar con el promotor; las paredes son de pésima calidad.

—Dom, ayer la reclamaste y hoy acabas de rechazarla ante todos. Podría pedir un…

—No va a pedir nada porque no es consciente de lo que ha hecho ni de lo que significa para mí. Esa carga solo la llevaré yo.

—¡Y una mierda! Todos tendremos que soportarla. Bryana sí sabía lo que hacía cuando se enfrentó a Helena —añadió tras una breve pausa—. Es tu Alniyl Kuynu. Eso es irrefutable. He visto cómo la miras y también cómo te mira ella. Ha nacido para ti. La has encontrado. Te pertenece como tú le perteneces a ella.

—Bryana no… Ella… Quería marcharse. Lo tenía todo preparado.

Es mejor así.

—¿Y si quisiera pertenecer a este mundo? ¿Qué ocurriría si no le importase? ¿Te has parado a pensarlo un momento? ¿Se lo has preguntado?

—Tengo que colgar —le dijo cuando vio a Bryana despedirse de Parker y mirar de mala gana hacia el coche.

—Piensa bien lo que vas a hacer.

—No tengo nada que pensar.

—Dom, podrías perderla para siempre.

Se metió en el coche con un sonoro portazo. Se abrochó el cinturón y se acomodó en el asiento con la vista puesta al frente.

Dóminic la miró con pesar. Arrancó el motor y comenzó a callejear por el barrio en el que vivía su amigo hasta llegar a la calle de Alcalá. La calle más larga de Madrid, con su habitual tráfico de mediodía, era un infierno para cualquiera. De hecho, para Bryana lo fue desde el momento en el que tuvo conciencia de saberse a solas, en un espacio tan reducido, junto a Dóminic, con el intenso escrutinio de aquel imbécil acariciando su cuerpo, el dulce aroma que abotargaba sus sentidos y el maldito silencio que los acompañaba y permitía que todas sus emociones arañasen su interior sin un ensordecedor ruido que acallase su principal objetivo: salir del puñetero coche, pedirle explicaciones de lo ocurrido y patear su perfecto trasero.

—¿Te duele la rodilla?

El silencio fue su respuesta más sensata. Si abría la boca no iba a ser capaz de contenerse. Además, sabía que odiaba que lo ignorase de esa manera.

Con cuidado de no mostrar ni un ápice de satisfacción, se regodeó al darse cuenta de que Dóminic comenzaba a pellizcar el cuero del volante.

—Cuando lleguemos, déjame hablar a mí.

De nuevo, le ofreció un silencio como respuesta.

—¿Estás escuchándome?

Mantuvo su fría máscara de indiferencia. El placer de saberse capaz de hacerlo perder los estribos aplacó, en cierto modo, la ira reprimida.

—¡Dios! No sé por qué me molesto en pedirte nada si al final harás lo que te dé la gana.

—¡Frena!

Se aferró al salpicadero con las uñas y cerró los ojos. El sistema de retención hizo que el cinturón de seguridad le presionara sobre el pecho y le recordara por qué su situación con Dóminic había vuelto a la casilla de salida.

Se llevó la mano al esternón. Helena debió golpearla ahí. No recordaba con qué parte de su cuerpo defendió los golpes de sus ataques, pero los cardenales comenzarían a brotar y los huesos empezarían a dolerle, prolongando el sufrimiento de un corazón hecho pedazos por un rechazo tan inesperado como mortal.

—Disculpe. —Sacó medio cuerpo por la ventanilla—. Lo siento mucho. No lo había visto. ¿Se encuentra bien?

Bryana inspiró profundamente. Abrió los ojos mientras Dóminic le pedía perdón al joven que había salido de la parte trasera de un contenedor para reciclar papel y, sin mirar, había cruzado la calle con los auriculares puestos y ensimismado con el teléfono móvil. Muerto del susto y disculpándose entre temblorosas reverencias por su temeraria actitud al ver la muerte tan de cerca, terminó de cruzar la calle con la mano en el pecho.

—¿Estás bien? —Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja —. ¿Bryana?

—Sí. —Soltó el salpicadero y se removió en el asiento para alejarse de un contacto que comenzaba a hacer mella en su piel—. Terminemos con esto cuanto antes —le susurró, evitando su mirada.

Cerró la mano en un puño sobre su pecho. Aceptó su pasado. Había estado dispuesta a encontrar una salida para que no tuviese que volver a separarse de su familia. Se había planteado incluso formar parte de aquella vida, aunque él no se lo pidiese nunca. «Pero solo has sido un polvo más», se recordó.

Incapaz de contener el llanto, las lágrimas se desbordaron de sus anegados ojos grises. Con disimulo, se las retiró con el dorso de la

mano mientras mantenía la vista fija en el pequeño parque infantil que había a escasos quinientos metros de la comisaría.

No quería volver a ver a toda esa panda de hipócritas que, no solo no hicieron nada por demostrar su inocencia sino que, además, la tacharon de asesina incluso antes de que se dictase la sentencia.

Se había enfrentado a tres juicios en paralelo: el propio, al que fue sometida por sus compañeros y por el que fue condenada.

La única persona que nunca la juzgó fue Cábanno. Creyó en su inocencia hasta su último aliento. «Se lo debo». Y repitiéndose aquellas palabras una y otra vez se preparó para afrontar las miradas y los cuchicheos de los que le dieron la espalda.

Circulaban a una velocidad de risa para un coche de las características que Dóminic manejaba. Una velocidad que se vio drásticamente reducida cuando tomaron la callejuela en la que se había construido la pequeña comisaría.

El edificio era igual a como lo recordaba. Una mancha blanca de hormigón armado ennegrecido por la polución se alzaba diminuta entre dos monstruos de ladrillo visto de más de cinco plantas, desdentados por las terrazas con toldos roídos por el tiempo y rodeada por un pobre jardín en tonos verdes y amarillos.

—Pero ¿qué mierda…? —Avanzó por la calle disminuyendo aún más la velocidad.

Desde la entrada al lugar que Bryana siempre había creído su hogar, hasta casi la esquina que acababan de girar, un comité de bienvenida, con agentes uniformados subidos a las aceras de ambos lados, formaban un perfecto y espectacular pasillo cuyo único cometido era halagar a los peces gordos que llegaban de visita, atrayendo a su vez las miradas de todo tipo de curiosos.

—Parece que vas a coronarte por todo lo alto —murmuró con sorna mientras Dóminic aminoraba la marcha y paraba junto a uno de los jóvenes agentes.

Dóminic carraspeó al bajar la ventanilla. Ella no quería que le pasase nada malo. No se deja de estar enamorado de alguien de la noche a la mañana, más cuando ese sentimiento en lugar de marchitarse parecía seguir floreciendo y enraizándose en su alma. Era su despecho quien se alegraba de ver a Dóminic en una situación tan comprometida. «¿No querías encargarte de todo? Veamos cómo te

desenvuelves con la cúpula ejecutiva y asuntos internos, campeón».

—Buenos días. ¿Puedo aparcar en el garaje o tenemos visita?

—Estamos esperándoles a ustedes, señor —le contestó el joven radiopatrulla.

—¿Perdón? —Se agachó para poder asomarse desde su asiento y mirar a la cara al joven imberbe que, por su inmaculado uniforme, falto de exceso de lavados que deterioraban el color de la tela, habría salido de una nueva hornada de la Academia hacía tan solo unos meses.

En cuanto el muchacho vio a Bryana, se cuadró en un respingo con la vista fija al frente y le dedicó un saludo militar que, como una ola, fueron repitiendo el resto de agentes apostados a ambos lados de la calle.

—¿Lo sabías? —le preguntó en un susurro sin estar convencida de que Dóminic la hubiese escuchado, porque ella solo era capaz de escuchar los latidos de su corazón martilleándole los tímpanos.

—No —le respondió en un tono apagado retirando la llave del contacto—. Pero supongo que mostrarte su respeto es lo mínimo que pueden hacer después de lo que has tenido que soportar.

La miró de soslayo sin poder apartar la vista por completo de aquel despliegue sin precedentes y reservado solo a los altos mandos. Al igual que ella, parecía hipnotizado por el pasillo de agentes que, firmes, con el brazo en alto y la mano rozándoles la sien, custodiaban la calle desde la entrada hasta donde ellos se encontraban.

—Llévame con Parker. —Apoyó la mano sobre la rodilla de Dóminic cuando se disponía a salir del coche. Su tono era de extrema urgencia.

Durante el trayecto se había preparado para afrontar el rechazo de sus antiguos compañeros, pero no para un recibimiento con honores por todo lo alto. Ella no merecía todo aquel despliegue. La mujer curtida en prisión en la que se había convertido no merecía aquel tipo de reconocimiento.

—Por favor, llévame con él. Enfrentarme a Helena ha estado mal, lo he pillado. Solo he sido un polvo. Lo acepto. Entiendo que no quieras volver a verme. Solo he sido un error al que no quieres tener merodeando por tu casa. —Se limpió el sudor de las manos en el

pantalón. Necesitaba salir de allí, y si para ello tenía que suplicar, suplicaría—. Puedo quedarme en casa de Parker hasta que encontremos al asesino. Te prometo que no intentaré huir. —Con cada palabra que salía de su boca, sentía que iba haciéndose cada vez más pequeña en el asiento—. Después, desapareceré de tu vida. Será como si nunca me hubieses conocido. Me llevaré tu secreto a la tumba si es lo que te preocupa. No volverás a saber de mí. Haré lo que me pidas, pero, por favor, no me hagas pasar por esto. No merezco esto. —Se cubrió el rostro con ambas manos e hizo lo imposible por contener las lágrimas—. Por favor, Dom.

Si hubiese alzado la vista, se habría topado con unos ojos dorados henchidos de solemne reverencia y un amor tan puro como la inocencia de un bebé desentonando por completo con el velo de tristeza que cubría el rostro de Dóminic.

Le acarició la coronilla antes de acunar una de sus mejillas cuando ella se retiró las manos del rostro. Suspiró y delineó con la yema del dedo pulgar el pálido color verde de su pómulo. Una marca de las muchas que advertía de la infinidad de morados que iban a recorrer su cuerpo en unas horas, gracias al espectacular enfrentamiento que había tenido con Helena en el patio trasero de su… casa.

A todos los efectos, con moretones y sin ellos, la belleza salvaje de Bryana era indescriptible. Había sido la clara vencedora de la pelea. Y él se había comportado como un indeseable ninguneándola como lo había hecho delante de su familia. Frente a sus… hombres.

—Sí te lo mereces. —Convencido de que terminaría por ahogarse en los pozos de hielo que Bryana tenía por ojos, dejó caer la mano y se concentró en los hombres cuadrados en un saludo militar, que esperaban pacientes a que recorriese la calle hasta la puerta de la comisaría—. No has hecho nada malo. No eres un error. Jamás habrás sido solo un polvo y nunca podré olvidarte. —Se bajó del coche.

Bryana abrió la boca para replicar frunciendo el ceño. Intentó traspasar el grueso manto bajo el que Dóminic resguardaba sus sentimientos cuando rodeó el coche y le abrió la puerta.

—¿Vamos? —Le tendió la mano con la sombra de la tristeza eclipsando el característico brillo dorado de sus ojos.

Volvió la vista hacia la hilera de agentes uniformados a ambos lados de la calle que, como estatuas, esperaban a que saliera del

coche.

—Cuanto antes entremos, antes nos marcharemos.

El ligero temblor en su aterciopelado timbre de voz la hizo volver a concentrarse en sus ojos. Aquella mirada no auguraba nada bueno, ¿por qué si no se la había apartado?

Pensó en pedirle explicaciones, sin embargo, montar una escenita delante de aquel despliegue de agentes no era lo apropiado. ¡Por el amor de Dios! ¡Estaba la comisaría entera! Los zetas, los agentes de la ODAC, el agente del control de accesos, sus antiguos compañeros de Judicial, el vigilante del calabozo… ¡¿Quién demonios estaba vigilando los calabozos?!

Aquel distrito era territorio de varias bandas. Siempre tenía que haber alguien vigilando los calabozos, y quien se suponía que debía hacerlo estaba allí, junto a sus antiguos compañeros de Homicidios.

Salió del coche rechazando su ayuda. Comenzaron a recorrer el pasillo flanqueado por sus antiguos compañeros y algunos que debían ser recientes incorporaciones.

—Te tengo —le susurró con la vista fija al frente cuando le flaquearon las piernas, sujetándola por el brazo.

—Gracias —le respondió en un hilo de voz apenas audible.

Agradeció aquel doloroso contacto que, pese a lo impersonal que podía aparentar ser desde fuera, a ella la quemaba como ácido que la hacía arder bajo la piel y se extendía por todo su cuerpo en una deliciosa ola de placer que la desgarraba por dentro. Por desgracia, no podía rechazar su ayuda, pues temía no poder seguir caminando.

Concentró su atención en los hombres y mujeres que les rodeaban y que a su paso les hacían una reverencia con la cabeza antes de bajar la mano y cuadrarse ante ellos.

Junto a la puerta de la comisaría, entre sus antiguos compañeros de brigada, el forense dio un paso hacia delante.

—¡Bryana! —Sonrió—. Es un honor tenerte de vuelta. —Le dedicó una reverencia cual perfecto caballero.

—¿Dónde está Montalvo? —le preguntó Dóminic clavándole los dedos en el brazo.

—En su despacho. —Se hizo a un lado y alzó un brazo invitándolos a pasar al interior del edificio cuyas puertas, abiertas de par en par, había cruzado tantas veces a lo largo de su vida sin un ápice de la aprensión que sentía en aquel momento.

Las miradas de curiosos civiles que esperaban su turno en una oficina de denuncias desierta de agentes sin saber qué ocurría, junto con el olor a cerrado, mezclado con la comida recalentada en los microondas de los calabozos del sótano que subía por el hueco de la escalera, la empujó a una mañana de septiembre en la que diferentes caras, con idéntica incomprensión en el rostro, la observaban mientras Parker y Guerrero la escoltaban hasta el furgón que la trasladó a prisión preventiva a la espera de juicio.

Tres días después, varias condenas de asesinato sobre sus hombros y un furgón idéntico la arrastraron al infecto agujero que había consumido por completo a la mujer que salió de aquella comisaría cinco años atrás.

—Te he echado de menos, mon amour —le susurró el forense cuando pasó por su lado.

Detuvo el avance de Dóminic que, turbado, escudriñó su pálido rostro con preocupación.

El calor con el que el verano se abría paso entre los últimos días de primavera fue sustituido por una gélida ráfaga de aire procedente de aquella voz. Se le puso la piel de gallina. Aquel maldito tono carente de vida era el mismo con el que las víctimas del Cremador la asediaron en sueños durante los meses que estuvo al mando de la investigación. «Llegas tarde a tu cita. Si vuelves a llegar tarde, morirá».

Cuando Dóminic quiso reaccionar, Bryana ya tenía agarrado a Ricardo por el cuello.

Lo empujó hasta la puerta de la comisaría haciendo crujir el cristal al chocar con la pared provocando una estampida de civiles asustados que buscaron refugio detrás de los bancos de la ODAC y la oficina de DNI.

Acercó su rostro al oído de Ricardo. Su olor, una mezcla entre formaldehído, desinfectante y perfume barato le revolvió el estómago.

—¿Llego tarde a alguna cita, doctor? —siseó entre dientes.

—Me temo que, si no se da prisa, llegará tarde. Como al resto, inspectora Reina.

—¡Hijo de puta!

Dóminic agarró de la muñeca a Bryana antes de que su puño impactara en el rostro del forense. De un empujón, la apartó de Ricardo, que carraspeó ocultando una divertida sonrisa mientras se recolocaba el cuello de la camisa.

—¡Suéltame! —Se revolvió entre sus brazos con los que, bajo la sorprendida y temerosa mirada de los presentes, le inmovilizó a la espalda el puño con el que habría golpeado al forense.

Rodeó el contorno de su cintura y la arrastró con su propio cuerpo hacia el ascensor que había al otro lado del vestíbulo. Ricardo se despidió de ambos con una media sonrisa y un movimiento descendente de cabeza.

—¡Suéltame, imbécil! —Pataleó en el aire cuando la alzó en volandas para introducirla en el ascensor—. ¡Maldita sea, Dom! —La arrojó contra el interior de la cabina—. ¡Ah, joder! —Se sujetó la pierna.

El dolor del golpe que había recibido en el interior de la rodilla había disminuido considerablemente gracias a las pastillas que Parker le había dado, pero todavía no estaba recuperada por completo.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó con una calma que no reflejaba ni en sus dorados ojos ni en la tensión de los músculos de todo su cuerpo—. ¿A qué coño ha venido eso?

—¡Es él! —Dio un paso hacia la puerta antes de que se cerrara en sus narices—. ¡Mierda! —Golpeó el acero con los puños—. Tiene a otra víctima.

—¿Estás segura?

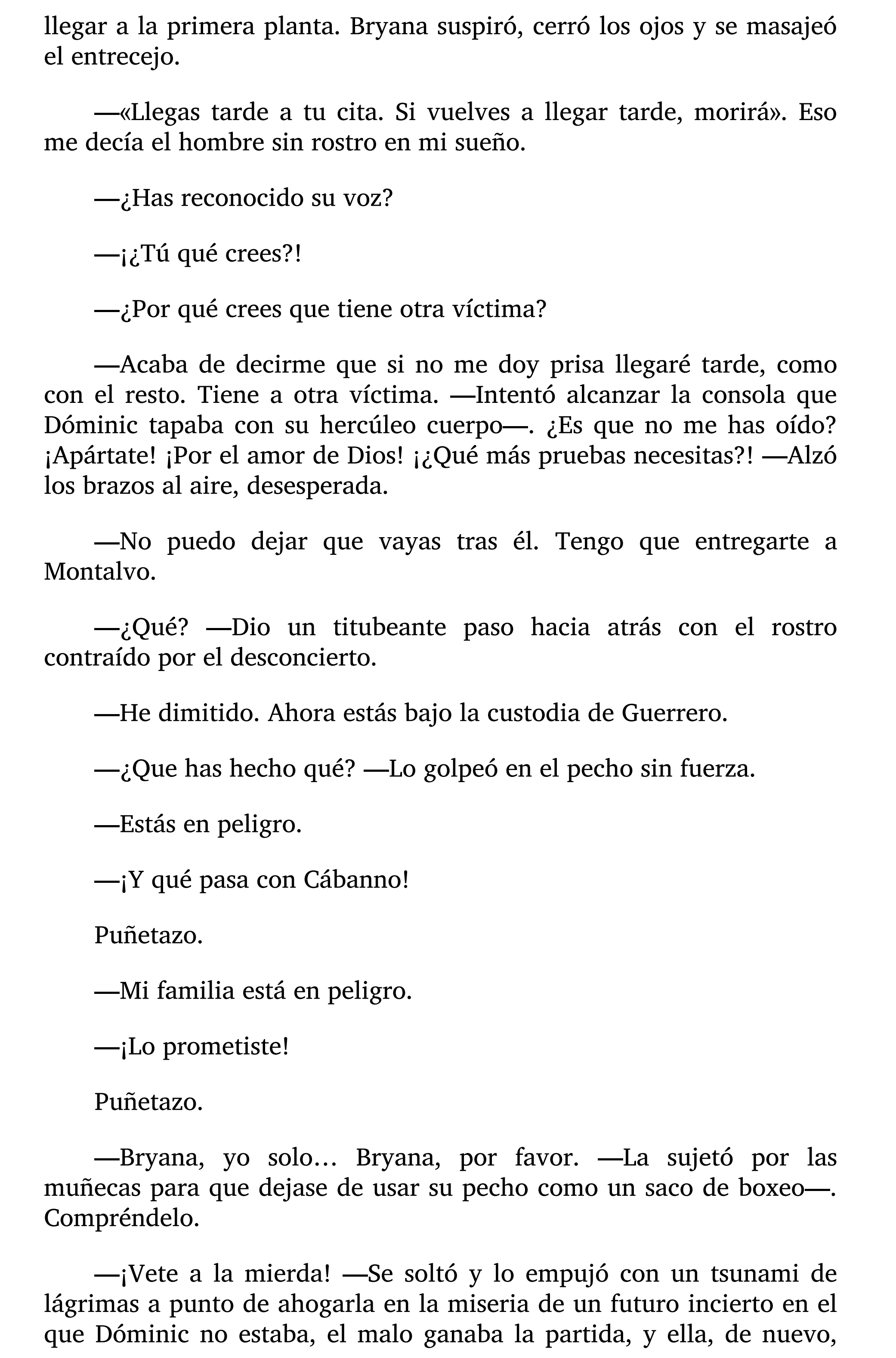
—¡Sí!

—No tienes pruebas.

—¡Sí que las tengo! ¡Acaba de decírmelo! ¡Está jugando conmigo!

—Explícate. —Pulsó el botón de stop del cuadro de mando.

El ascensor se detuvo con un chirriante latigazo poco antes de


llegar a la primera planta. Bryana suspiró, cerró los ojos y se masajeó el entrecejo.

—«Llegas tarde a tu cita. Si vuelves a llegar tarde, morirá». Eso me decía el hombre sin rostro en mi sueño.

—¿Has reconocido su voz?

—¡¿Tú qué crees?!

—¿Por qué crees que tiene otra víctima?

—Acaba de decirme que si no me doy prisa llegaré tarde, como con el resto. Tiene a otra víctima. —Intentó alcanzar la consola que Dóminic tapaba con su hercúleo cuerpo—. ¿Es que no me has oído? ¡Apártate! ¡Por el amor de Dios! ¡¿Qué más pruebas necesitas?! —Alzó los brazos al aire, desesperada.

—No puedo dejar que vayas tras él. Tengo que entregarte a Montalvo.

—¿Qué? —Dio un titubeante paso hacia atrás con el rostro contraído por el desconcierto.

—He dimitido. Ahora estás bajo la custodia de Guerrero.

—¿Que has hecho qué? —Lo golpeó en el pecho sin fuerza.

—Estás en peligro.

—¡Y qué pasa con Cábanno!

Puñetazo.

—Mi familia está en peligro.

—¡Lo prometiste!

Puñetazo.

—Bryana, yo solo… Bryana, por favor. —La sujetó por las muñecas para que dejase de usar su pecho como un saco de boxeo—. Compréndelo.

—¡Vete a la mierda! —Se soltó y lo empujó con un tsunami de lágrimas a punto de ahogarla en la miseria de un futuro incierto en el que Dóminic no estaba, el malo ganaba la partida, y ella, de nuevo,

era incapaz de impedir que le arrebatasen la vida a otro inocente.

—Bryana…

—¡Púdrete! —Se revolvió cuando sintió la mano de Dóminic sobre su hombro.

Antes de que pudiese alcanzar la consola del ascensor, este continuó su camino hasta el primer piso.

Salió como un vendaval renqueante hasta que se topó de bruces con Montalvo. Se apartó de quien había sido su comisario. Un buen hombre al que había respetado, sin embargo, tras su paso por prisión se vio incapaz de devolverle la emotiva admiración con la que él la observaba.

Rechazó con sus fríos ojos grises el necesitado abrazo de redención que aquel hombre suplicaba con sus envejecidos ojos castaños.

—¿Dónde te crees que vas? —Montalvo la sujetó por el brazo un segundo. El tiempo que ella tardó en mirar la mano que le impedía avanzar, antes de volver a alzar la vista hasta su rostro—. No saldréis de aquí hasta que no me expliquéis qué coño ocurrió ayer por la noche.

—Me encerrasteis en un maldito agujero rodeada de escoria humana que cada minuto que pasaba ponía un precio nuevo a mi cabeza. Me querían muerta dentro y me quieren muerta fuera. —Alzó ambos brazos al aire, enfatizando la obviedad en unas palabras que describían una mentira que nada tenía que ver con lo ocurrido la noche anterior—. ¿Te parece un buen argumento?

¿Por qué protegió a Dóminic? Porque el amor le había llegado por accidente. De manera rápida, inesperada y letal.

Dio media vuelta sobre sus talones y, cojeando, se dirigió a la escalera que había al otro lado del vestíbulo, junto a la puerta de lo que había sido el despacho que compartía con quienes habían sido sus compañeros de brigada y en cuya puerta Guerrero observaba la escena con cara de no saber cómo lidiar con la que le había caído encima.

—¡Estás bajo custodia!

De espaldas a Montalvo, alzó una mano y le respondió con una peineta sin dejar de caminar hacia las escaleras.


Guerrero carraspeó cuando pasó por su lado.

—¿Inspectora Reina?

—Ahora no, Guerrero —le siseó entre dientes.

El agente miró a Montalvo y suspiró aliviado cuando el comisario negó con la cabeza.

—Será mejor que arregle esto.

—Señor, he dimitido. —Le tendió el arma y la placa.

—No estoy para bromas, Dwayne.

—No es ninguna broma, señor.

—En este momento no puede permitirse ese lujo.

—Me temo que ya lo he hecho, señor. La división ya ha cursado mi renuncia. —Montalvo recogió el arma y la placa de Dóminic—. Ha sido un placer trabajar para usted.

Siguió el camino que había recorrido Bryana con aparente serenidad.

—¡Maldita sea! —Arrojó la placa de Dóminic contra el suelo de gres—. ¿Qué estáis mirando? —les preguntó a los agentes que, curiosos, se arremolinaban en torno a las puertas de los despachos—. ¡¿No tenéis trabajo?! —Uno a uno, fueron desapareciendo. Se guardó el arma de Dóminic en las lumbares y sacó el móvil del bolsillo interior de la americana—. Son todo tuyos —dijo tras una marcación rápida y un tono que fue respondido como si hubiesen estado esperando aquella llamada.

Capítulo 29

Entre maldiciones susurradas, forzando la pierna herida y con más agilidad de la que esperaba, bajó las tres plantas que separaban los despachos de Investigación de la comisaría del oscuro y frío sótano que había junto al garaje.

Recorrer el lúgubre pasillo hasta la sala de autopsias siempre le había descompuesto el cuerpo. La baja temperatura con la que mantenían los cadáveres en la morgue, anexa a la sala de autopsias, parecía colarse bajo la puerta calándole hasta los huesos.

La rabia y la impotencia de saberse en un territorio enemigo que siempre había estado ahí, frente a sus narices, debería haber atemperado su cuerpo. Por desgracia, no era suficiente.

La muerte impregnaba el oscuro pasillo. Las tres bombillas que colgaban del techo parpadeaban agonizantes. Como siempre. En los cinco últimos años, nada había cambiado.

Se preparó para el cosquilleo que precedía al escalofrío que le ponía los pelos de punta cada vez que cruzaba las puertas de acero de la sala de autopsias. Ahí estaba, el gélido susurro de la muerte erizándole la piel.

Echó un vistazo rápido a la impoluta sala médica. La luz allí no parpadeaba. Era fría. Excesiva. Las dos mesas metálicas en las que las víctimas revelaban sus secretos inconfesables estaban vacías, limpias y relucientes. El instrumental médico, los grifos, incluso la mesa en la que el ayudante del forense redactaba algún tipo de informe sumergido en la música clásica que reverberaba en sus cascos, ajeno a su presencia, brillaba iridiscente al son de la mano de la muerte.

Aquel opulento contraste siempre le pareció aterrador. La muerte no era limpia, bonita ni tan agradable como aquella sala.

Sin llamar la atención del joven ayudante, se acercó a una de las mesas de autopsias, cogió un bisturí de la bandeja que había junto a la puerta, se lo guardó en el pantalón y salió de la sala.

Recorrió el pasillo hasta el garaje. Había llegado tarde a su cita. El coche de Ricardo no estaba.

Moviendo la pierna en un tic nervioso, Dóminic esperaba con impaciencia a que el joven agente del control de accesos terminase de explicarle a una regordeta mujer de mediana edad dónde podía encontrar un fotomatón para hacerse las fotografías que necesitaba para renovarse el DNI.

—¿Has visto a la inspectora Reina? —le preguntó ocupando el espacio de la mujer antes de que este terminase de recoger sus papeles.

—Ha bajado al sótano.

—Mierda. —Golpeó el mostrador ajeno a la mirada reprobatoria de la mujer.

Rodeó el control de accesos y bajó al sótano. Atravesó el pasillo hasta la sala de autopsias. Abrió ambas puertas con tanto ímpetu que el ayudante, sumido en su informe y con la música a todo volumen sonando en los cascos, dio un bote en la silla llevándose la mano al pecho antes de bajar el volumen y quitarse los cascos.

—¿Has visto a la inspectora Reina?

—Creía que estaba con usted.

—¿Y tu jefe?

—Se marchó después del incidente con la inspectora.

—¿Te dijo adónde iba?

—Nunca me dice adónde va. —Se encogió de hombros—. Pero ha dejado el informe de la autopsia del crío… ¿Inspector?

Dóminic se había marchado. Volvió sobre sus pasos teléfono en mano. Subió las escaleras del sótano con los dos primeros tonos. Atravesó el vestíbulo con el tercero.

—Localiza la señal de la pulsera de Bryana y envíame las coordenadas —ordenó de camino al coche.

Caminó sin rumbo por las calles de Madrid durante al menos una hora, sumida en las pocas conversaciones personales que había mantenido con Ricardo y ahogando la angustiosa impotencia en un mar de preguntas sin respuesta, para desviar la atención del vacío que

arrastraba por el rechazo, el abandono y la traición de Dóminic y que amenazaban con sepultarla en un ataúd de lágrimas y desdicha al que se resistía a volver, a pesar del hipnótico cántico de sirena con el que la llamaba.

Alzó la cabeza al cielo. Cerró los ojos cuando una ráfaga de aire caliente invitó a un par de mechones de su cabello a danzar al compás de lo que parecía ser el último baile de la primavera.

La próspera estación parecía querer despedirse por todo lo alto. Había nublado por completo al sol. El aire se alzaba con virulencia cargado de reproches que tronaban ensordecedores en el cielo.

Llenó sus pulmones del embriagador aroma de las flores del jardín que rodeaba la fuente del ángel caído del parque de El Retiro.

Sin ser consciente, sus pasos la habían llevado hasta el lugar preferido de su padre. «¿Y ahora qué?», se preguntó observando la escultura. Alzó la vista al cielo al igual que el hombre alado. Sonrió agradecida cuando las primeras gotas de lluvia ocultaron sus lágrimas. De nuevo, la felicidad le había acariciado el rostro antes de abofetearla.

—Supuse que te encontraría aquí.

Bryana miró a la joven, no mucho mayor que ella, de pelo castaño y radiactivos ojos verdes que le ofrecía cobijo bajo un enorme paraguas negro.

—Espartana. —La saludó y escudriñó su rostro a través de dos finas líneas grises, intuyendo que aquel encuentro no era casualidad.

Su pasada compañera de academia. Una joven brillante. Admirada y querida por sus viejos compañeros. Antigua líder de un grupo de élite repudiado por los mismos que les dieron alas. Una leyenda de la que apenas se sabía nada desde que su unidad fue desarticulada por, según los mismos que la crearon, «ser un peligro para la sociedad y el propio cuerpo».

—¿Qué tal estás?

«Echa una mierda».

—¿Qué quieres? —escupió Bryana con fuerza.

—A ti. Te quiero a ti.

—¿Qué coño quiere decir que la señal es irrastreable?

—Ya te lo he explicado. No puedo localizarla. —Jackson, de pie junto a la mesa del despacho de Ramsés, mantuvo un tono conciliador mientras Dóminic merodeaba sobre su yugular.

—Modificaste la señal una vez. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Alguien ha reconfigurado la señal. Alguien mucho mejor que yo.

—¡¿Quién?! —le gritó fuera de sí.

—No lo sé.

Arrasó con todos los papeles que había sobre la mesa del despacho de su hermano.

—Dom, cálmate. —Ramsés, que hasta el momento se había mantenido al margen, se levantó del sillón y lo sujetó por el hombro.

Con un bufido y un brusco movimiento, se alejó de él. Caminó hasta el gran ventanal que había tras la mesa del despacho y apoyó la cabeza sobre el cristal con los ojos cerrados.

—Estoy siguiendo el rastro de la señal que ha modificado la pulsera de Bryana, pero quien lo haya hecho es un profesional. Nunca había visto nada parecido.

—Helena salió hace un par de horas a buscarla —añadió Ramsés —. Solo tienes que decirme qué es lo que quieres que haga cuando la encuentre.

—Eso, si la encuentra —susurró golpeando con suavidad el cristal con la frente.

—La encontrará.

—¿Qué pasa con el poli? —le preguntó Jackson—. Tu amigo. Puede que esté con él.

Dóminic abrió los ojos negando con la cabeza y la vista fija en algún punto en el jardín trasero de la mansión de su hermano. Su casa.

Alzó la vista por encima de su hombro cuando el teléfono de su hermano comenzó a sonar.

—Es Helena. —Colocó el móvil sobre la mesa y pulsó el manos libres—. ¿La has encontrado?

—Sí.

El tono de Helena era tajante, áspero y preocupado.

Ramsés miró a su hermano, que se había acercado a la mesa y a la pantalla del teléfono como si fuera la tabla de salvación con la que redimir sus pecados.

—¿Dónde está? —Apoyó las manos a ambos lados del teléfono.

—El problema no es dónde está, sino con quién.

Caminaron bajo la lluvia una junto a la otra. Ambas, protegidas de la clamorosa despedida primaveral bajo el amparo del enorme paraguas. Atravesaron el parque en dirección al Museo del Prado. Durante el trayecto, Bryana trató de poner toda su atención en la joven a la que siempre había admirado.

Tan solo habían coincidido en un par de actos oficiales después de graduarse en la Academia. Sin contar con el funeral de la propia Aitana. Diez años atrás, poco antes de que su unidad fuese desmantelada, la Espartana fingió su propia muerte.

Cuando se descubrió el pastel y después del mayor operativo para dar caza a uno de los suyos, en el que Bryana, al igual que otros muchos agentes formaron parte de manera desinteresada, la expulsaron del cuerpo. Al menos, esa había sido la versión oficial.

Aitana le explicó que en realidad toda su unidad, o lo poco que quedaba de ella, renunció en bloque. Se reorganizaron y comenzaron a trabajar en la sombra.

En la actualidad, Aitana Guerra, más conocida como la Espartana entre los antiguos agentes de la institución de la que había formado parte, contaba con un reducido grupo de hombres y mujeres que operaban de manera conjunta con ciertos colaboradores, de inquietante procedencia, en los que Bryana pensaba que su antigua compañera confiaba en exceso.

Le sorprendió saber que el sentimiento de admiración era mutuo. Ella no sentía que fuese digna de admiración, mucho menos después de los últimos acontecimientos.

Aquel paseo, en el que le desveló con todo lujo de detalles a qué se dedicaba en la actualidad, salvo la manera en la que se financiaban, tenía un propósito: la Espartana quería reclutarla para su harén de descerebrados. Y en ello se encontraba meditando cuando llegaron a una coqueta cafetería a los pies del museo, debatiéndose si debía o no formar parte del actual grupo de tarados que lideraba su amiga.

No tenía adónde ir y Aitana le ofrecía una salida. Un futuro.

El agradable aroma a tarta de zanahoria recién hecha le hizo la boca agua. Sus tripas rugieron provocando la risa de la Espartana y recordándole que no había comido nada desde el delicioso bocadillo de tortilla que había compartido junto a Dóminic en el restaurante de carretera. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría buscándola?

Negó con la cabeza para deshacerse de los hipnóticos ojos dorados que sentía que la perseguirían el resto de su vida, siguiéndola entre las mesas redondas atestadas de clientes.

La tormenta había vaciado las calles y había llenado los locales de turistas de todas partes del mundo. Un batiburrillo de murmureos y risotadas cargaban el ambiente de un calor humano que debía haber atemperado el frío que se había asentado en su pecho, pero que era incapaz de llenar el vacío que sentía dentro.

Se sentaron al final del local, cerca de la salida de emergencia, en una pequeña mesa para dos.

—¿Qué te apetece comer? —Sacudió con cuidado el paraguas antes de dejarlo apoyado sobre la pared de ladrillo visto—. Y no me digas que no tienes apetito. —Se sentó sonriente sin quitarse la chaqueta de cuero.

Bryana se fijó en que iba armada. Probablemente llevaba un par de pistolas a ambos lados del torso. Aunque no se le notaban, la temperatura del exterior podría justificar la chaqueta de cuero, pero el calor del interior del local, el mismo que no era capaz de fundir las capas de hielo que parecían haberse adherido a su pecho, invitaban a deshacerse de la chaqueta.

Aitana tomó asiento y cogió la carta que había tras un pequeño jarrón ovalado con una orquídea.

—Lo que no tengo es dinero.

Necesitaba acceder a sus cuentas. Con dinero, podría comprar armas en el mercado negro con las que protegerse, matar a Ricardo y frustrar los planes de Petrova.

—¿Y para qué lo quieres? —le preguntó mirando la carta—. Lo habrías desaprovechado. Habrías comprado un arma y seguirías hambrienta. —Alzó la vista dejando de nuevo la carta tras el pequeño jarrón—. Eres visceral, Bryana.

—Justo el tipo de persona que necesitas.

—Eres perfecta para este trabajo, no voy a negártelo. —Se encogió de hombros—. El dinero no sería un problema, la única pega es que no puedes volver a tu antigua vida. Habría que sacarte del sistema. Sería como si nunca hubieras existido.

Era perfecta para el trabajo, pues no tenía familia. Dom había dejado claro que no la quería en su vida y estaba segura de que la organización de la Espartana se encargaría de mantener alejado a Parker.

—¿De dónde sacáis la pasta? —Cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Te preocupa?

—Simple curiosidad.

—La curiosidad mató al gato.

—Tengo siete vidas.

Aitana enarcó una ceja sonriendo de medio lado. Se acomodó en la silla y tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Buenas tardes. ¿Saben ya qué van a tomar?

—Unos gnocchis con salsa boloñesa y tarta de zanahoria —le respondió Aitana.

—Lo mismo para mí.

—¿Y de beber?

—Una botella de agua con gas, por favor. —Le sonrió a la camarera con amabilidad.

—Para mí un tercio, gracias.

La camarera retiró las cartas de la mesa y se acercó a la barra. Al encontrarse cerca, no tardó demasiado en volver con las bebidas que sirvió con meticulosa profesionalidad mientras ambas se retaban con la mirada en un tenso silencio.

—Van a encantarte los gnocchis de este sitio —le dijo colocándose la servilleta de tela troquelada en los bordes sobre el regazo.

—No has contestado a mi pregunta.

—Tú tampoco has respondido a la mía. —Apoyó los codos sobre el mantel, a ambos lados del plato, y entrelazó los dedos frente a sus labios—. Aunque conociéndote, puedo intuir la respuesta y no te conviene si quieres llevar a cabo tus planes.

—¿Vais a ayudarme?

—¿Necesitas ayuda? —Ladeó la cabeza.

Necesitaba dinero, armas y tecnología para seguir las pistas que Cábanno le había dejado si quería salvar a la nueva víctima de Ricardo, pero también un equipo que le cubriese la espalda y mantuviese alejadas a las Amazonas que Petrova mandaría en su búsqueda. Además, sentía la enfermiza necesidad de proteger a Dom, aunque no se lo mereciese.

Se llevó la mano al pecho y se acarició. No quería cargar con su muerte. Era solo eso, culpabilidad. ¿Verdad? Se vio a sí misma poniendo los ojos en blanco ante lo absurdo de su conclusión. «Sí, claro, culpabilidad. ¿A quién pretendes engañar?».

—Todos cargamos con nuestra propia cruz, Bryana. Y el peso se lleva mejor si te apoyas en un equipo. —Ambas se retiraron ligeramente para que la camarera colocase los platos de comida—. Llevo siguiéndote la pista desde que nos reorganizamos. Cuando Montalvo me comunicó que te habían condenado, hicimos todo lo posible para ayudar a Cábanno, pero somos muy pocos para erradicar a todos los miserables que se esconden tras una placa.

—¿Montalvo trabaja para ti?

—Me has preguntado cómo nos financiamos —le respondió tras una larga pausa en la que, claramente, se debatía entre contestar a su

pregunta o salir por la tangente—. Gracias a todos aquellos policías que ven en nosotros la única salida para hacer justicia a una institución corrupta. —Cogió el tenedor, se llevó un gnocchi a la boca y lo saboreó—. Delicioso. —Sonrió—. Montalvo no trabaja para mí, es uno de los reclutadores. Un derecho que adquieren nuestros benefactores, aunque tu caso fue diferente; yo ya te conocía y él me llamó.

»Siempre fuiste una opción para mí, pero este trabajo es peligroso porque nos dedicamos a dar caza a los cazadores y esos cabrones se las saben todas. Además, no obtienes nada a cambio salvo satisfacción personal. No hay elogios ni palmaditas en la espalda. Nadie sabrá nunca lo que has hecho. No puedes volver a revelar tu existencia.

—¿Por eso no protegisteis a Cábanno? —Golpeó la mesa llamando la atención de las camareras y los comensales que había a su alrededor.

—Intentamos protegerla. Sé que no es excusa, pero no podemos estar en todas partes. Y Ricardo no solo es inteligente; además de formación médica, tiene formación militar, lo que lo convierte en un asesino muy peligroso.

—Matáis agentes corruptos, ¿por qué no lo habéis matado a él? Y no me vengas con que ha sido por falta de recursos, porque la ropa que llevas no es de segunda mano, y apuesto a que las armas que escondes bajo la chaqueta son de lo mejor que hay en el mercado.

—Necesitábamos reunir pruebas para sacarte de prisión. Gracias a Cábanno, las teníamos, y supongo que ahora que estás fuera, querrás hacerlo tú.

—Tiene otra víctima.

—Lo sé. —Se limpió los labios con ligeros toques de servilleta sobre las comisuras—. Sonia Torres. Una agente que entró hace poco a la Brigada. Lleva dos días desaparecida. Estamos buscándola desde entonces.

—¿Sabes dónde está Ricardo?

—En su casa. Probablemente cagándose en tu padre por haber pedido que exhumaran el cadáver de Cábanno.

—Yo no he solicitado que…

—Lo hizo el inspector Dwayne esta mañana a primera hora. Antes de ir a su casa. —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza con una media sonrisa traviesa—. Pero esa jugada es cosa tuya, ¿verdad?

Frunció el ceño, confusa. Dóminic había dejado claro que no quería tenerla en su vida. Había renunciado al cargo y se había desentendido de ella y del caso.

No parecía un hombre que tomase decisiones a la ligera. Si había decidido dejarlo, ¿por qué había tramitado su petición?

—No sé qué pretendes encontrar en el cuerpo de Cábanno. —Hizo un ligero mohín con los labios—. Pero has conseguido ponerlo nervioso.

—¿Lo tenéis vigilado?

Aitana asintió dando un sorbo al vaso de agua mientras miraba con diversión a Bryana a través de sus tupidas pestañas negras.

—También le hemos puesto una escolta a Parker y a Elisabeth.

—Para ser unos pocos, parece que lo tienes todo controlado.

Más tranquila, se permitió el lujo de probar la comida. Gimió de placer. Miró a Aitana con los ojos desorbitados por el gusto.

—Están de muerte.

—Te lo he dicho. —Le guiñó un ojo y la acompañó hasta terminar su plato.

—Entonces, para que me quede claro. —Masticó, le dio un sorbo a su cerveza y tragó—. ¿Qué sois?, ¿algo así como el brazo ejecutor del cuerpo?

—El equipo de limpieza, el antiguo testamento, la ira de Dios… Puedes llamarlo como quieras. —Se encogió de hombros.

—Pero ¿saben que existís?

—¿Los altos mandos? Por supuesto. —Tomó un sorbo de agua—. Para el resto no existimos y así debe seguir siendo.

—Os lo habéis montado bien. —Se metió el último par de gnocchis a la boca.

—¿Eso es un sí? ¿Contamos contigo?

Bryana asintió. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar. «Mierda, Alina». Carraspeó.

—Me temo que Ricardo no es mi única cruz.

—¿Lo dices por tu numerito en prisión? —le preguntó enarcando una ceja.

—¿Hay algo de mí que no sepas? —No pretendía sonar molesta, pero ¡qué demonios!, sí que le molestaba saberse tan vigilada y haberse sentido tan desamparada.

—Uno de los nuestros nos traicionó. Comprenderás que toda precaución es poca. Y tú eres todo un desafío. Te gusta trabajar por libre y te cuesta acatar las normas.

Bryana agachó la cabeza, avergonzada. «Aitana no es el enemigo». Alzó la vista cuando sintió la mano de su amiga acariciando el dorso de la suya con el pulgar.

—Somos una pequeña familia en la que apenas hay secretos.

—Lo siento. —Se acomodó en la silla.

Familia y confianza. Dos términos que después de los últimos acontecimientos de su vida le ponían los pelos de punta.

—Llevas demasiado tiempo sola, pero no tiene por qué seguir siendo así. Solo tratabas de sobrevivir. Por nuestra parte, Petrova no es ningún problema. —Hizo un movimiento con la mano enfatizando la poca importancia que tenía—. Casi todos somos el blanco de algún descerebrado. —Sonrió encogiéndose de hombros—. Por cierto, Anna salió ayer bajo fianza.

Ambas se retiraron para permitir que la camarera recogiese los platos y les sirviera la esponjosa tarta de zanahoria.

Se removió incómoda en la silla. Cogió el tercio y lo apuró observando con disimulo a su alrededor en busca de la lugarteniente de Petrova.

—Tranquila. —Enarcó ambas cejas, divertida—. Está muerta.

Se atragantó con la cerveza llamando la atención de los comensales que las rodeaban. Dejó el tercio sobre la mesa y se limpió

con la servilleta.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Digamos que uno de nuestros colaboradores se ha hecho cargo del asunto. Ya no tienes que preocuparte por eso. —«Yo no estaría tan segura». Evitó discrepar en voz alta, al recordar a Helena. Seguía sin fiarse de ella. Aitana atacó la tarta de zanahoria y se metió un trozo de dimensiones desproporcionadas en la boca. Gimió masticando—. Esto —señaló con el tenedor la porción que había quedado ilesa en su plato—, está de muerte —le dijo con la boca llena.

En otras circunstancias, se habría reído de la glotonería de su amiga, sin embargo, las últimas cuarenta y ocho horas de su vida habían sido abrumadoras. Se sentía viajando en un tren de alta velocidad. Incapaz de asimilar los acontecimientos de su vida. Su nuevo rol, su nuevo estatus social, su nuevo… trabajo.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Yo sí. Pero no va a gustarte. —Sonrió. Se llevó el vaso a los labios y le guiñó un ojo mientras bebía.

—¿Qué es lo que quieres? —Miró a la Espartana con recelo.

—¿Qué puedes contarme del inspector Dwayne?

Capítulo 30

A la mañana siguiente, un sol espléndido lucía en el horizonte. El calor había evaporado cualquier rastro de humedad en los jardines de la mansión. Los hombres del Egipcio entrenaban en el cuadrilátero de arena, Aurora leía bajo la sombra del roble del jardín trasero con Nugget adormilado a sus pies, y Jackson vigilaba los enfrentamientos cuerpo a cuerpo para evitar que los jóvenes se caldearan y erupcionaran como volcanes los unos contra los otros.

Desde el gran ventanal del despacho, un Dóminic, con semblante pétreo, ausente y ojeroso, se limitaba a contemplar la normalidad acontecida por una vida que no le era del todo irreconocible ajeno a la conversación, o más bien la discusión, que Ramsés y Helena mantenían a su espalda.

No murmuraban. Tampoco es que hablasen en un tono ensordecedor, aunque de vez en cuando Helena blasfemaba a gritos no comprender la calma con la que todos parecían haber aceptado que Bryana hubiese ido a parar a la organización de la Espartana.

¡Oh, sí! Aquello era un problema que se sumaba a la reciente guerra que su hermano le había declarado a la organización de su mujer.

En lo único en lo que todos parecían estar de acuerdo, incluido él, era que no había hecho las cosas bien. Había permitido que Bryana se alejara de la organización de su hermano con información sobre su enclave. Había dejado escapar la oportunidad de engrosar las filas del Egipcio con una aliada que comprometía sus vidas ofreciéndosela en bandeja, cabreada y con motivos para atacar a una panda de tarados que se dedicaban a aniquilar a agentes que, como él, jugaban a dos bandas o tenían una doble vida.

Él solito acababa de ponerse una diana más en la frente y, además, antes de darle la espalda a Helena y a Ramsés para perderse en la belleza del jardín que rodeaba la mansión, había dejado claro que no tenía la más mínima intención de ponerle remedio. ¡Qué más daba! Su vida sin ella no tenía sentido.

Sabía que renunciar a su cargo como inspector de Homicidios no iba a salvarlo. Aunque era una leyenda que los agentes no creían, había oído hablar de la organización de la Espartana y era consciente de que no iban a dejar que se fuera de rositas. Si lo que se decía era cierto, esa panda de chacales no iba a cesar en su empeño de acabar

con su vida, sobre todo, contando con una mujer entre sus filas que podía dar fe de su doble identidad y a la que él había prohibido hacer daño.

Si alguien le ponía una mano encima a su Alniyl Kuynu tendría que vérselas con una parte de él a la que había renunciado hacía muchos años. Tantos como llevaba en el cuerpo.

Mientras Helena y Ramsés discutían a su espalda sobre un futuro incierto que ponía en peligro a toda su familia, Dóminic se mantenía en un aparente estado de calma, sumido en sus propios pensamientos y la serenidad que le proporcionaba ver a su madre leyendo bajo la sombra del roble blanco con Nugget durmiendo a sus pies.

—¡¿Es que no ves que están limpiando sus trapos sucios?! —Helena alzó ambos brazos desesperada—. ¡Y a este parece que le da lo mismo! —Señaló la espalda de Dóminic—. ¡Se han cargado a Anna! ¿Tampoco tenéis nada que decir a eso?

—¿La rubia está al corriente? —Helena asintió—. Matar a esa hija de puta no ha debido ser fácil. Dom. —Alzó la vista por encima de su hombro—. ¿Qué sabes de la Espartana?

Dóminic, con la vista fija en el jardín y las manos en los bolsillos, cogió aire con parsimoniosa lentitud por la nariz para soltarlo abruptamente tras retenerlo un par de segundos.

—Nada que sea de vuestra incumbencia —le respondió taimado dándose la vuelta.

—Te diré lo que yo sé. Sé que es una asesina de polis corruptos y que, al parecer, cuenta con el apoyo de Ivanova, quien, por si se os ha olvidado, persiguió a toda su familia por los cinco continentes para matarlos.

—En realidad nunca salió del país.

—Gracias por la aclaración, Dom. Me dejas mucho más tranquila. —Sonrió con irónica gratitud.

—Pero él no es un poli corrupto. —Ramsés señaló a su hermano—. Ya ni tan siquiera es poli. —Alzó los brazos al aire.

—Evitó tu territorio cuando era inspector de la UDYCO. ¿Cómo crees que se le llama a eso?

Se apoyó en el marco del ventanal mientras Helena y Ramsés evaluaban la situación como si él no estuviera presente.

—¿Estás segura de que Bryana está con ella?

—Se marcharon juntas en un deportivo negro.

—Entonces, está a salvo —intervino Dóminic.

—Ella sí. —Lo fulminó con la mirada—. Tú no. ¿Y ahora adónde vas? —Miró a Ramsés en busca de una respuesta.

—No deberías salir de la casa. —Sentado en el sillón tras la mesa, siguió a su hermano con la mirada mientras atravesaba el despacho—. Dom. ¡Dom! —El puñetazo que dio sobre la mesa se vio amortiguado por el sonido de la puerta cuando Dóminic abandonó el despacho.

—Iré tras él —suspiró, negando con la cabeza.

—Déjalo. —Se frotó la cara con ambas manos—. Necesito que controles a las Amazonas. —Se levantó de la silla y se acomodó las mangas de la americana—. Con Anna fuera de juego la rubia necesitará a una lugarteniente que le haga el trabajo sucio. —Helena enarcó una ceja y ladeó la cabeza—. Más sucio, quiero decir. Tú ya me entiendes.

—¿Qué pasa con Ivanova?

—Yo me encargo de ese asunto. Hablaré con Jackson. Tenemos que redoblar la seguridad de la casa.

—¿Y con Bryana?

—Nada.

—¿Nada? Podría matarlo.

—No lo hará. —Se acercó a Helena y la rodeó por la cintura atrayéndola hacia su cuerpo.

—¿Cómo estás tan seguro? —ronroneó.

—Porque es su Alniyl Kuynu.

Asaltó la boca de Helena con exigencia, arrancándole un gemido que lo hizo sonreír de medio lado. La giró sobre sí entre sus brazos y le colocó la coleta sobre un hombro.

—Bájate los pantalones y apóyate sobre la mesa —susurró en su oído.

—¿No debería concentrarme en las Amazonas? —Con las manos apoyadas sobre la mesa, le acarició la entrepierna con el trasero en un sinuoso baile de caderas.

—Te ocuparás de las Amazonas —le desabrochó el vaquero abrazándola por la espalda mientras esparcía un reguero de besos por su cuello—, pero antes necesito que te ocupes de mí.

En los últimos cinco años, creía haber conocido el significado de lo que era pasar una mala noche en cualquiera de sus horribles facetas, pero, de nuevo, la vida le daba un puntapié en el trasero para demostrarle cuan equivocada estaba.

Al sofocante calor en el que se ahogó la ciudad tras la madre de todas las tormentas, se sumó su inquietud, su angustia y su tristeza. Y como una buena estúpida, no se le ocurrió otra cosa que hacerle frente a golpe de chupitos de tequila, por cortesía del mismo que dormía la mona junto a ella en un sofá hecho trizas con la cabeza desvencijada hacia atrás, la espalda en un ángulo antinatural y los pies apoyados sobre la pequeña mesa de centro entre botellas de tequila, gajos de limón mordisqueados, bolsas de Doritos vacías y un par de saleros a punto de precipitarse al suelo. «Luego dirá que le duele la espalda».

Gimoteó llevándose las manos a la cabeza cuando el móvil de Parker comenzó a vibrar sobre el cristal de la mesa con la misma intensidad que un martillo neumático.

—¿Quieres coger ese puñetero cacharro? —le gruñó entre dientes a la vez que le daba un codazo en el costado—. Dios, no sé cómo no has tirado este maldito quebrantahuesos —refunfuñó estirando la espalda con las manos apoyadas en las lumbares.

—Voy… —le respondió con voz de caminero de ultratumba.

Se frotó la cara con la mano mientras Bryana rebuscaba entre las bolsas de Doritos, gajos de limón, granos de sal y cuatro botellas de tequila vacías que, estoicas, daban fe de que una mala noche en compañía no era tan horrible.

Cuando encontró el diabólico teléfono, se lo tiró a Parker de mala gana.

Con una dramática mueca de dolor, se llevó la mano al costado y con disimulo miró la pantalla antes de colgar.

—Folclórico. —Rio arrellanándose en el esquelético sofá—. En serio, con mi primera paga pienso comprarte un sofá nuevo. —Se removió intentando adoptar una postura cómoda que le permitiera el lujo de volver a ser personas sin tener que clavarse el armazón de hierro por todo el cuerpo—. Este está hecho una mierda.

—A mí me gusta —le respondió bostezando mientras se estiraba. Tiró el móvil sobre el sofá junto a Bryana—. Voy a por un Espidifen, ¿quieres uno?

—¿No devuelves la llamada? —Hizo un ligero movimiento de cabeza en dirección hacia el teléfono.

Se llevó la mano a la cabeza. Perfecto, había conseguido un tiempo ridículo para un corazón que zozobraba a cambio de un dolor de cabeza de órdago.

—¿Te apetece hablar con Dom?

Por miedo a que el cerebro volviese a rebotarle contra las paredes del cráneo, se limitó a hacer un mohín de asco con los labios.

—Pues a mí tampoco me apetece hablar ahora con Beth. —Se acarició la calva—. Voy a por el Espidifen. Ahora vuelvo.

Cerró los ojos y se tapó con el antebrazo. Suspiró. «Seguro que para Cupido somos un ejemplo excelente de lo que no debe hacerse».

Ella, enamorada de un hombre que acababa de conocer, que la había rechazado en público, la había engañado, traicionado, abandonado y, como una imbécil de manual, añoraba más que a la libertad cuando estaba en prisión. «He aquí un claro ejemplo de la estupidez humana», pensó, imaginándose al angelote ofreciendo una clase teórica a parejas recién enamoradas. Y Parker seguía enamorado de su exmujer. «Y el premio al imbécil del año es para…». Ambos tenían papeletas y unas candidaturas muy sólidas para ser galardonados.

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón cuando escuchó su nuevo móvil pitar. Desbloqueó la pantalla y leyó el mensaje. «Sospechoso huido».

—Mierda. —Se levantó como un resorte. Siseó llevándose la mano

a la sien—. No hay nada mejor que las buenas noticias para despejar la mente —refunfuñó para sí caminando hacia la mesa del comedor que había junto a la puerta de la cocina.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Parker saliendo de la cocina con un vaso de agua en la mano y una pastilla efervescente en la otra.

—Ricardo ha huido. —Cogió de la mesa las dos nuevas SIG Sauer sin número de serie que le habían asignado.

—¿Cómo que ha huido? —le preguntó mientras Bryana comprobaba que las pistolas estaban cargadas—. ¿No se suponía que lo tenían vigilado?

—No han sido demasiado explícitos. —Se guardó ambas armas en el arnés que rodeaba su torso—. Y aunque no soy una fanática de las normas, creo que ya te he contado más de lo que me está permitido. —Se sacó el teléfono del bolsillo de camino hacia la puerta—. Será mejor que me vaya.

—Espera. —Dejó el vaso y la pastilla sobre la mesa y fue tras ella —. ¿Qué se supone que vas a hacer?

Estudió el preocupado rostro de Parker. Si respondía con la verdad, trataría de disuadirla, pero ¿impedírselo?, ¿denunciarla? No. Parker no haría tal cosa.

—Encontrarlo y matarlo.

—No puedes matarlo. Eso no estaría bien. —Se acarició la calva —. Deja que el equipo de la Espartana se encargue.

Sus castaños ojos, teñidos de una bruma de inquietud, se posaron suplicantes sobre Bryana.

—Ahora yo soy parte de ese equipo.

—Al menos espera a la exhumación del cuerpo de Cábanno. Déjame enmendar mi error.

Acunó las mejillas de Parker entre sus manos.

—Ese es mi plan B si esto sale mal —le susurró apoyando la frente sobre la de su amigo.

Lo abrazó con la imperiosa necesidad de convencerse de que todo iba a salir bien cuando la realidad era muy distinta.

—Creí que sería capaz de hacerte cambiar de opinión, que rechazarías el trabajo y volverías a colaborar con nosotros. Bueno, conmigo —se corrigió.

—Acepté su teléfono, un adelanto y sus armas. Es un poco tarde para rechazar la oferta. —Sonrió sin ganas recordando la deuda que había adquirido con su nueva… familia.

Agarró el pomo de la puerta, ansiosa por salir de allí y ponerse manos a la obra.

De nuevo, la adrenalina corría por sus venas con la intensa emoción con la que un agente recién incorporado al cuerpo se enfrenta a su primer homicidio.

—Bryana. —Se volvió para mirar a Parker desde el descansillo, junto a la puerta de la vecina de enfrente—. ¿Qué va a pasar con Dom? ¿Piensas aceptar el encargo?

Sentado sobre la cama de su reformada habitación, con gotas lamiendo su escultural torso en un delicado baile descendente por todos los músculos de su cuerpo, Dóminic terminaba de calzarse unas botas militares negras.

Había quedado con Parker en el laboratorio forense en el que Elisabeth, la antigua forense de la Brigada y exmujer de su reciente antiguo compañero, había accedido a llevar a cabo la exhumación del cadáver de Cábanno.

Con la mirada perdida y sumido en sus propios pensamientos, no advirtió a Jackson, apoyado con el hombro en el marco de la puerta y las manos en los bolsillos del vaquero negro que había sustituido al habitual pantalón italiano que, cual uniforme, el lugarteniente del Egipcio acostumbraba a llevar día y noche.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Interrumpido por su amigo, volvió a sumergirse en la dolorosa realidad en la que se había convertido su vida desde que decidió tomar la decisión de alejarse de Bryana.

Hasta que la antigua inspectora Reina se cruzó en su vida, no había sido capaz de comprender el dolor al que su madre debía enfrentarse diariamente tras la muerte de su padre. «Lo amaría en

cualquier vida porque fuimos creados el uno para el otro», le había dicho el día anterior. No comprendía cómo su madre podía hacer frente al angustioso vacío que sentía en el pecho con su mejor sonrisa.

Su visión periférica le advirtió de la cercana presencia de Jackson.

—¿Preparado para la acción? —le preguntó terminando de anudarse las botas al ver que la puntera de las de Jackson eran iguales que las suyas.

El lugarteniente se balanceó sobre sus talones como un niño con zapatos nuevos.

—No sé si quiero saber a qué pobre diablo vas a enviar a un juicio imprevisto con san Pedro. —Se levantó de la cama llevándose consigo la húmeda toalla con la que apenas había secado su cuerpo tras la ducha.

No quería deshacerse del olor de Bryana. No se habría duchado si no fuera porque Parker le había enviado un mensaje de madrugada diciéndole que estaba con él.

Se veía capaz de tragarse sus propias palabras y mandar al carajo sus racionales conclusiones. Estaba dispuesto a mendigar su perdón con tal de que volviese a su lado, pero no quería oler como un pordiosero cuando volviera a verla.

Puede que Bryana fuese a la exhumación. Tal vez, podría disculparse, o al menos, explicarle los motivos que le habían llevado a tomar la estúpida decisión de alejarla de su vida. Puede que ella lo comprendiese. Quizá no lo perdonase. Esquivó a Jackson secándose la cresta de camino al cesto de la ropa sucia que había junto a la ducha.

Sonrió negando con la cabeza consciente de que Bryana no iba a perdonarlo. Le daría una patada en los huevos bien merecida y que aceptaría de buen gusto con tal de sentir cualquier parte de su Alniyl Kuynu sobre él.

Había renunciado a ella delante de los mismos que la habrían aceptado como parte de la familia, no solo por ser su compañera sino porque se había ganado solita su respeto perdonándole la vida a una rival a la que, sin duda, había superado en fuerza, destreza y agilidad durante todo el combate.

Él no había estado presente durante, pero Jackson había quedado maravillado y no era fácil de impresionar. Todos habían quedado

impactados. Helena era letal, pero Bryana había destronado a la que se creía la reina de la organización y eso tenía nerviosos a sus hombres.

El boca a boca se había extendido como la peste. Dóminic se sentía orgulloso y, a su vez, nunca había sentido tanto miedo. Bryana acababa de convertirse en el blanco de muchos de sus enemigos, además de la propia Petrova.

Metió la toalla en el cesto de la ropa sucia y miró a Jackson por el rabillo del ojo a través del espejo, quien lo observaba apoyado en el marco de la puerta del baño con sabia preocupación en el rostro.

—¿Y bien? —Se posó sobre el lavabo mirando a su amigo a través del reflejo—. ¿Has venido a pedirme ayuda o a deleitarte con mi presencia?

Jackson sonrió de medio lado y enarcó ligeramente una ceja.

—No estás nada mal, pero no eres mi tipo.

—Había olvidado que lo tuyo son las pelirrojas. —Sonrió fijando las puntas de su cresta con gomina.

—Últimamente me ha dado por las morenas. Pero las prefiero sin anacardo entre las piernas. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección a la entrepierna de Dom.

Rio negando con la cabeza mientras se lavaba las manos.

—¿Necesitas ayuda? —Jackson negó con la cabeza—. He vuelto —le dijo caminando hacia él—. Estoy aquí, y si necesitas que te eche una mano…

—No tengo intención de matar a nadie salvo que las cosas se compliquen y tu precioso trasero esté en peligro.

Apretó la mandíbula y soltó el aire de manera abrupta por la nariz de camino hacia la cama.

—No necesito una niñera. —Cogió la camiseta blanca que había dejado sobre el colchón, junto a la almohada sobre la que Bryana había dormido y cuyas sábanas había ordenado que no cambiaran.

Todavía olía a ella y, si no podía recuperarla, pretendía seguir disfrutando de aquel olor hasta que desapareciera o la seda se

acartonara por la suciedad. Le daba igual.

—Eso mismo ha dicho el jefe.

—¿Y qué parte es la que no has entendido? —Se puso la camiseta con bruscos ademanes.

—He estado investigando. La Espartana es peligrosa, y los que trabajan para ella lo son todavía más. Si tenemos en cuenta la cuna de la que procedes, tienes todas las papeletas para que te metan un tiro entre ceja y ceja. Así que no me pidas que me quede esperando a que vuelvas a entrar por esa puerta para saber si eso va a ocurrir —añadió cuando Dóminic se volvió hacia él.

—No deberías venir conmigo. No es conveniente que nos vean juntos y no sé quién puede estar en ese laboratorio además de Parker.

—Esperas que esté Bryana.

Con una mano en el bolsillo del vaquero, se frotó la cara, exasperado con la facilidad con la que Jackson veía a través de los ojos el alma de cualquier persona.

—Podría ir acompañada.

—No me matarían delante de Parker.

—Confías mucho en ese poli.

—Casi tanto como en ti.

La villa en la que se alojaban los integrantes del grupo operativo de la Espartana era digna de ver, pero, sobre todo, de disfrutar.

Mientras colocaba en una bolsa de viaje negra el material que creía que iba a necesitar para reducir a Ricardo, o entrar por la fuerza en cualquiera de las propiedades que encontró en la base de datos de los ordenadores de la primera planta, pensó que, si volvía por allí, disfrutaría, aunque solo fuera una vez, del frondoso jardín que rodeaba la vivienda. Incluso se permitiría la indecencia de bañarse desnuda en el estanque que había visto a varios metros tras la casa, junto al sauce llorón que le otorgaría una privacidad necesaria ante miradas furtivas.

Pero para poder hacer aquello, no solo tendría que volver viva,

también tendría que ser bien recibida.

Aitana la había convocado a una reunión a la que, por supuesto y como su amiga debía imaginar, no tenía la intención de acudir.

Aquel grupo de descerebrados no se regían por un código muy estricto, pero sí había una norma que no podían saltarse y era precisamente lo que ella iba a hacer: ir por libre.

Aitana siempre acudía a los operativos acompañada de Jamal, también conocido como Centurión, su pareja. Tarik no se separaba de Vega; hermana de Jamal y la única mujer capaz de controlar a un agente al que entre bastidores se le apodó Mala bestia. Keira se había mimetizado tanto con el Chacal que, por su forma de operar juntos, parecían una única persona.

Sintió una punzada de envidia en el pecho. Se acarició para aliviar la presión y contener la tristeza al darse cuenta de que nunca podría tener una relación como la que esas parejas formaban porque Dóminic era otro de los motivos que le impediría volver a esa villa y nadar desnuda en el estanque. Tal vez, cuando lo hubiera superado y se hubiese entregado a otro hombre… Negó con la cabeza. Ese maldito imbécil la había castrado emocionalmente.

—¿No tendrás pensado marcharte de fiesta sin mí?

Dio un respingo llevándose la mano a la altura del corazón para impedir que se le saliera del pecho. Frunció el ceño al alzar la vista de la bolsa de viaje que tenía preparada sobre el suelo y que se disponía a cerrar antes de que aquella desconocida y jovencísima castaña de pelo trenzado en espiga, que caía sobre su hombro como una soga, casi la matara de un infarto.

—Y tú eres…

—Alma Ivanova. La compañera que se supone que van a asignarte en una hora en la reunión a la que nos han convocado y a la que, por lo que veo, no tienes intención de asistir.

«¡¿Alma Ivanova?! Ay, Dios… ¿La hija de Ayshane Ivanova? ¡Aitana está como una puta regadera!».

La Espartana le había hablado de sus colaboradores, organizaciones criminales que puntualmente los ayudaban en cierto tipo de trabajos, pero si había una organización criminal a la que otras evitaban y a la que todos los agentes del cuerpo conocían y temían

más que a la muerte era a la organización de Ivanova.

Se decía que Ayshane había matado a toda su familia, que no solo comprendía a los Ivanova sino también a su abuelo, Taiyo. Un sádico hijo de puta que controlaba la Yakuza en todo el continente europeo. Y lo había hecho con la ayuda de tres antiguos agentes del cuerpo a los que habían dado por muertos, pero que, en realidad, tan solo habían desaparecido del mundo de los vivos para ayudarla. «Y Aitana pretende que yo trabaje con su hija. ¿Por qué no mejor me apunto con una pistola a la cabeza y aprieto el gatillo?».

—Tranquila. —Alzó ambas manos al aire—. No muerdo. —Sonrió con un tipo de malicia imposible de imitar.

¡¿Que no mordía?! Esa carita de ángel tenía pinta de arrancar cabezas con las manos y disfrutar mientras lo hacía, pero es que su madre era aún peor. ¡Por el amor de Dios, pero si era una niña!

—Pero ¿tú cuántos años tienes?

—Los suficientes como para haberme librado de Anna a las puertas de El Retiro. —Se acercó hasta ella y observó por encima la bolsa de deporte—. Estaba esperándote con un rifle de asalto de gran alcance en la azotea de uno de los edificios de enfrente. Iba a meterte un tiro en la cabeza. Lo tenía bien montado. Le eché un vistazo por la mirilla. Yo misma podría haberte volado la tapa de los sesos.

«¿Gracias?».

—No te ofendas, pero necesitaría confiar en ti para poder trabajar contigo. —Terminó de cerrar la bolsa y se la colgó del hombro—. Y no es el caso.

Alma se hizo a un lado y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No es ninguna ofensa. —Se encogió de hombros—. Todo lo contrario. Pero hay un pequeño problema: eres mi compañera y no puedo dejar que vayas sola.

La miró un segundo de arriba abajo, barajando sus posibilidades.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Tú haces como que no me has visto y, si salgo viva de esta, te debo una.

Alma ladeó la cabeza.

—Está bien —le contestó al cabo de unos segundos.

—Perfecto, entonces encantada de conocerte. —Pasó por su lado en dirección hacia la puerta.

—Igualmente —le respondió.

«Demasiado fácil», pensó. Sabía que había gato encerrado, no solo porque su instinto se hubiera perforado un pulmón desgañitándose para advertirle del peligro.

Salió de la villa acallando las voces que merodeaban por su cabeza con inquietante tranquilidad mientras todo a su alrededor era devastado por las llamas.

Se subió al primer SUV que encontró. Las llaves estaban puestas. Después de que uno de los suyos los traicionara, la Espartana no había escatimado en seguridad, así que llegar hasta los vehículos aparcados en la puerta era una misión suicida si no habías sido invitado. Por suerte para ella, había sido aceptada, por lo que no había tenido problemas ni para entrar, ni esperaba tenerlos para salir.

Miró por el retrovisor cómo se cerraban las gigantescas puertas de acero de más de tres metros mientras recorría el sendero que la llevaría a la carretera de la sierra de vuelta a la ciudad. Primera parada: la casa de Cábanno.

Parecía estar concentrado en la preciosa mujer de pelo cobrizo, enormes ojos verdes, labios color frambuesa y tez blanquecina que, apoyada con el trasero en el borde del escritorio metálico de la reluciente y aséptica sala de autopsias del anatómico forense, leía en silencio el informe de la Brigada de Homicidios del distrito de Ciudad Lineal mientras se roía la uña del dedo pulgar.

En otras circunstancias, la pasmosa tranquilidad con la que se empapaba de todas las anotaciones, pese a estar frente a tres hombres que le doblaban en tamaño y que rezumaban inquietud por todos los poros de su cuerpo, le habría impresionado lo suficiente como para interesarse por ella si no fuera la ex de su amigo y Bryana no ocupara la totalidad de sus pensamientos.

Su Alniyl Kuynu no había acudido a la exhumación. Y Parker, después de como se había comportado con ella y el embelesamiento al que Elisabeth lo tenía sometido, no había sido muy espléndido con los

motivos que le habían impedido acudir a Bryana.

Tampoco le había dicho dónde se había marchado ni sabía si estaba con la Espartana. No porque no quisiera compartir esa información con él, sino porque, como había dicho, «Bryana es imprevisible. No creo que la Espartana sea capaz de controlarla. Si lo consiguiera, no sería Bryana».

—No veo nada extraño en el informe. —Alzó la vista de los papeles y miró a su exmarido—. No sé qué pretendéis encontrar que no se haya esclarecido ya. —Volvió a mirar el informe de nuevo—. Todo parece correcto.

Teniendo en cuenta el carácter agresivo y la formación militar del asesino, habían llegado al acuerdo de informar a Elisabeth de lo estrictamente necesario para que pudiese hacer su trabajo. Cuanta menos información tuviera, menos contaminadas estarían sus conclusiones. Y los motivos reales por los que debía exhumar el cuerpo de quien ella había definido como una gran amiga y compañera, estaban dentro de la información clasificada que habían preferido eludir.

Dóminic volvió a la realidad aséptica que los rodeaba bajo la luz fría del laboratorio mientras Jackson lo observaba todo a su alrededor con sus dos esmeraldas verdes de cazador. Parker carraspeó.

—Eres la mejor. Por eso estás aquí —le dijo en un tono ácido después de aclararse la voz o deshacerse el nudo que le asfixiaba en la garganta.

Elisabeth alzó la vista de nuevo del informe y miró a Parker afligida, antes de dedicarles un nervioso golpe de vista a Dóminic y a Jackson.

—Elisabeth, si crees que vas a estar más cómoda a solas con Parker, Jackson y yo podemos esperar fuera.

Cualquiera podía percatarse de que a la pobre mujer le incomodaba la presencia de Dóminic y de Jackson, que metió las manos en los bolsillos del pantalón y le dedicó una afable sonrisa de cachorro labrador.

Si ella supiera a qué se dedicaba realmente, no estaría buscando una evidente intimidad para estar a solas con Parker, sino un arma.

—No será necesario. Está acostumbrada a trabajar bajo presión.

¿Verdad, Beth? Es lo que llevas haciendo toda tu vida.

Dóminic miró a la expareja alternativamente antes de hacerle una señal con la cabeza a Jackson en dirección a la doble puerta de acero con dos ojos de buey que conducía al pasillo.

—Será mejor que esperemos fuera.

Elisabeth agradeció el gesto con la mirada, ocultando un suspiro de alivio al darse la vuelta para colocar el informe sobre la pulcra mesa de escritorio.

Cuando Jackson y Dóminic se disponían a salir por la puerta, la exmujer de Parker ya se había puesto los guantes de nitrilo y se acercaba con decisión al ataúd.

Capítulo 31

El apartamento que había ocupado Cábanno era una cáscara hueca con el cartel de «Se alquila» de una inmobiliaria cercana colgando de uno de los pequeños balcones del salón. Como si allí no hubiese vivido nunca nadie. Como si el cadáver de su amiga nunca hubiera aparecido calcinado en aquel salón.

Caminó por la estancia rememorando cómo la había visto por última vez antes de entrar en prisión. Se imaginó el sofá de dos plazas frente a la tele en un ángulo que permitiera ver la puerta, como siempre justificaba su amiga para, según ella, tener controlada la entrada en todo momento.

Alzó la vista hacia donde debía estar la mesa del comedor, tras el sofá, lugar en el que, según el informe de la autopsia y la investigación, había sido encontrado el cadáver calcinado.

Tanto los agentes como el propio asesino que había redactado el informe forense aseguraban que Cábanno no había sido calcinada en su apartamento. Los muebles estaban intactos. La inmobiliaria podría alquilar el apartamento con ellos, pero ya iba a ser complicado alquilar ese piso con la noticia de que su antigua propietaria había aparecido calcinada en la mesa del comedor, como para dejar la propia mesa.

Observó los muebles de la cocina que estaban situados frente a la inexistente mesa de la muerte; los únicos que habían sobrevivido al desvalijamiento. Estaban impolutos y, aunque sabía que su interior solo albergaría estantes vacíos, decidió atravesar el salón para cerciorarse.

—Nada.

Cerró con frustración el armario en el que su amiga guardaba su arsenal hipercalórico. Todo un armario dispuesto para un festín que habría horrorizado a cualquier amante de la comida sana.

Desilusionada y enfadada consigo misma por haber permitido la muerte de su amiga, atravesó el salón en dirección a la única estancia de la que disponía el pequeño apartamento.

Abrió la puerta de la habitación sin esperanza. No necesitó entrar para comprobar el armario. Abierto como estaba, podía ver desde la puerta que había más de lo mismo: nada.

Se asomó al cuarto de baño que había junto a la habitación para corroborar que mostraba un aspecto idéntico.

Era un apartamento diminuto desprovisto de la humanidad con la que caracterizaban los muebles a cualquier hogar. Parecía tener el tamaño suficiente como para albergar a una familia cuando la realidad era que sus escasos cuarenta metros cuadrados apenas eran capaces de contener la vida de una única persona.

Se sentó en el inodoro con la vista fija en las relucientes plaquetas blancas que recubrían la pared de la ducha. Tanta limpieza era dolorosa. ¿Con qué derecho habían borrado la vida de su amiga del interior de aquellas cuatro paredes?

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y la vista fija en el sumidero de la ducha, o como lo llamaba Cábanno, un pozo sin fondo para…

—¡Pruebas!

Se abalanzó sobre el suelo de la ducha. «¡Un hilo!». Alzó la vista al techo dándole las gracias a las descabelladas y absurdas ideas de bombero de su amiga.

Retiró de sus mejillas las únicas lágrimas de felicidad que había

derramado en los últimos cinco años y se detuvo a estudiar con detenimiento el nudo que sujetaba el hilo al embellecedor de aluminio del sumidero.

Había dejado las herramientas y las armas en la bolsa de deporte, bajo la falsa tapicería del maletero que cubría la rueda de repuesto del SUV, por lo que no le quedó otro remedio que actuar a la desesperada. Ya había perdido demasiado tiempo vagando por el desolado apartamento. Guardaba la esperanza de que Torres siguiera con vida. Si era así, cada minuto contaba en su contra.

Metió la uña y trató de desenroscar el tornillo para quitar el sumidero. Se le partió. La sangre emborronó su ansia, pero no su determinación.

Miró a su alrededor. No había nada que pudiera utilizar. Se observó a sí misma, de rodillas a los pies de la ducha.

El reflejo metálico del dispositivo de rastreo y localización que Dóminic le había puesto cuando salió del centro penitenciario relució, avivando su esperanza. Por lo que le había dicho, si intentaba quitárselo podría sufrir una descarga que la dejaría inconsciente. Una pérdida de tiempo que no podía permitirse. Por otro lado, Jackson le había comentado que estaba desactivado y que había modificado la señal. Acarició la pulsera. Era lo único que le anclaba al recuerdo de un hombre que debía olvidar y con el que no tenía futuro porque él mismo se había encargado de echarla a patadas de su presente. La propia vida era un estercolero. ¿Qué necesidad había de echarse otro montón de mierda encima que le recordase constantemente lo que pudo ser y no fue?

Rezando una plegaria medio inventada, abrió el cierre de la pulsera y lo deslizó por su mano.

Suspiró aliviada por no haber comenzado a convulsionar e introdujo el propio cierre del dispositivo en la muesca del tornillo.

Comenzó a aplicar una fuerza medida para poder desenroscarlo. El cierre se le escurrió de la muesca ensangrentada un par de veces hasta que fue capaz de ajustar la fuerza y templar los nervios.

Con un pulso contraindicado para servir un café en taza, levantó con sumo cuidado el sumidero. Su sonrisa se amplió en un momento de álgida tensión en el que, si tiraba con brusquedad, el ligero peso que la gravedad quería arrebatarle podría perderse por las cañerías si el nailon se partía.

Maldiciendo a Newton y con una paciencia al límite, consiguió alcanzar lo que parecía un pequeño paquete, no más grande que una caja de cerillas, recubierto por varias capas de celofán.

Con dificultad, metió un par de dedos en el sumidero. Siseó cuando el aluminio del embellecedor sobre el que descansaba la rejilla le arañó la uña que se había partido, pero necesitaba pinzarlo y estrangularlo para poder sacarlo de allí.

Cuando lo consiguió, se alejó de la ducha arrastrándose por el suelo y observando el pequeño paquete ensangrentado. Se levantó y salió del baño como si en cualquier momento el techo pudiera venirse abajo.

—Gracias —le dijo a las cuatro paredes del salón, con la vista clavada dónde debía estar el sofá con la imagen de su amiga mirando hacia la puerta.

No sabía qué tipo de información podía contener, pero de una cosa sí estaba segura: fuera lo que fuese, era un mensaje para ella.

Nadie en su sano juicio miraría en el interior de un desagüe, salvo Cábanno, que siempre que investigaban un asesinato, obligaba a los agentes de Científica a revisar todos los desagües de las viviendas en las que se encontraban las víctimas.

Una ducha siempre templaba su ansia, la impotencia con la que veía con las manos atadas cómo sus seres queridos eran acechados por el peligro.

Solo había un hombre al que Ramsés podía llorar y tres personas en su vida con el privilegio de ver sus lágrimas, aunque nunca se lo hubiese permitido.

Le habría gustado poder reconocer que eran cuatro, pero por más que se empeñaba, su corazón no la reconocía. La quería, la amaba y disfrutaba de su compañía; sin embargo, en lo más profundo de su alma sabía que Helena no era para él. Tal vez, no había nadie para él.

Jugaba a engañarse a sí mismo y no sabía durante cuánto tiempo podría mantener aquella mentira con la sombra de la certeza susurrándole continuamente que Helena no era su Alniyl Kuynu.

Siempre había estado en el blanco de todas las dianas. Era

consciente del tipo de vida que llevaba. Creía estar acostumbrado a convivir con los riesgos, hasta la fecha asumibles. Pero la vida se había marcado un jaque mate para el que creía estar preparado y, sin embargo, a pesar de llevar toda su vida esperando una situación similar, se dio cuenta mientras cerraba los ojos y dejaba que el agua lamiera su rostro y acariciara su escultural cuerpo que nunca se estaba preparado para afrontar la guasona sonrisa del destino. Cerró el grifo, se escurrió el pelo y se plantó delante del espejo.

Los tatuajes egipcios que cubrían su torso, la espalda y su brazo derecho relataban su historia. Tan solo una pequeña porción de su tronco superior había quedado en blanco. Su brazo izquierdo.

A diferencia de su hermano, había decidido dejar esa sección de su piel vacía por ser la más cercana al corazón con la estúpida esperanza de poder ofrecer esa parte como lienzo a su Alniyl Kuynu.

Se secó y anudó la mullida toalla blanca que había sobre el lavabo, cubriendo su arma, alrededor de la cintura. Cogió la SIG Sauer y miró de reojo hacia la habitación cuando escuchó el ligero clic de la puerta principal.

Nadie entraba en su habitación y mucho menos sin anunciarse, por lo que, quien había osado hacerlo no era de la casa.

No podía ser ninguno de sus hombres. Su madre hacía al menos un par de horas que se había retirado para descansar y Helena se había marchado aquella misma tarde para una infiltración en las Amazonas que le llevaría días, semanas o meses. Además, ella también se anunciaba antes de entrar, pese a contar con más privilegios que el resto. Al menos, de cara a la galería.

Con sigilo y rapidez, se parapetó junto al marco interior de la puerta del baño para sorprender a su atacante.

Transcurrieron varios segundos que parecieron horas cuando vio a una desinhibida joven de pelo castaño, recogido en una trenza de espiga que caía por su hombro hasta cubrir unos pequeños y perfectos pechos, y en cuya punta portaba una funda metálica en forma de garra.

Se mordió el labio inferior. Aquella joven, que no podía tener más de veinte años, se paseaba por su habitación con aire despreocupado, acariciando con las yemas de los dedos la repisa de la chimenea que había frente a la puerta del baño, al otro lado de la habitación, en la que tenía varias fotografías de su familia.

Desde su posición, le pareció que aquella jovencita, que no tenía la más remota idea de cómo se las había apañado para burlar la seguridad de su casa y acceder hasta la guarida del lobo, iba desarmada.

Sobre los pantalones negros, que se ajustaban al contorno de sus torneadas piernas como un guante, no había un arnés para machetes, navajas o pistolas. Tampoco llevaba un arnés sobre la camiseta negra que dejaba a la vista su ombligo y el comienzo de sus caderas; aunque la garra metálica que cubría la punta de su trenza bien podría ser utilizada como un arma. Si había conseguido llegar hasta su habitación, aquella joven podía matarlo hasta con una alcachofa.

—¿Piensas salir en algún momento o prefieres seguir deleitándote con mi presencia a hurtadillas? —le preguntó devolviendo una foto que tenía sobre la repisa de la chimenea de uno de los últimos viajes que había hecho a Egipto junto a Dóminic.

Se volvió para mirarlo cuando salía del baño apuntándola con un arma.

Alma Ivanova. La reconoció al quedar frente a él. Y no fue el único en hacerlo. Apretó la mandíbula al sentir un pinchazo en el pecho.

No dejó de apuntarla mientras ella se movía por la habitación con la elegancia propia de las mujeres de su estirpe. Observándolo todo a su alrededor excepto a él, a quien parecía haber decidido no mirar directamente por vergüenza o una incomodidad que apenas dejaba vislumbrar, pero que la tensión en el aire, que había enrarecido la habitación, advertía de su presencia.

No se acercó a ella. La dejó curiosear entre las cortinas del gran ventanal que había junto a la cama sin dejar de apuntarla. La misma que cuando ella rozó con la yema de los dedos hizo ronronear a su miembro.

Conocía a aquella joven de oídas. Había visto alguna fotografía suya emborronada por el movimiento, pero jamás la había visto en persona.

Alma Ivanova, al igual que su madre, era muy escurridiza. Digna de admirar y muy joven. Nadie sabía con exactitud la edad que tenía. Lo que no había pasado desapercibido en un mundo como el suyo era su alto índice de mortalidad.

Aquella joven era letal. Hija adoptiva de una mujer mortífera. Una rival que, si quería seguir respirando, debía evitar.

Los conflictos con los Ivanov nunca terminaban bien para la parte contraria. Su territorio estaba vetado para cualquier organización criminal. Eran un deseado tesoro al que nadie se atrevía ponerle las manos encima por estar maldito.

La belleza de su madre también era una leyenda, y la de Alma se convirtió en mito en cuanto se integró por completo en la organización.

—¿Cómo has llegado hasta mí?

Recorrió con sus pupilas el húmedo cuerpo desnudo de Ramsés. Ladeó la cabeza y entrecerró ligeramente los párpados. Sus diminutos pezones se endurecieron cuando repasó de arriba abajo el cuerpo del Egipcio, cubierto tan solo por una toalla blanca de cintura para abajo.

Ramsés afianzó la pistola en su mano cuando ella caminó hasta los pies de la cama y tomó asiento. Alma lo miró a través de sus tupidas pestañas negras, se removió sobre las sábanas de seda negra e introdujo la mano en uno de los bolsillos del pantalón para sacar un chupachups.

—¿Piensas utilizar ese arma en algún momento? —le preguntó entreabriendo sus carnosos labios rosados para introducir el caramelo en la boca.

—¿Y bien?

Se sacó el chupachups de la boca, se relamió el labio superior con deleite y una lujuriosa mirada castaña a la que el rímel confería rasgos felinos.

—Tu novia se ha dejado la puerta abierta —le dijo volviendo a introducir la mitad del caramelo entre sus labios.

—¿Y tu mamá no te ha explicado que es peligroso entrar en la casa de un hombre como yo? —le respondió con voz ronca.

Dejó de jugar con el caramelo. Observó maravillado cómo los rasgos de su aniñado rostro se endurecieron y la calidez de su mirada felina se esfumaba.

—Vístete. —Volvió a meterse el caramelo en la boca y se levantó

de la cama—. Estaremos esperándote en tu despacho.

Bajó el arma y la sujetó del brazo cuando pasó por su lado.

—¿Quién y para qué?

Alma miró la mano con la que la retenía junto a él hasta que posó sus preciosos ojos castaños en las cálidas dunas que coronaban los ojos del Egipcio.

Contra su voluntad, palpable en los segundos que tardó en soltarla, escudriñó su rostro tratando de ver más allá de la fiera que la joven contenía en su interior.

Alma se sacó de nuevo el caramelo de la boca.

—Me han pedido que no te mate y les he prometido que no lo haría. No vuelvas a tocarme, de lo contrario, tendré que faltar a mi palabra.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Mi mamá —recalcó en tono ácido— me enseñó a hacerlo de diez formas diferentes sin la necesidad de un arma. Y ninguna de ellas le conviene a lo que tienes entre las piernas. —Sonrió de medio lado con suficiencia.

Ramsés observó cómo se le erizaba el vello de la escasa piel que la camiseta dejaba a la vista mientras caminaba hacia la puerta.

No había soltado el arma y, aunque dejó de apuntar a la joven cuando pasó por su lado, Alma no se dio la vuelta para comprobar que no corría peligro.

—Mi Alniyl Kuynu —susurró acariciándose el abultado miembro oculto tras la toalla cuando la puerta se cerró.

La pequeña Ivanova acababa de convertirse en el objetivo más ansiado del Egipcio. Ella era el fruto prohibido de Osiris.

Tres direcciones. Eso era lo que guardaba el pequeño envoltorio que Cábanno había escondido en el sumidero de su apartamento. Tres direcciones emborronadas y apenas legibles.

Las dos primeras estaban tachadas, así que las descartó de

inmediato. Si Cábanno las había desestimado era porque allí no había encontrado nada. La tercera estaba prácticamente ilegible, pero podía estar sin tachar porque tal vez Ricardo la había asesinado antes de poder trasladar la información.

Le llevó cerca de un par de horas dar con una dirección que se pareciera a la que creía que su amiga había escrito. Con la esperanza de seguir la estela de un rastro fiable, metió las coordenadas en el GPS del SUV. Rezando a un Dios injusto plegarias que le parecían apropiadas, puso rumbo hacia una pequeña cabaña forestal en la sierra de Madrid.

Se paró en un área de descanso a menos de un kilómetro de la posible ubicación. Comprobó que la dirección que había deducido se parecía a lo reflejado en los informes y los mapas de las posibles propiedades del forense que había recopilado en la villa. Volvió a mirar el pequeño fragmento de papel arrugado por la humedad y con restos resecos de su propia sangre.

—Tiene que ser aquí —suplicó arrugando el pequeño papel contra su pecho.

Con la adrenalina arrastrando de la mano a la ansiedad, se bajó del SUV en mitad de la noche.

Rodeó el vehículo, abrió el maletero, rebuscó en la bolsa de deporte una linterna y unas gafas de visión nocturna. Cerró la bolsa, se la colgó a la espalda como si fuera una mochila y caminó hacia el guardarraíl que separaba el área de descanso de la naturaleza.

Dos machetes, cuatro cargadores, dos pistolas y tres navajas no impedían que sintiera que se dirigía desnudo hacia un matadero.

Segundos después de que la pequeña Ivanova abandonase su habitación, se asomó con cautela al pasillo para saber dónde demonios se habían metido los hombres encargados de la seguridad interior de la vivienda.

En vista de que uno de ellos yacía inconsciente al final del pasillo y que el resto ni había dado la voz de alarma ni contestaba a sus llamadas, decidió acudir a la cuestionable reunión. No sin antes comprobar el estado de su madre, que descansaba en su habitación, y poner en antecedentes a su hermano, que volvía junto a Jackson de la exhumación del cuerpo de su antigua compañera.

Solo debía entretener a sus invitados una media hora, el tiempo que Jackson y su hermano tardarían en llegar hasta allí. Y conociéndolo, estaba seguro de que sería mucho menos.

La pequeña Ivanova no lo había atacado, así que todo parecía indicar que tan solo querían mantener una charla informal. Pero cuando se trataba de los Ivanov, todo era posible. Sin más seguridad que los hombres ilocalizables o inconscientes, la presencia de Jackson y de Dóminic se había convertido en cuestión de vida o muerte.

Comprobó que las armas se encontraban en las correspondientes fundas del arnés que rodeaba su torso, cubierto por una camiseta negra que se ajustaba a su cincelado cuerpo como una segunda piel. Hizo lo mismo con las fundas de las navajas y del machete de los cinturones que rodeaban sus musculosas piernas sobre el vaquero negro desordenado alrededor de sus botas militares que había elegido para aquella ocasión especial.

Darían por hecho que iría armado. ¿Por qué ocultarlo? No obstante, estaba en su casa, por lo que, tras asegurarse de que todas las armas estaban en su sitio, se limitó a abrir la puerta sin anunciarse con seguridad y entusiasmo. Quería volver a encontrarse cara a cara con la pequeña Ivanova.

Al abrir, apoyada con una pierna en el suelo y la otra colgando sobre el escritorio, había una mujer joven, morena, esbelta. Con una densa mata de pelo negro que caía en cascada ocultando parte de un rostro que se antojaba bello, pero que mantenía fijo en la enorme luna con la que uno podía deleitarse a través del gran ventanal.

Cerró la puerta tras de sí buscando a la pequeña Ivanova, situada a su lado. Estaba apoyada en la pared junto a la puerta acariciándose la trenza.

Aliviado, soltó el aire de manera abrupta. La joven que admiraba la luna a través del cristal, en apariencia ajena a su presencia, no era Ivanov. Conocía a todos sus integrantes. Sin embargo, su alivio nada tenía que ver con que todo pareciese indicar que era un asunto de negocios, sino con la deliciosa presencia del fruto prohibido que, tras un duro golpe de vista, siguió jugueteando con el pelo de su trenza en un segundo plano.

—Cuánta hostilidad —le dijo la joven morena sentada sobre la mesa.

Alma dejó de juguetear con la trenza. Alzó la vista y sonrió de

medio lado a su compañera antes de volver a acariciar sus gruesas hebras de pelo castaño.

Tal y como había predicho, la joven morena de la mesa era bella. Preciosa. De líneas agresivas, carnosos labios color rubí y dos ojos verde uranio que, si no fuera por la ausencia o el escaso maquillaje que llevaba, cualquiera podría pensar que eran lentillas. Femenina y delicada a simple vista, podría parecer un ángel con un peligroso magnetismo que advertía que no era dulce ni complaciente.

Era una lástima que le interesaran más las líneas salvajes y exóticas que pretendían esconder la inocencia que una asfixiante sensación en su interior, desconocida hasta entonces, se moría por corromper.

—¿Tienes por costumbre recibir con ese despliegue de arsenal a tus amigos?

—Mis amigos no suelen ir dejando hombres inconscientes por los rellanos.

La joven se sentó en el escritorio, dejó las piernas colgando y alzó ambas manos al aire.

—Vamos desarmadas. No hemos matado a nadie. Solo queremos hablar y evitar la muerte de alguien que, por suerte para ambos, ha entrelazado nuestros caminos.

Caminar por el monte en mitad de la noche con la orientación de una ameba no había sido una buena idea. No se había partido un tobillo de milagro porque las botas militares las llevaba atadas para el combate. Cualquiera lo diría, con la de ramas que le habían abofeteado la cara y la de piedras que se había clavado en las manos para no dejarse los dientes contra el suelo. Si llegaba viva y sin ser detectada a la cabaña iba a ser un milagro.

¡Por el amor de Dios! Una persona con agnosia topográfica seguro que se orientaba mejor que ella.

Tropezó con la raíz de una encina. Apoyó las manos en el tronco de otra para no darse de bruces contra el árbol. Siseó, se miró la palma de la mano y retiró los restos de astillas de madera que se le habían incrustado en la piel.

—¡Mierda! —Se quitó las gafas de visión nocturna y las tiró de mala gana al suelo—. ¡Con este chisme no se ve una mierda!

Miró hacia el suelo, entre la hojarasca en la que se suponía que habían caído las gafas, perdonándoles la vida.

Sacó el mapa de la zona que se había guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Se agachó, lo extendió en el suelo y colocando su mando como una tulipa opaca comprobó la ruta.

—Se supone que por aquí tendría que haber un maldito sendero —gruñó entre dientes, enfadada por su propia incompetencia.

Iluminó con cuidado a su alrededor. Apagó la linterna cuando escuchó el sonido de un motor. Rebuscó a ciegas entre la hojarasca las gafas de visión nocturna con el resto de sus sentidos concentrados en encontrar el foco de ese sonido.

Agachada, acariciando las gafas, sin moverse y a unos escasos ciento cincuenta metros de un muro de zarzas le pareció ver el reflejo de unas luces de freno.

La maldad dibujó una perfecta sonrisa en su rostro. «Motor. Coche. Sendero. Cabaña».

En cuanto la joven se presentó como Aitana Guerra, Ramsés desenfundó sus armas con los brazos en cruz y apuntó al pecho de las dos mujeres.

El siseo de serpiente desde donde se encontraba Alma le erizó el vello de todo el cuerpo. La sensual mirada asesina que la pequeña Ivanova le dedicaba a través de sus tupidas pestañas negras acarició su escultural cuerpo en una descarga que culminó en su entrepierna.

El único que se movió fue él. Caminó cauteloso hacia la pared del despacho sin dejar de apuntarlas. Ellas no se sorprendieron. Se podría decir que ni parpadearon.

—Si habéis venido a matar a mi hermano, os habéis equivocado de casa.

Las vigilaba a ambas hasta que la pequeña Ivanova comenzó a moverse con la seguridad de quien sabía que no iba a sufrir ningún daño, bien porque el tirador no iba a disparar, bien porque si lo hacía

no iba a alcanzarla.

Desafiando con la mirada a Ramsés, se situó junto a la Espartana rodeando la mesa mientras lo analizaba con diversión.

—Vive aquí. Si no está, volverá. Esperaremos. —Aitana se encogió de hombros—. Es más, creo que acaba de llegar. —Sonrió complaciente al escuchar el sonido del motor de un coche deportivo—. Puedes bajar las armas, Osiris. No queremos matar a Dom. Venimos a ayudar a Anubis.

—Dudo que os lo haya pedido —dijo con la vista fija en Aitana, pero más pendiente de los movimientos de Alma.

La pequeña Ivanova había ladeado sutilmente la cabeza. Sus preciosos y grandes ojos de gata ya no lo miraban a él, sino hacia la puerta.

—Eso es porque todavía no sabe que la necesita. —Alzó una mano al aire en la que Alma, con movimientos lentos, colocó un objeto metálico que sacó del mismo bolsillo del que se había sacado el chupachups—. Ambos hemos perdido a alguien, y cuando Anubis sepa adónde se dirige esa persona querrá ir a buscarla, y será entonces cuando nos suplique que lo ayudemos. —Tiró el objeto en mitad del despacho.

El metal rebotó sobre la alfombra beis que sustituía a la que Dóminic y él habían manchado de sangre durante su accidentado rencuentro. Solo cuando rodó hasta sus pies e identificó lo que era, bajó las armas.

Guardó las pistolas en las fundas del arnés que rodeaba su torso y recogió la pulsera.

—Habla.

La puerta se abrió de par en par tras un sonoro golpe seco. Desde el pasillo, Dóminic apuntó a ambas mujeres con sus armas.

—Me alegra volver a verte. —Aitana le dedicó una sonrisa afable—. Lástima que sea en estas circunstancias.

—¿Qué quieres, Espartana? —Dio un paso al frente sin dejar de apuntarlas.

—Puedes bajar las armas. —Ramsés se acercó hasta él y bajó la

pistola con la que apuntaba a la pequeña Ivanova—. No vienen a matarte. —Le enseñó la pulsera que había recogido del suelo.

—¿Lo reconoces? —le preguntó Aitana.

Dóminic contrajo el rostro.

La pulsera tenía restos de sangre. Era de Bryana. Era el dispositivo de rastreo que él le había colocado antes de salir de prisión.

—¿Dónde está? —Su voz, gutural, parecía provenir del mismísimo infierno.

El dorado brillo de sus ojos cuando alzó la vista de nuevo hacia Aitana se había tornado amenazador. Era el brillo de la promesa de una venganza sangrienta.

El aire de la habitación se volvió denso, eléctrico y asfixiante. El hombre apostado frente a la Espartana nada tenía que ver con el policía con el que en puntuales ocasiones se había cruzado en el cuerpo. Aquel a quien tenían delante no era Dóminic Dwayne; era un ser peligroso que venía del infierno de otra época. Anubis acababa de regresar de entre los muertos.

Capítulo 32

Siguió el sendero tras el muro de zarzas hasta la pequeña cabaña forestal en sentido contrario al que había ido el coche. El vehículo había salido de allí, pues había rodadas recientes. Tenía que ser esa cabaña.

Se acercó con cautela a la pequeña construcción cubierta de madera. Era rectangular, como una diminuta casa de aperos. Una preciosa cabaña bien mantenida. En el exterior solo faltaban un par de mecedoras en la puerta y una densa columna de humo saliendo por la chimenea para parecer una acogedora casita sacada de un cuento de hadas. Hasta que te acercabas a la ventana y la densa capa de mugre y polvo te impedían ver el interior.

Estudió con cautela los alrededores mientras la rodeaba y se asomaba a sus cuatro ventanas: una en cada lateral y dos en la parte delantera que daba al sendero.

En la puerta había un diminuto candado recién instalado. Reluciente, desentonaba con el aire rústico del exterior.

Escuchó un sonido metálico en el interior seguido de unos sollozos. Antes de volver a asomarse por una de las ventanas que había junto a la puerta, se concentró en los sonidos de la noche y, salvo por el canto de unas ranas, no parecía que hubiese nadie cerca.

La ausencia de luz en el interior y el vehículo que había visto ir en dirección contraria indicaban que si había alguien dentro de la cabaña no podía ser Ricardo.

Se acercó de nuevo a la puerta, se descolgó la bolsa de deporte y con movimientos rápidos sacó un arma y una palanca.

Cuando comenzó a arañar la madera para hacer saltar el candado, los sonidos metálicos del interior se intensificaron. Los sollozos se convirtieron en lamentos. Desgarradoras súplicas de una mujer aterrada.

—¿Sonia? —preguntó presionando la palanca a la par que controlaba el perímetro con fugaces golpes de vista.

—¡Ayúdame! ¡Quiere matarme! ¡No quiero morir! ¡Está loco! ¡Por favor, ayúdame!

—Voy a sacarte de ahí. —Colocó la palanca. Presionó. Gruñó.

Tras varios intentos fallidos, el pasador cedió y el candado salió disparado. ¿Había llegado a tiempo a su macabra cita?

Dóminic era el ejemplo perfecto de un psicópata de tomo y lomo. Entre Ramsés y Jackson —que se reunió con ellos en el despacho después de asegurar la habitación de Aurora—, Dóminic parecía calmado, contenido por unas cadenas invisibles y rodeado de un aura genocida.

Con la mirada perdida y acariciando de manera enfermiza la pulsera de Bryana entre el dedo índice y el pulgar, se mantenía en silencio. De cuerpo presente y a su vez muy lejos de aquel despacho mientras la Espartana les explicaba los motivos reales de su aparición y por qué habían decidido reclutar a Bryana.

—No sé de dónde te has sacado que quiero matarte, pero te aseguro que nunca fuiste ninguno de mis objetivos. Nadie elige la familia en la que nace.

Ramsés y Jackson se miraron el uno al otro por el rabillo del ojo. Dóminic, por el contrario, mantenía la vista fija en las manchas de sangre de la pulsera que acariciaba entre los dedos.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —le preguntó Ramsés —. Un reclamo para ejecutarlo.

Alma, sentada en el sillón tras la mesa con las botas sobre el escritorio, que se mantenía en un segundo plano en silencio, dejó de acariciar las hebras de su densa mata de pelo para sonreír ante la ocurrencia de Ramsés.

—Como gesto de buena fe, he decidido acudir con la compañera de Bryana, a la que me parece que ya conocéis, al menos de oídas. Alma ha sido quien nos ha avisado.

—¿Colaboras con los Ivanov? —Ramsés frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Estarías interesado en colaborar con nosotros?

Alma miró a Ramsés con fingido desinterés.

—No soy ninguna hermanita de la caridad —respondió con la

vista fija en la pequeña Ivanova.

Aitana chasqueó la lengua.

—Lástima.

—¿La sangre de la pulsera es suya? —Sin dejar de acariciar el metal, Dóminic alzó la vista del dispositivo de rastreo con inquina hacia Alma, que se limitó a asentir con un ligero movimiento de cabeza—. ¿Y dónde se supone que estabas?

—Siguiéndola.

—¿Siguiéndola o con ella? Porque son dos cosas muy distintas.

—Alma no tiene la culpa —intervino Aitana—. Todos sabemos cómo es Reina. Sabes tan bien como yo cómo era de inspectora. Sabíamos que esto podía ocurrir, por eso le asignamos a Alma. Montalvo también lo sabía. ¿Por qué crees que me llamó?

—¿Y si lo sabíais por qué has permitido que fuera sola? —le gruñó entre dientes, preso de una rabia dirigida hacia Alma y palpable en la tensión de todos los músculos de su cuerpo.

—Puede que mamá no le dé permiso para según qué cosas.

Todos los presentes, incluido el propio Ramsés, suspiraron aliviados cuando el teléfono móvil de Alma sonó.

De no haber sido así, por la mirada que le dedicó, era más que probable que hubieran tenido que volver a cambiar la alfombra.

—Es Alice. —Se levantó de la silla—. Ya sabe dónde está.

—¿Vas a venir o prefieres quedarte aquí regodeándote en tu pena? —De un salto, se bajó de la mesa.

—Yo conduzco. —Se guardó la pulsera en el bolsillo cuando pasaron por su lado.

—Vamos con vosotros. —Ramsés y Jackson los siguieron.

—Se te olvida coger la biblia, kloun —le dijo Alma caminando junto a la Espartana por el pasillo en dirección a las escaleras.

La Espartana le dio un cariñoso codazo en las costillas que provocó una comedida risa entre ambas.

—¿Qué me ha llamado? —le preguntó entre susurros a Jackson, que caminaba junto a él con las manos en los bolsillos del pantalón, detrás del fantasma asesino de Dóminic.

—Creo que… payaso. —Sonrió.

Alma alzó la vista por encima de su hombro antes de bajar las escaleras. Sonrió y le guiñó un ojo.

Por instinto, se cubrió la nariz con el antebrazo cuando un fuerte olor a heces, orina y desesperación mezclado con terror, sangre y muerte le golpeó al abrir la puerta.

La buena noticia era que no olía a cadáver. Al menos, no a uno reciente. Pero la acogedora casita de la pradera guardaba en su interior una verdadera casa de los horrores.

—¿Sonia? —Dejó caer la palanca al suelo y se sacó la linterna del bolsillo trasero del pantalón.

Alumbró al interior, buscando en primer lugar en las esquinas. «Madre de Dios». Aquello era el parque de atracciones de la inquisición del siglo XXI con las cadenas como protagonistas. Había por todas partes: colgando del techo, sobre una mesa metálica en el centro de la cabaña, en las paredes traseras, colgando de la madera…

—¿Sonia? —Entró apuntando con su arma.

«Maldito enfermo», pensó al ver las herramientas de acero que había junto a la mesa entre los que había un reluciente estuche de bisturís y agujas de todos los tamaños.

Tal y como ella creía, ese hijo de puta no solo quemaba a las víctimas con vida, también las torturaba.

—Soy Bryana. —Alumbró hacia la jaula que había a la derecha cuando escuchó un angustioso sollozo ahogado por el tintineo de una cadena.

En un rincón, hecha un ovillo, estaba Sonia, que se abalanzó hacia la rejilla de la jaula con el rostro desencajado por el horror.

—¡Bryana, cuidado!

El aire del SUV estaba cargado de tensión. Una tensión ardiente que no solo agradaba sino que divertía a Ramsés.

La Espartana se había disculpado por la irrupción en la vivienda del Egipcio y había ordenado a varios de sus hombres que reforzaran la seguridad de su casa en compensación. Una decisión poco popular entre los hombres del Egipcio, que poco a poco iban recuperándose del estado de duermevela en el que los habían sumido dos mujeres a las que doblaban en tamaño.

En el mismo vehículo en el que habían llegado, la Espartana se había ido para recoger, de camino a las coordenadas que les había facilitado, algunos… juguetitos antes de reunirse con ellos en el lugar en el que se suponía que encontrarían a Bryana.

Marcando el camino para encontrarse con la Alniyl Kuynu de su hermano, atravesó la Cañada con el SUV acompañado de Alma y seguido por Dóminic que, junto a Jackson, en un SUV negro idéntico, lo seguía, apremiándolo con un acercamiento trasero peligroso.

Miró por el retrovisor interior las luces del coche que conducía Dóminic. Frenó en seco para advertirlo de que aflojara el asedio cuando se detuvo al final del camino que separaba la Cañada de la otra realidad: el maravilloso mundo de las reglas.

Alma apoyó las manos en el salpicadero empujada por la inercia. Le dedicó a Ramsés una mirada inquisitiva resbalando por el cuero del asiento para volver a acomodarse.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó mientras se incorporaba a la carretera.

—¿Puedo saber qué problema tienes con mi edad?

Sin perder de vista la carretera y consciente de tener toda la atención de la pequeña Ivanova, sonrió de medio lado.

—Eres diminuta y pareces muy joven. Solo quiero saber si nos exponemos a una multa por no llevarte con el sistema de retención adecuado.

Las fosas nasales de Alma aletearon cuando cogió aire. Tensó la mandíbula. Sus enormes ojos castaños se convirtieron en dos finas líneas. La mirada de la pequeña Ivanova advertía que Ramsés había sobrepasado una línea peligrosa. Si no fuera porque ella podría salir herida, le habría partido el cuello en ese mismo momento.

Bajo la luz de la luna que iluminaba la noche, se regodeó de su hazaña. Era tan sencillo y divertido hacerla enfadar.

—¿Estás enfermo? —le preguntó acomodándose de nuevo en el asiento.

No estaba enfermo, pero era un adicto a la adrenalina y las prohibiciones. Y perturbar a una joven letal como ella se había convertido en su droga favorita.

—Supongo que moriré algún día. —Se encogió de hombros—. Pero no creo que sea de viejo ni enfermo. ¿Por qué? ¿Te parece que estoy enfermo?

Alma se giró sobre el asiento, se acercó a Ramsés y acarició con la punta de la nariz el cuello del Egipcio mientras recorría con una de sus delicadas manos la musculatura de su pierna en dirección a su miembro.

Ahogó un gruñido animal que la hizo sonreír. Se removió incómodo por la súbita presión de su entrepierna. Alma le acarició entonces con los labios el lóbulo de la oreja.

—Dudas de mi edad, cuando está claro que tengo la suficiente como para ponerte cachondo —le susurró en el oído—. ¿Eres consciente de lo que mi familia les hace a los perturbados como tú?

¡Oh, sí!, claro que lo sabía. Por eso le preocupaba tanto su juventud. Era un fanático del riesgo, pero no era estúpido: quería seguir respirando.

Se llevó la mano a la nuca. Hizo un mohín de dolor con el rostro cuando movió la cabeza y sintió como si una apisonadora hubiese decidido hacer un gazpacho con su masa cerebral. Tenía un zumbido ensordecedor en el oído derecho producto de un disparo que no había impactado en su cuerpo. No, al menos, como el golpe que le había abierto una brecha del tamaño de un palo de golf. «Qué imbécil. Te han dejado fuera de juego con tu propia palanca».

Se incorporó aturdida, sujetándose la cabeza y tratando de enfocar lo poco que veía con la luz de la luna que se colaba a través de la mugre de las ventanas.

—¿Sonia?

Escuchó el siseo de un metal arañando otro metal. Se miró las muñecas borracha por el golpe. No estaba atada.

Alzó la vista con los ojos entrecerrados para despejar la neblina y gateó hasta la red metálica con forma de panal de abeja.

Acarició la estructura. Estaba oscuro y veía doble, así que tendría que fiarse de su sentido del tacto hasta que recuperase por completo la visión.

—¿Sonia? —Con erráticos movimientos y aferrándose al panel de abeja se puso de pie.

La estructura de la jaula le recordaba a un gallinero rústico y gigante, con capacidad para albergar al menos a tres o cuatro personas. Construido de techo a suelo, pero no muy diferente a los gallineros que tenían en prisión.

—¡Torres, despierta! —Se agachó con cuidado.

Su sentido del equilibrio dejaba mucho que desear en aquel momento.

Agarró el panal metálico cerca de la junta de la puerta. Había visto infinidad de veces cómo las reclusas combaban la red de la jaula para poder robar los gallos para las peleas clandestinas de la lavandería. No parecía complicado. Si ellas podían robar unos gallos, ella tenía que poder salir de allí.

—Torres —le gruñó entre dientes—. No me he metido en este lío para que te mueras. ¡Eh!

El pánico se apoderó de ella. ¿Y si estaba en las últimas? Suspiró aliviada cuando un sonido, similar a un gruñido vespertino procedente de la mesa, parecía indicar que Sonia estaba con vida.

—¡Eh, Torres!

—¿Bryana? —le preguntó con voz ronca—. ¡Ay, no! ¡En la mesa no!

Torres comenzó a moverse de manera frenética sobre la mesa a la que había sido encadenada.

El ruido de las cadenas chocando con el metal era ensordecedor; como si tuviera una lavadora vieja centrifugándole la cabeza. Por

suerte, al comenzar a mover las piernas, Torres cesó.

—¡Ah! Hijo de puta —sollozó.

—¿Qué ocurre? —La maldita malla comenzaba a combarse, pero todavía le quedaba mucho para que se soltara.

—Me ha disparado. Por avisarte ese maldito cabrón me ha disparado en la pierna. Yo… —Comenzó a llorar—. Lo siento. Lo siento mucho, inspectora Reina. Tendría que haberla avisado, pero él amenazó con matarme y yo…

—En primer lugar —se retiró el sudor de la frente cerrando los ojos con fuerza—, no vuelvas a llamarme inspectora Reina. No he venido en misión de rescate, sino de cacería. —Se quedó mirando el panel metálico. Se había soltado. Ahora solo tenía que tirar con fuerza—. En segundo lugar, tú no has tenido la culpa de nada. El cazador se ha convertido en presa porque, de nuevo, he vuelto a subestimar a ese cabrón. —Ahogando un grito, arrancó el panal lo suficiente como para introducir, al menos, medio cuerpo—. Y, en tercer lugar —le dijo arrastrándose por el agujero. Siseó cuando se clavó en el vientre la madera y los clavos que sobresalían del marco—. ¡Ah, joder!

Si se alzaba, se arañaba la espalda con el panal; si se arrastraba, podía desgarrarse la piel del vientre.

—¿Estás bien?

—Sí, solo… necesito un minuto. —Optó por el gato metálico arañándole la espalda. Salió. Gateó hasta la mesa y, ayudándose con el tablero, se levantó—. En tercer lugar, tú y yo vamos a salir de aquí. —Sonrió esperanzada—. Déjame que te ayude con esas cadenas.

Jackson se aseguraba de llevar cargadas las dos armas de las que disponía. Habían salido con lo puesto y solo contaba con un par de pistolas, un par de cargadores y un machete. Mucho más que lo que llevaba Dóminic, que iba desarmado, aunque en su estado de enajenación mental era posible que no necesitase armas.

—No es culpa tuya.

—Cierra el pico. —Le dio largas a su hermano para que acelerase.

Si le hubieran dado las coordenadas lo habría adelantado, pero la

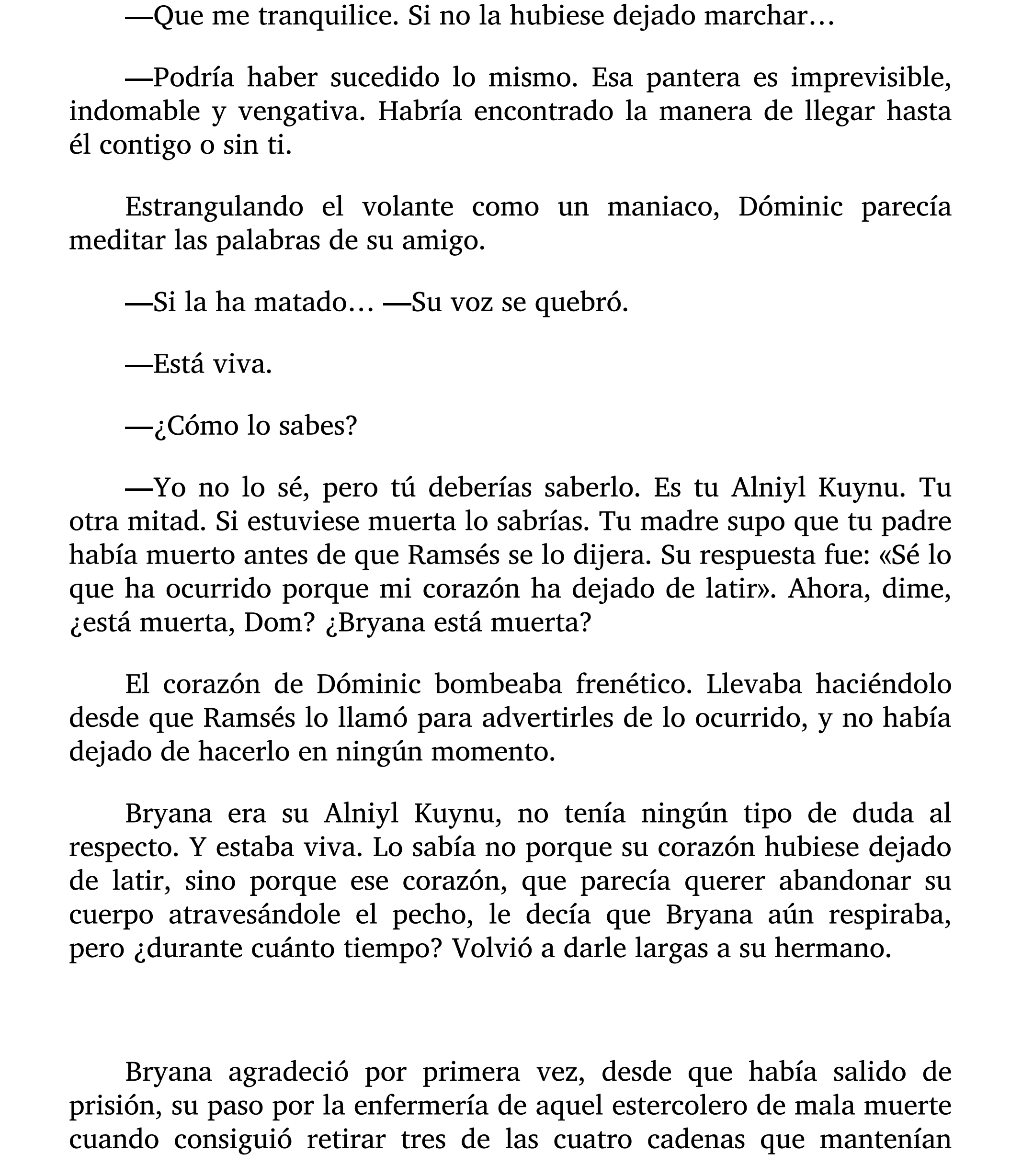
Espartana tuvo a bien no decírselo para «evitar males mayores».

—Dom.

—¡Qué!

—Tranquilízate.

Dóminic rio como un demente encerrado en la sala acolchada de un manicomio.



—Que me tranquilice. Si no la hubiese dejado marchar…

—Podría haber sucedido lo mismo. Esa pantera es imprevisible, indomable y vengativa. Habría encontrado la manera de llegar hasta él contigo o sin ti.

Estrangulando el volante como un maniaco, Dóminic parecía meditar las palabras de su amigo.

—Si la ha matado… —Su voz se quebró.

—Está viva.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no lo sé, pero tú deberías saberlo. Es tu Alniyl Kuynu. Tu otra mitad. Si estuviese muerta lo sabrías. Tu madre supo que tu padre había muerto antes de que Ramsés se lo dijera. Su respuesta fue: «Sé lo que ha ocurrido porque mi corazón ha dejado de latir». Ahora, dime, ¿está muerta, Dom? ¿Bryana está muerta?

El corazón de Dóminic bombeaba frenético. Llevaba haciéndolo desde que Ramsés lo llamó para advertirles de lo ocurrido, y no había dejado de hacerlo en ningún momento.

Bryana era su Alniyl Kuynu, no tenía ningún tipo de duda al respecto. Y estaba viva. Lo sabía no porque su corazón hubiese dejado de latir, sino porque ese corazón, que parecía querer abandonar su cuerpo atravesándole el pecho, le decía que Bryana aún respiraba, pero ¿durante cuánto tiempo? Volvió a darle largas a su hermano.

Bryana agradeció por primera vez, desde que había salido de prisión, su paso por la enfermería de aquel estercolero de mala muerte cuando consiguió retirar tres de las cuatro cadenas que mantenían

prisionera a Sonia.

Había visto a muchas de las reclusas liberándose de los grilletes con objetos afilados y movimientos imposibles dignos de un contorsionista.

Durante su etapa de inspectora nunca utilizó los grilletes, siempre prefirió utilizar los lazos porque sabía que era posible que un detenido se liberase. En la cárcel comprobó que sus reticencias no fueron nunca desencaminadas, y cuando la última de las cadenas hizo clic, lo corroboró con creces.

—¿Puedes andar? —le preguntó ayudándola a ponerse de pie.

Ricardo le había disparado en el muslo. Antes de ayudarla a ponerse de pie, le taponó la herida de bala con un trozo de camiseta que se había arrancado del bajo desgarrado por los clavos de la jaula.

—Creo…, creo que tengo la bala alojada en el hueso —gruñó entre dientes cerrando los ojos cuando apoyó la pierna.

—Torres. —Le soltó un par de cachetes en la cara cuando su respiración se tornó errante—. ¡Eh, Torres! Tienes que aguantar. No pienses en el dolor. Concéntrate en salir de aquí con vida, ¿vale?

Sonia abrió los ojos, asintiendo. Se apoyó en la mesa, y sujetándose la una a la otra comenzaron a andar hacia la puerta.

La cabaña era diminuta desde fuera. Tendría unos cincuenta metros cuadrados escasos, pero a oscuras y malheridas, parecía el maldito palacete de un conde psicópata.

Empujó a Torres al otro lado de la cabaña cuando, de una patada, Ricardo abrió la puerta cargado con dos enormes garrafas.

Al verlas de pie y libres, dejó las garrafas en el suelo. Antes de que pudiera sacar lo que suponía un arma, que por su movimiento intuyó que debía guardar en las lumbares, se abalanzó sobre él con el bisturí con el que se había ayudado para abrir los cierres de las cadenas.

—¡Corre! —Se lo clavó en el muslo.

Como un cervatillo malherido, Torres corrió hacia la puerta, pero Ricardo sacó el arma y empujó a Bryana, que cayó de mala manera sobre las garrafas de aceite almacenadas junto a la puerta. Se golpeó

en la nuca, justo en la brecha, acrecentando el dolor que mermaba casi la totalidad de sus facultades.

Torres consiguió salir de la cabaña. Ella se levantó dolorida y alentada solo por el mismo estúpido sentido de la supervivencia que la había mantenido con vida los últimos cinco años.

Si no podían salir las dos con vida, al menos quería asegurarse de que Sonia conseguía escapar y, con suerte, volver con refuerzos. Pero antes de que pudiese placar a Ricardo, disparó a Torres por la espalda desde la puerta.

—¡Hijo de…! ¡Ah! —Llegó hasta ella con un par de pasos y la izó por el pelo.

Se desclavó el bisturí del muslo como el que le quita la etiqueta a un pantalón nuevo y se lo clavó a Bryana en el vientre.

Ahogó un grito cuando el metal le atravesó las entrañas. Se llevó la mano a la herida mientras forcejeaba y con la otra trataba de liberarse.

En lo más profundo de su alma sabía que para ella el macabro juego no había hecho más que comenzar, sin embargo, no iba a llorar. No iba a gritar. No iba a rendirse. Si tenía que morir, lo haría luchando.

Ya habían revisado el SUV que Bryana había abandonado cuando la Espartana llegó en una Pick-Up negra. Al bajarse del vehículo, tan solo se molestó en mirar a Alma, que respondió negando con la cabeza a la íntima conversación que se da entre aquellos cuya confianza es ciega el uno en el otro.

Colocó un mapa de la zona sobre el capó del SUV abandonado al que todos se acercaron, excepto la pequeña Ivanova, que rodeó la Pick-Up en dirección a la caja batea.

—Previsiblemente, nuestra chica está aquí. —Alumbrada por los faros de la camioneta, señaló con el dedo lo que el pictograma marcaba como una cabaña forestal.

—¿Previsiblemente? —Dóminic no miraba el mapa; focalizaba su contenida ferocidad en la Espartana.

—Según nuestras investigaciones, esta propiedad es de Ricardo. La compró hace seis años. Era uno de los puntos calientes que Alma y Bryana tenían que revisar. Juntas —puntualizó.

Alma se aceró a Dóminic y le entregó un sofisticado subfusil de asalto. Repitió el proceso con todos, excepto con Ramsés, a quién dejó para el último y al que se limitó a lanzar el subfusil desde la caja de batea.

Sonrió con suficiencia cuando recogió el arma al vuelo. No estaba muy lejos de ella. No había dejado de seguir sus pasos, obnubilado por la profesionalidad y la sensual frialdad de la joven. Consternado, excitado y pensativo.

—¿Sabes utilizar una de estas? —le preguntó cargando el arma cuando Alma pasó por su lado para seguir los pasos del trío que se disponía a partir en busca de Bryana.

—Mejor que tú lo que tienes entre las piernas.

—Te propongo un trato. —Sujetó a Alma del brazo por encima del codo, provocando que el vello del cuerpo de la joven se erizase.

Contrariada, Alma se concentró con curiosidad allí donde Ramsés la sujetaba antes de alzar la vista hasta su rostro. Miró de soslayo a los tres que debían acompañar y que ya saltaban el guardarraíl.

—Si Bryana sale de esta, me dirás tu edad.

Alma frunció el ceño.

—¿Tan importante es para ti?

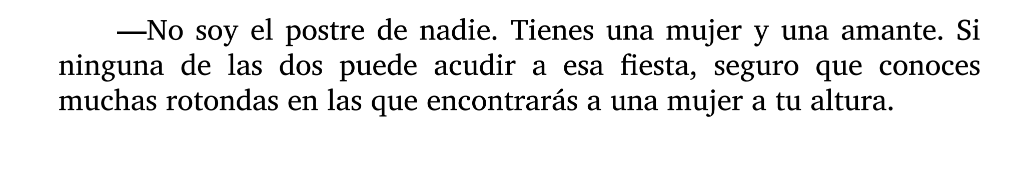
—Esos dos unirán sus vidas. —Con un golpe de cabeza, señaló el lugar por el que se había marchado su hermano—. Necesitaré una acompañante para la fiesta y me gustaría seguir manteniendo la cabeza sobre los hombros.

Alma enarcó una ceja, sonriendo de medio lado.

—¿Y quién dice que yo quiera acompañarte a esa fiesta?

—Todos los poros de tu piel. —Acarició con la yema del dedo el brazo con el que estaba sujetándola. Alma contuvo un escalofrío que se hizo patente en su respiración entrecortada—. Tu mirada.

Alma ladeó el rostro y chasqueó la lengua.


—No soy el postre de nadie. Tienes una mujer y una amante. Si ninguna de las dos puede acudir a esa fiesta, seguro que conoces muchas rotondas en las que encontrarás a una mujer a tu altura.

Capítulo 33

Era su fin. La sangre abandonaba su cuerpo en cascada por la herida del vientre. Le flaqueaban las fuerzas y la cabeza le daba vueltas.

En su estado, y después de propinarle varios golpes y patadas a Ricardo, no le fue difícil lanzarla sobre la mesa como si de un peso muerto se tratara.

Consiguió encadenarla y, mientras ella intentaba reconocer el interior de la cabaña iluminada, Ricardo salió para recoger el cuerpo sin vida de Torres.

Lo tiró de mala manera junto a las garrafas de aceite almacenadas al lado de la puerta.

El abotargamiento le nublaba la visión. El dolor de la cabeza y de vientre eran tan intensos que apenas los sentía. O tal vez, su cuerpo simplemente se preparaba para liberar su alma.

Cerró los ojos. En la más absoluta oscuridad, dos soles dorados acudieron a su mente.

En aquel momento agradeció que Dóminic la hubiera rechazado. Al haberse librado de ella, no se sentiría culpable.

Le alivió saber que sus padres no vivían para enterrar a otro hijo. Cábanno estaría esperándola allí donde se reuniesen las almas, si es que existía algún lugar así en algún plano existencial en los que su querida amiga creía. Por el único por el que lo sentía era por Parker.

Al menos se marcharía con la conciencia tranquila, habiendo hecho las paces con su amigo, intentando salvar a una mujer inocente y, por qué no reconocerlo, habiéndose enamorado, aunque fuese un amor no correspondido. ¡Qué más podía pedir!

Ricardo caminó alrededor de la mesa con mirada triunfal, observando a Bryana cual enamorado.

—Mírate. Ni una lágrima. Ni una súplica. —Acarició la mejilla de Bryana—. Sabía que no me defraudarías. —Le retiró un mechón de pelo que la sangre había pegado a su labio.

Abrió los labios para permitirle introducir el pulgar en su interior.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, le mordió el dedo.

Ni se inmutó. Ni siquiera pestañeó, a pesar de que le apretaba con tanta fuerza que se lo habría arrancado de cuajo si la usencia de dolor por parte de Ricardo no la hubiese dejado desconcertada.

—Insensibilidad congénita al dolor —le dijo respondiendo a la pregunta que veía en sus ojos grises.

—Por… eso torturas —balbuceó.

La garganta parecía una lija a estrenar y probablemente alguna costilla le había perforado un pulmón, porque le costaba respirar. Cada vez que inhalaba aire, sentía un burbujeo en el interior de sus pulmones, como si estuvieran encharcándose.

Si Ricardo no acababa con ella, moriría ahogada en su propia sangre o, tal vez, desangrada por la herida del vientre.

—Mi vocación siempre fue la anatomía forense, pero ¿qué clase de forense puedo ser si no soy capaz de medir el umbral del dolor? No siento dolor, Bryana. —Cogió un bisturí y se lo clavó en el muslo una, dos, tres y hasta cuatro veces. En su rostro no se reflejó la más mínima molestia.

—¡Sádico hijo de puta! —le gritó cuando Ricardo atravesó su muslo hasta cuatro veces, al igual que había hecho consigo mismo.

—Tú puedes sentirlo —le dijo, recreándose en los gritos.

Aletargada por la pérdida de sangre y el dolor, permitió que estudiara sus heridas. Cerró los ojos. Se sentía como una maldita cobaya moribunda.

Un lejano pitido la devolvió a la realidad, como si aquel mundo se negase a permitir su marcha.

Se obligó a abrir los ojos y miró a su derecha, hacia el lugar del que provenía aquella alarma, hacia una mesa de trabajo labrada sobre madera con herramientas de ebanistería perfectamente ordenadas.

Entre la bruma, le pareció ver un par de pantallas de televisión descatalogadas con dos cuernos como antena y en blanco y negro.

A esa distancia y concentrada en mantener una respiración que cada vez le costaba más, no fue capaz de apreciar gran cosa. Lo que sí

le pareció escuchar fue una sarta de maldiciones ininteligibles.

—Es una lástima que tenga que desperdiciar de esta manera el mejor de mis ejemplares. Me ha costado mucho traerte hasta aquí. —Volvió junto a la mesa y acarició el rostro de Bryana—. Siento no poder quedarme. —Se dirigió a las garrafas que había dejado sobre la puerta y comenzó a derramar el viscoso líquido sobre el cuerpo de Torres. Dejó las garrafas vacías y cogió un par de las que tenía junto a la puerta para rociar la entrada—. Siempre me quedará la duda de saber si mueres por asfixia o por el shock de las quemaduras, como tu querida amiga. —Tiró las garrafas, cogió uno de los botes que había junto a uno de los televisores y una brocha—. ¿Recuerdas el olor de los escenarios? —Movió el bote, divertido, frente a Bryana. Lo abrió y le pinceló los brazos, el vientre y el rostro—. Miel. Ayuda a fijar las quemaduras.

El dulce aroma de la miel se entremezcló con el aceite convirtiéndose en el tétrico olor que Bryana reconocía tan bien y que nunca podría olvidar.

Si le hubiesen sobrado fuerzas, cuando se aceró a su rostro para ponerle la dulce mascarilla de la muerte le habría saltado los dientes de un cabezazo, pero no quería moverse. Seguramente abandonaría el lugar y quería guardar las pocas fuerzas que le quedaban para intentar escapar una última vez cuando tuviese alguna posibilidad.

Si salía de allí, iría de nuevo a por él. Se convertiría en el jodido fantasma de sus peores pesadillas. Lo atraparía y se vengaría.

—Adiós, querida. —Dejó el bote y el pincel junto a la cabeza de Bryana y le acarició la maraña de pelo ensangrentada que caía en cascada por el borde de la mesa—. Ha sido un placer, pero me debo a la ciencia —le dijo de camino hacia la puerta.

Se giró una última vez para poder mirar antes de encender un Zippo, tirarlo sobre el cuerpo de Torres y perderse en mitad de la noche.

A escasos setecientos metros de la cabaña, el monte se convertía en un peligroso campo de trampas con sensores de movimiento y cámaras inalámbricas que advertían al propietario de la presencia de invitados no deseados.

Allí encontrarían a Bryana. Aquel debía ser el escondite de

Ricardo. ¿Por qué tomarse tantas molestias en asegurar el perímetro si no se tenía nada que proteger o esconder?

Jackson y Alma se adelantaron al grupo. No les fue fácil porque el viento traía consigo la advertencia de haber sido descubiertos y la enajenación mental de Dóminic creció hasta hacerla explotar, pero se deshicieron de todas las trampas según avanzaban.

Cada vez se encontraban más cerca. A cada paso que daban, el olor a humo era más intenso.

Cuando llegaron a la cabaña, la madera exterior era pasto de las llamas. Las ventanas habían estallado y una enorme bola de humo irrespirable se alzaba con sus brillantes lenguas de fuego hacia la luna.

Alma no se quedó a ver el espectáculo. Tras inspeccionar los alrededores y ladear la cabeza hacia algún punto en la oscuridad detrás de la cabaña, le hizo una señal a la Espartana y echó a correr campo a través.

Ramsés la observó extasiado. El aura depredador que envolvía a la pequeña Ivanova era hipnótico. Si no hubiera tenido que asegurarse de que Dóminic no iba a cometer una locura habría ido tras ella.

—¿Adónde va? —le preguntó a Aitana mientras controlaba a su hermano, que había dejado caer el arma al suelo y como un animal desesperado rodeaba la cabaña dispuesto a atacar las lenguas de fuego que la consumían.

—A buscar al asesino.

Ambos ayudaron a Jackson a interceptar a Dóminic antes de que entrase como un suicida por la puerta.

—¡Bryana! —Forcejeó—. ¡Bryana! —Luchó.

—¡Cálmate! Puede que no esté ahí dentro. —Rodeó el cuello de su hermano mientras la Espartana y Jackson bloqueaban su hercúleo cuerpo consumido por la angustia—. Puede que solo haya quemado las pruebas de sus asesinatos. —Lo atrajo hasta su cuerpo y lo abrazó.

Por primera vez desde que eran unos críos y el oscuro mundo del narcotráfico se apropió de su infancia, Dóminic se rompió.

Abrazado a su hermano entre lágrimas veía cómo las llamas engullían la cabaña. Solo cuando el dolor hubo llegado a un límite

inhumano, se relajó en los brazos de Ramsés. Fue entonces cuando Jackson y Aitana se atrevieron a soltarlo.

El infierno debía ser un paraíso comparado con aquel pequeño horno de madera. El humo rápidamente se extendió por el interior volviendo el aire irrespirable. Las llamas iluminaban las espesas volutas danzarinas que le impedían la visión.

Consiguió liberarse en cuanto Ricardo desapareció por la puerta, descubriendo que era más fácil hacerlo uno mismo que intentar ayudar a otra persona.

Entre lágrimas miró el cuerpo en llamas de Sonia al dejarse caer al suelo como un peso muerto desde la mesa. Tosiendo, se arrastró hacia la puerta todo lo rápido que le permitió su determinación, el instinto de supervivencia y sus ansias de venganza. El problema era que el fuego corría más que ella. Tosió, haciéndose un ovillo en el suelo.

Toser era bueno. Liberaba sus pulmones de la sangre que poco a poco estaba encharcándolos. O lo habría sido si no fuera porque el humo estaba asfixiándola.

Entre lágrimas, alzó la vista hacia la puerta, oculta por una densa cortina de humo negro. Había estado tan cerca… Cerró los ojos. Le escocían.

De manera intensa y fugaz recordó a su hermano, a sus padres y a Cábanno. Abrió los ojos. Las sinuosas llamas, con su erótico baile, le evocaron los ardientes ojos dorados del desierto que, durante una noche, se habían convertido en su mayor perdición.

—Anubis —susurró. Un lacerante dolor le atravesó el pecho al recordar a Dóminic—. Anubis —dijo un poco más alto, llamándolo como si él pudiera salvarla de una muerte que se relamía ante su destino—. ¡Anubis! —El grito la hizo toser. La sangre le salía a borbotones por la boca. A duras penas, el veneno en forma de aire era capaz de llegar a sus pulmones—. ¡Anubis! —gritó con todas sus fuerzas. Las llamas cada vez estaban más cerca, pero, si tenía que morir, quería hacerlo reclamándole al dios de los muertos que guiara su alma—. ¡Anubis! —Alzó la vista hacia la puerta. Tosió. Comenzó a convulsionar.

Había llegado el final de su camino. Alzó la mano al aire hacia las

sombras envueltas en llamas. Hacia una vida que había perdido. Sonrió. Al menos esta vez, había luchado hasta el final.

Dóminic no fue el único en alzar la vista hacia la cabaña.

—¿Lo habéis escuchado? —les preguntó mirando hacia las llamas.

Ramsés y Aitana se miraron con preocupación. Jackson no estaba, había ido tras la estela de Alma siguiendo una orden no dicha de Ramsés.

—Dom. —Ramsés agarró por la nuca a su hermano para obligarlo a que se concentrara en él.

—Dime que lo has oído.

Ramsés lo abrazó. No le hizo falta contestar a la pregunta, como tampoco le hizo falta saber qué haría Dóminic en cuanto encontrase la respuesta en su mirada.

Contrajo el rostro en una mueca de dolor desgarradora. Lo soltó y permitió que entrase en la bola de fuego.

—¡Dom! —Aitana miró a Ramsés como si el Egipcio hubiese perdido la cabeza cuando la sujetó para impedir que alcanzase a su hermano—. ¡El techo se vendrá abajo en cualquier momento!

—Con el fuego de su aliento, Sekhmet dio vida a las arenas del desierto —dijo con la vista fija en las llamas antes de soltarla.

—¡Morirán los dos ahí dentro!

Capítulo 34

Como una sombra se escurrió por las verjas del cementerio. Caminó por el sendero iluminado por la luz de la superluna que se alzaba sobre el manto de estrellas de la última noche de primavera.

Con una rosa blanca en la mano, entre mimosas, lavanda y claveles, ascendió por la colina del camposanto acariciando con la yema de los dedos el suave mármol de las lápidas que marcaban el camino hasta el panteón familiar.

Las coronas frente a la entrada indicaban que, como todos los años desde hacía diez, sus padres, sus tíos y sus hermanas ya habían peregrinado hasta allí. Y como cada año desde que la guerra en su familia acabó, llevándose consigo el mal y una parte de su corazón, Alma acudió al cementerio sola, incapaz de hacerlo en familia por sentir, hacia el recuerdo de un hombre que no debió morir, lo que ella siempre creyó que era amor.

Se detuvo a las puertas del gran panteón familiar. Aquel año, mientras caminaba hacia allí, no se vio ahogada por la tristeza. Sus recuerdos no estaban teñidos de lamento, sino de alegría. La paz por saber que él se encontraba junto a su amada no se le atragantó como una enorme bola de fracaso.

Desde hacía casi un año, el recuerdo de Eduard estaba ahí, en su corazón, pero no dolía. No como lo había hecho hasta entonces.

Se colocó un mechón de pelo tras la oreja que la fresca brisa primaveral le había soltado de la trenza de espiga en la que siempre llevaba recogida su larga mata de pelo castaño.

Se llevó la mano al pecho y, de cuclillas, dejó la rosa sobre la inscripción de bronce que identificaba aquella parcela bendita como territorio Ivanov.

Por el rabillo del ojo miró de soslayo hacia uno de los abetos que quedaban a un par de pasos tras ella. Al levantarse, sacó con disimulo una de las dagas que llevaba escondidas en el interior de sus botas de caña militares, se giró y se la lanzó a la sombra apostada junto al árbol.

—Disculpa, no quería asustarte —le dijo Jackson tras esquivar la daga, que impactó sobre el tronco del abeto.

—Te lo dije hace un año en mitad del bosque: no vuelvas a perseguirme así en la oscuridad. Podría matarte sin querer hacerlo.

—Lo dudo. Tu madre te ha adiestrado muy bien. —Arrancó la daga de la corteza y se mantuvo oculto entre las sombras, permitiendo que Alma solo viera parte de su inmaculado traje negro—. Era un buen hombre —le dijo mirando la rosa que ella había dejado a los pies del panteón.

—¿Lo conocías?

—No tuve el gusto de hacerlo personalmente. —Alzó la vista hacia la pequeña Ivanova—. Tu familia nunca ha sido demasiado accesible, pero sí conozco esa parte de ti que ha hecho desaparecer las pesadillas y que te tiene tan desconcertada. —Cerró los ojos y se dejó llevar por el susurro del viento. Inspiró con pausada solemnidad—. Isis… —Dejó escapar entre sus labios soltando el aire, dándole voz a la suave brisa.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando Jackson abrió los ojos y los posó en ella con clarividencia. Entornó su sensual mirada de gata y escrutó su rostro a través de dos finas líneas castañas.

—¿Tu jefe te ha enviado otra vez por si necesito ayuda?

—Ramsés ya no es el jefe, y sabe que no necesitas ayuda, pero no esperes que lo acepte. —Se sacó una pequeña bolsa de piel de melocotón roja y se la tiró a la joven—. Me ha enviado a buscarte.

Alma estudió la bolsa, que había cogido al vuelo, antes de deshacer el lazo de oro que la cerraba.

—¿Qué es esto?

—Un brazalete y un pendrive. El brazalete es tuyo. El pendrive es para Bryana, aunque, tal vez, tú también deberías echarle un vistazo al contenido. Te vendría bien saber ciertas cosas.

—¿Por qué no se lo enviáis a la villa? —Sacó el brazalete del interior.

Bajo la luz de la superluna, la joya deslumbró a Alma por su delicada belleza. Grabado en oro macizo, varias serpientes rodeaban la figura de una mujer que, como un ángel con sus alas extendidas, sujetaba un cetro con la cúspide también alada.

—Lo hemos intentado en un par de ocasiones, pero siempre nos lo devuelve. Necesitamos que vea lo que hay en ese pendrive. —Dio un paso hacia ella, mostrándose bajo la luz de la luna—. Necesitamos que nos ayudes.

Cuando alzó la vista hacia Jackson, ahogó un suspiro de horror al ver su rostro marcado por una cicatriz que le recorría la mejilla y le partía el labio, endureciendo sus facciones de pícaro y enturbiando uno de sus preciosos hoyuelos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó tratando de contar los moretones parduzcos que maquillaban su cara.

—Dóminic está descontrolado. Todos los días baja al sótano para torturar al Cremador con la esperanza de llenar el vacío con el que la ausencia de Bryana ha envenenado su alma.

—No siente dolor.

—Lo sabe.

—Creía que estaba muerto.

—Su recuerdo es lo único que mantiene viva la poca humanidad que le queda. ¿Qué crees que ocurre cuando intentas liberar tu dolor haciéndole daño a alguien que no lo siente? ¿Quién crees que contiene a la bestia?

—No deberías permitir que te hiciera eso. No puedo creer que Ramsés deje que Dóminic te utilice como un saco de boxeo.

—Ramsés no es quien se lo permite. Lo que ves son las consecuencias de tratar de evitar que Dóminic mate a su hermano. Un precio muy bajo teniendo en cuenta que me salvaron la vida.

Alma observó a Jackson un segundo antes de sacar el pendrive y guardárselo en el bolsillo del pantalón. Metió el brazalete en la pequeña bolsa y se lo tendió.

—Toma. Puedes devolvérselo. Le entregaré el pendrive a Bryana y me aseguraré de que conozca la información que hay en su interior. Sé lo que es convivir con una persona dominada por sus demonios. —Guiada por sus recuerdos, miró hacia el panteón—. Dile a Ramsés que no es necesario que me pague. Os ayudaré.

—El brazalete no es un pago. Solo estoy devolviéndote aquello

que te pertenece. —Le entregó la daga. Metió las manos en los bolsillos y se marchó entre las sombras en silencio.

Alma miró la bolsa del brazalete. Se guardó la daga y alzó la vista por encima de su hombro hacia el panteón familiar.

—Voy a echarte mucho de menos —dijo antes de volverse para mirar el camino por el que se había ido Jackson.

Once meses y quince días después de lo que todos consideraron un milagro, Bryana flotaba a la deriva en el estanque bajo el sauce del jardín trasero de la villa en la que ahora vivía.

Se sentía casi completa y culpable. Muy culpable. Había vuelto a nacer, había sobrevivido, tal y como llevaba haciéndolo los últimos seis años: muerta en vida.

Cerró los ojos y se impulsó con sosegada parsimonia entre los nenúfares. La falsa paz que mecía y relajaba sus músculos solo era una quimera bajo la que escondía su desangelado corazón.

Abrió los ojos y se incorporó llevándose la mano al pecho con la imperiosa necesidad de coger aire. Cada vez que los cerraba, las llamas la engullían de nuevo, el aire abandonaba sus pulmones y los ojos dorados de Dóminic la envolvían y la mecían entre las brasas.

Recogiendo agua del estanque con sus manos, se cubrió el rostro y ahogó un angustioso lamento.

No temía a las pesadillas, con el tiempo descubrió que al que temía era a Dóminic. A su recuerdo, a sus propios sentimientos. Anhelaba sus caricias, su mirada, su chulería y hasta sus pullas.

Había pasado cuatro meses en un coma inducido. Poder hacer algo tan cotidiano como alcanzar un vaso de agua o volver a caminar le había llevado tres meses más. Tardó otro en deshacerse de las muletas.

Gracias a Alma y al mejunje con el que su tía, Aiko, embadurnaba su cuerpo todos los días tres o cuatro veces, apenas le habían quedado marcas de quemaduras. Se miró las palmas de las manos.

Nunca supo qué era aquel ungüento mágico y prefería no saberlo. Olía a rata muerta, pero tenía que reconocer que le había dejado la

piel suave como la de un bebé, aunque hasta hacía un par de meses todavía la había sentido tirante. Como si se hubiese puesto un traje de látex que no terminaba de amoldarse por completo a su cuerpo.

Se llevó la mano al pelo mirando el reflejo de su rostro en el estanque. Siempre lo había llevado corto. Le parecía práctico, rápido de secar, lavar y no exigía cuidados en exceso. En prisión se lo dejó crecer y cuando salió de aquel estercolero la densa melena negra le llegaba hasta la cintura. Once meses y quince días después apenas cubría sus hombros. Tuvieron que rapárselo al cero. Lo tenía destrozado por el aceite, la miel y el fuego.

Cuando se vio por primera vez en un espejo se asustó de sí misma. Estaba demacrada. Había perdido al menos quince kilos. Se le notaban todos los huesos del cuerpo. Su rostro era el vivo reflejo de la muerte a la que milagrosamente había burlado.

Se hundió en el estanque y buceó hasta la orilla. Gracias a Alma, había recuperado el tono muscular. Físicamente era más fuerte y ágil que antes de su estancia en el limbo.

Aquella joven era espectacular. Una compañera perfecta. Una buena persona con un corazón maravilloso. La complicidad que forjaron durante ese año le mostró una versión de Alma desconocida para el resto del mundo. A pesar de su juventud, era muy valiente y resolutiva. Teniendo en cuenta su pasado, su familia y su vida, la fuerza interior que poseía aquella joven le parecía inalcanzable para el resto de los mortales.

Emergió de las profundidades del estanque para salir del agua. Disfrutó de la suave brisa acariciando su hipersensible piel desnuda mientras se acercaba al banco que tenía enfrente, bajo el sauce. Se vistió con la ropa de deporte y caminó hasta la casa en soledad, sumida en sus propios pensamientos, hasta que Black y Shadow, los gigantescos amstaff de Aitana, se acercaron a ella con una pelota de tenis en la boca amenizándole el resto del camino.

Cuando llegaron a la puerta principal de la casa les dejó entrar. Buscó entre los vehículos aparcados frente a la entrada la Yamaha de Alma. No estaba.

Ambas tenían la noche libre. Quizá su compañera no apareciera por allí hasta el día siguiente. Al fin y al cabo, aquel día había sido complicado para ella. Un aniversario difícil de olvidar, para superar junto a sus seres queridos. A diferencia de Bryana, Alma sí tenía una

familia. Un… hogar.

Intentó deshacerse del recuerdo de Dóminic que asaltó sus pensamientos de nuevo. No había vuelto a saber de él desde que se vieron en comisaría antes del milagro. Comenzó a subir las escaleras de estilo colonial con el piloto automático encendido.

Antes de perder el conocimiento entre las llamas, sintió una fuerte presencia rodeando su cuerpo. Se sintió en paz, de regreso a un hogar que no debió abandonar y del que la echaron a patadas. Apretó los puños a ambos lados del cuerpo mientras atravesaba el descansillo del primer piso en su ascenso a la segunda planta, donde se encontraban las habitaciones.

No se detuvo a comprobar si había alguien en la sala de ordenadores ni en el gran salón que utilizaban para las reuniones. Todo el equipo estaba fuera en varias misiones, cazando a desgraciados como el que le arruinó la vida.

Apoyó el pie en el primer escalón que conducía a la segunda planta. «A lo mejor piensa que estoy muerta». Negó con la cabeza y continuó subiendo.

El muy bastardo no había intentado ponerse en contacto con ella desde que la indujeron al coma. Tenía que saber que seguía con vida porque le habían hecho llegar pequeños paquetes a la villa que ella siempre había devuelto sin abrir. Suspiró subiendo el último tramo de escaleras que le quedaba.

Pasada la medianoche, su sexta maratón de canales buscando algo decente con lo que perder el sentido en la televisión que tenía colgada frente a la cama, sobre el escritorio que había junto a la puerta del baño, se vio interrumpida por la abrupta irrupción de Alma.

—Tienes que ver esto. —Caminó hacia el escritorio con un pendrive en la mano.

—No te he escuchado llegar. Creía que no había nadie en la casa. —Se incorporó en la cama, se apoyó sobre el cabecero y encendió la luz de la habitación.

—No hay nadie. No me has escuchado porque seguro que has estado más de una hora llorando en la ducha. —Conectó el pendrive al puerto USB y se acercó a la cama con el portátil que Bryana tenía

sobre la mesa—. Te crees que no lo sé, pero sé que lloras todos los días desde que te despertaste del coma.

—¿Nos han asignado un caso? —le preguntó incómoda.

En ocasiones, olvidaba que el estricto entrenamiento al que Ayshane había sometido a su hija, incluía el superpoder de ser capaz de encontrar a través del sonido cualquier cosa que estuvieran buscando, incluso si se encontraban en mitad de un concierto de heavy metal.

Gracias a Dios, en la casa solo Alma tenía ese talento. Los demás lo habían intentado, incluso ella, pero, al parecer, tenían la misma concentración que un adicto al crack.

—Más o menos. —Se sentó junto a ella encendiendo el ordenador —. Digamos que Aitana no pondrá ninguna objeción.

—Pensé que no te vería hasta mañana. Ya sabes, por lo de…

—Mis lágrimas no van a devolvérmelo y a ti las tuyas tampoco. —Se concentró en los archivos de la pantalla—. Él no me amaba, pero tú sí tienes a alguien que te ama y que está sufriendo —alzó la vista con el archivo preparado para reproducirlo—, mientras el resto solo podemos limitarnos a pagar vuestras estupideces. —Bryana frunció el ceño, contrariada—. No me mires como si no supieras de lo que estoy hablándote. Al menos yo solo tengo que aguantar tu cara de chupar limones. —Pulsó el play del vídeo y giró el portátil para que Bryana pudiese ver las imágenes de uno de los cinco archivos que contenía el pendrive.

Ahogó un angustioso quejido. Se llevó la mano a los labios cuando el corazón golpeó su pecho al ver por primera vez desde hacía casi un año la imagen de Dóminic.

Aquel hombre, que a pecho descubierto y con los puños ensangrentados golpeaba sin piedad en una esquina del cuadrilátero de arena el rostro desfigurado de un joven, con el traje cubierto de polvo e inconsciente, no era Dóminic. Era Anubis. La leyenda.

En las imágenes se veía cómo el resto de sus hombres los miraban sin romper la formación alrededor del cuadrilátero, temiendo que Ramsés y Jackson, que intentaban detener el brutal ataque, no fueran capaces de librar a aquel pobre desgraciado de la bestia que se cernía sobre él.

—Jackson me lo ha entregado hoy en el cementerio. —Bryana la escuchaba sin ser capaz de apartar la vista del vídeo cuando la imagen cambió—. Son imágenes de las cámaras de seguridad del perímetro interior de la casa. No están trucadas. Me he encargado de que lo comprueben. —Apretó la mandíbula cuando en la imagen apareció Ramsés.

A pecho descubierto, con unos holgados pantalones de deporte y descalzo, al igual que su hermano, Ramsés parecía dispuesto a enfrentarse a la leyenda más temida de su propio ejército de narcotraficantes.

Cuando Anubis se abalanzó sobre Ramsés, quiso apartar el portátil.

—Tienes que verlo. —Alma volvió a colocar el ordenador sobre las piernas de Bryana.

—No puedo. —Cerró los ojos e intentó controlar su desbocada respiración.

No veía las imágenes, pero podía imaginarse lo que estaba sucediendo por los jadeos, los golpes y los aullidos de dolor que inundaban la habitación.

—Bryana, abre los ojos. Ahora.

El siseo y el tono imperativo de Alma ocasionó que volviera a concentrarse en las brutales imágenes. Si no lo hacía, su amiga era capaz de abrírselos a la fuerza y mantenérselos abiertos con alfileres.

Cuando vio cómo Ramsés, ensangrentado, trataba de defenderse con un cetro dorado del ataque de un animal cubierto también de sangre de pies a cabeza y cómo Anubis se lo arrebataba tras un forcejeo a golpes, decidió que no quería seguir viendo aquello.

Se levantó de la cama a la vez que Jackson entraba en el cuadrilátero cuando Anubis trató de ensartar con la cuchilla que el cetro tenía en la cúspide a su propio hermano.

—Está descontrolado —le siseó Alma entre dientes.

Aquel bufido de serpiente inquietaba mucho a Bryana porque su amiga solo arrastraba las eses de esa manera al hablar cuando estaba perdiendo la paciencia.

—Tienes que hablar con él.

—No serviría de nada.

—Está así por ti. —Giró el portátil hacia Bryana.

La imagen, congelada, mostraba a Anubis cortándole la cara a Jackson con la navaja de oro que el cetro tenía en ambos extremos.

—¡No puedo hacer nada! —Alzó ambos brazos al aire.

—¡Sí que puedes! Puedes detenerlo. Recupéralo. Haz que vuelva antes de que haga algo más de lo que tenga que arrepentirse el resto de su vida.

—¡¿Cómo?! —le gritó desesperada—. ¡Me echó de su vida! ¡No tengo ningún poder sobre ese… animal! —Señaló la pantalla del ordenador.

—Ese animal es el hombre al que amas, poseído por su demonio.

—Pero él no me ama. —Su voz se quebró en un alarido.

—Dóminic está así porque no sabe gestionar tu ausencia. Cree que te ha perdido para siempre.

—Sabe que estoy viva. —La ira devolvió parte de la rotundidad a su voz.

—Te vio morir. Todos lo hicimos. Bryana, se te paró el corazón. Estás viva de milagro. Te salvó para perderte entre sus brazos. Es posible que se culpe por haberte puesto en peligro. Que piense que no te merece.

—Es que no me merece. —Alzó la cabeza en un ridículo intento por mantener la dignidad—. Me humilló.

Poco podía ocultar en un rostro desencajado y anegado de lágrimas.

—Lo hizo para protegerte. Esa vida —señaló la pantalla del ordenador— es una mierda.

—Me mintió —le replicó retirando las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano—. Abandonó la investigación y traicionó la memoria de Cábanno. —La rabia templó parte de su angustia.

—Estuvo presente en la exhumación de tu amiga mientras tú jugabas a las cocinitas con el parrillero ese. —Cruzó los brazos bajo su pecho—. No abandonó la investigación ni traicionó a tu amiga; abandonó el cuerpo para protegerte a ti y a su familia.

Bryana pensó en aquella posibilidad que, embotada por los sentimientos, no sopesó con claridad cuando se separaron.

—Cremador —le dijo al fin.

—¿Qué?

—Se llamaba Cremador, no parrillero.

—Qué más da. —Hizo un movimiento con la mano para restarle importancia a ese pequeño detalle. Se levantó de la cama, caminó hasta ella y la sujetó por los hombros—. Por cierto, no se llamaba; se llama. Dóminic lo mantiene con vida. Lleva torturándolo desde entonces.

Bryana la miró con ojos desorbitados.

—¿Desde entonces? —Alma asintió—. Pero, si no siente dolor, ¿por qué lo hace?

—Para castigarse. Para castigarlo. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Se lanzó a una cabaña en llamas para salvarte. Ni siquiera se inmutó cuando el techo se vino abajo después de que te sacara de allí. Para él, solo existías tú. Solo existes tú.

—No debió hacerlo. —Agachó la cabeza, avergonzada.

—Acudió a tu llamada. Hasta yo la escuché. Y no llamabas precisamente a Dóminic. —Enarcó una ceja.

—Tu superpoder da asco. —Alzó la vista y la miró.

Alma se encogió de hombros, sonrió con dulzura y envolvió el cuerpo de Bryana en un caluroso abrazo.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar resentida con él. Castígalo sin sexo un mes, rétalo a un duelo de sangre, pero no lo abandones a su suerte. Recupéralo. Solo tú puedes controlar su demonio.

—¿Que lo rete a un qué? —le preguntó saliendo de sus protectores brazos.

—Tienes toda la información que necesitas en ese pendrive. Ahí te explican lo que es. Espero que no te importe que le haya echado un vistazo.

Bryana negó con la cabeza mirando de reojo el portátil abandonado sobre la cama.

—Me sorprende que tengas tanta fe en el amor.

Una persona con un pasado como el de Alma, debería sentir urticaria.

—Mi familia está llena de bestias que solo responden a aquellos a los que aman como Dóminic te ama a ti. No es fe, se llama experiencia.

—No quiero volver a ver… eso. No quiero verlo así. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección al ordenador.

Por suerte, el portátil había entrado en modo suspensión y le ahorraba la última y desagradable estampa.

—No veas los vídeos si no quieres, pero revisa el resto de los archivos. —Caminó hasta la puerta de la habitación—. Y si por casualidad hay alguna foto de Ramsés en pelotas, pásamela —le dijo abriendo la puerta y guiñándole un ojo con una divertida sonrisa en los labios.

—¿Para qué quieres tú una foto de Ramsés en pelotas? —le preguntó entre risas.

—Para recrearme la vista con tu cuñado. —Puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior con deleite antes de cerrar.

«Mi cuñado». Bryana rio. «No suena mal». Sonrió como una estúpida hasta que se concentró en el ordenador.

Volvió a la cama. Se sentó frente al portátil con las piernas cruzadas y miró la pantalla en negro con aprensión antes de desbloquearla.

La nitidez de la imagen destacaba hasta el más mínimo detalle en alta definición. La sangre era real. La angustia en el rostro de los presentes era desoladora.

—Un momento.

Capturó una imagen y la pasó a un programa de ampliación y reconocimiento facial. Entre los hombres en formación del Egipcio estaba Helena, junto a un cetro abandonado a sus pies.

Amplió la imagen para poder apreciar con más detalle las facciones de su rostro. Mientras los hombres contemplaban horrorizados la escena, Helena, en perfecta formación al igual que ellos, parecía disfrutar del salvajismo de aquella lucha con una pueril máscara de perplejidad incapaz de ocultar el alegre brillo de sus ojos castaños.

—Sádica hija de puta —gruñó entre dientes, eliminando la captura de pantalla.

No quería seguir viendo más imágenes. Cerró el vídeo y se concentró en el resto de los archivos.

A la mañana siguiente se despertó despejada. Eran las diez, tan solo había dormido un par de horas, pero había descansado como nunca.

Por primera vez desde hacía un año, las pesadillas la habían dejado conciliar el sueño.

Pese a las últimas imágenes que tenía grabadas en la mente, el recuerdo de Dóminic no la había dañado. Podría decirse, incluso, que había disfrutado cuando, entre las llamas, él le había susurrado que la amaba, había acariciado su cuerpo y la había llamado Reina del Nilo.

Sí. Ya sabía lo que significaba Alniyl Kuynu. Su definición y el profundo sentimiento de amor que implicaba estaba documentado entre los archivos del pendrive.

También se detallaba la estructura de la organización del Egipcio, en la que Helena no aparecía por ninguna parte. Se sorprendió al ver que ella sí. Junto al nuevo líder. Junto a Anubis.

En esos mismos archivos hablaban sobre sus costumbres ceremoniales como la unión entre los cabecillas que, sin ser una liturgia sagrada, contaba con una gran carga espiritual que, curiosamente, oficiaba Jackson.

Los documentos del pendrive adjuntaban detalles sobre lo que significaba el duelo de sangre: un enfrentamiento para reparar el honor dañado y dejar claro quién era el auténtico líder. Una costumbre un tanto troglodita pero que, como bien le había sugerido Alma, le serviría para desquitarse y llevar a cabo el plan para recuperar a Dóminic. Hombre o bestia, estaba enamorada de él.

Sonrió con la vista fija en el techo, pletórica de felicidad, mientras se estiraba. Estaba dispuesta a recuperar a su hombre y cumplir con la deuda que había contraído con Aitana. «Necesitaré la ayuda de Alma», pensó mientras ponía en orden toda la nueva información de la que disponía. «Voy a necesitar un cetro. Y estaría bien tener uno de esos brazaletes».

Se levantó y caminó hasta el baño. Entre la información que le habían pasado se describían ciertos objetos de los que la organización se había apropiado a su manera a lo largo de los años y que Bryana pensó que deberían estar en un museo. Como los cetros dorados que los hermanos habían utilizado en el vídeo que Alma le enseñó.

También se hacía referencia a un par de joyas. Dos brazaletes: uno, dorado, que representaba a Osiris por su cercanía a Ra, considerado el padre de todos los dioses, a la vida, y otro de color negro que representaba a Anubis por su cercanía a la muerte. Ambos de oro macizo y que simbolizaban el poder que la mujer que lo portara ejercía sobre las almas perdidas de aquellos dioses.

Se deshizo de la vieja camiseta de la Academia que utilizaba para dormir. «Ese brazalete es mío y Anubis también», pensó recordando la imagen de la joya.

Era de oro negro, con una mujer con cabeza de leona grabada entre zarpas.

No sabía si Dóminic tenía ese brazalete, pero, si existía, lo quería para que nadie pudiese dudar de a quién pertenecía el corazón del

hombre, del dios y de la bestia.

Con mallas negras, un top deportivo y unas botas de boxeo rodeó la casa hasta el jardín trasero.

Desde el balcón de su habitación había visto a Alma apoyada con un pie sobre un poste de madera, la otra pierna flexionada y las palmas de las manos juntas a la altura del pecho.

Cualquiera podía pensar que la joven estaba rezando, pero subida a más de tres metros, en una madera que solo permitía apoyar un pie y rodeada de una cama de cincuenta lanzas ensartadas en el suelo, lo que la joven hacía no era rezar; más bien, cumplía condena.

—¿Puedo saber por qué cumples penitencia esta vez?

Alma abrió los ojos. Cogió aire por la nariz para soltarlo con delicadeza entre sus labios antes de flexionar la pierna que tenía sobre el poste y con una espectacular y precisa voltereta, salvar las cinco hileras de lanzas ensartadas.

«Increíble». Era maravilloso verla entrenar. Dominaba todas las disciplinas del cuerpo a cuerpo. Tenía una fuerza que sorprendía por su menuda complexión y una agilidad inaudita.

—Necesitaba pensar.

—¿Te has planteado hacerlo como la gente normal? —le preguntó arrancando una lanza con gran esfuerzo—. No sé, podrías salir a correr o ver una puesta de sol. —Se quedó mirando el filo de la lanza.

—Cada cual tiene sus costumbres. —Se encogió de hombros—. A ti te gusta nadar desnuda en el estanque por la noche.

En silencio, fueron recogiendo una a una las cincuenta lanzas.

Alma no era una persona extrovertida con los extraños. Le costaba soltarse y coger confianza. Hasta entonces, se limitaba a observar.

En el último año habían pasado casi todo su tiempo juntas. Cuando no la había requerido su familia siempre había estado junto a ella. Habían llegado a forjar una amistad sólida, basada en la sinceridad.

Ambas odiaban las mentiras. Eran directas y preferían responder

con esquivos, como el que Alma acababa de darle, antes que engañar a nadie.

Si no quería ahondar en el tema no iba a presionarla. En ocasiones, las personas necesitaban su propio espacio. Cuando quisiera y estuviera preparada le contaría qué era aquello que la perturbaba como para pasar, probablemente, toda la noche subida al poste.

—¿Has decidido qué vas a hacer con Dom? —le preguntó tirando la última lanza sobre el montón que había dejado junto a la pared de la casa.

—Dóminic me pertenece, de la misma manera que yo le pertenezco a él. Lo sé porque mi piel explota en infinitas caricias cada vez que me mira. Cuando niego lo que siento por él aparecen las pesadillas. —Nerviosa, se miró las manos al ver cómo Alma la escuchaba desconcertada—. No sé si conseguiré recuperar al Dóminic que conocí o si la bestia del vídeo es su verdadero yo —alzó la vista de nuevo para mirar a su amiga—, pero quiero intentarlo. Quiero estar con él. Lo quiero. —Observó con detenimiento el inquietante rostro de Alma—. No estar junto a él duele. —Colocó la mano sobre su corazón—. No es un dolor físico, es… como si te arrancaran el alma y quedase solo una cáscara vacía que no puede dejar de llorar por aquello que le han arrebatado. —El rostro de Alma perdió cualquier ápice de color—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Sí, estoy…, estoy bien. —Se colocó la trenza sobre uno de los hombros y dibujó una sonrisa en sus labios que no fue capaz de llegar hasta sus ojos.

—¿Estás segura? —Ladeó la cabeza y la miró a través de dos finas líneas grises—. Estás pálida y me mirabas como si me hubieran salido pezuñas, rabo y un par de cuernos.

—Sí, tranquila. —Cogió una lona de plástico que había junto al montón de lanzas y comenzó a taparlas.

La ayudó sin perderla de vista por el rabillo del ojo. Nunca la había visto tan turbada.

—Entonces, ¿vas a ir a hablar con él?

—No. —Sonrió con cierto alivio, ante la cara de desconcierto de su amiga, al ver que había recuperado el rubor de sus mejillas—. Pienso enfrentarme a él. Voy a arrebatarle su liderazgo. Voy a arrastrar a toda su organización a nuestro mundo, y tú vas a

ayudarme.

Alma enarcó una ceja y sonrió suspicaz ladeando lentamente la cabeza. ¡Oh, sí! Había visto antes esa sonrisa.

Capítulo 35

Colocando una goma en una de las dos trenzas de boxeadora con las que, desde la raíz, había despejado su rostro, frente al espejo, Bryana observaba el nuevo aspecto de su cuerpo que las mallas y el top deportivo dejaban a la vista.

Habían sido necesarias seis semanas; cuatro bajo las agujas del experto Dima, el tío de Alma, y otras dos de cicatrización. Una tortura china para la nueva piel hipersensible que se le había regenerado tras el incendio.

Toda su historia, quién había sido, quién era y en quién tenía la intención de convertirse aquella misma tarde había sido grabada con cariño y tinta sobre su piel. Símbolos egipcios e imágenes que, gracias a la información que Jackson le había entregado a Alma en el pendrive, ahora sí comprendía.

Acarició su antebrazo derecho. De la magnífica obra de arte que, con orgullo, cubría todo su torso superior, la imagen que más le gustaba era la de Sekhmet. La diosa que la representaba. La única capaz de doblegar a Anubis.

Toc, toc, toc.

—¿Preparada? —le preguntó Alma asomándose al interior del baño.

—Preparada. —Miró a su amiga a través del reflejo.

—Estás espectacular. Y preocupada. ¿Te arrepientes? —Con un movimiento de cabeza señaló los tatuajes de su cuerpo.

—No. —Negó con la cabeza.

—Pero sí estás preocupada.

Suspiró. Se acarició los tatuajes del vientre mientras los miraba a través del espejo. Sí, estaba preocupada. No sabía cómo iban a entrar en la mansión del Egipcio sin llamar la atención de Dóminic.

Jackson y Ramsés estaban al corriente de sus planes. Al principio, Ramsés se negó en rotundo a colaborar con la organización de Aitana si Bryana era capaz de arrebatarle el liderazgo a Dóminic, lo cual los tres dudaban pese a haber sido entrenada por la propia Ayshane, la

madre de Alma. La única, junto a su hija, que parecía tener fe en ello. Finalmente, Ramsés terminó aceptando sin pedir nada a cambio y con sospechosa predisposición cuando le pidió que se encargara de buscar un nuevo compañero para Alma.

Apreciaba a su amiga, sin embargo, no iba a dejar la seguridad de Dóminic en manos de cualquiera y esperaba que él tampoco permitiera que la suya quedara en manos de otra persona que no fuese él. ¿Y si no la quería a su lado?

—Bryana, ¿qué te ocurre? —Le puso una mano sobre el hombro para traerla de vuelta.

—¿Y si vuelve a rechazarme?

—A mí me preocupa más que te secuestre. —Sonrió.

Le devolvió la sonrisa a través del reflejo. La seguridad de Alma era contagiosa.

—¿Tienes pensado ya cómo vamos a entrar? Dóminic ha redoblado la seguridad, pero los hombres que…

—No vamos a dejar inconsciente a ninguno de sus hombres. —La cortó.

Alma resopló y cruzó los brazos bajo su pecho con una infantil mueca de desacuerdo.

—Pues ya me dirás cómo entramos, porque Ramsés estará ocupado, intentando que tu orangután no lo mate, y Jackson asegurándose de que eso no suceda.

—Puede que alguno de sus hombres esté al tanto de nuestra llegada —le dijo doblando el elástico de las mallas alrededor de sus caderas.

Quería mostrar toda la piel que le fuera posible. Quería que Dóminic leyera en su cuerpo su pasado, su presente y el futuro que había previsto para ellos.

—Lo dudo mucho.

Ella también. Habían cambiado muchas cosas en la organización desde que Dóminic era el líder. Una de ellas había sido la insubordinación, por la que antes se recibía un duro castigo que


siempre superaba con creces las consecuencias, pero, al menos, dejaba a sus hombres con vida.

—Si tuviéramos uno de los malditos brazaletes podríamos entrar por la puerta sin problemas —farfulló saliendo del cuarto de baño seguida de Alma.

Se sentó a los pies de la cama y comenzó a ponerse las botas de boxeo.

—¿Qué brazaletes? —le preguntó en un tono que denotaba excesivo interés.

—¿No leíste el apéndice de joyas en los archivos?

—Esa parte me la salté. —Hizo un mohín con los labios y se encogió de hombros a modo de disculpa—. A mí es que el brilli brilli no… —Dejó la frase a medias negando con la cabeza.

Bryana sonrió de medio lado terminando de abrocharse las botas. Alma era increíble en muchos aspectos, pero el que más apreciaba Bryana era el desinterés que mostraba la joven hacia la riqueza.

Tal vez fuera porque desde que Ayshane Ivanova la rescató y la adoptó como su hija, a la joven no le faltaba de nada.

Alma podría negarse a colaborar con la Espartana, incluso, podría haberse negado a ayudar a Bryana. Desde luego, no lo hacía por dinero. Lo que la joven sacara a cambio era todo un misterio.

—Existen dos brazaletes pertenecientes a los líderes de la organización. Uno negro, que representa la muerte, y otro dorado, que representa el sol. La vida.

—Deduzco que el negro es el de Dóminic y el dorado el de Ramsés. —Bryana asintió—. Y… ¿por casualidad esos brazaletes no tendrán dibujitos de serpientes?

—El de Osiris, sí. Tiene grabado en la superficie unas serpientes y a la diosa que custodia su alma.

—Ya… Espera un momento. —Salió de la habitación bajo la perpleja mirada de Bryana, para volver al cabo de unos minutos con una pequeña bolsa de terciopelo rojo—. Toma.

—¿Qué es esto? —Frunciendo el ceño, abrió la bolsa y sacó el

brazalete dorado de Osiris y boqueó como un pez fuera del agua—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio Jackson junto con el pendrive. Al principio pensé que era un pago para hacértelo llegar y asegurarme de que conocieras su contenido, pero como dices que Jackson es… especial —recreó un par de comillas con sus dedos—, a lo mejor me lo dio por si llegados a este momento, lo necesitabas.

—Ay, Dios… —En su rostro se dibujó una cómica sonrisa de diversión—. Es verdad que no has leído lo de las joyas.

Su amiga la miró como si le faltaran un par de neuronas.

Ahora comprendía por qué Ramsés había aceptado colaborar con la Espartana cuando le pidió que buscara un nuevo compañero para Alma.

—No. Ya te lo he dicho.

—Alma, cariño. —Dejó el brazalete sobre la pequeña bolsa de terciopelo, encima de la cama. Se levantó y acunó las manos de Alma entre las suyas—. Este brazalete le pertenece a Ramsés y solo puede llevarlo la mujer que ocupa su corazón. Su… Alniyl Kuynu. —Alma palideció—. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, esa parte… sí la leí —le respondió patidifusa.

—Parece que el alma del buenorro de mi cuñado ha elegido compañera. —Rio cuando Alma se separó de ella, deshaciéndose de sus manos como si le quemaran, con las mejillas sonrosadas y cara de estar viéndola con un mono verde en la cabeza.

—No lo creo. Él ya tiene una mujer.

—A la que odia.

—Y una amante.

—A la que, en vista de ese brazalete, no ama. —Sonrió.

—No tiene gracia. Coge el maldito brazalete y póntelo. ¿Querías una llave maestra para entrar en su casa?, bueno, pues ahí la tienes. Toda tuya. —Señaló la joya y se alejó de la cama como si el brazalete fuera a saltar encima de ella en cualquier momento.

—No puedo. —Negó con la cabeza—. Si aparezco con esa joya

estaría declarándome públicamente como la mujer de Ramsés. Y mi corazón no le pertenece a Osiris. —Enarcó una ceja.

—No —negó con rotundidad adelantándose a las palabras de Bryana.

—Tienes que llevarla tú.

—¡¿Qué?! —le preguntó con un chillido—. No. Ni hablar.

Dejó la maza de cinco kilos apoyada en la pared junto a la puerta de la habitación del sótano.

Ricardo cada vez se desmayaba antes. No mostraba signos de dolor cuando lo torturaba, pero su cuerpo reaccionaba como el de cualquier ser humano: sumiéndolo en una profunda inconsciencia cuando el umbral del dolor, que aquel desgraciado no sentía, era demasiado incluso para un monstruo como él.

Era frustrante. Llegados a ese punto, Dóminic siempre se preguntaba qué diferencia había entre ambos. Probablemente, ninguna.

Pensar que cada vez que bajaba a ese sótano a torturar a Ricardo le acercaba más al hombre que yacía sobre la mesa de madera inconsciente le ponía los pelos de punta.

Lo habría matado hacía mucho tiempo. Siempre que perdía el conocimiento se planteaba hacerlo, pero necesitaba sentir la voz de su conciencia. La misma que le decía que aquello estaba mal y que comenzaba a adentrase en un oscuro ciclón del que era muy difícil salir.

Torturar a Ricardo era la única manera de recordar que una vez lo tuvo todo, incluso la humanidad de la que cualquiera se desprendería cuando te arrebatan aquello que más quieres. Torturar a ese hombre era su propia penitencia.

—Tenemos que hablar. —Ramsés entró sin anunciarse.

—Si fueras mi mujer me daría hasta miedo la frasecita. —Se quitó la camiseta ensangrentada y se limpió el sudor y los restos de sangre del rostro con ella.

—Si fuera Bryana te habría abandonado al ver en la persona en la que te has convertido.

La mirada de Dóminic se ensombreció.

Bryana, Sekhmet, la mujer por la que había perdido la cabeza. Dos nombres y un recuerdo que estaban prohibidos pronunciar desde que le arrebató el liderazgo de la organización a su hermano. Incluso él evitaba recordarla. Era la única manera de no terminar volviéndose completamente loco. Además, a nadie le gustaba que le recordasen lo cobarde que era.

Bryana estaba viva. Había sobrevivido al incendio y al indeseable que yacía sobre la mesa, pero él no había ido a verla por miedo.

Sentía pánico al imaginar a Bryana rechazándolo. Su Alniyl Kuynu tenía motivos suficientes para hacerlo. Tal vez ya lo hubiese hecho. No parecía querer volver a verlo. Había pasado algo más de un año y no había intentado ponerse en contacto con él. Tal vez no lo quería. Puede que nunca lo hiciera. ¿Lo habría olvidado?

—¿A qué has venido?

Decidió pasar por alto la insubordinación de su hermano. A cualquier otro lo habría matado, pero no podía acabar con la vida de Ramsés y de Jackson. En ocasiones, cuando se perdía por completo en la oscuridad que había crecido en su interior haciéndole que lo viera todo color sangre, deseaba estrangularlos. Aquel era uno de esos días.

—A recuperar lo que me pertenece.

—La última vez no te fue demasiado bien. —Enarcó una ceja.

El vigoroso cuerpo de su hermano todavía mostraba marcas en el rostro de su último enfrentamiento. Su cuerpo aún no se había recuperado por completo, y de eso hacía poco más de un mes.

—Tengo derecho a intentarlo las veces que me dé la gana. No puedes negarte.

—¿Por qué no muestras un poco más de dignidad? Padre me eligió a mí por un motivo. Piénsalo. —Se golpeó la sien con el dedo índice.

—Porque eres el más sádico. Pero seguro que incluso él está revolviéndose en su tumba al ver… esto. —Alzó la mano y señaló a

Ricardo—. Tienes que parar. No puedes seguir así.

Dóminic sonrió sardónico.

—Fui el elegido. Asume que tú solo te has encargado de mantener el trono caliente mientras yo no estaba. Eso es todo.

—Nunca quisiste hacerte cargo del negocio, ¿qué más te da?

—No tengo nada mejor que hacer. —Tiró la camiseta sobre un montón de trapos ensangrentados que había en una esquina junto a la mesa de madera en la que retenía a Ricardo—. Ya que estás aquí, recoge todo este desastre.

Ramsés interpuso su cuerpo entre Dóminic y la puerta cuando su hermano se propuso salir de la habitación.

—Te digo que quiero un duelo de sangre.

Dóminic agarró a su hermano por el hombro y lo golpeó en el costado, en el mismo lugar en el que hacía algo más de un mes le había fracturado una costilla.

—Te repito que hoy no es un buen día —le susurró en el oído, sujetándolo cuando iba a doblarse de dolor—. Limítate a obedecer.

Detuvieron las motos en el límite entre la Cañada y el resto del mundo. Se secó el sudor de las manos en las mallas. Con ellas temblorosas, se quitó el casco y lo dejó sobre el depósito de la Suzuki. Se bajó la cremallera de la chaqueta de cuero con la esperanza de coger un poco más del aire que le faltaba mientras Alma se deshacía del casco y, al igual que ella, lo dejaba sobre el depósito de la Yamaha.

Llegaban con una hora de retraso. «Espero que no sea demasiado tarde», pensó con la vista perdida en el polvoriento sendero que llevaba al interior del sector VI.

—No te alejes de mí. —Alma metió primera.

Con la cabeza bien alta, su habitual seguridad y el halo de peligro que la caracterizaba, comenzó a avanzar por el camino de tierra.

Bryana trató de seguirla con el mismo porte regio. ¿A quién pretendía engañar? Estaba nerviosa y asustada. Ni a punto de morir

había sentido tanto miedo como el que sentía en aquel momento.

Según fueron avanzando, entre los escombros de las chabolas derrumbadas, comenzaron a verse los primeros zombis politoxicómanos cuchicheando entre ellos. Absortos, no por la belleza de las dos jóvenes, sino por el lustroso brazalete dorado que, reticente y después de cuarenta y cinco minutos de extraña discusión, Alma había accedido a ponerse, rodeando la goma que sujetaba su trenza en una tirante cola de caballo.

Cuando habían recorrido la mitad del camino, comenzaron a aparecer los primeros narcotraficantes a los pies de sus chabolas.

Con ese perfil aniñado, las facciones de su rostro despejadas por el tirante peinado y sin inmutarse por la presencia de la gente que se arremolinaba alrededor del sendero, Alma llamaba la atención más que cualquier joya que portara.

El brazalete que adornaba su larga melena castaña trenzada solo acentuaba la magnánima soberanía de su belleza. Era toda una reina. Sonrió. Una reina metida en un buen lío si Ramsés era tan obstinado como Dóminic.

«Dom». A su mente acudió la última imagen que tenía de él cuando los impenetrables muros de la mansión del Egipcio se alzaron en el horizonte.

Tal y como había vaticinado, el brazalete que Alma lucía en el pelo había contenido a los narcotraficantes que rodeaban el camino fuera de sus casas, apeados alrededor del sendero de tierra, observándolas entre murmullos de incredulidad.

También les abrió las puertas de la mansión, haciendo a un lado a los diez hombres que la custodiaban y que las miraron con un brillo de esperanza cuando pasaron por su lado con las motos después de quitarse las gafas y hacerles una reverencia.

Rodearon la casa con las motos hacia el cuadrilátero de arena. Casi se cae de la suya cuando vio a Ramsés apoyado con una rodilla en el suelo, envarado para que Dóminic no le atravesara el cuello con la navaja que sobresalía del extremo de su cetro. Ensangrentado de pies a cabeza. Desfallecido, el brillo de sus ojos gritaba a los cuatro vientos que asumía su destino sin aceptar un ápice de clemencia.

Consumido por la oscuridad, frente a su hermano, Dóminic no las escuchó llegar. Jackson, por el contrario, suspiró con sentido alivio

cuando vio a Bryana. Helena, en cambio, contrajo el rostro en una bola de rabia incapaz de ocultar al ver a la pequeña Ivanova.

—Bryana, si tú no paras esto…

No la dejó terminar de hablar. ¿De dónde sacó las fuerzas? Ya se lo plantearía en otro momento. «Yo soy la única con derecho a condenar tu alma».

El brillo en los ojos de Bryana se tornó asesino. Se quitó la chaqueta de camino a la esquina más alejada al cuadrilátero dejando al descubierto su torso tatuado.

Sus movimientos llamaron la atención de Ramsés, que alzó la vista hacia ella con una alegre plegaria en la mirada hasta que posó su vista en Alma. El brazalete que sujetaba su densa trenza castaña iluminó por completo su rostro.

—¡Defiéndete! —escuchó gritar a Dóminic con una voz de ultratumba que ponía los pelos de punta.

—Esta vez no. —Ramsés sonrió. Le lanzó el cetro a Jackson, apostado a su derecha y vigilante, lo que desconcertó a Dóminic.

En un sincronizado movimiento, Jackson se lo lanzó a Bryana en cuanto el cetro tocó sus manos.

—Larga vida a la reina —dijo Ramsés antes de desplomarse sobre un espeso charco de sangre.

Con un salto, se abalanzó sobre Dóminic, que se dio la vuelta justo a tiempo para interponer su cetro en un movimiento cruzado para impedir que le rajaran la espalda.

—¿Bryana? —Su voz se quebró. Parecía estar viendo un fantasma.

—Hola, Dom. —El tono de su voz desprendía el hielo condensado en sus hirientes ojos grises.

Giró sobre sí misma y trató de derribarlo, golpeándole las piernas.

Dóminic saltó sonriente para esquivar el golpe. La simple presencia de su diosa iluminó su alma engullendo la oscuridad que estaba consumiéndolo. No solo parecía feliz; era feliz. Bryana estaba allí. Sekhmet estaba allí. Su Alniyl Kuynu había vuelto y no tenía intención de dejarla marchar de nuevo.

—Pareces enfadadilla. —Le devolvió el golpe, midiendo su fuerza.

Nadie podía hacer daño a Bryana. Ni siquiera la parte más oscura de su alma se atrevía a hacerlo. Si tenía que inclinarse ante alguien, lo haría ante ella.

Repasó su cuerpo de arriba abajo con la mirada, sorprendido por sus tatuajes. ¡Dios, esos tatuajes! Quería lamerlos. Descubrir su historia y las partes que el minúsculo top y las mallas ocultaban. Se preguntó si ella querría que lo hiciera hasta que vio cómo se le erizaba la piel. Como antes. Como siempre que posaba sus dorados ojos sobre ella.

—¿Enfadadilla? —le gruñó entre dientes. El cetro de Dóminic impactó contra el suyo—. Enfadada es edulcorar lo que siento.

La amplia sonrisa de Dóminic y el tono burlón de sus palabras la hicieron arremeter de nuevo contra él y placar el deseo que volvía a despertar su hipnótica mirada mientras recorría su cuerpo. Lo había echado tanto de menos…

«Mío».

—Me mentiste. —Lanzó un golpe con el cetro que Dóminic bloqueó con el suyo—. Me abandonaste. —Otro golpe que Dóminic consiguió bloquear.

—Lo hice para protegerte —gruñó entre dientes. Bryana arremetía con una fuerza desmesurada—. No quiero esta vida para ti.

—¡Estuviste a punto de morir!

—¡Para salvarte la vida!

—¡Me humillaste!

Aquellas palabras fueron más fuertes que el golpe. Distraído por los recuerdos no pudo hacer otra cosa que intentar protegerse. Tarde. Su cetro salió volando por los aires con un temeroso suspiro ahogado de todos los presentes.

Antes de que Bryana le asestara el golpe final, se arrodilló a sus pies, parando en el aire con su acción el cetro de ella, que quedó a medio camino de golpear el centro del pecho de Dóminic con la navaja del extremo.

—Tienes razón —le dijo entre jadeos tratando de recuperar el aire. Avergonzado, agachó la cabeza—. Eso no estuvo bien.

—Levántate. —El corazón se le iba a salir por la boca—. ¡He dicho que te levantes, maldita sea!

Dóminic alzó la vista. Se arrastró de rodillas por la arena, cogió el extremo del cetro y pegó la navaja contra su pecho.

—¿Qué haces? —Su rostro reflejaba el horror.

—Aceptar tu castigo, mi Alniyl Kuynu. —Volvió a agachar la cabeza.

Con un brusco movimiento consiguió que Dóminic soltara el cetro. Le lanzó el arma a Alma que, junto a Jackson y emocionada, miró la escena un segundo antes de ayudarlo a llevar a Ramsés al interior de la casa.

—No puedo castigarte más de lo que tú ya lo has hecho.

Dóminic alzó la vista henchido de orgullo. Su corazón había elegido, de todas las mujeres, a la mejor. «Mi mujer».

—Sekhmet —dejó escapar entre sus labios con una media sonrisa teñida de depravada lujuria.

—Ni se te ocurra. —Dio un paso hacia atrás con la mano en alto al percatarse del jocoso brillo dorado en sus ojos—. Sigo enfadada.

—¿Mucho? —Se levantó con la elegancia de un felino dispuesto a saltar sobre su presa.

—Más de lo que puedes imaginar.

En un movimiento tan fugaz como un pestañeo, Dóminic se la echó al hombro y comenzó a correr por el lateral de la casa.

—¡Dom! —Le golpeó en la espalda con los puños, revolviéndose entre sus brazos mientras recorría el jardín con ella al hombro.

—Lo siento, hermanos —les dijo cuando pasó junto a Ramsés y Jackson antes de subir los escalones del porche—. Bonito brazalete, Alma. —Sonrió.

—Vete a la mierda —le respondió Jackson sonriente.

Ramsés se limitó a dedicarle una peineta antes de retirarse un reguero de sangre al sonreír.

—Hombres —bufó Alma poniendo los ojos en blanco.

—¿Lo siento?, ¿y ya está? —Volvió a golpearle la espalda, incrédula—. Suéltame y ayúdalos. —Se removió entre sus brazos. La tenía bien sujeta. Era inútil escapar—. Dom, te lo digo en serio. Ahora tienes que respetarme. He ganado limpiamente el puto duelo. —Dóminic rio pletórico—. ¡Dom, basta! —Volvió a golpearlo—. ¡Suéltame!

Antes de que Dóminic tirase la puerta abajo, Aurora apareció bajo el umbral junto a Nugget, que comenzó a revolotear alrededor de ambos, saltando como un alegre cervatillo de dimensiones desproporcionadas.

—Sé que te alegras de verla, pero el alfa siempre tiene preferencia —le dijo al perro sorteando sus envistes.

—Bienvenido a casa, hijo —lo saludó haciéndole una reverencia a Bryana cuando pasaron por su lado.

—¡Hola, Aurora! —le gritó desde las escaleras mientras acariciaba el hocico de Nugget en el aire antes de que uno de los hombres de seguridad del interior de la mansión lo sujetase—. Esto es surrealista.

Dóminic abrió la puerta de su habitación con una patada. Atravesó el cuarto en dirección al baño, se metió en la ducha y soltó a Bryana antes de abrir el agua.

—¡La madre que te…! —Se apartó del chorro de agua helada.

Los labios de Dóminic asaltaron su boca. Oponiendo una torpe resistencia, claudicó y se acopló a su exigente beso.

Cuando el vapor comenzó a rodearlos, Dóminic la arrastró bajo el chorro de la ducha y apoyó la frente sobre la de ella.

—¿Por qué? —le preguntó acariciando los labios con los suyos—. ¿Por qué no me has abandonado? No tengo nada bueno que ofrecerte.

El corazón de Bryana se encogió en el interior de su pecho hasta casi desaparecer. Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Cuando te haga el amor, preguntas. Cuando te folle, obedeces.

—Agarró el abultado miembro de Dóminic y lo besó, empujándolo contra la pared.

Dóminic sonrió entre sus labios y le arrancó el top antes de bajarse los pantalones mientras Bryana se deshacía de los suyos. Se agarró a su cuello y, de un salto, con la ayuda de Dóminic, se ensartó por completo en él. Un doloroso gemido escapó de entre sus labios.

—Esta posición no te favorece demasiado —susurró sobre sus labios antes de besarla, dándose la vuelta para apoyar la espalda de Bryana contra el frío mármol de la ducha.

—Sí, siempre y cuando tú no te corras. —Lo desafió con la mirada a desobedecer la orden implícita en sus palabras.

—No puedes pedirme que te deje a medias.

—No estoy pidiéndote que me dejes a medias, te he dicho que no te corras. Ese será tu castigo. Por el momento. Y, ahora, muévete. —Le arreó un cachete en el trasero.

Dóminic ahogó un gruñido escondiendo el rostro en el hueco de su cuello. Las duras embestidas y el anhelo hicieron que su cuerpo se rompiera en mil pedazos de dentro hacia afuera. Mordió el labio de Dóminic con el último gemido. «Más. Necesito más».

—Delicioso. —Sonrió al ver su mandíbula apretada y todo su cuerpo en tensión.

No se había corrido. Se removió, instándola a que la soltara. Al principio no cedió. La retó con una prometedora venganza en la mirada, sonrió de medio lado y alzó la cabeza con brío esperando unas represalias que no llegaron.

Con un bronco suspiro, Dóminic cedió. Dejó que sus pies tocaran el suelo. Su miembro seguía duro como una roca. Su rostro, limpio de sangre, tenía una tonalidad rojiza embriagadora. Divertida, se dio la vuelta. Apoyó las manos sobre el mármol de la ducha y acercó el trasero a sus caderas. Alzó la vista por encima de su hombro y se mordió el labio inferior.

—Te quiero, Dom.

Dóminic suspiró.

—Necesito… —Abrazó su cintura y le mordió con delicadeza el

cuello.

—¿El qué? ¿Qué necesitas, mi señor?

Dóminic alzó la vista y la miró. Un gruñido animal reverberó en la espalda de Bryana.

—A ti. Te necesito a ti, mi Alniyl Kuynu.

—¿Y a qué estás esperando para reclamar lo que ya te pertenece?

Con delicadeza, Dóminic se ensartó por completo en ella. Acariciando su vientre, llegó hasta los labios que escondían el bien más preciado de Bryana. Entre embestidas, acarició su clítoris mientras con los dientes le arañaba el hombro.

El calor comenzó a apoderarse de nuevo de ella. Con sus labios buscó los de Dóminic, al girar su rostro. Entre jadeos ahogados por deliciosos besos, ambos culminaron el éxtasis de un frenesí marcado por dos almas predestinadas a estar juntas por toda la eternidad.

Exhausto, Dóminic descansaba aferrado a Bryana. Acarició las dulces facciones de su rostro. Era increíble que un hombre con aquella cara de ángel hubiese sido capaz de cometer las aberraciones que había llevado a cabo en el último año.

Se dio la vuelta entre sus brazos y se quedó mirando la luz de la luna que entraba por el gran ventanal de la habitación que ahora compartían.

Después de lo que había visto, de lo ocurrido, Dóminic se sorprendió cuando ella le dijo que no iba a marcharse. Lo quería, quería estar junto a él. No seguirían con el negocio que levantó su padre, colaborarían con Aitana. Ahora ella era la líder de la organización. Ahora sus decisiones eran ley.

Se arrastró con cuidado por el colchón. Hablando de leyes, todavía le quedaba un asunto pendiente que resolver. Se levantó y miró a Dóminic, desnudo entre las sábanas de seda, descansando con la paz de un bebé. Se llevó la mano al pecho. ¿Sería capaz en algún momento de acostumbrarse a tanta felicidad?

Se sentía pletórica, rebosante de alegría y satisfecha en todos los aspectos. Cuánta razón tenían aquellos que afirmaban que el amor

solo es verdadero cuando en los peores momentos del ser querido se le seguía amando con la misma intensidad.

Ella había visto la peor parte de Dóminic y, aun así, sus sentimientos hacia él no habían cambiado. Se habían fortalecido.

Rodeó la cama, se acercó al armario y a tientas en la penumbra cogió una de sus camisetas. Se la puso y recogió el teléfono de la mesilla que había junto al lado en el que ella se había acostado antes de salir. Buscó el teléfono de Parker recorriendo el pasillo, donde se topó con Alma sentada al comienzo de la escalera.

—¿Estás bien? —Alzó su cabeza hacia Bryana cuando la vio aparecer.

—Pensé que te habrías marchado. ¿No estarías esperándome?

Alma miró hacia el final del pasillo, hacia la habitación que había junto a la de Dóminic.

—¿Si te dijera que sí te lo creerías? —Se guardó de nuevo el teléfono y se sentó junto a ella—. ¡Dios! —Movió el aire que había entre ambas con la mano—. Apestas a sexo.

Rio. Se cubrió los labios y miró a su alrededor al darse cuenta que se había reído demasiado alto. Carraspeó.

—¿Lo siento?

Alma le devolvió una sonrisa apagada.

—Me alegra que tengas un final feliz. Te lo mereces.

—¿Qué ocurre? —La sujetó por el brazo cuando hizo un amago de levantarse—. ¿Por qué estás aquí, en las escaleras? —Miró la trenza de su amiga—. ¿Dónde está el brazalete? ¿No se le habrá ocurrido pedírtelo?

—No. —Se removió y sacó el brazalete del bolsillo de su pantalón —. No ha querido que se lo devuelva —le dijo acariciando la joya entre las yemas de sus dedos.

—Y eso es… ¿malo?

Alma suspiró. Bryana pasó un brazo por encima de su hombro y la apretó contra su cuerpo. Parecía verdaderamente superada por lo que fuera que la carcomía por dentro.

—No lo sé —le reconoció tras un escueto silencio—. Pero no me apetece hablar ahora de ello. —Se removió. Bryana la soltó y ella se guardó de nuevo el brazalete en el bolsillo del pantalón.

—¿Y qué te apetece hacer?

—No quiero estropearte la noche. Volveré a casa.

«A casa. A su casa, con su familia».

—¿Seguirás colaborando con Aitana?

—Sí, claro. —Se levantó.

—Pero no vas a volver a la villa.

Alma miró de nuevo hacia el final del pasillo. Bryana se levantó y rodeó el brazo de su amiga.

—Ven conmigo.

—¿Adónde vamos? Deberías estar disfrutando de tu luna de miel. Aprovecha este paréntesis de paz. Me temo que las cosas no seguirán así durante demasiado tiempo —le dijo bajando las escaleras junto a ella.

—¿Por qué?

—Se avecina una guerra, Bryana. Y las guerras familiares nunca terminan bien.

—¿Te lo ha dicho Ramsés? —Alma negó con la cabeza—. ¿Jackson? —Alma volvió a negar.

—Helena se ha marchado. Desapareció en cuanto Dóminic perdió el cetro, y no se ha ido brincando y esparciendo flores de alegría. Te dije que no era una buena idea que me pusiera el brazalete.

Bryana acunó las manos de Alma entre las suyas a los pies de la escalera.

—No es culpa tuya, ni de Ramsés. Alina quiere a esta familia muerta mucho antes de que tú aparecieras. ¿Ahora tenemos una enemiga más? —Se encogió de hombros—. Que se ponga a la cola. —Le recogió un mechón de pelo tras la oreja—. Lo importante es que tú tengas claro qué es lo que vas a hacer con respecto a Ramsés. Estos dos no se andan con tonterías cuando se trata de la mujer a la que le

pertenece su corazón. Ya has visto cómo se las gastan. —Sonrió con dulzura—. Con ese brazalete, Ramsés ha puesto las cartas sobre la mesa, pero eres tú quien decide si quieres jugar esa partida.

Alma la miró preocupada. Su rostro reflejaba la angustia de navegar a la deriva en un mar de dudas.

—Yo…

—¿Por qué no me acompañas? —La sujetó de la mano y la guio hasta la puerta del sótano—. Olvídate de Ramsés. Ya pensarás en ello mañana o pasado.

—¿Adónde vamos?

Bryana se sacó el teléfono. Abrió la puerta del sótano y bajó las escaleras seguida por Alma.

—Voy a entregarlo. —Buscó de nuevo el número de Parker en el dispositivo.

—¿A quién?, ¿al Cremador?

—Sí —le contestó escuchando el primer tono—. Dóminic ya no lo necesita y yo no lo quiero cerca. —Dos tonos.

—Pensé que lo matarías —le dijo caminando por el pasillo tras ella.

—La muerte es como una recompensa para un tipejo como él. —Tres tonos.

Alma sonrió de medio lado. Aquella sonrisa alegró a Bryana. Al menos su amiga había dejado de lado sus problemas durante un momento.

—Hablas igual que mi madre.

Bryana enarcó una ceja. Llegaron a la puerta del sótano con el cuarto tono. Parker descolgó antes de que llegase el quinto.

—Si… —le respondió con voz ronca—. ¿Quién es? —escuchó la voz de Elisabeth.

—Hola, Parker. —Sonrió.

Se alegraba de que su amigo se hubiese dado otra oportunidad

con Elisabeth. Todo el mundo merecía una segunda oportunidad.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Tranquilo. —Rio—. Estoy bien. Estamos bien.

—¿Estamos?

—Dóminic también está bien. —Alma le lanzó un beso—. Y Alma te manda besos.

—Gracias. —Casi pudo escucharlo sonreír—. ¿Estás con Dóminic?

—Sí. Es decir, ahora no. Pero es mi…, bueno, estoy con él.

Lo escuchó suspirar aliviado y el murmullo de Elisabeth.

—Está con Dóminic, sí —le respondió a su mujer—. ¿Qué necesitas?

—¿Te pillo bien? Quiero que vayas a comisaría. Voy a enviar un paquete que es imprescindible que recojas tú.

—¿Un paquete? ¿A estas horas? Bry, no jodas, son las tres de la mañana.

—Voy a entregarte a Ricardo. —El silencio inundó la línea—. ¿Parker?

—Sí, perdona. He puesto el manos libres. Lo dábamos por muerto.

—¿Tenéis pruebas para encerrarlo?

—De por vida.

—Entonces es todo vuestro. Estoy segura de que sabrás qué hacer con él. Oye, tengo que dejarte. ¿Te viene bien que os lo entregue en una hora?

—Perfecto. En una hora estaremos allí.

—Gracias, Parker.

—Hasta luego, Bryana —escuchó decir a Elisabeth.

—Hasta luego, jefa.

Colgó el teléfono negando con la cabeza.

—¿De verdad vas a entregarlo?

Bryana abrió la puerta del sótano. Encendió la luz de la única bombilla que colgaba del techo y miró a Ricardo. Le sorprendió que estuviera recogido y que oliese a limpio, teniendo en cuenta el lamentable estado en el que se encontraba la víctima retenida en la mesa.

Miró en rededor buscando con qué asegurarse de que ese hijo de puta no volviese a causar dolor a más familias. Junto a la puerta, vio una maza de cinco kilos. La cogió y caminó hasta el Cremador. Sonrió con la maza sobre el hombro cuando abrió los ojos y, horrorizado, trató de alejarse de ella.

—¡Buh! —Dejó caer la maza sobre uno de sus brazos—. Torturaste a tu última víctima durante los últimos cinco años; los mismos que yo estuve en prisión. ¿Por qué? ¿Por qué un niño? ¿Por qué no parar? Ya tenías quien pagase por tus crímenes.

Durante unos segundos, Ricardo le sostuvo la mirada con una mezcla a caballo entre la incredulidad y la admiración.

—Estás viva.

Su voz, áspera, recorrió la espalda de Bryana con un tétrico escalofrío que le erizó la piel. Alzó la maza para golpearle nuevamente el brazo. No le interesaba mantener una conversación con él. Solo quería saber por qué volvió a matar tras cinco años de letargo. Por qué, de todas las víctimas que pudo elegir, escogió a un niño.

—Cábanno me siguió la pista —añadió antes de que Bryana dejase caer la maza sobre su brazo. Descansó el pesado palo de madera sobre su hombro y lo instó a seguir hablando con un movimiento de cabeza—. Sabía que en cuanto reuniese las pruebas que necesitaba abrirían diligencias para reabrir tu caso. Saldrías libre, pero no iban a devolverte tu puesto. Nunca lo hacen. Y yo te necesitaba. —El amago de sonrisa que atisbó en su rostro le revolvió el estómago—. Eres… un ejemplar magnífico. —Sintió cómo la bilis le subía por la garganta cuando recorrió su cuerpo de arriba abajo—. No podía permitirme el lujo de perder tu rastro cuando salieras en libertad. Necesitaba llamar tu atención. Y qué mejor manera que hacerlo con un menor para que la famosa inspectora Reina volviese a su incesante caza del gato y el ratón. Sabía que no lo dejarías estar. Irías en contra del cuerpo si era necesario. ¿Cuántos años tenía Alarick cuando lo asesinaron?

Bryana apretó la mandíbula. «Hijo de puta». Alzó la maza y la dejó caer sobre el hombro de Ricardo.

Como cabría esperar, no gritó. Tampoco se quejó. Se limitó a mirar con incredulidad cómo Bryana iba aplastándole todos los huesos de las extremidades hasta hacerlas imposibles de reconstruir. Cuando se había asegurado de dejar inservibles los dos brazos y las piernas, perdió el conocimiento.

Le daba igual que no sintiera dolor. Viviría atrapado en su propio cuerpo el resto de su vida, rememorando sus asesinatos y sin la posibilidad de volver a cometer más atrocidades. A merced del resto del mundo. Solo se lamentaba de no poder borrarle los recuerdos para hacerle saber que le había arrebatado parte de sus asquerosas hazañas.

Cuando quedó satisfecha, le indicó a Alma que ordenara a sus hombres que le hicieran llegar el paquete a Parker. A la comisaría.

Se despidió de Alma en la puerta, con la que quedó en hablar al día siguiente. Subió las escaleras imaginándosela de nuevo sobre el poste y una cama de lanzas. «Pobre». Se apiadó de ella.

Alma nunca había recibido un amor como el que Ramsés estaba ofreciéndole. Probablemente no sabría qué hacer con él. Estaría perdida.

Volvió a la cama junto a Dóminic, que seguía plácidamente dormido.

—¿Mejor ahora? —La atrajo contra su cuerpo y le besó la coronilla inhalando el aroma de su pelo.

—¿Has estado espiándome? —Se removió entre sus brazos y lo miró.

—Me he asustado al ver que no estabas en la cama y he ido a buscarte. He escuchado los golpes del sótano y me he imaginado que estarías resolviendo tus deudas con el pasado.

—Se lo he enviado a Parker a comisaría para que lo encierren. Le he destrozado los brazos y las piernas. Ni el mejor traumatólogo del mundo podrá reconstruírselas. Quedará postrado en una cama para el resto de su vida.

Dóminic colocó un mechón de su pelo tras la oreja y la besó.

—Sekhmet —suspiró sobre sus labios antes de volver a besarla con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 36

Fue más lenta que el movimiento circular de la cabeza de Aiko. La garra de dragón con la que su tía cubría la punta de su trenza le arañó la piel. Se alejó con un elegante salto hacia atrás y se agarró el brazo herido.

—¿Vas a contarme ya qué es lo que te ocurre o prefieres que tu madre piense que esa estúpida colaboración con la Espartana está mermando tus facultades?

Siseó de dolor cuando apretó para que parte del veneno, con el que tanto ella como su tía ungían esas peculiares armas, no entrase en su organismo. Con suerte, tan solo tendría paralizado el brazo un par de días. Si apretaba con fuerza puede que se librase un poco del dolor.

—Trae, déjame a mí. —Aiko se acercó. Retiró la mano de Alma de la herida y apretando con una mano desde el hombro hasta la mitad de su brazo y con la otra desde el codo hacia arriba, comenzó a drenar el veneno.

—¡Ah!

—Estate quieta.

El semblante de Aiko era pétreo, concentrado. Su tía maquinaba algo. Se olía algo. Podía escuchar los engranajes de su cabeza dando vueltas para plantear lo que fuera que le rondaba la mente.

Se aseguró de drenar todo lo que pudo apretando sin mesura, sin importarle que siseara, gruñera o gritara. Cuando volvió a mirarse el brazo, la sangre que recorría su piel hasta la muñeca, le hizo recordar el lamentable estado en el que había dejado a Ramsés tres días atrás, después de enfrentarse a su propio hermano por un liderazgo que finalmente había caído en manos de Bryana.

—¿Y bien? —le preguntó Aiko de camino hacia los bancos que tenían en un lateral del gimnasio del búnker en el que vivían, a doce metros bajo el suelo, en pleno barrio de Salamanca.

—Y bien, ¿qué? —Le siguió los pasos.

—¿Qué te ocurre? Y no me digas que nada porque llevas toda la tarde recibiendo golpes que habrías detenido y esquivado sin problemas. ¿En qué lugar se encuentra esa preciosa cabecita tuya? —

Cogió una de las toallas que había sobre los bancos y se limpió la sangre de las manos.

Alma se secó el sudor del rostro. Los entrenamientos con su tía siempre eran duros, reales y la dejaban agotada, pero durante los últimos días prefería practicar con Aiko y evitar a su madre.

Ayshane era implacable. Si se hubiese herido en un entrenamiento con ella de una manera tan estúpida se lo habría hecho pagar muy caro.

Adoraba a su madre, y después de la guerra interna que había superado su familia entendía que fuese tan dura con todos ellos. No quería perder a más gente, uno de los motivos por los que había dejado a un lado los negocios sobre los que la familia Ivanov se labró el nombre y había decidido colaborar con la Espartana.

Se deshizo de todos los negocios asociados al apellido Ivanov en lugar de reconvertirlos, salvo el contrabando de armas.

El patrimonio de su familia dependía de un negocio con el que no podías permitirte bajar la guardia. Y en los últimos días, Alma pecaba en exceso de pequeños despistes que podían costarle la vida.

—Estoy cansada. Eso es todo —se limitó a contestarle evitando el escrutinio de su tía.

—Estás cansada porque llevas tres días torturándote en el poste. ¿Por qué? —La sujetó por el brazo herido cuando se dio la vuelta con intención de abandonar el gimnasio.

Siseó de dolor volviéndose hacia ella. Aiko era conocedora de que estaba haciéndole daño. ¿Le importaba? En absoluto. Sabía que el veneno habría empezado a recorrer su torrente sanguíneo y que, en pocos minutos, sin el antídoto, el dolor sería insoportable. ¿Se apiadaría de ella? No.

—Te digo que estoy bien. —Se soltó con un brusco ademán. Dio media vuelta sobre sus talones y comenzó a andar hacia la salida.

—Si tengo que averiguar por mis propios medios qué te ocurre, no me hago responsable de las consecuencias.

—Mierda —farfulló entre dientes encogiéndose de hombros.

Aiko enfadada era un problema del tamaño de un océano. Se

volvió para mirarla. Si no le daba una justificación plausible y sincera no iba a parar hasta descubrir por su cuenta qué era lo que le sucedía. Y lo averiguaría. Por desgracia, su tío, Jason, un experto en perfiles, le había enseñado muy bien a calar a la gente. Pero ¿cómo explicar algo que ni ella misma comprendía?

—Teníais razón. —Se hizo un torniquete con el brazo, apretando con fuerza por encima de la herida para ralentizar el flujo sanguíneo. Aiko la miró a través de dos finas líneas casi negras. Los ojos de su tía eran tan oscuros que el iris apenas se diferenciaba de la pupila—. No estaba enamorada de Eduard.

—¿Te has enamorado? —le preguntó. En su rostro era visible la preocupación.

—No lo sé. No sé si lo que siento es amor. —Alzó el puño de la mano herida y lo colocó sobre su pecho, a la altura de su corazón—. Pero duele.

Aiko caminó hasta su sobrina. Le colocó un mechón de pelo tras la oreja, que se le había quedado pegado al rostro por el sudor, y acarició su mejilla.

—No te corresponde.

—Creo que sí.

—¿Pertenece a este mundo?

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Su familia se encuentra en guerra.

Las guerras familiares en las organizaciones criminales nunca acababan bien, lo sabían por experiencia. ¿Estaba preparada para pasar otra vez por lo mismo? ¿Y si lo que sentía era amor y lo perdía?

—¿Cómo se llama?

—Osiris.

Continuará…

Glosario de términos y nombres

Akhti: pronunciación árabe de اختي cuya traducción significa hermana.

Alniyl Kuynu: pronunciación árabe de ملكة النيل cuya traducción significa reina del Nilo. En términos literarios en esta novela, su significado se encuentra asociado al profundo sentimiento del amor. Siendo el Nilo la fuente de la vida en el antiguo Egipto, el personaje percibe a su reina como una necesidad para la supervivencia de su alma y su espíritu.

Anubis: dios egipcio con cabeza de chacal. Asociado con la muerte y el inframundo. Uno de los primeros dioses reconocibles en las dinastías tempranas. En la Primera Dinastía se le consideró el gobernante del inframundo y el principal guardián de los muertos. Era el hijo más poderoso de Ra, el dios del sol. Fue relegado a un segundo plano en cuanto el culto a Osiris le dio este rol principal en el más allá.

Duat: inframundo de la mitología egipcia. Lugar donde iban a parar las almas de los muertos. Se definía como una especie de cielo ubicado debajo de la tierra por el que vagaban las almas.

Isis: guardiana. Diosa de la magia, del misterio, de la vida, de la muerte, protectora de los niños y las mujeres. Conocida entre los egipcios como la gran diosa madre. Representada como una mujer de aspecto dudoso que en ocasiones poseía alas. Otras representaciones la muestran con un trono en la cabeza o con un disco lunar en ella.

Kloun: pronunciación rusa de клоун cuya traducción significa payaso.

Osiris: dios de los muertos y dueño del inframundo después de que Anubis fuera relegado en cuanto a su culto. Además, simbolizaba la resurrección y la fertilidad.

ODAC: Oficina de Denuncias y Atención al Ciudadano.

Sekhmet: personaje femenino más adorado del antiguo Egipto. Máxima representación mitológica del poder femenino. Representada como una mujer vestida de rojo con cabeza de león. Su nombre deriva de Sejem, que significa violenta, poderosa y terrible. Diosa de la destrucción. Protegía a los faraones. Cuando finalmente esta diosa se quedó dormida, al despertar se había convertido en una gata a la que

llamaron Bastet. Diosa de la paz, la protección, la sanación y la fertilidad.

Shaquiq: pronunciación de شقيق cuya traducción significa hermano.

Tutu: híbrido compuesto por el cuerpo de un león alado, cabeza de hombre, y cabezas de halcón y cocodrilo proyectándose en el cuerpo. Dios protector de tumbas que, posteriormente, pasó a proteger el sueño y las pesadillas. Se decía que resguardaba a la gente de los demonios y del Duat, y que prolongaba la vida.

UDYCO: Unidad de Droga y Crimen Organizado.

Agradecimientos

Siempre, en primer lugar, agradecer a mi querido Pepito el Tendero su apoyo, sus ánimos y sus consejos que, espero, me acompañen hasta que la muerte nos separe. A Noelia Medina y a Angy Skay quiero agradecerles su ayuda, su paciencia infinita, su aportación y su visión, con la que poco a poco voy creciendo como escritora, si es que merezco el honor de denominarme a mí misma así: escritora. ¡Menuda os ha caído conmigo! ¡Tenéis el cielo ganado!

Notas

[1] Reina del Nilo. <<

[2] Hermano. <<

[3] Hermana. <<

Table of Contents